



KLOPSTOCK

LA MESIADA

PT2381

.Z3

S6

R. C.



1020028877



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

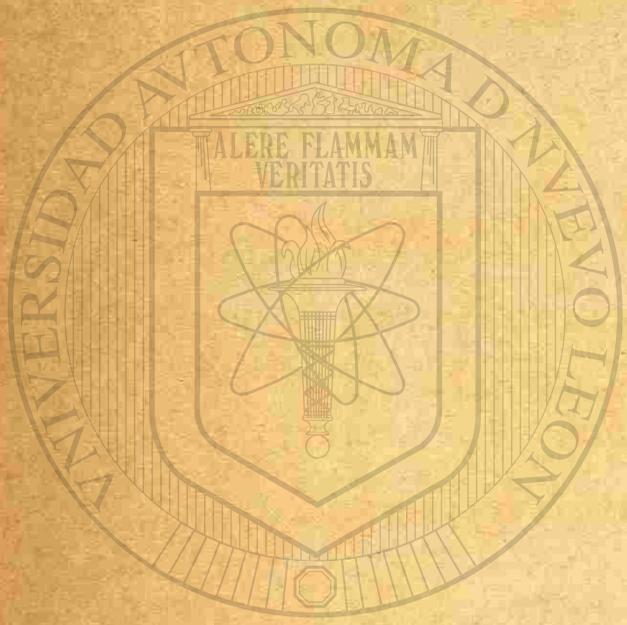
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO

RICARDO COVARRUBIAS

*hal* *Bart*



LOS GRANDES POEMAS.

JOYAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL.

PUBLICANSE BAJO LA DIRECCION LITERARIA DE

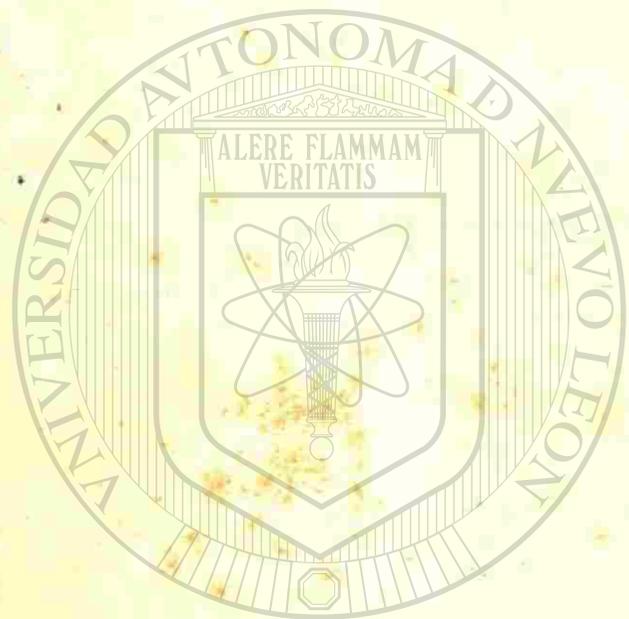
D. FRANCISCO JOSÉ ORELLANA.

POEMA IV DE LA COLECCION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

LA MESIADA.



PORTADA.

099441

28939

# LA MESIADA,

POR

FEDERICO G. KLOPSTOCK.

VERSION CASTELLANA

DE

CECILIO NAVARRO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
BARCELONA.

EMPRESA EDITORIAL «LA ILUSTRACION.»

CALLE DE MENDIZÁBAL, NÚMERO 4.

1873.

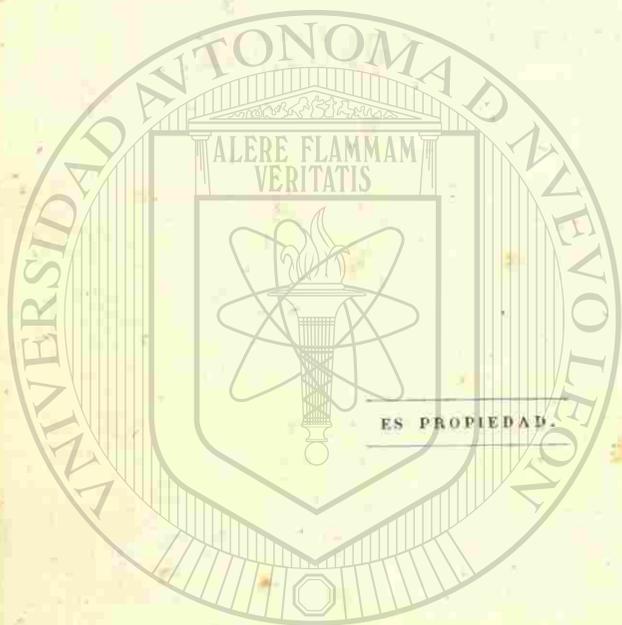
821

PT 2381

K

23

56



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

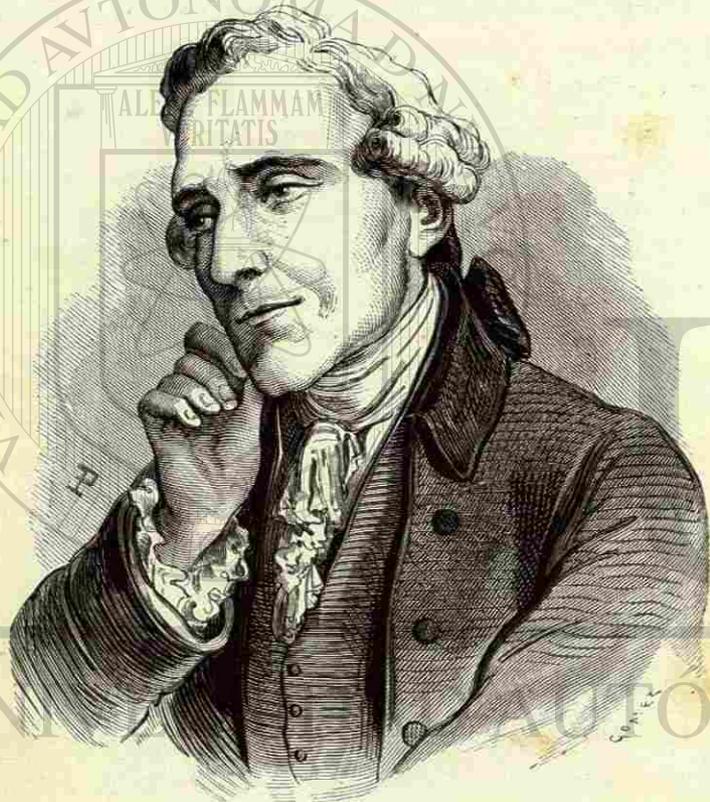
®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## NOTICIA BIOGRÁFICA DE KLOPSTOCK

Federico-Gottlob Klopstock nació en Quedlimburgo (Saxonia) el 2 de Julio de 1724. A la edad de diez y seis años, el génio poético que acababa de revelarse en él, le sumió en una distraccion meditativa, cuya causa y objeto nadie acertaba á comprender; por cuyo motivo, cuantos le conocian le acusaban de indolencia y de pereza. El jóven poeta contestó á estas acusaciones publicando en una revista literaria los tres primeros cantos de la *Mesiada*; y seria difícil expresar el efecto que produjo esta poesía nueva, tanto por la importancia del asunto que osaba celebrar, cuanto por la armonía inusitada, desconocida en Alemania, de los versos hexámetros y yámicos no rimados, que tan libre campo ofrecen á la imaginacion. Todos los escritores de la época, cuyos esfuerzos y ambicion se limitan á reflejar con más ó ménos brillantez y fidelidad la literatura de Francia y de Inglaterra, quedaron eclipsados por el estudiante oscuro, que, al cumplir los veinte años de su vida, se encontraba de pronto á la cabeza de la escuela en que después sobresalieron Goethe y Schiller. Pero, en medio de tanta gloria, Klopstock vivia miserablemente, y para procurarse el sustento, vióse obligado á hacerse maestro de niños, al mismo tiempo que, para penetrarse del espíritu y del estilo de los libros sagrados, seguia en Jena un curso de Teología.

Protegido y alentado por Bodmer, el renovador de la literatura germánica, fué Klopstock á pasar un año en Zurich, de donde pasó, en 1750 á Copenhague, recomendado al Conde de Bernstorff, el gran ministro de Federico V, rey de Dinamarca: por la mediacion del Ministro, este príncipe ilustrado, protector generoso de las artes y de las ciencias,



F. Klopstock.

ofreció al poeta una habitacion en su palacio, y una pensión equivalente á doce mil reales. Klopstock aceptó agradecido; y teniendo asegurada la subsistencia, en pocos años concluyó los primeros diez cantos de su poema, y publicó, bajo el título de *Barditos*, las composiciones heróicas de *Hermann* y *Phasnela*, la *Batalla de Hermann* y otras, que le dieron gran celebridad. Lisonjeábale la idea de despertar en su país sentimientos patrióticos por medio de estas composiciones, basadas en la mitología nacional, que tenia sobre la de los Griegos y Romanos la ventaja de presentar divinidades adoradas por los primeros pueblos germánicos, y que son todas ellas modelos de la más severa moral y del más noble heroísmo; pero se dirigia á una nacion olvidada de su origen; porque los alemanes, familiarizados con los dioses de Hesiodo y de Homero, y habituados á doblegarse bajo el yugo de los diferentes dominadores que los gobernaron con más ó ménos humanidad y justicia, no se acordaban ya de sus antiguos dioses, ni de los héroes que se habian inmortalizado defendiendo el suelo de la Germania contra la invasion romana.

Por este tiempo conoció Klopstock á Margarita Moeller, (designada en sus obras con los nombres de *Cidlia* y *Metta*), jóven de talento, natural de Hamburgo, con quien se desposó en 1754, teniendo la desgracia de perderla á los cuatro años de su matrimonio. El dolor que le causó esta pérdida, de la que no llegó á consolarse nunca, le obligó á suspender sus trabajos; pero la razon y la necesidad de cumplir su vocacion le dieron fuerza para continuarlos: concluyó la *Mesiada*, y dirigió la publicacion de las dos primeras ediciones, que aparecieron, la una en Halle, el año 1769, y la otra en Altona, en 1780.

Durante este período acaeció la muerte de Federico V, y las vicisitudes políticas obligaron al Conde de Bernstorff á reti-

rarse á Hamburgo, adonde le siguió su protegido en 1771; pero el Conde falleció el año siguiente, cuando acababa de ser llamado nuevamente á la corte; y Klopstock, naturalmente inclinado á la soledad, permaneció algun tiempo enteramente aislado del mundo. La revolucion francesa, inspirándole la esperanza de realizar los sentimientos patrióticos que en vano habia tratado de despertar en la Alemania, le sacó de su retiro. Apasionado por la libertad, que consideraba como una de las más santas consecuencias del Cristianismo, compuso varias *Odas*, que forman uno de los más sólidos fundamentos de su gloria, las cuales le valieron el título de *ciudadano francés*; título que abdicó en la época del *Terror*, aunque sin dejar de interesarse por la suerte de la Francia. Carlota Corday no tuvo admirador más apasionado, ni cantor más entusiasta que el vate de Quedlinburgo.

Klopstock falleció, en Hamburgo, el 4 de Marzo de 1803, y este acontecimiento despertó la admiracion de que habia sido objeto en su juventud. La Alemania comprendió entonces el mérito del hombre que acababa de perder, y los restos del poeta fueron inhumados con pompa régia en Altona, al lado de los de su querida *Metta*. La Francia no habia aguardado á que muriese para darle un nuevo testimonio de su estimacion; pues, en 1802, el Instituto le habia nombrado su miembro asociado. Al admitirle á su seno, la Academia francesa cedió al generoso deseo de ofrecer un consuelo al mérito desconocido y abandonado; pero necesitó adivinarlo, porque las traducciones francesas de la *Mesiada* distaban tanto del original, que Klopstock mismo las consideraba como una de las mayores calamidades de su vida, y anhelando ser comprendido por los extranjeros, tradujo su poema en prosa latina. Sin embargo, este trabajo, que le ocupó durante algunos años, no le produjo el menor resultado, pues nadie pensó siquiera en consultarlo.

Nada tiene de extraño que las traducciones de la *Mesiada* se apartasen mucho del original, porque su autor, léjos de aplicarse á ser claro y comprensible para los lectores que no se habian dedicado, como él, á los estudios teológicos, pareció complacerse en dejar á cargo de los teólogos la tarea de explicar á los profanos los pasajes tomados de los libros santos, y no creyó conveniente aclararlos con notas. Así es que, aun en Alemania, suelen encontrarse personas de mérito, que confiesan ingénuamente su falta de valor y de perseverancia para seguir el pensamiento, siempre noble y elevado, del poeta, á través de las alusiones bíblicas que una fraseología brillante, las numerosas inversiones y los muchos neologismos hacen á veces enteramente ininteligible.

La señora Baronesa de Carlowitz, que siendo niña conoció y trató con intimidad á Klopstock en los últimos años de su vida, y á quien se debe una preciosa traducción de al *Mesiada*, que mereció ser coronada por la Academia francesa, hizo un discreto juicio comparativo, refutando la opinion errónea de los que sostenian que este poema éra una imitación del *Paraíso perdido*, toda vez que, partiendo los dos de un mismo punto, siguen cada uno de ellos direcciones diferentes y se dirigen á distintos fines. No será importuno reproducir aquí las atinadas observaciones de la ilustre traductora de la *Mesiada*...

Milton (dice) describe el triunfo del espíritu del mal y la perdición de la especie humana: Klopstock canta la victoria del Dios de misericordia y la reconciliación de la especie humana con su Creador. Milton, nacido y educado en medio de las guerras civiles, avezado á las controversias religiosas, á las discusiones políticas y á todas las borrascas de la vida pública, hizo de Satanás la personificación del espíritu de independencia, y del Eterno la imágen de esos monarcas bondadosos, que llegan á ser inexorables y hasta crueles,

cuando su pueblo no se contenta con la felicidad tal como á ellos les place otorgársela. Por eso no es posible dejar de admirar á Satanás, y hasta se simpatiza con él, porque se siente que es demasiado grande, demasiado noble para obedecer á un señor que, aun siendo mejor y más fuerte que él, no tiene aquella audacia de pensamiento, que á fuerza de elevar el espíritu, lo extravía, y que siempre nos encanta, por encontrarse en armonía con nuestras propias tendencias é inclinaciones. Klopstock, que no habia conocido nunca otras tempestades sino aquellas que levantaban las emociones emanadas de si mismo, y que guardaba en su corazon como un piadoso misterio, dió á Satanás el único papel que la filosofía de la religion debe y puede atribuirle, presentándolo como un sér maléfico, á quien su loco orgullo y su amor al desórden condujeron á rebelarse contra la justicia divina, y la aborrece, no porque ella le subyuga, sino porque quiere hacer imperar sobre la tierra la paz, la libertad, y todas las virtudes que acompañan á estas dos hijas del Cielo.

Este poeta, tan sensato y tan entusiasta á un tiempo, se abstiene cuanto puede de mostrar á la divinidad considerada como un ser abstracto; y cuando la naturaleza de su asunto le obliga á ello, la rodea de santas tinieblas, conociendo que el ingénio humano, por muy sublime que sea, no puede pintar esa Divinidad sin reducirla á las mezquinas proporciones de las cosas terrestres. No sucede lo mismo con el Dios hecho hombre; pues al tomar un cuerpo de carne y hueso, ha querido hacerse accesible á nuestros sentidos. Este Dios es el héroe que Klopstock canta en su poema; y desenvolviendo la encarnación de ese principio de amor y misericordia, es como eleva el alma de sus lectores á una altura que toca en lo ideal, sin traspasar los límites de la inteligencia humana.

La misma diferencia que existe entre el pensamiento

fundamental del *Paraiso perdido* y de la *Mesiada* se observa en los detalles. Como Milton, Klopstock asombra y espanta por la grandeza y la osadía de las descripciones que hace de las regiones celestiales, en que siempre se complace la imaginación de los grandes poetas; pero el Cielo de Milton debe su asombrosa belleza al reflejo del esplendor gigantesco que la rebelión de Satanás esparce en lo infinito; mientras que, según Klopstock, la creación, envuelta en la red de las celestas armonías, es un inmenso cuadro, cuyos menores detalles ofrecen la imagen de la felicidad noble y tranquila que resulta del reinado de la Justicia. Y esta Justicia, de la que Milton hizo un poder arbitrario, es para el poeta alemán la consecuencia de la perfección que una bondad infinita hace inclinarse hacia la indulgencia para todo lo que procede sólo de flaqueza y error; pensamiento que desarrolló con un talento admirable en las escenas del Juicio final que preceden á la ascension del Salvador, y sobre todo en el carácter de un ángel caído, que figura en la *Mesiada* con el nombre de Abdiel-Abbadona. Esta creación es una de las más consoladoras que haya jamás salido del cerebro de un poeta filósofo; pues coloca el arrepentimiento hasta en los Infiernos, y extiende la clemencia divina aun hasta el abismo de la condenación.

Milton descuella en la pintura de las pasiones; pero se limita á mostrárnoslas grandiosas ó embriagadoras, porque sólo se propone fascinar ó conmover. Klopstock no se permitió jamás escribir una sola línea con otro objeto que el de hacer mejores y más dichosos á los hombres. Así son tan opuestos los colores que toman de sus paletas estos dos grandes pintores del corazón humano. En Milton, el amor es una divinidad coronada de rocas, cuya voluptuosa sonrisa convierte la vida terrenal en un día de fiesta y de ventura: con este amor se aman Adam y Eva, y sus coloquios,

tan justamente admirados, exaltan la fantasía y hacen latir el corazón. En Klopstock, el amor es una enfanación de la Divinidad, que recordándonos sin cesar un noble origen, nos eleva y santifica: con este amor se aman Cidlia, la hija de Jairo, y Sémida, el huérfano de Naim, ambos resucitados por Jesu-Cristo. En esa jóven, que el poeta nos representa dotada de una belleza aérea, de una bondad y de un candor angelicales, quiso pintar á su querida Metta, cuando aun no podía ella esperar que un día llegaría á ser su mujer; y nos hace adivinar lo que sentía entonces él mismo cuando describe la pasión no menos pura, aunque más enérgica, de Sémida. Este episodio que parece copiado de la vida de los ángeles, adquiere mayor interés aún conociendo su origen: el efecto que produce es dulce y benéfico, mientras que el episodio de otra Cidlia y de Gedor, que se encuentra en el canto XV, despierta un sentimiento doloroso; porque el poeta refiere en él la muerte de Metta, cantada en casi todos sus poemas con el nombre de Cidlia. Se conoce que, al componer este pasaje, humedecía el papel con sus lágrimas; se llora con él, pero no hay valor para compadecerle; pues un dolor tan noblemente religioso deja de inspirar lástima, y nos entrega enteramente á la admiración y al respeto.

La amistad no podía caber en el *Paraiso perdido*: en la *Mesiada*, como en todo lo que escribió Klopstock, ese sentimiento es para él un culto sagrado, y el olvido de los deberes que impone, el mayor de los crímenes. ®

Hasta aquí la Baronesa de Carlowitz, cuya feliz versión de la *Mesiada* nos ha servido de excelente guía para interpretar los pensamientos del poeta alemán, y á quien son debidas casi todas las notas que ilustran la presente traducción.

El entusiasmo universal con que fué acogido al principio este poema, se debilitó luego á medida que avanzaba en su publicación, para renacer y robustecerse con el tiempo. Es

indudable que el interés decae ó languidece desde el Canto X, en que muere el Mesías; pero no se puede convenir con algunos críticos franceses en que los cantos restantes sean innecesarios al asunto, ni en que desdigan de los diez primeros: hay en ellos pensamientos admirables y bellísimos episodios, que no pueden separarse de la obra sin truncarla. El poema de la Redención quedaria incompleto; la idea fundamental que le da ser quedaria incomprensible ó inexplicada, si muerto el Salvador, no se dedujeran las consecuencias religiosas y morales de este gran sacrificio: la resurrección, la aparición á los discípulos, el cumplimiento de las promesas anunciadas por los profetas de la antigua ley, la confirmación del mandato compendiado en la nueva Ley de amor, el despertar de los justos redimidos y su elevación á los Cielos en cuerpo y alma en compañía del Redentor, la visión profética del Juicio final, todo era indispensable para completar el sublime pensamiento de la *Mesiada*.

Concluycamos estos breves apuntes con unas notables palabras de Mad. Stad:

«Al abrir este poema, dice, creemos entrar en una gran basilica donde resuenan los majestuosos acordes del órgano, y la conmoción y el recogimiento que inspiran los templos del Señor se apoderan de las almas leyendo *La Mesiada*.»

Además de este poema y los de *Hermann*, y de las *Odas* patrióticas ya citadas, compuso Klopstock excelentes *Elegías*, y tres tragedias, con los títulos de *La muerte de Adam*, *Salomon* y *David*. También escribió una *Gramática* alemana, é hizo grandes esfuerzos para perfeccionar su lengua.

Metta, ó Margarita Moeller, la malograda esposa de Klopstock, se dió á conocer como poetisa, y publicó unas *Cartas de los muertos á los vivos*, *La muerte de Abel*, tragedia, y otras composiciones, que merecieron ser recopiladas por los editores al final de las Obras completas de su marido.

# LA MESIADA.

## CANTO PRIMERO.

El Mesías se aleja del pueblo que lo proclama por rey, y sube al monte de las Olivas, donde promete de nuevo á su Padre consumir su obra de redención. — Comienzan para él los sufrimientos de la pasión. — Gabriel, que lo sirve en la Tierra, vuelve á los cielos á llevar sus oraciones. — Después de haber atravesado el Sol y la vía aérea que en otro tiempo unía la Tierra al Cielo, el ángel llega al santuario. — Elohá, el más grande de los serafines, lo introduce, y Gabriel pone el incienso sobre el altar de la redención. — El Eterno enciende el fuego del sacrificio y da ordenes á Elohá, quien las comunica á todos los inmortales, á fin de que celebren el segundo Sábado de la creación. — Gabriel va á llevar un mensaje á los ángeles custodios de la Tierra, que habitan un sol situado en el interior del globo terrestre. — Encuentra en él las almas de los niños muertos, que aprenden en esta mansión misteriosa á merecer las beatitudes celestiales. — Gabriel vuelve en seguida al Sol, donde las almas de los patriarcas se reúnen al rededor de Uriel en el pináculo del templo solar.

¡Canta, alma inmortal, canta el Dios que se hizo hombre para rescatar á los hijos de Adán! ¡canta el Mesías que arrojó los dolores y la muerte, para iniciar de nuevo á la especie humana en el culto del amor divino! En vano se alzó Satanás contra el Hijo del Eterno: la voluntad eterna se hizo, y quedó consumada la grande obra de la redención.

¡Oh sublime arcano de la misericordia divina! ¿osará celebrarte la poesia? En las lejanas sombras en que la retienes se estremece de temor y de esperanza. Santificala, Espíritu creador; dale tu mirada de fuego, que sondea las

indudable que el interés decae ó languidece desde el Canto X, en que muere el Mesías; pero no se puede convenir con algunos críticos franceses en que los cantos restantes sean innecesarios al asunto, ni en que desdigan de los diez primeros: hay en ellos pensamientos admirables y bellísimos episodios, que no pueden separarse de la obra sin truncarla. El poema de la Redención quedaria incompleto; la idea fundamental que le da ser quedaria incomprensible ó inexplicada, si muerto el Salvador, no se dedujeran las consecuencias religiosas y morales de este gran sacrificio: la resurrección, la aparición á los discípulos, el cumplimiento de las promesas anunciadas por los profetas de la antigua ley, la confirmación del mandato compendiado en la nueva Ley de amor, el despertar de los justos redimidos y su elevación á los Cielos en cuerpo y alma en compañía del Redentor, la visión profética del Juicio final, todo era indispensable para completar el sublime pensamiento de la *Mesiada*.

Concluycamos estos breves apuntes con unas notables palabras de Mad. Stad:

«Al abrir este poema, dice, creemos entrar en una gran basilica donde resuenan los majestuosos acordes del órgano, y la conmoción y el recogimiento que inspiran los templos del Señor se apoderan de las almas leyendo *La Mesiada*.»

Además de este poema y los de *Hermann*, y de las *Odas patrióticas* ya citadas, compuso Klopstock excelentes *Elegías*, y tres tragedias, con los títulos de *La muerte de Adam*, *Salomon* y *David*. También escribió una *Gramática* alemana, é hizo grandes esfuerzos para perfeccionar su lengua.

Metta, ó Margarita Moeller, la malograda esposa de Klopstock, se dió á conocer como poetisa, y publicó unas *Cartas de los muertos á los vivos*, *La muerte de Abel*, tragedia, y otras composiciones, que merecieron ser recopiladas por los editores al final de las Obras completas de su marido.

# LA MESIADA.

## CANTO PRIMERO.

El Mesías se aleja del pueblo que lo proclama por rey, y sube al monte de las Olivas, donde promete de nuevo á su Padre consumir su obra de redención. — Comienzan para él los sufrimientos de la pasión. — Gabriel, que lo sirve en la Tierra, vuelve á los cielos á llevar sus oraciones. — Después de haber atravesado el Sol y la vía aérea que en otro tiempo unia la Tierra al Cielo, el ángel llega al santuario. — Elohá, el más grande de los serafines, lo introduce, y Gabriel pone el incienso sobre el altar de la redención. — El Eterno enciende el fuego del sacrificio y da ordenes á Elohá, quien las comunica á todos los inmortales, á fin de que celebren el segundo Sábado de la creación. — Gabriel va á llevar un mensaje á los ángeles custodios de la Tierra, que habitan un sol situado en el interior del globo terrestre. — Encuentra en él las almas de los niños muertos, que aprenden en esta mansión misteriosa á merecer las beatitudes celestiales. — Gabriel vuelve en seguida al Sol, donde las almas de los patriarcas se reúnen al rededor de Uriel en el pináculo del templo solar.

¡Canta, alma inmortal, canta el Dios que se hizo hombre para rescatar á los hijos de Adán! ¡canta el Mesías que arrojó los dolores y la muerte, para iniciar de nuevo á la especie humana en el culto del amor divino! En vano se alzó Satanás contra el Hijo del Eterno: la voluntad eterna se hizo, y quedó consumada la grande obra de la redención.

¡Oh sublime arcano de la misericordia divina! ¿osará celebrarte la poesia? En las lejanas sombras en que la retienes se estremece de temor y de esperanza. Santificala, Espíritu creador; dale tu mirada de fuego, que sondea las

profundidades de la divinidad, y hace del corazón humano, á pesar de su envoltura de polvo, un templo digno de tí. Y cuando hayas armado con tu fuerza y embellecido con tu hermosura esa poesía, que es también hija del cielo, ¡oh! entonces pónla delante de mí, pobre poeta de corazón puro; y mi voz, aunque siempre la temblorosa voz de un mísero mortal, cantará el Hombre-Dios, y entraré en la arena con paso vacilante, pero sostenido por la noble esperanza de llegar al término.

Mortales ennoblecidos por el soplo de majestad que pasó por la especie humana, cuando su mismo Creador se inmoló para salvarla; almas piadosas, que comprendéis la personificación del principio de amor y caridad, escuchadme, y que la pureza de vuestra vida celebre al Hijo del Eterno.

¿Qué funesto vértigo acaba de herir á Jerusalem? La ciudad santa, la antigua nodriza de los patriarcas, la ciudad de las glorias sobrehumanas va á tirar lejos de sí su corona de escogida, y en breve no será más que un altar sangriento, en que manos malditas habrán sacrificado una víctima inocente.

No lejos de los muros de Jerusalem, Jesús se ha separado de una turba de pueblo que, honrándole y todo, le prueba que no sabe comprenderle. Estos hombres, ciegos aun por el pecado, han cubierto de palmas su camino, y lo han acogido con gritos de triunfo. El cielo se ha velado de nubes, y del seno de estas nubes una voz misteriosa ha dicho á la Judea:

«Mira, he aquí al que he glorificado y glorificaré de nuevo (1).»

(1) Evangelio según S. Juan, cap. xii, vers. 28. En este capítulo se habla también de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalem, como Klopstock la describe aquí.

Sin embargo, el pueblo de Judea no ha visto nada, no ha oído nada; no reconoce en el Mesías la más noble emanación de la divinidad, y cree tributarle todos los homenajes que merece proclamándolo su rey. Pero él, triste y pensativo, se dirige á las montañas que se alzan al Este de Jerusalem, y allí va á prometer de nuevo á su Padre consumir la obra expiatoria de la redención.

Más de una vez estas montañas lo habían recibido ya sobre sus altas cumbres. Jesús había pasado en ellas noches enteras en piadosas meditaciones, y en alivio de las angustias sin número que el frágil vaso mortal hace sufrir al alma que cautiva, aun cuando esta alma es un Dios.

El dudoso brillo de la luz crepuscular envuelve las colinas del contorno, y Jesús camina hácia el monte de las Olivas. Juan el Evangelista lo sigue; pero se detiene junto á los sepulcros, donde el piadoso discípulo va á consagrar la noche á la oración, porque su maestro le prohíbe acompañarle más lejos.

Solo y sondeando el abismo de la eternidad con toda la fuerza de su pensamiento divino, el Mesías sube hácia el extremo del monte. Circuye su cabeza una auréola celeste, reflejo del sacrificio que debe consumarse: altas palmeras le dan sombra, y un soplo misterioso, precursor de la presencia del Eterno, agita su cabellera.

Gabriel, el ángel enviado á la Tierra para servir al Hijo de Dios durante su destierro, está en pié, entre dos cedros magestuosos. Pensaba en la inefable felicidad que debe ser al fin la herencia de los hombres, cuando ve al Mesías adelantarse hácia él con andar noble y sereno. Sabe el serafín que el día terrible y solemne, que ha de borrar los pecados del mundo, no está lejano, y este pensamiento llena toda su alma de una satisfacción mezclada de tristeza.

—Divino maestro mio, le dice con voz suave: ¿necesita reposo tu cuerpo fatigado? Mira: para dar sombra á tu inmortal cabeza, extiende el cedro sus hermosas ramas, y el bálsamo pliega sus sedosos tallos para recibir tus miembros fatigados. Al pié del monte, en las quiebras de las rocas, donde los muertos duermen, crece un musgo fino y perfumado: ¿quieres que Gabriel, tu siervo, te haga con él un blando lecho? ¡Hijo del Eterno! la fatiga y el dolor sellan tu rostro divino. ¡Ay! ¡cuánto sufre el Mesías por el amor de los hombres!»

El Mesías le contesta con una mirada que encierra todas las bendiciones del Cielo, y sube, sube hasta la última punta de la roca, la más próxima á las nubes, la más inmediata á Dios. Allí se prosterna, y ora, y habla á su Padre.

Al eco de su voz, la tierra se estremece de esperanza. No, no es la terrible voz del anatema la que desciende de arriba: es el dulce y consolador acento del Salvador prometido, que pide gracia por ella, y le envía ya un destello del vívido esplendor con que brillaba antes de que la manchara la culpa del primer hombre.

El pensamiento del Mesías sondea las profundidades de lo infinito, y luego brotan estas palabras de los labios mortales de un Dios:

—«Se acercan ¡oh Padre! los días de una eterna y santa alianza, los días del cumplimiento de una grande obra, decretada desde el instante en que, de acuerdo con tu Hijo, concebiste la creacion; en que nuestra mirada, atravesando los tiempos y el porvenir en el silencio de la eternidad, descubria á los hombres que no eran aun, á los hombres destinados á la inmortalidad, víctimas ya del pecado y de la muerte. Yo veía sus males, sus dolores; tú, Padre mio, veías mis lágrimas. Entonces prometiste encarnar segunda

vez la imágen de tu divinidad en el hombre caído. Tú sabes, Padre mio, los cielos tambien lo saben, cuántas veces desde aquel instante he suspirado por mi humillacion. Hoy se cumple al fin mi deseo, pues hace treinta y tres años que soy hombre. Muchos justos siguen ya mis pasos, pero es el género humano el que es menester salvar. Espero tus decretos. Que me arrojen con los muertos, que me reduzcan á cenizas... todo lo aceptaré con respeto y sumision. Ningun ser creado podria comprender ni tu clemencia ni tu enojo: Dios solo puede reconciliar á Dios. ¡Prepárate, juez del universo! Libre soy aun; puedo volver á los cielos, adonde me llevaria en triunfo el coro de los ángeles. Me ofrezco segunda vez: mi prosternada frente se eleva hácia la tuya, mi mano toca á las nubes. ¡Juro por mí mismo, que soy Dios como tú, que quiero borrar los pecados del mundo!»

El Eterno contestó; pero su voz fué solo inteligible al Mesías:

—«Alzo mi cabeza sobre el universo; extendiendo mi brazo sobre lo infinito. Lo he jurado, Hijo mio, yo, que soy el Eterno: ¡serán borrados los pecados del mundo!»

Dijo, y calló.

Un dulce estremecimiento agita la naturaleza; un santo éxtasis embarga á todos los habitantes del cielo; pero en el fondo del infierno brama la tempestad.

Jesús permanece en pie delante del Eterno, que no es ya para él sino un juez terrible, y comienzan las angustias de la redencion; porque el presentimiento se confunde con la realidad, cuando tan de cerca toca á ella.

Gabriel se habia prosternado en muda adoracion. De repente siéntese revivir con vida nueva, aun para él, cuyos recuerdos se ciernen sobre un pasado, que no podria abarcar ningun pensamiento humano.

Luego se levanta: su alma flota en un mar de purísimas delicias, y de su cuerpo aéreo irradia un esplendor que deslumbra. La cima de los montes resplandece, y la Tierra quiere al parecer disolverse bajo la influencia de esta coruscación celestial.

Jesús se apercibe de ello, y se vuelve hácia el serafin.

—«Vela tu esplendor, le dice: ¿olvidas que me sirves en un lugar de destierro? Parte, ve á repetir mi humilde plegaria á los cielos reunidos: allá, solamente allá te es permitido brillar con tu esplendor de ángel.»

Gabriel obedece en silencio.

El Mesías lo sigue con la vista, y ya lo ve su pensamiento al pié del trono del Eterno, donde se prepara al linaje humano un porvenir más dichoso que todo cuanto cabe en la esperanza.

Rápido y diáfano como una bella mañana de primavera, el serafin se eleva á las esferas celestiales. Allá solamente soles pueblan el espacio, y su reflejo se extiende sobre lo infinito, como un velo purpúreo, tejido por una mano divina con los rayos de la luz primitiva. Por debajo de esta atmósfera brillante, á que ningun globo tenebroso se atreve á acercarse, pasa huyendo la nebulosa naturaleza, y los mundos y sus habitantes aparecen y se abisman, como las ondas de polvo, con sus poblaciones de imperceptibles insectos, se levantan y disipan al paso del viajero.

Mil y mil vías parten en todas direcciones de este foco luminoso. Por la más bella de estas vías, que desciende hácia la tierra, corría en otro tiempo un torrente de ondas de oro: su origen partía del trono del Eterno. Los ángeles, y á veces el mismo Dios, seguían su curso para descender á hablar con los hijos de la tierra en sus orillas, donde los rayos del arco iris y las nubes matinales formaban comar-

cas encantadas. Pero cuando el hombre perdió su inocencia, el río volvió hácia su origen, y quedaron desiertos los montes, cuyas formas aéreas guardan aun las señales de la presencia del Eterno; y quedaron desiertos los bosques, cuyo embalsamado follaje se había estremecido al soplo de Dios; y el silencio y la soledad desplegaron sus velos de luto sobre los valles que habían visitado con placer los habitantes del cielo, y sobre los albergues en que los hijos de la tierra habían saboreado esas inefables delicias, que se expresan con lágrimas de alegría.

Después del juicio universal, cuando las estrellas se elevan extendiendo sus órbitas; cuando la mirada de Dios, abarcando á la vez los mundos todos, les haga entrar en la armonía celeste, entonces el torrente de ondas de oro continuará su antiguo curso, y en sus márgenes rejuvenecidas, los hijos primogénitos de la inmortalidad acogerán con fraternal sonrisa á los recién nacidos de la madre comun.

Por esta vía santa sube el serafin hácia el santuario de los cielos, arquetipo del universo, fuente de esa belleza universal que, semejante á los mil brazos de un rápido río, surca lo infinito y refleja todo lo que existe.

El suave ruido de las alas del ángel viajero, llevado por una brisa embalsamada, llega á las altas esferas de los soles. A este dulce murmurio, las cuerdas de las arpas divinas vibran bajo dedos inmortales, y un conciento armonioso resuena á través de los espacios.

¡Compañera de los ángeles, tú que puedes contemplar la divinidad y escuchar voces inmortales, Musa de Sion (1), sosténme! Voy á repetir el himno enviado por los habitan-

(1) Pequeña montaña de la Palestina, sobre la cual está edificada Jerusalem. Los profetas y evangelistas designan con frecuencia esta ciudad bajo el nombre de Sion. Klopstock imita su ejemplo.

tes de los cielos á las santas regiones en que va á penetrar el mensajero del Mesías.

«¡Salve, esfera sagrada de las visiones divinas! Allí las sombras que proyectan los mundos, débiles émulos de los cielos, recogen sus oscuras gasas, porque allí te muestras Tú tal como eres, tal como fuiste, tal como serás; Tú, á quien llamamos Jehová, aunque seas inexplicable. Nuestros cantos, en sus inspiraciones primitivas, buscaban en vano tu imágen; pues tu perfeccion es demasiado grande, aun para la intuición de los inmortales. Tú solo puedes penetrarte de tu incommensurable pensamiento: para obrar sobre las cosas creadas, está obligado á descender hasta ellas, y por tanto has querido que existieran seres fuera de tí. Tu aliento pasó por la nada, y de ella salió el cielo espléndido y bello: tu voz creadora mandó el primer estremecimiento de los mares que acababan de nacer: las regiones donde se amontonaban los mundos en redondas masas, que huían rodando por el espacio, oyeron esa voz, y el alma universal le contestó; pero las chispas desprendidas de ese gran todo no existían aun. Tú te contemplaste sobre aquel nuevo trono, en que estabas de pié, solitario y pensativo. ¡Gloria á la divinidad pensativa, porque entonces nos creó á los serafines, hijos aéreos del pensamiento inmutable, nacidos para adorar ese pensamiento! El Eterno dijo á la soledad: *¡No seas!* Y á los seres: *¡Sed!* Y la soledad se pobló, y los seres salieron del caos.»

El coro de los ángeles calla, y Gabriel continúa subiendo por el océano de luz que lo rodea.

Acércase luego al santuario, y se prosterna. Dios lo mira, y los cielos también.

El divino Elohá sale á recibirle; Elohá, el más grande de los seres creados, el más inmediato al Increado. Su pensa-

miento es bello como el alma humana, cuando con sublimes meditaciones se hace digna de su inmortalidad; su mirada es más dulce que el alba matutinal, y más brillante que la luz de los astros, cuando, al salir de la nada, describieron por la primera vez sus rutilantes parábolas.

Del fondo de un océano de nubes lo llamó Dios á la existencia. Para formar su cuerpo escogió el más suave de los esplendores que preceden al nacimiento del Sol: después le tendió los brazos á través del empíreo, y dijo: «¡Primera de mis criaturas, mira, heme aquí!»

Elohá le vió, y se perdió en la contemplacion; pero muy luego pudo expresar á su creador sus pensamientos y sus sensaciones. Los mundos se hundirán, y saldrán de su ruina otros mundos; mil y mil siglos se abismarán en la eternidad, antes que sea dado al más sublime de los mortales conocer semejantes pensamientos y sensaciones.

Al aspecto de Elohá, Gabriel se siente inundado de una alegría inefable. Estos dos inmortales, que mucho tiempo antes del nacimiento del globo terrestre y de sus habitantes habian ejecutado juntos peligrosas y sublimes empresas, se abrazan llenos de felicidad, á la manera que dos hermanos heróicos, cuando cubiertos aun con la sangre que por la patria han derramado, se encuentran en presencia de su noble padre.

Dios bendice á los dos ángeles, y embellecidos con esta bendicion y con el dulce brillo de su santa amistad, se adelantan juntos, y se detienen sobre el monte sagrado en que se alza el santuario de las glorias celestiales. Al rededor de este monte extiende su imperio la oscuracion divina: tranquila y poderosa como todo lo que de Dios emana, envuelve la radiante claridad que vela en torno del misterio de los cielos. A veces esta claridad hiende las tinieblas,

hiere la vista de los ángeles y les revela una roca diáfana que centellea á la entrada del santuario.

Gabriel reconoce el altar que los cielos han elevado á la redencion; acérese á él con la imponente gravedad de un soberano pontífice, deposita dos vasos de oro llenos de un incienso celeste, y queda abismado en meditacion sublime.

En pié, cerca de él, Elohá deja vagar sus dedos entre las cuerdas de su arpa, y los solemnes acordes que le arranca sostienen la voz del serafin sacrificador. Esta voz repite á los cielos la plegaria del Mesías, y su canto resuena á través de lo infinito, como los gemidos del Océano, cuando la tempestad, mensajera de la voluntad suprema, se levanta en espumosas olas.

Dios hace caer una centella en el incienso, y un vapor embalsamado se extiende y sube hácia la Divinidad, como las montañas de la Tierra se alzan, extienden y suben hácia las nubes.

La mirada del Eterno está aun inclinada hácia el monte en que el Mediador continúa revelándole los padecimientos y alegrías de su doble naturaleza. De repente se alza esta mirada y domina lo infinito. Los cielos esperan en un silencio solemne las órdenes de su señor; y sobre la Tierra el cedro suspende su murmullo, el Océano acalla sus ruidos, y en sus costas erizadas de rocas, los huracanes, mudos é inmóviles, aprestan sus poderosas alas para llevar la palabra de Dios por todo el universo. La ronca voz del trueno estremece esas alas poderosas; pero aun no se despliegan, porque no es esta aun la voz del Eterno.

El santuario se abre, y los inmortales se disponen á escuchar á Jehová. Urim, el más grande de los querubines, el confidente del Espíritu creador, se vuelve hácia Elohá: su

actitud es imponente y grave; su voz está impregnada de celestiales pensamientos.

—«¿Qué ves, Elohá?» le pregunta.

Elohá se adelanta, y dice:

—«Allá, entre aquellas columnas de oro, veo las tablas de la Providencia y el libro de la vida. El soplo de la inmortalidad agita las hojas sagradas, en que mis ojos leen los nombres de los cristianos futuros. Más lejos se abre el código de las sentencias del juicio final: estas páginas terribles se agitan, semejantes á las banderas sagradas que en otro tiempo guiaban al combate, contra los ángeles rebeldes, á los serafines heróicos y fieles. Bajo aquellas bóvedas de plata, brillan mil y mil antorchas, símbolos de generaciones redimidas. Urim, tú puedes contar su número; los mundos pueden contemplar los altos hechos de los ángeles; nosotros comprendemos las inefables delicias de los inmortales; pero la redencion es un misterio aun para los cielos... Descubro el trono del Juez supremo, y el fuego devorador que ejecuta los decretos que caen de ese trono... La tempestad lo eleva sobre tempestuosas nubes... ¡Gracia, Mesías! ¡Juez del universo, que dispones de la muerte eterna, gracia!»

El rayo rasga por séptima vez el velo impenetrable del santuario, y la voz del Eterno se deja oír.

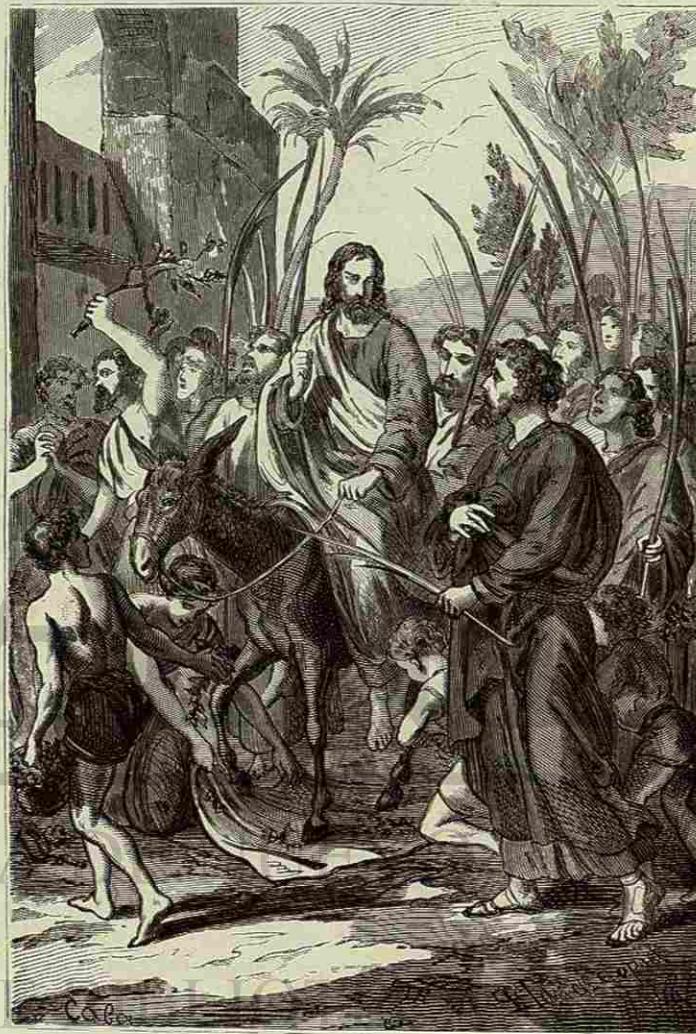
—«Yo soy el principio del amor; me he revelado por la creacion, y me revelaré de nuevo por la muerte de mi hijo. En la hora de esta muerte, yo os sostendré á todos para que no os aniquile á vosotros, cuyo tiempo puede acabar.»

Calla, en diciendo esto; pero su pensamiento da al divino Elohá órdenes, que el serafin comunica al punto á los habitantes del Cielo.

—«¡Benditos seais, dijo Elohá, vosotros, que podeis contemplar á vuestro Creador en su misericordia! Alzad los

ojos, y leed vuestra felicidad en su frente, que se inclina hácia vosotros con una bondad paternal. Volved vuestras miradas hácia Gabriel, que por vosotros ha venido ante el altar de la redencion: el Hijo del Eterno ha querido que seais todos testigos de su sacrificio, y vais á celebrarlo con nosotros, almas virtuosas, que habitásteis la Tierra en otro tiempo. Entre vuestros hermanos, sujetos aun en su vaso de polvo, hay algunos que perseguirán al Hijo del hombre: sus nombres están hace tiempo borrados del libro de la vida. Un rayo del Cielo abrirá los ojos de los amigos fieles de Jesús, y no verán ya en la sangre de la redencion sino un río sagrado, que conduce del tiempo á la eternidad. Partid, ángeles y serafines; id á decir á los ejecutores de la voluntad suprema, que se preparen para celebrar las fiestas de la luz y de la paz eterna. Y vosotras, almas redimidas anticipadamente por el Mesías; y vosotros, que sois sus padres, pues que el Mesías se ha hecho un cuerpo mortal con las cenizas de los cuerpos que dejásteis en la Tierra, á fin de que se preparen para la resurreccion, id al sol que alumbraba el punto del infinito donde debe consumarse el gran misterio de la reconciliacion universal. Descended por ese rayo luminoso, y contemplad al Hombre-Dios en su humillacion y sufrimientos. Jehová lo quiere así. ¡Cielos, escuchadme! ha llegado el segundo dia de reposo, el segundo Sábado (1), más grande, más solemne que el primero... No habeis olvidado, hermanos míos, aquel momento, en que la naturaleza, apenas acabada, virgen y madre al mismo tiempo, vino á ser como la nodriza de todos

(1) Todo el mundo sabe que *sabbat* es una palabra hebrea, que significa reposo, descanso, y que los judíos dieron este nombre al sétimo dia de la semana, dia que el mismo Dios bendijo, después de haber hecho la creacion, como se dice en el Génesis, cap. ii. — (Esta y las demás notas que contendrá el presente poema, son de la Baronesa de Carlowitz).



Entrada de Jesus en Jerusalem. (Canto I.)

los seres creados: el momento en que el Mesías acabe su obra será más solemne aun. Apresuraos á anunciar á lo infinito ese momento, que el Eterno llama el Sábado de la alianza.»

A la voz de Elohá, los ángeles y sus hermanos inmortales, las almas de los patriarcas y de los bienaventurados se dispersan á través de los espacios: solo Gabriel queda cerca del trono. Dios le da órdenes por medio de Uriel, el más grande de los genios protectores de la Tierra, y el serafin se aleja para ir á llevar su mensaje.

A medida que se acerca á las regiones terrestres, oye Gabriel voces lamentosas, que claman por la salvacion de la especie humana, y entre estas voces, la del primer hombre es la más lastimera y penetrante.

Abismado en profundas meditaciones sobre su caída, el pensamiento de Adam abraza los *aeones* (1) del pasado y los del porvenir.

Gabriel acaba de descender al altar terrestre de la re-dencion, cuya celestial imagen verá el profeta de la nueva alianza durante su destierro en las playas de Páthmos (2), mientras que los rocas de estas playas le repetirán los suspiros de los mártires, y le ofrecerán las lágrimas de las

(1) *Aeone* significa continuo, que corre siempre, sin fin. Aunque adjetivo, Klopstock lo emplea sustantivamente en lugar de *siglo*, de que se sirve para expresar el tiempo en sus relaciones con el mundo y sus habitantes. Con la palabra *aeone*, que se encuentra muchas veces en el poema, designa las diversas fases de la creacion, tales como existen en el pensamiento de la Divinidad, y que los habitantes del Cielo comprenden y miden.

(2) Islote del archipiélago griego. S. Juan Evangelista, á quien llama muchas veces Klopstock el profeta de la nueva alianza, fué desterrado á esta isla por el emperador Domiciano, el año 95 de Jesucristo. Durante su permanencia en Páthmos, escribió el Apocalipsis en una gruta situada en la orilla de la mar. Cerca de esta gruta edificaron más tarde los cristianos un convento, que lleva aun el nombre de *Convento del Apocalipsis*.

almas redimidas, que pidan al Juez supremo que retarde el día de su venganza (1).

El cuerpo que envuelve el alma de Adam no es más que una nube vaporosa, y sin embargo es tan suave y bello, como la imágen que flotaba en el pensamiento eterno, cuando la tierra del Eden, exhalando en un dulce estremecimiento la exuberancia de su vida nueva, se transformó bajo la mano del Creador, para realizar su pensamiento.

Agitado por la esperanza y el temor, Adam se adelanta hácia Gabriel con paso vacilante, y le dice:

—«¡Salve, serafin bienaventurado! A tu vista, mi alma se llena de felicidad; porque conozco la mision que vas á cumplir. ¡Ah! ¡que no pueda yo seguirte y contemplar contigo al Mesias bajo la humilde forma que ha elegido para redimir á los hombres que yo he perdido! ¡Que no pueda yo humedecer con mis lágrimas el sitio en que ora y padece por ellos! ¡Que no pueda yo volver á ver esa tierra en que recibí la vida! Yo hallaría más bellas que los valles del Eden esas regiones devastadas por el anatema de la muerte, porque llevan la huella de los pasos del Redentor.»

Gabriel contestó:

—«Yo le comunicaré tus votos, y espero que se digne permitirte contemplar la gloria de su humillacion voluntaria por salvar á tu raza.»

Adam le da las gracias con una sonrisa melancólica, y el serafin continúa su vuelo hácia la Tierra.

¡Tierra dichosa! Voces de lo infinito la proclaman la reina de los mundos, la amiga de los cielos, la confidente del Mesias, que la ha elegido para consumir en ella su sublime

(1) Alusion al capitulo vi del Apocalipsis, en que San Juan Evangelista habla del altar de la redencion que en sus visiones le apareció, como Klopstock lo describe aqui.

sacrificio. Las estrellas viajeras la rodean ya con sus dulces claridades matinales; pero la frescura y el sueño se detienen aun en los valles, y densas nubes coronan la cima de las montañas, que Gabriel toca ya con sus piés.

Plegando luego sus alas, anda, avanza, busca al Hijo del Eterno, y lo encuentra dormido en una de las más sombrías hondonadas del monte de las Olivas. Lleno de admiracion, se detiene y lo adora en silencio.

La paz y el amor divino respiran en el semblante del Mesias, embellecido con todo el esplendor que el reflejo de la Divinidad puede dar á la forma humana. Una sonrisa melancólica y benévola entreabre sus labios, y una lágrima brilla en sus cerrados párpados, revelando al amigo de los hombres. El sueño, cubriéndolo con sus velos de dudosos matices, oculta el Dios aun á los ojos de Gabriel. Así la Tierra, cuando el crepúsculo de una tarde de Primavera la envuelve, aparece á la estrella polar, que se eleva por encima de un horizonte desierto, é invita al sabio á dejar su pacífico retiro para contemplarla y sacar de sus rayos misteriosos el presentimiento de la inmortalidad.

Sustrayéndose en fin á su éxtasis, el serafin se dirige al Mediador.

—«Señor, que me oyes, aunque tu vaso mortal esté dormido, le dice: Señor, he ejecutado puntualmente tus órdenes. He encontrado en mi camino al primer hombre, y te traigo su humilde ruego: dignate oírlo en tu misericordia.»

Después se aleja dulcemente, para ir á anunciar el día del gran sacrificio á la augusta asamblea de los génios de la Tierra, que, refugiados en el asilo más misterioso de sus dominios, ejecutan en silencio los decretos del Eterno.

Pero antes de dejar los lugares santificados por la presen-

cia del Mesías, Gabriel les ordena respetar su reposo; y su pensamiento de ángel dice á la naturaleza:

—«Vosotros todos los que existís aquí abajo, estad atentos y silenciosos, porque los rápidos instantes que el Salvador debe aun pasar entre vosotros pesarán más en la balanza del tiempo, que los incalculables siglos que les han precedido. Contened vuestro aliento, auras matutinales; calla, soledad de las tumbas, ó á lo menos no hagas más que un dulce murmurio; cóncavos de las rocas, que enmudezcan vuestros ecos y exhale vuestro seno una frescura más suave; cedros majestuosos, bosques floridos, derramad sin ruido vuestra balsámica sombra. ¡Silencio, naturaleza toda! silencio ante la Divinidad dormida!»

¡Tierra santificada que yo habito, madre fecunda, que poniendo tus innumerables hijos en alas de los siglos, esas aves de paso de la eternidad, los envías á buscar en lo infinito el cumplimiento de su misterioso destino, mientras que sepultas las formas que les habías prestado bajo fúnebres oteros, donde nunca llega á reposar el viajero fatigado! que tus ángeles guardianes, que el divino Elohá, protector de estos ángeles, me perdone si me atrevo á revelar á los mortales el santuario de los espíritus benéficos que velan sobre ellos. La musa de Sion se ha dignado iluminarme. Si alguna vez, en las inefables delicias de las contemplaciones solitarias, mi pensamiento ha llegado al círculo luminoso de los puros éxtasis, si ha hablado y comprendido el lenguaje de las almas, ¡oh! entonces, divino Elohá, escucha un momento al poeta, tan audaz en su misma timidez. No intenta celebrar en sus cantos las efímeras glorias de los mortales; permítele introducir á los iniciados de la muerte, á los iniciados de la resurrección, en la solemne asamblea de los custodios del punto del infinito que habita la raza de Adam.

No lejos del polo ártico, el silencio, el frío y la inacción han ahondado un lecho profundo y tenebroso. Sombrías nubes salen de allí sin cesar, y van á perderse en el espacio, á manera de las olas de un río que se precipita en el mar. Allí duerme la media noche, como bajo las tinieblas que en otro tiempo extendió Moisés sobre el Egipto, dormían el Nilo en sus catorce riberas y las eternas pirámides, orgullosos sepulcros de los reyes. Jamás ninguna mirada humana se ha cernido sobre estas inhabitadas comarcas; jamás ninguna voz humana ha turbado el silencio de su noche sin fin; ningún mortal duerme allí, ningún muerto se despertará tampoco. Solamente los serafines las visitan alguna vez: semejantes á los astros flotando en un cielo tormentoso, dejan largos rastros de luz á través de estas tinieblas, cuando andan por allí abismados en proféticos pensamientos sobre las futuras felicidades de la especie humana.

En medio de este desierto inmenso se eleva un pórtico misterioso: es la entrada del dominio de los génius de la Tierra.

Cuando después de una larga série de brumosos días, el Sol de Invierno, por dar una fiesta á la Tierra entristecida, se muestra de repente, ¡oh! entonces el velo que envolvía los diamantes y rubies que las escarchas siembran profusamente, cae, y las montañas heladas, y los campos cubiertos de nieve, y los bosques con sus festones de carámbanos brillan con mágico esplendor, y la Tierra se embellece con un reflejo de la belleza universal. Así bajo los pasos de Gabriel brillan los montes nocturnos, cuyas profundas simas encierran el tenebroso lecho de la media noche.

Gabriel los atraviesa y salva el misterioso pórtico, cuyas puertas se han abierto por sí mismas y vuelven á cerrarse al punto.

Ahora anda por las entrañas de la Tierra. Océanos amontonados ruedan lentamente ante él hácia orillas en que nada se mueve, en que nada respira: sus hijos, los ríos rápidos, los siguen mugiendo, como las tempestades que se alzan por encima de los desiertos y se pierden en el espacio.

El serafín se presenta á la entrada de un segundo pórtico, formado de nubes parduzcas. El edificio retrocede ante él, sus nubes se dilatan en rayos celestes, y las tinieblas flotantes que sirven de camino al serafín, reproducen la huella de sus pasos con llamas vacilantes, cuyo reflejo le muestra la entrada de una bóveda inmensa, que se redondea en el centro del globo terrestre. Un hálito divino ha formado la atmósfera de esta bóveda, en medio de la cual se mueve lentamente un sol, cuyos rayos llevan la vida y el calor á las venas de la Tierra.

A este sol misterioso debe las flores con que se engalana en la Primavera, las espigas con el Estio dora los campos, y la vid de verde pámpano y purpurino fruto con que el Otoño adorna montes y colinas.

Jamás este sol abandona su horizonte; una eterna mañana pende de su sonrisa eterna. Los génios que lo habitan leen en las formas de las nubes las órdenes y consuelos que Dios les envía. Jehová habla á estos espíritus benéficos, como habla á sus jóvenes hermanos establecidos en la superficie del globo, cuando pinta, después de una tempestad, el arco iris en la bóveda celeste.

Gabriel llega á este sol, desconocido de los hijos de Adam, y los inmortales que lo habitan salen á recibirlo.

En su semblante severo, en su aire imponente y sombrío, el serafín reconoce á los génios de la guerra y de la muerte. Sus inexorables brazos conducen, á través de los laberintos del destino, el hilo misterioso que liga á la voluntad divina

las acciones, que los reyes y los héroes atribuyen en su ciego orgullo á su propia fuerza.

Un aire más dulce, una sonrisa melancólica revelan á Gabriel los custodios de los mortales virtuosos. Cuando el sabio, huyendo el tumulto y las glorias efímeras del mundo, interroga á los libros del porvenir y medita sobre los altos destinos de la humanidad, estos génios benéficos velan cerca de él. A veces se mezclan en las reuniones solemnes en que los fervientes cristianos celebran el pacto fraternal, fundado en la sangre de la redención. Y cuando la muerte, después de una lucha cruel, imprime en fin el sello de su victoria en la materia de que el alma cautiva no puede arrancarse nunca sin dolor, estos ángeles guardianes la consuelan, anunciándole que la naturaleza, vencida por la muerte aquí abajo, hallará en los despojos de su destrucción los elementos de una vida nueva.

Guiadas por sus celestiales protectores, almas infantiles y tímidas vienen á colocarse á la sombra de las alas del serafín para oírle hablar de la tierra en que padece Jesús, su divino amigo. Apenas han entrevisto esta tierra, pues no habían conocido aun de la vida más que el llanto y la sonrisa del primer ángel, cuando la espada del más terrible de los ángeles vino á arrancarlas de sus cuerpos de niños. Los génios de la Tierra condujeron á su sol misterioso estas infantiles almas, demasiado débiles aun para presentarse ante el Eterno. Allí, las cuerdas de las arpas de oro, y los cantos sublimes que se mezclan á estas dulces melodías, les enseñan de qué del divino foco ha salido el alma humana, á qué perfección puede aspirar, y con qué impaciencia las almas de los padres, maduras por el tiempo, esperan las de sus hijos en las altas regiones de los cielos. Así es como los discípulos de estos benéficos génios llegan á esa

elevada sabiduría, de que los hombres no persiguen muchas veces en la Tierra más que la sombra deslumbradora y engañosa.

Gabriel transmite á los génios de la Tierra las órdenes del Eterno, y la alegría, el dolor y el agradecimiento los abisman en dulce éxtasis.

Pero dos infantiles almas fraternales expresan así sus sensaciones con la ingenuidad propia de su edad:

—«El hombre divino de que el serafin acaba de hablar, pregunta una de ellas, ¿no es el mismo Jesús que hemos visto sobre la Tierra, el tierno amigo que me estrechó en su seno, mientras que sus ojos dejaban caer lágrimas que yo enjugaba con mis ósculos?»

La otra alma contesta:

—«Si, es el mismo Jesús. Aun oigo su dulce voz diciendo á nuestras madres colocadas alrededor de nosotros: En verdad os digo, sed como niños, si quereis heredar el reino de mi padre (1). Era nuestro hermano en la Tierra, y será nuestro padre en el Cielo.»

Los dos niños se abrazan llorando de alegría, y Gabriel despliega sus alas para ir á llevar á otros mundos su mensaje de paz y de alianza. Las emanaciones luminosas que deja en pos de sí, lo hacen mucho tiempo aun visible á los génios de la Tierra, así como los habitantes de la Luna distinguen los rayos que nuestro globo proyecta en las cúspides de sus montañas á través de las diáfanas nubes de sus noches.

Muy luego el serafin llega á una atmósfera más vasta. Rápido como la flecha lanzada por el arco de oro de la Victoria, atraviesa las constelaciones, toca ligeramente las

(1) Evangelio, según San Mateo, cap. xviii.

estrellas, se cierne sobre el Sol, y se detiene en el pináculo del más bello de sus templos.

Allí están reunidas las almas de los patriarcas, cuyas miradas impacientes se mezclan con los rayos del Sol, y con ellos descenden á los valles de Canaan (1), para despertar la primera hora del día, dormida aun dulcemente entre las gasas del crepúsculo.

Adam, hijo del pensamiento de Dios y de la primera sonrisa de la Tierra, preside esta augusta asamblea.

Esperando el instante en que el monte de las Olivas se revele á sus miradas, Gabriel y el génio del Sol hablan con él de los sublimes destinos que esperan á la especie humana.

(1) Nombre bajo el cual se designó primeramente á la Palestina, por estar habitada por los cananeos, es decir, por los descendientes de Cham, tercer hijo de Noé. Fué tambien llamada *tierra prometida*, por haber asegurado Dios su posesion á Abraham y á su posteridad. Después de haber derrotado á los cananeos y demás pueblos que estaban entonces establecidos en la Tierra de promision, Josué la dividió en doce tribus, tomando entonces el nombre de *Tierra de los hebreos*. Los griegos y los romanos la llamaron Palestina, por haber entablado sus primeras relaciones de comercio con los palestinos ó filisteos. Á la vuelta del cautiverio de Babilonia, los hebreos, que eran casi todos de la tribu de Judá, le dieron el nombre de Judea. Los cristianos la llamaron *Tierra santa*, por haber nacido y muerto en ella Jesucristo. Según los libros santos, esta celebre comarca ha sido dos veces cuna del género humano, pues en ella estuvo el Paraiso terrenal, y se detuvo el arca de Noé después del diluvio.

## CANTO II.

Las almas de los patriarcas divisan al Mesías y lo saludan con cánticos solemnes. — Jesús llega á los sepuleros y arroja á Satanás del cuerpo de Samma. — Satanás vuelve á los Infiernos, reúne á todos los espíritus de las tinieblas, y decreta con ellos la muerte de Jesús. — Abdiel-Abbadona, uno de los ángeles caídos, protesta contra este nuevo crimen del Infierno; pero Adramelech, uno de los príncipes de las tinieblas, lo reduce al silencio, y viene á la Tierra con Satanás. — Abbadona sale también del Infierno. — Abruñado de remordimientos y atormentado por la idea de no hallar gracia nunca delante de Dios, á quien combatió cuando la rebelión de los ángeles, procura aniquilarse. — Sus esfuerzos son inútiles, y cae á la Tierra casi al mismo tiempo que Satanás y Adramelech llegan al monte de las Olivas.

El día acaba de nacer dorando con sus primeras luces las copas de los cedros, que la brisa de la mañana agita dulcemente. Jesús se despierta y se levanta.

Los patriarcas reunidos sobre el pináculo del templo solar lo divisan, y Adam expresa en un cántico solemne la felicidad que le causa esta vista.

—«¡ Oh día dichoso y el más bello de todos los días! innumerables coros de ángeles y de almas bienaventuradas te cantarán, cuando el tiempo te traiga desarrollando los anillos de su cadena. Mientras descendes á la Tierra, el esplendor de Orion (1) te reproducirá en el Cielo, y cuando pases cerca del trono del Eterno, te precederá el *hosonna* de los

(1) Constelacion meridional.

serafines. ¡Día inmortal, que nos muestras al Mesías en su abatimiento sobre la Tierra! Allí, allí está bajo la forma de un simple mortal; pero el Dios se revela en su soberana frente besada por las auras matinales.»

Y la dulce voz de Eva contesta al canto del primer hombre:

«¡ Dichosa la madre que te dió á luz, divino Salvador, más dichosa que yo, madre del linaje humano! El número de mis hijos es infinito, pero ¡ay! todos son pecadores y mortales! Tú, María, tú no tienes más que un hijo, y es inocente y eterno. En vano, en vano te buscan mis ojos, Paraíso perdido, Paraíso tragado por las aguas del diluvio (1), ¡Belen, donde nació Jesús! sé de hoy más el Eden mio. ¡Cabaña en que corrieron sus primeras lágrimas de niño! sé la cuna de mi inocencia. Si á poco de mi falta te hubiera yo dado á luz ¡oh bendito hijo de María! habria ido contigo á presentarme á mi juez bajo el árbol de la ciencia, cuyo dulce murmurio vino á ser la tonante voz del anatema; te hubiera abrazado llorando, y hubiera dicho al Dios terrible: Mira; este me debe la vida. ¡Padre, padre mio! no más enojo ya; basta de castigo.»

Y Adam repuso:

—«Dios ha visto mis lágrimas y los serafines las han con-

(1) Klopstock hace aqui alusion á una tradicion árabe, que situa el Paraíso terrenal al pié del monte Libano, en la vasta llanura de Sahel, una de las más fértiles de la Siria. Segun esta misma tradicion, las aguas del diluvio desfiguraron completamente este paraíso. El pueblo que se alza en el lugar en que se supone que estaba, lleva aun el nombre de *Eden*. Su pintoresca situacion, sus huertos plantados de árboles frutales, sus corrientes de agua que serpean á través de las praderas, su atmósfera embalsamada con los olores de los cedros del Libano, justifican su nombre. Esta deliciosa comarca está actualmente habitada por los *maronitas*, pueblo árabe que pretende sacar su nombre del sacerdote *Maron*, que vivió en el siglo IV, y cuyos discipulos convirtieron á la fé cristiana una parte de la Siria.

tado. Las miriadas de hijos, que ya he entregado á la espada de la muerte, han sido testigos del arrepentimiento de su culpable padre: hasta en el seno del reposo eterno he gemido, sin que la misericordia divina haya podido calmar mis remordimientos. Tú solo, Mediador sublime, tú solo templas mis pesares, pues me permites adorarte bajo la humilde forma que has tomado para salvarnos á todos. Consume, pues, tu sacrificio, redime á la humanidad, santifica mi tierra natal y la tuya, y vuelve á los cielos impacientes de glorificarte en tu misericordia infinita.»

Jesús oye estas voces, como el piadoso solitario oye los suspiros y llantos de los desgraciados que dejara en el bullicio del mundo, para ir á pedir á Dios en el desierto el término de sus aflicciones.

Abismado en profundas meditaciones, el Hijo del hombre descende del monte de las Olivas.

En la falda de este monte se eleva un grupo de palmeras, sobre las cuales los vapores de la Tierra extienden aun los diáfanos festones que reflejan la luz naciente y caen en perlas transparentes. Al pasar por debajo de estos árboles, Jesús ve á Rafael, ángel custodio de Juan, su discípulo amado, y le dice:

—«Ven, anda conmigo, invisible á las miradas de los hombres, y dime cuales han sido los pensamientos de Juan durante la noche. ¿Donde está?»

Y el serafin contesta:

—«He velado sobre él, como el primero de los escogidos, y lo he mecido en sueños sagrados. Juan te veía durmiendo, y una sonrisa más suave que la sonrisa de la Primavera, cuando vacía su canasta de bodas sobre la Tierra rejuvenecida, entreabría sus labios. Ví en otro tiempo al primer hombre y á su dulce compañera dormir su primer sueño en

el jardin del Eden, y esta bella pareja era menos bella que Juan, tu discípulo amado. En este momento está en los sepulcros, cerca de un poseso. ¡Ah! ¡cuánto sufre tu discípulo en presencia de este desgraciado, cuyos lívidos miembros se retuercen en el polvo de los muertos, y cuyos lamentos espantan hasta á los gusanos roedores, esos lúgubres reyes de los sepulcros. Lágrimas de compasion inundan el rostro de Juan, su corazon apenas puede contener su tierna piedad, y tiembla y ora. Yo no he podido permanecer insensible á su dolor, mis ojos se han humedecido, y he venido á decirte sus sufrimientos.»

El Mesías dirige á los Cielos una espléndida mirada.

—«Tiempo es ya de que me oigas, padre mio, dice: sea yo víctima del enemigo de los hombres; pero que este sacrificio aplaque al fin al Cielo y dome al Infierno.»

Nubes purpúreas llevan este pensamiento á los piés del Eterno, y Jesús se acerca á los sepulcros socavados en las húmedas y negras rocas. Un bosque sombrío oculta la entrada de estas bóvedas á la vista del transeunte, y dentro reina un crepúsculo eterno. Únicamente cuando el sol del mediodía inunda de luz á Jerusalem, algunos tímidos y pálidos rayos suelen penetrar en la sombría y helada ciudad de los muertos; pero estos rayos no llevan allí ni claridad ni calor.

Este lúgubre lugar es el que Satanás ha elegido para atormentar al infortunado Samma. Su mujer y sus dos hijos se habian apresurado á llevarle consuelos. Benoni, el más jóven de estos niños, aun inaccesible al miedo, porque desconocia el peligro, se habia precipitado en brazos de su padre, que, estremecido de alegría, lo estrechó contra su corazon y lo abrumó de caricias. Pero cuando Benoni sonreía con todo el candor angélico de su edad, Samma recayó bajo el imperio de su dominador infernal, y lanzó al gracioso

niño contra la bóveda de la roca. Su cráneo se hizo pedazos, y su alma cándida y pura huyó de su roto vaso.

Desde aquel día funesto Samma no abandona ya el sepulcro de su hijo: á él se enlaza y adhiere fuertemente cuando Satanás lo atormenta, y en él queda extenuado y moribundo cuando le concede algunos instantes de reposo.

En uno de estos breves intervalos, el Mesías aparece á la entrada de las tumbas.

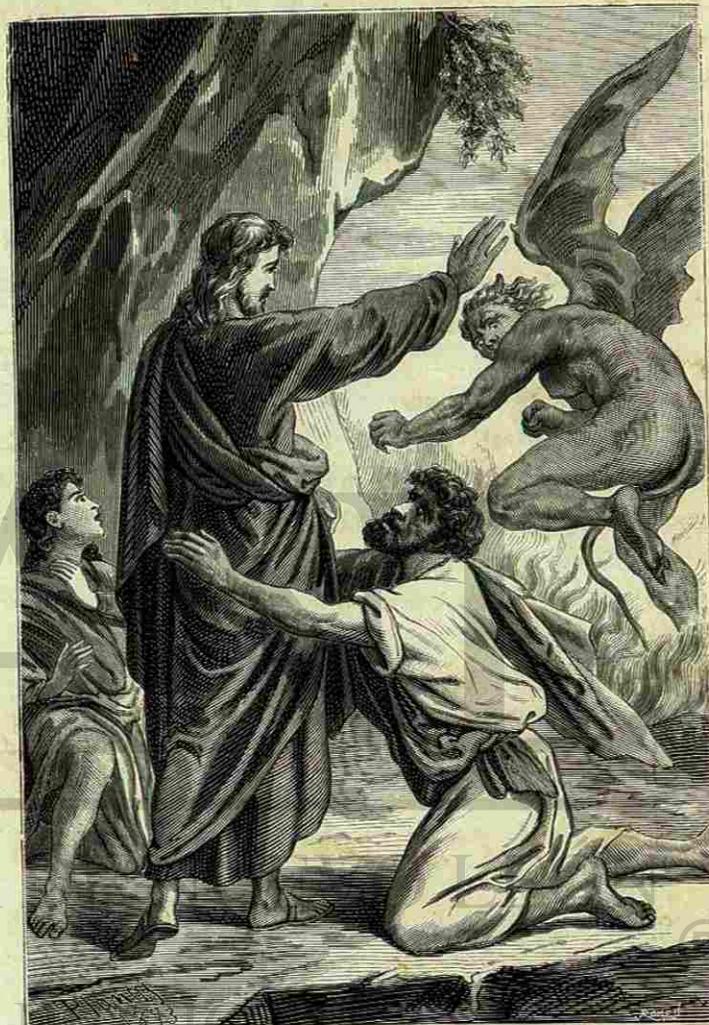
A su vista, Joel, el hijo mayor de Samma, que dirigia á Dios sus ruegos y sus lágrimas, exclama:

—«Renace á la esperanza, padre mio: el que viene hácia nosotros es Jesús de Nazareth, el profeta de los profetas.»

Al oír este nombre, Satanás se hunde más profundamente en el polvo de los muertos. No de otro modo el insensato, que negaba la existencia de Dios cuando el cielo estaba sereno, se oculta temblando en el fondo de una caverna, cuando el carro del Juez supremo recorre el universo por encima de las nubes de que por todas partes se escapan el huracan, el rayo y la muerte.

Pero reanimado de repente por el furor, el Príncipe de las tinieblas se precipita sobre Samma. El desgraciado se levanta, vuelve á caer, se retuerce, y ora suplica á su enemigo, ora invoca la misericordia de Dios.

Satanás llama á la Demencia. Y la Demencia viene, arroja al poseso una bocanada de su pestífero aliento, le sugiere locas intenciones y le presta extraordinarias fuerzas. Semejante al gato montés perseguido por el cazador, el energúmeno trepa por la pendiente vertical de las rocas, y se agarra á la bóveda que se redondea por encima de las tumbas. Satanás lo ha empujado y lo sostiene en este elevado punto, para dar al Mesías una prueba de su poder. Pero en el orgullo de su triunfo, su voluntad se debilita, deja de soste-



Jesús expulsa á Satanás que atormentaba á Samma.  
(Canto II.)

nerlo, y el desgraciado Lamma cae y se quebranta contra las piedras de las tumbas.

Jesús dirige hácia él sus ojos, y bajo la influencia de esta mirada, las alucinaciones que fascinaban su razon desaparecen, y su semblante lívido vuelve á tomar las tintas de la vida; sus facciones, que no tenian nada de humano, se reaniman y se calman. Teme, sufre aun, más espera, y lágrimas de alegría inundan su semblante, porque siente que está bajo la proteccion del profeta divino.

A veces el sabio, espantado de los males que afligen á la especie humana, teme que la vida no sea un caprichoso juego del azar, y la inmortalidad un sueño. Entonces una sombría desesperacion tortura su alma, porque esta misteriosa hija del Cielo tiene horror á la nada. Pero cuando la esperanza de celestial sonrisa se pone al lado de la meditacion de frente triste y sombría; cuando acerca á sus labios, secos por la sed de una sabiduría imposible, la copa encantada en que los hombres beben copiosamente el dulce rocío, que Dios hace caer sobre la Tierra para sostener el valor de sus hijos, ¡oh! entonces la duda huye; y el sabio, seguro de su inmortalidad, vuelve á estar satisfecho de sí mismo, y adora con toda confianza á los Cielos, que velan á su razon un arcano que su corazon comprende.

Así Samma se siente renacer oyendo la voz del Mesías, que dice á Satanás:

—«Tú, que á mis propios ojos osas perseguir á los hombres, mis amados hermanos, habla: ¿quién eres?»

—«Yo soy el Rey de la Tierra, el jefe supremo de los espíritus libres y poderosos. Mi voluntad los ocupa en trabajos más nobles que los de los serafines, que gastan su inmortalidad llenando los Cielos de himnos y cantos inútiles. Tu aparicion en este globo ha despertado los ecos del Infierno, y

yo he descendido de mi trono para verte, para oírte, y para hablarte. Puedes enorgullecerte de este honor: te lo permito. Los esclavos del Cielo te han proclamado Salvador del mundo, á tí, audaz visionario, audaz y débil como todos los que te han precedido, como todos los que te seguirán y que todos me perteneceis anticipadamente.

«Heme aquí satisfecho: te he visto, te he hablado, y te he mostrado lo que hago con los hombres que llamas tus hermanos. Las cenizas y los huesos amontonados á tu alrededor te ofrecen la imágen de su inmortalidad; los gritos lamentosos de Samma te dan una idea de las celestiales alegrías que yo les preparo en mi reino.

«Vuelvo á los Infiernos. ¡La Tierra y el Océano se abismen bajo la huella de mi pié! Y si tú pudieras reconstruir este mundo que yo voy á destruir; si pudieras poblarlo por segunda vez, volvería yo de nuevo, porque él es mi imperio, y sus hijos mis esclavos.»

Dice, y se lanza hácia Samma para arrastrarlo consigo. El desgraciado da un grito de horror, tiende los brazos al Mesías; y sostenido por su poder divino, cae blandamente á sus piés.

Satanás reconoce, estremeciéndose de rabia, el poder de un señor. Y huye, y el furor y el espanto le hacen olvidarse de hundir á su paso la Tierra y los mares.

Prosternado en el polvo de las tumbas, Samma enlaza con sus trémulos brazos las rodillas de Jesús.

—«Acaba tu obra, exclama, ¡oh el más santo de los hombres! Permíteme que te siga, y que te consagre la vida que acabas de darme.»

—«Debes permanecer con los tuyos. Ven con frecuencia á este asilo de los muertos, y tus ojos, abiertos por la esperanza, verán aquí el cumplimiento de los arcanos del Eterno.»

Así habla el Mesías.

Joel ruega á Juan que lo presente á su maestro. El benévolo discípulo lo conduce á sus piés, y el corazón puro y agradecido de Joel exhala esta dulce plegaria:

—«¡Gran profeta! has prohibido á mi padre seguirte, y esto es prohibírmelo á mí también. Pero, ¿por qué permanecemos en medio de estos trofeos de la destrucción, cuya vista hiela mi sangre? Ven á habitar la casa de Samma. Llevándole su marido, harás la felicidad de mi desolada madre. Ella reservará para tí la leche de la mejor de nuestras ovejas, la miel más aromática de nuestras colmenas, la más sazónada fruta de nuestro huerto; y para tejer tus vestidos, escogerá la lana de los mejores corderos que triscan en nuestros prados. Y yo, yo te llevaré por las tardes bajo los árboles que mi padre plantó el día de mi nacimiento, y allí te diré: ¡Bendito seas, gran profeta, que salvaste á mi amado padre!»

Y tendiendo los brazos hácia la sepultura de su hermano, añade sollozando:

—«¡Querido hermano mio! adios! Es preciso que te deje bajo la fría piedra que te cubre. Tus cariñosos brazos no me despertarán ya para anunciarme el nuevo día; ya no vendrás después de ponerse el Sol á sacar conmigo de nuestra limpia fuente el agua que da á las flores marchitas por el calor del Estío su frescura de Primavera. Jesús, escogido de Dios: mi hermano Benoni ¿está para siempre sepultado entre el polvo de los muertos?»

El Mesías solo contesta con una sonrisa de misericordia y de amor, y ordena á Juan enjugar las lágrimas del sencillo adolescente, mientras él entra más adentro en los sepulcros.

Vencido por el Hijo del Eterno, Satanás atraviesa el valle

de Josafat (1), oculto en una condensacion de pestíferos vapores. Muy luego salva el mar Muerto, y se eleva por encima del monte Carmelo (2), lanzándose á las regiones celestes. Allá su iracunda mirada se cierne sobre el universo, cuya eterna armonía pretende en vano turbar. El esplendor de los astros le muestra toda su deformidad: tiene horror de sí mismo, y se rodea de una aurora boreal. Pero solamente los ángeles puros pueden velarse así á la vista de los seres creados; para él, esta brillante atmósfera es un suplicio, ante el cual se desvanece la magia de su poder satánico. Jadeando de furor, cae sobre la orilla más escarpada, adonde las olas del infinito vienen á bañar el pié de las negras rocas que terminan el globo terrestre. Ha reconocido su dominio en la flama vacilante que despide su lúgubre claridad á través de las tinieblas del vacío. Este vacío no es, sin embargo, el Infierno, sino su camino. Para morada de condenacion, consecuencia terrible de su inmutable justicia, el Eterno no encontró lugar en los Cielos ni siquiera en la Tierra. Lejos de él, lejos de todo cuanto existe, ahondó, por espacio de tres horribles noches, esta mansion espantosa en el seno de las tinieblas eternas: después apartó para siempre de allí sus divinos ojos.

Dos ángeles heroicos guardan la entrada; y al confiarles esta penosa vigilancia, Dios los bendijo, y les dió potestad para mantener en sus límites los Infiernos, que Satanás procura extender incesantemente.

(1) Valle de la Palestina.

(2) Este monte, famoso en los sagrados libros, está situado en Galilea, y forma parte de la cadena del Antilibano. Durante los primeros siglos de la era cristiana, millares de religiosos vivian allí en grutas abiertas en la roca. Más tarde se cubrió de conventos y capillas, de que solo quedan hoy las ruinas. Desde la cumbre de este monte se domina, por un lado, el Mediterráneo, y por otro, la fértil provincia de Galilea.

Cerca del pórtico en que velan estos ángeles, un rayo de luz divina se eleva hácia el Empíreo. Este rayo, semejante á un río rápido, cuyo curso no se detiene en ningun rodeo, los enlaza á todas las bellezas de la creacion, y les trae su parte de celestiales beatitudes.

Satanás sigue las sombrías orillas de este camino de fuego, llega al pórtico infernal, lo salva con iracundia, y siempre invisible, aun á los ojos de sus súbditos, va á asentarse en su trono de bronce.

Zofiel, el heraldo de los Infiernos, percibe los sombríos vapores que suben las gradas del trono, y volviéndose á uno de los espíritus de las tinieblas, le dice:

—«¿Habrá vuelto entre nosotros el jefe supremo? ¡Oh! temblemos entonces; porque es la vuelta misteriosa y terrible, anunciada mucho tiempo hace por el Destino.»

Dijo; y de repente aquel vapor se disipa, y aparece Satanás en todo el esplendor de su cólera.

Zofiel, como esclavo ágil y sumiso, se lanza al punto hácia las montañas de fuego, encargadas de anunciar la llegada del soberano, y que esta vez han olvidado su deber.

¡Musa de Sion! préstame tu voz tonante para describir el abismo que castiga, y que tú contemplas con toda serenidad, porque ves al mismo tiempo el Cielo que recompensa.

El incendio, que anuncia una fiesta á los espíritus de las tinieblas, dora la cúpula del templo del Destino, construido por Adramelech, gran sacerdote de esta divinidad inexorable.

Adramelech es un espíritu más cruel y pérfido que el mismo Satanás: lo aborrece, lo desprecia y le envidia el honor de haberle precedido en la rebelion contra el Eterno. Él concibió primero este proyecto, y si Adramelech lo secundó, no fué por fundar un trono á Satanás, sino para asegurarse á sí mismo un poder independiente. Precicado á seguir

rarse á sí mismo un poder independiente. Precisado á seguir á los ángeles caídos á la horrible sima á que los relegara la cólera de Dios, llegó el último de todos, ceñido de una brillante armadura, y llevando en la mano tablas de oro con una inscripción en letras de fuego.

—«¡Príncipes inmortales! dijo entonces á los demonios consternados: ¿por qué temblais así? Como triunfadores, y no de otra manera, debemos hacer nuestra entrada en estos lugares, en que hemos de encontrar la independencia y la grandeza, por las cuales hemos combatido. Mientras los esclavos de Jehová os perseguían con los rayos que acababa de inventar, me deslicé yo en el santuario abandonado, donde encontré las tablas del Destino, que nos anuncian un glorioso porvenir. Me he apoderado de ellas, y hélas aquí. Escuchad, pues, lo que dice el Destino:

«Uno de los espíritus sublimes, que Jehová retiene aun en esclavitud, reconocerá un día que es Dios. Será arrojado del Cielo con sus divinos amigos, y relegado á uno de los más horrosos desiertos del espacio, donde no encontrará más que horror y desesperación. Que éntre en él con valor, y en él permanezca con paciencia. También su vencedor gimió y sufrió mucho tiempo en medio del caos, antes que pluguiera á mi voluntad suprema convertir aquel caos en miríadas de mundos. Una suerte semejante espera á los infiernos.

Un día Satanás hará un universo más vasto y más brillante que el de su rival, pues yo mismo le daré el plan de esta nueva creación. Tal es mi voluntad, y la escribo yo, cuya mansión es el arquetipo de la perfección; yo, que soy el único señor del infinito, de los mundos que contiene y de los dioses que yo les he dado.»

Así habló el pérfido Adramelech, y el Infierno ni aun

tuvo el consuelo de dar fe á su impostura, porque Dios lo oyó y confundió al blasfemo.

El globo de fuego, ese sol del abismo que todas las mañanas sale del océano de la muerte y se hunde en él todas las noches, interrumpió bruscamente su curso, hizo un remolino en el espacio, y cogiendo al impostor, lo precipitó consigo en las negras aguas de su helada capa. Allí permanecieron por espacio de siete días y siete noches: después el globo de fuego continuó serenamente su acostumbrada carrera, y Adramelech salió del océano de la muerte. Más pervertido, más audaz que nunca, construyó un palacio á la mentira, que llamó el templo del Destino, se proclamó su gran sacerdote, y colgó en él las tablas de oro que él mismo había fabricado. A cada reunión solemne, las descuelga, las lleva consigo, y obliga á los demonios á adorarlas.

Cargado con estas tablas, de que se burlan los mismos príncipes del Infierno, Adramelech viene á sentarse junto á Satanás.

Moloch también ha dejado las montañas en que acumula rocas sin cesar para lanzarlas contra el Eterno, si quisiera perseguir á los ángeles rebeldes en su tenebroso imperio. Todas las mañanas, cuando el globo de fuego sale del océano de la muerte, los habitantes de los Infiernos ven al terrible Moloch sobrecargar las montañas de inmensas rocas, que al punto vuelven á caer al abismo, donde el estruendo de su caída es repetido por mil y mil roncós ecos: la noche lo encuentra aun ocupado en este trabajo inútil. Con aire amenazador viene á tomar asiento en las gradas del trono.

El silencioso y sombrío Beliel atraviesa con paso cuidadoso las riberas infernales, donde se esfuerza en vano en hacer vejetar las plantas y flores que embellecen la Tierra. El suelo maldito no produce mieses y del seno de sus bosques

sin hojas se escapan raudales de agua hirviente, cuyas ondas de vapor mezcladas con llamas se precipitan mugiendo hasta el pié del trono de Satanás. Y sin embargo, Beliel escarba y revuelve sin cesar ese suelo maldito; y cuando compara su horrible esterilidad con los encantos que la Primavera esparce en la naturaleza viva, derrama lágrimas de rabia, mezcla sus suspiros con la voz terrible de los huracanes que rugen á su alrededor, y maldice al Eterno que lo ha precipitado á este abismo, jurando aumentar su esterilidad cada siglo que venga á hundirse en él.

Magog llega el último. Antes de herir su vista, las llamas que anunciarán la llegada de Satanás han debido atravesar las negras y espesas ondas del océano de la muerte, donde él ha fijado su residencia. Agitadas por las blasfemias que escupe á Dios que lo ha vencido, las olas malditas saltan sin cesar, ya lo oculten en su seno, ya lo lleven á las escarpadas orillas. En cuanto Magog las huella, lanza comarcas enteras al océano de la muerte, porque, en su ciega rabia, se lisonjea de poder aniquilar los Infiernos; pero los montes y valles que destruye reaparecen al momento.

Innumerables espíritus malditos siguen á sus príncipes, y todos cantan sus crímenes y maldades. Arpas de ébano con cuerdas flojás y destempladas acompañan sus cantos, que resuenan á través de la *Gehenna* (1) como el rayo cuando estalla y cae. Así cantan las batallas, cuando, á la hora solemne de la media noche, las sombras de los conquistadores los conducen á través de los aires en carros de bronce, que, empujados por el viento del Norte, se chocan y rompen por encima del suelo teñido aun con la sangre de sus innumerables víctimas.

(1) Nombre que los hebreos dan al Infierno. Derivase de la palabra *Gehinnun*, que significa tortura, prision.

El concierto infernal, hiriendo el oído de Satanás, le causa una alegría salvaje: levántase de un salto, y su mirada se cierne sobre todos sus súbditos. En las últimas legiones descubre á los insensatos que procuran persuadirse de que un Dios que castiga y recompensa no es más que un delirio de nuestra imaginacion enferma. Gog, espíritu audaz, á quien perdió su orgullo, está á la cabeza de esta legion de demonios, que lo abruman ellos mismos con sus amargos sarcasmos; porque, en medio de su perversidad, no pueden olvidar que Dios existe.

Satanás se deja caer de nuevo en su trono: pensamientos sombríos, como las tempestuosas nubes que, á la caída de un riguroso día de Verano se agrupan en derredor de las cumbres, se amontonan en su tormentosa frente. Pero arrancándose muy luego á esta meditacion, se irgue y dice:

—«Intrépidas cohortes, que habeis sostenido conmigo tres dias de luchas terribles en las regiones del Empíreo, yo me complazco en creer que sois todavía lo que érais entonces. Sabed, pues, lo que he ido á hacer sobre la Tierra, y la resolucion que he tomado. Sí; los Infiernos se hundirán antes que se consiga dominaros. Y Él, Él, que en otro tiempo sacó el universo del caos, destruirá á sus criaturas antes que yo le ceda mi poder sobre ellas. Envíe, si quiere, millares de Mesías; venga él mismo, si tanto osa, á redimir á los hijos de Adán: nosotros arrostraremos su poder, y vendremos á ser divinidades invencibles. Pero ¿qué tenemos que temer? Su supuesto hijo, ¿no ha nacido del seno de una mortal, á quien la destruccion reclama? Y sin embargo, ¡oh vergüenza eterna!... es preciso que los príncipes del Infierno lo sepan: á la voz de ese impostor, muchos de vosotros han huido del cuerpo de los hombres que yo les habia encargado preparar para nuestro reino. ¡Espíritus cobardes!

prosternaos en el polvo. Yo he visto á ese Mesías que tanto os ha espantado, y tendré el valor de destruirlo, si hay valor en castigar á un soñador mortal que se diviniza sobre la Tierra.»

Así habla Satanás; y las cicatrices con que el rayo ha marcado su frente, se hinchan y enrojecen: su expresion revela que le atormentan horribles dolores, y sin embargo, la mentira y la blasfemia continuan saliendo de sus lábios.

«Una antigua tradicion, todos lo sabeis, mece desde tiempo inmemorial al pueblo de Israel en sueños de gloria y prosperidad; y ciertamente, entre todos los pueblos de la Tierra, este es el más soñador. Esta tradicion le promete un salvador, que ha de librarlos del yugo de sus enemigos, y hacer de su país mezquino, estéril y pobre, el más poderoso imperio del mundo.

«No habreis olvidado el dia en que supimos, que algunos ángeles se habian reunido en el Tabor (1) gritando: ¡*Jesús!* ¡*Jesús!*; y que á este nombre, los cedros y las palmeras se habian inclinado. Se añadia que, al retirarse de allí, Gabriel, hinchado de orgullo, fué cerca de una jóven israelita para anunciarle que daría á luz un rey, cuyo poder seria eterno, y que debería llamarse Jesús.

«Yo quise ser testigo del nacimiento de este prodigio, creyendo que, al salir del seno de María, creceria rápido como el pensamiento; que uno de sus piés cubriría la Tierra y el otro el Océano; que con su diestra sostendría el Sol y con su siniestra la Estrella de la mañana. Hélo aquí, me dije, llegar con la tempestad; é irresistible como ella, va á aniquilarte, Satanás. Satanás, huye, antes de que te reduzca á cenizas.

(1) Esta montaña, en que el Evangelio pone la transfiguracion de Jesucristo, está situada en la comarca del Ezdrelon. Su cumbre, coronada de olivos y sicomoros, forma una vasta meseta, cubierta de trigo silvestre.

«Pero yo no ví más que un débil párvulo, que por primera señal de vida, como todos los hijos de la Tierra, lloraba la desdicha de su nacimiento. Cierto que un coro de ángeles cantó al rededor de su cuna; pero los ángeles descienden con frecuencia á la Tierra, porque olvidan que el antiguo Eden no es ya más que un vasto cementerio; y cuando el aspecto de sus fúnebres oteros les recuerda esto, huyen hácia los Cielos, envolviéndose en largos velos de luto. Así abandonaron la cuna de Jesús.

«El niño desapareció de la Judea: mi dignidad no me permitió seguir las huellas de tan débil enemigo, y para desenfadarme hice degollar algunos millares de niños. A la vista de aquel rio de sangre, aumentado con lágrimas de madres, el Infierno se llenó de regocijo. Herodes, bien me oyes; habla: ¿no fuí yo quien te inspiró la idea de aquella matanza de recién nacidos? ¿Quiso ó pudo Jehová salvar una sola de aquellas inocentes víctimas? Tú mismo, ¿no estás entre nosotros probando con tus gemidos mi omnipotencia? Cuando murió este rey esclavo mio, el niño Jesús volvió de Egipto. Los primeros años de su juventud los pasó en el regazo de su madre: el noble ardor, la audacia indomable que conducen á las grandes acciones, le fueron desconocidos.

«No pudiendo creer tanta insignificancia, tanta flaqueza en el que los Cielos habian anunciado con tanto énfasis, pregunté á los bosques del Líbano y á las desiertas orillas del mar Muerto, si le habian confiado algun proyecto contra los Infiernos y sus príncipes; y toda la Judea me contestó, que no lo habia visto nunca sino abismado en la contemplacion de las flores y de las estrellas, ó bien rodeado de niños y cantando con ellos las alabanzas de Jehová. Vuestro rey, escogidos míos, se habria hundido en el hastío, si no hubiera encontrado medio de detener algunas almas en

su vuelo hácia los Cielos, para enviarlas aquí á aumentar nuestra corte.

«Sin embargo, un dia que Jesús se paseaba solo á orillas del Jordan, creí un momento que iba á ser digno de mi atención, porque lo rodeaban rayos celestiales. No fué una vana ilusión, pues yo por mis propios ojos ví aquellos rayos; rayos que descendian de las regiones etéreas, que nosotros habitamos en otro tiempo, y sus vibraciones repetían á mi oído los himnos de los serafines y la armonía de sus arpas de oro. Me fué imposible decidir si aquellos rayos brillaban así para glorificar al Hijo de la Tierra, ó si fué un ardid de Jehová para intimidar á los valerosos espíritus que se libraron de sus cadenas.

«El trueno retumbó luego; y en medio de su estruendo, pude oír estas palabras: *Este es mi hijo predilecto, en quien he puesto toda mi complacencia. Escuchadlo* (1). Estas palabras fueron sin duda pronunciadas por Elohá ú otro cualquier esclavo de Jehová. Su voz es más imponente y terrible, bien lo sabeis, pues todos la oísteis cuando nos precipitó del Cielo á los Infiernos... Olvidaba deciros que este supuesto salvador habia sido anunciado por un profeta salvaje. Habitando los desiertos, adonde lo habia arrojado su odio á los hombres, les gritaba diciendo desde lo alto de las rocas, á través de las cuales lo empujaba el más sombrío de los espíritus proféticos: «He aquí venir al Cordero de Dios, cargado con todos los pecados del mundo. ¡Oh, tú, que eres tan antiguo como la eternidad, yo te saludo! De tu seno, que

(1) Evangelio segun San Mateo, cap. xvii, vers. 5. En este mismo capítulo se dice que Jesús fué con Pedro, Juan y Santiago á un lugar apartado, donde apareció de repente radiante de luz, y que las palabras citadas salieron de una nube. Los discípulos, sobrecogidos de terror, se prosternaron en tierra; Jesús los tranquilizó, tomó su forma habitual, y continuó con ellos su camino. A esta transfiguración alude aquí Satanás.

es la plenitud de la misericordia, sacamos la gracia por la gracia. Moisés nos hizo conocer la ley, y por el ungido del Señor nos llega la verdad y el amor (1).» ¿Qué pensais de esta profecía? ¿No es así como hablan los locos, cuando repiten las alucinaciones que llevan á veces una claridad engañosa á las tinieblas de su espíritu? ¿Se cree á los príncipes de los Infiernos impotentes para penetrar el misterio de los Cielos? Aquel Mesías que nos combatió en otro tiempo bajo una armadura invulnerable, ¿puede sustraerse á nuestra vista, ocultándose bajo una forma que podemos aniquilar á nuestro capricho? Créese, sin embargo, alguna cosa el átomo que hace moverse á esa mísera forma. Despierta á los enfermos dormidos, y luego dice: Ved, les he devuelto la vida. Pero esto no es más que el principio de sus prestigios; pues osa sostener que va á redimir al linaje humano del pecado y de la muerte. ¡Del pecado, quien nace con el hombre, quien crece con él, quien sin cesar se levanta y rebela contra la esclavitud vergonzosa en que el deber procura en vano retenerlo; de la muerte, de nuestra más fiel aliada, que al menor de nuestros gestos degüella generaciones enteras!

«Y aun llega á pretender rescataros á todas vosotras, almas súbditas mías, á quienes yo he ido á buscar á través de la creación para poblar mi vasto imperio, como las olas del mar cubren sus playas, depositando en ellas los granos de arena que arrancaron á las comarcas más lejanas. (R)

(1) Estas palabras son una imitación de las profecias de San Juan Bautista, llamado el Precursor, referidas en el Evangelio de San Juan Apóstol, capítulo primero. Satanás no las cita textualmente, sino que las desfigura y oscurece, para reanimar á sus súbditos, mostrándoles, bajo un aspecto ridiculo, al hombre escogido por Dios para preceder y anunciar al Mesías. Bien se ha visto que aun se desdeña de nombrarlo, limitándose á designarlo con el injurioso epíteto de *profeta salvaje*.

«Y vosotros, antiguos esclavos de Jehová; vosotros, que tan cara comprásteis la libertad, ¿os prosternareis en el polvo ante el Hombre-Dios? Lo que no ha podido obtener de nosotros la omnipotencia de los Cielos, ¿nos lo arrancará *Él*, formado de viles elementos sujetos á la destruccion?

«Hijo de Maria, tú atravesarás la eterna noche del abismo, se dice; tú extinguirás las llamas de la condenacion; tú romperás mi soberano cetro... ¡Piensa en tí, temerario! Antes de resucitar los muertos, comienza por librarte á tí mismo de las cadenas del ángel exterminador. Su espada está ya suspendida sobre tu cabeza, ¡oh Mesias! que osas disputarle las víctimas que yo habia arrojado á su paso, y vas á caer sin vida en el polvo que se arremolina bajo los piés del más terrible de mis agentes. Entonces diré yo á tus ojos, que habrán cesado de ver: Mirad, los muertos se levantan. Y diré á tus oídos, que habrán cesado de oír: Escuchad, los muertos cantan su resurreccion. Y el huracan, barriendo tu alma, gritará: ¡Adelante! ¡adelante! las puertas del abismo se han abierto ya para tí, y sus príncipes te preparan una entrada triunfal... Si Jehová no arrebatara y se lleva ahora mismo á los Cielos la Tierra y sus habitantes, sucederá lo que acabo de deciros. Sí, Jesús morirá, y á vista de las cohortes celestiales, aventaré sus cenizas en el camino del Infierno. Así se venga Satanás.»

El príncipe de las tinieblas calla; el Infierno le contesta con gritos de alegría; estos gritos resuenan en las bóvedas sepulcrales de Jerusalem, y la tempestad que los ha llevado á este lugar fúnebre, deposita á los piés del Mesias una hoja seca. Un débil gusanillo se habia adherido á ella, y ya iba á perecer. El Hombre-Dios le conserva la vida con una mirada, y con esta misma mirada lleva el terror y el espanto al abismo de Satanás. Y en el mismo instante, este rey de

las tinieblas, mudo y tembloroso en su trono de bronce, ve en los príncipes infernales, colocados á su alrededor, rocas vacilantes amenazando sepultarlo bajo sus ruinas.

Abdiel-Abbadona, obligado á obedecer el mandato de su amo, viene á colocarse con todos los habitantes de la Gehenna al rededor del trono infernal. Preocupado sin cesar por sombríos pensamientos, busca siempre el lugar más solitario. El porvenir lo espanta, y el pasado no le ofrece más que remordimientos; el pesar profundo del tiempo feliz en que le era permitido llamarse el amigo, el hermano de aquel otro Abdiel, serafin que quedó digno de su alto destino, pone el colmo á sus angustias.

El terrible día de la rebelion de los ángeles, Abdiel fué el primero en ponerse á la diestra del Eterno. Bajo su sombra, Abbadona, que lo seguia de lejos, vino á hacerse invisible á las miradas de los ángeles rebeldes, y ya casi se hallaba al abrigo de sus seducciones, cuando de repente el ruido del carro de Satanás y los gritos de guerra de sus legiones llegaron á su oído. El atractivo del peligro inflamó su corazon heroico, y la esperanza de adquirir una divinidad independiente extravió su fogoso espíritu.

En vano su celestial amigo le suplicó que lo siguiera: sordo á la voz de la amistad, sediento de gloria y embriagado de orgullo, entró en las legiones enemigas, él, serafin llamado á la existencia por la sonrisa de Jehová, sonrisa indecible, que despertó para la eternidad dos ángeles á la vez. Saliendo de su cuna de azul, que las purpúreas alas de la aurora mecian muellemente en lo infinito, los celestiales gemelos se miraron en jubiloso éxtasis, enlazaron sus brazos y se prosternaron juntos á los piés del Eterno. Los serafines desde lo alto de sus argentadas nubes los saludaron con el dulce nombre de hermanos, y el Creador.

manifestándose á los dos recién nacidos, los bendijo dándoles á los dos el nombre de Abdiel.

Este recuerdo, flotando siempre en el pensamiento de Abdiel-Abbadona, aumenta los tormentos de su condenación, y el nuevo crimen á que Satanás quiere inducir á sus súbditos lo estremece de horror. Quiere protestar, sus labios se agitan, y por tres veces su oprimido pecho solo deja escapar un prolongado suspiro. Tal gime un guerrero caído en el campo de batalla, cuando por última vez vuelve sus ojos moribundos hácia los vencedores, en otro tiempo sus amigos, hermanos suyos, á quienes ha hecho traición, extraviado por miras ambiciosas.

El ángel rebelde, sin embargo, halla la fuerza necesaria para expresar su pensamiento.

—«Todos los que aquí estais, dice, me sereis eternamente contrarios; lo sé, pero no importa: quiero hablar. Satanás, te odio más que á mí mismo. ¡Que el Creador te pida siempre este espíritu inmortal, que tú has arrancado de él, y te pida también todos los demás desgraciados que has perdido! ¡Que desde lo alto de las regiones celestes la voz del trueno lance el anatema al fondo de los abismos! ¡Que el bramido del océano de la muerte conteste: ¡Maldición! maldición! maldición! ¡Que sus negras y heladas ondas te traguen antes de que hayas podido realizar el más grande, el último de tus crímenes, la muerte del Mesías! ¡Que los Cielos y los Infiernos me oigan! ¡Protesto contra ese horrible proyecto! ¡Miserable Satanás! el rayo vengador ¿no ha sellado aun bastante tu frente maldita? ¿Osas creer que el Eterno no tiene ya el poder de domarnos á todos nosotros, espíritus maléficos, que arrastramos sin cesar á la mansión de la muerte eterna á los seres creados para la inmortalidad? ¿Y querrias alzarte tú contra quien ha de

rescatarlos á todos? ¡Ah! no nos arrebatas así la esperanza de un ligero alivio para nuestros males. Satanás, cuya sola vista basta para hacerme más insoportables los tormentos de mi condenación; Satanás, yo te predigo que una sola mirada del Mesías te clavaría en el fondo de la Gehenna, cargado de vergüenza y nuevas maldiciones.»

Dijo; y el Príncipe de las tinieblas, hirviendo de iracundia, levanta la mano para lanzar contra el audaz Abbadona una de las rocas de bronce amontonadas al rededor de su trono. Pero su brazo, paralizado por el furor, cae otra vez, mientras un sordo gemido se escapa de su pecho.

Adramelech se enorgullece con la impotente cólera de Satanás, que le permite tomar la palabra en su lugar.

—«¡Cobarde! grita: ¡que mi voz te llegue á través de nuestras más negras nubes, á tí, que desde el fondo del polvo, osas insultar á Satanás, y á mí, su igual. Si es verdad que sufres, vil esclavo, es por el miedo que te tortura. Huye de las regiones indomables; aléjate de los príncipes y de los géneos que te tratan como hermano; ve á buscar un refugio en el vacío; que Jehová te construya un reino consagrado á las necias lamentaciones del arrepentimiento: allí correrá tu inmortalidad de una manera digna de tu gran corazón. Ve, pues, te repito, ve á prosternarte ante ese Dios á quien en otro tiempo combatiste, sintiendo entonces que eras un Dios como él.

«Ven, Satanás, y que el triunfo que vamos á ganar sobre la Tierra llene de espanto á los espíritus pusilánimes que dudan de nuestro poder. ¡Laberinto de la astucia! ábrete ante el Mesías; que no hay hilo protector para el que mi mano ha empujado á sus rodeos sin salida. Aun cuando, para salvar á Jesús, Jehová le hubiera prestado su presciencia, el fuego del abismo nos vengaría de él. ¡Tiembla, Tierra mal-

dita, tiembla, porque vamos á llevarte la muerte y el Infierno!»

Los habitantes de la Gehenna aullan de alegría; sus pasos precipitados hacen temblar el suelo, y el grito de las cavernas infernales repite el grito unánime que pide la muerte del Mesías. El cuadrante de la eternidad se estremece; por la primera vez, desde que Dios pobló el infinito, detiene su aguja para marcar el instante en que el espíritu de las tinieblas osó concebir maldad tan negra.

Satanás y Adramelech descienden de su trono, y crugén bajo sus piés las gradas de bronce, como los fundamentos de un mundo que se hunde: los rugidos de las turbas de malditos acompañan á los dos principes hasta las puertas del abismo.

Abbadona los sigue desde lejos, esperando que renuncien aun á su criminal empresa, ó que algun antro sin fondo se los trague á los dos. Al llegar junto al último pórtico, descubre á los ángeles que guardan su entrada. ¡Desgraciado Abdiel-Abbadona! ¡Cuál no es su desesperacion reconociendo en uno de estos dos ángeles á aquel otro Abdiel, en otro tiempo su amigo, su hermano, la mitad de sí mismo!

Abbadona baja los ojos suspirando; quiere volver atrás, y avanza á pesar suyo: un solo pensamiento distinto le queda; el de lanzarse al infinito, para buscar donde poder llorar solo y eternamente. Su corazón late con violencia; por sus mejillas corren lágrimas, que únicamente los ángeles que sufren pueden llorar, y su pecho exhala suspiros más dolorosos que el último de un moribundo.

Abdiel aparta sus ojos del triste Abbadona, y los dirige al Cielo.

«¡Abdiel! ¡hermano mio! exclama para sí el ángel caído. ¿Te has apartado para siempre de mí? ¡Oh! sí, mi castigo

es eterno. Llorad, llorad sobre mí, sublimes hijos de la luz: ¡para siempre ha dejado de amarme, él, que fué la mitad de mi alma! Enramadas olórosas que nos prestábais vuestra sombra durante nuestros dulces coloquios, no flozeais más; cesad de correr, arroyos celestiales que acompañabais con vuestro murmullo nuestros cánticos de dicha. ¡Abdiel ha muerto para su desgraciado hermano! Eterna noche, llora conmigo; abismos tenebrosos, que el eco de vuestras montañas repita conmigo: ¡Abdiel ha muerto para su desgraciado hermano!»

Esta triste queja, que Abbadona no se atrevió á dirigir al serafin, se exhala en el espacio inmenso que se desplega ante él. El rayo espléndido y rápido lo espanta; el dulce brillo de los astros, que se mecen en sus lechos de azul con franjas de oro, lo deslumbra. Su dolor le habia obligado á encerrarse en las más tenebrosas soledades del Infierno, y hacia muchos siglos que no habia visto una sola vez el espectáculo del universo, que en este momento contempla con una mirada mezclada de terror.

—«Os veo otra vez aun, mundos innumerables, bienaventurados hijos de vuestro Creador y el mio. ¡Que no pueda yo lanzarme á vuestras esferas, para no volver jamás á estos lugares de la condenacion! ¡Oh, Sol! lámpara eterna del Empireo; y vosotras, estrellas, diamantes maravillosos de la naturaleza, hablad: ¿no era yo ya más resplandeciente que todos los astros, cuando la mano del Eterno os suspendió en el espacio? Y ahora vedme negro y deforme... ¡Cielos! ¡Cual me espanta vuestro aspecto! Allí habitaba yo en otro tiempo; allí me rebelé contra mi Dios. Tranquilidad de la inocencia, mi amada compañera en los valles de la paz y de la dicha, ¿dónde estás ahora? Mi Juez te reemplazó en mi alma con el terror y la desesperacion, que

apenas me permiten contemplar las maravillas de la creación. Si á lo menos pudiera prosternarme ante mi Señor ofendido... porque el dulce nombre de Padre, ni aun con el pensamiento me atreveria á dárselo. ¡Juez eterno y terrible! ¿No puede suplicarte el réprobo que le envíes una mirada de tus divinos ojos? ¿Está para siempre desterrada la esperanza de las profundidades en que gimo? ¡Ay! ¡Si al menos pudiera dejar de existir!... ¡Maldito sea el día brillante en que los serafines saludaron á sus hermanos recién nacidos! ¡Eternidad, ¿por qué sacaste de la nada aquel día solemne? Y si era preciso que fuera para completar los anillos de tu cadena, ¿por qué no lo hiciste sombrío como la noche eterna que pasa y vuelve á pasar vacía de criaturas, precedida de la tempestad y de la muerte, y seguida de la cólera y de la maldición de Dios?...

» ¡Oh! Calla, calla, blasfemo: por segunda vez te rebelas contra el Soberano de la creación. Desplomaos, soles y estrellas, y cubridme con vuestros despojos; ocultadme á las miradas del Juez que me llena de espanto. Y sin embargo, me atrevo á preguntarte, Inexorable: contesta. ¿Es verdad que en tu eternidad no has dejado lugar á la esperanza? ¿Es verdad que eres sordo á los gritos del arrepentimiento, tú, Padre de todos nosotros, Príncipe de amor y de misericordia?... Pero ¿qué he dicho? He llamado á Jehová con nombres que un pecador no debe darle. Sus rayos me amenazan ya; ¡huyamos! Pero ¿á dónde? ¿Cómo?... No importa; huyamos, huyamos.»

Dijo; y hundiendo su mirada en el abismo del vacío, suplica al Dios vengador que encienda en él un fuego que consuma á los espíritus inmortales.

Pero suplica en vano: ni una estrella luce en las tinieblas. Vuélvese entonces con horror, y se lanza en medio de

las inmensas parábolas en que se mueven globos innumerables; desciende á un Sol y contempla las estrellas, que se unen, se chocan, se levantan como las inflamadas olas de un mar de fuego.

Un mundo errante y sombrío se adelanta al azar; enciéndese, chispea y estalla. Abbadona se precipita en medio de sus inflamados despojos, esperando encontrar en ellos la muerte; pero la muerte lo rechaza, y él cae lentamente en un profundo barranco del monte de las Olivas. Tal, así una montaña, formada en un campo de batalla con las blanqueadas osamentas de los guerreros que en él se degollaran, se abisma á través del suelo entreabierto por una conmoción de la naturaleza.

Satanás y Adramelech acaban de acercarse á la Tierra.

Adramelech la descubre primero entre azuladas nubes, y esta vista lo arranca á los negros pensamientos que oprimian su alma, como en otro tiempo las olas del Océano oprimieron el globo terrestre, cuando desprendieron de los tres antiguos mundos las inmensas regiones de la lejana América.

—«Héla allí, dijo para sí Adramelech; hé allí esa Tierra en que yo reinaré solo, cuando haya alejado á Satanás, y vencido al Mesías, que lo hiela de espanto. Pero ¿por qué no he de reinar más que en este globo? ¿Por qué he de perdonar esos otros millares de mundos, que desde tanto tiempo hace gozan de una paz inalterable? Que viaje la muerte de estrella en estrella, y la naturaleza toda no sea sino la tumba de todos sus hijos. Solo y triunfante me sentaré sobre esa tumba; mi mirada medirá su profundidad con la risa indecible de la venganza satisfecha, y mis manos aventarán las cenizas de los muertos y el polvo de los mundos á través de los espacios infinitos. Si quisiera

Jehová reconstruir esos mundos y poblarlos otra vez con nuevas criaturas, yo llevaria otra vez de mundo en mundo el pecado, la muerte y la condenacion.

»Adramelech, he aquí lo que tú puedes, continuó diciendo el ángel malo para sí. Y si lograras inventar una muerte para los inmortales, una muerte para Satanás... ¡Oh! Espíritu poderoso que animas el mio, yo te maldigo, si no puedes encontrar el medio de matar á Satanás. Si, es preciso que Satanás sea aniquilado, que no sea nada, aunque deba yo aniquilarme con él: más vale no ser, que dividir el poder supremo. Ordenaos, pensamientos míos; deliberad como los dioses cuando tienen consejo; hallad el medio de aniquilar un espíritu...

»Tiempo es ya de ejecutar lo que maquino desde la eternidad... Si Satanás no se engaña, Dios se ha despertado y ha enviado un mediador para arrancarnos el imperio que hemos conquistado sobre los hombres... No, Satanás no se engaña. Desde Adam, Jesús es el más grande de los profetas; es el Mesías. Bien, su derrota me hará digno de reinar sobre todos los espíritus infernales...

»Satanás, bastante es para tí la tarea de destruir el vaso mortal del Hombre-Dios. Antes de borrarle yo á tí de la creacion, te procuraré este débil triunfo, y mientras tú disperses dificilmente el polvo de su cuerpo, yo Adramelech, yo mataré tu alma.»

De este modo, el pensamiento de Adramelech, atormentado por deseos gigantescos, se pierde en negros proyectos.

Dios, que lee en el porvenir, lo oye y calla.

Sombrio y pensativo, detiéndose Adramelech sobre una nube llevada por la noche. Inmóvil, con la frente abrasada y fruncida por el furor, escucha el ruido de la Tierra que,

en su movimiento nocturno, va empujando las tinieblas delante de sí.

Este ruido le hace salir de su abstraccion: vuelve á Satanás, y los dos se lanzan, vuelan y se precipitan al monte de las Olivas, para buscar en él al Mesías y á sus discípulos, á la manera que los carros armados de cortantes guadañas, lanzados por enemigos pérfidos, ruedan por el valle en que nobles guerreros esperaban tranquilamente la señal del combate.

### CANTO III.

El Mesías está aun en el lugar de los sepuleros.— Los padecimientos de la redención aumentan en su alma.— Elohá descende del Cielo á contar sus lágrimas.— Un serafín del Sol, enviado por los patriarcas, viene á ver á Jesús en el monte de las Olivas.— Encuentra allí á los ángeles custodios de los apóstoles, que le dan á conocer el carácter y vida de cada uno de los escogidos del Salvador.— Satanás seduce á Judas Iscariote por medio de un sueño que lo afirma en sus criminales designios.— Jesús, que se habia dormido, se despierta y viene á hablar con sus discípulos.— Judas se mantiene aparte, y acaba por alejarse.— Satanás le sigue y continúa empujándolo al crimen.

¡Yo te saludo, oh tierra amada! Por fin te vuelvo á ver, tierra, en que recibí el ser! ¡Bendito seas, suelo natal, tú que me cubrirás con tierna solicitud, cuando vaya á dormir á la tumba que me preparas en tu seno fresco y puro! Pero esta tumba, me atrevo á esperarlo así, no se abrirá para mí hasta que haya terminado el himno de la nueva alianza. ¡Oh! Entonces podrán quedar mudos los labios del poeta que han osado cantar el Mesías; podrán cerrarse los ojos del hijo de Adam, que derramaron tantas lágrimas cuando se extraviaban en las nubes que nos velan la gloria de los Cielos, y sus fieles amigos podrán depositar sus frios restos en la cuna de la eternidad. Vosotros todos, que un dia me dareis esta última prueba de vuestro afecto, rodead mi tumba de palmeras siempre verdes, de laureles con flores suaves y puras como la primera sonrisa de la inocencia. El despertar me parecería más bello, si, al sacudir las cenizas

de la muerte, me hallara á la sombra de árboles, cuyo dulce perfume me recordara los tiernos cuidados de la amistad.

Y tú, musa de Sion, severa como la Justicia, y benévola sin embargo, tú me has conducido á los Infiernos y vuelto á la luz; pero no habrás hecho nada si no serenas mi alma, afectada por las horribles imágenes que acaban de pasar ante ella. Que uno solo de tus celestiales acordes la penetre, y encontrará la fuerza necesaria para cantar el misterio de la redención.

El Mesías está aun solo con Juan bajo las lúgubres bóvedas en que Jerusalem deposita sus muertos. Sentado sobre blanqueados huesos, á la sombra de las alas de la noche, medita sobre sí mismo, inmortal como su Padre, y sobre la especie humana entregada á la muerte. Ve los pecados de los tiempos futuros, y á Satanás, que manda á aquella infernal cohorte. El espíritu de las tinieblas arrastra á los hijos de Adam cada vez más lejos de la protectora mirada de Dios; los atrae hácia sí, y se los traga como el remolino, en el seno de un mar encerrado por costas indomables en un lecho demasiado angosto, atrae y se traga las olas de un mar vecino, y al navegante imprudente que las surca con la engañosa seguridad que da siempre la ignorancia del peligro.

Con el alma afligida por esta vision profética, Jesús levanta suplicante su pensamiento hácia su Padre, que en este momento supremo lo contempla desde lo alto de su trono de soberano juez. Una majestad severa brilla en la mirada del Eterno, pues va á pronunciar sobre el Mesías el más terrible de los decretos. Pero una sonrisa de inefable bondad, de tristeza divina, templa esta tremenda severidad; una sonrisa, una lágrima diáfana, inmensa, una lágrima del Eterno... la segunda que los Cielos han visto

brillar en los ojos de su creador: la primera cayó sobre Adam, cuando perdió al género humano.

La tempestad brama, la Tierra tiembla, los vientos rugen, los mares se estremecen en sus vastos lechos, los astros se velan de nubes, la naturaleza toda gime ante el mudo dolor del Padre, ante la sublime resignación del Hijo, y los mundos llenos de respeto y terror se detienen en sus inmensas parábolas.

Flotando en argentadas nubes, Elohá, el más grande de los serafines, desciende á la Tierra; llega á los sepulcros, se detiene cerca del Mesías, cuenta sus suspiros y lágrimas y vuelve á subir á los Cielos.

Álzase Jesús del polvo en que se habia prosternado, toca los ojos de Juan y les presta por un instante el poder de contemplar á los inmortales. El bienaventurado discípulo ve al serafin en todo su esplendor divino: su pecho parece romperse bajo el peso de la felicidad que le abrumba; sus brazos enlazan las rodillas del Mesías, y por la primera vez sus trémulos labios lo nombran el Salvador del mundo, el Dios eterno.

Hace muchas horas que los demás discípulos de Jesús, inquietos por su larga ausencia, se han reunido al pié del monte de las Olivas. Uno solo de entre ellos ha dejado de ser digno de su alta misión; los otros, llenos de inocencia y de candor, ignoran todos los tesoros de virtud que encierran sus corazones; pero Dios lo sabe y los ha creado para la gloria eterna. Antes de enviarlos á la Tierra, les ha preparado sillas de oro entre los cuarenta sitios de honor que ocupan los patriarcas de los Cielos. Un día, nubes sombrías se condensaron por encima de una de estas sillas; luego estas nubes se dilataron en brillantes rayos, y la voz de Elohá pronunció estas terribles palabras: «Ha perdido el trono de

los escogidos; otro más digno que él vendrá á sentarse aquí.»

Los ángeles custodios de los discípulos del Mesías vienen á reunirse con ellos en el monte de las Olivas. Invisibles á sus miradas, se disponen á seguirlos, cuando un serafin que llega del Sol se presenta en medio de ellos. Es uno de los cuatro génius, que, después del sublime Uriel, dirigen el movimiento de los astros: los Cielos le dan el nombre de Sélia.

—«Mis celestiales amigos, dice Sélia á los ángeles custodios: ¿no es en este monte donde el Mesías padece? Las almas de los patriarcas me han enviado cerca de él. ¡Ah! ¿Por qué tan pronto ha ocultado la Tierra á la claridad del Sol el punto santificado por su Salvador? En vano es que Uriel continúe dejando caer sus rayos vivificantes, pues alumbran otro hemisferio, que no tiene atractivo para nosotros. No, no es allí donde el Hombre-Dios camina hácia el altar del sacrificio. Indicadme, hermanos míos, el valle en que podré encontrarlo: yo recogeré sus palabras, sus lágrimas y suspiros, para llevarlos al Sol, desde donde nuestros santos patriarcas no pueden ya verlo porque la noche lo oculta á sus miradas.»

Y Orion, el ángel de Simón Pedro, contesta:

«Ve al que buscas al pié del monte, á la entrada de los sepulcros.»

Sélia descubre al hijo del Eterno, y permanece en un dulce arrobamiento. Las horas nocturnas desplagan sus sombríos velos sobre su cabeza: dos de estas fugitivas mensajeras del tiempo se han perdido ya en la eternidad, y el serafin está aun inmóvil en su sitio.

Un sueño dulce y ligero, el último cuya influencia debe sentir Jesús sobre la Tierra, se acerca lentamente; y la paz

del justo, enviada por el Eterno, derrama sobre su escogido sus más suaves perfumes, y lo rodea con sus más inefables murmurios... El Mesías se duerme.

Sélia se acerca á los ángeles, y les dirige la palabra con fraternal sonrisa.

—«Decidme, os ruego: ¿quiénes son esos hombres que se pasean lentamente al pié del monte? Un dolor dulce y profundo vela sus semblantes sin oscurecerlos: así se afligen las almas buenas. Sin duda lloran la muerte de un amigo virtuoso.»

—«Felicitate, contesta Orion: estás viendo en ellos los doce bienaventurados discípulos que el Redentor se ha dignado elegir por amigos, y cuya guarda nos ha confiado. Nosotros le vemos y oímos, cuando con una amable condescendencia toma de las cosas de la Tierra las imágenes más propias para iniciarlos en las virtudes inmortales. ¡Ah Sélia! si tú pudieras contemplarle en la plenitud de su divina amistad, tu corazón se dilataría de jubilosa dicha. ¡Cuán dulce es oír á los sencillos discípulos, cuando hablan entre sí de su divino maestro! Más de una vez me han hecho sentir no ser de la raza de Adam. Si mi alma pudiera habitar un cuerpo perecedero como el que el Mesías ha tomado de la Tierra, yo podría á lo menos morir por él; y cuando mi último suspiro se elevara triunfante hácia el trono celestial, tú, oh Sélia, me conducirías á los Cielos en el más bello de tus soles.»

Sélia quedó abismado en la contemplación de los apóstoles.

—«Hélos, pues, exclama; hé ahí á esos amigos de Jesús, cuya gloria envidian los ángeles. Sí, digna es de envidia esa gloria: el hijo del Eterno los trata como hermanos. Un día se sentarán cerca de su trono en sillas de oro, donde

juzgarán con él á los pueblos y reyes de la Tierra. Desde hace mucho tiempo veo brillar sus nombres en el libro de la vida: quiero conocer por vosotros á los que llevan estos nombres. ¿Quién es aquel cuya mirada espléndida parece preguntar á cuanto lo rodea por el amado maestro, cuya larga ausencia lo inquieta?»

—«Ese discípulo, contesta Orion, es el mayor de los doce; es Simon Pedro, confiado á mi guarda. Yo estoy á su lado cuando escucha con santo arrobamiento las lecciones del Mesías; y lo observo cuando, lejos de él, su corazón se abandona á los presentimientos de los misterios que van á cumplirse. Para apreciarle íntegramente, sería menester que leyeras como yo en el fondo de su alma. Jesús le ha dicho que lo negará tres veces... ¡Revelación funesta! Pedro, amigo mio, hermano mio, cuando lo oíste de boca de tu maestro, juraste que nunca te harías culpable de semejante crimen. El hijo del Eterno repitió las mismas palabras, y su mirada se fijó en tí con la más inefable bondad: el perdón brillaba ya en esta mirada sublime. ¡Infortunado Pedro! tu falta es bien segura. ¿Qué espíritu perfecto podrá responder de sí, cuando has de fallar tú? Pero ¿qué pecador podrá desesperar de la misericordia de un Dios que perdona anticipadamente al discípulo que debe negarle?»

Conmovido ante el dolor de Orion, Sélia procura consolarle.

—«Si es necesario que caiga ese mortal noble y generoso, dijo Sélia, él se levantará más limpio y fuerte que nunca. Pero nómbrame á aquel otro que se acerca á él con tierna solicitud.»

—«Es su hermano Andrés, contesta el ángel custodio de este apóstol. Fué un tiempo discípulo de Juan el Pre-

cursor: una sola palabra del Mesías bastó para que le siguiera, y está pronto á derramar su sangre por su divino maestro.»

El ángel Libaniel designa al tercer apóstol, que se adelanta hácia los dos hermanos.

—«Mira, amigo Sélia, le dice; aquel es Felipe. Ve qué serenidad tan divina embellece su semblante. Su corazón es todo amor, y su pensamiento un himno perpétuo á la gloria del Eterno. Su vista sola bastaría para conmover y persuadir, y sin embargo, ha recibido el don de la elocuencia. Dulces palabras que encantan, que consuelan, que persuaden, corren de sus lábios, como el rocío cae del Cielo á las primeras horas del día, como los más suaves perfumes se exhalan del cáliz de la flores por la noche.»

—«¿Y aquel otro, que se pasea silencioso y solitario á la sombra de los cedros?»

—«Es Santiago, el hijo de Zebedeo, contesta su ángel custodio. La ambición del sabio no aspira más que á triunfos celestiales: parecer grande y sin mancha á la faz de todas las generaciones, el día en que los muertos dejen sus sudarios, es el único deseo de Santiago. Sigue los pasos del Mesías, menos como simple mortal, que como santo que presiente ya sus altos destinos. Aceptando los votos que forma su alma divina, el Cielo no tardará en recompensarle. Muy en breve obtendrá una victoria brillante en presencia del universo. Santiago gozará, el primero entre los doce apóstoles, la gloria del martirio.»

—«Amigo Sélia, dijo el ángel Megídon, echa una mirada benévola al jóven que ves sentado allá en aquella piedra. Es Simon el Cananeo, en otro tiempo humilde pastor del valle de Saron (1). Habiéndose Jesús sentado en su pobre

(1) Valle de la Palestina, celebre en la Sagrada Escritura.

cabaña, Simon se apresuró á matar el mejor de sus cordeiros, y preparó una comida al divino profeta. Y cuando el Mesías le dijo: *Sigueme*, Simon abandonó su rebaño, y se consagró enteramente á su maestro, cuya divinidad siente su corazón, aunque su espíritu no puede comprenderlo.»

El ángel Adoram toma á su vez la palabra.

—«Aquel que se acerca en este momento á los otros discípulos, es Santiago, hijo de Alfeo. Su aire severo y su aspecto grave anuncian una virtud rígida y un carácter silencioso. Su boca dará pocas lecciones á los siglos venturos, pero su vida les legará grandes ejemplos. Los hombres podrán olvidarle, pero el Eterno le reserva sus mas bellas coronas.»

El ángel custodio de Tomás, dice á su vez:

—«Hé allí á mi jóven protegido, que sale de en medio de las sombrías rocas, donde con frecuencia se pierde en meditaciones superiores á sus fuerzas: en cada pensamiento halla siempre su espíritu un pensamiento nuevo, y se habria extraviado en ese caos, si el Mesías no lo hubiera llamado á sí; pero su espíritu meditativo procura aun sondear las profundidades de lo desconocido.»

—«Voy á mi vez á informarte del raro mérito de Mateo, dijo su divino protector á Sélia. Criado en el seno de la opulencia, y formado en el amor de las riquezas, una mirada del Mesías lo levantó de aquel estado de abyección, á la manera que un héroe, cuando la patria lo llama, se arranca á los peligrosos encantos de la molición; pero no es una gloria mortal la que á Mateo espera: en la arena en que la virtud combate con el pecado, cada victoria de este apóstol será inscrita en los Cielos.»

El ángel Siona designa luego á Sélia un anciano venerable, en actitud meditativa, y dice:

—«Es Bartolomé. La piedad, la paz que sus facciones anuncian, están en perpétua armonía con su cabeza blanca, asiento de pensamientos sublimes y de celestiales virtudes. Su vida y más aun su muerte atraerán las miradas de pueblos numerosos. En medio de una cruel agonía sonreirá á sus hermanos y aun á sus verdugos. ¡Oh! entonces, amigos míos, todos nos apresuraremos á limpiar su ensangrentado rostro, para que los hombres puedan ver la sonrisa del mártir, y esta sonrisa les haga conocer al Dios que murió por ellos.»

—«Y aquel jóven de frente pálida, de labios silenciosos, es Lebbeo, dijo el ángel de este discípulo. No hay alma más lierna ni más amante que la suya, aun entre las de los ángeles. Cuando el Eterno me mandó hacerla salir de las regiones que todas habitan antes de descender á la Tierra, encontré el alma de Lebbeo envuelta en una apacible nube: había escuchado más de una vez nuestras quejas y visto correr nuestras lágrimas sobre los vicios y miserias humanas; y esta impresion de ternura y celestial melancolía fué ya su facultad dominante. Yo la confié suspirando al soplo de una aura matutinal, que la llevó al lecho de dolor en que gemía una madre moribunda, y Lebbeo nació.

«En vano aparté yo de su cuna todos los males que asédian á la infancia; él lloró mucho más de lo que ordinariamente lloran los mortales. La adolescencia y la juventud, en vez de la alegría que las caracteriza, solo han tenido para él dolores y pesares. Insensible á sus propios padecimientos, las penas de los demás afligian su corazón.

«Hoy, discípulo del Mesías, su excesiva sensibilidad se ha aumentado aun por la abnegacion con que ama á su maestro. Te lo confieso, ¡oh! Sélia! tiemblo por él: los crueles tormentos, la terrible muerte que debe sufrir el hijo del Eterno desgarrarán el corazón de Lebbeo.

«Hélo que se dirige á nosotros con paso vacilante: viene buscando á Jesús; profundos suspiros levantan su pecho, y sus ojos arrasados de lágrimas no podrán vernos, dado que nos fuera permitido mostrarnos á sus ojos mortales.»

Lebbeo llega en medio de los ángeles, que se dispersan ante este discípulo, cuyos lábios exhalan gemidos lamentosos. Creyéndose solo, levanta los brazos al Cielo, y su dolor deja escapar estas entrecortadas palabras:

—«Jesús, maestro mio, amigo y hermano, ¿dónde estás? ¿Habrás caído ya en poder de tus enemigos?... Sí, los hombres perversos, á quienes espanta la virtud, te han inmolado á su furor. Ya no existes, y yo no he podido aliviar los dolores de tu agonía con los cuidados y consuelos de la amistad... Mis ojos no han podido ver tu último suspiro de amor y de misericordia, ni cerrarse para siempre con los tuyos. Este corazón atormentado por crueles angustias, ¿no puede dejar de latir? Mi alma creada para los tormentos, como la sombría nube para la tempestad, ¿no puede dormir el sueño de la muerte?...»

Dijo; y quebrantado por el sufrimiento, cae desmayado al pié de un olivo.

Arrancando al momento una rama del árbol de la paz, los ángeles la agitan sobre la cabeza del discípulo. Un ligero encarnado reanima luego su semblante; vuelve á la vida, y muy luego un sueño benéfico repara las fuerzas de su fatigado cuerpo, mientras que una vision profética, mostrándole al Mesías rodeado de una gloria celestial, trae á su alma la esperanza y la felicidad.

Sélia lo contempla con ternura fraternal; pero de repente la vista de otro discípulo, á quien no conoce todavía, llama su atención.

—«¿Quién es aquel hombre, pregunta, que se pasea por

la falda del monte? La belleza viril de su semblante severo es imponente; su cabeza se eleva por encima de los demás discípulos, como el sombrío pino sobre el oloroso abedul; su espesa cabellera rizada cae graciosamente sobre sus robustos hombros, y la fuerza y la energía se revelan en toda su persona. Sin embargo, ¿debo decirlo, hermanos míos? hay orgullo en la nobleza de su actitud; una expresión de fiera inquietud se mezcla á ese orgullo, y esa inquietud parece proceder más bien de los combates interiores de un alma alarmada, que del temor de perder al maestro querido, á quien no tiene apariencia de buscar. ¿No contestais, hermanos míos? ¿Os habré acaso ofendido atreviéndome á dudar de la virtud de ese discípulo? Yo mismo me reprendo por mis injustas sospechas, y le pediré perdón delante de vosotros, cuando rodeado de la gloria de los mártires, lo vea cerca del trono del Eterno.»

El ángel Ithuriel le contesta suspirando:

—«¡Ah! El silencio acaso convenga más á mi dolor; pero tú lo quieres, Sélia; en hora buena, te hablaré de él. Judas Iscariote es el nombre de ese jóven orgulloso: yo apartaría con indignación mis ojos del culpable, si en otro tiempo no hubiera amado la virtud, si el Mesías no lo hubiera elegido por discípulo. Ahora comprendo por qué el Eterno ordenó al más grande de los serafines extender una densa nube sobre uno de los asientos de oro destinados á los doce apóstoles del Mesías, que no habían nacido aun. Comprendo por qué Gabriel se veló el semblante, cuando yo pasé cerca de él llevando á la Tierra el alma de Iscariote, cuyo cuerpo mortal iba á dar al mundo una madre abandonada en el momento del parto... ¡Desdichado Judas! ¿por qué viste la luz, si habías de deshonorar el sublime nombre de discípulo de Cristo?»

Ithuriel calla, y Sélia le interroga de nuevo:

—«Acaba, hermano mio: tus revelaciones me estremecen, y sin embargo, ardo en deseos de saberlo todo.»

—«El amor del oro y las distinciones lo ha perdido, repuso Ithuriel: esa pasión ha hecho nacer en él la envidia y todos los vicios corruptores que la acompañan. Odia á los demás discípulos y á Juan especialmente, porque se imagina que el Mesías lo prefiere. Pero ¿qué digo? ¡odia hasta al Mesías!... Persuadido de que el Hijo del Hombre ha venido á fundar un imperio mundano, teme que distribuya á los demás las riquezas, las dignidades y el poder, únicas cosas que halagan su culpable ambición.

«Yo procuro apartarlo de los criminales proyectos que forma su fascinado espíritu; pero Satanás lo sigue por todas partes, le inspira, le guía, y se ríe de mis esfuerzos en disputarle la víctima. ¡Ah! Si pudiera entrar en los decretos del Eterno retener á Satanás cautivo en el fondo del abismo, Iscariote vendría á ser digno de la misericordia del Mesías; del Mesías que lo ama aun, aunque conoce el horrible crimen de que ha de hacerse culpable... Huyamos, huyamos de aquí: no puedo sufrir por más tiempo la vista del traidor.»

Con el alma llena de tristeza, los serafines se acercan á los sepulcros: Salem le sigue de lejos. Este habitante del Cielo es el segundo protector de Juan; porque Jesús ha querido dar dos ángeles custodios á su discípulo amado. Rafael, noble serafín del trono, vela sobre él; pero cuando á veces tiene precisión de dejarlo, entonces lo confía al jóven y dulce Salem.

Conmovido por el dolor de Ithuriel, el adolescente de los Cielos se arroja en sus brazos. El candor de la inocencia respira en su semblante; y sus labios, semejantes á las

puertas de la Primavera que entreabre la primera sonrisa de la naturaleza, dejan escapar estas consoladoras palabras:

—«Enjuga tus lágrimas, noble serafin; mira al amable Juan dormido cerca de su maestro, y no pensarás ya en Iscariote. Juan es puro como un habitante de los Cielos; Jesús lo ama, y es amado de él, como se aman Elohá y Gabriel, como se amaban Abdiel y Abbadona antes de la rebelion de este último contra el Eterno. Cuando el alma de Juan fué confiada á la guarda de Rafael y á la mia, sabíamos que la virtud fluiría de la esencia de esta alma, como la luz se escapa de las primeras tintas purpúreas que anuncian la vuelta del Sol. Todas las almas del Cielo lo sabian tambien, y voy á repetir el solemne himno con que celebraron su nacimiento:

«¡Salve, alma inmortal! ¡Salve, hija divina del soplo de Jehová! De la plenitud de tu sér se escaparán pensamientos suaves y benéficos, como el rocío que una nube matutinal deja caer sobre la Tierra; de tu corazon emanarán sensaciones inefables, como las lágrimas de alegría que derraman los ángeles á la vista de un mortal virtuoso. ¡Hija divina del soplo de ehová! desciende á la Tierra á habitar un cuerpo tan perfecto como puede serlo la materia. Este gracioso vaso se convertirá en polvo; pero tu Salem te encontrará entre los muertos, y te adornará con una nueva belleza, para conducirte á los brazos del Mesías.»

Salem cesa de cantar, y los dos serafines contemplan al discípulo amado de esús, á la manera que tiernos hermanos contemplan á su hermanita dormida sobre un lecho de flores recién abiertas, bellas y suaves como ella. La jóven ignora que en aquel momento su padre está pálido y lívido en un lecho de muerte, y sus hermanos, que vienen á darle la triste nueva, callan y retienen sus sollozos.

Quebrantados por la fatiga y el dolor, los demás discípulos se han dormido en diferentes parajes del monte: unos han elegido el olivo de extensas ramas, que forman un amplio y bajo sombraje; otros se han acostado en estrechos valles undulados por verdes repechos; habiendo preferido la mayor parte la sombra del majestuoso cedro, cuya copa, ligeramente agitada por la brisa, esparce sus largas sargas de diáfanas perlas. Juan, solo, reposa junto á su maestro, bajo las bóvedas sepulcrales, donde brillan lágrimas heladas, que caen lentamente sobre el polvo de los muertos.

Iscariote se ha dormido no lejos de Lebbeo, de quien es pariente y amigo, y su sueño es fatigoso y agitado. Satanás, que mientras conversaban los serafines se habia ocultado en una caverna inmediata, se lanza á los aires, se detiene por encima de Judas y lo cubre con su sombra. Bajo esta influencia infernal, el corazon del discípulo late con más celeridad, se amolda al crimen, y su cabeza se inflama con el fuego terrible de las pasiones rencorosas. No de otro modo, sobre una ciudad dormida, á la hora solemne que marca un dia pasado, que comienza un nuevo dia, la peste despliega lentamente sus alas sombrías, inmensas, terribles. Encima de estas alas, sostenidas por los muros que cierran la ciudad, la muerte se ha acurrucado y sopla en torno suyo vapores venenosos. ¡Y la ciudad, durmiendo siempre! A la débil claridad de su lámpara nocturna, el sabio vela y medita. En torno de una botella de vino generoso, cuyo uso moderado alienta el corazon, nobles amigos hablan del dulce sentimiento que los une.

El dia aparece en fin, y con él el espanto y la desesperacion. Los gemidos de la jóven prometida, que sigue el cortejo fúnebre, pueblan el aire; los huérfanos abandonados piden en balde dulces caricias, abrigo, pan, al helado cuers

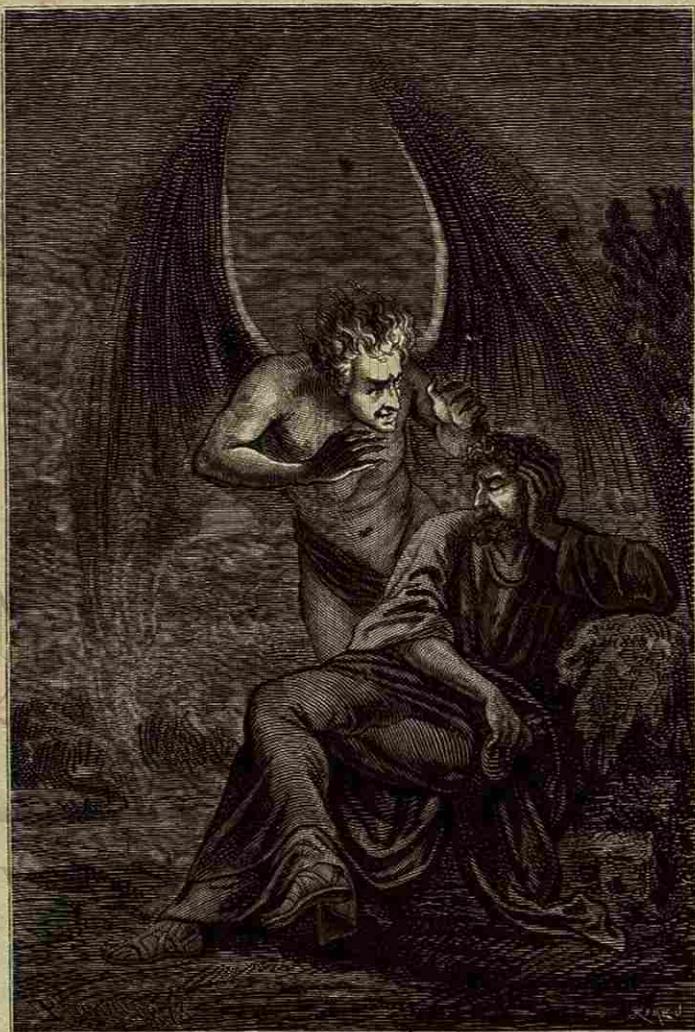
po del que fué su padre. Expirando en medio de los restos inanimados de sus hijos, la madre maldice el día en que nacieron, el día en que ella misma nació. El sepulturero, pálido y desencajado, se pasea lentamente por entre los cadáveres amontonados, que no tiene fuerzas para enterrar. Él muere el último, y desde lo alto de las siniestras nubes, el ángel exterminador desciende á esta tumba inmensa, y se detiene en ella pensativo, silencioso, solo y satisfecho.

Previendo la horrible tentación que el Príncipe de las tinieblas prepara á Judas, Ithuriel se le aproxima, alza los ojos al Cielo, y su pensamiento suplica al Eterno le perdone el último esfuerzo para salvar al infortunado que se confiara á su guarda. Tres veces toca con sus alas el cedro á cuya sombra está dormido Iscariote: el follage se agita produciendo un ruido semejante al rumor de la tempestad á través de un espeso bosque; el tronco sacudido hasta sus raíces cruge como el rayo cuando estalla y cae. Pero Judas duerme siempre. Tres veces pasa el ángel cerca de él; bajo sus piés se estremece y tiembla el suelo. Pero Judas duerme siempre. A cada instante la palidez de su frente se hace más intensa, su semblante se altera y se cubre de sudor.

Ithuriel se aleja lanzando un sordo y prolongado gemido: es el himno de duelo y muerte, que los Cielos cantan sobre el alma inmortal próxima á ser presa de Satanás.

Engañado por un sueño infernal, Judas cree ver á su padre, y oír que le dice estas pérfidas palabras:

«¡Duermes, hijo mio, duermes con sueño tranquilo, como si nada tuvieras que temer del porvenir! Aprende, pues, á conocerlo, voy á descubrirlo á tus ojos. Ven, sígueme, yo te sostendré... Henos en la cima del monte... Mira cómo se despliega á tu vista el gran imperio que el Mesías



El sueño de Judas. — (CANTO III).

va á fundar para sí y sus amados. ¿Ves á tus piés esa cadena de montañas, cubiertas de bosque, cuya sombra refresca un risueño valle? ¡La fertilidad de ese suelo encantado te admira! Aun te admirarías más, si pudieras distinguir el oro encerrado en el seno de esas montañas verdeantes. Esa fuente inagotable de riquezas es la parte destinada á Juan, el predilecto del Mesías. Y aquellas colinas cargadas de dorados racimos, y aquellos campos cubiertos de miés, que el más ligero soplo hace ondear como las olas del Océano, es la parte de Simon Pedro. Fija la vista en aquella vasta extensión de país. ¡Qué poblacion tan numerosa se agita en sus brillantes ciudades, dignas hermanas de Jerusalem! Los cien brazos de un nuevo Jordan bañan sus muros, y sus serenas ondas les llevan sin esfuerzos ni peligros los inmensos tesoros que el universo les tributa. Allí elegirá el Mesías los reinos que destina á sus demás discipulos.

«Mira ahora aquella lejana comarca, inculta, estéril, desierta. Largas noches, vientos helados envuelven constantemente su suelo pedregoso, que apenas permite una vegetacion lánguida y triste; nieves eternas duermen en sus barrancos, y aves noctivagas graznan pavorosamente en las quiebras de sus riscos ennegrecidos por el rayo. Esa es tu parte, Judas.

«¡Te estremeces de cólera y de rabia! Pues bien, atrevete á ser el creador de tu fortuna y grandeza. Los jefes de Israel ódian al nuevo rey, que se obstina demasiado en permanecer pobre y despreciado, y han proyectado su muerte... Finge secundar sus designios, y entrégales el Mesías. No temas que lo inmolen. ¿No ha dicho él mismo que es hijo del Eterno? Oblígalo á mostrarse en todo su poder; que aniquile á sus enemigos y funde en fin ese floreciente imperio de que sin cesar os habla. Entonces

serás el secuaz de un señor temible, que te dará la parte que te destina. Por miserable que sea, tú la harás brillante; porque el oro de los jefes de Israel te habrá enriquecido anticipadamente, y tarde ó temprano tu reino superará en esplendor y poder al de todos tus rivales.

«No desoigas, ¡oh Judas! este paternal consejo; no me reduzcas á volver entre los muertos con el corazón lleno de dolor; no me condenes á llorar eternamente la vergüenza y el oprobio de mi hijo.»

La vision desaparece, Satanás se irgue orgullosamente, y Judas se despierta y levanta con precipitación.

—«¡Es mi padre el que acaba de hablarme! exclama, ¡mi padre, sepultado hace tanto tiempo! Sí, era su voz misma, su mismo semblante. ¡Lo he visto y oído!... Es verdad, sí; Jesús me odia: hasta los muertos lo saben... ¡Oh! yo haré lo que los muertos me aconsejan, pues solo ellos se interesan por mí. ¡Entregar á Jesús!... ¡á mi maestro!... ¡y bajo la fé de un sueño!... Ese fantasma que acaba de aconsejarme un crimen, ¿era en efecto mi padre? Hace tiempo que me persiguen, á pesar mio, envidiosos, culpables, malos pensamientos... Serán seducciones del Príncipe de las tinieblas, envidioso de la gloria destinada á los discípulos del Mesías?... Huid, dudas pusilánimes; tímidas hijas del miedo, no, no sucumbiré á vuestros ataques. Sed de gloria y de venganza devora mi alma enérgica; un sueño viene á prometerte la venganza y la gloria, y los sueños son sagrados...»

Judas se interrumpe aquí. El semblante de Satanás brilla con alegría salvaje, y su mirada se detiene con la expresión del triunfo en el discípulo, á quien tiene ya seguro en el camino del crimen: así una roca suspendida por encima del Océano amenaza hundir la isla flotante, que, empujada

por las olas, pasa bajo su sombra. Pero el rayo hiere la roca, y la lanza al fondo de una sima que ocultan las aguas. Al estrépito de su caída, la isla se estremece de alegría, y sus más altos árboles se inclinan, saludando al rayo vengador.

Cuidadoso de acabar su obra, Satanás deja ya el monte de las Olivas, se cierne sobre Jerusalem, y se detiene por encima del palacio de Caifás. El corazón de este gran sacerdote no le parece aun bastante pervertido, y va á seducirlo con uno de esos sueños que engendra la perfidia en el fondo de los Infiernos.

Judas ha quedado inmóvil y pensativo al pié del monte. Un nuevo día acaba de nacer; Jesús se despierta y sale del lugar de los sepulcros. Juan lo sigue, y los dos van á reunirse con los discípulos aun dormidos.

Deteniéndose cerca de Lebbeo, el Mesías le estrecha amistosamente la mano.

—«Tierno y piadoso amigo, le dice: yo soy, mira, estoy vivo.»

El discípulo abraza las rodillas de su maestro, llorando de alegría; después va á despertar á los otros discípulos, que acuden con presteza.

El Mesías los acoge con sonrisa melancólica, y les dirige la palabra con una voz llena de dulce majestad:

—«Venid, amigos míos, les dice; celebraremos juntos este día, cuyo fin será el más triste de los ósculos de despedida. Venid, Saron (1) nos está abierto aun, el Cielo

(1) Antigua ciudad de la tierra de Canaan. El valle en que estaba situada, tenía el mismo nombre. Citase muchas veces en la Biblia, á propósito de la repartición de las tierras entre las doce tribus de Israel. Isaías, en su *Expulsion de los judíos*, dice que el Eterno dará su país á sus elegidos, que Saron será para las cabañas del ganado menor, y el valle de Hacor para el mayor. Isaías, cap. LXV. Á este pasaje del profeta hace Jesús alusión, pues las calamidades que deben arrojar á Israel del país de sus padres, no han ocurrido aun.

derrama todavía sobre esta risueña comarca la dulce bendición de su rocío matutinal, el cedro extiende aun su sombra sobre la tierra que lo sustenta; veo aun el sello de la Divinidad en los semblantes humanos. En breve nada de esto existirá: muy luego el Cielo se oscurecerá, muy pronto los abismos se tragarán esta fértil region, y los hombres no tendrán para mí sino miradas de odio y palabras de maldición. No llores, Pedro; ni tú, Lebbeo, que hartó me has llorado esta noche; enjuga tus lágrimas: ¿no estoy yo contigo? La tierna virgen se aflige al lado de su prometido? Todos me volveréis á ver, y entonces vuestra alegría será semejante á la de los tiernos hijos que encuentran á su amada madre después de una larga separacion.»

Dijo, y una paz celestial brilla en su semblante; pero en su corazon las angustias y padecimientos de la redencion son cada vez más penetrantes.

Luego se dirige á Jerusalem, acompañado de todos sus discípulos; de todos nó, pues Judas no lo acompaña. Ha permanecido separado de su maestro, y sin embargo, no ha perdido ninguna de sus palabras.

—«¡Cómo! exclama siguiéndolo con la vista: ¡sabe que este será para él un día funesto! Pues que prevé el porvenir, tendrá poder para sustraerse á sus enemigos y acabar su obra... Pero ¿sabe también lo que yo intento hacer?... ¡Ah! ¡Si mi sueño me hubiera engañado! ¡Si Jesús no hubiera hablado de su próxima muerte más que para aumentar mis tormentos! porque me odia y... ¡Maldito sea el lugar en que me he dormido! ¡Que en él degüelle un hijo á su padre, y extinga en él la luz de su vida una víctima del Infierno! ¡Maldito, maldito sea el día en que Jesús me recibió en el número de sus discípulos! Unico día risueño de mi horrible existencia, ¡que ningun mortal te recuerde nunca! ¡Que el

mismo Eterno te olvide! ¡El Eterno! A este nombre terrible ¡qué espanto me penetra hasta los huesos!... ¡Judas! ¿quién eres tú? ¡Judas! acuérdate de tu noble orgullo, y tu ambición real te elevará por encima de la amistad parcial de Jesús y sobre los lazos y asechanzas del demonio!...»

Así exhala Judas su rabia y su terror. Desde la vision que Satanás ha puesto ante sus ojos para perderlo, se ha acercado á la eternidad dos horas terribles, irreparables.

CANTO IV.

Caifás se despierta. — Impulsado por el recuerdo del sueño que Satanás le ha enviado, convoca el sanhedrin para decidirle á decretar la muerte de Jesús. — Pilon, sacerdote fariseo, se declara abiertamente enemigo del Mesias, y arguye á Gamaliel y á Nicodemos, que le defienden. — Júdas se ofrece á entregar á su maestro. — Recibe una cantidad de dinero, y se aleja para consumir su traicion. — El Mesias se acerca á Jerusalem, á donde envía á Simon Pedro y á Juan para preparar el cordero pascual. — Maria, Lázaro, Maria su hermana, Semida, huérfano de Naim, y Cidlia, hija de Jairo, salen á buscar á Jesús. — Amores de Cidlia y Semida. — Maria, llevada de un temor secreto, sale al encuentro de su hijo. — Jesús la ve, y toma otro camino para no encontrársela. — Detienese junto al sepulcro que mandó hacer Josef de Arimathea, y medita en su muerte y resurreccion. — Llegada la noche, entra en Jerusalem con sus discipulos. — Judas se reúne con ellos. — Va el Mesias á la casa en que se ha preparado el cordero pascual. — La cena. — Juan se prosterna ante el cáliz, y Judas le imita. — El Mesias le manda levantarse, y le dice que le ha vendido. — Judas se aleja, y va cerca de Caifás. — Después de su partida, revela Jesús á sus discipulos una parte del misterio de la redencion, y predice á Pedro que antes de que termine la noche le negará tres veces. — Después vuelve al monte de las Olivas. — Pasado el torrente Cedron, se detiene en el valle de Getsemani, y designa á Gabriel un grupo de palmeras, donde deben reunirse los ángeles descendidos del Cielo para ser testigos de la pasion.

Caifás se despierta; pero el sueño satánico que ha turbado su reposo, fascina aun su razon. Agitándose en su blando lecho, se incorpora y recuesta alternativamente bajo el peso de las sensaciones que le abruman. Así se agita el impío que cayó en el campo de batalla. Los gritos de triunfo de los vencedores que continúan su victoria; los relinchos de los caballos que se encabritan á vista de los muertos de que

el suelo está lleno; el ruido de las armas y el rebramar del trueno, auxiliar del genio de las batallas, pasan sobre su herida cabeza, apoyada en un monton de cadáveres. Siéntese morir y tocar á la nada; pero un resto de vida se reanima en él, y le prueba que aun existe. Un temblor convulsivo retuerce sus lívidos miembros; su pensamiento confuso maldice al alma inmortal que tortura su materia antes de abandonarla, y maldice hasta á Dios cuya existencia no puede negar.

Caifás se levanta, convoca el sanhedrin (1), y al punto los sacerdotes y ancianos se reúnen en una estancia del palacio, cuya ensambladura exhala los suaves perfumes del cedro del Líbano (2).

Josef de Arimathea, el más virtuoso de los pocos descendientes de Abraham dignos de su antepasado, está á la cabeza de los ancianos de Jerusalem, y entra en el Consejo silencioso y sereno, como un rayo de la Luna cuando después de un día abrasador viene este astro á derramar su melancólica luz sobre las tinieblas de la noche.

Nicodemos, su noble amigo, entra á su lado.

Después de sentarse en el sitio que le está preparado, el gran sacerdote toma la palabra. Su actitud es arrogante; sus ojos fulguran de cólera.

(1) La palabra *sanhedrin* se deriva de otra griega que significa reunion. El origen de este consistorio judío se remonta á Moisés, que eligió setenta ancianos del pueblo de Israel para ayudarle á administrar los negocios del gobierno. Los miembros de este Consejo eran designados bajo el nombre de ancianos, sin haber tenido nunca otro título.

(2) Los cedros del Líbano suministran una resina olorosa: los más pequeños producen un fruto semejante al del pino, del que corre en ciertas épocas del año un bálsamo espeso y transparente. La madera del cedro, aun empleada, conserva siempre un olor agradable. Todo el mundo sabe que para la construccion del templo y del palacio que Salomon hizo edificar en Jerusalem, no se empleó más madera que la del cedro del Líbano.

«Sacerdotes y ancianos de Jerusalem, exclama, exterminemos á Jesús de Nazareth, ó este será el último consejo que nos sea permitido celebrar en este mundo. Si, el sacerdocio que el mismo Eterno confió al más grande de los profetas sobre el monte Sinaí (1); el sacerdocio que Babilonia con sus terribles torres se lisonjeó en vano destruir por medio de una larga cautividad; el sacerdocio que el heróico valor de la ciudad de las siete colinas no ha podido conmovier (2); ese sacerdocio será destruido, con oprobio nuestro y del Señor, por un visionario mortal de la raza de Israel. Por ventura, ¿no es ya dueño de Jerusalem? ¿No son ya sumisas siervas tuyas todas las ciudades de Judea? Y el pueblo, en su ceguedad estúpida, ¿no abandona el templo de sus padres para ser testigo de los supuestos milagros de Jesús? ¿Cómo no ha de seducir á ese pueblo nécio y crédulo? Despertando á los enfermos dormidos, ¿no pretende resucitar los muertos? ¡Y nosotros le dejamos obrar, y esperamos que la rebelion y la matanza se organicen, y que vengan á degollarnos á vista del falso profeta, para que entonces se digne resucitarnos tambien!

«¿Me escuchais con muda sorpresa?... ¡No veis ningun peligro! no conoceis siquiera al enemigo dispuesto á caer sobre nosotros! Y sin embargo, la Judea le ha proclamado ya por su rey; el pueblo ha cubierto de palmas el suelo por donde habia de pasar, y á su paso le ha cantado el *Hosanna!* ¡Menguado hijo de Bethlem! ¿por qué no has oido en vez de esos gritos de triunfo la voz del anatema traída en alas del trueno? ¿Por qué no has descendido ya á los Infiernos

(1) Montaña de la Arabia Pétrea, célebre en la Historia sagrada. En esta montaña habló Dios con Moisés, y le dió las tablas de la ley.

(2) Alusion al estado político de Palestina, que era en aquella época una provincia romana.

donde los reyes, dejando sus tronos de bronce, depositarán ante tí sus coronas de fuego con el sarcasmo que conviene á tu loca arrogancia?

«Sacerdotes y ancianos de Israel, os habeis hecho indignos de vuestra noble vocacion. Perdonad este arranque de mi santo furor; pero es preciso que lo sepais al fin: no es solo la prudencia y el interés del sacerdocio, es el mismo Jehová quien me ordena hacer morir á Jesús. Hubo un tiempo, bien lo sabeis todos, hubo un tiempo en que el Eterno se dignó revelarse á los patriarcas por medio de sueños: escuchad y decidid, si semejante gracia no ha sido hecha á Caifás.

«Acostado en mi lecho, meditaba tristemente sobre las ideas nuevas que amenazan aniquilar la antigua ley. En medio de estos dolorosos pensamientos, un sueño me transporta al templo, á donde iba á aplacar al Dios de Abraham con un sacrificio. Corria ya la sangre sobre el altar, y mi mano alzaba ya el velo que oculta el santuario á las miradas de los profanos, cuando... ¡Gran Dios! ¿qué veo en el fondo de tu misterioso asilo? ¡Oh terror! ¡oh vision profética! ¡A tu solo recuerdo tiemblo como la hoja seca al soplo de la tempestad! Veo, si veo, adelantarse hácia mí, revestido con su traje sacerdotal, al hermano del divino Moisés, al gran sacerdote Aaron. Su frente era amenazadora; bajo su mirada de fuego, fija en mí, me sentia morir, y en el arca santa agitaban sus alas los serafines con un rumor siniestro: mi túnica de lino y todas mis insignias sagradas, reducidas á ceniza, formaban á mi alrededor una nube parduzca. Después, la tonante voz de Aaron me hizo oír estas palabras terribles:

«¡Huye, deshonra del sacerdocio! ¡huye, miserable! ¡has manchado el templo del Señor; has permitido que un

«indigno mortal ultraje impunemente á mi hermano Moisés, á Abraham y á mí! ¡Huye, repito, antes que el fuego del Cielo te consuma! ¡Huye, huye de aquí!»

«Con los cabellos dispersos y cubiertos de ignominiosas cenizas (1), con la cabeza estigmatizada por el anatema del pontífice Aaron, y despojado de mis sagradas vestiduras, busqué un refugio en medio del pueblo, y el pueblo quiso apedrearme.

«Me desperté entonces cubierto de un sudor frío, y después de meditar por espacio de tres horribles horas, os convoco para deciros que el Cielo pide la muerte de Jesús. Deliberad sobre el género de suplicio que debe sufrir; hé aquí lo que espero de vuestra sabiduría.»

Un poder sobrenatural parece haber helado su lengua, y queda mudo, inmóvil, con la mirada fija: solo después de un penoso esfuerzo, logra añadir estas palabras con la voz casi extinguida:

—«¿No os parece más justo sacrificar á un solo hombre, que permitir que nos pierda á todos? Pero la prudencia nos prohíbe inmolarle durante las fiestas de Pascua que vamos á celebrar. El pueblo, que esta solemnidad atrae á Jerusalem, podría sustraerle á nuestra justa venganza.»

Ni una palabra, ni un gesto contesta á este discurso: los sacerdotes y los ancianos se parecen á cuerpos inanimados, á quienes el rayo ha herido.

Josef de Arimathea recobra primero la voz y el pensamiento, y hace un movimiento para levantarse y hablar: va á defender á Jesús; pero el sacerdote Filon (2), el más

(1) Entre los judíos era señal de dolor y de oprobio, cubrirse los cabellos de ceniza.

(2) En los anales del primer siglo de la era cristiana se encuentran dos personajes con este nombre. El uno es un célebre escritor, llamado el Platon

sabio y orgulloso de los fariseos, se adelanta para tomar la palabra, y Josef de Arimathea se retira modestamente ante un orador cuyo talento respeta y teme el mismo Caifás. Nadie sabe todavía lo que Filon piensa acerca del Mesías: tan prudente como altivo, el fariseo no expresa nunca su opinion, sino cuando se propone hacerla triunfar.

Sus ojos, profundamente hundidos en sus órbitas, brillan con esplendor siniestro; y llevado de su cólera, su palabra sale seca y breve de su oprimido pecho.

—«¡Atrevido Caifás! dice: osas hablarnos de un sueño que el Eterno ha hecho descender á tí, y sin duda has olvidado que Jehová no prodiga así sus revelaciones al alma encenagada en las concupiscencias mundanas, á la cabeza cuyas combinaciones favorecen en secreto las impías doctrinas del saduceísmo. El sueño de que acabas de hablarnos es una invencion digna de un levita bastante débil para venderse á los romanos, de un pontífice desvergonzado hasta el punto de haber comprado á los vencedores del mundo el sacerdocio con el dinero sacado al pueblo de Israel. Y aun cuando el mismo Dios hubiera descendido hasta honrarte con una vision, acuérdate ¡oh Caifás! de que más de una vez ha enviado Dios á los falsos profetas espíritus engañosos. ¿Has olvidado que el ángel de la muerte dejó su trono para ir á engañar á los sacerdotes de Baal, impirándoles las falsas predicciones que perdieron á Achab, el pérfido esposo de la impía Jezabel? Ve á aquel rey maldito, pálido y moribundo en su carro de bronce, que se detiene por sí mismo en el

de los judíos, porque habia hecho un estudio especial del estilo y doctrinas de este filósofo; y el otro, aunque menos conocido, dejó obras estimadas, sobre las cuales Fourmont y otros eruditos hicieron comentarios muy curiosos. El fogoso fariseo de que aquí se trata, no podría ser uno ni otro; es una creacion que pertenece exclusivamente á Klopstock: solo el nombre es histórico.

campo en que el inocente Naboth habia entregado el alma bajo una granizada de piedras. Para atraer á Achab á este sitio, el Eterno habia hecho prometerle triunfos brillantes (1). ¡Te estremeces al nombre del Eterno! ¡Oh! ¿presientes que el más terrible de sus ángeles pesa ya delante de él tu sangre, que va á escaparse para siempre de tus venas, donde el espanto la detiene y hiela en este momento?

«Y no es que Jesús de Nazareth me parezca inocente, no; á su lado no eres tú más que un malhechor vulgar: tú has manchado el santuario; él quiere destruirlo. Mucho tiempo antes de su aparicion sobre la Tierra, las maldades con que debia espantarla hicieron inclinarse hácia el abismo de la eterna perdición la terrible balanza, en que más de un ilustre criminal, más de un valiente opresor del pueblo se halló con ligero peso. ¡Muera Jesús! Quiero verle expiar; quiero ver por mis propios ojos yertos y rigidos sus miembros; y de lo alto de la colina en que haya exhalado su último suspiro tomaré un puñado de tierra enrojecida con su sangre para depositarla al pié del arca santa, como el mejor triunfo de la raza de Adam sobre el espíritu del mal.

«Cesa, pues, indigno pontífice, cesa de hablarnos de la versatilidad del pueblo: quien no quiera ser herido por el rayo vengador debe anticipársele. El profeta de Tesbe (2)

(1) Achab reinó 918 años antes de Jesucristo, y fué uno de los reyes más impios de Israel. Hizo apedrear á Nabot, que habia rehusado venderle una viña, donde Achab queria hacer un jardin. Este crimen, á que fué impelido por su mujer Jezabel, colmó la medida de sus iniquidades, y Dios le envió falsos profetas que le empeñaron en una guerra, siendo muerto en el mismo sitio en que fué apedreado Naboth. 1.º *Reyes*, cap. 21 y 22.

(2) Elias. Klopstock le llama el profeta de Tesbe, porque era natural de Tesbe, ciudad del pais de Galaad, en la tierra de Canaan. Este profeta habia desafiado á los sacerdotes de Baal á encender por medio de sus dioses el fuego del sacrificio, y la leña que se puso sobre el altar permaneció tal como se habia puesto, á pesar de los gritos é invocaciones de los sacerdotes. Pero á la voz de

¿temia por ventura al pueblo, cuando hacia degollar á su propia vista á los sacerdotes de Baal, de aquel dios dormido, que se olvidó de dar una prueba de su poder encendiendo la hoguera del sacrificio? No, no temia nada; sentíase fuerte con el apoyo del Eterno, que habia puesto el rayo á su disposicion.

«Yo no dispongo de ese terrible medio, y sin embargo, me presentaré tranquilo al pueblo de Israel, cuando corra la sangre de Jesús. Y ¡ay del que osare decir que esta sangre no ha sido derramada por la gloria del Dios de Abraham! A todos os lo digo; una sola mirada mia bastará para obligar á la muchedumbre á apedrear al Nazareno. ¡Perezca, pues, el traidor! perezca á vista de Israel, á vista de los romanos. Seamos dignos de nosotros mismos, y no abandonemos nuestras sillas de jueces, sino para ir á dar gracias al Señor, cuyo templo habremos conservado sin mancha.»

Y levantando los brazos hácia la bóveda del Consejo, añáde con voz inspirada:

—«¡Sombra de Moisés! ya duermas en este momento bajo tu manto azul en el santo valle en que encontraste á Abraham y á todos los profetas verdaderos; ya invisible á tus hijos, te hayas dignado asistir á este consejo, ¡juro en nombre de la santa alianza que nos trajiste de lo alto de las inflamadas nubes, juro no tomar reposo hasta después de haber visto matar al enemigo de tu ley, hasta después de haber levantado por encima de mi cabeza encanecida por los años mis manos sacerdotales, teñidas en su aborrecida sangre!...»

Y como espantado de tantas blasfemias, Filon, pálido y

Elias, el fuego del Cielo abrasó la leña que se habia puesto sobre el altar del Dios verdadero. En virtud de este milagro, el pueblo reconoció el poder del Eterno, y degolló á los sacerdotes de Baal.—1.º *Reyes*, cap. 18.

tembloroso, calla. Sin embargo, procura aun persuadirse de que la mirada de Dios no podría penetrar el barniz con que la mentira cubre la tumba en que el crimen sepulta á sus víctimas.

— Cuando, en medio del combate, el caudillo que lo dirige desde su carro de bronce cae herido por una lanza enemiga, sus corceles, no sintiendo ya la mano que los guiaba, se encabritan y relinchan, sus ojos despiden fuego, un denso vapor se escapa por sus narices, y la tierra tiembla bajo sus piés, que hacen volar á gran distancia los rotos despojos del carro.

Así los saduceos iban á vengar la afrenta hecha al gran sacerdote por el audaz Filon, cuando Gamaliel, venerado de todos por su prudencia y dulzura, se levanta y reclama silencio con un gesto imponente.

— «Escuchadme, dice, sacerdotes, y vosotros, padres de Israel, y apláqueuse las pasiones rencorosas ante la razon y la justicia. Escuchadme, pues voy á haceros oír palabras de razon y de justicia. Los nombres de fariseo y saduceo (1) os dividen en dos campos opuestos: ¿cómo podreis vencer al

(1) Estas dos sectas eran las más poderosas que dividían entonces al pueblo de Israel. Las creencias del saduceísmo están tomadas de los principios del filósofo Antígono, que enseñaba que era menester practicar la virtud por sí misma y sin ninguna esperanza de recompensa. Sadoc, doctor judío, enseñó públicamente esta doctrina cerca de dos siglos antes de Jesucristo, fundando la secta de los saduceos. Este misticismo no podía dejar de ser mal comprendido por un pueblo tan corrompido como lo era entonces el de Israel, y muy luego se sacó de los principios de Antígono la consecuencia de que no había ni penas ni recompensas después de la muerte; que el alma era también mortal, y que por lo mismo debía hacerse la vida todo lo agradable que fuera posible.

Los fariseos comenzaron á darse á conocer en tiempo de los Macabeos, unos 150 años antes de Jesucristo. Su doctrina consistía en fingir costumbres y virtudes austeras y una devoción exagerada. No se limitaban á la ley escrita, sino que añadían á ella, como tradición oral, todo cuanto podía serles favorable. La hipocresía de los fariseos les valió gran influencia en el pueblo, y en el seno de esta secta fué donde Jesucristo encontró sus más encarnizados enemigos.

enemigo que os amenaza á los dos? Pero Jesús ¿es en efecto enemigo de Israel? ¿No habrá enviado el Eterno la discordia entre vosotros, á fin de impedirlos decidir sobre la suerte de un hombre, á quien él solo se ha reservado el derecho de juzgar? Débiles hijos de la Tierra, dejad obrar á la justicia de Jehová, y no llameis sobre vosotros sus rayos: esas armas que estremecen á los Cielos, os reducirán á cenizas. Esperad en silencio el decreto del Juez supremo, cuya voz se hace oír á la vez en los cuatro puntos del Universo. Si dice al rayo que hiera al culpable; si dice á los vientos que lleven de Oriente á Occidente, de Norte á Mediodía el polvo de sus huesos; si dice á la espada que arme un brazo vengador y haga correr la sangre del culpable; si dice á la Tierra que se abra y le sepulte en sus profundidades... ¡oh! entonces el Nazareno es enemigo de Dios y también vuestro.

«Pero si con benéficas maravillas continúa derramando á su alrededor dulces alegrías y celestiales consuelos; si por él vuelve á ver el ciego los Cielos que debe habitar un día, y el amigo fiel que le guiaba aquí en la Tierra; si por él oye el sordo la cariñosa voz de su amada, los dulces acentos de una tierna madre y las bendiciones de los ministros de Dios; si por él andan entre nosotros los muertos animados de una nueva vida, y mostrándonos el sepulcro que han abandonado y el juez que han visto de cerca; si continúa dándonos, como ha hecho hasta aquí, el ejemplo de todas las virtudes; ¡oh! entonces yo os conjuro en nombre de Dios vivo, nobles jueces de Israel, que no condeneis á Jesús de Nazareth.»

Así habla Gamaliel, y un lúgubre silencio reina en el Consejo.

El sol del Mediodía lanza ya sus abrasadores rayos en las calles de Jerusalem, dejándolas desiertas. En este momento,

Judas las atraviesa para ir al sanhedrin. Satanás y el triste Ithuriel le preceden en sus pasos. Invisibles á todos los ojos humanos, entran en el Consejo de los sacerdotes y ancianos, que tiemblan como el asesino, cuando oye bramar la tempestad por encima de su cabeza, porque la palabra de Gamaliel ha llevado el terror aun á las almas de Caifás y de Filon.

Nicodemus se levanta, les echa una mirada de desprecio, y se adelanta hasta en medio de la estancia. Su alta estatura está ligeramente encorvada bajo el peso del dolor que le abrumba. Su aire, sin embargo, es noble; graves pensamientos han surcado su frente; pero en su rostro se retratan la dulzura de un tierno corazón, y la calma de una conciencia limpia: sus ojos, espejo fiel de su alma, derraman lágrimas que no procura ocultar, porque cree aun que va á hablar delante de hombres, delante de hermanos.

— «¡Bendito seas, Gamaliel, dijo, seas mil veces bendito por las palabras que acabas de pronunciar, y que han conmovido hasta la médula de mis huesos! El Señor ha puesto en tu boca una cortante espada, y nos has recordado su poder y nuestra flaqueza. ¡El Eterno, que te ha prestado ese sublime valor, te proteja, y su Mesías sea también el tuyo y el de tu raza! Pero á tí, Filon, y á tí, Caifás, ¿qué os diré? Yo no puedo más que llorar sobre vosotros. ¡Que estas lágrimas, que me arranca el temor de veros derramar la sangre del más grande de los profetas, puedan ablandar vuestros endurecidos corazones! Esta sangre, oídlo bien, pedirá venganza al Cielo, y el Cielo irritado os juzgará sin misericordia. Preguntará á la Judea: ¿Qué has hecho del Mesías? Y añadirá ante el silencio de la consternada Judea: ¡Muerte y maldición á los verdugos del Mesías!»

La cólera y el orgullo ofendido encadenaron un instante la lengua de Filon; pero este se reanima de repente, se lanza en

medio del Consejo, donde queda inmóvil y amenazador, como la sombría nube que se desprende de un cielo tempestuoso y se detiene en la punta de la roca más elevada: agitada por la tempestad, gira, estalla, se enciende; y desmenuando el cedro majestuoso, lleva el incendio y la muerte á las ciudades reales, que se alzan brillantes en la falda de los montes.

Satanás se sonríe ante el furor de Filon, y le alienta así con el pensamiento:

«¡Que tu palabra, oh mi digno ministro, sea poderosa como los torrentes del Infierno; que inflame como sus mares de fuego, y aniquile como el aliento que sale de mi pecho! ¡Que tu voz se parezca á la mía, cuando, desde la cumbre de los más altos montes, me inclinaba sobre el abismo y le hablaba de Jehová, de mi cólera y de mi odio! Entonces aprendieron los ríos este lenguaje, y los ríos inmediatos lo repitieron rugiendo de alegría. Inspira así á todos los pueblos esclavos de Jehová, y el mismo Adramelech envidiará tu triunfo. Haz pronunciar la sentencia de muerte de Jesús. Cuando su sangre corra, yo pondré en tu corazón todas las alegrías del Infierno; y cuando bajes á mi imperio, te pondré por encima de los heroicos conquistadores que degollaron generaciones enteras.»

Solo para Ithuriel es inteligible el pensamiento de Satanás; pero Filon siente toda su influencia, y exclama:

— «¡Santos altares, donde arde el incienso y corre la sangre del cordero pascual; arca de la alianza; templo sagrado en que adoramos al Eterno, y tú, Mória (1), reina de las bienaventuradas montañas, donde Dios se complacia

(1) Colina en que Salomon hizo construir el célebre templo de Jerusalem. Parte de la ciudad estaba situada en esta colina, que se designa igualmente con el nombre de Sion.

en hacer oír su voz á los hijos de la Tierra; trono terrible del Juez supremo, ¡qué el Nazareno os destruya! Ya le aprueban los sacerdotes y los ancianos de Israel, y muy luego le secundarán: yo solo, en medio de tantos culpables, permaneceré inocente y puro. Cuando vuestros hijos, con la mirada inquieta, y las rodillas trémulas, y los brazos levantados al Cielo, busquen el santuario del Dios de sus padres y no lo encuentren ya; cuando el Nazareno se haya elevado al trono; cuando á la faz del mundo sus esclavos le ofrezcan sacrificios; cuando el sagrado velo, que nuestros pontífices alzan temblando, sea desgarrado por manos impías; ¡oh! entonces podré ya decir: ¡Males inauditos! ¡sacrilegios horribles! ¡anatemas del Infierno! pasad, pasad sin herir la cabeza del único hombre que estais obligados á respetar, porque él, al menos, no se ha revolcado en vuestro fango emponzoñado.....

«Pero ¿qué digo? ¡oh Dios de Israel! Si es preciso que tantas maldades se realicen, haz que mis ojos se cierren para siempre. Si, que la desesperacion rompa mi pecho, y se hiele mi lengua, si no has de oír el ruego que te dirijo. ¡Dios de Moisés! si alguna vez la voz suplicante de un mortal se ha elevado del polvo de este mundo hasta tu trono glorioso; si á la voz de Elías el fuego del Cielo devoró en el monte Carmelo á los asesinos que un rey sacrilego habia enviado á él (1); si á la voz de Moisés la Tierra se abrió y sepultó en sus misteriosos abismos á Datan, Coré y Abiron (2); ¡oh! entonces debes escucharme, porque yo mal-

(1) El rey Ocozias quiso hacer bajar á Elías del monte Carmelo, en donde este profeta se habia refugiado. Tres veces envió á un capitán con cincuenta soldados, y otras tantas veces fueron castigadas sus tropas por el fuego del Cielo, que Elías invocó en su auxilio.—2.º Reyes, cap. 1.º

(2) Nombres de tres caudillos que se rebelaron contra Moisés y contra su Dios. Á la voz de Moisés se abrió la Tierra y se los tragó juntamente con sus tropas.—Números, cap. 16.

digo á los impíos, que te desconocen y defienden á tu enemigo y al enemigo de tu ley.

«Nicodemus, el suplicio del visionario Jesús será tambien el tuyo: tus restos, como los suyos, serán arrojados entre los dispersos huesos de los criminales, á quienes se apedrea lejos del templo; tu agonía será sin oraciones ni lágrimas: el corazon que se ha abierto para el Nazareno se ha cerrado para el Eterno; los ojos que han llorado sobre el Nazareno, estarán secos cuando busquen esas lágrimas que endulzan la severidad del Juez supremo.

«¡Y tú tambien, Gamaliel, quieres proteger á Jesús! Pues bien: ¡que tus ojos se cierren á la luz, y tus oídos á la voz humana! ¡que tu último suspiro sea un grito de rabia, y después duermas y esperes que tu Mesías venga á despertarte! Y el pueblo vil, recordando que en tu último sueño le habias dicho que él te despertaria, pisará tus restos medio roídos por los gusanos, y se reirá de tí y de tu profeta.

«¡Alza tu terrible brazo, tú, cuyo poder y gloria yo solo sostengo aquí! ¡Hiere, Jehová, hiere, efectuando las maldiciones que acabo de pronunciar en tu nombre! Aniquila á Nicodemus y á este otro más culpable aun, porque ha hecho oír aquí el primero la voz del blasfemo. Pero tu terrible cólera, esa cólera que, cuando se anuncia, hace temblar las montañas de la Tierra, los senos del Infierno y las bóvedas del Cielo; esa cólera sea reservada para el mayor de los criminales, para Jesús de Nazaret.

«Yo fui jóven y bello, y héme ya viejo y marchito; pero siempre te adoré, como te adoraban nuestros padres. Si permites que Jesús triunfe, que tu santuario sea ya nada, nada ya el juramento que Abraham recibió de tí para él y su raza, entonces reniego de tí á la faz de toda la Judea. Viviré sin tí; sin tí descansará mi encanecida cabeza sobre la

piedra del sepulcro, para dormir su último sueño sin temor al día de mañana. Si no destruyes al audaz que te injuria y seduce á tus hijos, no, no apareciste nunca á Moisés; un vano prestigio le engañó cuando creyó verte en la zarza ardiendo y en el monte Sináí, y nuestros padres y nosotros no somos más que un miserable pueblo de nécios. ¡Ver-güenza y maldición sobre este pueblo, si no muere Jesús! porque entonces ni hay ley ni Dios.»

Dijo, y volvió en triunfo á su puesto.

Abismado en meditacion profunda, Nicodemus siente cuánto se eleva su alma por encima de las injustas persecuciones que le esperan, y su corazón amante le aconseja soportar con calma el furor de sus enemigos. El Cielo, que le inspira, le recuerda la santa noche que ha pasado cerca del Mesías (1). Durante esta noche el Hijo del hombre le inició en los arcanos de la eternidad, menos aun con sus palabras que con la expresion de su mirada, en que se revelaban á la vez la sublime inocencia del primer habitante del Eden y la dulce majestad de un Dios.

Este recuerdo le sostiene, y su pensamiento le coloca en medio de todas las generaciones del pasado y del porvenir, reunidas en un solo punto por la terrible trompeta que anunciará el fin del tiempo y la resurreccion de sus víctimas.

Fuerte con el testimonio de su conciencia, vuelve á tomar la palabra, y el sanhedrin le escucha con ese respeto religioso que la animosa virtud inspira siempre al crimen más fiero.

(1) Alusion al coloquio que Nicodemus, uno de los principales de Israel, tuvo con el Mesías, y que se prolongó toda la noche. Á consecuencia de estas misteriosas revelaciones, Nicodemus abrazó abiertamente la doctrina de Jesús. — *Evangelio, segun S. Juan, cap. III.*

— «¡Mesías divino! exclama; yo me glorifico ante todo de haberte visto, á tí, á quien buscaron en vano los ojos de Abraham en los solitarios bosques de Mambré (1); á tí, á quien las plegarias de David, aquel rey nacido para orar, suplicaron en vano que descendieras de los brazos de tu padre á los hijos de Adam; á tí, á quien los profetas llamaban con piadosas lágrimas, que los ángeles han recogido y ha contado el Eterno. ¡Por fin te ha enviado á nosotros! Tú has dejado los Cielos y descendido á la Tierra por salvar á tus hijos y bendecir á tu pueblo: ¡y los jefes de este pueblo te llaman visionario, rebelde, criminal! ¿Qué mentira ha manchado sus lábios? yo te lo pregunto, Filon. Presente estabas tú, cuando, en una de nuestras asambleas públicas, decia Jesús con todo el valor de la inocencia y toda la majestad de su mision divina: «¿Quién de vosotros podrá argüirme de pecado?» (2) ¿Dónde estaba entonces tu fogosa elocuencia, hoy tan pródiga de blasfemias? ¿Por qué tu lengua y tu mirada, como la lengua y la mirada de todos sus enemigos, quedaron mudas de terror? Entonces, debes recordarlo bien, entonces el pueblo, viendo que ninguna voz se levantaba contra él, prorumpió en gritos de bendicion. Y la calva cabeza del Mória, y la verdeante cima del monte de las Olivas se estremecieron de alegría; y los ciegos y los sordos, que veían y oían por él, y los hambrientos

(1) Alusion á la alianza que el Eterno hizo con Abraham, cuando se le apareció en la llanura de Mambré, que se llama hoy Hebron, donde este patriarca habia levantado sus tiendas. *Génes., cap. XIX.* En esta misma llanura, situada en el país de Canaan, se halla la ciudad de Hebron, una de las reales ciudades de refugio instituidas por Josué.

(2) Se alude á la disputa que tuvo Jesús con los fariseos, que en presencia del pueblo le acusaron de dar testimonio de sí mismo, y declararon que este testimonio no era digno de fe. Entonces contestó Jesús, que él merecia ser creído, porque nadie podía acusarle de haber cometido pecado. — *Evangelio de San Juan, cap. VIII.*

que milagrosamente había alimentado en el desierto, se apiñaron al rededor de Jesús para besar la orla de su vestidura; y de en medio de esta multitud, un adolescente, bello como el último hermano de los serafines, el mismo á quien en las puertas de Naim (1) despertó Jesús del sueño eterno, le tendió los brazos exclamando: «No, tú no eres un simple mortal; eres el Hijo de Dios. Esta mano, tan ardiente ahora por tocar la orla de tu vestido, estaba entonces helada; estos ojos, que lloran de alegría al volver á verte, estaban cerrados; mi alma, que se presenta ahora á tí para adorarte, ya no me pertenecía. Ya llevaban á la fría mansion de la muerte al jóven que apenas había entrado en la vida. Una sola palabra tuya hizo volver á mi alma; el sentimiento y el calor reanimaron mis miembros; mis ojos vieron á mi desolada madre, la Tierra, el Cielo, y ya no se llevó á la mansion de la muerte al jóven apenas entrado en la vida. ¡No, tú no eres un simple mortal; eres el Hijo de Dios!»

«Pero ¿á qué referiros lo que sabéis? Todos estábais presentes, teneis ojos para ver y oídos para oír; solamente vuestros corazones están cerrados: de ellos habeis alejado todo sentimiento humano, y quereis cubrir con el manto de la religion las malas pasiones que os animan: ¡quereis inmolar al más virtuoso de los hombres bajo el pretexto de dar á Dios una prueba de respeto y amor!... ¡Amor sagrado de la Divinidad; religion santa y dulce, hija de Dios, hermana de los ángeles, madre de todas las virtudes ¡bella eres como tus augustos hermanos, y benéfica como Dios tu padre, cuando en un rayo del Cielo descendes á un noble corazón.

(1) Ciudad de Palestina. Entrando en esta ciudad hubo de encontrar Jesús el cortejo fúnebre del hijo único de una pobre viuda, y compadecido de las lágrimas de la afligida madre, resucitó al adolescente.—*Evangelio de San Lucas, cap. VII.*

Pero cuando te envuelves en una nube negra como la noche eterna, exhalando el espanto, como el vapor de sangre de una víctima inocente; cuando tus piés se hunden en el abismo, mientras tu frente amenaza al Cielo; cuando tu brazo armado de una espada homicida se cierne sobre los altares que has cargado de cadáveres; cuando tu mano arrebatá á la justicia eterna el rayo de que ella sola sabe y debe servirse; cuando el crimen te inspira sus horribles proyectos; cuando el odio marca los latidos de tu corazón, ¡oh! entonces no eres sino una creación monstruosa del espíritu del mal, una sacerdotisa del Infierno.

«¡Pides la muerte de aquel sin el cual no existirías, de aquel cuya gloria has cantado antes de haber sido arrojada sobre la Tierra para ser desconocida y blasfemada como él! No, no; tú no quieres la muerte del pecador; la sangre te causa horror...

«¡Religion santa y dulce, hija querida del Eterno, mensajera de paz y bendición, nueva alianza de Dios, presentimiento de la eternidad! por tí siento yo vivir mi alma, y por tí me prosterno ante la majestad suprema. ¡Ah! cuanto más te revelas á mis ojos, santa y consoladora religion, más piedad siento hácia estos hombres que me rodean y escuchan sin comprenderme.

«Sacerdotes y padres de Jerusalem, levantaos de vuestra abyección, abrid vuestros corazones á los sentimientos de humanidad, y esto os bastará para distinguir el crimen de la virtud. Poco importa á Jesús ser reconocido de vosotros, puesto que su padre le reconoce. Si le condenais, los serafines, colocados á su alrededor, entonarán cantos de triunfo, y el Eterno le mirará sonriente desde lo alto de los Cielos. ¿Qué somos sino pobres gusanos, nosotros, que, revolviéndonos en el polvo de la corrupción, osamos inmolar á nues-

tros hermanos para satisfacer nuestras miserables pasiones? Y ¿qué seremos, cuando, el día del último juicio, llame Dios á sus escogidos, sin que oigamos pronunciar nuestro nombre? En vano será que entonces pidamos á la Tierra que nos reciba en su seno; á las montañas, que se precipiten sobre nosotros; á las olas del mar, que nos traguen, á fin de sustraernos á las miradas de nuestras víctimas y á la cólera de nuestro juez.

«¡Imágen terrible del juicio final, tú sostendrás mi valor, cuando Jesús me dirija su mirada moribunda!... ¡Su mirada moribunda! A este solo pensamiento se hiela mi corazón, el alma se me arranca, y una espada de dos filos pesa sobre mi cabeza. Demasiado habré vivido para verte morir, á tí, á quien tantas veces estreché en mis brazos, cuando no eras más que un débil niño. Pero ya tu sabiduría superaba la ciencia de nuestros viejos doctores: en pié, al rededor de tí, te escuchaban con admiración; y legiones de ángeles celebraban entre sí los beneficios de tu misterioso destierro. Ya hombre, has resucitado muertos; tu voz ha mandado á la tempestad, y la tempestad ha obedecido, y las olas del mar se han inclinado ante tí, y sus espumosas montañas se han trocado en una llanura apacible, y tú has andado sobre esta llanura, y los Cielos han sostenido y contado tus pasos.

«Los hombres quieren que mueras. ¿Lo quiere también tu Padre? ¡Oh! entonces no me queda más que ir á mezclar mis lágrimas con el agua santa de la solitaria fuente de Bethlem, donde Maria te dió esa vida de un día, triste herencia de los hijos de Adam: allí quiero llorar tu muerte, y quiero morir allí. ¡Que el mismo instante marque tu fin y el mío! ¡que tus huesos y los míos duerman en un mismo sepulcro, y que juntos se despierten á la vida eterna!»

Y prosternándose en medio de la sala del Consejo, exclama levantando al Cielo los brazos:

—«¡Juez del Universo! dignate llamarme á tí: soy inocente del crimen que va á manchar á Jerusalem. ¡Jesús de Nazareth, más antiguo que Abraham, eterno como tu Padre! me prosterno ante tí, y te adoro: ¡tú, tú eres mi Dios! Acuérdate, Dios mío, el día del último juicio, de que yo he sabido leer tu divinidad á través de tu vaso de polvo.»

Levántase luego, mira á su alrededor con la benevolencia y serenidad de un serafín, y se vuelve hácia Filon.

—«Filon, le dice, tú has llamado sobre mí las maldiciones del Infierno, y yo llamo sobre tí las bendiciones del Cielo: hé aquí lo que me ha enseñado el Dios que acabo de adorar delante de tí. Una palabra me queda que decirte, ¡oh Filon! Cuando en tu última hora veas correr ante tus ojos la sangre del Mesías, terrible como el torrente Cedron; cuando, en medio del rumor de ese torrente de sangre vengadora, oigas el paso de hierro del Juez supremo; cuando sientas la terrible espada golpear la balanza en que se pese tu parte de eternidad; cuando te retuerzas en el polvo ante el Dios que ahora desconoces; cuando tus ojos, velados por las últimas lágrimas de la agonía, pidan una gracia, que tu alma torturada por los remordimientos no ose ya esperar... ¡oh! entonces, ¡que el Dios de las misericordias te oiga y te perdone!»

Dijo, y atravesó lentamente la sala del Consejo.

Josef de Arimathea va á su lado.

Ithuriel, siempre invisible, agita sus suaves alas, y los sigue con silencioso vuelo. Una celestial sonrisa brilla en el semblante del serafín; sus ojos irradian de alegría, y su pensamiento se divide entre el Cielo y la Tierra. De este modo sonríe el ángel encargado de velar sobre dos amantes que se aman con un amor puro y noble, cuando los sigue á la co-

lina donde se confían sus inocentes secretos y su dulce ternura; porque ve al mismo tiempo al divino Elohá, en pié cerca del trono del Eterno; oye la armonía celestial de su arpa de oro, que promete á las almas virtuosas la única felicidad digna de ellas, la de hallar en la eternidad los objetos que amaban sobre la Tierra.

—«¡Dichosa especie humana! dijo Ithuriel: veo las brillantes coronas que te prepara la muerte del Mesías. Sí, muy en breve los hijos de Adam, bajo el dulce nombre de cristianos, serán piadosos y buenos como Nicodemus, ese modelo del justo.

Satanás se estremece de terror, porque comprende el pensamiento del ángel, y presiente el triunfo cercano de los habitantes del Cielo.

Antes de pasar el umbral de la puerta del Consejo, Nicodemus se vuelve á Josef de Arimathea, y le dirige estas palabras:

—«¿Por qué, mi querido Josef, has guardado silencio? Tu abnegacion por Jesús ¿no será ya á tus ojos más que una debilidad que no puedas confesar sin rubor?»

Arimathea deplora en el fondo de su alma la timidez que ha paralizado su lengua, y la reconvencion de su amigo pone el colmo á su dolor. Triste y pensativo, le deja en silencio, y eleva los ojos llenos de lágrimas al Cielo, desde donde Dios ve la piedad y la pureza de su alma.

Los sacerdotes y los ancianos quedan allí en muda consternacion. Llamando á la impiedad y á la corrupcion en su auxilio, ahogan el sentimiento que les dice que Nicodemus acaba de marcarlos con el sello de la reprobacion, no para esta vida efímera, sino para la vida eterna. En aquel dia terrible, el estigma del alma se abrirá como una herida sangrienta para siempre, y la voz secreta que Dios ha puesto

en el corazon de cada uno de sus hijos, vendrá á ser el juez y el verdugo; porque la mentira y la hipocresía no podrán forzarla al silencio.

El sanhedrin iba á disolverse, cuando Judas Iscariote solicita vénia para entrar. Un prolongado murmullo de sorpresa acoge al discípulo del Justo, cuya sentencia de muerte acaba de ser pronunciada en el pensamiento de cada uno de los miembros del Consejo.

Lejos de turbarse viéndose objeto de la atencion general, Judas se cree un personaje importante; se adelanta hácia el gran sacerdote, y le habla en voz baja. Caifás le escucha sonriendo con la más viva satisfaccion.

Cuando el discípulo acaba de hablar, Caifás levanta la cabeza, pasea una mirada de triunfo por el Consejo asombrado, y dice:

—«Regocijaos, sacerdotes y ancianos; aun hay en Israel hombres que no doblan la rodilla ante el ídolo. Este que veis á mi lado es un discípulo del Nazareno, y sin embargo, tiene el valor de permanecer fiel á la ley de Moisés. Merece una recompensa, que ha de recibir ahora mismo.»

Iscariote se aleja embriagado de orgullo, porque acaba de verse elogiado públicamente. El dinero que recibe no corresponde á su esperanza; pero se consuela, creyendo que solo se espera á que haya entregado á su maestro para prodigarle riquezas y dignidades.

El alma altiva de Filon se rebela al saber que un hombre del pueblo entra con él á la parte en el honor de asegurar la muerte de Jesús: sin embargo, le anima con una sonrisa de aprobacion á llevar á cabo su traicion, y le sigue mucho tiempo con la vista.

Cuando el conquistador corre al combate, la sombra del primer asesino le precede, y le repite que la crueldad deli-

berada es la virtud del héroe, y la humanidad compasiva el defecto del cobarde. Después, este fiero fantasma hace vagar al rededor de él sueños brillantes, que le coronan de laurel, representando el honor inmortal de la victoria. Bajo esta fascinación, el conquistador se siente feliz mandando el exterminio; y el bramido de las bocas de bronce, que vomitan la muerte bajo mil formas diferentes, le parece una dulce armonía. Sordo á los lamentos de los heridos, á los suspiros de los moribundos, olvida que él también ha sido invitado por el Salvador al pacto de amor y caridad, y que para él también sonará la trompeta del juicio final.

Así Judas Iscariote, acompañado de los funestos votos del fariseo, y abismado en las seductoras ilusiones del orgullo, busca por las calles de Jerusalem á Jesús, que en aquel momento sube el valle del Cedron, donde la alta palmera extiende su sombra por encima de la espuma del torrente.

El divino pensamiento del Mesías, salvando las barreras que limitan la inteligencia humana, ve á Jerusalem y su templo; ve el Consejo de los sacerdotes y ancianos, muchos de los cuales serán muy pronto los primeros cristianos.

Volviéndose luego á sus discípulos, que le siguen en silencio, les dirige estas palabras:

—«Ved ahí ante vuestros ojos á la desgraciada Jerusalem: los míos han dejado de llorar sobre ella. Mirad los sepulcros en que duermen tantos mortales virtuosos, á quienes mató Jerusalem; pero, entre sus hijos vivos, hay muchos que vendrán á mí, y serán un día con vosotros mis testigos para los tiempos venideros. Estos tiempos se acercan: ejecutemos con calma y confianza los decretos de mi Padre: dentro de poco, fieles amigos míos, todo os será revelado. Pedro, y tú, Juan, precededme los dos á la ciudad: en ella encontrareis un jóven con un cántaro de agua, el cual os mirará con

benevolencia, porque os ama. Seguid sus pasos, entrad con él en la casa en que entré, y decid: Jesús nos envía á este lugar para celebrar en él la Pascua. Y el dueño de la casa, hombre piadoso y pobre, os introducirá en una estancia preparada ya para recibirnos.»

Los dos discípulos parten, y todo sucede como el Mesías les habia anunciado.

Mientras el dueño de la casa hace asar el cordero pascual, Pedro sube á la azotea, y dirige con inquietud sus ojos hácia el camino de Betania (1). En lugar del maestro á quien espera con ansia, divisa á María y algunos de sus amigos. Hace muchos días que está privada de la dicha de ver á su hijo: su pálido semblante conserva aun indicios de lágrimas recientes; pero este vivo dolor no ha oscurecido la celestial auréola que la rodea, sin ella saberlo. María debe su encanto sobrenatural á la pureza de su corazón, que hasta ignora la existencia de las inclinaciones vituperables: tal sería la herencia de todas las hijas de Eva, si Eva hubiera conservado su inocencia.

Lázaro va al lado de la madre de Jesús; Lázaro el resucitado: su mirada se arrastra por la tierra, pero su pensamiento pertenece al Cielo: ese pensamiento le recuerda el instante en que, sacudiendo las cadenas de la muerte, se levantó del polvo, y compareció ante el Mesías con el santo estremecimiento que causa el aspecto de la Divinidad. Seguro en fin de su inmortalidad, su semblante lleva el sello de la calma sublime que pinta la última sonrisa del cristiano moribundo, y que no podría explicar ninguna lengua.

María Magdalena (2), la amiga de Jesús, la hermana de

(1) Pueblo en las cercanías de Jerusalem, de que se habla con mucha frecuencia en los Evangelios.

(2) Es la misma que, después de haber derramado perfumes sobre los pies

Lázaro, los sigue de cerca. El pensamiento de la ingénua jóven flota entre Natanael (1), su amado, llamado el *Leal* por el Mesías, y su piadoso hermano. Desde que le vió levantarse de entre los muertos, la vida no le parece más que un sueño misterioso. Un secreto presentimiento le dice que, para ella, este sueño toca á su fin, y la mortal palidez de su bello semblante se lo revela á sus jóvenes compañeras. Muchas veces le hablan estas con tierna solicitud de su delicada salud, y entonces se ve brillar en sus ojos una lágrima involuntaria y piadosa como la de un ángel, una lágrima de pena por su hermano y por Natanael. Con una bondad angélica presta Magdalena el débil apoyo de su tembloroso brazo á la tímida Cidlia, la hija de Jairo (2). Doce veces apenas habia visto la tierna doncella florecer el almendro, cuando escapándose del ruidoso banquete de la vida, habia ido á dormir al campo del reposo eterno. Jesús la ve, oye los gemidos de su afligida madre, y despertó á la hija.

Bajo el sagrado aliento de la resurreccion, su juventud y su belleza se han desarrollado con la rapidez de una flor que bebe su vida en un suelo ardiente; pero un reflejo de la eternidad ennoblece esta belleza precoz, y corona su nueva vida con palmas inmortales. Solo ella ignora el

de Jesús, permaneció de rodillas ante él, escuchando sus lecciones. Su hermana Marta, atareada en los cuidados domésticos, le vituperó aquella inaccion aparente. Pero Jesús dijo á María Magdalena, que solo una cosa le era necesaria, y que habia elegido la mejor parte.—*Evangelio de San Lucas, capítulo X.*

(1) Este jóven israelita rehusó por mucho tiempo seguir al Salvador, porque creía que no podía venir nada bueno de Nazareth. Felipe le decidió á ir á escuchar á su maestro, y desde aquel momento vino á ser uno de sus amigos más celosos. *Evangelio de San Juan, cap. I.* Natanael es uno de los fieles designados en los *Hechos de los Apóstoles*, bajo el nombre de *los Setenta*.

(2) La hija de Jairo no tenia más que doce años cuando Jesús la resucitó.—*Evangelio de San Lucas, cap. VIII.*

encanto que la rodea y el tesoro de amor que encierra su noble corazón.

Tal era Sulamita, la más bella de las hijas de Israel, cuando, hácia el fin de una calorosa tarde de Estío, se durmió bajo el manzano que la habia visto nacer, y despertada por la voz de su madre, la siguió bajo la espesa sombra de los árboles de la mirra. Allí se detuvo en medio de una nube de dulces perfumes, y aspiró el amor puro y celestial que abrasó su alma: allí aprendió á suspirar en ardientes cantos por el noble jóven digno de responder á los santos estremecimientos de su corazón amante (1).

Tal marchó Cidlia, apoyada en el brazo de María Magdalena y seguida de Sémida, el huérfano de Caim.

Sémida es hermoso como David, cuando, sentado junto á la fuente de Bethlem, escuchaba con arrobamiento la voz del Eterno (2); pero no sonríe como sonreía David, pues para él, como para la jóven Cidlia, no es ya la vida más que un misterioso destierro, desde que ambos durmieron el sueño de la muerte y fueron despertados por el Mesías.

Los dos discípulos salen á recibir á María, y la acojen con un tierno respeto mezclado de sorpresa. Nunca el reflejo de divinidad que el Mesías habia impreso en el vaso mortal de su madre, habia mostrado más esplendor.

El monte de las Olivas ha sido más de una vez santificado por la presencia del Hijo del hombre; Sion, orgullosa de su gloria, reposa con una majestad imponente bajo la mirada

(1) Alusión á la Sulanita cantada por Salomon.—*Cantar de los Cantares.*

(2) Todo el mundo sabe que, para evitar la cólera de Saul, se vió David en la necesidad de ocultarse en lugares solitarios. Mientras procuraba sustraerse así á sus enemigos, solia consultar con el Eterno, quien se dignaba trazarle la línea de conducta que habia de seguir. Á esta situacion de David, cuyos portamentos pueden leerse en el libro 1.º de Samuel, alude Klopstock en este pasaje.

protectora del Eterno, y la noble cabeza del Mória levanta con justo orgullo á las nubes el santuario de Dios; pero entre todas las santas montañas de la Palestina, el Tabor será siempre el más santo, porque está predestinado á ser el dichoso testigo de la transfiguracion del Mediador. Así María supera en virtud y en celestial belleza á todas las mujeres de Israel.

María acaba de entrar en la sala del festin: sus ojos, después de buscar en vano á Jesús, se bajan tristemente hácia la tierra; y luego, sonriendo á Juan á través de las lágrimas, que inútilmente quiere ocultar, le dirige así la palabra:

—«¡Oh Juan! Yo te suplico, dime dónde está el que yo llevé en mis brazos, el que tantas veces reposó en mi seno con el abandono de la ternura filial. Y sin embargo, yo no me atrevo á llamarle mi hijo, porque es demasiado grande y sublime para ser hijo de una madre mortal. Hace días que le busco en vano para rogarle que no entre en Jerusalem, esta ciudad antes santa, ahora impía y furiosa. Quieren quitarle la vida al profeta que he llevado en mi seno, al que contemplé con lágrimas de alegría cuando no era más que un débil niño.»

Juan contesta con dulce emocion:

—«Tranquilízate, María; no tardará en venir aquí, á donde nos ha enviado á preparar el cordero pascual. Espéralo, y tú misma le expresarás tus amorosas inquietudes, madre digna de semejante hijo.»

Cidlia se apoya más fuertemente en el brazo de la hermana de Lázaro: un temblor involuntario la agita, porque Sémida se ha acercado á ella. Sus miradas se han encontrado; pero al instante las han bajado á la tierra, confidente muda de los secretos sufrimientos que llevan impresos

en sus semblantes. El misterio de su nueva existencia los ha colocado por encima de todas las flaquezas humanas: comprenden que la vida terrenal no debe tener ya encantos para ellos, y miran como un crimen el amor que en otro tiempo los unia; porque, en su abnegacion absoluta por el Mesías, quisieran no amar más que á él, ni abrigar pensamiento ni deseo de que no fuera él exclusivamente objeto. Temen encontrarse y se evitan; temen comunicarse los piadosos temores que les hacen evitarse, y la vaga esperanza que les promete la felicidad eterna en el lazo ideal que, á pesar de ellos, confunde sus almas en los mismos pensamientos, en los mismos sueños y deseos. Su tierna inquietud por el Mesías acaba de reunirlos, y no osan hablarse; ninguna lengua humana podria expresar lo que ellos sienten: solo sus pensamientos se entienden (1).

—«Por mí, dice interiormente Cidlia, por mí se consume su vida en esa languidez. ¡Sémida mio! ¿He merecido yo que tú me ames así? Mi alma te pertenece; yo debería aprender de tí cuán bella es la vida. Yo quisiera amarte como las hijas de Jerusalem amaban en tiempos de nuestros padres. Semejante al dócil cordero que el jóven pastor conduce al prado, quisiera yo seguir tus pasos; quisiera yo dilatarme en tu seno como la rosa del valle se abre á los primeros rayos del día; quisiera ser tuya, amarte eternamente... Pero al verme salir de los brazos de la muerte, mi madre me ha consagrado al solo amor del Eterno. ¡Madre imprudente! ¿por qué te ha arrancado la gratitud este voto sacrilego?... ¡Calla, hija rebelde! Obedece sin pesar la voz de tu madre, ¡la voz de Dios! Has sido resucitada, y per-

(1) El amor de estos dos jóvenes resucitados es una ficción del poeta; pero es tan bella y tan pura, que los espíritus más ortodoxos se la perdonarán sin dificultad al piadoso cantor del Mesías.

teneces muy poco á la Tierra para darle hijos mortales. Sémida, ¡oh Sémida! estoy resignada..... lo estaria al menos, si viera renacer en tus labios la sonrisa; si por un solo instante pudiéramos volver á aquel tiempo dichoso, en que no conocíamos más lágrimas que las lágrimas de alegría, cuando yo no dejaba los cariñosos brazos de mi madre, sino para ir á los tuyos... ¡Vana esperanza! Soy resucitada.»

Así piensa Cidlia; y para ocultar las lágrimas de que sus bellos ojos rebosan, baja el velo virginal que flota sobre sus hombros.

Viendo esto, Sémida no tiene fuerzas para dominar su dolor, y sale precipitadamente de la estancia.

—«¡Llora! dice: ¿por qué llora Cidlia? ¡Bellas y dulces lágrimas! ¡Ah! Si una sola de ellas corriera por mí, acaso encontrara todavía la felicidad! Mi existencia misteriosa es siempre un pensamiento único: tú, Cidlia mia, tú; tú eres inmortal en mí. Noble soberana de este cuerpo perecedero, imagen del Creador, heredera de la eternidad, alma; si así fuiste llamada en efecto cuando saliste de los labios del Creador, yo te pregunto, habla, aclara las tinieblas de mi destino, disipa esta profunda oscuridad que me rodea: estoy cansado de consumir mi vida en quejas inútiles. ¿Por qué, cuando mis labios pronuncian la palabra eternidad, forma mi cabeza pensamientos desconocidos, pensamientos grandes, sublimes, palpitantes de felicidad y de amor? ¿Por qué los dulces acentos, las tiernas miradas de Cidlia, que acaso ha salido del sepulcro para no morir jamás, hacen nacer en mi corazón sensaciones fuertes, embriagadoras, pero puras como la inocencia, nobles como la sabiduría? Y cuando me digo: Cidlia ha dejado de amarme, el dolor me envuelve con sus sombrías alas, y me lleva cerca del sepulcro que se

habia hecho para mí, y escucho su lúgubre silencio... Después gimo como la paloma fiel que ha perdido á su compañera. A veces pido tambien al Eterno valor para olvidar á la celestial doncella que debia pertenecerme. ¡Vanos esfuerzos! Una voz, sin duda divina, cuando tan dulce es, me ordena amar siempre á mi Cidlia.

«¡Qué inefable felicidad henchía mi corazón, cuando me era aun permitido creer que habias sido creada para mí! Suave pensamiento, quiero saborearte de nuevo. ¿No fuiste tú quien me hizo en otro tiempo dócil á los tímidos acentos de la virtud y á las severas leyes del deber? ¿No fuiste tú quien me hizo comprender que la más ligera falta me haria indigno de mi Cidlia? Sí, Cidlia mia; llevado en alas de tu inocencia, me sentia mejor. Pero cuando te dormiste con ese sueño terrible que llaman muerte, me encontraba solo en la Tierra y sin fuerza para el bien.

«En nombre de la virtud y de la felicidad; en nombre de tu belleza, y lo que es más sagrado aun, en nombre de tu resurreccion y de esa inmortalidad con que brillas entre las vírgenes de Israel, como una estrella misteriosa lanzada por la mano del Eterno en medio de los apacibles astros de la Via-láctea, Cidlia mia, tu corazón ¿ha podido separarse del mio? El Mesias te ha resucitado, y á mí tambien; los dos acaso estamos reservados para grandes destinos... ¡Esperanza audaz, deseo temerario, huid de mí! Este amor que llena mi alma es demasiado ardiente para ser puro... No, no, yo no puedo amarte demasiado, Cidlia: no es esta miserable existencia, es la vida más noble que no conoce la muerte, la que yo quiero compartir contigo, á fin de que me enseñes á adorar dignamente al que ha creado el Universo, á quien te ha creado á tí, ángel querido.

«Pero ¿es este el momento de abandonarme á pesares

que solo afectan mi corazón? Jesús está en peligro; tal vez su vida está amenazada. ¿Podrá morir el profeta divino que manda á la muerte; que me ha resucitado? ¿Cuántas veces no se ha librado ya del insensato furor de los impíos que osan perseguirle? No importa: á él solo pertenecen todos mis pensamientos, y él, solo él debe ocuparme.»

Así piensa Sémida. Abismado en profunda meditacion, se acerca al lugar de los sepulcros, y se detiene ante uno recientemente abierto en la roca. Está vacío y lo reconoce: fué hecho para él, y la destruccion le esperaba cuando fué llamado á la vida por la voz del Mesías.

Los nobles y piadosos pensamientos, que la vista de este sepulcro despierta en su alma, le alejan completamente de la Tierra; por lo cual promete de nuevo consagrar la existencia casi sobrenatural que le anima á su divino bienhechor.

Los amigos de Jesús, que quedaron en la sala del festin, esperan su llegada en un triste silencio. María especialmente no puede dominar su inquietud.

—«¡No viene! exclama: voy á buscarle. Si sus enemigos no le han inmolado ya á su odio sanguinario, si vive aun mi hijo amado, quiero contemplarle aun: animada por la dulce majestad de su mirada, abrazaré sus rodillas. María Magdalena, arrojándose á su piés, halló gracia ante él, y sin embargo no es su madre. No ha de rechazarme á mí; bien me escuchará, cuando le diga: Por las primeras lágrimas que derramaste en esta tierra; por las alegrías celestiales que inundaron mi alma, cuando los ángeles vinieron á adorarte á tu pobre cuna; por aquel supremo instante en que, después de buscarte muchos días, te encontré en el templo rodeado de doctores, cuya vieja ciencia se humillaba ante la sabiduría divina del tierno niño; por el Espíritu Santo que en tí habita y te hace el bienhechor de la

humanidad, ten compasion de tu madre, y prométele que vivirás.»

Y pronta como el pensamiento, cuando se levanta al Cielo que lo ha inspirado, María corre al camino de Betania, por donde su hijo habia de pasar.

Jesús la ve, no con sus ojos mortales, sino con esa mirada divina que le revela el pensamiento de los serafines, y le hace ver hasta el átomo que nace ó muere en la creacion.

—«Sí, María, contesta: tendré piedad de tí; nadie como tú hallará gracia delante de tu hijo, cuando haya resucitado.»

Así piensa el Mesías; y para evitar el encuentro de su madre, toma un camino extraviado: sus discipulos y los ángeles invisibles que le acompañan, le siguen en silencio.

Al llegar cerca del Gólgota (1), se detiene Jesús ante un sepulcro, que Josef de Arimathea habia mandado hacer en una roca solitaria. En este sepulcro queria Josef que se depositaran sus restos, porque su pensamiento pertenecia aun demasiado á la Tierra para que pudiera adivinar qué santuario habia hecho construir y qué muerto dormiria en él.

Abismado en una profunda meditacion, el Hijo del hombre, lleva alternativamente sus miradas de este sepulcro á la colina del Gólgota, envuelta ya por el crepúsculo de la tarde.

«Huyen por fin los últimos esplendores del dia, y con ellos las penas y amargas de la vida, dice para sí el Mesías: la noche y el sueño reparador llegan con la embalsamada brisa del Poniente, y las sombras de las nubes despliegan sus velos fantásticos por encima del Gólgota. Monte

(1) Colina extramuros de Jerusalem, donde se hacian las ejecuciones de los criminales, cuyos restos se abandonaban á las aves de presa. Esta colina, llamada tambien *Calvario*, se designa muchas veces en los Evangelios bajo la denominacion del lugar de suplicio.

pavoroso de que huyen con espanto los viajeros, porque tu polvo apenas cubre los huesos de los Malhechores que la justicia humana inmola al reposo de la sociedad, pronto brillarás con esplendor celeste, porque vas á ser el altar del más grande de los sacrificios. La víctima está dispuesta, y espera la muerte con alegría. ¡Muerte sublime, que vas á redimir al género humano y á iniciarlo en la vida eterna, yo te saludo! Acércate, y el Cielo y la Tierra sean testigos de tu obra. Sentado á la diestra de mi Padre, era, como el Creador, el amigo de los hombres, y me he hecho hermano de ellos: por amor de ellos va á correr toda mi sangre, y después vendré á dormir bajo esta bóveda fresca y sombría, que manos previsoras han hecho. Mi sueño será más dulce que el reposo que llamaban los votos de Adam, cuando, en medio de los rumores de una melancólica noche de Otoño, una voz misteriosa le dijo: «Esta tierra que se cubre de hojas mustias, te ha abierto un sepulcro; prepárate á dormir durante una larga serie de siglos sin oír la voz de tus descendientes, que vendrán á su vez á dormir en este sepulcro.» Los siglos se han perdido en la eternidad; numerosas generaciones han desaparecido en el seno de la Tierra, sordas á los pasos fugaces de nuevas generaciones, que se deslizan sobre las ruinas del pasado, y se confunden con él, para ceder el puesto á un porvenir menos efímero. Todas ellas van á despertarse para siempre, porque yo me he hecho perecedero como ellas un instante. Los Cielos no tienen nada comparable á la alegría que me causa la idea de esta resurrección universal. La duda, la inquietud, las lágrimas serán para siempre desterradas de la Tierra ya regenerada, y la muerte no será ya más que la dulce sonrisa de una bella victoria... ¡Ya llegan mis resucitados! Veo brillar sus aéreas vestiduras y sus nobles cicatrices: oigo sus gritos de triunfo, llamando al Hijo del hom-

bre, que se hizo hermano de ellos. ¿Quién puede contarlos sobre la Tierra? ¿Quién puede contarlos en el Cielo? Su número es infinito, y todos son míos. Yo he aniquilado el pasado, y he dado á la creación su pureza primitiva. Pero esta regeneración no está consumada, ni lo estará hasta que tú, lúgubre Gólgota, te hayas bebido toda mi sangre, y tú, sepulcro abierto y vacío ahora, me hayas dado reposo.»

Durante el curso de estos proféticos pensamientos, el Mesías se ha acercado á Jerusalem. No lejos de los muros de esta ciudad, ya envuelta en las tinieblas, Judas viene en silencio á deslizarse entre los demás discípulos. En vano afecta un aire tranquilo y sosegado; un sentimiento doloroso acelera los latidos de su corazón. Ithuriel, que le seguía, se detiene en la copa de una palmera. En el momento en que Jesús pasa por debajo de este árbol, el ángel desciende, marcha á su lado, y los dos se comunican en esa lengua misteriosa del alma que el hombre más virtuoso no sabe hablar, sino cuando con su último suspiro envía su último pensamiento al Cielo, donde es esperado.

—«¡Hijo del Eterno! le dice el serafín: tus ojos han leído en el libro de la vida de Judas, y sabes que te ha vendido, él, á quien tú mismo has enseñado con tu palabra y con tu ejemplo. Judas ha visto tus maravillas, ha oído tu voz que le anunciaba la inmortalidad: ¡y te ha vendido! Yo no soy ya su ángel custodio. Cuando, rodeado de tus discípulos fieles, juzgues al mundo, yo me presentaré al pie de tu trono, yo extenderé mi mano sobre la noche eterna, yo armaré mi voz con la fuerza del rayo, y diré: ¡En nombre del que derramó toda su sangre sobre la cruz, Judas Iscariote se ha hecho indigno de contemplar en su gloria al Hijo del hombre! El estigma del crimen señala su frente maldita, y le acusa conmigo: él me rechazó, y yo le aban-

dono al abismo de la eterna condenacion que le reclama.»

Y mirando al Mesías, leyó en su pensamiento que podia, sin ofenderle, abandonarse á su dolor.

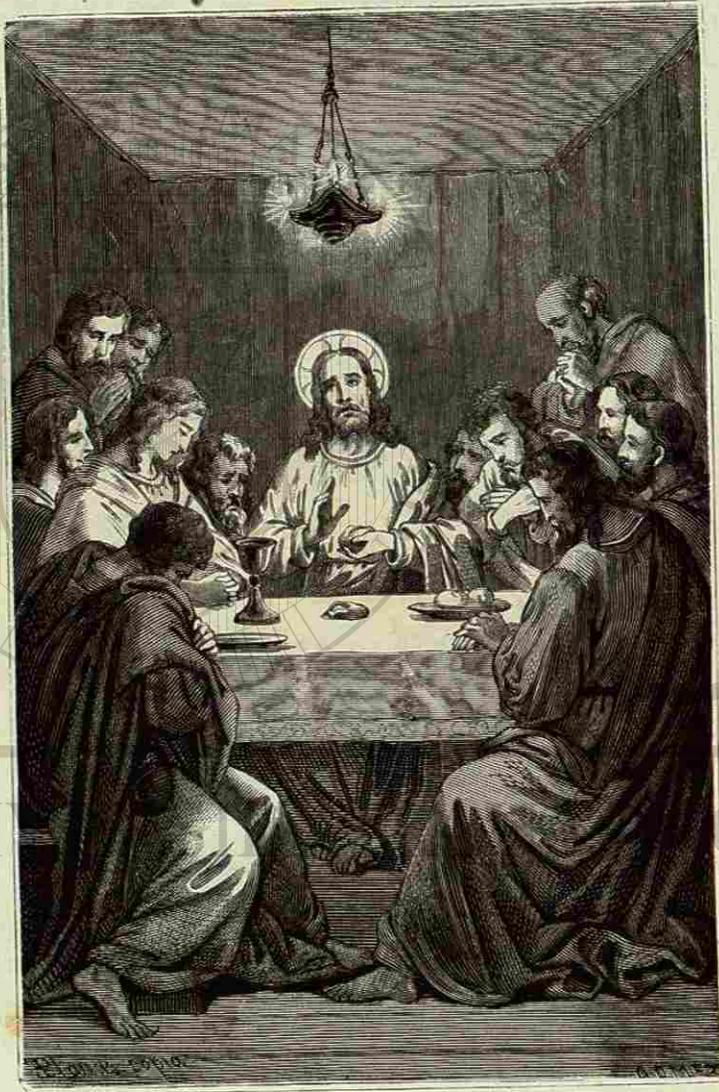
—«¡Ay! exclama prosiguiendo: ¿qué ha sido de las dulces esperanzas que yo habia fundado en tí, desdichado Judas? Tú estabas destinado á oír los celestiales himnos que acompañan al mártir al suplicio y celebran su triunfo. Ya me preparaba yo á volar á recibir tu alma, separada de tu cuerpo por una muerte gloriosa, y á conducirla á los piés del Mesías. Allí te hubiera yo colocado en el brillante asiento que los Cielos te habian reservado; yo hubiera participado de tu dulce éxtasis; te hubiera llamado mi amigo, mi hermano, y tú me habrias iniciado en los más piadosos misterios de los cristianos, refiriéndome cómo los visitó esa fe que hace imposible el pecado, y trueca los padecimientos del cuerpo en puras alegrías del alma. ¡Y se han desvanecido aquellas dichosas esperanzas, como la sonrisa de la Primavera vencida por el Estío, como la flor de la vida del jóven adolescente, marchita por el soplo de la muerte! Yo era antes el ángel eustodio de un santo, y héme ahora solo y rechazado; los serafines mis hermanos desviarán de mí sus afligidos ojos. Habla, hijo del Eterno: ¿he de volver á los Cielos, ó te dignarás otorgarme la gracia de que sea testigo de tu mision divina?»

Jesús contesta:

—«Juan tiene dos ángeles custodios: concedo la misma gracia á Simon Pedro, que necesita apoyo; porque muy luego le tentará el espíritu del mal: vela sobre él.»

El bienaventurado serafin se precipita al punto en brazos de Orion, y los dos se prometen alejar del discípulo confiado á su custodia todo pensamiento culpable.

¡Musa de Sion, que me has sostenido hasta aquí! haz



El cenáculo. (Canto IV.)

que mi canto sea solemne y dulce, pues voy á repetir la despedida del divino maestro á sus amados discípulos; voy á pintar al más santo de sus discípulos, cuando reclinado en el seno de Jesús, levantó á él los ojos arrasados de lágrimas, como los levantó más tarde al Cielo, cuando, en las desiertas playas de Pátmos, se dignó dictar el Salvador la más sublime de sus revelaciones (1) al apóstol amado, que compartió con el noble Santiago el honor de ser llamado por él *Hijo del trueno* (2).

Jesús acaba de entrar en Jerusalem: pasó por del palacio del rico sin dirigir á él su vista, y entra en la morada del pobre, donde quiere celebrar su última cena.

Los dos discípulos que le habían precedido hacen servir el cordero pascual, y todos toman asiento al rededor de la mesa.

Sentado junto á su maestro, Juan se apoya en su hombro sonriendo dulcemente.

El penetrante esplendor de un espíritu profético que lee en el porvenir, y la dulce tristeza de un amigo que ve por la última vez reunidos al rededor suyo á los seres queridos de su corazón, se reflejan en la mirada y en la expresión de Jesús.

—«Estoy satisfecho, les dice, de veros á todos cerca de mí: tenía necesidad de reuniros por última vez, porque muy pronto será menester separarnos. En otro tiempo, un santo profeta fué admitido á contemplar al Eterno; oyó los himnos de los serafines, sintió estremecerse bajo sus piés

(1) El Apocalipsis de San Juan.

(2) Juan Evangelista y Santiago el Mayor eran hermanos, y fueron llamados al apostolado por Jesús, que los encontró arreglando sus redes, con su padre Zebedeo, que era pescador. El Mesias los llamó á los dos *Boanerges*, esto es, *hijos del trueno*.

las gradas del templo, que el eco de sus voces habia herido; vió llenarse el santuario de una nube aromática, como el dulce vapor que la mirra exhala cuando arde sobre el altar (1). Yo estaba sentado cerca de mi Padre, y en honor mio tembló el templo, cantaron los serafines y se consumió la ofrenda de los Cielos. Este mundo que habitais dormia aun en el caos, y yo reinaba ya sobre los inmortales. Todavía no os es dado comprender esta alta verdad; pero recordad que el mismo profeta, admitido á contemplar á su Dios, recibió de él el don de leer en el venir. Vió un hombre que por su forma parecia un hijo de Adam como vosotros. Ahora bien, hé aquí, sobre esto, las palabras del profeta:

«Se ha desvanecido la celestial belleza del Hijo del hombre; la dulce sonrisa de su juventud, la serenidad imponente que revelaba la paz de su alma, le abandonaron para siempre. Todas las miserias humanas se han acumulado sobre su cabeza: viéndole pasar ante ellos triste y paciente, los hombres desvian los ojos, pues creen que va encorvado bajo el peso de sus crímenes y que lo torturan las angustias de los remordimientos. Hombres, reconoced vuestro error: si padece, si gime, si se encorva bajo el peso del anatema, es por vosotros. El culpable, el réprobo, es todo el género humano, que ha querido hacerse él mismo su ley y su sabiduría. El se alejó de su Creador, y el espíritu del mal lo reclama, y el Creador ha echado todos los pecados del género humano sobre el Hijo del hombre, y el Hijo del hombre va á expiar todos sus pecados. Ha sido juzgado y condenado, padece y muere sin exhalar una queja, como el cordero inmaculado sobre el altar del sacrificio. Esas llagas que os estremecen, las ha recibido en vuestro nom-

(1) Se alude á la vision que tuvo el profeta Isaias, cuando Dios se le apareció en toda su gloria.— *Isaias, cap. VI.*

bre; y con cada gota de sangre que derrama por vosotros, la paz y la felicidad extienden más ampliamente sus alas bienhechoras, á fin de abrigar bajo su sagrada sombra á toda la raza de Adam. Ved; ha salido triunfante del más terrible de los juicios. ¿Quién podrá contar los pecadores que ha redimido? ¿Quién podrá contar las generaciones que un dia saldrán á su voz del polvo de la muerte para entrar en la vida eterna (1)?

Jesús calla y levanta los ojos hácia su Padre. Después de de un largo y piadoso silencio, que ninguno de sus discípulos osa turbar, les dirige de nuevo la palabra:

—Desde hoy, amados míos, comereis sin mí el cordero que trisca en la pradera, y beberéis sin mí el jugo del fruto que embellece la frondosa vid; pero en el valle de la eterna paz hay dulces moradas para todos mis amigos: allí me encontrareis con los padres de la nueva alianza, y celebraremos juntos fiestas que no entristecerá ningun pensamiento de separacion.»

Llenos de santa admiracion, los discípulos guardan un silencio religioso: así el pueblo de Israel quedó mudo y tembloroso, cuando reunido en la cima del Mória, pasó el pórtico del templo, y vió al jóven y bello Salomon depositar su corona de oro sobre el altar que acababa de erigir al Señor con tanta magnificencia, y que no quiso consagrar hasta después de haberse despojado de las insignias de los demás hombres (2).

Lebbeo cree haber adivinado el sentido de las palabras de Jesús, y dominado por el dolor, se inclina al oído de Iscariote, y le dice en voz baja:

(1) Todo este pasaje es una imitacion de la profecia de Isaias sobre la pasion del Mesias.— *Isaias, cap. LIII.*

(2) Se alude en este pasaje á la inauguracion del templo de Jerusalem por Salomon.— *1.º Reyes, cap. VIII.*

—«No podemos ya dudar; ha llegado el momento de que tantas veces nos ha hablado: el Hijo del hombre va á morir. Cuando conduzcan al suplicio al más grande de los profetas, ángel de la muerte, ten piedad de mí, y ábreme el santuario en que el desgraciado halle reposo, en que el viajero agotado de fatiga duerma en paz.»

Estas palabras, interrumpidas por tristes sollozos, llegan al oído del Mesías: su mirada llena de benevolencia divina se detiene en el jóven Lebbeo, se desliza sobre Judas, y se cierne sobre el apostolado con una tristeza pensadora.

—«Voy á afligiros, amados míos, pero debo deciroslo: uno de vosotros me entregará.»

Jesús calla; y todos sus discípulos, sobrecogidos de espanto y de indignación, exclaman al mismo tiempo:

—«Maestro, ¿soy yo?»

—«Uno de vosotros, contesta el Salvador. Verdad es que nada podría separar al Hijo del hombre del camino trazado por los profetas; pero ¡ay! ¡ay del discípulo que le entregue! En verdad os digo: más le valiera no haber nacido.»

Al pronunciar estas palabras, el divino rostro de Jesús toma la expresión de un juez severo.

Judas palidece, tiembla, se inclina hácia él y le dice:

—«¿Será, por ventura, Judas el que ha de entregarte?»

—«Tú lo has dicho,» contesta el Mesías con tristeza y en voz tan baja, que solo el culpable ha podido oírle.

Y arrancándose de repente al doloroso pesar que le causa la pérdida de uno de los suyos, vuelve á tomar la expresión de una dulce majestad, de una bondad divina, y levantándose, se dispone á consagrar el pacto de la nueva alianza.

Corazones endurecidos, que profanais audazmente esta solemnidad sagrada, por vosotros no murió en la cruz el

divino Jesús: no os conoce, rechaza vuestro fingido homenaje.

El Mesías pronuncia las sublimes palabras que eternizan la memoria de su muerte, y presenta á sus discípulos el pan y el vino, que reciben sucesivamente y con piadosa humildad.

A la vista del cáliz, imágen de la sangre de la redención, Juan no puede contener su dolor. Prosternándose á los piés de su maestro, abraza sus rodillas, solloza y se vela el rostro con los rizos de su cabellera.

El pensamiento de Jesús se eleva hácia el Eterno, y dice:

—«Sea permitido á mi discípulo amado contemplar mi gloria.»

Y al punto ve Juan en el fondo del cenáculo un coro de serafines, testigos invisibles de aquella escena. Contémploslos con arrobamiento, y muy luego el esplendor de Gabriel y la belleza radiante de Rafael le deslumbran: el dulce Salem, cuyo esplendor está más al alcance de un mortal, le tiende los brazos sonriendo; pero Juan no quiere más que seguir á su adorado maestro. Abrumado de felicidad, se apoya suspirando en su seno y le rodea con sus brazos.

Llevado en un aura embalsamada, Gabriel se acerca á Jesús y exclama:

—«¡Ah! ¡Que no me sea dado abrazarte así! Por obtener esta gracia, me resignaría á ser un simple mortal.»

—«Tu lugar, Gabriel, contesta Jesús, es al pié de mi trono, cerca de Elohá, en la primera grada del santuario de los Cielos.»

El serafín se prosterna, y le adora en silencio.

Judas cree deber imitar el ejemplo de Juan, y se postra á los piés de su maestro, que le manda levantarse, presentándole el cáliz.

El traidor lo recibe tranquilamente.

Tanta perversidad contrista de nuevo al Mesías, y su melancólica mirada divaga por la estancia.

Luego dijo:

—«A todos vosotros, pues os he llamado á mí, os amo con igual ternura; pero ya os lo he predicho: uno de vosotros me entregará. Menester es también que sepais el alto destino que reservo á los que me han sido fieles. Por donde quiera que yo los envíe, serán recibidos como yo mismo lo sería: el bien ó el mal que á ellos se les haga, será como hecho á mí. Tanta gloria no podría ser la herencia de un traidor. Os lo digo por la tercera vez: uno de vosotros entregará el Hijo del hombre.»

Jesús calla, y sus discípulos se miran unos á otros con inquietud y desconfianza.

Juan, siempre reclinado en el seno del Mesías, le pregunta en voz baja:

—«Señor, ¿quién de nosotros se manchará con ese crimen?»

—«Aquel con quien yo parto este pan,» contesta el Mesías.

Y dirigiéndose á Judas con fraternal bondad, le ofrece el símbolo de la reconciliación del pecador con su Dios.

Juan se estremece, y guarda silencio, temiendo denunciar al traidor á la venganza de los demás discípulos.

Judas abandona el cenáculo con precipitación. Perseguido por el recuerdo de lo que acaba de ver y oír, corre fuera de sí, á través de las tinieblas, y su rabia se exhala en fin en estas palabras:

—«¡Conoce mi crimen!... ¡todos lo conocen! Bien, que tiemblen todos. *Levántate, Judas, me ha dicho. ¡Dura palabra! No, no es así como habla á los demás. Verdad es*

que no se manda á los reyes. Pero ¿qué significan esa siniestra despedida, esos preparativos de muerte? Tal vez un ardid para templar mi cólera. No te hablandes, Judas: acuérdate de que has sido menospreciado. Y ¿cómo se podría hacer morir á Jesús? ¿No es inmortal? Que un momento siquiera sea cargado de hierros: entonces acaso tendrá una sonrisa afable, una súplica para el discípulo menospreciado. Los jefes de Israel me esperan; soy confidente de ellos..... Vamos allá.»

Dijo; y empujado por Satanás, se dirige al palacio del gran sacerdote Caifás.

Desde la partida de Iscariote, una calma imponente y dulce se ha mezclado á la piadosa emoción de los discípulos: Jesús les habla ahora con más abandono, con una ternura más expansiva. De esta manera sonreirá á Pedro y á sus nuevos cristianos, cuando más tarde aparten de su santa reunión el cuerpo de Ananías, herido de muerte por haber mentido delante de Dios (1).

La proximidad del instante del sacrificio derrama sobre el Mesías un esplendor sobrenatural. Ya no pertenece á la Tierra, y procura hacerlo comprender así á sus discípulos.

—«Hé aquí, dice, cumplida la misión del Hijo del hombre. Aunque no sea todavía más que un mortal, los Cielos celebran su gloria; pues por él se revelará á los hijos de la Tierra el arcano de la eternidad. Vuestros gemidos me laceran el corazón. ¿Por qué llorais, hijos míos? Es verdad que vamos

(1) Queriendo dar una prueba pública de su piedad, Ananías vendió sus bienes y llevó su precio á los apóstoles. Aunque se reservó una parte de él, aseguró que lo entregaba íntegro. San Pedro, que leía en su pensamiento, le reprochó esta mentira, y Ananías cayó muerto. El apóstol mandó á los cristianos que se hallaban presentes llevarse el cuerpo y enterrarlo; lo cual hecho, volvieron cerca de Pedro para alabar la justicia y omnipotencia de Dios.— *Hechos de los Apóstoles, cap. V.*

á separarnos; pero siempre que me busqueis me encontrareis, aunque ahora no os sea permitido seguirme por el camino que yo voy á emprender. Os lo repito, no lloreis: mis ojos estarán fijos en vosotros... Os dejo un mandato más noble que todos los que las tradiciones os han enseñado: *Amaos los unos á los otros*, amaos como vuestro Mediador os ama. ¡Que el Universo entero sepa que sois de él, y os pida entrar en vuestro pacto de amor y caridad.»

Dijo, y se dispuso á salir.

Pedro se le interpone diciendo:

—«Maestro, ¿á dónde vas?»

—«Ya te lo he dicho, y te lo repito: no puedes seguirme; pero vendrá un día en que seguirás las huellas de mis pasos.»

—«¿Por qué me rechazas? pregunta Pedro con fervor: yo estoy dispuesto á dar mi vida por ti.»

—¡Tu vida! exclama Jesús con un suspiro doloroso. ¡Pedro! ¡Pedro! antes que el nuevo día venga á alumbrar á la Judea, me habrás negado tres veces.»

Después de pronunciar estas palabras, pone una rodilla en tierra, y todos se prosternan á su rededor.

—«¿Estais todos presentes?» pregunta con emocion dolorosa.

—«Todos,» contestan los discípulos.

—«La voz de uno de vosotros no ha llegado á mis oídos.

Otra vez os lo pregunto: ¿estais todos conmigo?»

—«Judas Iscariote no está,» contesta Lebbeo temblando. Jesús alza al Cielo sus divinos ojos, y ora:

—¡Padre; oh Padre! ha sonado la hora solemne, que va á mostrar á tu hijo en todo el esplendor de su poder. Bajo su ley has puesto á los hijos de Adam, á fin de que él los despierte á la vida eterna: la vida eterna es conocerte y

amarte. Mi pensamiento abraza en toda su inmensidad la obra de la redencion. ¡El decreto de la eternidad va á cumplirse! La corona me espera á tu derecha, porque tú me devolverás la majestad que hubo en mí antes de la creacion de los Cielos y de los mundos. Yo te he dado á conocer á tus escogidos, que permanecerán fieles á mi doctrina; porque saben que todo cuanto les he enseñado procede de tí. Ahora, Padre mio, te ruego por ellos. Voy á dejar la Tierra; ellos quedarán aquí: haz, Padre mio, que sean dignos de la nueva alianza, y que, á ejemplo de los habitantes del Cielo, su comunidad no sea más que una asociacion de hermanos. Mientras he sido un hombre como ellos, he velado por la pureza de sus almas. Helos aquí: yo te los entrego... uno solo me ha abandonado. ¡Ah! las profecías debian cumplirse. Aparta de la Tierra á mis amados discípulos, ó á lo menos preservalos de las seducciones del espíritu del mal: ellos no pertenecen ya al pecado; todo es en ellos inocencia y candor. Pero no solo por ellos te imploro, Padre mio: su palabra, dulce como el rocío del Cielo, despertará innumerables hijos á la vida eterna. Que estos nuevos hijos de la redencion sean iguales á sus hermanos mayores; que un dia se reunan á mi rededor para gozar una felicidad infinita. El mundo no puede concebirte; yo solo te comprendo: yo he revelado á tus hijos tu justicia y tu clemencia. ¡Que el santo amor que contigo me confunde inflame sus corazones!»

Dichas estas palabras, Jesús calla, sale del cenáculo, y luego de Jerusalem.

Los discípulos le siguen en silencio hasta el sombrío valle del Cedron, donde la ronca voz del torrente domina el murmurio del olivo, agitado muellemente por el suave aliento de la noche.

Habiendo llegado al monte de las Olivas, el Mesías se separa de sus discípulos, sube la rápida pendiente, y dirige estas palabras á Gabriel, que vá á su lado siempre:

—«¿Ves aquel lugar solitario en el valle de Gethsemani? (1) Veinte palmeras le dan sombra y la noche se cierne sobre sus majestuosas copas, semejantes á elevadas montañas que se inclinan sobre un abismo. Que los ángeles se congreguen y oren allí bajo aquella sombra.»

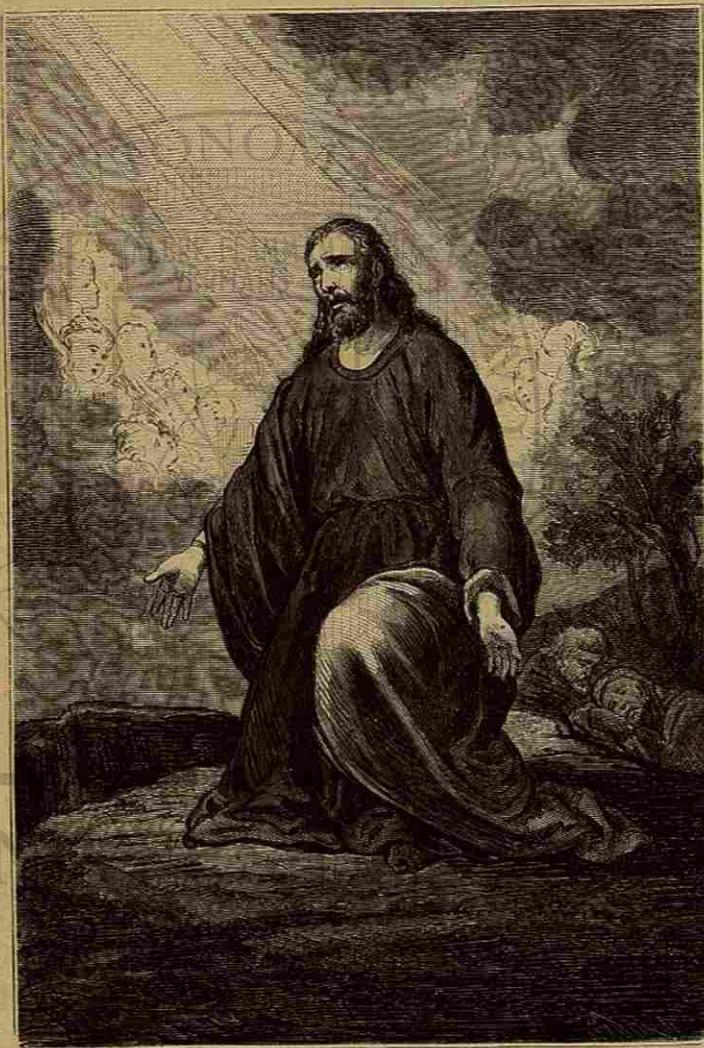
Dicho esto, se dispone al cumplimiento de la obra de la redención, la más grande, la más sublime de todas las que desde la eternidad se han realizado en el infinito.

El silencio y la soledad rodean al Mesías; los aplausos, los gritos de admiración, tan agradables á los héroes de esta miserable Tierra, repugnan al Eterno y á su Hijo: solos estaban cuando su pensamiento creador hizo salir de la nada los Cielos y los mundos.

(1) Este valle está situado á la derecha del torrente Cedron, al pié del monte de las Olivas. En este mismo valle fué preso Jesús, para ser conducido ante el sanhedrín. S. Jerónimo interpreta la palabra Gethsemani *Vallis pinguis*: era una heredad ó huerto fertilísimo, distante unos mil pasos de la ciudad á la parte oriental.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La oracion del Huerto.— (CANTO V).

## CANTO V.

El Eterno descende al monte de las Olivas: Elohá le sigue.—Encuentra las almas de los seis sabios que vinieron de Oriente en otro tiempo para adorar al niño de Bethlem.—Al atravesar la Via-láctea, el Eterno pasa cerca de una estrella habitada por una raza de hombres inmortales. El padre de esta afortunada raza habla con sus hijos, y dirige un himno al Eterno.— Elohá llega al monte de las Olivas, e intima á Jesús que se presente ante su juez. Jesús responde á este llamamiento.— Adramelech, oculto junto al Mesias, quiere mofarse de él; pero se ve precisado á huir.— El Mesias vuelve cerca de sus discípulos.— Pasada la primera hora de angustias, se presenta de nuevo á su juez.— Abdiel Abbadona, que busca al Mesias, le ve sin reconocerle, y se aleja con el alma desgarrada por los sufrimientos de que ha sido testigo.— Después de la segunda hora de angustias, Jesús vuelve por tercera vez ante su juez.— Los tormentos que le abruma son aquí tan terribles, que ni los mismos ángeles pueden presenciarlos: solo Elohá permanece á su lado.— Jesús se levanta al fin; ha pasado la tercera hora de angustias, y el Eterno vuelve á su trono.

Jehová está sentado en su trono con todo el esplendor de su majestad suprema: en pie delante de él, el divino Elohá expresa los santos terrores que le causa la insólita severidad de su Señor con este canto solemne:

«¡Dios de justicia! ¡cuán terribles son los rayos que lanzan tus ojos hacia la Tierra, y cuán espantosas las mil voces del trueno que brama sobre los valles del antiguo Eden! Estrellas errantes dejaban caer allí sus dulces claridades: tú las has mirado, y ya no existen. Bajo esa mirada amenazadora se detienen los innumerables mundos que cele-

bran tu gloria en sus eternas parábolas, y callan los serafines y las miriadas de ángeles, nacidos para cantarte. Todos se han cubierto el rostro con sus alas, y esperan que les permitas entonar un himno en honor de tu Hijo. ¡Incomensurable! ¿cuál es el pensamiento que te suspende? ¿Es un pensamiento de destrucción? ¿Quieres juzgar el Universo y aniquilar el imperio de Satanás? ¡Oh! entonces, Señor, dame del seno de tus tempestades el más terrible de los rayos; dame la noche más sombría; dame sobre todo una chispa de tu omnipotencia, y yo, yo iré á exterminar á esos espíritus malditos que no conocen el arrepentimiento. ¡Que su príncipe sea borrado del libro de la vida de los inmortales; que sus últimos gritos de desesperación se alcen desde el fondo de los Infiernos hasta lo alto de los Cielos; que los mundos lo vean y lo oigan, y repitan: Un pensamiento del Eterno ha hecho desaparecer del infinito el espíritu del mal!...

«Perdona, Señor, si oso suponerte semejantes designios; pero todo respira en tí la indignación de un juez, de un juez sin misericordia..... En vano hago remontar mis recuerdos hasta la época en que los mundos no existían aun: jamás me pareciste tan terrible. Tú, todo amor en otro tiempo, no eres ya más que venganza y cólera. ¡Y yo me atrevo á hablarte; yo, efímera nube, animada por tu divino aliento! Perdona mi audacia; yo soy tu hijo, el hijo de tu pensamiento. ¡Padre celestial, no vuelvas á mí la terrible mirada que fijas en la Tierra; pues me aniquilaría, si no me hubieras creado para la eternidad!»

Y Jehová contesta:

—«Voy á juzgar al Mesías, que se ha interpuesto entre su Padre y la especie humana, que es hombre y Dios al mismo tiempo. Sígueme, Elohá.»

Dice, y se levanta.

El trono que acaba de dejar resuena como las arpas de los serafines cuando celebran una fiesta celestial; las montañas de los Cielos tiemblan, y con ellas el altar de la redención: tres veces las santas tinieblas pasan y vuelven á pasar por delante del santuario, y descubren sus santas gradas. El Eterno las descende y baja hácia la Tierra.

Al mismo tiempo la deja un serafín, seguido de las almas de los sábios, que, guiados por una estrella maravillosa, habían venido de las lejanas comarcas del Oriente á adorar al divino hijo de María.

Hadad, el primero de estos sábios, ha dejado en la Tierra la más encantadora de las mujeres, cuya belleza fresca y pura se desarrolla á la sombra del bosque majestuoso, embalsamado por el *bathrum* (1). Y la joven esposa no le llora; porque ciertos de la inmortalidad, estos amantes no veían en la muerte sino el tránsito de la vida de un día á la vida eterna, en que la palabra cruel de separación no viene nunca á afligir los corazones unidos por un casto y noble amor.

Sélíma ha soportado con valor todas las angustias de una existencia larga y tempestuosa: su último momento ha sido para él la primera sensación de felicidad.

Simri se hizo el amigo y guía de los hombres, á quienes amaba como hermanos; pero los hombres le desconocieron y rechazaron. Uno solo, penetrado por la voz del moribundo sabio, prometió vivir como él, y Simri ha dejado la

(1) Nombre de un árbol de las Indias, que suministra la sustancia aromática tan solicitada por los romanos bajo el nombre de *malabathrum*. Muchos naturalistas pretenden que la resina olorosa del malabathrum es el *almuggim* de los judíos, perfume que Salomón hacia traer de las Indias con los demás objetos preciosos que sacaba de este rico país.

Tierra con la dulce certidumbre de haber sido útil en ella.

Mirya ha muerto pobre é ignorado: cinco hijos, sin embargo, bendicen su memoria; porque el padre los educó en la virtud y en la sabiduría.

Digno del trono en que Dios le había hecho nacer, Beled sabia perdonar las injurias. Dividiendo su reino con su más cruel enemigo, lo hizo noble y grande como él, y se aseguró un amigo, cuya tierna solicitud endulzó sus últimos instantes.

Sunith enseñó á los pastores de las riberas del Parpar (1) á cantar el Niño de Bethlem, y sus tres hijas lo cantaron con él. Sentadas ahora en el sepulcro de su padre, envueltas en largos velos de luto, confunden los tristes sonos de sus arpas con el murmurio de los rios de Jedidoth (2).

Tales son las almas que el serafin, después de haberlas revestido de un cuerpo aéreo, conduce á la mansion celestial.

Al ver á Jehová, que pasa rápido y terrible, exclama:

—«¡Hé aquí al Eterno!»

Este nombre estremece á Sélima, que por la primera vez se atreve á servirse de su voz de inmortal, cuya divina armonía admira él mismo, cuando da al espacio estas palabras que dirige á su Creador:

—«Señor, Señor, á quien arrobados contemplan mis ojos, ¿qué nombre te daré? ¿Te llamaré Eterno? ¿Jehová? ¿Juez creador del Universo? ¿Padre del Dios que se hizo hombre en Bethlem, y á quien mis amigos y yo adoramos los primeros sobre la Tierra? Con gritos de alegría y de felicidad te saluda mi alma inmortal, esta dulce emanacion de tu divino aliento: mi alma siente que eres todo amor y misericordia, y sin embargo, en este momento le pareces

(1) Rio de Siria.

(2) Comarca de Siria, al pié del Libano.

amenazador y terrible. No es á mí á quien vas á juzgar: sosteniendo mi agonía, tu serafin me anunció que he hallado gracia delante de tí. ¿Vas á pronunciar decreto de muerte contra todos los hijos de Adam que desconocen aun á tu Hijo, y á aniquilarlos juntamente con la Tierra que habitan? No, no; tú no eres inexorable, y tu Mesias se ofrece en holocausto por el linaje humano, que por él será redimido. ¡Yo te saludo y adoro, Padre del Salvador de los hombres!»

Calla Sélima, y se prosterna con sus piadosos amigos ante el Eterno, que prosigue su misterioso camino á través de estrellas. Elohá le sigue en el carro de fuego que en otro tiempo arrebató á Elias de la montaña de Dothan (1), desde donde la mirada del maravillado Eliseo le siguió hasta su entrada en los Cielos.

En pié sobre este carro terrible, el divino Elohá sostiene con la tranquilidad de la fuerza la tempestad que brama delante de él, y bajo cuyo furioso aliento el carro se bambolea, cruce su eje de oro, y la cabellera y vestiduras del ángel parecen huir detrás de él como nubes borrascosas que azota el Aquilon. Su mano derecha sostiene el rayo, y á cada pensamiento sublime que surca su frente, brama el trueno á través de los espacios.

De este modo el más grande de los serafines recorre millones de leguas solares, leguas inconmensurables para el pensamiento humano, y que los inmortales regulan por las distancias que separan los soles.

Jehová acaba de llegar al oceano de estrellas que nosotros llamamos *Via-láctea*, y los Cielos designan con el nombre de *Campo del Reposo*; porque aquí fué donde el Eterno se detuvo cuando dió á la creacion su primer Sábado. En su

(1) Montaña de la Palestina.

rápido vuelo hácia la Tierra, toca ligeramente una de esas miriadas de estrellas apacibles, que habitan seres revestidos de un cuerpo semejante al de los hijos de la Tierra, pero inmortal como el alma que encierra, porque esta alma permaneció digna de su origen divino.

Un número infinito de siglos han pasado sobre la cabeza del padre de esta afortunada raza, y esta cabeza brilla aun con todo el esplendor de una belleza viril é imponente: su mirada no se ha debilitado, y reposa con benevolencia protectora sobre sus innumerables descendientes: la fuente de lágrimas de amor y de alegría no se ha agotado para él, ni su oído se ha cerrado á los acentos de su jubilosa familia, á los himnos de los serafines, á la voz del Eterno, cuando se digna despertar los ecos del infinito.

Esta voz, repetida por los cánticos de los Cielos, acaba de herir su oído: escucha, y sonríe á su amada, que siempre bella y fresca siempre, no se distingue de las jóvenes y dulces doncellas de que es remota y dichosa abuela, sino por la majestad maternal de su persona, que inspira amor y respeto.

Su primogénito, imponente y bello como sus padres, está sentado á sus piés; y en las montañas del contorno, los jóvenes amantes se confían sus inocentes secretos: niños de cabellera flotante y adornada con flores saltan y danzan alegremente, y sus graciosas madres vienen unas tras otras á distraerlos de sus inocentes juegos, para ponerlos en brazos del padre comun, que los bendice, los devuelve á sus madres, fija su mirada en la direccion que sigue el Eterno, la designa con la mano, y exclama con voz poderosa:

—«Hé allí al Dios que nos llamó á todos á la vida; á mí, vuestro padre comun; á vosotros, mis amados hijos, y á esos

valles sembrados de flores, y á esos montes coronados de nubes. Si como á nosotros hubiera dado á montes y valles ojos para contemplar el espacio, oídos para escuchar las armonías celestiales, voz para mezclarse á esas armonías y alma para comprender y adorar á su creador, yo les diría:

«Cedros majestuosos, que le habeis visto desaparecer bajo vuestra sombría verdura; aguas impetuosas del torrente, que le habeis visto pasar por vuestras orillas, decidnos cómo dejó estos lugares, después de habernos dado el ser á mí y á mi dulce compañera. ¡Aura embalsamada, imita con tu ligero murmullo el ruido de sus pasos, cuando atravesó las colinas pobladas de bosque, que halagas con tu tímido aliento! ¡Globo terrestre, describenos al Eterno como le viste cuando pasó por encima de tí, sembrando en los espacios con una mano los soles, y con otra las estrellas!

«Permíteme ¡oh Jehová! contemplarte segunda vez; disipa la tempestuosa noche que te rodea; despeja tu frente cargada de vengadores rayos. ¿Quién es el pueblo perverso, la horda maldita, que ha podido excitar así tu cólera?

«Escuchadme, hijos míos; voy á confiaros un secreto, que os habria revelado mucho tiempo hace, si no hubiera temido turbar la dulce paz de vuestras almas sencillas.

«Lejos, muy lejos de nosotros, en uno de esos globos casi imperceptibles que parecen dormir en un oscuro rincon del infinito, viven seres cuya forma exterior es semejante á la nuestra; pero han perdido su inocencia innata, y con ella el sello de la Divinidad. La vida de estos seres apenas tiene la duracion de uno de nuestros rápidos pensamientos, y todos ellos van á aniquilarse luego en el seno de la destruccion.

«Dudais, porque os parece imposible que una criatura del Eterno pueda cesar de ser. Teneis razon, hijos míos,

porque su alma es inmortal: solamente su cuerpo, vuelve á la tierra de que está formado, y se convierte en un poco de polvo, llamándose muerte esta transformacion. La chispa divina que animaba este cuerpo se escapa y comparece ante el trono del Eterno, donde con demasiada frecuencia no encuentra más que un juez irritado.

«¡Huye lejos de nosotros, imágen terrible! solo el pensamiento del Creador puede sostenerte. Para una débil emanacion de este pensamiento es ya demasiado detenerse ante el lecho de muerte de un hijo de Dios, contemplar sus ojos que se velan y oscurecen sin ver ya nada en la Tierra ni en el Cielo. Todo es oscuridad y silencio al rededor de él; ninguna voz humana llega á su oido, ni aun la voz del amor. En vano su helada lengua quiere balbucear una despedida: un prolongado gemido se escapa de su pecho, un sudor frio baña su frente, los latidos de su corazon se van deteniendo, hasta que se paran y cesan para siempre. Así expira la tierna hija en brazos de su madre, que en su afliccion desea inútilmente morir con ella; así exhala su último suspiro el tierno adolescente en el seno de su desgraciado padre, dejando á su amante familia sin proteccion ni apoyo; así muere la amorosa y pura vírgen á vista de su futuro esposo; y así se extingue el jóven amante á vista de su inconsolable prometida.

«Amor, esencia de la Divinidad, hay entre los hijos de esa infortunada Tierra corazones generosos que, sin comprenderte, son á lo menos bastante puros para adivinarte, como nosotros adivinamos el paso de un serafin por la sombra que proyectan las nubes en nuestras montañas; y sin embargo, ¡oh Jehová! no tienes compasion para los desgraciados á quienes ese reflejo de amor eleva á veces á las más altas virtudes; eres sordo á sus gritos de desesperacion

cuando te suplican retardar una hora, un segundo, el terrible instante de la separacion.»

Aquí se interrumpe el padre, porque los sollozos de sus hijos apagan su voz: los hombres estrechan la mano de sus hijos, las mujeres rodean á sus hijas con sus trémulos brazos, los hijos llevan sus labios á los húmedos ojos de sus padres y madres, los hermanos cruzan tristes miradas con sus tiernas hermanas, que se esfuerzan por sonreir en medio de sus lágrimas; abrumado de santo dolor, el futuro esposo deja caer su cabeza sobre el corazon de su amada, como si temiese que aquel corazon tambien pudiera dejar de latir un dia.

El padre de esta raza inmortal atrae á su pecho á su compañera, y continúa diciendo con voz enternecida:

—«¿Dirigirá acaso el Eterno su cólera á los hijos de la Tierra?... ¡Oh! Si supiérais cuánto os amamos, infelices hermanos, nacidos como nosotros para la inmortalidad, cuánto sentimos vuestros males, habríais tenido compasion de nosotros, y no hubiérais irritado á vuestro Creador. Si el globo que habitais ha de ser vuestra tumba, si el abismo debe tragarse á su vez esa inmensa tumba, nuestra eternidad no será ya para nosotros más que un duelo sin fin...

«¡Padre misericordioso! no, tú no los aniquilarás; les has enviado tu Hijo para redimirlos de la muerte eterna, y resucitarán, y los veremos un dia. ¡Oh! dignate decirme que el Mesías, cuyos serafines me han hablado tantas veces, no ha ido á habitar entre ellos sino para salvarlos.

«¡No contestas, y siempre amenazador continuas descendiendo hácia la Tierra!... Tu voluntad es incomprendible: ¡cúmplase tu voluntad!

«¡Dios de justicia! Los inmortales, en sus regiones sagradas, te adoran en silencio; los hijos del globo terrestre se

prosternan ante tí en el polvo; los sublimes serafines te contemplan en el esplendor de tu poder y leen tus órdenes eternas en tu divina frente. ¡Oh Jehová! ¡Cúmplase tu voluntad!»

Dijo; y su mirada sigue de lejos al Eterno, que se acerca ya á la espesa atmósfera de la Tierra.

Desde lo alto de su carro de fuego, flotante sobre una masa de nubes amontonadas como montañas inmensas, Elohá descubre al Mesías, se detiene, hace bramar al trueno, y dice:

—«Tu poder, ¡oh Hijo del Eterno! es infinito, pues sientes la fuerza necesaria para soportar el decreto que va á pronunciar tu Padre. ¡Ah! ¡si yo pudiera hacer llegar á los hombres un rayo de esta luz que aclara los misterios del infinito!... Prostérnate, Elohá y adora en silencio..... Hijos de la Tierra, regocijaos: muy pronto vuestra dicha será igual á la de los serafines.»

Elohá calla, extiende su brazo sobre la Tierra, y la bendice con el pensamiento.

El Eterno llega al monte de las Olivas envuelto en esa hora solemne de la noche que el bronce anuncia con doce gemidos misteriosos. A través de este velo transparente para todo el que no es mortal, ve la Tierra cubierta de pecados, y erizada de altares erigidos á los dioses falsos. Los crímenes pasados y los crímenes futuros salen de los abismos, á donde arrastran á las generaciones que manchan, mientras que la severa mano de la conciencia los conduce al pié del tribunal supremo. Un murmurio lamentoso desciende del Cielo; en las trémulas alas del viento llegan los suspiros de la virtud que padece sobre la Tierra, y los gemidos de las víctimas que expiran en los campos de batalla. El trueno presta su voz á la sangre inocente, á la sangre de los

mártires, y clama venganza á través de los espacios infinitos.

¡Dios piensa!... Su mano sostiene el Universo pronto á reducirse á cenizas, á perderse en la inmensidad. Vuélvese hácia Elohá: el serafin comprende al Eterno, y sube al punto á los Cielos; pero su mirada queda fija en el monte de las Olivas: su mano eleva la terrible trompeta que debe despertar un dia á los muertos de todos los siglos, y tres veces le arranca sonidos que estremecen toda la Tierra. A esta espantosa llamada, el serafin añade estas palabras:

—«En nombre del que tiene las llaves de la inmensidad, del que da las llamas al Infierno y la omnipotencia á la muerte, ¿hay bajo los Cielos un ser que quiera comparecer ante Él en lugar del género humano? Si existe, que venga: ¡Dios le llama!»

A la voz del ángel, el Mesías, en pié sobre el monte de las Olivas, se estremece, avanza, y entra en el santuario donde el Eterno le espera.

Si yo tuviera la penetración de los profetas y la voz de los serafines; si la trompeta del último juicio estuviera á mis órdenes para repetir los pensamientos divinos, entonces acaso tendria aliento para cantarte, Salvador del mundo, cuando luchaste contra la muerte, contra la cólera de tu Padre, inexorable para tí por amor á nosotros. ¡Espíritu del Padre y del Hijo! soy un débil mortal; pero alumbra y guia tú mi pensamiento, y á pesar de mi insuficiencia, veré y cantaré los padecimientos y la agonía de un Dios.

El Mesías se ha prosternado en el polvo formado por los huesos de los hijos de Adam, muertos en el pecado; ve el Infierno entre su Padre y él; gime, combate, lucha contra la muerte, contra la nada... La inmensidad de los pecados de todos los siglos le abrumba. Agitado por los terrores de la

agonía, su sangre circula con más viveza, y su frente y su rostro se inundan de amplias gotas rojas y brillantes.

No fué un sudor ordinario el que empapó los miembros del Mesías, cuando padeció por nosotros: el sudor frío, que corrió por su cuerpo mortal, fué un sudor de sangre.

Recobrando luego el sentimiento de su divinidad, Jesús se levanta del polvo; sus lágrimas se mezclan con la sangre que baña sus mejillas, y fijando en el Cielo sus ojos, ora en alta voz:

«El mundo, ¡oh Padre mio! no era aun. Apenas lo habíamos hecho salir de la nada, cuando vimos morir al primer hombre, y muy luego cada segundo fué marcado por la muerte de un pecador... Siglos enteros corrieron así cargados con tu maldición. Pero llegó, en fin, la hora solemne de los sufrimientos misteriosos; la hora señalada por nosotros antes que el Universo se pusiera en movimiento para su marcha eterna, antes de que la muerte inmolará sus víctimas. Vosotros los que dormís en Dios, yo os saludo; os saludo en el fondo de vuestras silenciosas sepulturas... Ya os despertareis... ¡Ah! ¡cuánto sufro en este momento, cargado con el peso de vuestras fragilidades; porque yo también he nacido, yo también he de morir!

«Tú, que suspendes sobre mi cabeza tu brazo de juez; tú, que estremeces mis huesos de polvo, ¡oh Padre mio! acelera esa terrible hora, házmela más rápida. Sobre mí has derramado esa amarguísima copa llena de tu cólera. Aun queda una gota de amargura; apártala de mí. Estoy solo, estoy aislado de los ángeles, y de los hombres, que me son más caros aun; de los hombres, mis hermanos, ¡y soy rechazado por tí! Padre celestial, al juzgarnos, dignate acordarte de que somos los hijos de Adam, y de que yo soy tu Hijo. Pero ¡hágase tu voluntad, y no la mía!»

Así habla el Mesías: su vacilante diestra se apoya en la noche, y el día huye á su siniestra. Las horribles imágenes de una muerte eterna pasan ante sus ojos; las almas malditas maldicen á la omnipotencia, y los bramidos de las cataratas de que emanan los terrores infernales, y los rumores de los rios que invitan pérfidamente al engañoso sueño de la nada, salen de las entrañas de la Tierra. El inmenso gemido de la desesperacion acusa á la creacion ante el Creador, maldiciendo el pasado, el presente y el porvenir.

El Hombre-Dios ha comprendido este gemido.

Adramelech, que se habia acurrucado sobre una roca, negra como él, aparta por un momento su mirada de Jesús, y la deja caer sobre la Tierra, donde se ve una de las víctimas que él ha inducido á derramar su sangre con sus propias manos. Los gritos de desesperacion del suicida, los gemidos que le arranca el remordimiento, demasiado tardío ya, hacen resonar las colinas del contorno. Precedido de estos desgarradores sonidos, el Príncipe de los Infiernos deja su roca. Su semblante fulgura odio y orgullo; su pensamiento sondea el abismo de las maldiciones, y su boca va á pronunciar palabras amenazadoras como el lejano rumor del trueno, sarcásticas como los consuelos que los demonios dirigen á los réprobos; cuando el Mesías pára en él su mirada, en que brilla la majestad imponente y terrible del juez supremo, y Adramelech retrocede con espanto.

Sin embargo, aun cree poder dominar á su Señor; y llamando en su auxilio una nube de vapores infernales, se eleva con ella en el espacio; pero muy luego se disipa este engañoso apoyo, y el Príncipe de las tinieblas cae sin fuerza ni movimiento á los piés del Mesías. Entonces no ve ya

ni tierra ni espacio, ni aun al Mesías; y vencido y tembloroso, huye sin saber adonde.

El Hijo del Eterno ha dejado la humilde actitud del pecador, y se acerca á sus dormidos discípulos. Viendo otra vez hombres, hermanos, se siente consolado de las amargas que acaba de pasar.

Los serafines saben que la obra de la redencion toca á su instante supremo, porque ya en otro tiempo les habia dicho Elohá:

«Cuando las tempestades salgan de los dos polos á la vez; cuando en sus inmensas órbitas bramen los mundos como las olas de un mar embravecido; cuando las estrellas estremeadas remonten las parábolas del infinito; cuando sintais vacilar en vuestras cabezas vuestras coronas de oro, y vuestras celestes alas velarse con una parduzca nube, entonces comenzarán para el Hijo del hombre las angustias de la redencion.»

Y todos estos pronósticos son realidades ya, y los Cielos cantan:

«La primera hora de prueba ha pasado; ha pasado la primera hora de los sublimes sufrimientos que dan la paz la Universo.»

Así cantan los Cielos.

El Mesías, en pié ante sus discípulos dormidos, los contempla en silencio.

—«Pedro, amigo mio, dice al fin: ¡duermes, mientras mi alma está llena de mortales angustias! ¿Ni una hora puedes velar conmigo? Bien querrias hacerlo tú, ya lo sé; pero eres hijo de la Tierra, y su grosero polvo te domina aun.»

El Mesías vuelve luego á ofrecer al Juez inexorable su inocente cabeza, cargada con todos los pecados del mundo.

Envuelto en el oscuro velo de la noche, Abbadona, como una sombra fugaz, pasa por encima de las montañas que se elevan al Occidente de Sion: su inquieta mirada busca al Mesías, y las palabras que murmuran sus trémulos labios prueban que teme casi tanto como desea encontrarle.

—«¡Yo, dice, yo, misero ángel caido, oso aspirar á la dicha de contemplar al Hijo del Eterno! ¡Culpable audacia! Pero ¿qué puedo temer, cuando el mismo Satanás ha podido verle impunemente? Y ¿dónde podré encontrarle?... He recorrido todos los desiertos, he subido á la fuente de todos los rios, mi tímido paso ha turbado la severa soledad de los sombríos bosques y el dulce silencio de las alegres florestas. He dicho al cedro: Si tus ramas le dan sombra, dignate hacérmelo saber con tu murmullo. He dicho á las montañas inclinadas sobre el abismo: Inclinaos hácia mi rostro bañado de lágrimas, si el Mesías duerme en alguno de vuestros senos. Después me he dicho á mí mismo: La tierna solicitud de su Padre le conduce sin duda á través de las nubes matutinas, ó bien la sabiduría y la meditacion le retienen bajo bóvedas subterráneas. Y sin embargo, no le he encontrado en las nubes, ni en el seno de la Tierra. ¡Ah! soy indigno de embriagarme en tu sonrisa de misericordia: tú no redimes sino á los hijos de Adam; para el ángel caido no hay redencion, no hay esperanza ninguna.»

Dijo, y muy luego descubre á los discípulos dormidos. Admirado de la belleza y juventud de Juan, se aproxima á él; pero sobrecogido de un santo respeto, reconociendo en tan dulce semblante el reflejo de la Divinidad, se detiene temblando, y su pensamiento se dirige al discípulo:

—«¿Eres tú el Hijo del hombre? ¡Oh! sí, debes de serlo, porque brilla en tu rostro un alma divina. ¡Cuán tranquilo

es tu sueño! Ese sublime reposo es propio de la virtud: ¡el desgraciado Abbadona no puede ya nunca conocerlo!...»

Pedro se despierta, y volviéndose á Juan, le dice:

—«Hermano mio: ¡qué sueño tan cruel he tenido! Jesús estaba delante de mí, y me miraba con ojos severos. He querido hablarle; pero ha desviado el rostro de mí, como si me hubiera hecho indigno de su amistad.»

Oyendo estas palabras, el ángel caído se entrega á una profunda y dolorosa meditacion.

De repente, una voz lamentosa, traída en alas de la noche á través del silencio de la naturaleza, viene á herir sus oídos. Abbadona se dirige hácia el valle de Gethsemani, de donde parte esta voz: á medida que avanza, le parece más triste y desgarradora.

—«Así gimen los moribundos, dice para sí: ese desgraciado es sin duda algun viajero extraviado, que habrá caído bajo la mano de un asesino. Acaso aceleraba su marcha por en medio de estos valles tenebrosos, para llegar más pronto á su vivienda, donde le esperaban las dulces caricias de su familia, cuando el hierro del asesino le habrá herido. Su alma acaso era noble y pura, y su vida una série de acciones virtuosas. ¿Me acercaré á ese desgraciado, yo, príncipe de los Infiernos? No, no; no podría ver sin estremecerme una víctima de las pasiones criminales, que fermentan en el fondo del tenebroso imperio, y se desborndan sobre la Tierra para perder al género humano. ¡Terribles torturas! Toda la sangre inocente que los hijos de Adam han derramado desde la caída de su padre, toda la sangre inocente que derramen aun hasta el fin de los tiempos, toda esa sangre pesará sobre mi cabeza: la oigo clamar venganza al Eterno, y veo al Eterno castigar sin misericordia... Quiero saciarme de desesperacion, quiero contemplar

los huesos de los hijos de Dios, pues yo tambien he trabajado en su perdicion. ¡Silencio del sepulcro, ante tí retrocede mi pensamiento con espanto! Y sin embargo, no será en medio de ese silencio como un día se me aparecerá el Juez supremo. Su paso es el rayo que hiere; su palabra es el rayo que aniquila.»

Siguiendo la direccion de la voz que tan profundamente le conmueve, Abbadona se ha acercado al Mesías, y le ve prosternado en el polvo, luchando con las angustias de la agonía.

En este momento, Gabriel sacude la nube que lo velaba, y se inclina hácia Jesús: lágrimas divinas brillan en los ojos del serafin, y su oído, que desde el punto más remoto del infinito oye el paso del Eterno y los rumores de los astros que se inclinan ante él, siente correr la sangre del Mesías por sus venas contraídas por el dolor; cuenta los latidos de su corazón, cuenta sus gemidos y sus plegarias, y su pensamiento inmortal comprende los padecimientos de la redencion. Incapaz de soportar por más tiempo la vista de estos padecimientos inauditos, eleva al Cielo su rostro inundado de lágrimas, y pide gracia para el Mesías.

De repente, legiones de ángeles rasgan las nubes, y unen sus ruegos á los ruegos de Gabriel.

Abbadona los ve, y una sombría desesperacion le hace sentir más vivamente que nunca su caída. Un solo instante detiene su vista en Jesús, que levanta lentamente el rostro bañado en sudor de sangre, y esta vista pone el colmo á su desesperacion.

—«Tú, exclama, tú que sufres aquí torturas que la lengua de los inmortales no podría describir, ¿eres un hijo del polvo? ¿eres un maldito que reconoce demasiado tarde que hay una justicia en el Cielo?... No, no, tu forma

humana brilla con esplendor divino; tu mirada se eleva por encima de las tumbas de esta tierra y las nubes que les sirven de cúpula... Hay en tí un misterio, cuya profundidad no puede sondearse. Un pensamiento rápido como el relámpago, amenazador como el huracán, se despierta en mí. ¡Huye, huye, pensamiento terrible! no eres más que un espectro engendrado por mi terror. No, no es este el Hijo del Eterno, que ví yo sentado á la diestra de su Padre; no, no es este el Hijo del Eterno, que invulnerable y sin piedad cayó sobre los ángeles rebeldes, y los precipitó en el abismo; no, no es este el Hijo del Eterno, á quien he visto yo en pie sobre su fúlgido carro. Las tinieblas y la muerte rugían bajo sus piés, y la venganza y la destrucción se escapaban de sus ojos. Aun parece que le veo cuando me lanzó una de sus terribles miradas. Todos los abismos del infinito se estremecieron, y ya no ví yo nada ni oí nada sino tinieblas y maldición.

«¡Y aquel vencedor sin piedad habia de ser ese hombre prosternado en el polvo, teñido en la sangre que mana de todos sus poros! Yo he agotado todos los dolores, mi cuerpo está señalado con todos los estigmas de la condenación; y sin embargo, son nuevas para mí las angustias que lo torturan... Ante ese hombre el terror estremece hasta la médula de mis huesos. Sí, todo en él es misterio y maravilla...

«¡Dulces recuerdos de los Cielos! ¿me habeis abandonado para siempre? ¿No podré despertar uno solo de vosotros? ¡Oh! sí, me parece que en otro tiempo oí anunciar un misterio sublime. En los mismos Infiernos se ha hablado de él, y Satanás se ha esforzado inútilmente en hacer sobre esto una absurda fábula. ¡Ese hombre, que parece así agoviado por todos los dolores y padecimientos de la Tierra, no es un simple mortal! Un coro de ángeles le rodea; la naturaleza

entera, como santificada por un pensamiento divino, gime y ora. ¡Ah! por fin te reconozco, Salvador del mundo; ¡no vuelvas tus ojos hácia el desdichado Abbadona! El horror que te causaria su vista, te haria acaso remontar tu vuelo demasiado pronto hácia tu trono, y habria causado yo segunda vez la perdición del género humano.

«Sin embargo, tú lees en el fondo de mi alma, tú ves mis tormentos, pero no te conmueven: eres el Mesías de los hombres. ¡Ah! si te hubieras dignado hacerte serafin; si padecieras así por redimir á los ángeles caidos, ¡oh! entonces me seria permitido dirigirte mis cantos de amor y gratitud.

«¡Hijos de Adam! pues que por vosotros muere, adorad la sangre que va á derramar por vosotros. Si alguna vez llegais á profanarla, yo romperé las entrañas de bronce de los Infiernos; yo me precipitaré á los piés de vuestro mediador, y le diré en voz inteligible á los Cielos y á los mundos: Los pecadores que tú has querido redimir, rechazan tus beneficios; que aprovechen al menos á los ángeles caidos. El Infierno puede aborrecerte, pero el desgraciado Abbadona te adora. ¿No echarás nunca sobre su arrepentimiento una mirada de misericordia? Sus lágrimas de sangre, ¿correrán siempre desapercibidas? No se atreve á pedirte gracia; pero cansado de su inmortalidad, te suplica que lo sometas á la muerte.»

Espantado de la atrevida esperanza que acaba de sorprenderle, Abbadona huye poseido de terror.

Jesús, prosternado en el polvo, se levanta segunda vez; vuélvese hácia sus discípulos, aun dormidos, y los Cielos cantan:

«La segunda hora de prueba ha pasado; ha pasado la segunda hora de los sublimes sufrimientos que dan la paz al Universo.»

Así cantan los Cielos.

El Eterno tiene aun la balanza terrible: el eco del Cielo repite palabras de muerte y maldición, y ninguna de misericordia, de gracia, de esperanza. Profundas tinieblas pesan sobre la Tierra. Así pesarán sobre el Universo la última noche, y el último día que la seguirá de cerca, y el llamamiento del ángel, y el confuso rumor de los recién nacidos del sepulcro.

El Mesías se encorva por tercera vez bajo la poderosa mano que le hace expiar los pecados del mundo, como el cordero se retuerce en el altar, donde el sacrificador lo inmola; como Abel, llamando en vano á su padre en su auxilio, cayó bajo los golpes de una mano querida.

Velado con una sombría nube, Elohá está al pié del monte de las Olivas. El trueno brama, y mujen las aguas del Jordán: á través de este imponente ruido, el Eterno envía sus órdenes al serafín, que se dirige al punto hácia el Mesías. El frío viento de la noche le lleva los sofocados suspiros del Hombre-Dios, y muy luego le ve arrojado en tierra, víctima del más acerbo dolor. Ante la Divinidad así torturada, Elohá siente desvanecerse su esplendor de ángel, y viene á quedar como un simple mortal. Jesús vuelve á él sus moribundos ojos, y bajo la influencia de esta divina mirada, el serafín recobra al instante su fuerza y esplendor. Y elevándose sobre una nube de oro, extiende sus celestes alas sobre el Mesías.

—«¡Hijo del Eterno! dice: tu mirada divina me ha hecho digno de tí; ella me ha iniciado en el secreto de los Cielos, á mí, que no soy más que un soplo efímero del Espíritu Creador, una gota de rocío en el océano del infinito. Semejante á esos soles que se levantan para iluminar los granos de arena que nadan en el espacio, y que se llaman mundos,

yo debía servir al cumplimiento de tus designios sin conocerlos, y tú me has hallado digno de revelarme tu pensamiento. ¡Bendita seas, mirada inmensa de mi divino Señor, que me has elevado por encima de mi ser, acercándome al Increado! Los hijos de Adam conocerán la felicidad que me inunda, cuando hayas obligado á la muerte á depositar á tus piés su espada de fuego.

«Sí, cuando acaben el mundo y el tiempo, cuando comience la eternidad, entonces solamente comprenderá la raza humana el misterio de la redención, su felicidad, tu amor y tu gloria.»

Entre tanto las angustias del Mesías aumentan, y el coro de serafines desaparece. Solo Elohá permanece inmóvil, y se vela el rostro.

Tres veces habla el Eterno, y tres veces la Tierra estremecida se lanza para perderse en el espacio; pero tres veces el Eterno la retiene.

El Hijo del Hombre se levanta del polvo; ha vencido, y los Cielos cantan:

«¡La tercera hora de prueba ha pasado; ha pasado la tercera hora de los sufrimientos sublimes que dan la paz al Universo!»

Así cantan los Cielos, y Jehová vuelve á su trono.

## CANTO VI.

Judas Iscariote, seguido de una turba armada, va á Gethsemani para prender á su maestro.—Espanto de los soldados al oír la voz de Jesús.—El ósculo de Judas.—El Mesías se deja prender sin resistencia, vituperando el arrebato de Simon Pedro.—El Consejo de sacerdotes espera á Jesús con la mayor ansiedad.—Tres mensajeros van sucesivamente á llevar noticias de la expedición de Judas.—Filon va á buscar á Jesús á casa de Anás, donde es conducido primeramente, y lo hace llevar cerca de Caifás.—Porcia, mujer de Pilatos, va al palacio del gran sacerdote á ver al profeta, por quien se toma el mayor interés.—La tranquilidad y resignación que Jesús opone al furor de sus enemigos acaban de disponerla en su favor.—Tentado por Satanás, Filon se hace el acusador del Mesías.—Deposiciones de los testigos.—Jesús es condenado á muerte.—Simon Pedro niega á su maestro; pero se arrepiente al punto, y anda errante por las calles de Jherusalén, atormentado por los más crueles remordimientos.

El sabio que toca al término de su carrera, da más importancia á los cortos instantes que le quedan, que á todos los años que ha vivido; porque comprende que solo se le concede este plazo para coronar con bellas y nobles acciones una vida consagrada á la virtud. En este concepto, las horas de la redención parecen á los habitantes de los Cielos más imponentes y sagradas, á medida que la víctima se acerca al altar del sacrificio.

Penetrados de la santidad de estas horas sublimes, Elohá y Gabriel conversan con dulce emoción sobre los beneficios que las mismas derramarán sobre el linaje humano.

De repente una claridad vacilante, que brilla á través de las tinieblas que envuelven aun el valle de Gethsemani, viene á herir sus ojos.

—«¿Qué horda salvaje es aquella? pregunta Gabriel. Avanza precedida de antorchas: sin duda la envía el Infierno.»

—«Déjala llegar, hermano mio, contesta Elohá: tal es la voluntad del que manda á la muerte y á la vida, y cuyo poder así se manifiesta en un grano de arena, como en la inmensidad del Universo.»

—«Elohá, ¿conoces al pérfido que manda la turba? Su actitud perderá esa audaz altivez, cuando, á la voz de su Juez, se levante del polvo de la muerte; y á fé que no oírás su sentencia con esa mirada de triunfo.»

La turba llega al pié del monte de las Olivas.

Jesús reconoce á sus enemigos.

La más negra oscuridad que haya envuelto jamás á la Tierra comienza á elevarse por encima del follaje del olivo; pero antes de huir, esparce todos sus vagos terrores sobre la turba deicida.

Este espanto misterioso y saludable, que detuvo á más de un malhechor en el camino del crimen, paraliza por un momento la audacia de la soldadesca enviada en busca de Jesús; pero Satanás le restituye muy luego su funesto valor.

Iscariote deja vagar su pérfida mirada al rededor de sí: busca á su maestro.

—«¿Dónde está? se pregunta á sí mismo. Sus predilectos discípulos aseguran haberle visto muchas veces en el Tabor, envuelto en nubes resplandecientes; pero no le han visto aun cargado de cadenas. Yo quiero procurarles este espectáculo antes de que vayan á instalarse en los reinos que ha de darles su omnipotente Señor. ¿Por qué tiembblas, Judas?»

Porque la noche es fría y oscura como la fosa de los muertos, no ha de quebrantarse el valor del hombre. No; acabaré la obra que he comenzado, y yo, á lo menos, seré rico y poderoso.»

En medio de estos infernales pensamientos, penetra por debajo de los frondosos árboles, y los soldados le siguen levantando sus antorchas y blandiendo sus armas.

Jesús los oye y los ve.

—«Ya están aquí, dice. ¡Qué inmenso es el abismo que los separa de los Cielos! Estaban hundidos en el fango de los caminos que he tenido que seguir sobre la Tierra; pero brillarán como las vías solares del infinito, cuando los decretos del último juicio hayan roto el velo misterioso de la redención.»

Los soldados encuentran dormidos á los discípulos, y los rodean dando gritos de alegría; porque, en su impaciente furor, olvidan que Judas debe darles á conocer la víctima por medio de una señal convenida.

De repente aparece el Mesías, y les pregunta con tono dulce y tranquilo:

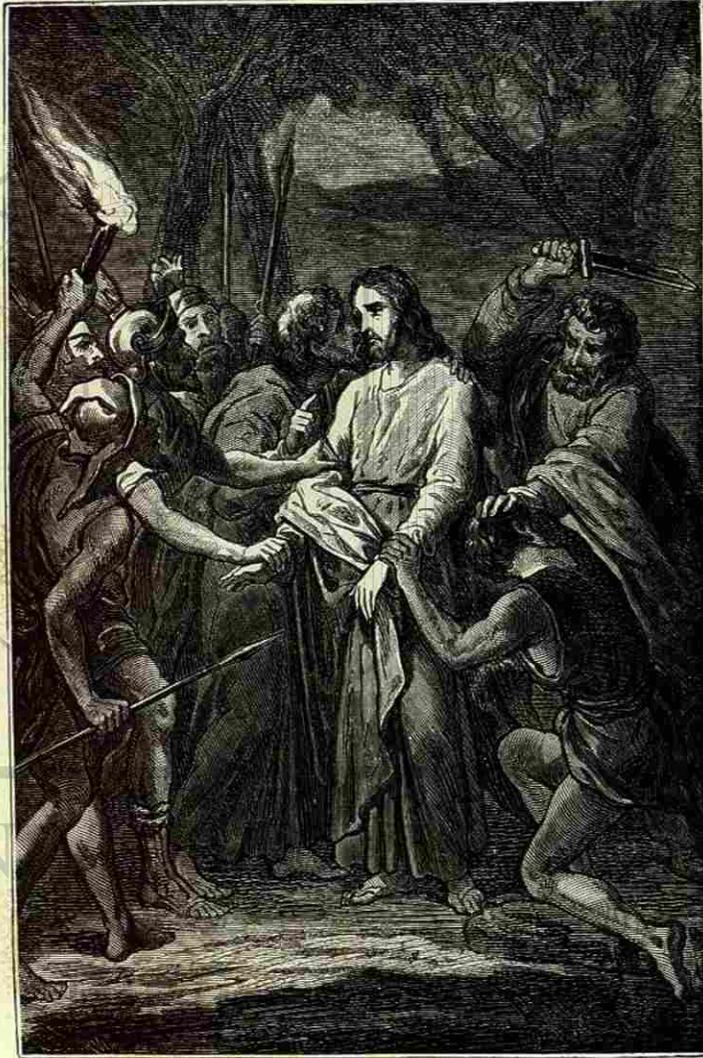
—«¿A quién buscáis?»

—«A Jesús de Nazareth,» contestan todos á un tiempo.

Al oír este nombre, se despiertan los discípulos, los ángeles los rodean, y Jesús dice con la poderosa voz que impone silencio á las olas del mar, que manda morir á los reptiles, que saca de la nada el alma inmortal de los serafines:

—«¡Yo soy Jesús de Nazareth!»

A estos acentos sobrehumanos, los soldados caen por tierra; Iscariote cae con ellos, pero muy luego se levanta. Satanás vigila cerca de él, é invisible y triunfante, suspende sobre su cabeza una corona de fuego, que toca su frente y



Prision del Mesías. — (CANTO VI.)

la marca con el sello de la reprobacion, en el momento en que sus lábios imprimen en el rostro de Jesús el ósculo de la traicion infernal.

Por esta señal de horrible perfidia conoce la soldadesca la víctima que debe prender.

—«Judas, dice el Mesías mirándole con tierna compasion: ¡me vendes con un ósculo de amistad!... ¡Ay de tí, desgraciado! ¿Por qué sonó esta hora terrible para tí?»

Y volviéndose á la soldadesca, les presentó las manos para que las cargaran de cadenas.

Ante tal espectáculo, el intrépido Simon Pedro no puede contener su indignacion; y sacando su espada, hiere al soldado que osó poner la sacrilega mano sobre su maestro. Pero Jesús cura al instante esta herida.

—«Si yo pidiera auxilio á mi Padre, dice al valiente discípulo, legiones de ángeles descenderian de los Cielos para servirme. Resignate, pues, amigo mio; porque es necesario que las profecias se cumplan... Y vosotros, ciegos instrumentos de la Providencia; vosotros, que venís armados como si hubiérais de prender á un terrible facineroso, ¿no me habeis visto todos los dias en el templo y en medio de vosotros? ¿no me habeis encontrado solo y sin armas?»

Dice, y se deja prender y conducir por los soldados, que pasan otra vez el Cedron, y vuelven á Jerusalem.

Desde el principio de la noche, los sacerdotes y los ancianos se habian reunido en el palacio de Caifás, donde esperaban con impaciencia el resultado de la mision que habian confiado á Judas.

Hombres del pueblo, enterados del motivo de aquella reunion extraordinaria, se agrupan en la plaza, y se abandonan á los sentimientos más opuestos: ora recuerdan los beneficios del Mesías, ora dan crédito á las calumnias que

han hecho cundir contra él los sacerdotes. Esta doble y contraria influencia los hace insensibles á la belleza del palacio, monumento digno de la magnificencia de Salomon, y cuyo esplendor es realzado en este momento por las lámparas de oro suspendidas á las columnas de pórfido que sostienen las bóvedas de las galerías y aposentos.

Seguros de explotar en su favor, cuando así lo quieran, la sorda agitacion del pueblo, los sacerdotes no se ocupan por entonces sino en la vuelta de los mensajeros que han enviado al encuentro de los soldados encargados de prender á Jesús.

—«¿Por qué tardan? ¿Quién los detiene? se preguntan unos á otros. Judas, bastante vil para vender á su maestro, ¿nos habrá engañado á nuestra vez? ¿Ó se habrá dejado deslumbrar por uno de esos prestigios de que el Nazareno nos ha dado tantos ejemplos?»

Mientras discurren sobre esto, uno de los mensajeros entra precipitadamente en la estancia. Sus cabellos flotan en desórden, su rostro está lívido, y un sudor frio baña su frente. Al entrar, levanta las manos al Cielo, y exclama:

—«¡Gran sacerdote, levitas, y vosotros, padres de Israel, cubrios de luto, porque todo se ha perdido! Llenos de celo y ardor atravesamos el valle del Cedron; pasamos el torrente, y nos hallábamos cerca de los sepulcros, sin que el aire frio de las tumbas hubiera entibiado nuestro valor. Continuamos andando, y entre tanto las nieblas que nos rodeaban se hacian cada vez más densas y negras. Ningun mortal anduvo nunca entre tinieblas más espantosas. Los soldados continuaban su camino con audacia, y yo los seguia de lejos, cuando de pronto descubrí al profeta. A su vista... ¿cómo y por qué? no podria decirlo; pero el hecho es cierto... A su vista sentí penetrar hasta la médula de

mis huesos un frio mortal; la circulacion de mi sangre se detuvo, y los cabellos se me erizaron de asombro.

«Los soldados no le veian aun, porque habian ido á prender á los discípulos. Entonces vino á ellos el profeta, y les dijo: «¿A quién buskais?» Los soldados no desmintieron su valor, y todos ellos contestaron á la vez: «Buscamos á Jesús de Nazareth.» Y *Él*... ¡ah! no sé cómo he podido sobrevivir á tal momento... *Él*, con voz terrible como el trueno, les ha dicho: ¡*Yo soy!* á cuya voz todos cayeron en tierra sin movimiento, sin vida. Yo únicamente me he salvado de la muerte, predestinado sin duda á traeros la noticia de esta desgracia. ¿Dónde encontrar ahora mi refugio? ¡Ha llegado nuestra última hora!»

Dicho esto, el emisario calla, y el Consejo se estremece como una roca herida por el rayo.

Solamente Filon, inaccesible al miedo, lanza una mirada fulgurante al mensajero, diciéndole:

—«¡Miserable! Ó te has vendido al Nazareno, ó has sido víctima de una vision engendrada por las tinieblas y el miedo: el aspecto de los sepulcros abiertos ha turbado tu cerebro, y has confundido nuestros soldados con los cadáveres que duermen bajo sus bóvedas. Sabe, cobarde, que no se mata con palabras á los hombres enviados por nosotros.»

Todavía resonaban en la estancia estas últimas frases, cuando un segundo emisario, jadeante de fatiga, llega y dice al sanhedrin:

—«Hemos sufrido mucho: su voz fulgurante y su mirada, terrible como la espada de la muerte, nos han derribado en tierra. No puedo decir el tiempo que hemos permanecido en semejante estado; pero apenas hemos vuelto en nuestro acuerdo, ha ofrecido voluntariamente sus manos á nuestros

No, no; concédeme la gracia de morir antes que tú. ¡Oh, Tierra! ¿no tienes un protector para él? Y tú, Cielo, ¿no le salvarás? ¿Duermen todos los ángeles que cantaban en su cuna? ¡Madre infortunada! al darle una vida que se anunciaba tan brillante y bella, ¡cuán lejos estabas de creer que terminara con una muerte tan horrible! ¡Padre de todo cuanto existe, á ti ahora te imploro! no permitas que muera; da á sus verdugos un corazon humano... ¡Ah! ya no veo entre las tinieblas la llama de las antorchas que llevaban delante de él... Ya le han conducido al Consejo de los sacerdotes. Que antes de juzgarle, la espada de la justicia eterna pase una sola vez sobre sus cabezas, y se prosternarán ante él para adorarle... Oigo pasos en la oscuridad... se acercan... Pedro, amigo mio, ¿eres tú? ¿Sabes ya la sentencia que han pronunciado contra él? Dimela; acércate: ¡oh, por piedad, acércate! No oigo ya nada... ¡Cuán larga y sombría es esta noche terrible!... ¿Qué significa este súbito tumulto? ¿Querrán arrastrarlo al suplicio en medio de las sombras de la noche, á fin de sustraerlo á las miradas del pueblo, que si pudiera verle, rompería sus hierros y le llevaria en triunfo? ¡Precaucion inútil! si ocultais su sangre á los mortales, los ángeles la verán, y os pedirán cuenta de ella... ¡Misericordia, misericordia, Padre del Universo! ¡Ten piedad de mí, ten piedad de todos tus hijos; no permitas que muera Jesús!»

Abrumado de fatiga, y extraviado por el dolor, se apoya en el muro del palacio de Caifás, á donde llega sin saberlo, y permanece mudo é inmóvil.

Filon se ha anticipado á su víctima en la sala del Consejo. En su aire triunfante los sacerdotes adivinan la llegada de Jesús, que entra muy luego.

La ausencia de toda especie de orgullo daría al Mesías un

aspecto humilde y tímido, si su mirada no dominara sobre el Consejo con esa satisfaccion apacible del cansado viajero, cuando, desde lo alto de la roca en que ha encontrado un punto de reposo, contempla la comarca salvaje que se extiende á sus piés. El sello de la Divinidad impreso en su frente no es visible en este momento sino á los ángeles: tal es la voluntad del Eterno.

En su calidad de grán sacerdote, Caifás quiere hablar primero: Filon tiene el mismo deseo, y aun cree que su fogosa elocuencia le da derecho para ello... Los dos, sin embargo, callan. Aun dudan del testimonio de sus sentidos, y se preguntan á sí mismos si es efectivamente el profeta á quien ódian con tanto furor, el que está al fin entre sus manos.

Mientras que se entregan así á las alucinaciones con que Satanás turba sus cerebros, Porcia, la mujer de Pilato, llega á la galería que conduce de la sala del Consejo al palacio del Pretor. La bella y jóven romana no tiene de su sexo y de edad más que las gracias y el candor: su razon es poderosa; su alma noble y fuerte como la de un sabio alicionado en las más duras pruebas de la vida. Esta tierna flor habria seguramente dado á su patria una nueva raza de Gracos, que la hubieran sacado de su envilecimiento, si la caída de Roma no hubiese estado ya decretada en los consejos eternos.

Llevada del deseo de ver en presencia de sus jueces al profeta, cuya alta sabiduría admira, Porcia ha dejado su palacio acompañada de la más fiel de sus esclavas. No la inquieta el temor de faltar con este paso á los miramientos que le impone su clase: una fuerza superior á todas las consideraciones humanas la empuja y guía. Apoyada en la balaustrada de mármol que rodea la galería, observa con

inquietud todos los movimientos del divino acusado. El valor tranquilo que Jesús opone al odio de los sacerdotes el afirma en la alta opinion que habia concebido del hombre cuya potente palabra resucita los muertos, y cuya vida sin mancha da á un pueblo corrompido el ejemplo de todas las virtudes.

Filon rompe en fin el silencio, y exclama con todo el arrebatado de la ira:

—«Que traigan al culpable á los piés de sus jueces, que le aten más fuertemente; pero antes de pronunciar su sentencia, levantemos nuestros brazos hácia el Eterno, y démosle gracias por haber terminado la prueba de paciencia que nos ha hecho sufrir, condenándonos á ver errar tanto tiempo entre nosotros un profeta falso, un vil impostor. Jehová lo entrega al fin á nuestra venganza. ¿Que tal sea desde hoy el destino de todos los audaces que quieran seguir las huellas del Nazareno; que sus nombres sean borrados para siempre y de todas partes, menos del sitio en que corre la sangre de los criminales, y donde ruedan sus cráneos con las plumas de los buitres, que huyen cuando no encuentran ya pasto en sus descarnados huesos! ¡Que se eleven acciones de gracias de nuestros altares; y que toda la Judea entone cantos de triunfo!

«Acometida de un vértigo infernal, nuestra patria habia dejado de ver y oír; pero ya ha vuelto á encontrar su vista y sus oídos. Durante su época de delirio, el pueblo de Israel ha tenido momentos lúcidos, y entonces manos robustas cogieron piedras sagradas y las lanzaron contra el Nazareno; pero nuevos prestigios han enfriado ese celo efímero. Ha sonado ya la última hora de nuestras alucinaciones y de tus impiedades, presunto vencedor de la muerte. Aun es poco numeroso el pueblo reunido bajo estos techos para

oír tu sentencia; pero no importa, se encontrarán bastantes testigos que declaren contra tí: que el gran sacerdote les haga entrar.

«Yo, por mi parte, te acuso; pongo por testigo á toda la Judea y por jueces á la Tierra y á los Cielos: te acuso de blasfemo y de impostor, porque te has llamado Dios, ¡tú, que derramaste tus primeras lágrimas en un pesebre! Tú pretendes haber resucitado muertos, y yo sostengo que solo estaban dormidos: sus madres y hermanos ¿los habian visto expirar? Sea en buen hora: así podrás resucitarte á tí mismo; pero cuenta que tu agonía será vigilada por ojos de hombres menos propensos que los de las mujeres á ver lo que no existe. Tu sueño será más pesado que el de los supuestos muertos que has despertado, y dormirás ese sueño de hierro donde el Sol naciente y la Luna fugitiva no hallan nunca más que los vapores infestados que exhala la descomposicion, hasta que blanquea los cráneos que el Gólgota ha recibido teñidos de sangre. Si existiere un anatema más terrible, un anatema que los sepulcros entreabiertos aullen á través del vacío, que la medianoche traiga en medio de los vivientes, que la peste y la desesperacion eternicen, ¡oh! ¡que ese anatema te hiera y aniquile!...»

Apenas hubieron pronunciado esta imprecacion sus temblorosos lábios, cuando el fariseo quedó mudo y frío, cubriendo su rostro una lividez de muerte: el Dios que ha osado arrostrar se ha retirado de él para siempre; y el ángel de la destruccion, su ángel desde este momento, lo envuelve en su mirada petrificadora, diciéndole con una voz que solo oyen los inmortales:

—«El anatema que acabas de pronunciar caerá sobre tu cabeza. Levanto los ojos y mi espada de fuego hácia el Dios remunerador, y te entrego á la muerte eterna. ¿Te heriré

ahora mismo?.... No, tu hora no ha llegado aun; pero acelera su lúgubre vuelo. Cuando haya arrojado lejos de sí la última palabra consoladora, el último rayo de esperanza, el último pensamiento de perdon y misericordia que á veces lleva al mayor de los criminales; cuando, desgarrando el sombrío velo de la medianoche, venga á romper á tu vista el reloj de tu vida; cuando los alaridos del Infierno hayan contestado á tu último suspiro; cuando la muerte te haya herido con su golpe más terrible, entonces, entonces verás mi rostro en el valle de Benhinon (1), donde te espero.»

Y calla. Su frente, agitada por la cólera, ondea como el Océano cuando presiente la tempestad: de sus ojos se escapan chispas devoradoras como el rayo vengador; su larga cabellera flota sobre sus hombros, semejante á las vaporosas nubes que adornan con sus diáfanos festones el verde manto de las montañas, y sus piés están inmóviles y firmes, como la roca que los siglos han hundido en el seno de la Tierra. No hiera al miserable, pero hace sonar en derredor suyo los espantosos ruidos de la muerte.

Avergonzado del terror que le obligara á interrumpir su discurso, añade el fariseo con voz sorda y sofocada:

—«El porvenir os enseñará todo lo que he pasado en silencio, dominado por la santa cólera que me inspira la impiedad del supuesto profeta. Caifás, interroga al culpable, y pronuncia su sentencia.»

El discurso de Filon ha espantado al auditorio, y todas las lenguas quedan mudas, todos los ojos fijos en tierra. Únicamente Porcia se atreve á mirar al acusado, y una dulce alegría hace palpitar su corazón; porque la calma inalterable, la tranquilidad majestuosa de su divino sem-

(1) Uno de los más terribles lugares de la Gehenna.

blante le prueban que es inocente. Sus ojos, que inútilmente buscan en la multitud un alma compasiva y generosa, digna de participar de su emoción, se detienen en un grupo de hombres, reunidos al rededor del fuego encendido en el patio. La presencia noble é imponente de uno de estos hombres llama su atención, y las miradas expresivas que dirige á Jesús le hacen comprender que el profeta es el objeto de la viva discusión en que parece empeñado.

—«Sin duda es uno de sus amigos, dice para sí, y procura convencer á los que le rodean de que, dejando morir al hombre más sabio y virtuoso de Israel, se cubrirían de oprobio y de vergüenza. Lejos de escucharle, le amenazan con la suerte que preparan al hombre que defiende, y el temor de la muerte sella al fin sus labios..... ¡Ah! la infortunada madre de Jesús habrá tal vez abrazado las rodillas de ese hombre, haciéndole prometer que disputaría á los verdugos la vida de su hijo. ¡Cuán grande sería su dolor, si viera su desaliento!..... Su corazón se habría roto, si hubiera oído las feroces palabras del fariseo... Pero ¿qué es lo que pasa en mi alma? ¿Por qué esta tierna inquietud por la suerte de una familia, que ni siquiera conozco? ¿Envidiaré á María la dicha de haber dado á luz un hijo tan grande y generoso?.... No, no; pero comprendo esa dicha, y temo que se la arrebaten. La muerte de Jesús,— así al menos se dice,—debe iniciar en el mundo una nueva era de ventura... Esta vaga esperanza no podría consolar á una madre. ¡Ah! ¡los dioses clementes quieran evitarle el horrible espectáculo de la muerte de su hijo!»

El gran sacerdote se agita en su asiento, y dice:

—«Toda la Judea gime bajo el peso de los males que atrajo sobre ella el acusado que tenemos en nuestra presencia. Toda la Tierra sabe que se ha alzado contra el Dios

vengador que se asienta sobre la cima de los montes, y contra el gran César, que, desde lo alto de las siete colinas indomables da leyes al Universo. No es, pues, la débil y solitaria voz de Caifás, sino la de todo el pueblo de Israel, la que dice á la espada exterminadora: ¡Hiere al culpable! Que se presenten todos los que aman la justicia y la patria, y digan lo que es notorio y verdadero.»

A este llamamiento de Caifás, algunos hombres prevenidos de antemano vienen á repetir las negras calumnias que les han sugerido los agentes de Filon. El más audaz de estos testigos falsos da un paso hácia los jueces, y á pesar de su mirada feroz y aire seguro, es fácil conocer que las mentiras que va á pronunciar le espantan á él mismo.

—«Todos sabeis, dice, que Jesús hace alarde de profanar el templo. Si lo habeis olvidado, bastará recordaros el día en que expulsó á los mercaderes, que tienen la costumbre de reunirse en él para vender las víctimas que ofrecemos al Dios de Moisés. Si Jesús no fuera enemigo de Dios, si no quisiera destruir su templo, ¿procuraría privar á nuestros santos pontífices de lo más legítimo de sus riquezas?»

Un segundo testigo habla á su vez, prestando á las sublimes acciones del Mesías viles y pérfidas intenciones.

—«Yo, dice, he oído al pueblo de Israel proclamarle rey; y ciertamente hubiera venido Jesús á apoderarse de Jerusalem y de su templo, si el celo de sus partidarios, espantados de su audacia, no se hubiera enfriado de repente. Avergonzado y aburrido, este rey, destronado antes de haber comenzado á reinar, huyó á los salvajes valles del Cedron, donde se creía al abrigo de vuestra venganza, ¡oh nobles ancianos de Israel!»

Preséntase luego un levita, fingiendo el mayor desprecio hácia el profeta, á quien acusa en estos términos:

—«Es un blasfemo, porque se atribuye el derecho de perdonar los pecados. Hace más aun: permite espigar el día del Sábado; y él mismo ha osado dar movimiento á miembros de paralíticos en este día de santo reposo.»

Un cuarto testigo se adelanta con aire desdenoso; y sonriéndose con expresion irónica, que altera sus facciones, dice:

—«¿Quereis ¡oh nobles padres de Israel! que hable yo del Nazareno? ¿Qué necesidad teneis de mi testimonio contra un hombre, que se deslumbra á sí mismo con los sueños en que funda su imperio? Oid las palabras que su arrogancia le ha hecho decir al pueblo reunido: «Destruid el templo, y al tercero día haré salir del polvo de esa maravilla del mundo un santuario más grande y bello.» Y el pueblo le oía con muda admiracion: yo estaba presente.»

Un anciano se presenta á su vez, deshonrando sus canas con estas palabras de mentira:

—«Yo he tenido la desgracia de ser publicano, y conozco la perversidad de estos miserables pecadores: ellos forman la íntima sociedad del falso profeta: con ellos ha aprendido á despreciar la ley de Moisés, y á profanar el santo día del Sábado.»

Mientras que los testigos declaran así, la multitud procura leer en la expresion del semblante de Jesús si espera destruir tan graves acusaciones. Así se reúnen los impíos al rededor del cristiano moribundo, diciéndose en voz baja: Con el sentimiento de su ser, perderá los sueños orgullosos de una vida inmortal, que le prestan fuerza tanta. Pero el cristiano ruega por los desgraciados que le desconocen, y se sonríe ante su tumba entreabierta.

El Hombre-Dios guarda silencio.

Impulsado por la ira, exclama entonces Caifás:

—«¡Blasfemo miserable! procura al menos desmentir las acusaciones que contra tí se levantan.»

El Mesías sigue callando, y Caifás vuelve á decir con mayor cólera:

—«Responde, yo te lo mando en nombre de Dios vivo. ¿Eres tú el Mesías? ¿Eres el hijo del Dios que nosotros adoramos?»

Y dominado por Satanás, siempre invisible en medio de esta impía junta, fija en Jesús una mirada infernal.

Obbadon, el ángel exterminador, el ángel de Filon, pasea su espada de fuego sobre esta congregacion de pecadores, y dice para sí:

—«¡Piden una respuesta al Hijo del Eterno!... Esta respuesta no podría ser más que un gesto de misericordia inútil; porque ya ruge por encima de sus cabezas el trueno más terrible de la venganza del Cielo, llevando consigo el rayo que hiere y castiga. ¡Oh día, el más negro y sangriento de todos los días del tiempo, yo te saludo y me inclino ante tu espantosa belleza! ¡Día de justicia, tú eres el más impo- nente de todos los hijos de la eternidad! Voy á abrir el compás que mide tu duracion; oigo el ruido de la balanza en que han de pesarse los mundos; veo la misericordia oculta bajo las palmas que agitan las santas cohortes del Cielo. Pero vosotros, que salisteis ayer del polvo del pecado, vosotros, que llevais la audacia hasta la rebeldía contra el Eterno; vosotros vereis llegar el día del trueno, que ha de precipitaros en el abismo. Cierro más estrechamente mis sombrías alas, y callo; pero, sabedlo bien: ¡la nube que me envuelve es el anuncio de la destruccion; mi silencio es la nada!»

El Mesías tiene fijos sus ojos en el Cielo; pero su tranquilidad es siempre la de un simple mortal. Los mismos serafines apenas conocen al Rey de los Cielos en esta

paciente resignacion, que espera que el torrente de la corrupcion humana haya derramado sobre ella la última gota de las emponzoñadas ondas que le trae el curso interminable de los siglos pasados.

Volviéndose en fin á Caifás, le dice:

—«Soy el que acabas de nombrar, y toco el momento de consumir mi obra. Sabedlo, pues, todos los que me escuchais: el hombre que os parecia polvo como vosotros, el hombre nacido de una madre mortal, se sentará á la diestra de Dios-Padre, y vosotros mismos le vereis descender á la Tierra sobre las nubes del Cielo.»

Así se digna por un instante levantar el velo del porvenir el Hombre-Dios, que al fin del tiempo vendrá á suspenderse sobre las ruinas del Universo, más terrible que el ángel exterminador, cuando, en medio de la más negra de las noches, hace resonar las lúgubres cuerdas del salterio de la muerte.

Empujado por la cólera, como la caña por la onda que la arranca, levántase Caifás, da unos pasos adelante, desgarras sus vestiduras, pasea al rededor una mirada fiera, y exclama con acento de ira:

—«Ya le habeis oido blasfemar. ¿Para qué más testimonios? Decid: ¿qué pena merece el que viola la santa ley de Moisés, y ultraja al Eterno llamándose Dios como él?»

—«¡La muerte! ¡la muerte!» exclama á una voz toda la impía reunion.

A este grito de furor, que le parece salir de su propio pecho, levántase Filon triunfante, y dice:

—«¡Sí, que muera! ¡que muera con la muerte de los criminales! ¡que sea condenado al suplicio lento y terrible de la cruz! No haya para él sepultura que pueda cubrirse de yerba y flores; abandónense sus restos á la tempestad,

que los disperse y aniquile, á fin de que el día del último juicio no oiga la señal de la resurreccion.»

Excitada por estas palabras, la multitud se precipita sobre el Mesías, y lo arrastra fuera.

Gabriel y el divino Elohá, velados por una sombría nube, ciernen sus alas sobre el Salvador.

¡Musa de Sion! préstame el velo con que te envuelves, cuando en tu sublime vuelo te acercas al santuario de los Cielos; porque voy á repetir el dulce coloquio de los dos serafines que acompañan al Mesías.

—«¡Cuán profundos son, hermano mio, los arcanos de Dios! exclama Elohá. Yo he visto nacer las estrellas, y he sido testigo de todas las maravillas de la creacion; pero lo que acaba de pasar ante mis ojos las supera todas. ¡Hé ahí al Mesías, juzgado por Jehová en el monte de las Olivas; al Hijo del hombre, que ha soportado el juicio con la fortaleza de un Dios, y que con una sola mirada me ha devuelto el esplendor que habia perdido á vista de sus sufrimientos; héle ahí abandonado al furor del populacho!»

—«¡Él! añade Gabriel; ¡Él, que mandará á la tempestad reunir el polvo de los huesos humanos! ¡Él, que, en medio de los gritos de dolor que este nuevo alumbramiento arrancará á la Tierra agonizante, vendrá con la caída de las estrellas á juzgar el Universo!... ¿Te acuerdas, Elohá, te acuerdas del instante en que dijo: *¡Haya luz!* y hubo luz? ¿del instante en que, precedido de un aliento vivificador, sembró en los espacios los astros y creó los Cielos?»

—«¡Oh! sí, ¡bien me acuerdo! Y tú, ¿te acuerdas del día terrible en que reunió la noche eterna en una masa informe, semejante á las ruinas de los soles y á los despojos de mil mundos destruidos? Entonces dijo á la devoradora llama: ¡Alumbra y anima este cadáver del caos! Y el fuego

destructor surcó los campos de la muerte y de la condenacion, y del fondo de aquel abismo espantoso se levantaron hácia el infinito gritos de desesperacion. ¡El Infierno acababa de nacer!»

Mientras los dos serafines se representan así en todo el esplendor de su poder el Dios que viles mortales acaban de condenar á una muerte ignominiosa, Porcia levanta los brazos al Cielo, y le dirige esta dulce plegaria:

—«¡Oh tú, el más grande de los dioses; tú, que has creado los mundos; tú, que has dado al hombre un corazón para adorarte y amar á sus hermanos, Júpiter ó Jehová, cualquiera que sea el nombre que te den! tú no eres el Dios de Rómulo, ni el Dios de Abraham, sino el Dios de toda la humanidad; todos somos hijos tuyos. Permíteme, ¡oh Dios! implorar tu misericordia en favor del hombre á quien acaban de condenar. ¿Es un espectáculo agradable para tí el de la inocencia vilmente inmolada por el odio y la injusticia? ¡Oh! no: los hombres corrompidos aplauden todo lo que los conmueve fuertemente; pero el que manda á las estrellas no puede querer más que el bien, protegiéndolo y aun recompensándolo. Yo no tengo más que lágrimas para el hombre virtuoso que quieren sacrificar. ¡Dios del universo! ampárale tú que puedes; y si la admiracion no es incompatible con tu esencia divina, admíralo también, porque su paciencia y resignacion lo elevan sobre el nivel de la especie humana.»

A la tierna plegaria de la noble matrona sucede un lúgubre gemido, que parte de un oscuro rincón del patio del palacio, donde se ha refugiado Simon Pedro.

Juan, detenido en el pórtico, conoce la voz de su amigo, y acude hácia él.

—«¡Oh! yo te lo ruego, dice: cuéntame lo que han

hecho de nuestro maestro. Tus gemidos y lágrimas me estremecen: habla, habla, amigo, y ten compasión de mí.»

—«Jesús está perdido, contesta Pedro al fin; pero, ¡ay! yo lo estoy más que él: déjame, Juan, morir solo y desesperado. Iscariote, el traidor Iscariote lo ha vendido, y yo... yo lo he negado en presencia de todos los que me han visto en su compañía. Déjame, Juan bienaventurado, pues le has sido fiel; ¡déjame morir solo y desesperado!»

Dice, y huye á través de las calles envueltas aun en las sombras de la noche. Perseguido por las torturas del más íntimo arrepentimiento, el afligido discípulo no sabe á dónde dirige sus pasos, hasta que tropieza en el ángulo de un edificio y cae anonadado. Lejos de procurar levantarse, apoya su abrasada frente en el suelo, humedecido ya por el rocío matutinal, y exhala las angustias de su alma en estas entrecortadas quejas:

—«Huid, horribles visiones, que traspasais mi corazón con mil agudas espadas; desviad de mí vuestras miradas fulgurantes, rayos de justicia que me azotais desde mi gran pecado, porque negué, negué, negué á mi maestro divino, al amigo adorado, á quien amaba más que ningun mortal amará nunca. ¡Alma pusilánime! alma, alma mía, ¿qué has hecho? No, no, ya no te reconocerá tu Señor, cuando rodeado de sus fieles discípulos venga á juzgar el Universo. ¡Ay! ¡ay de mí! yo me he juzgado á mí mismo. Maestro, Señor, ten piedad de tu discípulo, mirando las angustias de mi arrepentimiento, este dolor que va imprimiendo el sello de la muerte en mis fatigados miembros, que se retuercen estremecidos de espanto, y no se hielan sin embargo.»

La palabra muere en sus trémulos labios; pero Dios

vuelve á él sus ojos de misericordia, y le envía el consuelo de las lágrimas.

Una sonrisa de Orion, su ángel custodio, que está en pie junto á él, le reanima, y Pedro levanta al Cielo sus inundados ojos, diciendo:

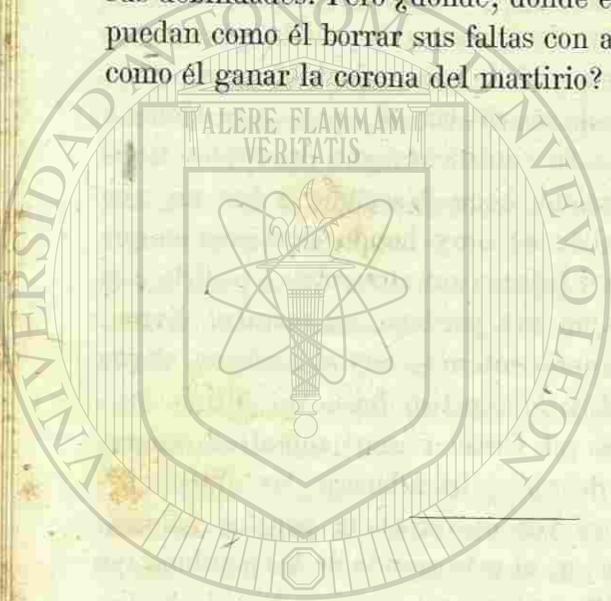
—«Padre de los hombres y de los ángeles, padre del Mesías, tú que lees en mi corazón, comprendes el estremecimiento que lo destroza desde que mis labios negaron á tu Hijo. Soy indigno de morir con él, pero concédeme á lo menos que, antes de santificar á sus discípulos fieles con su última bendición, haga descender sobre mí una mirada de misericordia: es muy hondo el abismo en que he caído; es mucha mi bajeza para atreverme á pedirle una mirada de amor... Que me perdone mi maestro divino, y yo iré á decir al mundo entero: ¡Soy el indigno siervo del Hijo del Hombre! y lo repetiré hasta mi último suspiro. Mientras quieras ¡oh Creador mio! mientras quieras dejarme un aliento de vida, iré á buscar las almas piadosas para decirles con voz entrecortada por los sollozos: ¡Yo he conocido al mejor, al más grande de los hombres; yo he visto al Hijo del Eterno! yo, vil pecador, he sido su discípulo; él me amó como ama á todos sus hijos; yo no era digno de su amor; yo lo he negado en la hora del peligro; tres veces lo he negado cobardemente... ¡y sin embargo, yo le había visto dar de comer á los hambrientos, curar á los enfermos y resucitar á los muertos!»

«Por estas grandes y sublimes acciones le han hecho morir los enemigos de Dios; y el Eterno lo ha permitido, porque su Hijo había ofrecido su vida por la redención del linaje humano.

«Venid, seguidme todos los que me escuchais: vamos al suplicio detrás de él. ¿Quién podrá sobrevivir á la certeza

de su muerte?... ¡Jesús! ¡Hombre divino! ¿dónde estás? ¿Cuál es la sepultura en que dormirás, si es que tus implacables enemigos te conceden sepultura?»

Así gime Simon Pedro, el discípulo cuyo error de un momento se complacen en citar los mortales para disculpar sus debilidades. Pero ¿dónde, dónde están los hombres que puedan como él borrar sus faltas con acciones sublimes, y como él ganar la corona del martirio?



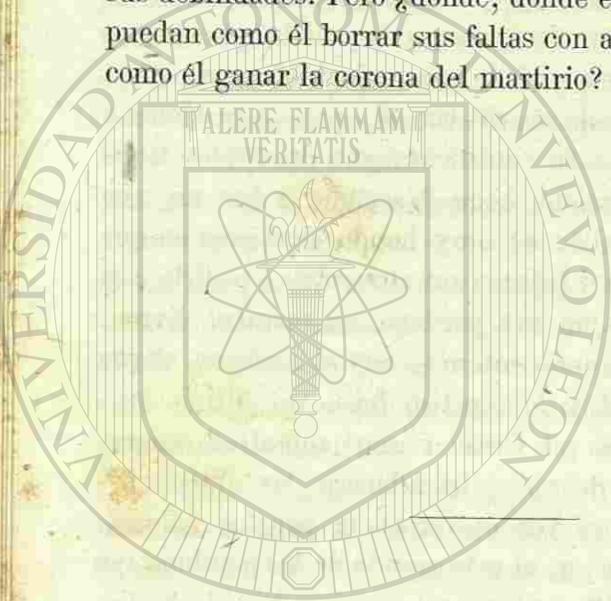
## CANTO VII.

El día señalado para la muerte de Jesús comienza á alumbrar al mundo, y Elohá lo saluda con un himno de duelo. — Los sacerdotes conducen al Mesías ante Pilato. — Filon y Caifás le acusan de blasfemo y de rebelde. — Muerte de Judas. — Pilato, que ha llevado aparte á Jesús para interrogarle, vuelve con él, declarando que no le considera culpable, y que es menester remitirlo á Herodes. — Llega María y reconoce á su hijo. — Su amargura y sus lágrimas. — Implora la proteccion de Porcia. — La noble romana procura consolarla, y envia una esclava á decir á Pilato que no condene á Jesús. — Sueño de Porcia, en el cual Sócrates le hace conocer la naturaleza divina de Jesús. — Herodes exige del Mesías que obre algunos milagros en su presencia: el Mesías guarda silencio, y Herodes indignado, le escarnece y envia otra vez á Pilato. — La esclava de Porcia comunica el mensaje de su señora. — Pilato hace traer á un bandido célebre, llamado Barrabás, y lo presenta al pueblo con Jesús, para decidirle á dar libertad al Mesías. — Filon adivina las intenciones de Pilato, y arenga al pueblo, que, extraviado por su discurso, absuelve al facineroso. — Pilato se lava solemnemente las manos ante el pueblo. — Jesús es azotado y coronado de espinas. — Después de esta cruel ejecucion, Pilato pide otra vez gracia para Jesús; pero los sacerdotes le intimidan, reprochándole la deslealtad de defender al enemigo del César. — El pretor, espantado con esto, les entrega á Jesús, que es conducido al suplicio.

Rodeado de los celestiales custodios de la Tierra, y llevado por la más bella de las nubes matutinales, el divino Elohá se ciérne sobre la Judea. Bajo sus poderosos dedos se estremecen las cuerdas de su arpa, como se estremecerán un día los miembros de los resucitados, cuando sacudan de sus aéreas vestiduras los últimos átomos de las cenizas de la muerte; y á sus sublimes acordes une su voz este llamamiento de los Cielos:

de su muerte?... ¡Jesús! ¡Hombre divino! ¿dónde estás? ¿Cuál es la sepultura en que dormirás, si es que tus implacables enemigos te conceden sepultura?»

Así gime Simon Pedro, el discípulo cuyo error de un momento se complacen en citar los mortales para disculpar sus debilidades. Pero ¿dónde, dónde están los hombres que puedan como él borrar sus faltas con acciones sublimes, y como él ganar la corona del martirio?



## CANTO VII.

El día señalado para la muerte de Jesús comienza á alumbrar al mundo, y Elohá lo saluda con un himno de duelo. — Los sacerdotes conducen al Mesías ante Pilato. — Filon y Caifás le acusan de blasfemo y de rebelde. — Muerte de Judas. — Pilato, que ha llevado aparte á Jesús para interrogarle, vuelve con él, declarando que no le considera culpable, y que es menester remitirlo á Herodes. — Llega María y reconoce á su hijo. — Su amargura y sus lágrimas. — Implora la proteccion de Porcia. — La noble romana procura consolarla, y envia una esclava á decir á Pilato que no condene á Jesús. — Sueño de Porcia, en el cual Sócrates le hace conocer la naturaleza divina de Jesús. — Herodes exige del Mesías que obre algunos milagros en su presencia: el Mesías guarda silencio, y Herodes indignado, le escarnece y envia otra vez á Pilato. — La esclava de Porcia comunica el mensaje de su señora. — Pilato hace traer á un bandido célebre, llamado Barrabás, y lo presenta al pueblo con Jesús, para decidirle á dar libertad al Mesías. — Filon adivina las intenciones de Pilato, y arenga al pueblo, que, extraviado por su discurso, absuelve al facineroso. — Pilato se lava solemnemente las manos ante el pueblo. — Jesús es azotado y coronado de espinas. — Después de esta cruel ejecucion, Pilato pide otra vez gracia para Jesús; pero los sacerdotes le intimidan, reprochándole la deslealtad de defender al enemigo del César. — El pretor, espantado con esto, les entrega á Jesús, que es conducido al suplicio.

Rodeado de los celestiales custodios de la Tierra, y llevado por la más bella de las nubes matutinales, el divino Elohá se ciérne sobre la Judea. Bajo sus poderosos dedos se estremecen las cuerdas de su arpa, como se estremecerán un día los miembros de los resucitados, cuando sacudan de sus aéreas vestiduras los últimos átomos de las cenizas de la muerte; y á sus sublimes acordes une su voz este llamamiento de los Cielos:

«¡Despiértate, creacion de la eternidad! ¡Dia del sacrificio, rasga el velo del pasado y del porvenir! ¡deja el argentado lecho donde reposas muellemente en el seno de lo infinito!...

«¡Silencio! ¡El dia tan suspirado llega! su nombre es *Misericordia*, y con él lo saludan los oriones del Cielo; y los mundos y los soles y las estrellas, á pesar de su infinita pequeñez, reconocen en él un mensajero de sangre y de perdon, de venganza y de amor.

«¡Oh mi arpa divina! ¡une tu armonía á todas las voces del Universo que celebran este gran dia! Sus nacientes rayos, cayendo en el polvo, harán surgir de él espíritus angélicos, y al ocultarse en su Ocaso, el reposo y la felicidad eterna formarán su cortejo...

«Mis miradas se hunden hasta la Tierra, donde veo un monte fúnebre; y este monte es un altar, y el altar tiembla al acercarse la víctima. Anté semejante víctima el altar temblaría tambien, aun cuando para construirlo hubiera Jehová tomado estrellas del infinito, como los mortales toman piedras de los rios para edificar sus mezquinas viviendas.

«Por todas partes, en derredor mio, corren y flotan los mundos más jubilosamente en el Empíreo; las arpas del santuario de Dios resuenan por sí mismas; las coronas de los serafines se inclinan. La creacion entera se prosterna ante la realizacion de un pensamiento que el Eterno concibió, y que él solo puede abarcar en toda su inmensidad.»

Los Cielos repiten en triunfo el himno de Elohá; pero en la Tierra no encuentra eco este canto. En ella una turba de miserables, sedientos de sangre, se dispone á realizar la más negra de las maldades que engendró nunca el Infierno.

Caifás ha reunido á los sacerdotes y á los ancianos en una

estancia interior, y delibera con ellos sobre las medidas que deben tomarse para ejecutar al Mesias sin ofender á Pilato, y sin que el pueblo se subleve.

Cansado de las precauciones que el Consejo cree indispensables, Filon baja al patio en que Jesús, rodeado de guardias, esta sentado cerca de un fuego moribundo, y allí se pasea con la más viva agitacion. La dulce resignacion, la calma divina del Mesias excitan más fuertemente el odio salvaje del fariseo. Jamás habia confiado nada al azar, y más de una vez habia sacrificado una venganza personal al temor de ver fracasar su elocuencia y su crédito ante la versatilidad del pueblo. Pero en este momento se promete perecer antes que dejar á su víctima la menor probabilidad de salvacion. En vano quiere brotar en el fondo de su alma un débil sentimiento de humanidad: el fariseo lo ahoga con una blasfemia, y vuelve luego al Consejo.

—«¡Todavía estais deliberando! exclama con infernal sonrisa de sarcasmo. Ya empieza á rayar el dia: ¿quereis que al declinar viva aun el enemigo de Israel, á quien habeis condenado á expiar sus maldades sobre el Gólgota?»

Estas palabras bastan para terminar las irresoluciones de los sacerdotes y ancianos, y todos se levantan para seguir á Jesús, á quien la soldadesca conduce á casa de Pilato.

A cada paso aumenta la multitud, pues todo Jerusalem sabe ya el acontecimiento de la noche.

El Mesias sube las gradas del palacio de *Gabatha* (1): sus acusadores le siguen, y el resto del pueblo se agrupa en la plaza.

Advertido de la llegada de un acusado, Pilato se sienta en su tribunal. Este romano, degenerado, pero bastante

(1) Nombre del palacio del pretor romano que gobernaba la Judea.

prudente para afectar la exterioridad de las antiguas virtudes de su patria, se admira de ver á todos los jefes de Israel en el séquito de un culpable, cuyo traje anuncia una clase oscura.

—«Nobles padres de la Judea, les dice: ¿quién es ese hombre á quien os dignais seguir así? ¿Será una ilusion de mis ojos? ¡Hasta Caifás viene entre vosotros!»

El gran sacerdote se adelanta, y dice:

—«Los sacerdotes y ancianos de Israel se congratulan de que no los creas capaces de acusar á un inocente. El hombre que conducimos á tu presencia, es el mayor de los criminales que hayan comparecido ante tu tribunal, desde que gobiernas la Judea. Ha profanado el templo, quiere destruir nuestro culto, y seduce al pueblo con palabras mágicas y prestigios infernales. Más de cien veces ha merecido ya la muerte.»

—«Y ¿por qué, pregunta Pilato con sarcástica sonrisa; por qué no lo condenais segun vuestras leyes?»

Esta alusion al yugo que Roma ha impuesto al pueblo de Israel hiere el orgullo de Caifás; pero acostumbrado de mucho tiempo atrás á fingir y disimular, contesta con tono afectuoso y sumiso:

—«Tú quieres sin duda probar mi respeto hácia el César, pues sabes que la alta justicia que dispone de la vida de un culpable no nos pertenece ya, habiéndose reservado exclusivamente nuestros señores ese derecho. No murmuro; antes bien juro obediencia al gran Tiberio, el padre del pueblo, el Señor de Israel y de todo el mundo. Yo le seré fiel; hago sinceros votos por su gloria y por su felicidad; y si odio á Jesús que está delante de tí, es porque es más enemigo vuestro que de nosotros. Con su elocuencia sediciosa atrae el pueblo á los desiertos, donde con ayuda de su

negra mágia, alimenta sus cuerpos, mientras fascina sus espíritus, repitiéndoles que es el profeta anunciado por las Escrituras, y que es el rey de Israel. En virtud de estas culpables maquinaciones, el pueblo está dispuesto á sacudir la benéfica dominacion de Roma, para hacer de este temerario impostor su soberano y su Dios. Testigo has sido tú de su entrada triunfal en Jerusalem; tú mismo has oido el *hosanna* con que se le ha proclamado y acogido. Ante ese triunfo, no ya solo se ha estremecido la sagrada cumbre del Mória, sino que tambien se han conmovido los cimientos de este palacio, asiento del poder romano en la Judea.»

Pilato no contesta á esta exagerada acusacion sino con una sonrisa de lástima. Filon siente la necesidad de reparar la torpeza del gran sacerdote, y acercándose al Pretor, le dice:

—«Ilustre representante del César, tú castigarás al culpable, no porque le temas, sino por hacer justicia. ¿Qué podrias tú temer de Jesús? Demasiado perspicaz para no adivinar su ambicion en medio de su fingida humildad, sabes que este hombre, tan débil ahora que te se presenta cargado de hierros, es el más audaz y el más pérfido de los rebeldes. Apenas habia inducido al pueblo por medio de sus falsos milagros á proclamarle rey, cuando huía de sus homenajes para darle una alta idea de su modestia, conociendo los obstáculos que se oponen á sus proyectos; porque no bastaria que expulsase de la Judea á los romanos, sino que habria de exterminarnos á todos. Sí, los sacerdotes y los ancianos de Israel derramarán hasta la última gota de sangre en defensa de Roma y en la tuya propia, ¡oh Pilato! No debes dudar de ello, pues conoces nuestra lealtad. Pero tú nos ahorrarás los peligros que nos amenazan, condenando á este supuesto rey, que jamás hubiera tenido el funesto

honor de turbar el reposo de Jerusalem, si no lo hubieras despreciado tanto tiempo como un enemigo indigno de tu cólera.»

El Hombre-Dios, entregado íntegramente al cumplimiento de su alta misión, guarda silencio, y no hace caso ninguno de los míseros mortales que se agitan á su alrededor. No de otro modo el héroe que quiere librar á su patria de las hordas conquistadoras que la han invadido, marcha al combate sin ver el polvo que se arremolina á sus piés.

Admirado de su digna tranquilidad, Pilato le dirige la palabra.

— «¡Nada respondes á las inculpaciones que te hacen! ¿Temes por ventura defenderte ante una reunión tan numerosa? Ven, quiero interrogarte á solas, y espero que me contestes.»

Dice, y se levanta, saliendo del pretorio. El Mesías le sigue.

La incertidumbre, con paso vacilante, semblante pálido y mirada inquieta, se desliza en medio de los sacerdotes y ancianos. Un temblor involuntario los sobrecoje, y quedan mudos é inmóviles, entregándose á las más alarmantes conjeturas.

Espantado de la suerte que ha preparado á su maestro, Judas Iscariote procura abrirse paso por entre la multitud que llena todas las calles de Jerusalem. Quiere volver al palacio de Pilato; pero ¿con qué objeto? Él mismo lo ignora; y así se deja fácilmente desviar por las oleadas de gente, que lo empujan en todos sentidos.

Al llegar cerca del templo, se precipita en él fuera de sí. No es el arrepentimiento, es la desesperación lo que ha reemplazado en su corazón al furor del crimen.

Apenas pasa el sombrío pórtico, cuando vislumbra bajo

las sagradas bóvedas á los sacerdotes encargados por Caifás de velar en estos momentos de turbación por la seguridad del santuario.

A su vista, el semblante del traidor se pone lívido, sus dientes se chocan, todo su cuerpo se estremece y tiembla; y arrojando con rabia la suma que había recibido por precio de su traición, exclama:

— «Ahí teneis vuestro infernal dinero. El hombre que os he entregado es inocente, y es el más grande y divino de los profetas. ¡Su sangre clama venganza, y el anatema del Infierno pesa ya sobre mi cabeza!»

Dice, y huye lejos del templo y de Jerusalem. El aspecto de un semblante humano lo espanta, y su frenesí lo empuja hácia el mismo lugar en que el espíritu de las tinieblas lo extravió por medio de un sueño pérfido.

Allí se detiene. Ningun ser viviente se mueve en torno suyo; ningun sonido, ni el más leve rumor hiere su oído... todo es soledad, silencio todo. En vez de la calma que esperaba encontrar en aquel aislamiento, sus angustias son cada vez más desgarradoras; y en esta disposición de ánimo gime y se habla á sí mismo.

— «¡Muere, miserable! ¡tus tormentos acabarán con tu vida!... El Dios de Moisés ha dicho: *¡No matarás!*... ¿Qué me importa el Dios de Moisés? yo no le conozco ya. La desesperación: hé aquí el Dios del traidor: él me ordena morir. ¡Muere, pues, cobarde! ¡Tiembles! El amor de la vida se despierta en tí: quieres vivir, ¡tú, vil asesino! ¡vivir, cuando un sepulcro cavado con tus manos te rodea por todas partes!... Y tú, alma mía, que osas rebelarte, ¡tú te crees inmortal! No, no esperes vivir después de mi muerte para perpetuar mis sufrimientos: tú perecerás conmigo; un nuevo crimen te va á hundir en la nada.»

Ithuriel, su ángel protector, y Obbadon, el ángel de la muerte, han seguido á Judas y le observan en silencio. Afligido por la perdición cierta del infeliz mortal confiado á su guarda, Ithuriel suspira profundamente.

—«Yo te lo abandono, dice al sombrío Obbadon; es necesario, conozco la suerte que le espera. He querido verle por la última vez; porque le amaba y le amo aun, y sin embargo te lo abandono... El Eterno lo quiere así. Cumple sus inmutables decretos, tú, el terrible agente de su cólera. El Eterno te llama cuando castiga: mi misión es bendecir y proteger, y esta concluye cuando tú apareces.»

Dice, y huye velándose el semblante.

Obbadon fija en Iscariote miradas amenazadoras, y le dirige estas palabras terribles:

—«¡Caiga sobre tu cabeza la sangre que vas á derramar! ¡Hombre de tierra, vas á extinguir tu sol! La muerte y la vida estaban ante tí; tú has elegido. ¡Extinguete brillante sol de la vida! ¡Llegad, terrores de la agonía! ¡Sepulcro tenebroso y frío, ábrete! ¡Destrucción, recibe al suicida! ¡Que su sangre caiga sobre él mismo!»

Judas oye la voz del inmortal, y en su delirio cree reconocer los acentos del Mesías muerto en la cruz.

—«¿Pides mi sangre? ¡Tómala; héra aquí!»

Y con la mirada fija, el pecho jadeante, los cabellos erizados y los labios contraídos por una sonrisa satánica, aprieta el nudo fatal que ya rodea su cuello..... (1) El aire falta á su pecho.....

El ángel de la muerte retrocede horrorizado. El corazón

(1) Existen muchas tradiciones sobre el género del suicidio de Judas. Según unas, el mismo se desgarró las entrañas; según otras, se colgó de un sahuco. En virtud de esta última tradición sin duda, los Youatz, habitantes de los altos Karpatos (montañas de Hungría), miran el sahuco como un árbol maldi-

de Judas se rompe, cesa de latir, y su alma desesparada se agarra más fuertemente al cuerpo que le servía de morada.

Obbadon la obliga con un gesto á abandonar la frente del moribundo. El principio de la vida se separa del cadáver, y es ya solo un ser ligero, débil, imperfecto; halla otra vez la facultad de pensar y de sentir, pero no es ya accesible más que al dolor.

—¿Quién soy? exclama. ¡Judas acaba de morir, y Judas vive otra vez! Mis horribles despojos están todavía ahí, frios é inanimados!... ¡Mis formas nuevas son vagas, tenebrosas, siniestras como mis sensaciones!... ¿Soy el hijo de la noche ó del caos?... ¿Qué sombra terrible es la que veo sobre ese monte? Brilla con un resplandor espantoso. ¡Maldición sobre tí, Judas Iscariote, maldición! ¡Es el Juez del Universo! ¡Huye, huye desgraciado! ¡huye á las entrañas de la Tierra!»

Obbadon, todavía en pié sobre el monte, le grita con voz terrible:

—«Yo no soy tu juez; soy el más implacable de sus mensajeros... soy el ángel exterminador. Hé aquí tu sentencia sobre la Tierra; otra más tremenda te espera allá arriba. Tú has vendido al Hombre-Dios; tú te has rebelado contra el que tiene en una mano la balanza y en otra la muerte; tú acabas de quitarte la vida que él te había dado. Los tormentos reservados á los traidores son incommensurables. Sígueme al pié de la cruz: es necesario que veas la mansión de la ventura eterna, y que caigas después precipitado por mí á los profundos abismos.»

to, una de cuyas ramas puede llevar la desgracia á un pueblo entero. Klopstock no admite ninguna de estas versiones: Judas, según él, no se cuelga, ni se desgarrá las entrañas; se estrangula. Esta innoble y dolorosa muerte le parece más en armonía con el crimen del traidor.

Dice; y el alma temblorosa de Judas se oscurece; una densa nube negra la envuelve, la arrebatada y arrastra detrás del ángel exterminador.

¡Pronta y terrible es la justicia del Eterno!...

Ya está borrado Judas de la lista de los vivos, y Pilato interroga aun al Mesías en la estancia á que se ha retirado con él. Más convencido que nunca de que los padres de Israel quieren sacrificar á su oído personal un hombre tan virtuoso como pacífico, procura persuadirle con benevolencia á rechazar las inculpaciones que le hacen.

—«Contesta sin rodeos, le dice: ¿eres rey de Judea?»

Jesús contesta con majestad y dulzura:

—«Si yo fuera un rey de este mundo, un rey como todos esos que los romanos han sometido á su imperio, tendría un pueblo y ejércitos para defender mis derechos. No, yo no soy un rey de este mundo.»

—«Te llamas rey, sin embargo.»

—«Lo soy en efecto. He descendido á la Tierra para traer á ella la verdad. El que se consagra á esta verdad santa, hija del Cielo, ese me comprende.»

—«¿Y qué es la verdad?» pregunta Pilato.

Y con la sonrisa de un hombre de mundo, que por evitar una discusión superior á sus alcances, finge desdeñarla, hace una indicación á Jesús para que le siga, y vuelve con él al pretorio.

—«He interrogado á este hombre, dice á los sacerdotes, y en mi sentir no ha hecho nada que merezca la pena de muerte. Decís que ha sublevado el pueblo de Galilea. Pues bien, la Galilea está bajo las órdenes de Herodes, y voy á enviarle el acusado, pues á él corresponde juzgarle.»

Dice, y los soldados se disponen á conducir al Mesías al palacio del príncipe.

En este momento, María pugna por hender la multitud. Agitada por funestos presentimientos, ha pasado la noche llorando, y con los primeros albores del crepúsculo, llega á Jerusalem buscando á su amado hijo. El tumulto que reina en todas las calles de Jerusalem la asombra, y el movimiento de la misma multitud la empuja al palacio de los romanos.

Esta madre infortunada dista mucho de sospechar la causa de la agitación del pueblo; y sin embargo, está inquieta y oprimida. De pronto descubre á Lebbeo, que no lejos de ella se apoya en una columna. Este encuentro la tranquiliza: se adelanta hácia el discípulo; pero este desaparece.

—«¿Por qué huye de mí?» se pregunta María.

Y la espada de dolor, que en tal instante debía hacerle sufrir todas las torturas de una larga vida de miserias, traspasa su corazón: acaba de ver á su hijo en pié ante el tribunal del Pretor.

Una palidez mortal tiñe el semblante de María; sus ojos quedan inmóviles, sus facciones se alteran, sus rodillas tiemblan.

Su ángel de guarda comprende su aflicción, y se cubre con un velo de luto.

El mismo dolor reanima á la madre de Jesús, la cual recobra la facultad de ver y oír. Por segunda vez sus ojos se fijan en el acusado, en el juez y en los sacerdotes acusadores. Los gritos del pueblo, que pide con furor la muerte del hombre que algunos días antes había proclamado por su rey, hieren los oídos de la desgraciada madre, que en vano busca en torno de sí una mirada de compasión, un rostro en que pueda leer que Jesús no está perdido todavía. Abandonada de los hombres, su alma se eleva al Cielo.

—«Tú, dice; tú, que me enviaste el más bello de los

ángeles para anunciarme el hijo que me destinabas; tú, que en el valle de Bethlem me inundaste de alegrías maternales; tú, que oíste propicio á la madre de Samuel, cuando regó con sus piadosas lágrimas las gradas de tu altar; no desoigas mi voz, Señor, y ten misericordia de mí. ¿Me ahorraste los dolores del parto, solo para condenarme á tormentos mil veces más crueles? ¡Señor! ¡Señor! tú que das á los Cielos himnos eternos para celebrar tu gloria, y das á los mortales lágrimas ardientes para implorar tu gran misericordia, salva, salva á mi hijo; ¡sálvale por piedad!»

Así gime la madre del Mesías.

Y el Cielo es sordo á su plegaria, sin enviarle consuelo ni esperanza.

Extraviada por el dolor, María se refugia en una galería solitaria que conduce á los aposentos del Pretor, y lágrimas copiosas alivian en fin su oprimido corazón.

—«¡Ay! exclama luego: ¡si este dorado palacio encerrara un alma generosa! ¡si en medio de este lujo y magnificencia pudiera encontrar un corazón de madre! ¡si Porcia fuera buena y compasiva como dicen!... ¡Serafines! vosotros que celebrásteis con vuestros celestiales cánticos al niño que acababa de nacer en un establo, haced que sea verdad lo que se dice de la mujer del Pretor.»

Una mujer aparece en el fondo de la galería: es Porcia. Está pálida; sus cabellos flotan en bucles sobre su gracioso seno, y á través de los vestidos que la cubren con esa elegancia imponente que caracteriza á las matronas romanas, se nota el ligero temblor que conmueve sus delicados miembros. Llena de inquieta agitación avanza rápidamente; y viendo de pronto á María, se detiene con gran admiración.

La belleza de la madre de Jesús brilla con ese esplendor civil que solo el dolor puede dar, y que impone amor y

respeto á todos los corazones generosos; porque les recuerda que, durante esta vida de un día, solo el dolor es hijo del Cielo, pues la alegría, aun inocente y pura, es una ilusión.

La noble romana contempla á María con piadosa veneración, y le dirige estas palabras:

—«¡Ah! dime quién eres. Jamás he visto tanta dignidad unida á tanta dulzura, ni he visto jamás en ojos mortales lágrimas tan simpáticas. Mucho sufres, mujer; pero tu dolor es tan divino, que apenas me atrevo á ofrecerte consuelo.»

María contesta:

—«Si la dulce piedad que rebosa en tus ojos y en tus labios llena también tu corazón, llévame cerca de Porcia, pues á Porcia vengo buscando.»

—«En tu presencia está: yo soy Porcia.»

Una viva alegría reanima por un momento el triste semblante de María.

—«¡Ah! ¡eres tú! exclama. Desde que mis ojos te vieron, mi alma voló al encuentro de la tuya, sin más deseo que el de que la ilustre compañera de Pilato te se pareciera. ¡Oh Porcia! bien comprendes el dolor de una madre, aunque esta madre pertenezca á un pueblo que el tuyo aborrece y desprecia. Sábelo, pues, noble matrona: el hombre á quien Pilato acaba de interrogar, acusado de crímenes odiosos por calumniadores impíos, cuando su vida entera es una serie de hechos sublimes, ese hombre es hijo mío.»

Una emoción más noble, más grande que el sentimiento de simple compasión, retiene á Porcia inmóvil y muda.

Al fin puede decir:

—«¡Dichosa mujer! ¡tú eres María, la madre de Jesús de Nazareth!»

Y levantando las manos al Cielo, añade con piadosa exaltación:

—«¡Divinidades benéficas! Divinidades sin nombre, que habeis turbado mi reposo con un sueño solemne, benditas seais; pues vosotras sin duda habeis enviado cerca de mí á la madre del más grande de los hombres. No, no implores mi piedad, dichosa María; antes yo imploro la tuya: llévame cerca de tu noble hijo, para que su mirada disipe las tinieblas de mi razón, y su palabra me enseñe cómo he de adorar á los dioses.»

De estas dos piadosas mujeres, la una marcha ya por la vía de la salvación, mientras que la otra la busca con todo el ardor de un corazón lleno del amor divino. Estas secretas simpatías bastan para unir las; pero aun no saben comprenderse.

—«Porcia, tú me amas, dice María mirando á la joven romana con una expresión inefable de ternura y confianza. Sí, tú comprendes y aun compartes las angustias de la más desgraciada de las madres; mas para aliviar estas angustias, no implores á tus impotentes dioses. Si entra en los decretos del Eterno que mi hijo se salve, por tí, por tí sola puede salvarse. Tú sola puedes impedir que el Pretor se manche con la sangre del más justo de los hombres. Influye cerca de Pilato para que no se derrame esa sangre divina, que pesaría terriblemente sobre él cuando comparezca ante el Dios de los dioses.

Una sonrisa misteriosa y melancólica entreabre los labios de Porcia, y embellece más aun todo su semblante.

La noble matrona se inclina hácia María, y con ese acento tímido que caracteriza las confidencias íntimas, le dice:

—«Voy á dejarte leer en mi corazón agitado por emociones nuevas para mí. Ante todo, tranquilízate, María;

pues haré todo cuanto esté en mi poder para salvar á tu hijo, como lo hubiera hecho, aunque no hubieses venido tú á solicitarlo de mí. Un poder sobrenatural, superior á esos dioses cuyo auxilio has creído que imploraba, me ha enviado esta noche un sueño, que me ha llenado de santo terror. Sus visiones eran al principio misteriosas y dulces; después se hicieron espantosas... Me he despertado repentinamente, y me dirigia al Pretorio para defender al hombre que se me habia aparecido en sueños, cuando te encuentro á tí, que eres su madre.»

Y volviéndose á la esclava que la habia acompañado, le dice:

—«Vé cerca de Pilato, y dile de mi parte, que un sueño me ha revelado que Jesús es el más grande y virtuoso de los hombres, y que los dioses quieren que sea absuelto.»

Dice; y tomando del brazo á María, desciende con ella la escalera de mármol que conduce al jardín.

—«Ven, ven, le dice; en esta galería nos turba el tumulto y gritería de la multitud. Aquí, en medio del embalsamado silencio de las flores y bajo las risueñas alas de la aurora, que ya deja caer sus dulces lágrimas sobre la tierra que embellece, aquí quiero confiarte las maravillas de mi visión profética.»

Y en diciendo esto, calla y permanece abismada en sus misteriosos pensamientos.

Su ángel custodio, enviándole un sueño revestido de formas familiares á sus creencias, ha hecho vibrar en su corazón una fibra divina; y sin saberlo ella, el pensamiento de la noble romana se ha abierto á la luz del Cielo.

De repente, arrancándose á sus meditaciones, toma otra vez la palabra y dice:

—«¡He visto á Sócrates! ¡Ah! tú no conoces, María, á

este sabio, cuyo nombre no puedo pronunciar yo sin estremecerme de respeto y amor. La vida de ningún mortal fué tan noble como la suya, y esta vida tan bella fué coronada por una muerte más bella todavía. Este sabio, á quien desde mi más tierna juventud reverencio como se reverencia á los dioses, se ha dignado aparecérseme, y me ha dicho: «Vengo de las lejanas regiones que, más allá del sepulcro, se extienden hasta lo infinito. Cesa de admirarme: alzándome sobre las nubes de una vana sabiduría, llegué á extraviarme. La Divinidad no es como yo la comprendí, ni menos se parece á los dioses que adorais, cuando os prosternais al pié de los altares erigidos por una ciega credulidad. Yo no puedo descubrirte los secretos de esa Divinidad sublime; pero á lo menos te conduciré á las primeras gradas de su templo. Acaso tu alma piadosa merezca esta gracia; tal vez seas introducida en el santuario antes de que expire este día, día de gloria y felicidad, señalado para el cumplimiento de una grande obra. Escucha lo que me es permitido decirte: Yo no he sido destinado al lugar del dolor y de las lágrimas. Sin embargo, más allá de la tumba no hay Campos Eliseos, no hay río ninguno que pasar en una frágil barca, no hay jueces infernales: estas no son más que engañosas ilusiones. El error encendió las pálidas estrellas del Eliseo, y creó el tribunal del negro Tártaro. La antorcha de la verdad mantiene los eternos soles, en medio de los cuales se sienta el Juez del Universo. Una justicia inmutable pesa todas las acciones. ¡Ah! ¡cuán ligeras son, en el platillo de la balanza que les opone las recompensas eternas, las virtudes que los hombres exaltan en la Tierra! Solo el mal es pesado; pero el perdón pesa también. Sí, querida Porcia: ante el Señor equitativo que regula nuestro destino en la inmortalidad, hay pocos

«que merezcan recompensas; pero hay muchos que hallan gracia. Yo también he hallado gracia; porque mi corazón á lo menos había buscado y deseado sinceramente el bien. «¡Ah! ¡cuán diferente es de la imagen que nosotros hemos soñado, el mundo cuyas puertas se nos abren cuando la urna sepulcral recibe nuestras cenizas! Allí, esa Roma tan poderosa, que hace temblar al Universo, no es más que un imperceptible hormiguero; y una lágrima, una sola, cuando una piedad sincera la hace correr, vale más que todos los mundos reunidos. ¡Que una lágrima de estas humedezca tus ojos, oh Porcia!... Los espíritus celestiales celebran un santo misterio: yo no puedo penetrar las tinieblas que lo envuelven; pero sé que en este momento hay un justo que sufre más que ningún mortal ha sufrido jamás. Si da así un ejemplo sublime de humildad ante Dios, de obediencia á su voluntad, es por amor á los hombres, él que es más que un hombre.... Tú le has visto; Pilato le juzga.... Si la Tierra llega á empaparse con la sangre de este justo, ¡ay entonces! ¡ay de los que la hagan correr!» A estas palabras, Sócrates desapareció; pero desde el fondo de una tenebrosa lejanía, su voz llega aun á mí, y me dice: «¡Mira!» Y miro... ¡Oh María! ¡qué espectáculo tan horrible se ofrece á mis ojos! Por todas partes tumbas, y densas nubes que desde lo alto de los Cielos venían á fijarse en estas tumbas. De repente se desgarran esas nubes, dejando ver un hombre que iba cubierto de sangre... Otros hombres salían de las tumbas, y levantaban los brazos hacia el divino viajero. Todos estaban cubiertos de heridas, de las que corría la sangre á borbotones; la Tierra se la tragaba estremeciéndose, y parecía compadecer á aquellos hombres que sufrían con un valor sobrenatural. Después el huracán, con su destructor aliento y sus largas alas negras y erizadas

de guadañas, se lanzó desde un punto del horizonte en que brillaba un fuego siniestro, y muy luego cubrió este cuadro el velo de una lóbrega noche, desgarrado por gritos de desesperacion... Así ha terminado mi sueño.»

Porcia calla: María eleva los ojos al Cielo, y mirando luego á la noble romana, dice:

—«¿Qué he de contestarte, oh Porcia? Para mí es tambien incomprendible tu sueño; pero conozco que te enoblece, que te acerca al Cielo. Seres superiores á la especie humana, ángeles, se disponen sin duda á iluminar tu espíritu. La esperanza sola de que ellos puedan hablarte debería bastar para que yo guardara un silencio respetuoso: sin embargo, me atreveré á decirte sobre la Divinidad lo que mi débil razon ha podido comprender. Esa Divinidad, que con una mirada sacó de la nada millares de mundos, y manda al frágil germen de un tallo de yerba atravesar la tierra que pesa sobre él como los monumentos de mármol sobre los cadáveres de los reyes; esa Divinidad, que arrojó al hombre sobre la Tierra, donde la alegría es tan engañosa como el dolor, á fin de que el alma no olvide nunca que más allá del sepulcro comienza el reino de la justicia y de la virtud, esa Divinidad se llama Jehová, creador y Juez del Universo. Es el Dios de Adam, el primero de los hombres; es el Dios de sus hijos; es el Dios de Abraham su descendiente y nuestro padre. A pesar del orgullo de nuestros doctores, la manera como este Dios quiere ser adorado es todavía un misterio; pero ha prometido revelárnoslo un dia, y esta santa promesa se cumplirá hoy por Jesús, por ese gran profeta, por ese mediador divino, á quien no puedo llamar mi hijo sin que santos terrores y felicidades desconocidas me estremezcan. En mi seno debía desarrollarse á la vida humana, y Jesús es el nombre que debía llevar

entre nosotros. Esto es lo que me fué dicho por los inmortales que vinieron á visitarme. Estos inmortales que nosotros llamamos ángeles, son seres creados como nosotros; y sin embargo, al lado de ellos, los dioses de la Grecia y de tu poderosa patria no serian más que míseros mortales. Legiones enteras de esos ángeles sublimes vinieron á cantar al Niño de Bethlem, cuando una madre pobre y mortal lo dió á luz bajo el humilde asilo que una fría commiseracion le concediera.»

A cada palabra de María el corazon de Porcia se eleva á regiones más altas y puras; luego la ilustre pagana se prosterna y adora con el pensamiento al Eterno, cuyo nombre no osa todavía pronunciar.

Reanimada después por una dulce esperanza, se levanta, mira sonriendo á la madre divina, y le dice en voz baja:

—«Tranquilízate; tu hijo no puede morir.»

—«¡Ay! exclama la madre: morirá; él mismo lo ha dicho. Este secreto terrible para mí y para todos los que le aman, destroza mi corazon y martiriza mi alma. Tus dulces palabras ¡oh Porcia! han aliviado un instante las heridas de mi pecho; pero ya mana de ellas otra vez la sangre. ¡Ay! tú no puedes hacer ya nada por mí. Sin embargo, yo te bendigo..... ¡Que el Dios de Abraham te bendiga tambien!..... Desvía tus ojos inundados de lágrimas: tú no podrias consolarme..... Mi hijo quiere morir, y morirá.»

Abrumada bajo el peso de su inmenso dolor, María permanece muda y temblorosa.

Porcia le tiende los brazos, y exclama sollozando:

—«Déjame seguirte, madre divina: quiero llorar contigo sobre el sepulcro de tu hijo.»

Prevenido de la decision de Pilato, que le envia el profeta

de Galilea, á quien no ha osado condenar, Herodes se sienta en su trono, sonríe á sus cortesanos, y dice:

—«¡Qué día tan memorable! Ese Jesús cuya palabra sana los enfermos y resucita los muertos, permite que se le traiga ante un juez mortal. En verdad, mi sorpresa es igual á la vuestra.»

Y temiendo dejar ver el orgullo que hinchaba su corazón al pensar en que el hombre que pasaba por el más grande de los profetas iba á venir á prosternarse ante su trono, guarda un prudente silencio; pero continúa hablando consigo mismo de este modo:

—«Soy su juez; le mandaré obrar en mi presencia algun milagro... ¿Y si me obedece?... Los milagros son imposibles; y aun cuando no lo fueran para él, yo tendria á lo menos la gloria de haberle reducido á mi obediencia. Si lo maravilloso está por encima de su poder, no dejará él de ser el famoso rebelde que el Pueblo ha proclamado rey, y le veré pálido y tembloroso buscar su sentencia en mis ojos.»

Un confuso ruido le distrae luego de sus pensamientos: los sacerdotes acaban de entrar en el salón del trono; pero Jesús está aun en medio del pueblo, cuyo número aumenta á cada paso. La multitud le rodea y le oprime; gritos de sorpresa y de dolor, sollozos, bendiciones y anatemas resuenan por do quiera. El Hijo del hombre atraviesa las turbas con esa tranquilidad sublime que el espíritu humano puede admirar, pero que no le es dado tener. Los discípulos, una parte de los *setenta* escogidos y todas las piadosas amigas de Jesús procuran llegar hasta él. Únicamente la hermana de Lázaro no está entre las santas mujeres: la enfermedad cuyo germen lleva en el seno desde hace mucho tiempo, la retiene en el lecho del dolor; y sin embargo, en este momento padece menos que sus compañeras.

Jesús ve las angustias de los suyos, pero ve al mismo tiempo los celestiales consuelos que los esperan en un porvenir no lejano, y cuenta ya sus lágrimas de alegría, mientras que la desesperacion desgarrá sus corazones.

Persuadidos de que sufrirían menos si pudieran oír la voz de su maestro, tocar un paño de sus vestidos, redoblan sus esfuerzos para aproximarse á él; pero el movimiento de la multitud los desvia y aleja siempre más. Pedro, cuyos remordimientos han agotado sus fuerzas, se abandona al mayor abatimiento.

Bruscamente separada de sus compañeras, Magdalena solicita la asistencia de un desgraciado á quien Jesús había vuelto la vista, y que se hallaba cerca de ella.

—«Si te acuerdas todavía, le dice, de la hora en que el divino maestro abrió tus ojos á la luz, préstame el apoyo de tu brazo para ver de llegar á su lado hendiendo esta curiosa muchedumbre.»

Y el desgraciado procura en vano dar á la amiga de su bienhechor el consuelo que él mismo desea ardientemente.

Juan se ha detenido en una altura, desde donde puede seguir con la vista á Jesús: le mira, gime y ora.

Lebbeo sostiene los vacilantes pasos de la madre de los Zebedeos, y le dice:

—«Mira al Cielo con ojos de gratitud: eres una madre dichosa, pues á lo menos viven tus hijos; pero María..... María está viendo arrastrar ante sus asesinos al justo que nació de ella. ¡Infortunada madre! mi corazón comprende todo lo que debe sufrir. Y tú, ángel exterminador, si no eres tan inflexible como tu espada, ten piedad de la más desgraciada de las madres: no la reduzcas á presenciar el suplicio de su hijo.»

Mientras los amigos de Jesús se abandonan así á su justo

dolor, el divino acusado pasa el pórtico del palacio de Herodes: sus enemigos le conducen al pié del trono, á la manera que los espíritus audaces, extraviados por el vértigo del orgullo, citan la justicia divina ante el tribunal de su débil razon, que ni aun puede sondear los misterios del polvo de la Tierra.

A la vista del Mesías, Herodes queda mudo de sorpresa; pues no esperaba ver en Jesús tanta calma y dignidad. El orgullo domina al fin su admiracion, y la expresion de su semblante viene á ser cada vez más irónica é insultante.

—«El ruido de tus prodigios, gran profeta, resuena en todos los paises de la Tierra, le dice con venenoso sarcasmo; pero la voz de la fama suele ser más ruidosa que justa. Ilumina mi juicio; haz brillar ante mis ojos tu poder, que acaso supere á lo que la fama pregona. No veas en esta invitacion una duda ofensiva, no: si deseo ser testigo de alguno de tus milagros, es solo con el fin de admirarte. Dices que has existido antes que Abraham. Eres, pues, más grande que Moisés; y pidiéndote prodigios superiores á los suyos, te pruebo que sé apreciar tu mérito. Sí, quiero que se manifieste ahora mismo en todo su esplendor. ¿Te embaraza por ventura la eleccion de los hechos con que has de confundir á tus enemigos? Voy, pues, á indicarte algunos que acaso no crearás inferiores á tu alta dignidad. Mira: la cima del Mória eleva á las nubes el dorado pináculo del templo.... Dile que se incline ante tí. Bajo las bóvedas de ese mismo templo duermen los restos del gran David. ¡Cuál no sería la dicha de este santo rey, si pudiera ver la Jerusalem de sus descendientes, y cuál nuestra alegría, si le viéramos ahora aparecer! Dile que salga de su sepulcro, y venga á sentarse en mi trono.... ¡Guardas silencio! Sin duda prefieres imponer tus leyes al Jordan. En

hora buena: manda al sagrado rio que deje su antiguo lecho, que venga á bañar los muros de Jerusalem, que proteja las torres de esta gran ciudad, y que remonte tranquilamente hácia Genezareth (1); ó bien haz que vuelen por los aires las montañas, y que después de haber cubierto con sus viajeras sombras á los pueblos estupefactos, vengan á sentarse sobre la verde corona del monte de las Olivas... ¿Aun permaneces mudo?»

Así habla Herodes. Este príncipe ciego no podria comprender que las más altas montañas de la Tierra, como los reyes más poderosos del mundo, no son más que vil polvo y fango vil ante el profeta á quien desafía con tan sarcástica ironía. Esta ironía está próxima á estallar en cólera, y Herodes repite con voz agitada:

—«¡Aun permanecés mudo!»

Jesús le dirige una mirada tranquila y majestuosa, y no le contesta.

El Príncipe se levanta fuera de sí; sus ojos despiden rayos de cólera; pero ni una palabra se escapa de sus lábios trémulos.

Caifás se apresura á dirigirle la palabra.

—«Acabas de convencerte por tí mismo ¡oh rey Herodes! de la impotencia de este falso profeta. El pueblo, y aun algunos de nuestros sacerdotes creian en sus milagros: tú se los has exigido, y ya le ves aniquilado. La impostura y la mágia: hé aquí toda su ciencia. Ahora ya lo sabeis todos: el hombre que se levanta contra la ley de Moisés, el hombre que quiere destruir el sacerdocio instituido por Aaron,

(1) El Jordan toma origen al pié de una montaña de la cadena del Antilibano, en una caverna llamada *Phiala*. Después de muchos rodeos, atraviesa el lago de Genezareth ó de Galilea, y desemboca en el mar Muerto. Herodes exige, pues, al Mesías que haga retroceder al rio hácia su origen.

no puede ser un enviado del Señor. El arca de la alianza, los rayos y truenos del Sinai, la voz de la terrible trompeta, el mismo Moisés piden venganza, y Caifás no consentirá que la pidan en vano.

«Pero el sacrilegio no es el único crimen de Jesús: Jesús ha sublevado la Judea, y ha entrado en Jerusalem como rey triunfante; y el pueblo le ha arrojado palmas, y lo ha llamado hijo de David y ungido del Señor; y las entrañas de Sion y los pórticos de Mória se han estremecido de horror. En nombre del gran David, á quien tantas blasfemias han conmovido en su sepulcro; en nombre del gran Herodes tu padre, no permitas ¡oh rey! no permitas que tantas profanaciones y crímenes queden impunes.»

Dice, y por un momento Filon olvida el odio que tiene á Caifás, y le sonríe con satisfaccion y hasta con amistad.

El discurso del gran sacerdote calma la agitacion de Herodes; el cual vuelve á tomar el tono de frío sarcasmo que le parece más propio para triunfar del silencio de Jesús, á quien insulta y amenaza.

—«Que se le ponga, dice, una túnica blanca, que entre los romanos es cosa de alta dignidad, y que le lleven otra vez ante Pilato. Es un juez equitativo, y apreciará en lo que vale el mérito del Nazareno: á los *hosannas* y á las palmas que el pueblo le ha prodigado, Pilato añadirá sin duda la púrpura real.»

Dice y se retira. Sus guardias ejecutan la orden que acaba de dar.

Una multitud más numerosa sigue á Jesús; pues se aumenta á cada momento con todos los habitantes de Judea, que llegan á Jerusalem á celebrar la Pascua. Esta compacta muchedumbre, que llena las calles de Jerusalem, llama la atencion de Filon; pero no le desanima. Semejante al piloto

experto, que lejos de espantarse ante una corriente, no ve en ella más que el indicio de los escollos que hay que evitar, el fariseo observa, estudia cada movimiento, cada aclamacion del pueblo, y reconoce que si muchos quieren y veneran aun al profeta, seria fácil corromperlos, ó por lo menos intimidarlos.

Para lograr este objeto, manda á sus celosos fariseos deslizarse entre la multitud, y hacer cundir en ella hábiles y pérfidas calumnias contra Jesús, y predicciones alarmantes si escapara del suplicio. Así es como cada gota que cae de un vaso envenenado da la muerte. Los primeros mil arrastran á otros mil, y muy luego no queda ya en esta multitud inmensa más que una pequeña parte que duda de la realidad de los crímenes de Jesús: los fieles incorruptibles son más raros aun. Tal se ve ondear el espeso bosque que cubre los flancos de una larga cadena de montañas; pero una mano pérfida arrima un hacho encendido; los árboles secos se inflaman primero, luego van ardiendo todos aquellos cuya savia es menos abundante, y el incendio se extiende, cruje y triunfa. Cuando se detiene, el verde manto de las montañas no es ya más que un monton de cenizas. ¡Honor y gloria á los cedros aislados, que han quedado en pié, elevando sus majestuosas copas á las nubes teñidas aun con el siniestro reflejo de las llamas!

A medida que Jesús se acerca á Gabatha, la multitud va demostrando más altamente el odio que han sabido inspirarle contra su Salvador. En el momento de entrar en el pórtico del Pretorio, esta multitud se encuentra en frente de un criminal, cuyas maldades han espantado á la Judea. Pilato ha hecho sacar de su encierro á este terrible malhechor, á fin de reducir al pueblo á elegir entre él y el Mesías, para ejercer su derecho de gracia; porque en virtud de una

antigua costumbre, se da libertad á un reo cada año en ocasion de la Pascua.

Con esta medida cree el Pretor haber salvado la vida de Jesús, sin enagenarse la buena voluntad de los sacerdotes, y espera con fiadamente el resultado de un ardid, cuyo éxito le parece seguro.

Barrabás, como se llama el sanguinario bandido, deja vagar á su alrededor miradas oblicuas y siniestras. Su pecho está oprimido, y su cabeza se inclina á tierra; pero no es el arrepentimiento, sino la rabia, la pasion que así le agita y encorva. Reducido á la impotencia, emplea está contra los hierros que cargan sus robustos brazos, y los sacude con violencia. A vista del Mesías, sus facciones se contraen más fuertemente, y una espuma blanquecina cubre sus lábios. A pesar de su maldad, ha comprendido que, al lado de aquel hombre, la eleccion del pueblo no puede serle favorable.

Jesús se ve otra vez ante Pilato, que lo ha hecho poner á su derecha, mientras que Barrabás está á su izquierda; y señalando á Jesús con la mano, dirige la palabra á los circunstantes de esta manera:

—«He interrogado á este hombre, á quien acusais del crimen de rebelion contra el César, y no lo encuentro culpable. Herodes tambien reconoce su inocencia, puesto que no lo ha condenado. ¿Por qué he de pronunciar yo su sentencia de muerte? Vuestra fiesta de Pascua os autoriza á libertar á un culpable: haced uso de vuestro derecho en favor del Nazareno... ¡Murmurais! ¡Necesitais su sangre!... El furor sin duda os ciega. ¿Preferis para esta gracia á Barrabás, á este malhechor, cuyo solo nombre estremece, condenando al profeta á quien no ha mucho llamábais el unguido del Señor? Hablad, pues: ¿cuál de los

dos, Jesús ó Barrabás, os parece digno de vuestra gracia?

En este momento, la esclava de Porcia llega á cumplir el mensaje de que su señora la encargara, y dice al Pretor:

—«La noble Porcia me envia á tí, Señor. Vé, me ha dicho, á buscar á Pilato; dile de mi parte, que un sueño me ha revelado que Jesús es el más grande y virtuoso de los hombres, y que los dioses quieren que sea absuelto.»

La esclava se retira, y el pueblo queda sumido en muda sorpresa. El interés que una noble romana toma por Jesús, y la narracion del sueño que se lo ha mostrado como un sér superior á los demás hombres, despierta en la mayor parte de los espíritus el recuerdo de las virtudes y beneficios del profeta. Los enfermos que ha sanado pronuncian su nombre con el acento del agradecimiento, llamándole otra vez el amigo de los hombres y el consolador de los desgraciados; pero los gritos de la muchedumbre ahogan muy luego sus tímidas voces, á la manera que los bramidos de la tempestad apagan la flébil voz de un niño extraviado en medio de un sombrío bosque; á la manera que las dulces y modestas virtudes del sábio son ofuscadas por las brillantes maldades del conquistador.

Filon conoce toda la extension del peligro: su audacia no le abandona, sin embargo. Seguro del poder de su elocuencia, pasea una mirada sombría sobre la multitud, y dice:

—«¡Hijos de Israel! ¡Que no pueda yo dar alas á mi palabra, á fin de que pase con más rapidez de mi pensamiento al vuestro! porque los momentos son preciosos. Por lo demás, bien me conoceis. Cualquiera que ultraje á Moisés y viole su santa ley, ese es mi enemigo, y yo le odio y le maldigo. Animado por estos sentimientos, vengo á haceros conocer dónde está la salvacion, y dónde la ruina de Israel. Se os presenta á Barrabás y á Jesús, y se os dice:

«Elegid.» Barrabás es un bandido feroz; todos lo sabemos: Pilato tambien lo sabe; y si os le ofrece es para obligaros á absolver al Nazareno, cuyo mérito consiste en fingir inocencia y virtud con una perfeccion infernal, y esta mágia es la más péligrosa de todas. Pero dejemos de ocuparnos de las intenciones de Pilato: somos un pueblo vencido, y el silencio es un deber ante nuestros dominadores. Pero cualquiera que sea nuestra dependencia, ha de permitirse á Filon mostrar á su amado pueblo el peligro que amenaza á la fé de sus padres. No os hablaré de todos los sacrilegios de que Jesús se ha hecho culpable: ya los he expuesto ante el sanhedrin. Entonces la vida del blasfemo estaba pendiente del soplo de mi voz, y mi voz le precipitó en la nada. Vuestros sacerdotes y vuestros ancianos han pronunciado la sentencia de muerte del Nazareno, y el Gólgota se habria tragado ya su sangre, si el pueblo de Israel hubiera conservado el derecho de castigar á los miserables que ofenden á su Dios. Ahora bien: ¿permitireis que el abatimiento en que hemos caído asegure la impunidad de Jesús, de ese terrible enemigo de nuestra gloria, que si no es condenado, hará lo que no se han atrevido á hacer los romanos? Los Césares nos han dejado nuestros templos y altares; Jesús de Nazareth derribará nuestros altares y quemará nuestros templos.»

La agitacion del pueblo le prueba que su discurso ha producido el efecto que deseaba; y para acabar de llevar el terror á todos los ánimos, describe con los más vivos colores á Jerusalem entregada al pillaje, al incendio, al robo, al asesinato, á la peste, al hambre, y reducida á un monton de desiertas ruinas.

Pero como espantado él mismo del cuadro que acaba de trazar, se detiene un instante, y añade con amarga ironía:

—«El Nazareno conoce la desolacion de Jerusalem, y ved si se arrepiente. ¡Tened compasion de él, porque él es todo misericordia! ¿Qué hay que hacer para satisfacerle? ¡Oh! nada: que el templo se hunda en las entrañas del Mória; que la sangre y el polvo sepulten nuestros altares; que la ciudad santa se envuelva en un manto de cenizas; que los hijos de Israel que escapen de la peste, del hambre, de la desesperacion, vengan á ser presa de los feroces guerreros, que para celebrar dignamente su victoria, romperán los cráneos de sus cautivos contra las ruinas de los palacios de Jerusalem; y que estas tristes y últimas víctimas no dejen tras de sí un padre ó un hijo para llorar su muerte, para referir su desgracia. Y cuando Jesús vea todo esto, entonces estará satisfecho. ¡Ea, apresuraos á pronunciar su perdon!»

Los sacerdotes y demás fariseos mezclados en la multitud aplauden con furor, y voces terribles, que piden la muerte de Jesús, resuenan por todas partes.

Abismado en meditacion profunda, desde que recibiera el mensaje de Porcia, el Pretor no ha escuchado el discurso de Filon.

La gritería del pueblo le hace volver en sí, y alzando la cabeza, pregunta por segunda vez:

—«Decid, ¿cuál de los dos, Jesús ó Barrabás, os parece digno de compasion?»

—«¡Barrabás!» grita el pueblo contestando á una voz.

Los ángeles colocados al rededor del Mesias se velan el rostro, y Pilato, indignado, exclama con voz tonante:

—«¿Qué quereis que haga con vuestro profeta Jesús de Nazareth?»

La multitud responde:

—«¡Crucifícale!»

Pilato se estremece; pero esperando aun poder calmar á estos tigres sedientos de sangre, vuelve á preguntar:

—«¿Qué crimen ha cometido? Lo repito; yo le he interrogado y no lo encuentro culpable. No, no merece la muerte.»

El furor del pueblo no conoce ya límites: todos los ojos fulguran; el encarnado ó la palidez de la cólera se ve en todos los semblantes, y en medio de los pateos y rechina- mientos de dientes, se eleva otra vez este grito de sangre:

—«¡Crucifícale! ¡Crucifícale!»

Una nube de polvo oscurece la sala; las bóvedas del pala- cio se estremecen, y un movimiento confuso, semejante al lejano rumor del trueno, resuena en la ciudad y tiene eco en las montañas vecinas.

Indigno del nombre romano, Pilato cede en fin al miedo; pero quiere declinar la responsabilidad del crimen con que el pueblo va á mancharse.

Con esta idea, da una orden secreta á uno de sus esclavos, el cual va y vuelve inmediatamente, trayendo en una mano una bacía de plata, y en otra un jarro de Corinto.

El pueblo observa esto con muda sorpresa.

El esclavo se acerca á su señor ofreciéndole aquel servi- cio, y Pilato se lava las manos, creyendo acallar con esta vana formalidad el grito de su conciencia y las acusaciones de la futura gente.

—«Pues lo quereis hombres feroces, exclama, satisfaced vuestros ódios. Yo no me asoció á vuestra iniquidad: mis manos están limpias de la sangre de Jesús.»

El ángel que en Gosen (1) pasó en otro tiempo, sin entrar,

(1) En la comarca de Gosen, una de las más fértiles de Egipto, estableció José á su padre y hermanos con autorizacion de Faraon. *Génesis, cap. XLVII.* En esta misma comarca hubieron de celebrar por la primera vez los hebreos

por delante de las casas señaladas con la sangre del cordero, se cierne sobre la Judea y entrega sus hijos al juicio del Eterno, dejando caer sobre ellos las palabras que aniquilan á las naciones, cuando han agotado la longanimidad de Dios. Y la espada fulgurante del ángel sombrío graba estas palabras en láminas de bronce, que va á depositar á los piés de Jehová.

El ángel de Israel palidece, aparta la vista, y desaparece volando. Así, abandonados y malditos, los indignos descendientes de Abraham pronuncian ellos mismos su sen- tencia.

—«¡Muera Jesús, exclaman, y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

Y el pálido terror y el silencio de los sepulcros extienden sus cetros sobre esta multitud desenfrenada: solo el arre- pentimiento se mantiene apartado.

Jesús es conducido al vestibulo del palacio, donde ya le esperan hombres armados de varas.

Barrabás es puesto en libertad. Luego que sus miembros no sienten el peso de los hierros, cuando sus oídos no oyen ya el siniestro ruido que producian aquellos al menor de sus movimientos, lanza aullidos de alegría, corre, se detiene, corre otra vez, y se precipita en medio de la multitud, la cual retrocede espantada al acercarse el feroz asesino que acaba de libertar.

¡Musa de Sion! afloja las cuerdas de tu lira para que solo dé sonidos lastimeros y lúgubres, acompañando la trémula

la fiesta de la Pascua, que Moisés instituyó á su partida de Egipto. Este profeta sabía que, durante la noche, el ángel del Señor debía exterminar á todos los primogénitos, y ordenó á los suyos señalar sus puertas con la sangre del cordero pascual. Por esta señal, el ángel reconoció las casas de los Israelitas, y pasó sin entrar en ellas. *Éxodo, cap. XII.*

voz del poeta que osa cantar la flagelación, el manto de púrpura y la corona de espinas.

Los soldados y los hombres más feroces del pueblo que han seguido á Jesús, le rodean con ansioso furor y le despojan de sus vestidos, como la tempestad despoja á la palma solitaria que crece en un árido desierto, y cuya fresca sombra era la última esperanza del viajero extraviado.

Jesús es arrastrado hácia una columna; átanle á ella fuertemente, y... las varas sacrilegas se tiñen en la sangre del Hijo de Dios.

Elohá lo ve... lo ve, y el dolor le arranca de los Cielos, y le precipita hácia la Tierra.

Un manto de púrpura envuelve luego el flagelado cuerpo de Jesús; una caña, emblema sarcástico del cetro de los reyes, es puesta en su mano derecha, y agudas espinas tejidas en forma de corona se clavan en su frente.

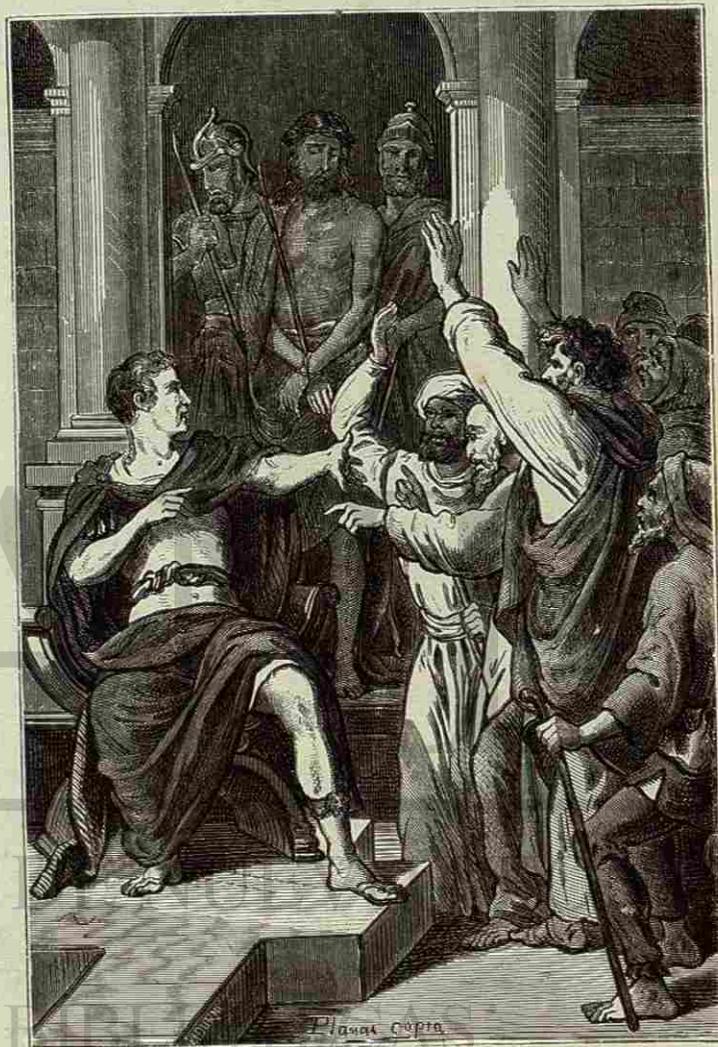
El divino Elohá, prosternado en el polvo como un simple mortal, adora al Salvador del mundo en su voluntaria humillación...

¡Ay! Mi mano queda inmóvil en las cuerdas de mi arpa, y nudos de dolor apagan mi voz en mi garganta. No, no es posible á ningún ser humano cantar los padecimientos de un Dios.

Pilato recobra aun bastante valor para aventurar el último llamamiento á la piedad del pueblo. Conduciendo él mismo á Jesús á la vista de la multitud, dice:

—«Os le traigo para deciros por última vez, que no merece la muerte. ¡*Ecce Homo!* Miradle: no es así como un criminal se presenta ante sus verdugos.»

Los ángeles que rodean al Mesías leen en su semblante los votos que hace por sus discípulos y demás escogidos,



¡Ecce-Homo! (Canto VII.)

cuyas angustias ve, y los inmortales se dispersan para ir á consolarlos.

La presencia de Jesús abrumado por el dolor, cubierta de sangre su frente, y revestido con las insignias de una irrisoria dignidad real, lejos de aplacar al pueblo, aumenta su furor, y mil y mil voces gritan otra vez:

—«¡Crucifícale! ¡Crucifícale!»

—«Hacedlo vosotros, si á ello os atreveis; yo por mí le proclamo inocente.»

Así habla Pilato, y después se aleja.

Caifás le sigue, le detiene y dice:

—«Nuestra ley le ha condenado; es preciso que muera, porque osa llamarse Hijo de Dios.»

A este nombre, el romano se siente acometido de un temblor involuntario, y volviendo cerca de Jesús, le pregunta con voz alterada:

—«Dime: ¿cuál es tu origen?»

El Mesías guarda silencio; y ofendido Pilato, exclama:

—«¿Olvidas que tu vida depende de mí?»

Entonces responde Jesús:

—«Tú no tendrías ese poder, si Dios no te lo hubiera dado; y cualquiera que sea el uso que de él hagas, los que me han acusado serán siempre más culpables que tú.»

Entonces los sacerdotes, alentados por la cólera que revela el semblante del Pretor, exclaman y dicen todos á un tiempo:

—«Si no nos entregas á Jesús, no eres amigo del César; pues el que se declara rey de un país sometido á los romanos, se rebela contra el César por este mismo hecho, y es reo de muerte.»

Pilato comprende toda la perfidia de estas palabras; pero

demasiado débil para exponerse á un peligro real por defender á un hombre cuya inocencia le consta, lo entrega á sus enemigos, les lanza algunas palabras de desprecio, y se retira á su palacio.

La muchedumbre entonces, ébria de ódio y sedienta de venganza, prorumpe en gritos de triunfo, y arrastra al Mesías hácia el lugar del suplicio.



## CANTO VIII.

Los ángeles y las almas de los patriarcas forman un círculo al rededor del Gólgota.—Adam saluda á la Tierra.—Satanás y Adramelech, que ciernen triunfantes sus tenebrosas alas sobre el Mesías, son ahuyentados por Elohá.—Jesús, con la cruz á cuestas, se aproxima al Calvario: al subir al monte, tiembla la Tierra.—Adam adora al Salvador del género humano.—Las estrellas llegan al punto marcado para el cumplimiento de la grande obra de la redencion.—Los mundos se detienen en su curso.—Jesús en la cruz.—Su sangre corre.—El Salvador mira al pueblo, y ruega por él.—Conversion de uno de los dos malhechores crucificados con Jesús.—Uriel pone una estrella delante del Sol, y espesas tinieblas envuelven la Tierra.—Las almas de los primeros cristianos que van á nacer son conducidas cerca de la cruz por sus ángeles custodios.—El Mesías las mira con amor; aumentan sus padecimientos, y el terremoto se hace mas violento.—Elohá sube á los Cielos; encuentra dos ángeles de la muerte, que descienden á la Tierra y dan siete vueltas en torno de la cruz.—Augustias del Mesías, que comprende este mensaje profético.—Dolor de los ángeles y de las almas de los bienaventurados.—Eva ve á Maria al pié de la cruz, y participa de sus crueles dolores.—Jesús consuela á Eva con una mirada de misericordia.

Musa sagrada, á quien yo invoco, tú oíste al más santo de los cantores de Jehová, cuando al pié de la montaña de Sion cantó al Redentor abandonado por su Padre en su hora suprema. Escuchándole, aprendiste los himnos celestiales que mi tímida voz repite temblando. Acaba de iniciarme en tus santos misterios; llévame en medio de las tinieblas que envuelven la cruz en que padece un Dios. Quiero que los terrores de la eternidad estremezcan la médula de mis huesos; quiero ver al Salvador del mundo luchar contra la

más cruel de las agonías; quiero detener mi mirada en sus ojos apagados y en sus lívidas mejillas; quiero contar las gotas de sangre de la redencion y contemplar la cabeza divina, que, bajo el peso de los pecados del mundo, se inclina y reclina en las sombras de la muerte.

El divino Elohá pasa de la Tierra á los Cielos, y de los Cielos á la Tierra con tanta rapidez, que el pensamiento de los inmortales apenas puede seguirle. Deteniendo su vuelo por encima del Gólgota, extiende la mano izquierda que tiene la corona celestial, y acerca á sus labios la terrible trompeta que lleva en la mano derecha.

El sonoro bronce despierta todos los ecos de lo infinito; la creacion entera escucha, y el serafin dice:

—«¡Ostentad vuestras más solemnes pompas, Cielos y Tierra! ¡Sábado de la nueva alianza! ¡que tu santa llama se eleve de sol en sol hasta el trono del Juez Supremo! ¡La hora ha sonado! ¡Ostentad vuestras más solemnes pompas, Cielos y Tierra! ¡El ángel exterminador despliega sus sombrías alas!... ¡La víctima se dirige al suplicio!»

Elohá calla, y los ángeles guardianes de Tierra vienen á colocarse en torno de él. El más grande de los serafines salva sus coros brillantes, desciende al Gólgota, humilla tres veces su frente en el polvo, y levantándose, tiende los brazos hácia el Mesías, á quien ve á lo lejos, seguido de todo el pueblo judío. El Hijo del hombre lleva á cuestras su cruz, cuyo enorme peso es menos abrumador para él que el de los pecados del mundo, con que se ha cargado voluntariamente. Lleno de admiracion exclama Elohá:

—«¡Que todo cuanto existe me escuche y entienda! ¡Gólgota, monte sagrado! en el nombre del Dios por reconciliar, en el nombre del Dios reconciliador, en el nombre del Dios que lleva al alma del pecador la luz celestial; Gól-

gota, yo te dedico á la sangre de la redencion! ¡Santo, santo, tres veces santo, el que era y será siempre!»

Así consagra el lugar del suplicio el más grande de los serafines; pero profundamente afligido por lo que le resta aun que hacer, se rodea de una sombría nube, y dirige al Mesías esta humilde plegaria:

—«Amigo de los hombres, Creador y Salvador del linaje humano, Hijo del Eterno, inmenso como tu Padre, tú que vas á superar cuanto grande y maravilloso se ha hecho en los Cielos, tú que vas á resucitar en la Tierra la inocencia primitiva y á desterrar de ella la muerte eterna; escucha la voz del serafin prosternado en el polvo que pronto se empapará en tu sangre. Cuando tus ojos se cierren á la luz, cuando tu último suspiro vuele á los Cielos, cuando solo Jehová ose fijar su mirada de juez en tu lívido rostro... ¡oh! entonces, si no quieres que se desvanezca para mí la creacion, si no quieres que un sepulcro de este mundo me sirva de eterno lecho, dignate decirme desde el fondo de la oscuridad en que se pierda tu vida de hombre, que con tu muerte será redimida toda la raza de Adam. Si no quieres que se desvanezca para mí la creacion, si no quieres que un sepulcro de este mundo me sirva de eterno lecho, dignate decirme desde el fondo de la oscuridad en que se pierda tu vida de hombre, que volverás á reinar en los Cielos, cuando hayas pronunciado el sublime *Consumatum est*. ¡Salve, salve! sangre de la redencion! ¡Salve, salve, almas redimidas! ¡Ya se acercan! ¡ya llegan! Oigo sus gritos de júbilo; veo brillar sus vestidos purificados de antemano por la sangre que va á correr.»

Dice, y disipando las sombras en que se habia envuelto, ordena á los ángeles custodios de la Tierra colocarse al rededor del Gólgota.

Los ángeles obedecen: unos se sientan en las nubes que flotan en los aires; otros se ciernen sobre las laderas de las montañas; otros se posan, como aves del Cielo, en las ondeantes copas de los altísimos cedros.

Elohá se coloca en el pináculo del templo, desde donde domina con la mirada y con el pensamiento los innumerables agentes de los decretos de la Providencia, instrumentos de la justicia y de la muerte, custodios de los mortales, ángeles tutelares de los cristianos y mártires futuros.

Después de haber atravesado las regiones más elevadas, Gabriel, que ha sido enviado al Sol por el Mesías, llega al pináculo del templo solar, donde dejó las almas de los patriarcas, y les dice:

—«Padres de los hombres, seguidme. El Redentor lleva ya su cruz al lugar del suplicio. Volved vuestros ojos hacia la Judea, y fijadlos en Jerusalem. Sobre aquel monte árido y calvo ha de morir. Ved más lejos aquel otro monte que eleva hasta las nubes su cumbre verdeante; allí se ha condensado la justicia eterna, que pesa sobre él. Id y colocaos sobre aquel monte, y desde él vereis correr la sangre sagrada que ha de redimir las generaciones pasadas y las que el ángel de la vida no ha arrojado aun sobre la Tierra, donde deben prepararse para la eternidad.»

Atormentado por las angustias del dolor, Gabriel desciende á la Tierra. Las almas de los patriarcas le siguen rápidas, como el pensamiento de un mortal virtuoso, cuando de estrella en estrella se eleva hacia el Eterno.

Las alas del serafin tocan ya la cumbre del monte de las Olivas. Los padres de los hombres descienden á él tranquilamente. Adam llega primero, se prosterna, y besando la Tierra con respeto, la saluda con este canto de amor y agradecimiento:

—«¡Tierra querida! Desde la triste tarde de Otoño (1) en que recibiste en tu seno maternal mis helados restos, los siglos se han acumulado sobre los siglos; las generaciones han mezclado sus cenizas á las de otras generaciones extinguidas, y yo he estado durmiendo siempre. ¡Con qué placer vuelvo á veros, comarcas floridas, que cubrís los huesos de mis innumerables hijos; porque, ahora lo sé, todos resucitarán! Yo te bendigo con lágrimas de júbilo, hora santa, que librarás á mi tierra natal del anatema con que yo la manché, y santificarás su polvo envilecido humedeciéndolo con la sangre de la redención. ¡Estremeceos, Cielos y mundos! ¡Ya viene, ya viene el divino Hijo de la Tierra!... ¡El Hijo del Eterno va al encuentro de la muerte!»

Así canta el primer hombre, y su corazón está próximo á disolverse en un océano de dolorosa alegría.

El divino Elohá, en pié en lo alto del templo de Jerusalem, ve á Satanás y Adramelech, que ciernen triunfantes sus tenebrosas alas sobre la cruz que lleva á cuestras Jesús. Con audaz y raudó vuelo, el serafin supera la esfera terrestre, y mide los orbes en que se mueven las estrellas. El esplendor del más solemne de los días le envuelve; santos terrores le siguen y preceden, y en torno suyo la brisa tímida y ligera toma la voz tonante de la tempestad. Al ruido de sus pasos, el espacio se estremece, semejante á los peñascos que innumerables guerreros atraviesan con sus carros de bronce y sus pesadas armaduras.

(1) Klopstock hace aquí alusión á una de sus tragedias, titulada *La Muerte de Adam*. En esta obra, que no se ha traducido aun, el autor pinta con su genio religioso la prolongada agonía del primer hombre, á quien hace morir con los últimos reflejos de una tarde de Otoño. La naturaleza parece haberse puesto en armonía con la dolorosa sorpresa de la familia de Adam, que ve por la primera vez extinguirse por grados un sér creado para la inmortalidad.

Los dos príncipes de las tinieblas le ven y le oyen, y quedan inmóviles y sombríos, como dos negras rocas lanzadas al fondo de los abismos por la mano del Dios de las venganzas.

Más brillante que el Sol, más rápido que el relámpago, el divino Elohá se presenta delante de ellos, y les dice con voz de acento seco y breve como un mandamiento supremo:

—«¡Malditos, cuyo nombre solo el Infierno pronuncia! ¡dejad las regiones de la luz, que manchais con vuestras horribles sombras! ¡Huid, y seguid huyendo hasta que perdais los reflejos de los límites celestes! ¡No os confundais con las nubes de la Tierra; no os arrastreis en el polvo! ¡Huid, malditos, huid!»

Dice; y los dos ángeles rebeldes se levantan: en las arrugas de sus fieras frentes, que ondean como las olas de la mar; y en sus ojos, que lanzan fuego como cráteres de volcán, se pintan todos los horrores de la rabia y la venganza. Así dos sombrías nubes descienden por las laderas de los Alpes, y antes que la tempestad, más poderosa que ellas, las disipe, llevan á los fértiles valles el azote destructor que esconden en su seno.

En pié ante Elohá, Satanás y Adramelech se disponen á contestarle.

El serafin les lanza una mirada fulminante.

—«¡Silencio! exclama. No me obligueis á emplear el rayo de Jehová; aquel rayo omnipotente con que en otro tiempo armó mi brazo, cuando os precipité á los abismos. ¡En nombre del hijo de Adam que ahora lleva su cruz hácia el altar del sacrificio, en nombre del vencedor de los Infiernos, huid, malditos, huid!»

Los dos príncipes de los abismos, más negros que su

tenebroso imperio, huyen del reino de la luz. Los mil agujones del terror y del espanto se clavan en sus corazones, y los empujan hasta las ruinas de Gomorra (1), en el seno del mar Muerto.

Los ángeles los ven huir; las almas de los patriarcas los ven también; y el divino Elohá, triunfante y tranquilo, vuelve al pináculo del templo de Jerusalem.

Jesús acaba de llegar al pié del Gólgota; detiéndose allí vacilante, porque el peso sobrehumano que el Juez supremo ha cargado sobre sus hombros agota sus fuerzas.

En este momento un viajero vuelve la colina con tímido paso: la multitud le detiene, y le obliga á llevar la cruz del Hijo del hombre.

Las aflicciones que padece Jesús despiertan sentimientos de compasión en algunos corazones; pero estos corazones, débiles y embriagados con los vanos placeres de la Tierra, no conocen más que la piedad de instinto: esa otra piedad que parte del alma, y que inspira actos de abnegación sublime, les es desconocida.

Los lamentos sofocados, que acá y allá se dejan oír entre la multitud, llegan hasta el Salvador, que se vuelve al pueblo, y dice:

—«Hijos de Jerusalem, ¿por qué llorais mi muerte? Llorad sobre vosotros y sobre vuestros hijos; porque se acercan los días de las angustias y del terror, los días terribles en que bendecireis á las mujeres estériles; en que direis á las montañas: Caed sobre nosotros; en que direis

(1) El mar Muerto fué en otro tiempo un valle denominado *Siddim*. El Génesis habla con frecuencia de su fertilidad y de sus pozos de betún. En él estaban situadas las ciudades de Sodoma y de Gomorra. Cuando el fuego del Cielo cayó sobre estas ciudades, el valle se inundó de agua y tomó el nombre *mar Muerto*, *mar de Lot*, *mar Asfaltites*.

á la Tierra: ¡Abrete á nuestros piés!... Ved lo que á mí me sucede, y juzgad lo que le sucederá al pecador.»

Calla en diciendo esto, levanta los ojos al Cielo, y sube lentamente la colina.

La cruz es plantada en medio de huesos humanos. El Sol derrama sobre la Judea su claridad celeste y dulce, y los millones de átomos, cuya infinita pequeñez atestigua el poder del Creador, se arremolinan en los aires. Pero ya las misteriosas profundidades de la Tierra se estremecen; el huracan rompe las cadenas que le sujetan á las nubes, y pasa bramando por encima de las quiebras y hendeduras de las rocas.

El Hombre-Dios está en pié cerca de la cruz.

Adam le ve, y se dirige hácia él con los brazos extendidos: sus flotantes cabellos acarician las nubes; su semblante brilla con el esplendor del Sol; pero sus rodillas flaquean. Prostérnase entonces; y sus ojos, siempre fijos en el Salvador, reflejan el Cielo.

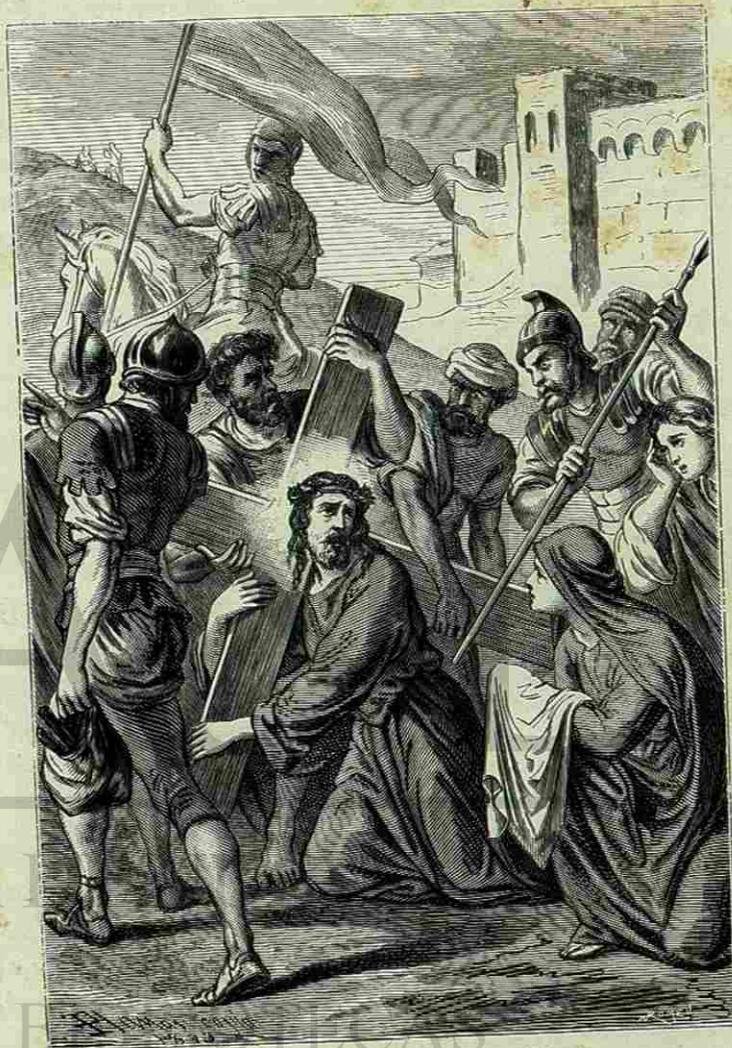
Adam no es ya un simple mortal, y sin embargo, derrama copioso llanto: las emociones más dulces y dolorosas le agitan, y las exhala en un himno solemne. Los ángeles le rodean y escuchan.

«La lengua de los serafines, dice, no tiene nombre digno de tí. Los inmortales no tienen lágrimas ni plegarias bastante nobles para celebrar tu amor y tu gloria.

«Yo te llamo hijo mio, porque te has hecho hijo de la Tierra. Jesús, hijo mio adorado, ¿á quién pediré yo fuerzas para soportar el dolor que me atormenta?

»Vosotros, que habeis existido antes que yo, y á quienes sin embargo él creó, como nos creó á todos; ángeles, arcángeles, serafines, contempladle... ¡es mi hijo!

«¡Yo te bendigo, Tierra dichosa, polvo santo de que yo



Camino del Gólgota. (Canto VIII.)

sali! ¡yo te bendigo, porque él también tiene un cuerpo de tierra y de polvo!

«A tí, Jehová, á tí debo la plenitud de la dicha que colma los deseos de un inmortal; porque, creándome, me hiciste padre de tu hijo.

«Detente, alma mia. ¿Qué es mi porvenir sin fin, qué es el porvenir de la creación ante los instantes que viven en este día los Cielos y los mundos?

«Sobre sus alas de oro, cada uno de estos instantes lleva al infinito eternidades de reposo y de ventura, y Adam atravesará estas eternidades, y con él todos sus hijos.

«¡Instantes sublimes!... ya os habeis desvanecido; instantes más imponentes os suceden: ya se acerca, ya llega el más grande de todos.

«¡Orbes celestes! dadme vuestra poderosa voz: quiero decir á todo lo que existe, que la víctima acaba de detenerse bajo la sombra de las alas terribles del más terrible de los ángeles...

«¡Género humano! levántate del polvo, alza la cabeza, hermosea tus ojos con lágrimas divinas!... El Santo de los santos camina hácia su sepulcro abierto.

«¡Hijos, oh mis hijos queridos! vosotros sois sus elegidos, y á vosotros os redime: ¡rodead á vuestro divino Redentor!

«El que habite un dorado palacio, que deponga su corona y venga; los que giman bajo el humilde techo de una pobre cabaña, que olviden sus pesares y vengan.

«¡Ay! ¡no oyen mi llamamiento los que viven en la Tierra; no lo oyen tampoco los muertos que duermen en sus sepulcros! Pero tú, que te inmolas por ellos, tú serás oído de todos, cuando á todos los reunas al fin de los tiempos.

«¡Qué inmenso dolor aflige mi alma! ¡El Redentor se acerca á la muerte!

«¡Jehová! tú, que en el supremo momento abandonas á tu hijo, ¿me sostendrás á mí, el primero de los pecadores; á mí que he sufrido el primero las leyes de la destruccion?»

Así canta Adam, y el Hombre-Dios está aun al pié de la cruz. Lleva la mano á su frente, y se inclina profundamente para hablar á su Padre, que no es ya para él más que un juez inexorable.

La respuesta del Eterno estremece á los Cielos.

Los verdugos ponen sus manos sacrílegas en el hombre divino.

Los mil y mil mundos que giran en lo infinito entran en las parábolas que deben recorrer para anunciar la muerte del Hijo del Eterno, y se detienen; sus polos crujen, y quedan luego en silencio. La creacion entera permanece muda, inmóvil, y su sombra marca en el cuadrante del Cielo la hora del sacrificio. La Tierra se agita; su eje se doblega y gime, y esta gran máquina se precipitaría en la nada, si no la retuviera en su equilibrio la mirada de Jehová.

Esta mirada se detiene en el Gólgota, y el Eterno ve á su Hijo enclavado ya en la cruz.

¡Alma inmortal, alma mia! Tú, que verás un dia las llagas del Mesías, prostérnate ante esa cruz, cubriéndote de luto, y espera que tu desfallecida voz encuentre fuerzas para cantar el misterio de los Cielos.

Los ángeles y los patriarcas guardan un triste silencio. ¿Ha pasado ya por el Universo el soplo del ángel exterminador? ¿Duermen los mundos ya en el seno de la destruccion? ¿Saldrá jamás de este seno polvoriento algun ser viviente?....

Los ángeles y los serafines presencian la lucha de la vida inmortal con todas las agonías de la muerte. Ven correr la

sangre del Hijo del hombre, y su dolor se exhala en lágrimas y cantos, que el eco de los Cielos repite con un santo estremecimiento. El divino Elohá, el más grande de los serafines, el más inmediato al Increado, dirige la última mirada al Mesías moribundo, se lanza al espacio, y su voz, semejante á los rayos de los astros celestes que alumbran lo infinito, grita á las regiones más elevadas:

«¡Su sangre corre!...»

Y repite á los abismos más profundos:

«¡Su sangre corre!...»

A medida que Elohá se aproxima á la Tierra, los ángeles de los soles que han oído primero su voz, encienden el fuego del sacrificio; y la llama sagrada, brillante y pura como el rocío que precede al orto del sol de la Tierra, se eleva hácia los Cielos. Y cada mundo que ve pasar á Elohá ofrece su holocausto, imágen de la víctima que expía en la cruz los pecados de la Tierra. Tal brilló en otro tiempo ante el pueblo de Dios, para guiarlo por el desierto, la columna inflamada que salió del tabernáculo.

El Hombre-Dios deja vagar sus miradas compasivas sobre el pueblo ciego, cuya compacta muchedumbre se extiende desde las puertas de Jerusalem hasta el pié de la cruz; y dirigiendo su voz al Cielo, exclama:

«¡Padre mio! perdónalos, porque no saben lo que hacen!»

A este grito de amor, una muda admiracion se apodera de todos los que le oyen: miran al Mesías con espanto, y ven su palidez y sufrimientos:... ojos mortales no pueden ver más. Unicamente los celestiales espíritus comprenden los tormentos del Hijo del Eterno, y la fuente inagotable de salud y vida que se abre para el género humano en las palpitantes llagas del Mesías..

Dos criminales han sido crucificados al lado del Justo: la

voluntad de Dios Padre había condenado á su Hijo á este último grado de ignominia.

A su izquierda está un asesino: viejo endurecido en el pecado, escarnece y ultraja al Dios que muere por él, como por todos los pecadores.

—«¡Bah! exclama con sarcasmo impio. ¡Te llamas el Salvador de los hombres! Si lo eres, descende de ese maldito leño, y sávanos, salvándote á ti mismo.»

A su derecha hay un jóven, arrastrado al mal por ejemplos malos y peores consejos; y este, lanzando una mirada de indignacion al perverso viejo impenitente, le dice:

—«¡Estás ya tan cerca de la muerte, y aun no temes al Juez supremo! Pues lo que nosotros sufrimos no es sino un ligero castigo en proporcion de nuestras maldades. Pero este justo, condenado á morir entre nosotros, ¿de qué puede ser acusado, sino de los beneficios que ha hecho á los que le crucifican?»

Y haciendo un penoso esfuerzo, se inclina hácia el Mesías.

Este movimiento hace correr más copiosamente su sangre y aumenta sus dolores; pero iluminado de pronto por un rayo de esperanza, exclama con inspirada voz:

—«¡Señor! acuérdate de mí cuando estés en toda tu gloria.»

Los lábios del Mesías se entreabren con una sonrisa de amor y misericordia, y cae de ellos esta promesa divina:

—«*En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el Paraíso.*»

Estas palabras infunden una felicidad desconocida en el alma del pecador arrepentido.

—«¿Dónde estoy? exclama. ¿A qué nueva vida me ha resucitado el hombre divino que muere junto á mí? ¡Bendito seas, aunque no alcanzo á comprenderte! Eres más que

el primero de los ángeles, pues ningun ángel hubiera podido acercarse así á Dios mi alma pecadora. ¡Bendito, bendito seas eternamente!»

Dice, y queda abismado en santo arrobamiento: la paz del Señor ha descendido á su alma.

Un ángel exterminador ha reemplazado á Abdiel en las puertas de los Infiernos, y el serafin ha venido á ocupar su puesto en el círculo luminoso que los inmortales forman al rededor del Gólgota. A una mirada del Redentor, se eleva por encima de la cruz, permanece un instante inmóvil, y volviendo cerca de sus hermanos, les dice:

—«El Señor me ordena conducir á su presencia, después de su muerte, el alma del primer pecador que la sangre de la redencion acaba de salvar. Regocijaos conmigo, hermanos, por la mision que se ha dignado confiarme.»

Uriel, el ángel del Sol, en pié sobre la cumbre de los montes, espera el instante marcado para la ejecucion de las órdenes que ha recibido del Eterno. De pronto se lanza á la inmensidad de los Cielos, y busca la estrella solitaria que ha de poner entre el Sol y la Tierra, á fin de que las más densas sombras reciban el último suspiro del Mesías.

Ya toca el serafin la atmósfera de Adamida, nombre que dan los Cielos á la estrella misteriosa, en cuyo purísimo éter nadan las almas antes que el ángel de la vida las transporte á la Tierra.

Sonriendo con aire fraternal á estos gérmenes aéreos de las generaciones futuras, Uriel fija su vista en esta vasta cuna, y dice:

—«¡Adamida! En nombre de aquel que te sembró en lo infinito, sal de tu órbita, entra en la inmensa parábola que descende hácia el sol de la Tierra, colócate delante de su disco y absorbe todos sus rayos.»

La voz del ángel se ha oído así en el fondo de los valles como en las cimas de los montes de Adamida. La estrella levanta sus polos y se precipita á través de los espacios: los océanos se hinchan y braman; las tempestades se desencadenan y rugen; las montañas se entreabren con estrépito; las nubes vuelan, chocan, truenan, y sus desgarrados senos vomitan torrentes de agua y llamas devoradoras.

En pié sobre el círculo ártico de Adamida, Uriel la dirige y conduce bajo el Sol, al que cubre con su inmenso globo. Las sombras que proyectan sus tenebrosos límites descienden sobre la Tierra, y ocultos entre sus pliegues misteriosos descienden también el Silencio y el Espanto.

Las aves dejan de cantar y huyen á la espesura de los bosques; y desde el fogoso toro, rey de la pradera, hasta el insecto que vive en un tallo de yerba, todos los animales buscan refugio, ora en las hondas cavernas, ya en las grietas de las rocas. La brisa retiene su aliento, y el hombre, respirando apenas de opresión, eleva los ojos al Cielo. El crepúsculo se condensa en sombras, y el Terror despliega sus mil formas fantásticas en medio de una noche negra, pavorosa, terrible, que extiende su pesado manto por todos los confines de la Tierra.

La estrella de Adamida está inmóvil delante del Sol, cuyo fuego parece haberse apagado para siempre. Sus pálidas sombras zumban sordamente, y los mundos se detienen llenos de respeto y admiración ante la sangre que corre de la cruz divina, á la manera que el viajero queda inmóvil y pensativo ante el sepulcro que guarda los restos de un grande hombre.

Uriel dirige la palabra á los aéreos habitantes de Adamida, y estas almas humanas, para las cuales no ha sonado aun la hora del nacimiento, y que esperando un cuerpo

mortal se envuelven en las más dulces tintas del Cielo, escuchan al serafin con piadoso recogimiento.

—«Seguidme, les dice: voy á conducirlos al globo que la sombra de vuestro mundo acaba de sumir en las tinieblas. A pesar de estas tinieblas, vereis al Hijo del Eterno. Vosotros no le conoceis aun; pero su vista os hará presentir la felicidad inefable que será un día vuestra herencia. Mirad: en los Cielos mismos todas las rodillas se doblan y todas las coronas se inclinan ante el Hijo del Eterno. ¡Salvador del mundo! para tí has creado y redimido las almas de las generaciones pasadas y de las futuras.»

Dice; y desplegando sus alas, se dirige á la Judea. Las almas le siguen, como los nobles y piadosos pensamientos siguen al sabio, cuando alumbrado por los dulces rayos de la Luna, va al bosque solitario donde acostumbra meditar sobre los secretos de la eternidad.

Los patriarcas que se ciernen sobre el Gólgota reconocen con jubilosa sorpresa, en los celestiales viajeros que vienen sobre las nubes, las mil y mil cohortes de seres humanos que el porvenir prepara en su seno.

Por la primera vez la madre de los hombres desvia sus miradas de la cruz. Elevando una mano al Cielo, y apoyando la otra en el hombro de Adam, le muestra los futuros hijos de los siglos que no son todavía.

—«Mira, le dice, las innumerables generaciones del porvenir, los futuros cristianos, llamados á la inmortalidad. ¿Qué nombre te daré á tí que mueres por ellos? ¿Qué *hosanna* podrá celebrar dignamente tu poder y tu misericordia? ¡Oh, hijos míos por nacer! ¿por qué no habeis entrado ya en la vida de prueba, á fin de que vuestras madres puedan conducirlos al pié de la cruz, para enseñarlos á adorar á vuestro Salvador? Pero ellos lo aprenderán.

¡Oh! sí, Adam, entreveo su porvenir. Los más dignos de ellos caerán bajo el hierro del verdugo, semejantes á los lirios reales cuyo tallo quiebra la tempestad. Ya veo brillar vuestras heridas, santos mártires, y me deslumbra el esplendor de vuestras frentes heladas y de vuestros ojos extinguidos. Vuestro último suspiro es un himno de alegría. ¡Oh! ¡permitid, hijos míos, que vuestra madre os bendiga!»

El Mediador dirige una mirada á esta multitud de almas, y una lágrima de vida y felicidad eterna brilla en sus ojos. Un relámpago de alegría pasa por las pálidas mejillas del Redentor; pero al punto los sombríos velos de la muerte lo envuelven otra vez: su cabeza se inclina bajo el peso de los pecados del mundo, y en vano procura ya levantarla al Cielo.

El Gólgota permanece rodeado de nubes densas y sombrías, como las bóvedas sepulcrales se redondean sobre los ataúdes. La más negra de estas nubes se extiende hasta la cruz, y con ella el silencio de la nada, silencio que espanta hasta á los inmortales. ¡Un pensamiento, y este silencio no existe ya!... Un tumulto siniestro, al que no ha precedido ningún murmullo, le sucede de repente. Desde el fondo de la Tierra que se entreabre, la tempestad inesperada, pero poderosa y terrible, brama espantosamente; los huesos de los muertos se agitan; el templo se estremece, se inclina, se levanta y vuelve á inclinarse. Los sordos rumores de las entrañas de los montes anuncian la llegada del huracán, ese hijo primogénito de la destrucción, á quien su madre ha dotado con todo su poder.

Y el huracán llega. Ruge á través de los magestuosos cedros, y los cedros caen; ruge á través de la fiera Jerusalem, y Jerusalem balancea sus palacios y cabañas, como las

olas de un mar embravecido balancean los despojos de una flota naufraga.

Los bramidos del huracán anuncian la proximidad del rayo.

Y el rayo estalla y cae en el *mar Muerto*, cuyas negras ondas se levantan y cubren de blanca espuma; estalla y cae en la tierra, y el humo de los bosques incendiados se eleva hasta las nubes.

Un pensamiento tan grande como audaz ha pasado por la frente de Elohá, y ya este pensamiento es una acción. El más grande de los serafines adora tres veces la víctima divina, y después se lanza á la senda solar que atraviesa los Cielos.

Cerca de las siete estrellas que forman la entrada de esta senda, encuentra dos ángeles de la muerte. A su vista, los siniestros mensajeros se velan el semblante con sus negras alas.

Elohá se estremece y prosigue su rápido vuelo: quiere contemplar al Eterno en medio de las impenetrables tinieblas con que se ha envuelto en su trono de juez.

Todo ha venido á quedar triste y silencioso al rededor del Gólgota. Los vivos y los muertos, las almas de los que no han nacido aun, las almas de los patriarcas y las legiones de los serafines contemplan al Mesías en muda adoración.

Eva adora también al Hijo divino; pero en presencia de sus padecimientos, su corazón se destroza: desvía los ojos, y ve al pié de la cruz una mujer vacilante, con la cabeza baja, la mirada fija y sin lágrimas. En esta muda angustia reconoce el dolor de una madre.

—«Tú, tú eres María, dice: me lo prueba tu amargura. Lo que tú sientes en este momento lo sentí yo, cuando ví á Abel bañado en su sangre. Sí, tú eres la madre del Hombre-Dios, que muere por nosotros.»

Y su pensamiento se aparta repentinamente de la más desgraciada de sus hijas; pues ve á los dos ángeles de la muerte, que Elohá encontrara á la entrada de la senda solar.

Los dos ángeles entran en la atmósfera de la Tierra por las puertas del Oriente, y con vuelo majestuoso y lento se dirigen hácia el Gólgota. Las más negras sombras de la noche les sirven de vestiduras; sus ojos lanzan miradas de fuego; la destruccion se pinta en sus frentes; dos largas alas los sostienen en los aires; otras dos envuelven su cabeza, y otras dos más forman al rededor de sus piés una negra nube.

Sobrecogidas de santo terror, las almas de los patriarcas descienden y casi tocan á la Tierra, que parece preparar por segunda vez un sepulcro á los padres del linaje humano.

Los ángeles lúgubres, se detienen ante el Mesías, le saludan con la más terrible de sus miradas, y vuelven á tomar su siniestro vuelo.

Siete veces dan vueltas al rededor de la cruz, velándose el semblante con sus negras alas, y por todo el Universo resuena triste y lúgubre el ruido de este vuelo, como la campana de los muertos que lanza sus fúnebres lamentos á través de las ruidosas alegrías de las mundanas fiestas.

Semejante al viajero pacífico que, obligado á atravesar un campo de batalla en que yacen millares de guerreros, redobla sus esfuerzos para acelerar su marcha, cuando oye el lamento del uno y el último suspiro del otro; el Mesías levanta la cabeza á la proximidad de los ángeles de la muerte, los mira, y alzando los ojos al Cielo, dice en el fondo de su corazón:

—«¡Oh Juez supremo! Mi cuerpo terrenal está herido de muerte. Cesa de espantarlo. Conozco el ruido de esas negras

alas; comprendo el lenguaje profético de ese vuelo horrible... ¡Oh Juez supremo! mi cuerpo terrenal está herido de muerte... No lo espantes más. ¡Gracia! ¡gracia para el Hijo del hombre!»

Así habla el Mesías. Su sangre corre con más abundancia, y los ángeles exterminadores vuelven otra vez al Cielo, dejando tras sí vagas inquietudes y terrores inciertos.

En el momento de consumarse, la obra de la redencion se repliega más y más en su misterioso velo.

Son innumerables los testigos de la Tierra y del Cielo colocados al rededor del Gólgota, y entre estos testigos innumerables, Eva es la más profundamente conmovida. Para ella los padecimientos del Hijo del hombre son torturas personales. La auréola que rodeaba su cabeza se extingue; su frente toca á la Tierra, esa tumba inmensa de sus hijos, polvo de todos los muertos, y sus manos juntas se elevan al Cielo.

Luego se levanta, y su mirada de inmortal procura atravesar las tinieblas del sepulcro que salvó hace tantos siglos, y cuyos huesos blanqueados y terrible silencio la espantan de nuevo.

Compadecido de sus gemidos, el ángel de las armonías celestiales lleva al pié de la cruz esta dulce plegaria de la madre del género humano:

—«Jesús, á quien he llamado hijo mio, ¿puedo darte aun este dulce nombre? No desvíes de mí tus miradas, que se velan ya y se extinguen. ¿No eres mi Redentor, el Redentor de todos los nacidos? Los Cielos se estremecieron de alegría cuando tu amorosa voz anunció á la primera pecadora el perdon y la vida eterna. Pero ¡ay! tú pagas con tu vida este perdon... Este terrible pensamiento repliega al alma inmortal hácia el sepulcro que ya salvó. ¡Oh! ¡permíteme

llorar sobre tí, Hijo divino! Las lágrimas, bien lo sé, son un homenaje poco digno de tu gloria; pero tú tienes piedad de la flaqueza humana, pues eres todo amor y misericordia. Y vosotros, hijos de mis hijos, nacidos para morir, cesad de acusar á vuestra madre. Por vosotros pasó su vida en el dolor; por vosotros hallaron sus ojos más allá del sepulcro estas lágrimas ardientes que funden la nieve de la muerte.

«Ahora, hijos amados míos, la sangre del Hijo de Dios os garantiza de la nada. Ya no moriréis, sino que os dormireis para despertaros en los brazos de vuestro Salvador. Pero ¡ay! muere ese Salvador, cuyo poder y misericordia ninguna palabra puede expresar. ¡Hora terrible, hora suprema, aprestúrate á volar en las rápidas alas de la luz que te balancean tan lentamente en lo infinito! ¡Terroros de la agonía! ¿no os cansareis de rodear esa cabeza, que se inclina cada vez más hacia las sombras de la muerte?»

«Jesús, divino hijo mío, tu semblante palidece por momentos; la sangre brota aun de tus heridas, y tu aliento es ¡ay! el estertor del moribundo. Tus ojos velados se fijan en mí... ¡Serafines! celebrad mi ventura. ¡Qué las bóvedas del Cielo repitan: ¡El Redentor ha dirigido una mirada de misericordia á la madre del género humano!...

«El dulce reposo de la inmortalidad ha entrado en mi corazón. Alzo mis ojos y mi pensamiento al Creador, y os bendigo, hijos míos; os bendigo en nombre del que os vuelve la primitiva inocencia; del que ha de juzgar al mundo, y que os inicia en la muerte con sus padecimientos y con su sangre; os bendigo en nombre de su cabeza inclinada, de sus ojos extinguidos, de su frente oscurecida por todas las angustias y torturas de la Tierra.»

## CANTO IX.

Elohá vuelve de los Cielos sin haber podido acercarse al trono del Eterno.—Padecimientos del Mesías en la cruz.—Pesar de Simon Pedro: recorre los alrededores del Gólgota, y encuentra á muchos de sus amigos, que lloran con él sin atreverse á consolarle ni á reprocharle su falta.—Plegaria de los patriarcas.—Jesús dirige la palabra á su madre y á Juan.—El terremoto es más violento.—Abdiel Abbadona, que se habia refugiado en las entrañas de la Tierra, se espanta de estas conmociones; afirmase en el deseo de ver al Mesías; toma la forma celestial que tenia antes de su caída, y va á mezclarse con los ángeles que rodean la cruz.—Los serafines le reconocen; pero le permiten acercarse.—La vista del serafin Abdiel, su antiguo amigo, le hace perder su esplendor ficticio; por lo cual huye espantado.—Obaddon, el ángel de la muerte, lleva el alma de Judas cerca de la cruz; le hace contemplar los Cielos, de donde la ha desterrado su traicion, y precipitándola en el infierno, va á tomar las órdenes del Eterno.

Elohá vuelve del trono del Eterno; su vuelo es grave y silencioso. Al pasar por encima del templo de Jerusalem, desciende lentamente en medio de los patriarcas, y dice:

—«Prosternaos, y adorad conmigo á nuestro Señor.»

Los patriarcas obedecen, y todos oran con fervor.

El serafin se levanta luego; pero profundas meditaciones le absorben siempre. Después de un largo silencio, vuelve á tomar la palabra y dice:

—«He querido contemplar en medio de su gloria misteriosa y terrible al que ninguna lengua podría expresar ni pensamiento alguno comprender. Me he elevado hacia los

llorar sobre tí, Hijo divino! Las lágrimas, bien lo sé, son un homenaje poco digno de tu gloria; pero tú tienes piedad de la flaqueza humana, pues eres todo amor y misericordia. Y vosotros, hijos de mis hijos, nacidos para morir, cesad de acusar á vuestra madre. Por vosotros pasó su vida en el dolor; por vosotros hallaron sus ojos más allá del sepulcro estas lágrimas ardientes que funden la nieve de la muerte.

«Ahora, hijos amados míos, la sangre del Hijo de Dios os garantiza de la nada. Ya no moriréis, sino que os dormireis para despertaros en los brazos de vuestro Salvador. Pero ¡ay! muere ese Salvador, cuyo poder y misericordia ninguna palabra puede expresar. ¡Hora terrible, hora suprema, aprestúrate á volar en las rápidas alas de la luz que te balancean tan lentamente en lo infinito! ¡Terroros de la agonía! ¿no os cansareis de rodear esa cabeza, que se inclina cada vez más hacia las sombras de la muerte?»

«Jesús, divino hijo mío, tu semblante palidece por momentos; la sangre brota aun de tus heridas, y tu aliento es ¡ay! el estertor del moribundo. Tus ojos velados se fijan en mí... ¡Serafines! celebrad mi ventura. ¡Qué las bóvedas del Cielo repitan: ¡El Redentor ha dirigido una mirada de misericordia á la madre del género humano!...

«El dulce reposo de la inmortalidad ha entrado en mi corazón. Alzo mis ojos y mi pensamiento al Creador, y os bendigo, hijos míos; os bendigo en nombre del que os vuelve la primitiva inocencia; del que ha de juzgar al mundo, y que os inicia en la muerte con sus padecimientos y con su sangre; os bendigo en nombre de su cabeza inclinada, de sus ojos extinguidos, de su frente oscurecida por todas las angustias y torturas de la Tierra.»

## CANTO IX.

Elohá vuelve de los Cielos sin haber podido acercarse al trono del Eterno.—Padecimientos del Mesías en la cruz.—Pesar de Simon Pedro: recorre los alrededores del Gólgota, y encuentra á muchos de sus amigos, que lloran con él sin atreverse á consolarle ni á reprocharle su falta.—Plegaria de los patriarcas.—Jesús dirige la palabra á su madre y á Juan.—El terremoto es más violento.—Abdiel Abbadona, que se habia refugiado en las entrañas de la Tierra, se espanta de estas conmociones; afirmase en el deseo de ver al Mesías; toma la forma celestial que tenia antes de su caída, y va á mezclarse con los ángeles que rodean la cruz.—Los serafines le reconocen; pero le permiten acercarse.—La vista del serafin Abdiel, su antiguo amigo, le hace perder su esplendor ficticio; por lo cual huye espantado.—Obaddon, el ángel de la muerte, lleva el alma de Judas cerca de la cruz; le hace contemplar los Cielos, de donde la ha desterrado su traicion, y precipitándola en el infierno, va á tomar las órdenes del Eterno.

Elohá vuelve del trono del Eterno; su vuelo es grave y silencioso. Al pasar por encima del templo de Jerusalem, desciende lentamente en medio de los patriarcas, y dice:

—«Prosternaos, y adorad conmigo á nuestro Señor.»

Los patriarcas obedecen, y todos oran con fervor.

El serafin se levanta luego; pero profundas meditaciones le absorben siempre. Después de un largo silencio, vuelve á tomar la palabra y dice:

—«He querido contemplar en medio de su gloria misteriosa y terrible al que ninguna lengua podría expresar ni pensamiento alguno comprender. Me he elevado hacia los

soles, y los soles no brillaban ya sino con un débil y vacilante resplandor: hé llegado á los polos de los Cielos, y los polos de los Cielos estaban envueltos en una profunda oscuridad: me he acercado al trono... y en vano buscaria una expresion para describiros las sombras que han venido á rodearme, los terrores que ellas han esparcido sobre mí. Del fondo de la creacion se alzaban los bramidos de los rios del Infierno, y de lo alto de las nubes una voz me ha dicho: «Ese ruido de alas es el de un sér creado. ¿Quién es ese sér?»... Sobrecogido de espanto, porque esta voz era la del ángel exterminador, me he prosternado y adorado al que juzga en medio de las tinieblas de su inmutable justicia.»

Así habla el serafín; se estremece, y se vela el semblante.

El Mesías deja caer su abrumada cabeza sobre el pecho, y parece dormir.

El furor del pueblo se ha calmado, semejante á las olas de un mar embravecido, que después de haberse quebrado en una inmóvil roca, vuelven pacíficamente á su lecho.

Los amigos del Mesías vagan aisladamente al rededor del Gólgota, temiendo encontrarse y aumentar con sus lamentos su dolor.

Únicamente Juan y la madre de Jesús han tenido valor para permanecer al pié de la cruz. El discípulo que negó á su maestro es el más desgraciado de todos.

El triste náufrago, arrojado á la playa cubierta de inanimados restos, los restos de sus compañeros de infortunio, la recorre con la mayor amargura: anda, gime, se detiene; vuelve á andar, y llega en fin junto á una roca donde las olas han depositado el cuerpo de su padre. A su vista se retuerce con desesperacion, y se acusa de haber sido su asesino; porque en el momento del peligro le abandonó para pensar solo en sí mismo.



Lágrimas y arrepentimiento del discípulo Pedro.—(CANTO IX).

Así ha pasado Simon Pedro el resto de la noche y parte de la mañana en los parajes más solitarios de la comarca. Detiéndose al fin en una colina, no lejos del Gólgota, desde donde contempla la cruz.

Pero muy luego las pocas fuerzas que le quedaban le abandonan, y cae casi exánime en tierra.

Ithuriel hace descender sobre él un rayo de vaga esperanza; pues no le es permitido hacer más por ahora: la influencia de los ángeles encargados de velar sobre el destino de los mortales está sujeta á la voluntad de Dios.

Reanimado Simon Pedro por el débil consuelo que recibía de su celestial custodio, levanta la cabeza, y sus ojos buscan á los nobles amigos que en otro tiempo hallaba siempre á su lado. Quisiera confesarles su crimen, pues comprende que las reconvenciones de ellos endulzarían sus remordimientos; pero no ve nada, ni aun la fiera Jerusalem: la real ciudad está envuelta en las tinieblas, entre las cuales se dibujan vagamente las líneas del templo y del Mória.

De repente un confuso ruido viene á herir su oído: escucha, y oye que andan y hablan á poca distancia de él.

Son forasteros venidos á Jerusalem á celebrar la Pascua, y á quienes el ruido del suplicio de Jesús conduce hácia el Gólgota.

Uno de estos forasteros se hace notar por su espléndido traje, por el color negro de su tez y por su aire digno, que revela una elevada clase. Es, en efecto, un personaje ilustre; es el confidente de Candace, reina de Etiopía, el mismo á quien más tarde iniciará Felipe en los santos misterios de la nueva alianza (1).

(1) La presencia de este etiope en Jerusalem á la sazón de la muerte de Cristo es un anacronismo. No fué sino dos años más tarde cuando este eunuco, primer ministro de la reina de Etiopía, concibió en la lectura de Isaías el deseo

La casualidad le ha traído al lado de un anciano venerable, que anda apoyado en el brazo de un adolescente.

Animado por la afabilidad del anciano, el etíope le dirige la palabra diciendo:

—«Te suplico me digas qué crimen ha cometido el profeta condenado á muerte. Grande ha de haber sido su maldad para merecer tanto rigor.»

Samma, que este es el nombre del anciano, lanza un profundo suspiro, y le contesta:

—«Le condenan á muerte, porque ha dado salud á los enfermos, oído á los sordos y luz á los ciegos; porque ha resucitado á los muertos y libertado á los posesos. Yo, yo mismo he sido uno de estos desgraciados.»

Al pronunciar estas palabras, descubre á Pedro, y designándolo al etíope, le dice:

—«Hé ahí, noble extranjero, á uno de los discípulos de ese hombre divino; uno de sus predilectos, que darán testimonio un día de haberle visto y oído; uno de los dichosos mortales que han aprendido de Jesús cómo quiere el Eterno ser adorado.»

Y volviéndose al discípulo, le dice:

—«Dígnate informarnos, yo te lo ruego; dínos por qué muere tu divino maestro. No desvies así tu semblante, hombre de Dios; hálbanos del gran profeta que tú y Juan amais tan tiernamente.

Pedro se cubre el rostro con las manos y lanza profundos gemidos, porque las palabras de Samma le representan más

de ver la ciudad santa. Fué allí entonces, encontró en el camino á Felipe, y le hizo subir á su carroza. El apóstol le explicó las profecias, y le convenció de tal modo de la santidad de la doctrina de Cristo, que el etíope se hizo bautizar por Felipe en el agua del primer arroyo que encontraron á su paso.—*Hechos de los apóstoles, cap. VIII.*

y más la gravedad de su falta, y al fin exclama entre sollozos:

—¡«Ay! Amigos míos, el más grande, el mejor de los hombres va á morir, sí; pero no me preguntéis otra cosa...»

Dice, y se pierde entre la multitud. Samma, Joel su hijo y el etíope continúan andando hácia el Gólgota. Simon Pedro les sigue de lejos; mas luego se detiene cerca de Lebbeo, que en pié bajo un árbol seco parece haber venido á ser extraño á todo cuanto le rodea, y con voz balbuciente, le dirige estas palabras:

—«¡Tú le has visto en la cruz!... Esa dicha te es permitida á tí, amado Lebbeo. Sí, á pesar de la profunda aflicción que te atormenta, puedes levantar los ojos y mirarle; mientras que yo... ¡Oh tormentos terribles! Aquí, aquí, en el fondo de mi corazón se renuevan sin cesar las heridas que hacen los cuchillos de mis remordimientos. Concédeme una palabra, una mirada de piedad siquiera, tú, en otro tiempo mi amigo... ¡Vana esperanza! permaneces mudo.»

Lebbeo no tiene fuerzas para expresar sus sentimientos con palabras, y llora; pero sus lágrimas son elocuentes; y sin embargo, estas lágrimas, que una tierna compasión hace correr, no alivian el dolor de Pedro: la hora del celestial perdón no ha sonado aun para él.

Agitado siempre por sus remordimientos, se abandona de nuevo á las oleadas de la multitud, que le empuja en medio de un grupo, donde encuentra á su hermano Andrés; pero espantado de este encuentro, huye con precipitación. Andrés le sigue; Pedro le rechaza al principio, mas al fin se arroja en sus brazos, no ya con la satisfacción ardiente que en otro tiempo caracterizaba al impetuoso discípulo, sino con el abandono de la desesperación. Sus trémulos labios solo pueden articular la palabra: *¡Hermano, hermano!*

Andrés le estrecha más amorosamente en sus brazos, y le dice con voz sofocada:

—«Amado hermano mio. ¡Ah! quisiera callar y no puedo: mi corazón destila sangre, herido más dolorosamente que el tuyo... ¿Qué has hecho, hermano? ¡Has negado al mejor de los hombres, al más fiel de los amigos, al Hijo de Dios!»

Así habla Andrés, y una dulce tristeza y lágrimas fraternales velan sus ojos.

Los dos discípulos permanecen mucho tiempo abrazados en silencio; después marchan asidos de las manos sin atreverse á mirarse, y se separan por último sin proferir una palabra.

Sediento siempre de consuelo, y convencido más que nunca de que no lo hay para él, Simon Pedro toma un sendero solitario. Apenas da algunos pasos, cuando encuentra dos hombres venerables, cuya compañía buscaba aun la víspera y ahora quisiera poder esquivar. Pero ya le han conocido, y uno de ellos le tiende la mano y dice:

—«Valeroso discípulo de nuestro divino maestro: ¿ya no conoces á José de Arimathea? ¿No reconoces tampoco á nuestro comun amigo el noble Nicodemus? Nosotros también somos discípulos del profeta. Hasta aquí lo hemos sido en secreto; pero hémos ya dispuestos á confesar ese nombre á la faz de todo el mundo. El noble ejemplo que Nicodemus ha dado, será seguido por todos los amigos de Jesús. ¡Ah! ¡si hubieras visto con qué valor ha defendido á nuestro maestro ante el Sanhedrin, mientras que yo, miserable de mí, permanecía mudo!...»

—«Exajeras tu falta, contesta Nicodemus. ¿No has abandonado conmigo el Consejo de los sacerdotes? ¿Era menester más para declararse públicamente amigo y discípulo de Jesús?»

José se sonríe dulcemente alzando los ojos al Cielo.

—«¡Dios de Jesús! ¡Dios de Abraham! exclama: oye mi ruego. Haz, Señor, que después de haberme mostrado tan débil, halle la fuerza necesaria para arrostrar todos los peligros y torturas, y que á lo menos mi muerte pueda probar cuánto le amo.»

Oyendo este ruego, Dios hace descender sobre José de Arimathea un rayo de esa gracia que da el valor del martirio.

José permanece en un santo arrobamiento, y Nicodemus dirige así la palabra á Simon Pedro:

—«¿Por qué desvias de nosotros tu mirada? Nosotros comprendemos tu dolor; participamos de tus amarguras en este solemne momento en que el más santo de los hombres expira en la cruz. Perdónanos el haber tardado tanto en declararnos altamente por él: á lo menos, en el momento del peligro no nos ha faltado el valor, pues le hemos proclamado en alta voz nuestro maestro.»

La encina trabajada por la tempestad resiste, pero su copa se inclina á impulsos del viento impetuoso. Así Simon Pedro permanece inmóvil en su puesto, pero con la cabeza baja. Sus angustias aumentan, le dominan, le arrastran: huye, y como si esperara hallar reposo en el exceso de la desesperación, se dirige al Gólgota.

Al llegar al pié de la cruz, procura en vano levantar sus miradas hácia Jesús: la vista de Juan y de la tristísima María le absorbe completamente. El dolor parece haberlos implantado en aquel sitio; sus ojos están secos, su pecho oprimido, y no lejos de ellos, los fieles cuyo celo no ha podido reprimir ningún temor, ninguna consideración humana, forman un grupo compacto. Su nacimiento es oscuro; han vivido pobres é ignorados, pero la Historia perpetuará sus nombres, que han grabado ya los ángeles al pié del trono del Eterno.

Magdalena, María, madre de Judas y Santiago, María, madre de los Zebedeos, y la otra María, hermana de la madre del Mesías, están en medio de este grupo.

Extraviada por el dolor, Magdalena rechaza el recuerdo de los milagros de Jesús, y la esperanza de que triunfará de sus enemigos; prostérnase al pié de la cruz, y llena el aire de gemidos.

La madre de Santiago quiere consolarla; pero los sollozos sofocan su voz. La madre de los Zebedeos se retuerce los brazos en su dolor, y no osando esperar nada de la misericordia divina, la acusa de ejecutar demasiado lentamente los decretos de su terrible venganza.

El jóven criminal que expia sus faltas al lado de Jesús, ve el dolor de los fieles, y los compadece con todo el ardor de un alma que acaba de hallar gracia delante de su Dios, porque se ha abierto á la fé y al arrepentimiento.

Los inmortales reunidos al rededor del Gólgota participan de las sufrimientos que torturan tantos nobles corazones; pero al mismo tiempo aplauden la conversion del pecador, y admiran la tierna piedad que hace olvidar á este jóven sus propios dolores para iniciarse en los del Mesías.

Abraham cede á la necesidad de comunicar á sus amigos las sensaciones que sufre, y volviéndose á Moisés, el padre de las doce tribus de Israel dice al fundador del tabernáculo:

—«¿Nos bastara, oh hijo mio, la eternidad para sondear las profundidades de las maravillas que pasan á nuestra vista? Sean ellas el único asunto de nuestra conversacion, y á lo menos beberemos gota á gota en este océano sin límites. En otro tiempo vimos los dos al Mediador en toda

su gloria. Tú le viste en el Horeb (1), y yo tuve la dicha de verle en los bosques sagrados de Mambré. Allí su voz melodiosa y dulce era todo amor y misericordia: con esa misma voz acaba de anunciar Jesús el perdón á su compañero de suplicio. ¡Oh! gracias te sean dadas á tí, que así redimes á los pecadores, y pueda mezclarse mi himno de gratitud á los acentos de triunfo de los Cielos. Ve, Moisés ve cómo se sonrie muriendo el pecador arrepentido que Jesús acaba de reanimar. La certeza de la vida eterna ha traído á su alma un benéfico reposo. ¡Yo te saludo, pecador convertido! tú eres mi hijo muy amado... ¡Ay! tambien son hijos míos los asesinos del Hijo del Eterno; pero inaccesibles al arrepentimiento, se congratulan de su crimen. Esta perversidad de mis hijos rompería mi corazón, si yo fuera aun mortal como ellos. Yo habito las regiones de paz y ventura, y sin embargo un pensamiento terrible me persigue. ¡Oh! ¡que pase, que pase rápidamente y se pierda en las sombras del olvido! Los verdugos del Mesías han pronunciado su propia sentencia; pues cuando el Romano se resistía á condenarle, ellos clamaron diciendo: «¡Muera, y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» Y la espada del ángel exterminador ha grabado estas horribles palabras en la roca que sostiene el trono del Eterno. Yo veo á todos los pueblos de la Tierra, desde Oriente á Occidente, agruparse al rededor de la cruz y adorar á su Salvador; los veo á todos, excepto á mis hijos, excepto á mi raza.»

Así habla Abraham, y Moisés contesta:

—«Padre de Israel y de todos los fieles que adoraban á

(1) Nombre de la roca de que Moisés hizo brotar una fuente para que apagarán su sed los israelitas, porque no habia agua en el desierto de Rhapsidim, donde acampaban entonces.—*Exodo, cap. XVII.*

Jehová, mientras el pueblo se prosternaba á los piés del becerro de oro; padre de David y de la bienaventurada mujer que dió al Salvador esa vida de hombre que en este momento sacrifica por nuestra eterna salvacion; padre del Hombre Dios, escúchame. Tú sabes lo que voy á decirte; pero es bueno decir lo que es verdad. El que derrama con una mano la misericordia y con otra la justicia ha colocado á nuestro pueblo en la punta de una roca que separa la gracia del castigo, porque ha querido probar al linaje humano que cada hijo del polvo es dueño de su eternidad. Aquel que descienda de esta roca por la pendiente del mal, ese se perderá él mismo, y ellos mismos se perderán todos los que no quieran aprovechar este ejemplo; y cuando, más allá del sepulcro, sean precipitados á una muerte más terrible, no podrán acusar sino á su propia ceguedad.»

Calla Moisés y Abraham añade:

—«Te he escuchado con agradecimiento ¡oh noble hijo mio! pero séame permitido esperar que hallará gracia ante Él, el pueblo que se dignó conducir á la tierra de Canaan, dándole por escolta sus nubes protectoras y por guía la más brillante de sus llamas. Sí, ese pueblo volverá al divino Redentor, que muere por todos los habitantes de la Tierra; sí, mis hijos volverán al cordero que ellos mismos han inmolado, y que para ellos tambien abre las celestiales puertas de la vida eterna.»

Dice, y queda sumido en piadosa meditacion.

Isaac le ve, y se sonríe con el dulce candor de la adolescencia; porque para eternizar la imágen profética del sacrificio expiatorio ofrecido á la Divinidad irritada, los Cielos han dado al hijo querido de Abraham una exterioridad áerea, que refleja todo el encanto de la infancia.

Isaac se acerca al más grande de los patriarcas, y le dice:

—«En tus ojos, padre mio, leo el amargo dolor que sientes viendo á nuestros hijos sacrificar al Santo de los santos, que se inmola por ellos mismos. Piensa que el Juez supremo no los olvidará en su misericordia, sino que los arrancará del pecado para conducirlos á los piés de su Salvador, como en otro tiempo los sacó de Egipto para llevarlos á la tierra prometida. Esta dulce esperanza me consuela, y un recuerdo sagrado eleva y engrandece mi alma. Este recuerdo debe de estar tambien en tu memoria. No puedes haber olvidado el instante supremo en que subiste la montaña en cuya cima estaba el altar del sacrificio: tu hijo te seguía alegremente, sin presumir que él era la víctima que habías de ofrecer al Señor... Pero cuando yo me ví atado al altar; cuando ví encenderse la sagrada pira; cuando, alzando mis ojos llenos de lágrimas, ví la brillante espada que suspendía tu brazo sobre mí cabeza.... que un silencio eterno sepulte para siempre aquel horrible instante: siglos de celestial beatitud lo han coronado. Isaac, tu amado hijo, fué hallado digno de hacer presentir á las primeras edades del mundo el sacrificio por medio del cual debía ser redimido un dia el género humano.»

Isaac calla, y se arroja en brazos de su padre. Los dos se prosternan, y Abraham dirige al Mesías estas piadosas palabras:

—«Hijo del Eterno, última esperanza del pecador, apoyo de los fieles: desde el dia en que naciste de una madre mortal, todos los tormentos y alegrías de la eternidad han pasado por mi corazon. Cuando, débil niño, llorabas en el polvo, el más poderoso de tus truenos resonaba á través de los Cielos. Envolviéndote cada dia más en la humilde condicion de los mortales, viniste á ser incomprendible aun para los ángeles, que apenas te reconocian, y proseguiste

tu carrera meditando sobre tu muerte. Ya has llegado al término, término sagrado que te propusiste desde la eternidad. La creacion no existia aun, y ya pedias tú á tu Padre este sacrificio sublime, que redime los pecados del pasado y del porvenir... Nosotros te vemos sufrir sin osar compadecerte, porque tú estás por encima de la piedad; pero el golpe terrible con que la muerte te amenaza nos herirá á todos: antes de herirte á tí, herirá todo cuanto se mueve en lo infinito. Ten piedad de nosotros, á fin de que ese terrible golpe no nos aniquile; ten piedad, sobre todo, de los fieles que gimen al pié de la cruz: sus sufrimientos casi se igualan á los nuestros, y sin embargo, su vaso mortal los retiene todavia en la Tierra.»

Así depreca Abraham; y un grupo brillante y bello, como una nube matutinal, se aproxima al Gólgota. Son almas apenas libertadas de sus cuerpos, que acaban de ser depositados en el seno de la Tierra ó devorados por las llamas de las hogueras; porque estas almas vienen de todos los puntos del globo. Su vida ha pasado inocente y pura, tanto como puede serlo la de un mortal á quien Dios no se ha dignado aun iluminar con su luz divina.

Un querubin benévolo conduce á estos nuevos inmortales, que no comprenden aun su alto destino; pero lo presienten, y adoran en silencio al Creador de todas las cosas.

El querubin los saca con un gesto de su piadoso éxtasis, y les dice:

—«Dominad vuestra justa sorpresa, y meditaad sobre lo que veis: es el secreto de los Cielos. Ningun nacido de mujer podria ser admitido á las beatitudes celestiales, sino por la intervencion del que padece y muere en este momento: su nombre es Jesús. Una madre mortal lo ha hecho hijo de la Tierra al darlo á luz. Padeecer, orar, enseñar, hacer bien,

padeecer más... he aquí su vida. Ahora corona su obra muriendo en una cruz. Si él no se hubiéra ofrecido como víctima expiatoria á vuestro juez, la muerte eterna seria vuestro destino, como lo será desde ahora para todos los que oigan predicar su ley y no la sigan. Antes de daros la vida, el Eterno conocia el uso que haríais de ella; sabe que si la doctrina de Jesús hubiera llegado á vosotros, vosotros la habríais seguido; y por tanto, os recibirá en la plenitud de su misericordia. Sois, pues, puros ante el Ser de los seres: la sangre del Mesias os ha lavado. Prosteraos: el que en este momento resucita la inocencia de la especie humana, Jesús, el hijo de Jehová y de una madre mortal, recibirá vuestras acciones de gracias.»

Calla el serafin; y las almas, penetradas de amor y agradecimiento, adoran al Salvador.

Salem, ángel de Juan, y Selith, ángel de María las contemplan con una alegría mezclada de tristeza.

—«¡Ah! exclama Salem, dirigiéndose á su divino amigo: ¡cuán dulce es contemplar la felicidad de estas almas que la redencion ha salvado! Para ellas no hay ya dolor ni sufrimiento. Pero ¡la triste María!... pero ¡el infortunado Juan!... Las angustias más crueles destrozan el corazon de esos dos modelos de virtud, donde reinaba en otro tiempo la paz de los justos. ¡Oh Selith! la espada que traspasa el corazon de la madre del Mesias, traspasa tambien el mio.»

Selith contesta:

—«He visto padeecer á más de un mortal virtuoso; pero ninguno de ellos era tan digno de la piedad de los ángeles como esos dos ilustres personajes de la ley de gracia; y sin embargo, no me atrevo á compadecerlos; no debo sino admirarlos. El Eterno los ama, y les enviará confortacion

y consuelo. Mira, hermano mio: ¿me engaña el deseo de ver descender sobre ellos esos consuelos, ó en efecto los ojos del Mesias se fijan en los seres queridos que lloran á sus piés?»

Selith calla estremeciéndose de alegría.

El Hijo del Hombre se inclina hácia su madre y hácia el discípulo que la sostiene en sus tremulos brazos. Los dos se sienten revivir esperando oír otra vez el acento de su voz divina. Esta dulce esperanza se realiza casi al punto; pues muy luego estas palabras de Cristo hieren sus oídos:

«¡Madre, he ahí á tu hijo! Juan, hé ahí á tu madre!»

El agradecimiento y la alegría vuelven á estos dos infortunados divinos la dulzura de las lágrimas.

Entre tanto los padecimientos del Mesias se aumentan; pero la palabra humana no tiene eficacia para expresarlos. Los Cielos permanecen mudos, la Tierra tiembla en sus profundidades. Este estremecimiento misterioso no conmueve todavía los valles de Jerusalem; pero la vista de la sangre que corre en el Gólgota comienza á infiltrar en las almas un vago presentimiento de venganza y desventura, que las irritadas olas del océano del porvenir traen ya á las playas del presente.

La agitacion siempre creciente de la Tierra desgarrá en fin las entrañas de los montes en donde Abbadona buscara refugio huyendo del valle de Gethsemani. Sentado en la punta de una roca inmensa, y sumido en un mudo estu-  
por, escucha el rumor del torrente, cuyas impetuosa aguas se estrellan á sus piés, se precipitan en el fondo de los abismos, atraviesan sus misteriosas cavidades y caen en nuevas simas.

De repente su asiento salvaje y colosal tiembla y se agita, y en torno las negras rocas crujen, se hienden y ruedan.

Sorprendido de este ruidoso duelo de la naturaleza, Abbadona mira al rededor de sí con ojos compasivos.

—«¿Padece también la Tierra? dice entre sí, ¿Se desesperará porque su polvo ha dado á la especie humana su vida de un dia? ¿Se habrá cansado de prestar su seno, en otro tiempo casto y puro, al trabajo horrible de la descomposicion? ¿Se avergonzará acaso de no ser ya más que un sepulcro eterno, cuyas espantosas entrañas llena sin cesar de huesos la infatigable muerte, mientras que el soplo primaveral de una engañosa vida cubre de balsámicas flores su inmensa superficie?... ¿O bien se estremecerá por el hombre divino que he visto padecer en Gethsemani, á la sombra de los olivos envueltos en las tinieblas de la noche? ¿Qué ha sido de este hombre? ¿Qué infundado terror me detiene aquí? En estas subterráneas cavernas, ¿estoy acaso más lejos de la mano del Juez supremo que en las risueñas llanuras de la Tierra? ¿No pesa sobre mí siempre ya en todas partes? ¡Aunque pudiera huir más allá de la creacion, esa mano terrible me alcanzaria siempre!...

«Sí, iré á buscar al que he visto padecer con angustias superiores á las fuerzas de un simple mortal: quiero profundizar este misterio. Cohortes celestiales le rodean sin cesar, y su aspecto me obligará de nuevo á huir de ese prodigio de los Cielos... El esplendor de los ángeles me espanta. ¿No está en mi poder tomarlo? ¡Ay! una chispa desprendida de un rayo del Eterno bastaria para apagar ese esplendor mentido.... Satanás sin embargo lo ha tomado más de una vez, y Satanás es más criminal que yo... Si me adornara con una belleza que ya no me pertenece, mi intencion al menos no seria culpable... ¡Ay! lo presiento: á la vista de los ángeles, en otro tiempo mis hermanos, huiria desesperado ¿Quédate, maldito, quédate aquí en tu miseria?»

Así piensa Abbadona; y desplegando lentamente sus sombrías alas, se eleva por encima de aquellos agitados abismos; pero retrocede al punto, viendo la Tierra hundida bajo el peso de la oscuridad espantosa que la cobija.

—«¿Ha sonado la hora del juicio? exclama. ¿Va á concluir el tiempo? ¿Por qué pesa así el brazo del Omnipotente sobre el globo terrestre? Este globo ¿ha abierto un sepulcro al que he visto padecer con angustias de muerte? ¿Lo reclama el Eterno á sus verdugos?... Pero esta víctima ¿es acaso mortal?... Por donde quiera que mi vista se dirige no encuentro más que maravillas y misterios. ¡Ah! ya es vacilar demasiado: quiero saberlo y oirlo todo.»

Dice, y se detiene sobre la cumbre de una elevada montaña. Su rápida mirada atraviesa las tinieblas y busca la ciudad santa. Allá, á lo lejos, la ve semejante á las ruinas coronadas de nubes vaporosas: ármase de audacia, y aunque estremeciéndose de su temeridad, toma la celestial belleza con que brillara en otro tiempo, él, que fué el más joven y bello de los ángeles.

Una esplendente cabellera cae sobre sus hombros, y sus ondeantes rizos tocan ligeramente sus largas alas azules; su semblante se colora con los dulces matices que preceden al día naciente, pero la melancolía vela sus ojos en que brilla una triste lagrima. Dirigiendo su vuelo trémulo hácia el punto más oscuro de la comarca, se apróxima al Gólgota; pues por encima de este monte ha extendido el Cielo la más negra oscuridad. Al pasar el mar Muerto, oye un confuso tumulto, semejante al ruido de las olas y á los desesperados gritos de los náufragos.

Cuando la Tierra, irritada contra las ciudades criminales que la fatigan con su peso, condena en fin á la más culpable y se abre para recibirla en su seno, los templos y los pala-

cios de mármol desaparecen, y del fondo del abismo se alza la amenazadora voz del trueno subterráneo, el estrépito de los edificios que se precipitan en ruinas, los gritos de las víctimas que bajo ellas se sepultan; y el viajero espantado, que buscaba en este paraje un techo hospitalario, huye de allí con horror.

Así huye Abbadona de las orillas del mar Muerto, y llega junto al círculo que forman los inmortales al rededor del Calvario.

Elohá le ve, le reconoce, y dice:

—«¡Desgraciado! Viene á contemplar en la cruz al Salvador, á quien ya ha visto padecer en el monte de las Olivas... Los más tremendos remordimientos le persiguen. ¿Quién podría negarle su compasión? ¿No es para él la eternidad un océano infinito de amargas lágrimas? Apenas conoció la ventura de los espíritus puros, pues su caída siguió muy de cerca á su nacimiento. Juez supremo, tú cumplirás con el ángel rebelde, ya arrepentido, el más piadoso é incomprensible de tus misterios. Que no se asombren los Cielos. ¿No es el Mesías el creador de los inmortales, y no expira en la cruz por todos sus hijos?»

Y volviéndose á un serafín, le dice:

«Ve á buscar á los ángeles de los patriarcas, y adviérteles de la llegada del infeliz Abbadona. Que no le rechacen, si se atreve á penetrar entre nosotros. El arrepentimiento le trae, y quiere ver al Redentor: séale otorgado este cruel consuelo, porque hay al rededor de la cruz pecadores más endurecidos que él.»

El vuelo de Abbadona es cada vez más temeroso; toca la Tierra, y va á huir; pero ya ha comprendido que no puede ser sino el Mesías el que durante su suplicio se halla rodeado de legiones de ángeles. Esta convicción le espanta y arroba

al mismo tiempo; y elevándose entonces, entra con vuelo enérgico en el círculo luminoso de los inmortales.

Poco diestro en el arte de fingir, procura en vano Abbadona imitar la celestial sonrisa de los ángeles de luz: la expresion de su semblante revela el remordimiento y las torturas que le agitan.

Compadecidos de él, los serafines desvian la mirada y le dejan pasar.

Abbadona llega por encima del Gólgota, ve á los tres crucificados, y velándose el semblante, dice:

—«No, no quiero, no debo verlos: sus dolores aumentan mis tormentos, y me obligarian á huir. ¡Desdichados hijos de Adam, casi tan criminales como yo, pues os veis reducidos á matar á vuestros hermanos! ¿quítais la vida á vuestros semejantes por conservar la vuestra, ó por satisfacer vuestras pasiones de ódio?... No importa, no quiero ver á esas desgraciadas víctimas... ¡Horribles pensamientos de muerte! cesad de asediarme. Busco al hombre divino á quien protegen tantas legiones de ángeles. ¿Dónde podré encontrarle? En el valle en que le ví padecer le rodeaban santas tinieblas; aquellas mismas tinieblas envuelven el monte del suplicio; pero no es en este monte donde puede estar. ¡Ah! si uno de los ángeles se dignara mostrármelo!... ¡Si me atreviera yo á pedirles esa gracia!... ¡Oh temeridad! ¿no es ya demasiada ventura para mí el haberme introducido furtivamente en su santa congregacion?... Si me reconocieran, me expulsarian de entre ellos... Pero no me reconocerán, abismados como están en profundas meditaciones sobre el hombre divino... Pero ¿dónde, donde está? ¿Se ha refugiado en el santuario más misterioso del templo, á fin de que ningun sér mortal pueda ver el sudor sangriento que sus tormentos sobrehumanos hacen correr por su ros-

tro? Paréceme, sin embargo, que las miradas de los inmortales no se detienen en el templo.. Pero ¿qué sé yo? La vergüenza y los remordimientos turban acaso mi vista. ¿Cómo me atreveria yo á seguir la direccion de sus puras miradas? Me atreveré sin embargo, sí; quiero contemplar ese monte lúgubre, donde los criminales de la Tierra reciben el castigo de sus maldades. Un secreto presentimiento me dice que allí es donde el hombre divino cumple su misteriosa mision.»

Calla, y demasiado débil para cernerse en los aires, desciende cerca de Juan, cuyas miradas están fijas en la cruz, en que el Mesias moribundo parece solo pedir ya á la Tierra un sepulcro para reposo de sus quebrantados miembros. El ángel caido sigue con los ojos la direccion en que mira el discípulo amado, y estremeciéndose, dice para sí:

—«No, no es él... El que yo busco no puede morir. ¡Ah! ¿por qué he de persistir en un error sin objeto?... ¡Cielos irritados! yo lo confieso en fin: ¡es la víctima celestial del Juez inexorable la que he visto, la que veo!... Yo me prosterno ante ella: hundido en el polvo de la Tierra y cubierto con las cenizas de la muerte, quiero ver el desenlace del más terrible de los misterios... ¿Qué es lo que siento? ¿es el reposo que calma? ¿es el terror que embarga? ¿es la esperanza que consuela?... ¡Ay! la esperanza de no ser, que es la única que me resta. No me engaños, vaga esperanza; me parece que puedo sin cometer crimen pedir al Eterno la gracia de aniquilarme, y creo que en este momento podria concedérmela.

«¡Tú, que lees en mi corazon; tú, que recompensas y castigas! cuando haya cesado de padecer el moribundo divino, inmolarás sin duda á su sombra algunos de los espíritus del mal que crearon el pecado, y que sin cesar pro-

curan arrastrar á él á tus hijos... Sea Abbadona uno de los malditos que extermines sobre el sepulcro del Justo. Cuando yo haya cesado de ser, las nocturnas llamas de la condenacion no me atormentarán ya. Se dirá entonces: ¡Fué; ya no es!... Los ángeles me olvidarán; todos los seres creados me olvidarán; ¡me olvidará hasta Dios!...

«Ya lo ves, Juez del Universo; yo ofrezco mi cabeza á la más terrible sentencia. Que tu cólera me confunda en silencio, ó me aniquile con el más ruidoso de sus rayos, no me importa, con tal de que me borre de la creacion.»

Así piensa el ángel caído; y alzando de la Tierra su mirada, la dirige hácia el lívido semblante del Mesías: el horror de la nada le sobrecoge bruscamente, y el esplendor ficticio en que se envolviera palidece cada vez más. Abbadona lo siente, se estremece y va á desaparecer en las sombras de la reprobacion, cuando ve á su hermano, la más bella mitad de sí mismo, que brilla con el puro esplendor de los ángeles.

A su vista, el serafín caído reúne lo que le resta de fuerzas para retener la forma celeste que podía aun hacerle desconocido á los ojos de su amigo. El deseo de penetrar el secreto de los Cielos supera sin embargo toda otra consideracion, y con el acento y gestos rápidos de un mensajero de Dios encargado de correr de mundo en mundo sin poder detenerse en ninguno de ellos, dirige á Abdiel esta pregunta:

—«Dime, yo te suplico: ¿cuál es el instante marcado para la muerte del divino Mediador? No puedo detenerme aquí, y yo quisiera poder adorar ese instante, cualquiera que sea el punto de la creacion donde pueda encontrarme entonces.»

Abdiel le mira con una severidad mezclada de tristeza y

de pesar; y sus labios, agitados por un movimiento de compasion, dejen escapar esta palabra: ¡*Abbadona!*

A cada sílaba del nombre que Sātánás le diera, y que un habitante del Cielo acaba de pronunciar para probarle que le ha conocido, el esplendor ficticio con que brillara Abbadona desaparece bajo horribles sombras, á la manera que la palidez de la muerte reemplaza de repente los brillantes matices que animaban el semblante de un bello adolescente, á quien acaba de herir el rayo.

Reducido á tomar de nuevo la horrible forma de un príncipe de los Infiernos en presencia de los ángeles reunidos, el desgraciado Abbadona huye al azar; y en breve, agoviado por la vergüenza y la desesperacion, se deja caer en medio de un grupo de palmeras.

Al ruido de su caída, el alma de un muerto, que se habia refugiado bajo la misma sombra, sale del bosquecillo, más negra aun que el triste Abbadona. Obaddon, el ángel de la muerte, la conduce y empuja hácia la cruz.

Sombria como las bóvedas sepulcrales de la Tierra, temblorosa como el viajero extraviado que siente estallar el rayo sobre su cabeza, mientras la tierra se abre á sus piés, esta alma huye delante del ángel terrible, cuyo brazo está armado de una espada de fuego.

Al llegar en medio de una densa nube, Obaddon inclina su arma amenazadora, y ordena al alma que se detenga.

—«¡Mira, miserable! Aquí está el lugar de Betania; allí Jerusalem, Jerusalem con el palacio de Caifás y la humilde morada en que celebraste con los demás discípulos la memoria de la muerte de tu maestro. Ve allá, en medio de las rocas de Gethsemani, tu cadáver abandonado, y á tus piés, bajo la punta de mi espada, aquellas tres terribles cruces. El que muere en la más alta de las tres es Jesús. ¡Oh! Pue-

des temblar, sí; pero no te es permitido huir. Contempla la sangre que corre para redimir al linaje humano de la muerte eterna, de esa muerte terrible que te espera. Partamos, pues: tu odiosa presencia aflige á los espíritus celestiales que rodean el sagrado monte.»

Dice, y arrastra el alma de Judas á través de los astros.

La inmensidad de la creacion causa al más péfido de los traidores un terror indecible; pues le hace presentir la omnipotencia del Juez universal. El exceso de su espanto le da al fin fuerzas para dirigir la palabra á su terrible conductor.

Y le dice:

—«¡Oh! ¡por piedad! aniquilame con tu espada de fuego; pero no me obligues á comparecer ante el trono del Eterno.»

Obaddon contesta con voz terrible:

—«¡Silencio, miserable!... Obedece y anda.»

Y empujándole más adelante en la inmensidad, pasa con él de estrella en estrella y de sol en sol. Al llegar cerca del último de estos brillantes astros, se detiene y muestra á Judas los Cielos en que el Eterno impera en toda su gloria.

En este momento, en que el Mesías padece en la cruz, santas tinieblas envuelven el santuario; un triste silencio ha reemplazado los himnos de los escogidos, y sin embargo, las inefables delicias de esta mansion superan aun todo cuanto la imaginacion humana podría soñar de más sublime en sus piadosos éxtasis.

Obaddona se dirige de nuevo al réprobo, y le dice:

—«¡Prostérnate, mira y desespera! En ese trono que envuelve una misteriosa y santa oscuridad, el Eterno se digna á veces mostrarse á sus escogidos; y el que en este momento borra los pecados del mundo, reunirá á los fieles á su rededor en el monte celestial que nosotros llamamos

Sion Los doce asientos que, semejantes á doce soles, brillan sobre ese monte, fueron preparados desde la creacion del mundo para los discípulos de Cristo. Desde lo alto de estos asientos juzgarán un dia á todos los hijos de la Tierra. Tú tambien has sido discípulo de Cristo... ¡Oh! no te retuerzas así; no esperes ablandarme, no, traidor: no te aniquilaré. Calcula con el pensamiento todo lo que los Cielos encierran de gloria y felicidades, y tendrás la medida de los tormentos eternos que te esperan. En vano procuras desviar la vista de los lugares que has perdido: semejante á las rocas de la mar, que las irritadas olas azotan incesantemente, vas á esperarme aquí, ante el Cielo abierto para recibir las almas que han sido fieles al que tú has vendido.»

El Angel de la muerte calla, avanza hácia el santuario, y se prosterna. Después de una fervorosa plegaria, vuelve cerca de Judas, y con voz poderosa como el trueno le dice:

—«¡Réprobo, sígueme! Voy á conducirte á tu morada eterna.»

Y los dos se lanzan fuera del Empíreo.

El vuelo de Obaddon es rápido como el relámpago, y muy luego llega con Judas cerca del abismo de la condenacion.

Un estruendo espantoso sale del fondo de este abismo, que rueda sin órden ni ley en el espacio que le ha medido el Eterno, ya deteniéndose, ya lanzándose furioso; á la manera que las llamas salvajes y las flechas envenenadas que la muerte eterna aguza, caen al azar sobre los negros habitantes de los Infiernos.

A la vista del terrible abismo, Judas forcejea con rabia por romper los obstáculos que le retienen cautivo; pero Obad-

don se lanza fuera de los límites de los mundos, arrastra al traidor, y descende con él á la entrada de la Gehenna.

El réprobo se retuerce, y quiere huir de nuevo; pero obligado á inclinarse bajo la espada de fuego del Angel exterminador, llega al inmenso pórtico del Infierno. Los serafines á quienes el Eterno ha confiado su guarda, reconocen á Obaddon y el alma maldita que conduce.

Las puertas de diamante crujen girando sobre sus goznes y se abren. Las montañas de todos los mundos reunidos no bastarian para llenar la inmensa boca de este inflamado cráter. El Angel de la muerte se detiene allí.

El Infierno no tiene senda que conduzca á sus profundidades. Desde de su misma entrada, rocas gigantescas ruedan, chocan y se confunden entre las llamas, que brotan por todas partes y hienden las rocas sin destruirlas.

Sobre el más alto pico de estas abrasadas rocas está el Terror: pálido, mudo, desgrenado, con la cabeza herida de vértigos, y los ojos fijos y saltando de sus órbitas, mira al fondo del precipicio. El Angel exterminador vuelve la cabeza, inclina su espada hácia el abismo, y exclama con voz de trueno:

—«Judas Iscariote, he aquí la mansion de los réprobos; he aquí tu mansion. El Mesías muere en la cruz para redimir á los pecadores de la muerte eterna que reina en este lugar, y esta muerte, ya lo ves, no es el sueño de la nada.»

Dice, y precipita al réprobo en las profundidades del Infierno. Luego alza otra vez su vuelo rápido, atraviesa el Empíreo, y volviendo cerca del Gólgota, espera de nuevo las órdenes de la Divinidad irritada.

## CANTO X.

Jesús dirige una mirada á Satanás y á Adramelech, que se habian refugiado á orillas del mar Muerto, y los principes de las tinieblas sienten dolores horribles.—Las almas de los futuros cristianos son conducidas por sus ángeles custodios á habitar los cuerpos que las esperan sobre la Tierra.—El Mesías las bendice.—Las almas de los patriarcas y de los profetas se reúnen bajo las palmeras de Gethsemani, donde conversan sobre la pasion del Redentor.—Las almas de Simeon y de Juan el Precursor, de Miriam y de Débora expresan su dolor en cantos solemnes.—Los fieles, abrumados de tristeza, se alejan del Gólgota.—Lázaro sigue á Lebteo á los sepuleros, donde este discípulo se refugia, y le consuela haciéndole participar de las emociones proféticas que siente desde que fué resucitado por el divino Maestro.—Uriel anuncia á los serafines y á los patriarcas la llegada del Angel de la muerte.—Henoch, Abel, David y Seth cantan himnos de duelo. Adam y Eva deploran amargamente su pecado, y oran por la salvacion del género humano.—Llega el Angel de la muerte.—Detiéndose en el monte Sinai, descendiendo al pié del Gólgota, adora al Mesías, se levanta y le hiere como el Eterno le ha ordenado.—Jesus pronuncia las últimas palabras que debia hacer oír sobre la Tierra, y muere.

Adelanto en mi camino santo y temible: me acerco al momento de la muerte del Mesías; muerte sublime, que no es más que un sacrificio de amor. ¡Que este pensamiento consolador me sostenga, y me haga evitar los escollos que me amenazan! A mi derecha me grita una voz:—Sé tímido y reservado, porque cantas un Dios; y á mi izquierda otra voz me grita:—Sé ardiente y solemne, porque cantas un Dios.

¡Ah! yo no soy más que un débil mortal. ¡Oh Dios! tú que conoces mis pensamientos antes de que se desenvuelvan en mi cerebro, sostén mi voz temerosa, y haz que un

don se lanza fuera de los límites de los mundos, arrastra al traidor, y desciende con él á la entrada de la Gehenna.

El réprobo se retuerce, y quiere huir de nuevo; pero obligado á inclinarse bajo la espada de fuego del Angel exterminador, llega al inmenso pórtico del Infierno. Los serafines á quienes el Eterno ha confiado su guarda, reconocen á Obaddon y el alma maldita que conduce.

Las puertas de diamante crujen girando sobre sus goznes y se abren. Las montañas de todos los mundos reunidos no bastarian para llenar la inmensa boca de este inflamado cráter. El Angel de la muerte se detiene allí.

El Infierno no tiene senda que conduzca á sus profundidades. Desde de su misma entrada, rocas gigantescas ruedan, chocan y se confunden entre las llamas, que brotan por todas partes y hienden las rocas sin destruirlas.

Sobre el más alto pico de estas abrasadas rocas está el Terror: pálido, mudo, desgrenado, con la cabeza herida de vértigos, y los ojos fijos y saltando de sus órbitas, mira al fondo del precipicio. El Angel exterminador vuelve la cabeza, inclina su espada hácia el abismo, y exclama con voz de trueno:

—«Judas Iscariote, he aquí la mansion de los réprobos; he aquí tu mansion. El Mesías muere en la cruz para redimir á los pecadores de la muerte eterna que reina en este lugar, y esta muerte, ya lo ves, no es el sueño de la nada.»

Dice, y precipita al réprobo en las profundidades del Infierno. Luego alza otra vez su vuelo rápido, atraviesa el Empíreo, y volviendo cerca del Gólgota, espera de nuevo las órdenes de la Divinidad irritada.

## CANTO X.

Jesús dirige una mirada á Satanás y á Adramelech, que se habian refugiado á orillas del mar Muerto, y los principes de las tinieblas sienten dolores horribles.—Las almas de los futuros cristianos son conducidas por sus ángeles custodios á habitar los cuerpos que las esperan sobre la Tierra.—El Mesías las bendice.—Las almas de los patriarcas y de los profetas se reúnen bajo las palmeras de Gethsemani, donde conversan sobre la pasion del Redentor.—Las almas de Simeon y de Juan el Precursor, de Miriam y de Débora expresan su dolor en cantos solemnes.—Los fieles, abrumados de tristeza, se alejan del Gólgota.—Lázaro sigue á Lebteo á los sepuleros, donde este discípulo se refugia, y le consuela haciéndole participar de las emociones proféticas que siente desde que fué resucitado por el divino Maestro.—Uriel anuncia á los serafines y á los patriarcas la llegada del Angel de la muerte.—Henoch, Abel, David y Seth cantan himnos de duelo. Adam y Eva deploran amargamente su pecado, y oran por la salvacion del género humano.—Llega el Angel de la muerte.—Detiéndose en el monte Sinai, desciende al pié del Gólgota, adora al Mesías, se levanta y le hiere como el Eterno le ha ordenado.—Jesus pronuncia las últimas palabras que debia hacer oír sobre la Tierra, y muere.

Adelanto en mi camino santo y temible: me acerco al momento de la muerte del Mesías; muerte sublime, que no es más que un sacrificio de amor. ¡Que este pensamiento consolador me sostenga, y me haga evitar los escollos que me amenazan! A mi derecha me grita una voz:—Sé tímido y reservado, porque cantas un Dios; y á mi izquierda otra voz me grita:—Sé ardiente y solemne, porque cantas un Dios.

¡Ah! yo no soy más que un débil mortal. ¡Oh Dios! tú que conoces mis pensamientos antes de que se desenvuelvan en mi cerebro, sostén mi voz temerosa, y haz que un

rayo de tu gloria ilumine mi alma, ávida de conocerte y adorarte.

El trono del Eterno, antes resplandeciente y rodeado de legiones de ángeles con arpas de oro, está ahora tenebroso y desierto. El primero de los ángeles de la muerte está solo prosternado en las gradas del trono, y espera con santo terror la orden que presiente y le hiela de espanto.

La naturaleza aparece siempre envuelta en un largo velo de luto, y á través de este velo, el Eterno deja caer sobre el Mesías una mirada, que él solo ve y comprende. Su palidez aumenta; sus ojos medio extinguidos se vuelven hácia el sepulcro recientemente abierto en una roca, no lejos del Gólgota, y su pensamiento se dirige al Eterno.

—«He allí, Padre mio, el sombrío seno en que este cuerpo que tomé de la Tierra va á dormir el sueño de la muerte. Dignate enjugar las lágrimas que van á correr por mí. ¡Misericordia para los que lloren por tu hijo y creen en él! ¡Misericordia cuando les envíes la muerte! Bien lo sé; ella es el arma más terrible de la Divinidad. Ningun sér creado la conocerá jamás tal como yo la siento: una sola gota del océano de dolor en que me ha sumergido, llevaria la desesperacion á todo el género humano. Misericordia para él, Padre mio: ten piedad del desgraciado que, luchando con el infortunio, ha sabido serte fiel; ten piedad del amigo leal y del hombre humilde y compasivo; ten piedad del rico, del poderoso que se sirve de los bienes de este mundo para aliviar á sus hermanos; ten piedad de todos, cuando la destruccion reclame sus cuerpos, y tú sus almas. ¡Dios de bondad, Padre mio! En nombre de esta corona que ensangrienta mi frente, en nombre de la agonía que hiela la médula de mis huesos, en nombre de este amor infinito que me hace morir en la cruz, oye mi plegaria.»

Así piensa el Mesías. Su mirada se aparta del sepulcro, y se dirige al mar Muerto: el espanto rápido y terrible precede y sigue á esta mirada. Satanás y Adramelech, reclinados en la escarpada costa de este mar, se levantan rugiendo, semejantes á las colinas que agita y trastorna un fuego subterráneo.

Los dos príncipes de las tinieblas sienten que la promesa de Dios, hecha en el valle del Eden, á la caída del primer hombre, acaba de cumplirse: el Mesías ha quebrantado la cabeza de la serpiente, y el Infierno entero ha comprendido su derrota.

Torturado por padecimientos superiores á cuantos ha sentido hasta ahora, Satanás oprime una roca entre sus crispados dedos y la reduce á polvo: sordos gemidos interrumpen las palabras, que de este modo dirige á su compañero de oprobio y de desgracia:

—«Adramelech: ¿sientes tú como yo bajar á cada uno de los pliegues del corazón tormentos nuevos y horribles sobre toda expresion? Escucha, pecador eterno, maldito, réprobo: yo, eterno pecador, réprobo y maldito como tú, voy á decirte lo que siento. Los Infiernos juntos no tienen en sus profundidades horrendos colores bastante negros para trazar semejante cuadro, bien lo sé; pero no importa: es menester que conozcas mis torturas, y si tú padeces menos que yo, maldito condenado, quiero que á lo menos temas una suerte igual á la mia. Juzga de mis tormentos: el aspecto de tus males no me regocija ya. No es esto todo, no: el abatimiento en que he caído no tiene límites; pues me obliga á reconocer que el Eterno es omnipotente. Si, es omnipotente. Y yo... yo, ¿qué soy?... El monstruo más horroroso de los abismos: los abismos y todas sus maldiciones pesan sobre mí. ¡Miserables de nosotros! Ni siquiera nos

ha juzgado dignos de ser arrojados por él mismo á estas malditas orillas: uno de sus ángeles nos ha ordenado huir, y... hemos huido. Y este ángel nos ha hablado en nombre del Mesías, y... hemos huido, y el Mesías expira en este momento. ¡Horrible misterio! mis vanos esfuerzos por penetrarte son un anatema, una tortura más para mí. ¡Infiernos, mundos, cielos, volved al negro caos, caed sobre Satanás y ocultadlo á la cólera del Eterno!...»

Así habla el Rey de las tinieblas.

Adramelech, el soberbio, el audaz Adramelech, le mira con fiera desesperacion, y haciendo un penoso esfuerzo, exclama:

—«¡Socórreme, Satanás! ¡Oh! ¡socórreme! Me humillo hasta implorarte, y si lo exiges, te adoraré.»

Esta palabra, arrancada por un horrible dolor, le devuelve un resto de energía; y rodeando á Satanás con su brazo de hierro, lo sacude con rabia, y aulla estas palabras frenéticas:

—«Satanás, el más negro de los condenados, socórreme! yo sufro mil y mil condenaciones... No me queda ni aun la fuerza de odiarte como te odiaba antes. ¡Oh vergüenza de los Infiernos! Quisiera maldecirte, ¡é invoco tu auxilio!.... Sí, yo sufriría menos, si pudiera lanzar sobre tí las devoradoras llamas de la maldicion. Quiero este poder; lo quiero.»

¡Oh terror de los orgullosos! Adramelech recae, y queda mudo é inmóvil.

Así sufren los dos la sentencia del Mesías; golpe terrible que hiere al mismo tiempo á los demás príncipes de las tinieblas, cuyos gritos de desesperacion atruenan los abismos y espantan á los condenados.

¡Basta, Musa de Sion, basta! Deja caer otra vez el velo

que cubre los horrores de la Gehenna. Santos y divinos sufrimientos, que rescatan la especie humana para su Creador, reclaman tus cantos.

Jesús dirige ahora su pensamiento y su mirada á las legiones de inmortales que gimen y lloran al rededor de la cruz, y los contempla en toda la plenitud de su amor y misericordia. La reunion de las almas que no han descendido aun á los vasos mortales que las esperan, les causa una dulce satisfaccion; pues sabe que el paso de estas almas por la Tierra formará una de esas épocas memorables, que son para los siglos futuros un manantial inagotable de ventura. La posteridad recuerda rara vez á los seres generosos que la han santificado de antemano; pero sus virtudes, tan pronto olvidadas por los hombres, se reflejan en las bellas acciones que inspiran los sublimes ejemplos que dejaron; á la manera que la piedra caída ya en el fondo de las aguas, deja en la superficie un círculo, que se estremera y extiende hasta sus floridas orillas

La más bella de estas almas procura definir sus vagas inquietudes: un rayo de la luz divina, que ha de guiarla durante su permanencia en la Tierra, la ilumina de repente y le inspira este dulce pensamiento:

—Sí, lo presiento, es el Hijo del Eterno el que muere en la cruz. Su semblante irradia como los soles de las regiones que nosotros habitamos; pero su esplendor es más suave y celestial. Tampoco se parece á nuestros amigos los ángeles: su forma seria la de los hombres que le rodean, si el semblante de estos fuera menos sombrío, si una mano poderosa pudiera borrar de sus facciones la expresion de bajeza y orgullo que los afea. Nosotros tambien vamos á ser hombres y á habitar cuerpos perecederos... ¿Existen en lo infinito muchas especies humanas, ó vemos en fin á nuestros futu-

ros hermanos? Un vago recuerdo me dice, que el mundo que ví, cuando Adam salió de las manos del Creador, era más bello y risueño. Hágase tu voluntad, Padre de los ángeles y de los hombres; hágase tu voluntad, Hijo del Eterno..... Entre todos los misterios de los Cielos, el que se cumple en este momento es el más impenetrable. Torturado por padecimientos horribles, el Mesías siente que el principio de la vida huye de él; y vosotros, serafines, vosotros que os complacíais antes en contestar á todas mis preguntas, ¡guardais ahora silencio! Este misterio ¿tendria menos importancia para vosotros que para las almas destinadas á revestirse de cuerpos mortales? Divino Mediador, ¿qué ardiente amor me arrastra hácia tí? Si yo pudiera merecer que me amases como te amo, entonces acaso se borraría la mancha que echó sobre mí el pecado del primer hombre, y podría ser admitido á la contemplacion divina. Señor del Universo, sácia esta sed de beatitud que me has dado, y haz que pueda acercarme á tí, porque cerca de tí únicamente está la paz y la felicidad.»

Así piensa esta alma próxima á entrar en la vida. La hora solemne que comienza su porvenir y el de sus compañeras acaba de sonar. Con una mirada ordena Jesús á sus ángeles custodios conducir las á sus cuerpos; bendícelas después, y les dice con el pensamiento:

—«¡Id y vivid! Creed, y venceréis por mí; porque aun no existian los mundos, y yo os amaba ya.»

Musa santa que me inspiras, refiere los hechos que santificarán la vida de estas almas piadosas. El Mesías no les permite conservar el recuerdo de la felicidad que han sentido viéndole en la cruz; pero los pensamientos sublimes que esta vista les ha sugerido permanecerán en ellas y las sostendrán hasta la muerte.

La más bella de estas almas era la tuya, noble Timoteo (1): tú recibirás con fé ardiente la ley de Cristo muerto y resucitado; y apenas salido de la adolescencia, tendrás ya la fuerza necesaria para guardar un rebaño de fieles que te llevará Pablo, el más firme defensor del Dios que antes persiguiera; y cuando caigas víctima del furor de tus verdugos, tu muerte, más sublime aun que tu vida, iniciará á mil y mil pecadores en la vida eterna. En la gran reunion de los muertos, el Mesías os llamará á todas, almas bienaventuradas, que antes de descender á cuerpos mortales le habeis visto padecer por vosotras.

Tu nombre, valeroso Antipas (2), será pronunciado por él, cuando en las playas de Páthmos ordene el porvenir de los fieles. Tú amarás á tu Salvador con amor puro y constante, y morirás al fin por él.

Y tú, Hermas, tú cantarás al Hijo del Eterno con todo el ardor de una santa pasion, y tus salmos serán recogidos por los fieles, á quienes la persecucion habrá obligado á buscar un refugio en las cavernas solitarias, y los repetirán en alta voz cuando suene para ellos la hora de marchar al suplicio.

Alzándose por encima de todas las debilidades de su sexo, Febe se consagrará enteramente al servicio del Dios muerto y resucitado: llevará socorro á los pobres, consuelo á los enfermos, y para los moribundos será su dulce palabra

(1) Timoteo era discípulo de San Pablo. Llegó á ser obispo de Éfeso, y fué apedreado queriendo oponerse á una fiesta que los habitantes de Éfeso celebraban en honor de Diana.

(2) Uno de los primeros mártires y el único de que habla San Juan en su Apocalipsis. Los demás personajes que el poeta designa son más ó menos célebres entre los primeros cristianos. No hay uno de que no se hable más de una vez en los *Hechos y Epístolas de los Apóstoles*, y las breves noticias que da aquí de sus vidas son biografías muy exactas.

intérprete de la divina misericordia. Poco conocida de los habitantes de la Tierra, los ángeles la guardarán y la conducirán casta y pura al seno de Cristo, único objeto de su amor.

La sed del saber hará errar mucho tiempo á Herodion por el espinoso campo de la ciencia mundana; pero acabará por reconocer que aquel que á su paso por la Tierra se ha señalado menos aun por sus milagros que por la verdad de su enseñanza, es el único maestro que debe seguirse; y entonces la luz del Cielo abrirá sus ojos, y él vivirá y morirá por su Redentor.

Épafras, tan ardiente como piadoso, tendrá la gloria de participar de la prisión de Pablo en la ciudad de las siete colinas. Sus fervientes ruegos harán descender las bendiciones del Cielo sobre toda la cristiandad naciente, y en particular sobre sus muy amados. Su celo y su piedad sostendrán mucho tiempo á los habitantes de Laodicéa en el camino de la salvacion; y cuando el profeta de Jesús pronuncie en las costas de Páthmos la sentencia de esta ciudad tibia y vacilante, por consideracion á Épafras esta sentencia dejará entrever un rayo de esperanza, prometiendo blancas vestiduras y coronas á los pecadores arrepentidos (1).

La dulce y piadosa Persida será probada por la desgracia y el dolor, y sus ruegos y lágrimas le abrirán las puertas del Cielo.

Apeles menospreciará la fama, que con tanta frecuencia calumnia ó persigue á la virtud, y nunca le ofrece sino

(1) Imitacion del capitulo III del Apocalipsis. En este capitulo dice San Juan, que el Mesías le ha ordenado escribir al Angel de la Iglesia de Laodicéa (una de las siete primeras establecidas en Asia) para comprometer á los laodicenses, que no eran *tibios ni ardientes*, á ser verdaderos cristianos.

recompensas indignas de ella; menospreciará el aplauso del mundo y aun la aprobacion del sábio, porque la sabiduria humana, por perfecta que sea, no puede juzgar sino las acciones: la intencion se le escapa siempre. Y la accion es la enroldura grosera y visible; la intencion es el soplo celestial á que no alcanzan los órganos terrenos. Apeles no tendrá nunca más deseo que seguir las huellas de su divino Salvador.

Flavio Clemente, próximo deudo de César, renunciará voluntariamente á todas las ventajas de este brillante parentesco. Los romanos le reprocharán diciendo, que pasa la vida en una muelle ociosidad y ofende el honor de la patria; pero él permanecerá fiel á sus deberes de cristiano, que serán siempre los más sagrados á sus ojos. Hará cuanto pueda hacer un mortal para ganar la corona del martirio. La conviccion de que los esclavos que se arrastran al rededor del trono no podrian comprenderle, le impedirá arrosstrarlos abiertamente en la corte de su soberano; pero no por obrar en un círculo menos elevado, su celo y su fervor dejarán de ser más útiles á sus hermanos y más agradables á su Dios.

El orgullo y el desaliento serán desconocidos de Lucio. Sin descuidar uno solo de sus deberes para con los hombres, consagrará parte de sus dias á santas meditaciones, y en una de estas santas horas le llamará Dios á sí.

Que os sirva de guia el ejemplo de la jóven Trifena á todas las que, como ella, vivais en medio de los enemigos de vuestro Dios. Este amor puro y vehemente, que solo las almas virtuosas pueden conocer, será el que Trifena sienta por un hombre dotado de todas las cualidades que agradan y seducen; pero este jóven será pagano y querrá morir en su error, y la cristiana renunciará á verle. Esta

resolucion bastará para consolarla; pues el Cielo tiene alegrías especiales para las almas piadosas, que, desconfiando de sus fuerzas, saben evitar el peligro.

Inaccesibles á esas tentaciones, inocentes en apariencia, y de que los cristianos más fervientes no pueden á veces defenderse, Lino amará la soledad, y no se ocupará más que en sondear su propio corazón; y cuando se vea obligado á vivir entre los hombres, los medirá como los mide la palabra divina. Su más dulce alegría será sembrar flores en los sepuleros, y perderse en los santos éxtasis que causa la certeza de una vida inmortal.

Trajano desmentirá su humanidad y dulzura condenando á Ignacio al suplicio; pero Ignacio estará orgulloso de morir por su Dios. No le acuse la envidia de haber buscado la gloria del martirio con demasiado ardor; el alma de este justo es una estrella brillante y pura: su aparición será dulce y risueña; su desaparición benéfica y santa. Su muerte enseñará á los cristianos cuán preciosos les deben ser sus últimos instantes, y lo que debe hacer por sus compañeros de lucha y de victoria el vencedor que llega al término. Con sus ardientes plegarias y sus exhortaciones, Ignacio sostendrá el valor y la fé de los amigos, que para darle la última prueba de respecto y amor, le conducirán al lugar del suplicio; después los bendecirá, y se lanzará á la arena, saliendo al encuentro de los animales feroces que deben devorarlo.

La joven Claudia nacerá de padres aferrados á los errores del paganismo: ella hará justicia á la probidad de su padre, á las dulces virtudes de su madre y hermanos, los amará tiernamente; pero tendrá fuerza bastante para desprenderse de ellos, á fin de vivir y morir cristianamente.

El sombrío tedio del misántropo estará siempre lejos del

corazón de Anfias, y sin embargo Anfias huirá de los hombres; porque á un profundo conocimiento del corazón humano, reunirá el vivo deseo de conformarse con la ley que ordena al cristiano tender siempre á ser perfecto como su Dios. Una luz celestial lucirá siempre ante él, y él la seguirá, vacilando alguna vez; pero subirá la senda escabrosa de las virtudes cristianas, y llegará á la cima en que esperan al vencedor las beatitudes eternas.

Flegon medirá el brillante círculo de la filosofía griega. Será rico, poderoso, y disfrutará sus bienes sin vanidad ni molicie; aliviará todos los infortunios bajo el velo del misterio; y prodigando los consejos y consuelos á los espíritus oscurecidos por la ignorancia ó turbados por la duda, les hará participar de su fe, y les comunicará su celo. Modesto hasta la humildad, no querrá conocer más que á Jesús, único guía en la vida y esperanza única en la muerte; pero cuando encuentre á un hermano tímido ó incrédulo, la fuente de su elocuencia brotará de repente, y llevará la persuasión á todos los corazones.

Trifosa será la más tierna y la mejor de las madres; educará á sus hijos en el amor de Dios, muerto por redimir al género humano. Su prudencia y su bondad la harán el apoyo de la nueva Iglesia. El nacimiento de su último hijo le costará la vida; pero velará sobre él desde lo alto de los Cielos hasta el momento en que los serafines lo conduzcan á sus brazos; y entonces derramará lágrimas de alegría sobre su último hijo, porque instruido por sus hermanos en la ley de Cristo, habrá ganado la corona del martirio.

Grande es desdeñar la venganza, aun siendo justa; pero es más grande aun amar á un enemigo y socorrerle en secreto cuando la desgracia le aflige. Hé aquí lo que tú

harás, noble Erasto; tú, cuyo nombre no puedo pronunciar yo, sino con gran respeto. Los serafines se levantarán é inclinarán ante tí, cuando entres en la vida eterna.

Tal será sobre la Tierra el destino de las almas conducidas ante la cruz por sus ángeles custodios, antes de hacerles entrar en la vida de pruebas y sufrimientos.

Al acercarse con sus guías al monte de las Olivas, descubren á Gethsemaní, y pasan por encima de las veinte palmeras en que Jesús ha sufrido su primera hora de angustias. Allí las estremece una santa emoción, y los bienaventurados, reunidos bajo estas palmeras, las bendicen al verlas pasar.

Simeon (1) y Juan el Precursor, que fué juzgado digno de bautizar al Mesías y de oír la voz del Eterno (2); el hijo de Amós, el profeta del sacrificio de la redención (3), y aquel otro profeta testigo de la resurrección, que después de haber dicho: «Huesos áridos, escuchad la voz del Eterno,» había visto levantarse los muertos (4); Noé Loth,

(1) Simeon fué uno de los hombres más justos de Israel. El Espíritu Santo le había dicho que no moriría antes de haber visto nacer á Cristo. Cuando María y José llevaron al niño Jesús al templo para circuncidarlo, Simeon le reconoció por el Mesías, le tomó en sus brazos, y le bendijo diciendo que ya podía morir en paz. El mismo Simeon fué quien predijo á María que una cortante espada traspasaría su corazón, á fin de que muchos corazones pudieran abrirse á la luz.—*Evangelio de San Lucas, cap. II.*

(2) Cuando Jesús salió del Jordán, en que Juan el Precursor le había bautizado, el Espíritu Santo descendió sobre él, y una voz del Cielo dijo: «Este es mi hijo amado, en quien tengo mis complacencias.»—*Evangelio de San Mateo, Cap. III.*

(3) Isaías. Era hijo de Amós. En sus profecías, más que en las de otros profetas, se hallan todas las circunstancias de la vida y muerte del Mesías.

(4) Alusión á una visión del profeta Ezequiel; visión que le trasportó á un campo cubierto de huesos humanos. Dios le mandó profetizar sobre estos huesos, y él les dijo: «*Huesos secos, escuchad la palabra del Eterno.*» Y los huesos se cubrieron de carne; el aliento de Dios pasó por estos muertos, que resucitaron y formaron un numeroso ejército.—*Ezequiel, cap. XXXVII.*

Samuel, Aaron, y tú, Melchisedech, profeta, sacerdote y rey (1); José y Benjamin, los más amantes de los hermanos; los siete hijos de su madre (2), David y Jonatás (3),

(1) Kedor-Lahomer, rey de una comarca situada á orillas del Eufrates, llamada por los griegos *Elymais*, y designada con el nombre de *Elam* en la geografía hebrea, es uno de los primeros conquistadores conocidos. Reinaba 1,915 años antes de Jesucristo. Después de haber sometido á todos los reyes de la Mesopotamia, llegó hasta el valle de Siddim, y saqueó á Sodoma y á Gomorra. Loth entró en el número de los cautivos que llevó consigo. Su hermano Abraham, que moraba en la llanura de Mambré, reunió los suyos, sorprendió durante la noche á los guerreros de Kedor-Lahomer, los batió y les arrebató el botín y los prisioneros.

Con este motivo, Melchisedech, rey de Salem y primer sacerdote del verdadero Dios, salió al encuentro de Abraham para felicitarle por su victoria, y le ofreció pan, vino y todo lo demás de que los suyos podían tener necesidad. El patriarca le dió á su vez la décima parte de los despojos del enemigo.—*Génesis, capítulo XIV.*

Ningun historiador habla de este Melchisedech, primer sacerdote del verdadero Dios y rey de Salem; ni se sabe positivamente qué ciudad era esta. Según la opinión de muchos generalmente admitida, era la misma que más tarde vino á hacerse tan célebre bajo el nombre de Jerusalem. Melchisedech ha sido objeto de las interpretaciones más audaces y extravagantes. Los discípulos de Teodoro el Argentino sostienen que este príncipe era el mismo Jesucristo, lo que les hizo condenar como herejes. Algunos padres griegos pensaron que este pontífice-rey era un ángel, ó bien el Espíritu Santo. San Pablo sostiene que era un emblema del Mesías enviado á la Tierra para establecer el culto del verdadero Dios, esperando la luz de la ley de gracia. Klopstock adopta la opinión de San Pablo, como se verá en el canto XI, en que Melchisedech figura entre los resucitados.

(2) 168 años antes de Jesucristo Antiocho Epifanes (el *Ilustre*) ó Epimanes (el *Insensato*), rey de Siria, sometió la Judea y estableció en Jerusalem el culto de los falsos ídolos. Siete jóvenes israelitas rehusaron sacrificar á los dioses falsos, y fueron horriblemente asesinados con su madre. Estas víctimas de la barbarie de Antiocho pasan por los primeros mártires.—*Macabeos, lib. II, capítulo VII.*

(3) Queriendo conocer al vencedor de Goliath, mandó Saul que le condujeran á su presencia, y el joven David se presentó con la cabeza del filisteo. Jonatás, hijo de Saul, que asistía á esta entrevista, se prendió de tal modo de David, que desde aquel momento le consagró su amistad, siendo fiel á ella aun cuando llegó á ser contraria á los intereses de su familia.—*Samuel, lib. I, cap. XVII XVIII y XIX.*

Miriam (1) y Débora (2), todos estais ahí bajo esas palmeras sagradas. El temor de aumentar vuestra tristeza, comunicándoos vuestras emociones, os ha hecho guardar hasta aquí profundo silencio.

Simeon dirige en fin la palabra á Juan el Precursor, designándole las almas que los ángeles conducen á la Tierra:

—«He ahí á los nuevos escogidos, dice; á los hijos queridos de la fé. Id; el Señor es con vosotros en toda la plenitud de su misericordia. Llevad á la raza de Adam virtudes más dulces y santas que las que enseña la sabiduría humana. ¡Oh noble profeta del desierto! La vista de esos justos ¿no ha aliviado el dolor que te causan los padecimientos del Mesías?»

Y Juan el Precursor responde:

—«¡Ah! no hay palabras que puedan expresar lo que siento desde que el Hijo del Eterno está en la cruz. Déjame adorarle en silencio.»

(1) *Miriam*, nombre hebreo que quiere decir Maria, era hermana de Moisés. Ella fué quien permaneció oculta á orillas del Nilo, siguiendo con la vista la canasta de mimbre que llevaba dentro al niño Moisés, á quien Amram, su madre, abandonó á la corriente del rio, después de haberlo sustraído por espacio de tres meses á la inhumana ley que obligaba á los israelitas á inmolarse sus hijos varones. A la salida de Egipto y paso del mar Rojo, Miriam, con inspiración profética, cantó á la cabeza del pueblo un himno de acción de gracias al Eterno. Este célebre cántico se encuentra en el *Exodo, cap. XV*.

(2) Después de la muerte de Elias, los israelitas recayeron en la idolatría. Para castigarlos, envió Dios contra ellos un rey cananéu, que los redujo á esclavitud. Arrepintiéronse al fin, y la profetisa Débora los reunió en la montaña de Efraim, en Palestina, y ordenó á Barac, juez de Israel á la sazón, que saliera á batir al enemigo. Barac no consintió sino con la condición de que le acompañara la misma profetisa. Esta descendió con él de la montaña, y maldijo al enemigo, el cual fué vencido. Para arengar al pueblo, Débora se situó bajo una palmera, que desde entonces llevó su mismo nombre.—*Jueces, capítulo IV*.—El cántico con que esta profetisa celebró la libertad de su pueblo pasa por una obra maestra de poesía. Puede verse en el *cap. V de los Jueces*. Todos los cantos que le atribuye Klopstock en su poema son una imitación de este himno.

—«Inflexible Juan, tu palabra es cruel como el rayo: ¿Por qué recordarme que aun no ha cesado de padecer, cuando mi pensamiento veía ya en toda su gloria á ese Jesús que adoré llorando de alegría y de amor, cuando no era más que un débil niño?»

—«Calla Simeon; no es tiempo de recordarnos los dichosos días en que le vimos en medio de nosotros con nuestros ojos mortales..... Contemplémosle en silencioso dolor hasta que haya consumado su obra.»

Mientras Simeon y el profeta del desierto hablan así, un dulce murmullo desciende del Cielo, y trae al divino moribundo un rayo de esperanza. Miriam y Débora, mudas hasta ahora, exhalan su dolor en cantos lastimeros. La voz de los inmortales es siempre un himno solemne, cuando expresa sensaciones semejantes á las que reciben la hija de Amram y la profetisa que dió en otro tiempo su nombre á las palmeras de la montaña de Efraim.

—«¡Oh tú, el más bello de los hombres! ¡La muerte cruel y sangrienta ha marchitado tu semblante divino!»

Así canta Débora, y la dulce voz de Miriam contesta:

—«A su vista, mi corazón rebosa de lágrimas amargas, y la tristeza me envuelve en sus más sombríos velos. Su celestial belleza brilla siempre á mis ojos, á pesar de todo. Si, bañado en su propia sangre, es más bello aun que el más perfecto de los hijos de la Tierra, que el más resplandeciente hijo de la luz.»

—«Llorad, cedros majestuosos. Extendiendo su sombra sobre el viajero fatigado, era la gloria del Líbano ese cedro del que un hacha sacrilega ha cortado la cruz que Jesús tiñe con su sangre.»

—«Llorad arbustos y plantas del valle. En la argentada onda de vuestros arroyos se reflejó el florido espino, cuya

más áspera y punzante rama, tejida en forma de irrisoria corona, desgarró su frente divina.»

—«Un hierro cruel ha traspasado esas manos, que sin cesar se juntaban para implorar el perdón de los pecadores; un hierro cruel ha traspasado esos pies, que jamás se cansaban de llevarle á la mansión del dolor y de la miseria.»

—«En su cabeza, que al pié del monte prosternaba en el polvo, la corona de espinas abre sangrientas heridas.»

—«Una terrible espada traspasa el corazón de su madre. Hijo del Eterno, ten piedad de tu madre, y sostenla, si no quieres que muera al pié de tu cruz.»

—«¡Ay! si yo fuera su madre, yo que habito ya la mansión de los bienaventurados, sufriría todo lo que ella sufre en la Tierra.»

—«Levanta los ojos al Cielo, Miriam: su vista se extingue, su respiración se acorta. En breve dirigirá arriba su última mirada.»

—«Eleva á él los ojos, ¡oh Débora! Su semblante se cubre de una palidez mortal. En breve caera su cabeza sobre su pecho inmóvil.»

«Tú que brillas con esplendor celestial á los ojos de los inmortales, Jerusalem, ciudad santa, derrama lágrimas de alegría. En breve será pasada la hora del sacrificio.»

—«Tú que asombras la Tierra con la enormidad de tu pecado, Jerusalem, ciudad sacrilega, llora lágrimas de desesperación. En breve tu juez te pedirá cuenta de la sangre de su hijo.»

—«Los astros se han detenido en su carrera; la creación ha quedado muda; Cristo, el gran pontífice de la especie humana, ha entrado en el santuario, y reconcilia al hombre con su Dios por el más sublime de los sacrificios. ¡Cielos y Tierra, regocijaos!»

—«Y la Tierra también se ha detenido, y el Sol ha dejado de alumbrar á todos los que viven en el polvo; y Cristo, el gran pontífice de la especie humana, ha entrado en el santuario, y reconcilia al hombre con su Dios por el más sublime de los sacrificios. ¡Cielos y Tierra, regocijaos!»

Así cantan Miriam y Débora.

Eva desciende al pié de la cruz, y se detiene cerca de María. Las angustias de esta infortunada madre aumentan los pesares de Eva, que huye hacia el sepulcro que espera los restos del Mesías, se detiene allí un momento, y huye de nuevo.

Con el corazón desgarrado por la agonía de Jesús, la mayor parte de los fieles se dispersan gimiendo. Lebeo se aleja á paso lento, y se acerca á los sepulcros. Recorriendo al azar sus sombrías bóvedas, se embarazan sus pies en los despojos de un monumento fúnebre, y cae; apoya la frente en las piedras, y su pensamiento se abisma en tinieblas más densas que las que pesan sobre la Tierra.

En este momento, Lázaro se presenta á la entrada de los sepulcros, y con acento dulce y grave, dice al discípulo:

—«No te abandones al desaliento: levanta la cabeza, que parece querer sondear la profundidad de los sepulcros. ¿No me conoces ya? ¿Será ya estraña para tí la voz del que amabas tanto como él te amaba, la voz de Lázaro, la voz del amigo cuya muerte ya lloraste, y que fué llamado á la vida por el profeta que en este momento expira en la cruz? Acuérdate de tu júbilo, cuando me viste resucitar, á mí, á quien la destrucción tenía ya bajo su cetro de hierro; acuérdate de nuestras conversaciones sobre mi maravillosa vuelta á la vida. Tú te habías dejado llevar del error de los demás discípulos, que creían que el imperio de Jesús debía florecer sobre la Tierra antes de tomar raíz en el Cielo, y

yo procuraba convencerte de que habia que aplicar á la vida eterna todo lo que nuestro divino maestro nos habia dicho sobre su reino. No des una falsa interpretacion á mis palabras: lejos de vituperar tu dolor, participo de él. Lloro, llora al maestro querido, que padece en la cruz; pero no te aniquiles bajo el peso de tu dolor: piensa que, si él quisiera, descenderia triunfante del Gólgota; y aun cuando muera en él, ¿crees que será para siempre? Por ventura, Jesús el Hijo del Omnipotente, el enviado del Cielo, ¿puede morir?»

Dice, y abrazando á Lebbeo, se lo lleva lejos de los sepulcros.

Al llegar á la falda de una colina, Lázaro indica al discípulo la impía Jerusalem, siempre envuelta en densas tinieblas.

—«Mira, le dice: la oscuridad que pesa sobre toda la comarca, ¿no habla de la presencia de Dios? ¿Has visto nunca un dia semejante? No, no; el Eterno ha querido que la muerte de Jesús estuviera rodeada de una solemnidad inaudita. El terror reina en la Tierra, y reina tambien en los Cielos. Un mudo estupor ha herido todo cuanto existe... La muerte del Mesías era necesaria para el cumplimiento de los misteriosos designios de la Providencia. Sábelo, en fin, amado Lebbeo: desde que la sangre de nuestro divino maestro corre por la cruz, me siento dominado de una emocion llena de encantos... Todo se santifica á mi rededor: sí, sea cualquiera el objeto en que fije la vista, veo en él la huella de la presencia del Eterno: á mis oidos resuena sin cesar un dulce ruido, semejante al vuelo de los ángeles; ruido celestial, que recuerdo haber oido cuando dejé de pertenecer á este mundo. A veces tambien veo brillar rayos divinos, que pasan con la rapidez del relámpago; pero dejan en mi alma una paz dulcísima y una inefable alegría.»

Y esto diciendo, se interrumpe de repente, como sobrecogido de sorpresa.

—«¿Qué tienes, Lázaro amigo? pregunta Lebbeo. ¿Qué divina aparicion causa tu santo éxtasis?»

Y Lázaro contesta en voz baja y misteriosa:

—«Un inmortal acaba de pasar ante mis ojos. Su vuelo es rápido y suave como la más dulce de las sensaciones... Sin duda viene á traer á la Tierra un mensaje del Cielo. ¡Ah! Ahora tengo certeza de ello: Jesús, cuyo nacimiento fue celebrado por ángeles, no será nunca presa de la destruccion.»

Y arrojándose en brazos de Lebbeo, le hace participar del arrobamiento que le causara el reflejo del rayo de luz celestial, que un ángel dejó caer sobre él.

Este ángel, que viene del Sol, aparece de repente entre los patriarcas, y les dice:

—«Reunid todo vuestro valor: he visto descender de los Cielos al primero de los ángeles de la muerte, el cual se dirige á la Tierra. A veces se detiene y pide á la creacion un soplo que pueda refrescar su abrasada frente; pero los vientos duermen en lo infinito, los mundos se han detenido, y las estrellas retienen su aliento. Jamás ví al agente de la justicia suprema tan amenazador y terrible. Las llamas devoradoras de la cólera de Dios van delante de él; el rumor de sus sombrías alas ha tomado el estrépito del trueno; á su proximidad, el Silencio y el Reposo, esos amables hijos del Cielo, huyen espantados. Si su espada de fuego hiriera á uno de los mundos que flotan en el espacio, este mundo se reduciría á cenizas, y estas cenizas irían á perderse en lo infinito. Su mirada es espantosa, más espantosa que lo era el dia en que atravesó los océanos celestes, los precipitó sobre la Tierra, y con ellos la destruccion y la

muerte. Vais á verle muy luego: á su vista sereis sobreco- gidos de terror; porque á la amenazadora expresion de su semblante se mezclan una gravedad y una tristeza inexplica- bles. ¡Ay! ¡ya viene, y trae la muerte del Hijo del Eterno!»

Calla el serafin temblando, y va á perderse entre las legiones de los ángeles.

Los patriarcas quedan sumidos en un mudo dolor, y su pensamiento les recuerda los pecados de que se hicieran culpables durante su permanencia en la Tierra. Estos pecados les han sido perdonados; pero á su vista padece el Mediador que los ha redimido, y á su vista va á morir.

Abismado en estos sombríos pensamientos, Henoch apoya su mano izquierda en un sepulcro, y alza la derecha al Cielo. Durante su vida anduvo con Dios, y Dios le amó: así la muerte no fué para él más que un sueño, y respetándole la destruc- cion, no le redujo á polvo (1). Y sin embargo, no habia hallado gracia completa ante su juez; la fe en el Salvador que expira á su vista, le inicia en la vida eterna. Los mun- dos, los soles podrian desaparecer, sin que él se apercibiera de ello; pues no ve ni oye más que al Salvador moribundo. No lejos de él, Abel ha buscado apoyo en una roca. En pre- sencia de la pasion del Dios á quien imploró cuando, herido por la mano de su hermano, se sintió morir, su corazon se destroza: Abel, la primera y más inocente de las víctimas, comprende las angustias con que Jesús rescata á los hijos de Adam. Seth, su digno hermano, el primer profeta de la redencion (2), reconoce que todo lo que habia presentado

(1) Henoch, padre de Matusalem, que fué abuelo de Noé, se hizo de tal modo agradable á Dios, que le dijo que *le siguiera*. Henoch obedeció, y no apareció más sobre la Tierra.—*Génesis, cap. III.*

(2) Seth, hijo de Adam, nació después de la muerte de Abel. Llamándolo el primer profeta de la redencion, Klopstock hace alusion al carácter grave de este patriarca, que pasó su larga vida en piadosas meditaciones.—*Gén. cap. V.*

sobre este misterio de los Cielos, no era más que una imá- gen, un símbolo de la realidad; y sus ojos se fijan alterna- tivamente con una alegría mezclada de terror, ora en el Cielo y en la cruz, ora en los pecadores redimidos y en sus sepulcros.

David sacude por fin el triste abatimiento que hasta aquí le habia retenido mudo é inmóvil. Sus ojos encuentran lágrimas, y de sus lábios trémulos se escapan estas palabras:

—«¡Dios Eterno! ¡Tú, su padre, le has abandonado! ¡A tí dirige sus suspiros; y tú no le socorres!... Ha caido más bajo que el último de los mortales; más aun que el insecto que se pisa. Viles criminales le insultan, y escarnecen su confianza en el Dios que le abandona; su sangre, toda su sangre corre, como el agua que se escapa de un vaso roto; sus miembros están dislocados, su corazon se ha deshecho, y su lengua seca se pega á su paladar. ¡La muerte viene y va á hundirle en el polvo!... No, no sois hombres, sino bestias feroces, vosotros los que así le atormentais. Lo habeis extendido en la cruz, habeis traspasado sus piés y manos, y viéndole padecer, saboreais las alegrías del Infierno. ¡Cuán misteriosos y sublimes son los pensamien- tos que se refieren á esta muerte!... Cuando muera, vos- otros todos los que rodeais su cruz, apresuraos á anunciarla á la Tierra para que se convierta, y para que todas las generaciones reconozcan y adoren al Salvador.»

Calla David, y ruidos siniestros pasan á través de la muchedumbre, helando de espanto todos los corazones. Así el viajero extraviado se imagina oír gritos de deses- peracion, suspiros ahogados, cuando en medio de una oscura noche, el eco de las rocas le trae el rumor de un torrente lejano ó el murmullo de un arroyo que serpea en la pradera inmediata.

Job, formado por la desgracia, y justo cuanto serlo puede un mortal á quien Dios se ha dignado santificar arrojándolo en el polvo; Job, que conoce el peso de las pruebas que la justicia eterna impone antes de absolver, Job aparta los ojos de la cruz, y procura reanimar su valor con este pensamiento que dirige al Mesías:

—«Divino Mediador, tú te alzarás de la Tierra dotado de vida nueva, y yo te veré en todo el esplendor de tu gloria, cuando hayas vencido á la muerte y al Infierno.»

Esperando al Angel exterminador con inquietud cruel, Adam y su dulce compañera no se atreven á mirarse ni á dirigirse la palabra.

Después de un largo y penoso silencio, se encuentran sus tristes ojos. Eva tiende llorando la mano al primer hombre, y le dice con voz casi ininteligible.

—«Dí, Adam, ¿qué hay que hacer para obtener del Juez supremo algun alivio á los inmensos dolores de la víctima expiatoria? ¿Hay que prosternarnos en el polvo del más profundo de los abismos?»

Adam responde:

—«¿Qué podríamos obtener nosotros de su inmutable justicia, cuando Job, Noé y el divino Elohá mismo le imploran en vano? Antes de consumir su obra, es menester sin duda que el divino Mediador agote todas las torturas que le han sido impuestas de antemano. Nada podría aliviarnos... nada. A esta idea, mi corazón se rompe... Pero así lo ha querido el Eterno. Ven: los Cielos me han sugerido un pensamiento; ven.»

Y los dos descienden hácia el Gólgota.

A medida que se acercan al sagrado monte, su esplendor inmortal va oscureciéndose. Invisibles bajo el velo de una tristeza profunda, se detienen cerca del sepulcro que debe

recibir los restos del Hombre-Dios, y se prosternan junto á la roca que cierra su entrada.

El primer hombre levanta los brazos al Cielo, pronuncia tres veces el nombre del Eterno, y contempla al Mesías moribundo. Pero muy luego le faltan las fuerzas para sostener este terrible aspecto, y sus ojos se fijan en el polvo de que Jehová lo formara; en esta tierra tan bella en otro tiempo, y herida ahora por el anatema. Su voz suplicante pronuncia esta plegaria, que los patriarcas y los ángeles escuchan con piadoso recogimiento:

—«Hombre-Dios: tú que, desde el principio de los mundos, te ofreciste en holocausto por mis hijos, dignate escuchar los votos que desde el fondo de nuestras sepulturas osamos dirigirte. Por una larga serie de siglos venimos gozando de la contemplacion divina: esta felicidad nos fué concedida anticipadamente en nombre de la terrible muerte que sufres en este momento. Ha llegado el segundo día de la creacion, día que redime á todos cuantos no rechacen su misterio sublime. Séame permitido recordar mi pecado en este día solemne. Este pecado me ha sido perdonado por méritos del que muere en la cruz. Yo lo he contemplado en su gloria, y no tengo ya que temer nada de su severidad.»

Calla Adam; y Eva, que oraba mentalmente, añade estas palabras:

—«Víctima celestial, permíteme que, en este día de sangre, me acuerde del crimen que me perdonaste, y que con lágrimas de alegría lo confiese de nuevo.»

Y Adam canta:

—«El Dios que del polvo nos elevó á la dignidad de hombre; el Dios que nos dió la facultad de amarle y comprenderle; el Dios que nos impuso la más fácil de las leyes,

y que por cada pensamiento de sumision nos colmó de felicidades nuevas; ese Dios clemente fué ofendido por nosotros, que en nuestro orgullo quisimos igualarnos á él. ¡Y nuestro gran pecado nos fué remitido! ¡Gloria y gratitud al Mediador divino, que tomó sobre sí el peso de nuestra culpa y de todas las de nuestra raza!»

En su gran misericordia, el Mesías moribundo envía sobre ellos un rayo de ese consuelo divino que llena el corazón de dulce paz; emanación del Cielo, que la razón humana no sabría definir.

Cediendo al piadoso ardor que acaba de apoderarse de su sér, Adam tiende los brazos hácia la cruz, y exclama:

—«¡Señor! ¡Señor Dios mio! Para decirte lo que siento, ni aun la eternidad bastaría. Quiero permanecer prostrado ante tí hasta que exhales el último suspiro. Mi voz suplicante no enmudecerá sino ante la voz del Angel exterminador, cuando anuncie tu último momento. En nombre de los dolores que sufres por nosotros, dignate escucharme en mi humilde ruego en favor de mis innumerables hijos, que pasaron y pasarán aun sobre la Tierra, esta vasta sepultura que siembra de flores tu gran misericordia. Un día resucitarán todos. Entonces, ¡oh! entonces ten piedad de sus gemidos. En sus mezquinos cuerpos de polvo, sus almas son ciegas y miserables: ¡que el Espíritu del Padre y del Hijo descienda sobre ellas por el agua santa del bautismo, ó que por otras vías las conduzcas á la vida eterna! Haz que todo gérmen de bien llegue á su madurez; haz que no extienda nunca el pecado sus sombríos velos sobre los dulces rayos de la gracia, ni extinga el amor sagrado de su Creador en almas que todas te pertenecen. Vela por tus escogidos, predestinados á iluminar la Tierra y derramar sobre sus hermanos los beneficios de la paz y de la justicia;

vela por todos los que redimes á precio de toda tu sangre; que su paso por esta vida de miseria no sea para todos más que la hora de las pruebas que inician en las celestiales beatitudes; que el peregrino fatigado no prefiera nunca la sombra engañosa de las florestas de la indolencia y el perdido murmullo de sus arroyos, al árido camino que le queda por andar, y á cuyo término le espera la corona que tú le has preparado. Atrae por la desgracia y el dolor al camino de la salvación á los corazones demasiado ávidos de la aprobación de los hombres, que á los ojos del Juez supremo no es más que una burbuja de aire; á los desgraciados cuya sensualidad hace insensibles á los nobles goces del alma; á los espíritus altivos que no cumplen los deberes de la humanidad sino para adquirir vanagloria; á las almas endurecidas que no perdonan sino en apariencia á sus enemigos, y cuyo pensamiento rara vez salva el sepulcro para sondear los secretos de la eternidad.

«En cuanto á los viles esclavos del vicio, arráncales á la muerte eterna, haciéndoles apurar sobre la Tierra la copa de la amargura, todas las angustias que el vicio lleva consigo.

«Corazones corrompidos, no desconozcais ya más á vuestro divino Mediador; dejaos ablandar por la omnipotencia de su amor; oid la voz de su sangre, que desde lo alto del Gólgota demanda gracia para vosotros. El santo arrobamiento que esta voz sagrada lleva á todas las almas está por encima de la razón, y por tanto él la ilumina y fortalece cuando la sabiduría humana no tiene ya consuelos que ofrecerle.

«Sí, me atrevo á esperarlo; de hoy más nada podrá ya seducir á mis hijos. La tortura y sus sufrimientos, el sepulcro y sus horrores, las cenizas de los muertos entregadas á

los vientos todo lo que el ódio y la venganza puedan inventar para hacer más terrible la muerte, será para ellos nada, pues nada los espantará; porque tú oirás mi humilde ruego, divino Mediador; tú despertarás sus almas antes de entregarlos al sueño del sepulcro, y entonces buscarán las celestiales beatitudes que ningún mortal habrá conocido antes que ellos. Sus cuerpos serán siempre formados de polvo; pero sus almas no se doblegarán bajo el peso de la materia. La lucha será penosa, llena de sufrimientos y lágrimas; pero ¡cuán glorioso es el premio que tú reservas á los vencedores! ¡Que su número sea infinito como el de las arenas del mar, el día en que tu último juicio levante para siempre el anatema que pese aun sobre el mundo!

«Tú me lo has dicho, Señor; más de una nube ofuscará á tus elegidos: unos, en su exaltada piedad, se extraviarán con sueños supersticiosos; otros, deslumbrados por una razón soberbia, negarán tus más altas verdades. Monarcas poderosos, que tú habrás elevado al trono para que puedan ejercer sin travas la ley divina, que les ordena amar á sus hermanos como á sí mismos, en vez de glorificarte, se perderán en la impiedad, ó se dejarán extraviar por el fanatismo; y su funesto ejemplo arrastrará á los pueblos á caminos escabrosos, donde ningún pensamiento de un mundo mejor aliviará los padecimientos de esta vida de pruebas. Abrevia la duración de esas noches horribles que deben pesar sobre la Tierra. ¡Luz de la eternidad, Hijo de Dios, Redentor, amigo, hermano de los mortales, oye el fervoroso ruego del primer hombre, del primer pecador por tí redimido!»

Así ora Adam.

Elohá se vuelve hácia los patriarcas, y exclama:

—«¡Ya viene el terrible mensajero de la cólera de Jehová!»



El ángel exterminador descendiendo á la Tierra. — (CANTO X.)

Los inmortales se estremecen; la montaña de Mória tiembla, y con ella las sagradas bóvedas del templo.

El Angel exterminador descendié hácia la Tierra, y se detiene fatigado en la cima del monte Sinái. La órden que le ha dado el Eterno le abrumba, pues se imagina que los mundos y los Cielos van á disolverse. Para que no se pierda en la nada, el conservador de todo lo que existe le presta su apoyo. El Terror, cuyo brazo de hierro le habia derribado, le levanta: el Angel toma otra vez vuelo, y agita su espada, que lanza rayos de fuego y gotas de sangre; pero su brazo apenas puede sostener el arma terrible.

Y llega al Gólgota, prostérnase en el polvo, y adora á la víctima antes de herirla. Su voz, poco hace amenazadora y potente como la voz del trueno, no es ahora más que un sofocado gemido.

—«¡Hijo del Eterno! dice: yo, á quien tú formarte de una nube nocturna y una llama de fuego; yo, espíritu creado de ayer, debo inmolarle á tí, que eres mi señor!.. ¡Jehová lo manda! ¡Hijo de Jehova! ¡Señor, dame fuerzas para obedecerle!»

Dice, y se esfuerza por levantar la espada.

La tempestad brama.

El Angel de la muerte recobra su energía; y su voz, más fuerte, más terrible que la tempestad que brama, dice el Mesías:

—«La cólera del Eterno es infinita, y tú te has sometido á esta cólera. Tu voz suplicante, que pedia gracia, ha llegado al pié del trono: Jehová ha desviado su semblante, y te abandona, entregándote á mí, el más terrible de los ángeles de la muerte.»

Jesús eleva por última vez sus ojos al Cielo, y dice, no ya con la débil voz de la agonía, sino con el terrible acento de la desesperacion:

—«¡Padre mio! ¡Padre mio! ¿por qué me has abandonado?»

Los Cielos se velan ante este arcano tremendo: las debilidades humanas dominan al Hijo del hombre, que exclama con el acento de un mortal.

—«¡Tengo sed!»

Y bebe, se estremece, y suspira estas palabras:

—«¡Padre mio! ¡en tus manos encomiendo mi espíritu!»

Después añade con la energía de un Dios:

—«¡Todo se consumó!»

E inclinando la cabeza sobre el pecho, expira.

## CANTO XI.

La *Gloria* del Mesías domina sobre el Gólgota, y se dirige hacia el templo.—Bajo su rápido vuelo, el mundo se estremece; y cuando entra en el santuario, el velo se rasga.—Gabriel ordena a las almas de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados volver á los sepuleros donde yacen sus restos mortales.—El Mesías abandona el templo y resucita los cuerpos de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados.—Muerte del buen ladrón.—Continuación de la resurrección de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados.

Si elevándome en las sagradas alas de la religion, no las he reducido á tocar la Tierra más de cerca; si mi voz ha llevado piadosas emociones al corazón de los escogidos, ¡oh! en este caso me ha prestado Dios el vuelo del águila, y desde lo alto de su trono de nubes, la revelación divina ha unido sus misteriosos acordes á mis tímidos y humildes cantos. Vosotros cuyo espíritu es demasiado mundano para detenerse con santo respeto á orillas del río de ondas de oro, que emana del trono del Eterno (1) y corre bajo la espesa sombra del árbol de la vida, no me alabeis, no. ¡Que el ligero soplo de las brisas terrenales lleve lejos de mis oídos vuestros engañosos elogios, que mancharían mi corazón! Si ese río vivificador no se precipitara á través de la nueva Jerusalem, si la mano de la Providencia no le hubiera hecho remontar hácia su origen sagrado, mi himno, todo entero, se perdería en el polvo.

(1) Klopstock alude con frecuencia al río de ondas de oro que describe en el canto primero.

—«¡Padre mio! ¡Padre mio! ¿por qué me has abandonado?»

Los Cielos se velan ante este arcano tremendo: las debilidades humanas dominan al Hijo del hombre, que exclama con el acento de un mortal.

—«¡Tengo sed!»

Y bebe, se estremece, y suspira estas palabras:

—«¡Padre mio! ¡en tus manos encomiendo mi espíritu!»

Después añade con la energía de un Dios:

—«¡Todo se consumó!»

E inclinando la cabeza sobre el pecho, expira.

## CANTO XI.

La *Gloria* del Mesías domina sobre el Gólgota, y se dirige hacia el templo.—Bajo su rápido vuelo, el mundo se estremece; y cuando entra en el santuario, el velo se rasga.—Gabriel ordena a las almas de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados volver á los sepuleros donde yacen sus restos mortales.—El Mesías abandona el templo y resucita los cuerpos de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados.—Muerte del buen ladrón.—Continuación de la resurrección de los patriarcas, de los profetas y de los bienaventurados.

Si elevándome en las sagradas alas de la religion, no las he reducido á tocar la Tierra más de cerca; si mi voz ha llevado piadosas emociones al corazón de los escogidos, ¡oh! en este caso me ha prestado Dios el vuelo del águila, y desde lo alto de su trono de nubes, la revelación divina ha unido sus misteriosos acordes á mis tímidos y humildes cantos. Vosotros cuyo espíritu es demasiado mundano para detenerse con santo respeto á orillas del río de ondas de oro, que emana del trono del Eterno (1) y corre bajo la espesa sombra del árbol de la vida, no me alabeis, no. ¡Que el ligero soplo de las brisas terrenales lleve lejos de mis oídos vuestros engañosos elogios, que mancharían mi corazón! Si ese río vivificador no se precipitara á través de la nueva Jerusalem, si la mano de la Providencia no le hubiera hecho remontar hácia su origen sagrado, mi himno, todo entero, se perdería en el polvo.

(1) Klopstock alude con frecuencia al río de ondas de oro que describe en el canto primero.

Mano invisible y celestial que hasta aquí me has sostenido, continúa guiando mis pasos. Yo he llorado la humillación del Hijo del Eterno; elévame ahora para que pueda cantar su gloria. ¿Me será permitido cantar la santa satisfacción del Redentor, cuando después de haber consumado su obra hizo pasar el soplo de la resurrección por los valles de los sepulcros? ¿Me será permitido cantar el triunfo del vencedor de la muerte, y la elevación del Hijo, que después de haber descendido á los más profundos abismos del polvo, ascendió á las más altas regiones de los Cielos? Tú que estás sentado sobre las esferas celestiales, Dios mío, da á tu poeta, da á todos los que le escuchen fuerzas para soportar el esplendor de tu magnificencia.

El Dios reconciliado deja caer una mirada de misericordia infinita sobre los inanimados restos de su víctima; y la víctima divina contempla á su juez, que ha vuelto á ser su Padre. ¿Quién es el sér creado capaz de sondear el torrente de sensaciones que ambos cambiaron en esta inmensa mirada?

La creación, que se había detenido, vuelve á seguir su curso acostumbrado. La oscuridad huye de los Cielos, envueltos hácia tiempo en su fúnebre manto. El astro que interceptaba los rayos del Sol recobra su órbita marcada en los espacios; los polos del Universo se agitan, y los mundos toman otra vez el vuelo que Dios les señalara al sacarlos de la nada; el movimiento renace en los orbes del infinito, y la *Gloria* de Cristo, del conservador de la creación, está sobre la cruz, y mira el cuerpo ensangrentado, lívido é inmóvil, pendiente de aquella cruz.

De repente esta *Gloria* se desvia, y la Tierra se estremece: dirígese al templo, y las rocas se derrumban, y el estrépito de su caída y el polvo que levantan sus despojos se pierden en el Cielo.

El templo recibe la *Gloria* del Hijo del Eterno; sus muros se dilatan, y el velo que cubre su santo misterio se rasga, desde el extremo sujeto á la bóveda hasta la orla que toca el mármol del pavimento.

El Hijo habla con el Padre sobre la grande obra de la redención, que va á continuar; porque si el Hombre-Dios muerto es la salvación del pecador, el Hombre-Dios resucitado es el apoyo de su fe. El alma no tiene imágenes, ni la lengua palabras para repetir la comunicación del Padre y del Hijo.

Musa de Sion, inspírame, y entonces acaso podré hacer comprender á los mortales el sublime misterio de esta comunicación, en que, ante el pensamiento del Dios reconciliado y del Dios reconciliador, los destinos futuros de los pueblos pasaron en alas de la religión; de la religión, velada á veces ó desfigurada por el vicio, pero jamás desterrada completamente de la Tierra, que vino á ser su patria desde entonces.

Mientras el Padre y el Hijo se glorifican así mutuamente, una voz semejante á los bramidos del mar resuena á través de los Cielos, que atentos la escuchan.

—«Vosotros, los que no habeis pecado nunca, preparaos á nuevos arrobamientos. Vuestros hermanos mortales, creados como vosotros para la inmortalidad, han sido redimidos. El cuerpo de polvo del Redentor duerme aun sobre el altar del sacrificio; pero el sacrificio está consumado, y en breve vereis sobre su trono, á la diestra de su Padre, al vencedor del pecado y de la muerte.»

Así habla á los Cielos atentos una voz poderosa; la voz del divino Elohá.

Y llegan á la Tierra estos acentos dulces y amorosos:

«Jesús, el símbolo de amor y de misericordia, acaba de morir con muerte de expiación. Reverdecid, ramas mustias

del viejo tronco de Adam, y cubriós de las flores más bellas de la inmortalidad. Y vosotros, todos los que vais á nacer, regocijaos; porque durante vuestra vida de pruebas, la antorcha de la redencion alumbrará vuestros pasos. Borrado está el primer pecado, que sin cesar acusaba á las nuevas generaciones y pedia su castigo; borrado está para todos los que reclamen su parte en la obra de la redencion. Levantad vuestras cabezas al Cielo, que os ha enviado un Salvador; *creed*, y cuando durmais el sueño de la muerte, entrareis en la vida eterna, purificados con la sangre del Cordero, que acaba de ser inmolado en el Gólgota.»

Así habla la dulce voz que llega á la Tierra, y esta voz es la del primer hombre.

La *Gloria* de Cristo está aun en el santuario del templo. En el momento de acercarse á sus legiones, los ángeles y los patriarcas, colocados al rededor del fúnebre monte, oyen un murmurio armonioso; pero no les es permitido ver en todo su esplendor esta *Gloria*, ante la cual las nubes se repliegan, y la Tierra se espanta y tiembla.

Con los ojos fijos en la cumbre del Mória, los patriarcas sienten descender sobre ellos la paz del Cielo; un amor más vivo y puro los une, los eleva á la esencia del amor divino, y hace de sus corazones un solo y mismo templo, digno santuario de las generaciones pasadas y futuras.

Gabriel se adelanta hácia estas almas bienaventuradas: el esplendor con que las ve brillar le penetra de alegría; les habla, y su voz es armoniosa como la voz de las arpas celestiales.

—«Hermanos míos inmortales, les dice: yo os he conducido á la Tierra desde el brillante Sol; pero mi mision no está terminada todavía. Debo ordenaros, en nombre del

Eterno, volver á los sepulcros en que dejásteis vuestros mortales cuerpos. Id, pues, á esperar allí los efectos de su misericordia, una vez ya redimidos por Jesucristo.»

La santa hueste se dispersa, y las almas descienden al lugar donde recibió la Tierra en otro tiempo sus mortales despojos.

Las aguas del diluvio deshicieron el altar de césped en que murió Abel (1), y después de Abel, Adam y muchos de los suyos. Un solo fragmento de roca, cubierto de musgo, queda aun de aquellos antiguos monumentos de muerte, y por encima de este sagrado despojo ciernen su vuelo los ángeles, que fueron los custodios de los padres de la especie humana durante su vida de pruebas, y enternecidos miran las limitadas dimensiones del mundo y los átomos de las generaciones que pasaron por su polvo terrenal.

A la llegada de las almas bienaventuradas, los ángeles custodios abandonan el valle de los sepulcros, y se elevan en triunfo hácia los Cielos.

Henoch (2) y Elias quedan al pié del Gólgota, y siguen con la vista el inquieto vuelo de las almas, que buscan el punto en que duermen sus huesos.

(1) Las tradiciones árabes sitúan la colina en que corrió la primera sangre humana en Siria, en la fértil llanura de Damasco, que separa el monte Libano de la Palestina. Allí tambien, segun las mismas tradiciones, fueron enterrados Adam y Eva, su último hijo Seth y todos sus descendientes hasta Lamec, padre de Noé. Las aguas del diluvio destruyeron la colina que los habitantes del país llaman el *Allar de Abel*; pero no por eso dejan estos de indicar con toda seguridad el sitio en que estuviera.

(2) Como ya se ha dicho en la nota del CANTO X, Henoch no murió, pues Dios se lo llevó en vida. Esta circunstancia de que se hace mencion en el *Génesis*, (cap. V.), autoriza al poeta para exceptuar á Henoch del número de las almas bienaventuradas, enviadas á sus sepulcros á esperar la resurreccion de la carne. Por esta misma razon deja á Elias al pié de la cruz; porque tambien este profeta subió al Cielo con su cuerpo, para el cual el milagro de la resurreccion de la carne debió cumplirse en el acto de su ascension.

Noé, Sem y Jafet descienden juntos á la montaña en que se detuvo el arca santa por encima de las aguas que hermanan aun en los valles, y los tres se prosternan en el sitio en que, mientras se dibujaba en las nubes el signo de la primera reconciliacion de Dios con el pecador, sus manos elevaban un altar é inmolaban una víctima á la gloria del Dios que los habia salvado (1).

Abraham entra con su predilecto en la caverna de Macpela (2), situada á poca distancia del bosquecillo en que el Mesías se dignara visitarle sin darse á conocer. El santo patriarca estaba entonces muy lejos de adivinar la verdadera naturaleza de los misteriosos extranjeros que reposaban bajo su tienda y participaban de su comida (3).

(1) El arca de Noé se detuvo después del diluvio en la cima del Ararat, el monte más alto de la cadena del Tauro, que se prolonga por la Armenia. Al salir del arca, Noé levantó al pié de este monte un altar, en que inmoló muchas víctimas ofrecidas en holocausto al Señor. A este sacrificio, de que se habla en el capítulo décimo del *Genesis*, hace alusion aqui el poeta.

(2) Esta caverna está situada cerca de la ciudad de Hebrón, en Palestina. Los heteos, nombre que llevaban entonces los habitantes del pais, vendieron esta caverna y el campo en que estaba situada al patriarca Abraham, que la habia solicitado de ellos para enterrar á su mujer Sara, como se dice en el capítulo xx del *Genesis*. Este mismo sepulcro recibió sucesivamente los restos de Abraham y de todos los suyos, hasta que José llamó á su familia á Egipto. El tiempo no ha destruido enteramente la roca en cuyo seno se hallaba la caverna de Macpela. Sus restos son igualmente venerados por los judios, los musulmanes y los cristianos, que hacen á este lugar frecuentes peregrinaciones.

(3) Todo el mundo sabe que una tarde, estando Abraham sentado delante de su tienda, vió venir tres viajeros, á quienes invitó á descansar. Los viajeros aceptaron; y después de comer y beber, le dijeron que Sara, á pesar de su senectud, le daría un hijo. Segun la opinion generalmente admitida, estos extranjeros eran ángeles. Klopstock va más lejos. El número de estos misteriosos personajes ha llevado su imaginacion, tan poéticamente religiosa, á ver en ellos las tres personas de la Trinidad. Por lo demás, es el único modo posible de explicar esa supuesta aparicion del Mesías á Abraham; porque en las demás conversaciones de este patriarca con Dios ó con sus ángeles no se encuentra absolutamente nada que pueda prestarse á semejante interpretacion.

Moisés vuelve á su solitario sepulcro. Este gran profeta murió en el momento en que Dios le mostró la tierra de Canaan desde lo alto del Nebo (1). El monte se entreabrió, los restos inanimados de Moisés cayeron al fondo del abismo, rocas inmensas cayeron después de él y cerraron la abertura para siempre.

Los discípulos de Moisés, que, por la fuerza de su elocuencia y por el encanto de sus salmos proféticos, arrancaron á los descendientes de Abraham al culto de los ídolos, hallaron sus sepulcros á distancias menos lejanas del Gólgota. Un santo terror rodea estos sepulcros, y ahuyenta de ellos todo lo que tiene aun vida terrena.

El mandato de volver con los suyos al sitio en que fueron depositados sus restos hubo de espantar á Adam; pero recobrando muy luego la esperaza y la calma, sonrióse dulcemente y dijo:

—«Amados míos, habeis participado del terror á que yo no he podido sustraerme, cuando Gabriel nos ha enviado á este lúgubre lugar: participad ahora de mi alegría, pues reconozco ya que lo que me habia parecido al principio un castigo, no es sino un nuevo favor. Gloria á nosotros, que hemos sido condenados á bajar otra vez á nuestros sepulcros, porque el cuerpo mortal del Mesías duerme aun el sueño de la muerte. Cuando al fin del tiempo venga á convertir este valle de sepulcros en un nuevo Eden, me despertaré á la vida eterna con mis innumerables hijos. Henoch, Elias, la recompensa que os ha sido concedida me hace adivinar parte de las inefables alegrías de la resur-

(1) Montaña de la Arabia Pétrea, célebre en las Escrituras. Moisés, que subió á esta eminencia, segun se lo ordenara el Señor, no volvió á aparecer más. Nadie ha conocido su sepulcro, porque lo sepultó el mismo Dios, como se dice en el *Deuteron.*, cap. xxxiv.

reccion. ¡Oh día suspirado! no tardes en llegar... ¿Qué digo? No, no llegues aun, á fin de que sean más numerosas las generaciones que salgan conmigo de las cenizas de la muerte.»

Así habla Adam, y las almas de los patriarcas se felicitan con él de participar de la humillacion del Mesias, cuyo cuerpo va á ser entregado al sepulcro.

Un gran estremecimiento agita las entrañas del Mória; el pié del monte tiembla, y con él la cima del templo. Nubes amenazadoras salen del santuario, ruedan bajo las bóvedas, ganan el espacio, y se pierden en el Cielo. Por donde quiera que pasan estas nubes terribles, se estremece la Tierra, se hienden las rocas, se agitan los rios. Por fin se detienen extendiéndose por encima de los sepulcros de los patriarcas.

La voz de la tempestad truena sobre estos sepulcros; pero la omnipotencia del Mesias no está en la tempestad que brama: la Tierra se agita; pero la omnipotencia del Mesias no está en la Tierra que tiembla: las nubes vomitan llamas; pero la omnipotencia del Mesias no está en las llamas que devoran. Un dulce murmullo descende del Cielo, y en este murmullo está la omnipotencia del Mesias.

Los patriarcas sienten confundirse sus pensamientos en un vago arrobamiento, semejante al sueño que, bajo una sombra embalsamada, sorprende al viajero fatigado después de un largo camino. Sin poder definir lo que les pasa, sienten la presencia de Dios. Adam cree oír su propia voz exclamar con éxtasis: «Me siento creado por segunda vez.»

Y se prosterna en el polvo, y las arpas celestiales resueñan á su oído, y los serafines cantan:

«¡Salve! ¡Salve, Adam, el primero de los resucitados! Sé de nuevo, sé para siempre. Al declinar la más sombría de

tus tardes (1), la muerte vino á herirte. La espada del Angel exterminador no tiene imperio sobre tí:... la inmortalidad te abre sus puertas de oro.»

Adam está aun prosternado en el polvo, y santas tinieblas oscurecen todavía su pensamiento y su vista. El cuerpo aéreo, que desde su muerte envolvía su alma, se une al que recibiera de las manos del Creador, y que la Tierra le devuelve de repente en todo el esplendor de su primitiva belleza. Transfigurado en fin para la eternidad, se levanta, tiende los brazos al Cielo y exclama:

—«¡Gracias te sean dadas á tí, que me has creado de nuevo! Héme aquí más perfecto que el día en que me hiciste salir del polvo del suelo bendito del Eden. Divino Redentor, yo quiero prosternarme ante tí, quiero adorarte; pero ¡ay! en vano te buscan mis ojos. No importa: tú, el primero de los resucitados, estás en todas partes. El dulce murmullo que me ha hecho caer en este santo éxtasis, del que salgo creado para la inmortalidad, era tu voz. Amados míos, vosotros también os despertareis á mi lado. Serafines, dejad caer vuestras miradas á las profundidades donde yacen sus cenizas, y las vereis reanimarse.»

Eva se levanta á su vez, mira en torno suyo, y dice:

—«¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado en mí? Siéntome revivir en el cuerpo que recibí en el Eden. Y aquí está Adam, bello como el día de nuestros inocentes amores. ¿Dónde, dónde está el Mediador divino que nos vuelve los días de paz y de felicidad? ¿Dónde está para adorarle?»

Y adelantándose, cae en los brazos de Adam, y los dos en un santo arrobamiento, murmurando el nombre del Mesias.

(1) Véase el Canto VIII y su primera nota.

Vestido de púrpura y rodeado de un vapor dulce y suave, Abel se dirige hácia ellos.

Adam le ve, y exclama:

—«¡Cuán inmensa es la misericordia del Salvador! ¿Qué transformacion es la nuestra, después de habernos reducido la muerte á imperceptibles átomos, dispersos á través de la creacion? El Mesías ha superado nuestras esperanzas y nuestros ruegos. Tomó sobre sí mi pecado y los pecados todos de la especie humana, y cuando acabe el tiempo la resucitará á toda ella como acaba de resucitarnos á nosotros.»

Bajo el aliento divino que los vivifica, cuerpos sutiles y dotados de órganos perfectos vienen á rodear las almas de Seth, de Enós, de Kenan, de Mahalaleel, de Matusalem, de Lamec (1). Y todos estos hijos de Adam llenan los aires de cantos de alegría, y todas las regiones de la resurreccion repiten los salmos que los vencedores de la muerte envian á los Cielos, como las estrellas apenas lanzadas á los espacios infinitos celebraron las alegrías de su nueva existencia y la gloria de su Creador.

Noé, el segundo padre de la especie humana, se siente renacer con la dulce claridad y el soplo embalsamado del moribundo dia. A medida que se eleva sobre el polvo, un vapor rosado emana de sus miembros rejuvenecidos.

—«¡Angeles del Cielo! exclama: decid, ¿quién acaba de darme un cuerpo tan perfecto como el de Adam, cuando el primer hombre habitaba aun los floridos bosques del Eden? ¿Dónde estamos? ¿Cerca del trono ó del sepulcro? ¿Dónde le adorais vosotros? ¿Dónde está el que me ha transformado?»

(1) Genealogia de Adam, desde Seth su último hijo, que Dios le envió para consolarle de la muerte de Abel, hasta Noé. Henoch falta en esta genealogía por el motivo explicado en una nota de este canto.

Y viendo á sus dos hijos que salen de sus cenizas, dice:  
—«¡Jafet! ¡Sem! Sois vosotros, sí, os reconozco. Pero el que os ha reanimado, el que ha derramado sobre nosotros el fuego vivificador y celeste, ¿dónde, dónde está?»

Cuando el hombre ávido de piadosas emociones contempla al Sol, que se levanta en todo el esplendor de su magnificencia, su alma se dilata en un dulce éxtasis, porque el Sol es un testigo sublime de la gloria de Dios. Así el ángel de Abraham contempla al santo patriarca rodeado de todo el esplendor de su transfiguracion.

Con la mano apoyada en sus labios y la mirada fija en el Cielo, Abraham permanece mucho tiempo en una profunda meditacion.

Por fin salen de su boca inmortal estas palabras:

—«Salvador del mundo: ¡cuán maravillosas y benéficas son las consecuencias de tu sacrificio! Me siento animado de una vida nueva, y esta vida que tú me has hecho encontrar en el seno de la Tierra, y este cuerpo aéreo, digna morada de mi alma, emanacion de tu aliento divino, todo lo que soy, me fué predestinado por tí desde el principio del tiempo.»

Calla el santo patriarca, y dulces lágrimas de júbilo y gratitud inundan su semblante.

Isaac aparece á su vez: su cuerpo brilla como el de los ángeles; las bellas nubes matutinales le envuelven con sus diáfanas tintas. Abraham no le reconoce.

—«Tú, el más bello de los serafines, le dice, ¿me has visto renacer?»

Y el resucitado responde:

—«Yo soy Isaac. El que ha muerto por los hijos de Adam ha reanimado mis huesos, ya pulverizados. Cuando ibas á inmolarme en el altar en que el Señor queria probar tu

sumision, tenias la dulce confianza de que saldria yo vivo del fuego del sacrificio. Pues bien; heme aquí vivo, padre mio. El cuerpo mortal del Redentor está aun fijo de la cruz, y ya resucitamos nosotros para gozar la felicidad de los escogidos. Largo tiempo he dormido el sueño de la muerte; un aliento divino me ha tocado, y me despierto en medio de una nube resplandeciente.»

Sara y la hija de Batuel (1) acuden cerca de sus amados esposos, y Adam é Isaac las contemplan en un dulce arrobamiento, comprendiendo toda la extension de la felicidad de esta vida nueva. Sus lábios permanecen mudos; pero sus pensamientos dirigen himnos de gratitud al Salvador del género humano.

Israel (2) llega en triunfo: lágrimas de alegría inundan sus ojos, y sus trémulos lábios exclaman:

—«¡Gloria á tí, vencedor de la muerte, divino Mediador! Has derramado tu sangre, has consumado tu obra: me has llamado de los sombríos valles de la destruccion.»

Y los serafines unen este salmo á los gritos de júbilo de los resucitados:

(1) Rebeca, mujer de Isaac, era hija de Batuel, hermano de Abraham, establecido en la Mesopotamia, mientras que Abraham habitaba la tierra de Canaan.

(2) Cuando Jacob, hijo de Isaac, que se había establecido en Mesopotamia cerca de Laban, su suegro, volvió á la tierra de Canaan, fué acometido durante la noche por un hombre, con el que estuvo luchando hasta el dia. Este hombre era un ángel; y viendo que no podia vencer á su adversario, hubo de dislocarle una pierna, quedando Jacob cojo todo el resto de su vida. Después le dijo el ángel que desde entonces no se llamaría ya Jacob, sino *Israel*, porque había sido el más fuerte luchando con Dios y con los hombres. (*Genesis*, cap. XXXII.) La palabra *Israel* pareció sin duda á Klopstock más poética que la de *Jacob*. Por lo demás, como se ha podido observar, siempre que un personaje bíblico tiene muchos nombres, prefiere el menos conocido. A veces se limita á designarlo con el nombre de su pais natal ó el de su padre, especialmente cuando el padre es oscuro y el hijo célebre.

—«¡Gloria y gratitud al que desde el fondo del sepulcro hace brotar la vida eterna! Cielos, regocijaos: nuevos hijos os llegan: que vuestras más dulces brisas halaguen muellemente esas bellas espigas granadas antes de la cosecha universal. Escuchad el himno de los recién resucitados, el cual os hará presentir el jubiloso ruido del último dia, cuando la terrible trompeta grite á través de lo infinito: ¡Tierra y mares, devolved los muertos que encierran vuestros profundos senos!»

Israel fija sus miradas en el sepulcro del Gólgota, y dice:

—«¡Divino Redentor! cuando salgas de tu sepulcro, cuando brilles de nuevo en el espléndido trono que es tuyo desde la eternidad, ¡oh! entonces uniré yo mis cantos de alegría á los himnos de los coros celestiales. Y vosotros, serafines, que formais esos coros, ¿comprendeis lo que yo siento? No, no, vosotros no os habeis sentido morir, como yo, llenos de confianza en vuestro Dios. Jamás gozareis, como yo, las alegrías celestiales de la resurreccion. ¡Nuestro Mediador ha caído bajo la espada que hiere á todos los hijos de la Tierra, y como ellos, se despertará á la vida eterna. Legiones aéreas, adoradle: nosotros le adoraremos con vosotros; pero nosotros le queremos con más ardor. ¿Dónde están los que han glorificado conmigo, durante mi vida terrena, á ese Salvador que no veíamos sino á través de las sombras de las profecías, y cuyo amor y misericordia supimos adivinar sin embargo?»

Y mirando al rededor ve á sus predilectos, y se arroja en sus brazos. José y Raquel faltan solamente en esta santa reunion.

Sin embargo, ya el alma de la dulce madre de Benjamin se cierne á la entrada de su sepulcro. En pié sobre lo alto de la roca, su ángel custodio la mira con tierna solicitud.

Ella le ve, y le dice con voz triste y confiada:

—«Mi sepulcro, serafin, está frío y solitario.»

Y el serafin contesta:

—«Frio está también y solitario el sepulcro que muy luego recibirá el cuerpo del Redentor divino.»

—«¡Ah! Ángel del Cielo! ¡cuánto ha debido sufrir el crucificado cuyos restos sagrados va á recibir la roca del Gólgota! Pero ¡qué inmensos son los beneficios de la redención! Yo también debo renacer aquí, donde mis huesos están ya convertidos en cenizas.»

Su voz hace aun vibrar el aire, y de la bóveda de su sepulcro se desprende una especie de polvo ligero y diáfano, como el rocío que cubre de transparentes perlas el botón de la rosa y su tiernas hojas.

En pie en medio de esta radiante nube, que sube, descendiendo, sube otra vez y cambia á cada instante de formas y matices, Raquel la sigue con la vista en un mudo arrobamiento. Su pensamiento admira los misterios de la naturaleza, tan impenetrables en sus grandes fenómenos como en sus imperceptibles maravillas; pero está lejos de adivinar el lazo que la identifica á este brillante vapor, y sin embargo lo contempla con una alegría creciente.

Su ángel custodio la mira y se sonríe dulcemente. Una voz desciende del trono del Eterno, y Raquel siente disolverse su ser en un manantial de deliciosas lágrimas, que brota en el fondo de un valle embalsamado, quedando luego como suspendida sobre un risueño paisaje. De repente le parece que se duerme á la fresca sombra de un florido bosque, y que la voz de un inmortal la despierta. Y se mira, y se interroga, y reconoce en fin que está resucitada. La materia que había dejado en el polvo ha venido á ser un cuerpo celestial, al que su alma esta unida para siempre.

Con los ojos fijos en el Cielo, expresa así luego su júbilo y su gratitud:

—«¡Salvador del mundo! ¡mi hermano, mi Señor, mi Dios! Tu nombre será siempre el primero que pronuncien mis labios inmortales: después pronunciaré los vuestros, amados míos. Israel, José, Benjamin, ¿dónde están? ¿dónde podré yo encontrarlos? Serafin, condúceme cerca de ellos; mi alma tiene sed de la felicidad de verlos: con ellos quiero yo glorificar al Dios que nos ha resucitado.»

Israel, Lia y sus hijos, y el amable Benjamin llegan de las regiones egipcias: solo José no aparece; pues su alma no ha abandonado aun el sepulcro de Sichem (1).

En este día solemne, la muerte ha herido á Samed, uno de los niños que Jesús había tomado en sus brazos, exhortando el pueblo á imitar la inocencia y candor de la infancia. Guiado por su ángel custodio, atraviesa el verde valle de Amon, y pasa junto á la piedra que cubre las cenizas de José. Allí ve un alma cuyo esplendor le deslumbra, y dice á su ángel custodio:

—«Mi celestial amigo, dime el nombre de esa alma, que inspira tanto amor como respeto.»

El alma de José responde al punto:

—«¡Preguntas quien soy, amable flor, tú que desde ahora te desarrollarás á la sombra del árbol de la vida, á orillas del torrente de ondas de oro! ¡Ah! durante mi permanencia en esta tierra que acabas de abandonar, era yo al principio un niño feliz; pero muy luego el odio y la envidia me per-

(1) José murió en Egipto, y recomendó á los suyos que trasladaran sus huesos á la tierra de Canaan; porque preveía que Dios llamaría allí á su pueblo. A la salida de Egipto bajo la conducta de Moisés, los israelitas tuvieron cuidado de llevar consigo los restos de José, y cuando fueron dueños de la tierra de Canaan, estos restos fueron depositados en el valle de Sichem, uno de los más fértiles de la Palestina.

signieron. Tras rudas pruebas, llegué á la mayor fortuna que puede desear un mortal. Yo llegué á ser el apoyo, el protector de un pueblo desgraciado y el amparo de mi padre y hermanos. Jóven fugitivo de la vida terrestre, ¿reconoces ahora al hijo de Jacob y de Raquel?»

—«Sí, exclama Samed; tú eres el célebre José, cuya maravillosa historia me ha sido contada muchas veces con lágrimas de ternura por mi muy amado padre. Dígnate templar tu esplendor, y me atreveré á hablarte para decirte, que por hallarme cerca tí me sometería gustoso otra vez á las angustias que he sufrido, cuando el amor de una vida apenas comenzada luchaba contra la mano fría é inflexible que ha cogido este entreabierto capullo. Terrible fué el dolor que sufrí en tan supremo momento: yo creí aniquilarme para siempre, y cuando me desperté de aquel sombrío sueño de destrucción, mi ángel custodio se vió obligado á repetirme muchas veces que vivía. El temor de la nada había entorpecido mi alma.»

—«¡Cuán envidiable es tu precoz felicidad! exclama José: apenas has conocido los padecimientos de la vida terrenal, y ya eres llamado á participar de las alegrías de los bienaventurados que se elevan más que yo en los gerárquicos grados de las beatitudes celestiales.»

Deslumbrado por el vivo esplendor con que resplandece José, Samed le suplica de nuevo que temple su brillantez.

El hijo de Raquel se sonríe con tierna benevolencia y dice:

—«Tranquilízate: desembarazada de su envoltura mortal, el alma se amolda pronto á la magnificencia de los Cielos. No tardarás en ver á Abraham; la hora de las sublimes enseñanzas ha sonado para tí.»

—«Enséñame, pues, responde Samed: puedes hacerlo; pues has conocido en la Tierra las emociones que el Eterno reserva á sus escogidos. ¿No fué una de esas emociones la que te impidió contenerte por más tiempo ante tus asombrados hermanos, cuando les gritaste:—¡Yo soy José! ¿Vive mi padre aun? Si vive, decidle cuál es mi gloria y mi poder en Egipto?... Dime qué sentiste cuando más tarde, estrechando al jóven Benjamin en tus brazos, te dijeron tus hermanos que tu padre lo sabia todo ya; que al principio no habia querido creer tanta dicha, pero que viendo luego los carros de Faraon cargados de presentes tuyos, habia exclamado:—Sí, mi hijo vive; iré cerca de mi hijo, pues quiero verle antes de morir... Y cuando las lágrimas de tu padre se mezclaron con las tuyas, cuando le oíste decir: Ahora ya puedo morir, porque te he visto,—dime, ¿qué sentiste entonces, José? ¿Tienen los Cielos felicidades más dulces?»

José tiende los brazos á Samed, desde ahora su hermano, porque es inocente y sencillo como Benjamin; y los dos permanecen abrazados mucho tiempo.

El hijo de Raquel toma en fin la palabra, y dice:

—«No me preguntes ¡oh jóven Samed! lo que yo sentí durante las dichosas horas de que acabas de hablar. Al recordármelas, has aprendido á apreciarlas. ¿Qué digo? Tú me has devuelto la fuerza de ofrecer al Eterno acciones de gracias más vivas y puras que todas las que le enviaba mi pensamiento durante mi paso por la Tierra.»

—«Permíteme ¡oh José! unir al tuyo mi ruego, y dígnate decirme por qué te delicias aquí junto á este sepulcro.»

José se vuelve hácia el ángel, y le pregunta si el niño está enterado de la muerte de Jesús; y Samed se anticipa á contestar que conoce en efecto esta muerte divina.

—«Entonces, dice José, sabrás también que hemos recibido la orden de bajar otra vez á nuestros sepulcros, nosotros todos que hemos asistido á su agonía y recogido su último suspiro.»

—«Lo ignoraba, contesta Samed, porque no me es permitido aun detener mi pensamiento en el misterio de la redención: más tarde acaso podré rogarte que me instruyas sobre ella. Ven, dejemos este sepulcro: ¿qué interés puede retenerte aquí?»

—«Este sepulcro, amado niño, es el mio. El Redentor nos ha ordenado volver á los lugares en que yacen nuestros huesos.»

—«Prudente José, y tú, mi ángel custodio, explicadme el sentido de esa orden, que no alcanza á comprender mi inteligencia.»

El serafin se sonrie, y José contesta:

—«El Mesías ha querido sin duda precisarnos á meditar sobre la inmensidad de su beneficio en medio de los dispersos despojos de nuestro vaso mortal... Su muerte en la cruz nos autoriza á esperar que, el día del último juicio, saldremos todos del polvo para entrar en la vida eterna.»

—«¡Ah! exclama el niño: si mi padre pudiera traer mis frios restos cerca de los tuyos, yo me despertaría á tu lado. Condúceme á tu sepulcro... A orillas del río de Faraon, los hijos de Israel perfumaron cuidadosamente tu sudario y embalsamaron tu cuerpo: su polvo no ha podido confundirse con el de la Tierra, y acaso en él encontremos el gérmen de su futura resurrección.»

Dice, y los tres entran bajo la bóveda sepulcral.

Al llegar al sitio más tenebroso, se detiene el ángel como absorto en la espera de una felicidad prometida.

—«Divino serafin, le dice José: tu pensamiento celebra

sin duda al Hombre-Dios, que muy en breve se despertará del sueño de la muerte.»

El ángel le mira con inefable expresion, y contesta:

—«Si cavando un suelo rejuvenecido por la Privamera, vieses nacer continuamente bajo tus piés flores nuevas, mientras que la que tú prefieres durmiera aun en el seno de ese encantado suelo, ¿no esperarías con inquieta alegría el instante en que debe aparecer á su vez?»

—«Y ¿cuál es esa flor que anhela tu deseo?» pregunta José.

—«Mira: tú, que eres inmortal, aunque todavía estés muerto, mira.»

Y pronuciando estas palabras, el ángel se eleva hácia la bóveda del sepulcro.

Una ligera nube de polvo sube detrás de él, y descien- de al punto; pero bajo las alas del serafin, algunos átomos este polvo giran, se elevan, descenden, vuelven á elevarse, se tiñen de mil matices, y brillan con esplendor sobrenatural.

—«Acércate, bienaventurado José, añade el ángel; contempla este polvo sometido al trabajo de la creación. ¿Ves nacer, agrandarse, brillar los primeros rayos de la vida eterna?»

Un hálito divino recorre el sepulcro, agita la dorada cabellera de Samed, precede y sigue al hijo de Raquel, y el hijo de Raquel, impelido por una fuerza irresistible, se acerca á sus despojos mortales, de que se eleva la columna de polvo resplandeciente, cuyos brillantes átomos lo ocultan aun á la vista del serafin.

En su rapidez misteriosa, la nueva creación se ha anticipado al pensamiento de los dos testigos de esta obra sublime, que la ven realizada... El polvo se ha transfor-

mado, y José, resucitado, exclama con un santo arrobamiento:

—«Angel de la alianza, tú hiciste salir de la enemiga tierra de Egipto al pueblo de Dios; tú le guiaste de día con una nube protectora, y de noche con una columna de fuego; tú separaste las aguas del mar para asegurarle paso fácil, y dejaste caer las amontonadas olas sobre Faraon con sus guerreros y carros; pero una obra más grande, más maravillosa, acaba de consumarse: la muerte está vencida. Israel ha vuelto al valle de Efron (1); Israel, Raquel y tú también, Abraham.

Dice, y se lanza fuera del sepulcro.

El serafin y Samed siguen de lejos su rápido vuelo.

Al llegar á los bosques sagrados de Mambré, descendiendo José en medio de la santa reunion de sus padres y hermanos, resucitados todos como él.

Si yo hubiera oído murmurar las arpas celestiales y tuviera fuerzas para repetir sus melodiosos acordes, acaso pudiera describir el arrobamiento de los padres y hermanos, el dulce éxtasis de la madre á la vista de su hijo mayor (2) brillando con todo el esplendor de su gloria inmortal.

Los hermanos de José dejaron en la Tierra el sentimiento de envidia que los extraviara un momento; y con una satisfacción santa y pura se inclinan ahora ante él, adorando al Dios que recompensa á los mortales dignos de sus beneficios.

En otro tiempo un caminante extranjero pasó cerca de la fuente de Fiala, donde vió á un anciano tendido sin movi-

(1) Nombre bajo el cual se designa con frecuencia en la Biblia la llanura de Hebron ó de Mambré, porque el propietario del campo y de la caverna que Abraham compró para enterrar á Sará se llamaba Efron.

(2) Todos saben que José era el primer hijo de Raquel.

miento y sin vida: era el Rey, el gran sacerdote de Salem, el virtuoso Melchisedech (1), que no había encontrado una mano amiga que diera sepultura á sus despojos mortales. El viajero le prestó este piadoso servicio; pero no fué solamente por una simple compasion, ni tampoco por humanidad: un sentimiento de respeto y admiracion le hizo considerarlo como un deber. Había encontrado al ilustre anciano con las manos juntas y el rostro contra la tierra. Después de haberle contemplado largo tiempo en silencio, el extranjero levantó las manos al Cielo; tomó luego en sus brazos el helado cuerpo de Melchisedech, lo depositó en la fosa que para él había cavado, y no se alejó de esta fosa hasta haber llamado sobre ella todas las bendiciones del Cielo.

Por encima de este sepulcro, debido á la piedad de un desconocido, se posa en este momento el alma del gran sacerdote rey. En el murmullo del Jordan naciente, que sale de la fuente de Fiala y serpea entre el blando musgo, el alma de Melchisedech cree reconocer la voz del Eterno, cuando pasa por Jerusalem con el rumor del torrente de las aguas de oro y el ruido del follaje del árbol de la vida.

En medio este éxtasis dulce y tranquilo, el Rey gran sacerdote siente que la Tierra y el Cielo se escapan á su pensamiento, y que Dios únicamente lo llena por completo. El polvo de sus huesos se levanta, y brilla arremolinándose á su alrededor. El ilustre muerto acaba de transformarse: ¡ha resucitado!...

Prostérnase luego, y ora en silencio: sus lágrimas de santo júbilo, sus manos juntas y elevadas al Cielo glorifican á Jesús, el Salvador del mundo, de quien fué el símbolo y el mensajero á su paso por la Tierra.

(1) Vease lo que sobre este rey sacerdote se ha dicho en la nota del CANTO X.

Ananias, Misael y Azarias (1), los tres adolescentes de Israel reconocidos intachables, habian abierto su sepulcro en una roca del llano de Dura (2), lugar célebre, donde todos los pueblos, todas las naciones se habian prosternado ante la estatua de oro, al son de los clarines, trompetas y salterios.

No lejos del sepulcro de los tres héroes yacen las ruinas del ídolo que habian rehusado adorar. El rey á quien el Eterno hizo descender del trono de Babilonia hasta la abyeccion del bruto, habia hecho erigir este ídolo, imágen suya gigantesca y brillante, tal como se le habia aparecido en un sueño engañoso. En esta llanura inmensa se ven aun esparcidas las ruinas de los reinos destruidos, cuyo símbolo profético era la estatua derribada.

Misael y Ananias sepultaron por sí mismos á Azarias, su amado hermano, y el pensamiento consolador de la resurreccion triunfó de sus pesares. Muy luego Ananias fué á su vez depositado en el sepulcro por Misael, que quedó el último; pero ya sentía la muerte en su corazón. La espe-

(1) Nabucodonosor, después de haber sometido al pueblo de Israel, le pidió muchos jóvenes *sin defectos y llenos de ciencia* para colocarlos en su corte, y se le enviaron estos tres, más conocidos con los nombres de Sadrach, Misach y Abed-Negó, que les dió el capitán de los eunucos, á cuyas órdenes fueron colocados. Rehusando los manjares impuros de la mesa real, los tres jóvenes solo se mantenían con legumbres, sin beber otra cosa que agua, lo que no impedía que estuvieran muy buenos con gran sorpresa de la corte. Cuando Nabucodonosor obligó á los pueblos que habia vencido á adorar su estatua de oro, los tres jóvenes se resistieron á seguir este ejemplo; y en castigo fueron arrojados á un horno encendido, del que salieron sanos y salvos. El Rey reconoció por este milagro que el Dios de ellos era el verdadero Dios, y les confió los primeros puestos del Estado.— Véase el cap. III de Daniel.

(2) Nombre que los libros santos dan á la llanura en que fué Babilonia. Allí tambien hizo adorar su estatua Nabucodonosor. Todo el pasaje siguiente es una imitacion del capítulo III de Daniel, donde este profeta describe la pompa con que la estatua de oro del Rey se ofreció á la adoracion del pueblo.

ranza de unirse á sus hermanos sostuvo su valor, y esta esperanza se realizó.

Ahora su inquieta mirada busca sus despojos mortales en el polvo del sepulcro, pero en vano. Y sin embargo, se cierne sobre él en alegre espectacion, y su trémula voz de ventura ya descende á las cenizas de sus hermanos, ya se eleva á los Cielos. Esta voz es un canto solemne: la palabra de los inmortales, cuando expresa sus sensaciones, es siempre un himno celestial.

Ananias y Azarias oyen el canto de su hermano, no con oídos mortales, sino con esa maravillosa intuicion que hace distinguir á los habitantes de los Cielos la voz del Eterno del ruido de los mundos que ruedan en lo infinito.

—«Mis amados hermanos, saldreis de vuestro helado y frío sepulcro. El polvo de los hijos de Adam, dispersado por la destruccion, se pierde bajo los piés del viajero, rueda con las olas del Océano, y brilla en los rayos del Sol. Pero quien creó ese polvo para que sirviera de envoltura al alma humana, emanada de su divino aliento, sabrá reunirlo é imponerle una vida nueva. El Omnipotente tomó un poco de tierra y le dijo:—¡Sé hombre!—Y la tierra, estremeciéndose, obedeció. Ahora tomará el polvo descompuesto, y le dirá:—¡Vive!—Y el polvo vivirá de nuevo. El mar y los rios mugirán, bramará la tempestad y temblará la Tierra, ocultándose los Cielos bajo sombríos velos; y el sonido de la trompeta, más fuerte que el tumulto de la creacion trastornada, llamará á los muertos, y se levantarán todos los que duermen en los sombríos y helados sepulcros.»

Así canta Misael. Su voz es cada vez más dulce y armoniosa. Luego se transforma, resucita, y sus dos hermanos resucitan con él.

En otro tiempo descendieron á la llanura los caldeos, ligeros como el leopardo, ávidos como el águila cuando caen sobre su presa. Sus intrépidos ginetes cogieron cautivos numerosos como las arenas de la playa, se burlaron de los príncipes, insultaron á los reyes; y su jefe, sediento de sangre, insaciable de matanza, se embriagó en la copa que el Dios vengador había llenado para él. Y este Dios vengador descendió del Paran (1) en todo el esplendor de su magnificencia; la peste y el hambre iban delante de él, pero les había demarcado el país y el punto en que debían detenerse. Cuando el Señor pasó, las colinas se inclinaron, los montes se estremecieron de espanto, los torrentes aceleraron su curso, los abismos se hundieron más en las profundidades de la creación, los Cielos se elevaron más en los campos de lo infinito, el Sol interrumpió su marcha, y la Luna quedó inmóvil (2).

El profeta (3) que, en sus sueños de inspirado, le vió pasar así, el vengador de Judá, el exterminador de los enemigos de su pueblo, sale de su sepulcro, conducido de la mano por quien había abierto sus ojos y su alma á las visiones celestiales. El resucitado reconoce esta mano y la celebra con el siguiente himno, que canta al dulce son de su tímida arpa:

—«La higuera y la alegre vid han recobrado su verdura, y vuelven á dar fruto; las plantas todas de los valles flore-

(1) Nombre bajo el cual se designa en la Biblia el monte Atlas.

(2) Imitación del libro de Habacuc, octavo de los doce profetas menores, que vivió 689 años antes de Jesu-Cristo. Este libro, el único que nos queda de los escritos de Habacuc, está considerado como un himno profético, que predice todas las calamidades con que los caldeos abrumarian á los pueblos de Israel. No debe confundirse este profeta con otro Habacuc, que fué arrebatado por un ángel para llevar de comer á Daniel en el foso de los leones.

(3) Habacuc.

cen á la sombra del olivo (1). Una rica miés se prepara sobre la Tierra; pero es más bella aun la miés de la eternidad. Gritos de alegría pueblan las regiones de la muerte, y los Cielos celebran la gloria del Dios de la misericordia, pues se digna acordarse de nosotros después de habernos hecho apurar hasta las heces el caliz de la vida de las pruebas. ¡Yo me recogí en tí, fuente de salud eterna!»

Tal como el relámpago que, rasgando de repente las sombrías nubes del Cielo, proclama con la voz del trueno que le sigue la omnipotencia del Eterno; así Isaias rasga las tinieblas de la muerte, se levanta por encima del sepulcro; y canta la gloria del Dios que acaba de crearle por segunda vez.

¡Babilonia, gran ciudad del orgullo y de las calamidades! por tí creyó Nabucodonosor eternizar su gloria y su poder; pero en medio de tus soberbios muros, una voz se hizo oír, diciendo al más grande de tus reyes:

«¡Te se va á despojar de tu reino! ¡Vas á ser arrojado de entre los hombres, y descenderás con las bestias del campo (2).»

Y lo que la voz predijo se cumplió; y la ciudad del orgullo y las calamidades no es ya más que un desierto inmenso (3). Aquí reposan las cenizas del profeta, á quien Dios había

(1) Sin dejar de imitar el libro de Habacuc, Klopstock cambia aquí su sentido: en efecto, el profeta dice que no reverdecerán ya la higuera ni el olivo, y que las plantas se secarán. Este lenguaje no hubiera sido conveniente en boca de un resucitado.

(2) El profeta Daniel dirigió estas palabras de amenaza á Nabucodonosor que le había llamado para que interpretara su sueño.—*Daniel, cap. VI.*

(3) La época de la ruina de Babilonia y el sitio en que estuvo edificada son hoy objeto de discusión entre los sabios. Es cierto, sin embargo, que no existía ya al principio de la era cristiana. Klopstock, pues, ha podido, sin anacronismo, reducir á Daniel á buscar su sepultura en el lugar desierto en que se alzaba Babilonia. Según la opinión más común, este lugar se encontraba entre el

permitido ver tan adelante en el libro del porvenir (1). Guiado por su ángel custodio, busca su sepulcro en esta región devastada, donde no se oye otro ruido que el siniestro grito del pájaro nocturno, y el silbido del dragón alado; donde la vista busca en vano vestigios de habitación humana. La tierra se ha amontonado sobre las ruinas de templos y palacios, y esta tierra maldita inspira tanto horror, que el árabe intrépido y nómada no arma aquí nunca su tienda, y hasta el esclavo rehúsa cultivarla.

En medio de un agua estancada y de un cerco de juncos que se doblan tristemente al soplo de un aire húmedo y pesado, el ángel de Daniel ve una piedra cubierta de musgo, y el alma del profeta reconoce el monumento que ha tantos siglos pesa sobre sus restos mortales.

A su vista, las víctimas sepultadas para siempre en este campo de destrucción pasan por su pensamiento como sombras tristes y lamentosas, y cree oír el murmullo protector del árbol grande, á cuya sombra podía reposar todo el que estaba fatigado; pero se estremece á la voz de lo alto que dice: ¡Cortad el árbol! Sin embargo, recuerda al punto que el árbol aprendió á respetar á su Señor celestial, que halló gracia ante él, y el alma del profeta se rego-

Eufrates y el Tigris, á unas 30 leguas de Hilla, ciudad bastante considerable de la Turquía Asiática. En esta misma planicie se ve una gran torre en ruinas, que se cree sean restos de la célebre torre de Babel.

(1) Alusión al sueño de Nabucodonosor, que ni adivinos ni astrologos pudieron explicar. Solo Daniel comprendió su verdadero sentido, y osó declarárselo al poderoso Rey. Ya se sabe que Nabucodonosor había visto en su sueño un árbol que llegó á crecer tanto, que tocaba al Cielo con su copa, y cuyas ramas, que cubrían toda la Tierra, servían de abrigo á las aves, mientras que los demás animales vivían á su sombra. Pero una voz de lo alto mandó cortar el árbol, dejando en la Tierra sus raíces y dándoles un corazón de bestia. Entonces Daniel dijo que este árbol era el mismo Rey, que iba á descender al nivel de los brutos, lo que así sucedió. — *Daniel, cap. IV.*

eija (1). Muy luego se contrista otra vez, porque el hijo del árbol orgulloso (2) no quiso aprender que Dios es el Señor de las naciones y reinos, y que él dispone de los reyes; y una mano misteriosa trazó en la pared que alumbraban las lámparas de oro del festín esta terrible sentencia: «*Los días de tu poder están contados. Mira: el juez te ha pesado en su balanza, y te ha encontrado falto; tu imperio será dividido y entregado á los persas y á los medos.*»

Las sombras del monarca impío y orgulloso y de los convidados que entraron en su castigo pasan rápidamente ante el alma del profeta; porque ha llegado el momento marcado para su resurrección á la vida eterna.

Semejante á la estrella de la tarde, cuando brilla sola aun en la azulada bóveda, Daniel resucitado se cierne sobre el desierto en que fué Babilonia, y deja caer los rayos de su inmortalidad sobre este gran sepulcro de las grandezas humanas.

El tierno hijo de Helcia (3) sólo había sembrado lágrimas y suspiros durante su peregrinación por la Tierra. La hora de la resurrección acaba de sonar para él: sale del sepulcro, se siente inmortal, y recibe en fin las indecibles alegrías de los escogidos.

A pesar de la sencillez de su espíritu, el pastor de

(1) Habiendo reconocido la omnipotencia del Eterno, Nabucodonosor volvió á ser hombre y á sentarse en su trono.

(2) Klopstock designa bajo este nombre á Baltasar, hijo de Nabucodonosor. La impiedad de este príncipe, su célebre festín, durante el cual una mano invisible escribió su sentencia en la pared, son cosas demasiado conocidas para que sea necesario recordarlas aquí.

(3) Jeremías, hijo del sacerdote Helcia: vivió por los años 629 antes de J.-C.; predijo todas las calamidades que habían de caer sobre los Israelitas en castigo de sus impiedades.

Tekoah (1) supo reconocer y servir al que creó los Arcturos (2) y los Oriones. En su inspiración profética había visto en otro tiempo el monte Carmelo seco, los palacios de Kerijoth (3) devorados por las llamas en medio de una espléndida fiesta, al son de las trompetas y á los gritos de Moab (4): había visto el campo de Judá cubierto de cadáveres, el altar de Bethel (5) derribado, el Cielo siempre ardiendo, y la Tierra seca alzándose en nubes de polvo; había visto tres ciudades arrastrarse difícilmente á una mezquina fuente, insuficiente para calmar su sed; había visto á la espada cortar las vidas de los jóvenes, y á la peste y al hambre extinguir generaciones enteras. En medio de esas siniestras imágenes, que el Eterno había hecho pasar ante los ojos del profeta, para que advirtiera á su pueblo de la suerte que le esperaba, su corazón se quebrantó, y descendió al sepulcro sin pesar.

Acaba de despertarse para la inmortalidad, y reconoce en fin que el Cielo no rehusa su dulce rocío á los que tienen sed de salvación.

(1) Amós, el tercero de los doce profetas menores, que vivió 780 años antes de Jesucristo, era en efecto pastor de Tekoah, en el país de Canaan. Klopstock da aquí un resumen de sus visiones, que le hicieron prever todas las desgracias que amenazaban á Israel por su inclinación á la idolatría.—*Amós, cap. I.*

(2) Arcturo, estrella fija del *Boyero*, constelación compuesta de catorce estrellas, que forman un arco de círculo.

(3) Una de las ciudades de la tierra de Canaan, que tocó en suerte á la tribu de Judá, cuando Josué hizo la repartición de esta tierra.

(4) En la época en que vivía Amós, la ciudad de Kerijoth pertenecía á los Moabitas, pueblo que tomaba su origen del hijo de Loth y de su hija mayor, que llamó á este niño *Moab*, es decir, *hijo de mi padre*. El país de los moabitas estaba situado en la Arabia Petrea, no lejos de la ciudad de Petra, de donde esta parte de la Arabia toma su nombre, y que ha sido olvidada durante muchos siglos.

(5) Cuando Jacob volvió al país de Canaan y se reconcilió con su hermano Esaú, Dios se le apareció y habló con él. Jacob erigió en este mismo sitio un altar, que llamó *Bethel*. Andando el tiempo, este altar vino á ser célebre, y todos los profetas hablan de él como de un lugar sagrado.

El alma de Job se cierne por encima de la fresca sombra que rodea su sepulcro, abierto en una roca colosal. De repente tiembla la roca y se derrumba: una nube de polvo se levanta, se arremolina y resplandece. Deslumbrado por el esplendor de esta brillantez, y embriagado por los perfumes que exhala, Job se precipita en medio de este polvo creador. Su ángel le sigue con la vista y le ve transformarse bajo la mano del Omnipotente. Job se siente creado de nuevo y para siempre, y el himno que en su arrobaamiento entona, se eleva á los Cielos, y hace que se estremezan los montes y valles de la Tierra.

El Gólgota está aun rodeado de sombrías nubes, y á todo lo que alcanza la vista se extiende la oscuridad en torno del gran altar de la redención.

Inmóvil, con la cabeza inclinada y las sienes rodeadas de la corona de espinas, teñidas de una sangre que ha cesado de correr, el Hombre-Dios, el Salvador del mundo está aun pendiente de la cruz. Su dolorida voz no se eleva ya á los Cielos para demandar gracia al Soberano Juez, al Padre inexorable; su corazón ha cesado de latir. En torno de su helado cuerpo, los vientos contienen su soplo, la Tierra y los Cielos permanecen mudos.

La multitud se ha alejado; el monte fúnebre ha quedado desierto y silencioso, semejante al campo de batalla que las almas de los guerreros muertos abandonan, para ir á ocupar los lugares donde los llama la justicia divina. ®

El joven pecador, que á la derecha de Jesús expia sus faltas en un suplicio cruel, no ha dejado aun de padecer; y sus ojos, aunque ya velados por las sombras de la muerte, están fijos en el cuerpo inanimado del Hijo del hombre, á quien su pensamiento dice:

«¡Ya no existes, tú, á quien amo con todas las fuerzas

de mi alma! ¡Héme aquí solo en medio de los horrores de mi agonía! No murmuro, no: tú has sufrido más que yo; pero no me abandones, como te ha abandonado á tí tu padre. ¡Ah! ¿por qué te ha abandonado así? En vano procura mi pensamiento sondear ese misterio. ¡Ay! si mi lengua pudiera articular aun algunas palabras inteligibles, preguntaría á los pocos amigos que le han quedado fieles: ¿Le habeis visto elevar por última vez la cabeza y los ojos al Cielo? ¿Habeis oído la tonante voz de su última palabra? Al son de esa voz divina, todo se ha desvanecido ante mí; mi sangre ha corrido más de mis ardientes heridas, y he creído morir. Vosotros, los que llorais al pié de la cruz, me mirais con tierna compasion. ¡Ah! si mis ojos tuvieran aun lágrimas, las derramaria por vosotros; por tí especialmente, madre infortunada. ¡No te abandone él, como su padre le ha abandonado! ¡Gran profeta! tú eres todo misericordia: ¡yo espero en tí!»

Las angustias de la agonía le atormentan más rudamente; pero una claridad celestial luce en su alma, y le hace ver el fin del sacrificio de la redencion. Ve al Eterno reconciliado con el pecador por la sangre de la víctima, que corriendo sobre la Tierra, hace brotar en ella las fuentes de la vida eterna. Enseñado así por el Espíritu del Padre y del Hijo, queda abismado en una meditacion extática.

Temiendo siempre que Jesús se sustraiga á su venganza, los sacerdotes piden permiso para retirar los cuerpos de los crucificados antes de la fiesta de Pascua, que comienza á la puesta del Sol.

Pilato les otorga este favor; y por orden suya sube al Gólgota una turba de soldados, á fin de rematar á los crucificados, si daban aun señales de vida.

Uno de estos soldados, á quien la guerra ha hecho inac-

cesible á todo sentimiento de humanidad, se arma de una pesada maza. Al llegar al pié de la cruz del criminal endurecido, alza su membrudo brazo la terrible arma, y la deja caer pesadamente sobre los miembros medio helados, que crujen y se rompen.

El jóven pecador oye este ruido siniestro y lo bendice, porque es la llegada de la muerte.

El implacable romano avanza para acabar su horrible tarea; pero pasa por delante de la cruz que se eleva entre las otras dos, pues le parece que los dioses vengadores la rodean y protegen.

Al llegar cerca del pecador redimido, se detiene, alza segunda vez su ensangrentada maza, que cae zumbando sobre un cuerpo ya quebrantado por el sufrimiento.

Los rotos huesos se tiñen de sangre; la cruz se agita y cruge; una nube de polvo envuelve el Gólgota, y todos los cráneos que oculta en su seno se estremecen.

El soldado vuelve con paso irresoluto hácia la cruz de Jesús, y sin atreverse á alzar la vista hácia él, se dirige á su jefe, que habia quedado pensativo al pié de la colina.

—«Juro, por nuestros dioses, que este está muerto,» dice con voz agitada por el terror.

Y el jefe contesta:

—«Lo sé, pero no importa; tienes que atravesarle el corazon con tu lanza.»

Dice, y aparta la vista.

El hierro del soldado hiere el sagrado costado del cadáver de Jesús.

De la ancha herida brotan á la vez agua y sangre, y el pecador redimido ve correr entre lejanas sombras este doble torrente de salvacion.

No está en el poder humano decidir si el alma, cuando

todos los lazos que la unen á su cuerpo mortal se rompen uno á uno, formula durante esta lucha dolorosa su pensamiento en palabras, ó si habla ya la lengua de los inmortales.

Las expresiones faltaban sin duda al pecador á quien el Mesías habia prometido admitirlo en su reino; pero del fondo de su roto corazón le dirige esta plegaria:

«En nombre de tu sangre que por todos corre, ten piedad de mí. Tú eres el Redentor del mundo. Gran sacerdote del santuario de los Cielos, tú eres eterno, y vuelves cerca de tu Padre en la plenitud de tu gloria. ¿Oiré yo otra vez esa divina voz que ha gritado: *¡Todo está consumado!* Miembros doloridos y rotos, miembros míos, regocijaos; pues vais á dormir en este altar.»

El serafín Abdiel, cuyo vuelo se cierne sobre la cruz, le bendice con la mirada, é implora para él la misericordia divina.

«¡Fuente de clemencia y de amor, Redentor del mundo, no abandones en su hora suprema al pecador arrepentido; condúcelo á través del valle cuyas tinieblas espantan hasta á los ángeles, y permítele entrever las felicidades que le esperan al fin!»

Así lo inicia Abdiel en la inmortalidad, y el alma del moribundo continúa enviando al Cielo sus pensamientos.

«Pecador redimido, en vano procuras expresar tu gratitud: aun perteneces á la Tierra. Pero en breve... Sí, en breve... ¡Dios de misericordia y de amor! tú que perdonas, tú que expías los pecados del mundo, en tus manos, Señor... ¡Cómo flotan las palmas de la victoria!... ¡Dios de misericordia y de amor! tú que perdonas, tú que expías los pecados del mundo, en tus manos encomiendo... ¿Por qué te detienes, alma redimida, alma salvada?... ¡Divino mediador! en tus manos encomiendo...»

Las últimas fibras que retienen su alma á su frágil cuerpo se rompen, y entonces expresa así el santo éxtasis que le causa su libertad:

«Súbito paso del sueño al despertar, ¿por qué te llaman muerte? No, no es ese tu nombre: la muerte es cruel, y tú eres dulce. Tu encanto embellece hasta á tu sombría compañera, la inexorable destrucción... Yo le abandono con entera confianza mis inanimados restos: redúscalos á polvo, y espárzalos á través de la creación, á fin de que maduren para la cosecha del último día. La vida en que acabo de entrar no puede tener término: ¡esta vida es eterna!»

Una lágrima de alegría brilla en los ojos de Abdiel, viendo que el alma del pecador, salvada por el arrepentimiento, resplandece con esplendor celestial: el serafín la ve, y oye que le dirige esta ingénuo pregunta:

—«¿Eres acaso uno de los escogidos del trono? Cuando abriéndose mis ojos á la inmortalidad han visto tu esplendoroso semblante; cuando he oído el dulce ruido de tus alas, me he estremecido de felicidad, y cuanto más te contemplo, más aumenta mi arrobamiento.»

Y el serafín contesta con tono grave y solemne:

—«Ven, primero de los muertos á quien la sangre de Cristo ha redimido: tú has encontrado gracia en el altar del sacrificio, y serás desde hoy la esperanza de los pecadores durante su vida, y su terror después de la muerte. Ven; los decretos de la Providencia van á cumplirse: sígueme al santuario de las alegrías celestiales.»

Dice, y los dos se lanzan al infinito.

El profeta admitido antes de su muerte á la contemplación divina sobre la cumbre del Sinaí; el que, al descender de este santuario, resplandecía con esplendor tan vivo, que tuvo que velarse el rostro ante los ojos del pue-

blo (1); el elegido del Señor, que por haber sido incrédulo una sola vez no entró en la tierra de Canaan (2); el gran Moisés, á quien el Eterno encontró demasiado fuerte para darle un ángel de guarda durante su vida, se cierne solo por encima de su misterioso sepulcro. Abismado en profundas meditaciones, ve pasar por delante de sí, como sombras fugaces, los principales acontecimientos de su larga carrera, y á medida que aparecen, expresa las sensaciones que despiertan en su alma.

«¡Huye, huye, Faraon! Hace mucho tiempo que los juncos de la orilla no ocultan ya uno solo de tus huesos, uno solo de los huesos de tu ejército. ¡Cuán majestuosamente se derrumban los transparentes muros que formaban las olas acumuladas sobre sí mismas para dejar en su seno un camino maravilloso! ¡Cómo brama la tempestad que se desencadena en medio de la nube de fuego! ¡Cómo se precipita hácia su muerte el Egipto, condenado por Dios al exterminio!... Gracias os sean dadas, nubes y llamas del Señor, que nos habeis conducido á través de tantos montes, y tantos y tan áridos desiertos... Ya vuela al combate... ¡Ya derrota á Amalec! ¡Israel ha triunfado, y mis brazos permanecen elevados hácia el Cielo (3)!... Comarca sagrada,

(1) Al descender del monte Sinai, donde habia visto la faz del Eterno, el semblante de Moisés estaba tan resplandeciente de luz, que el pueblo deslumbrado no podia mirarle, y se alejaba de él. Para que se le acercara y le oyera, Moisés se vió obligado á velarse el rostro.—*Exodo, cap. XXXIV.*

(2) Temiendo no encontrar agua tan pronto como queria el pueblo, que se moria de sed, Moisés hirió dos veces la roca de Horeb, de la que debia brotar una fuente, segun le habia prometido el Eterno. La fuente brotó, en efecto; pero Dios dijo á Moisés, que por haber dudado hiriendo dos veces la roca, no entraria en la tierra prometida.—*Números, cap. XX.*

(3) Mientras que los hebreos, á las órdenes de Josué, combatian contra los amalecitas, pueblo de la Arabia Pétreá, en los confines de la Palestina, Moisés estaba arrodillado en una montaña con los brazos elevados hácia el Cielo. Cuando el profeta fatigado dejaba caer los brazos, el enemigo llevaba la ven-

yo te reconozco: aquí fué donde vi ardiendo la zarza; aquí arrostra los siglos la árida roca que fué demasiado lenta en satisfacer mis ardientes deseos, cuando le pedian una fuente límpida; hé aquí el lugar terrible en que el Infierno se tragó á los tres audaces rebeldes (1)... Yo te reconozco, monte sagrado, noble Sinai, mansion del trueno y del fuego celeste... y á ti tambien, desierto abrasador, sepulcro inmenso de tantas y tan valientes cohortes, respetadas por las olas del mar de sangre (2)... Terrible Nebo, á tí, que guardas mis huesos, yo te saludo. En medio de la tierra de Canaan, veo resplandecer las alturas de Garizim (3) y el altar sublime del Gólgota.»

Y en la cumbre del Nebo, los ángeles que en otro tiempo anunciaron á la Tierra las leyes del Eterno, brillan semejantes al grupo de Orion: los sonidos de sus arpas de oro resuenan dulcemente, y sus voces celestiales cantan:

«No te traemos las bendiciones del Garizim, no venimos á ofrecerte la vida de un dia, sino que estamos encargados de derramar sobre tí la salvacion del Gólgota. ¡Moisés, Moisés! ¿por qué tardan tus huesos en salir del polvo? Levántate ¡oh Moisés! tu Redentor te llama.»

El murmullo de las arpas ha sumido al profeta en un dulce sueño. La trompeta del Señor le despierta, estremeciendo el Nebo y su misteriosa sepultura.

taja; pero siempre que los levantaba, los hebreos eran los vencedores; lo que obligó á Moisés á hacerse tener los brazos en esta actitud hasta el fin de la batalla, la cual terminó con la completa derrota de los amalecitas.—*Exodo, cap. XVII.*

(1) Coré, Dathan y Abiron.

(2) El mar Rojo.

(3) Montaña de la Palestina en el valle de Sichem, que formaba parte del reino de Samaria. El rey Achab hizo edificar en esta montaña un templo magnifico; pero en él se adoró casi siempre á los idolos. Los libros santos designan este templo bajo el nombre de *Lugar alto*.

Moisés, resucitado para la vida eterna, se prosterna, ora, y adora al Salvador del mundo; y sus brazos, aunque ningún ángel los sostiene, permanecen largo tiempo elevados al Cielo.

También se agita el polvo en los sepulcros de los reyes. El noble hijo de Isai (1) se despierta á la vida eterna, sale del fondo de las lúgubres bóvedas, ve el alma de Salomon que vela sobre sus huesos convertidos en polvo, y se detiene cerca de ella.

La sombra de Salomon, que pertenece aun al sepulcro, permanece abismada en muda admiración ante el celestial esplendor de su padre, transformado por la resurrección. En el mismo instante, los patriarcas resucitados, seguidos de sus ángeles custodios, aparecen en el sepulcro real, y Abraham exclama con santo arrobamiento:

—«La voz del Señor ha hablado á nuestros huesos hechos polvo, y nos hemos despertado para acoger al divino Redentor, con toda la magnificencia de nuestra inmortalidad, cuando salga del sepulcro. Semejante al arbusto que florece bajo el majestuoso cedro, tú también unirás el ruido de tu follaje embalsamado al soplo del Cielo que balancea la copa del árbol de la vida.»

Y Gabriel dice al alma de Salomon:

—«No llores, hija del Eterno; pues has hallado gracia delante de él, aunque tu polvo esté dormido aun, cuando ya el cedro de Dios da sombra á las flores de la Primavera.»

—«¡Llorar! contesta Salomon: ¡llorar yo, á quien el Eterno ha colmado de favores, dignándose retirarme del fondo de los abismos en que estaba sumido!... No, no;

(1) David, hijo de Isai, pastor del valle de Bethleem.

duerme, ¡oh polvo de mi vaso terreno! duerme hasta el día del juicio universal. Y si estas bóvedas sepulcrales se cansan de abrigarte, que la dulce brisa de la tarde te disperse en los aires, y te mezcle con las suaves exhalaciones de las flores y con los argentados rayos de la Luna.»

Y el ángel añade:

—«Debo decírtelo ¡oh Salomon! Jamás te aparecerás á los futuros cristianos: solamente los muertos que salgan del sepulcro con el Salvador tendrán ese poder. Pero un día todas las beatitudes del Cielo serán para tí también.»

Dice, y los ángeles y patriarcas dejan el sepulcro real, y vuelven al bosque de Mambré, donde los esperan nuevos resucitados.

Ezequías (1) duerme aun; pero el vencedor de Zeraph (2), aquel rey tan débil por sí mismo y tan fuerte por su confianza en el Señor, se levanta del polvo, y con él Josafat, (3), quien conduciendo sus tropas al encuentro del enemigo, se hizo preceder de levitas y profetisas, cuyos himnos hubieron de asegurarle la victoria.

Otro muerto real se despierta en la solitaria sepultura de

(1) Ezequías fué uno de los más grandes reyes de Judá: su reinado se remonta al año 626 antes de Jesu-Cristo. Evitó que su pueblo se entregara á la idolatría, y gobernó con tanta sabiduría y piedad, que Dios le protegió abiertamente hasta el fin de sus días.

(2) Klopstock habla aquí del rey Asa. Este otro rey de Judá vivió 917 años antes de Jesu-Cristo. Zeraph, rey de Etiopia, vino á combatirlo con un formidable ejército, y Asa salió á su encuentro con el suyo, que era muy reducido, pero lleno de confianza en Dios, diciendo que el Señor podía tan fácilmente dar la victoria al débil como al más fuerte. Después de una fervorosa plegaria, Asa dió la batalla con sus pocas fuerzas; y los etiopes, siendo tan superiores á él en número, cayeron bajo el brazo del Eterno, que combatía por Asa, el cual tomó á sus enemigos derrotados un botín inmenso.—*Paralipómenos, lib. II, cap. XIV.*

(3) Hijo de Asa. Siguió en todo las huellas de su padre. Los himnos de los cantores que precedían á sus tropas bastaban para destruir á sus enemigos.—*Paralipómenos, lib. II, cap. XX.*

Huza (1). Casi al mismo tiempo, su hijo (2) sale del sepulcro de los reyes, y con él el joven y piadoso Josías, el ardiente destructor de los ídolos (3). Las conmovedoras lamentaciones de sus cantores y cantoras celebraron mucho tiempo la memoria de este héroe del Eterno, herido por una flecha del ejército del feroz Neroc (4).

Estos cinco resucitados se lanzan por encima de sus sepulcros, semejantes á los rápidos relámpagos que sulcan las pardas nubes en una bella tarde de Estío. Pero Ezequías continúa durmiendo.

Un espíritu de las tinieblas, que fué en otro tiempo el ídolo de Nisroc (5), y la sombra de Sennacherib (6), descienden lentamente del Libano. El conquistador se detiene, y con voz alterada por la cólera y el orgullo ofendido, dice al ídolo:

(1) Manasés, hijo de Ezequías, fué elevado al trono á la edad de doce años, y se hizo culpable de idolatría y de toda clase de crímenes. Para castigarle, suscitó Dios contra él al rey de Asiria, que le cargó de cadenas y le llevó cautivo á Babilonia. La desgracia abrió su alma al arrepentimiento, y Dios le volvió sus estados. De vuelta á Jerusalem hizo reinar la justicia y la religion, y murió venerado de todos, siendo enterrado en una de sus casas de recreo, llamada Huza.—*Reyes, lib. II, cap. XXI.*

(2) Amon, hijo de Manasés, que solo reinó dos años, siendo asesinado en su mismo palacio por mano de sus familiares.

(3) Josías era hijo de Amon, y fué elevado al trono á la edad de ocho años. A pesar de su tierna juventud, abolió el culto de los ídolos, y confió la justicia á magistrados virtuosos.

(4) Neroc era rey de Egipto, y pasó por el reino de Judá para ir á atacar á Babilonia. Josías quiso oponerse á su paso, y fué muerto por una flecha. El pueblo lo lloró é hizo grandes lamentaciones sobre su muerte.—*Paralip, lib. II, cap. XXXIV y XXXV.*

(5) Uno de los ídolos de los asirios.

(6) Sennacherib era rey de Asiria. Este célebre conquistador asoló muchas veces el reino de Israel. Cuando asedió por última vez á Jerusalem, donde reinaba á la sazón Ezequías, Dios, á quien aquel había ofendido sin cesar, envió á su campo durante la noche un ángel, que mató á todos sus soldados y oficiales. Sennacherib huyó á Ninive, donde fué asesinado por su propio hijo en el templo de su dios Nisroc.—*Reyes, lib. II, cap. XIX.*

—«Dí, Nisroc, ¿qué poder sobrenatural nos obliga á salir del fondo de los Infiernos, para buscar los sepulcros de los reyes de Israel?»

—«¿Por qué me lo preguntas? ¿No te ha hablado á tí también la voz terrible que nos ha dado esa orden? ¿Quién sino el ángel de la muerte habría podido hacernos oír esos acentos poderosos como el trueno, rápidos como el relámpago? ¿A qué otro poder obedecería Nisroc?»

—«¡Miserable! exclama Sennacherib: ¡puedes olvidar así lo que has sido! En otro tiempo se inmolvaban sobre tus altares víctimas humanas, reyes vencidos. El ángel de la muerte ¿tuvo alguna vez altares? ¿Se le ofreció jamás sangre real en holocausto?»

—«¡Silencio, conquistador orgulloso! Tú has caído más bajo que yo; pues tienes que obedecerme, á mí, que me veo obligado á someterme á la voluntad de un señor. Ve, ve á adorar el polvo de Ezequías, de ese rey de Judá, cuyo sepulcro buscamos. Tú escarneciste la omnipotencia del Eterno, y el Eterno puso un freno en tu boca, un anillo en tus narices, y te obligó á huir por el mismo camino que habías devastado con tus rápidas conquistas (1). En vano es que finjas no conocer al ángel inexorable, á quien yo tengo necesidad de obedecer. No, no puedes haber olvidado al terrible mensajero del Dios irritado, que degolló á tus dormidos guerreros y convirtió tu campo en un mar de sangre. No puedes haber olvidado los gritos de alegría de las hambrientas águilas, que con los primeros rayos del Sol abatieron su vuelo sobre aquel campo de carne humana.

(1) Todo este pasaje es una imitación del capítulo XXXVII de *Isaias*. En este capítulo, el profeta procura tranquilizar á Ezequías, que espantado por las conquistas de Sennacherib, creía que Dios le había abandonado. *Isaias* le infundió confianza, revelándole la suerte que el Eterno reservaba á aquel conquistador.

Tú te creías el vencedor del Cielo y de la Tierra, y osabas decir: ¿Dónde están los dioses que han librado á las naciones de mi poderosa mano? ¿Qué han venido á ser los dioses de Hamath y de Arpad, los de Sepharvaim, Telasar y Retseph (1)? Pues bien, yo te lo pregunto á mi vez: ¿Qué han venido á ser aquellos dioses? Tú lo sabes lo mismo que yo: descendieron á los Infiernos, donde te persiguen con sus sarcasmos satánicos.»

Abrumado de vergüenza y desesperacion, Sennacherib emprende otra vez su camino. Nisroc le sigue, y los dos entran en el sepulcro, donde el alma de Ezequías se cierne sobre el polvo de sus restos mortales.

A la vista de estos espíritus de las tinieblas, el alma real se vuelve hácia su ángel custodio, y le pregunta qué réprobos son aquellos que vienen á turbar su reposo.

El ángel le contesta:

—«Son Sennacherib y su ídolo: en breve sabrás por qué les ha sido permitido entrar bajo estas bóvedas.»

Y dirigiéndose al negro fantasma que fué en otro tiempo un conquistador soberbio, añade:

—«¿Conoces esta alma bienaventurada?»

—«¡Bah! ¿Qué puede haber de comun entre los dichosos favoritos del destino y yo, tan miserable hoy?» contesta orgullosamente Sennacherib.

—«Si, eres miserable, dice el ángel, porque fuiste malo. Ve á este piadoso rey: se prosternó en el polvo ante el Eterno, á quien tú habias osado insultar, y mientras tus

(1) Nombres de las ciudades que Sennacherib habia destruido en el curso de sus conquistas. Para decidir á Ezequías á pagarle tributo sin resistencia, le envió á decir que no tenia que contar con la proteccion del Cielo, citándole el ejemplo de las ciudades que habia saqueado, y que sus dioses no habian podido defender.—*Reyes, lib. II, cap. XVIII.*

hordas caian sobre los valles, semejantes al torrente destructor, él, lleno de confianza en Dios, no esperaba más que en su auxilio. Bien recordarás que él fué tu castigo sobre la Tierra, y no puedes olvidar los tormentos á que has sido condenado después de tu muerte. Ahora vas á sufrir un nuevo tormento. Este rey, que en otro tiempo te pareció tan débil y despreciable, este piadoso rey, orgulloso y blasfemo Sennacherib, va á despertarse á nueva vida, y tú vas á verle en todo el esplendor de su gloria.»

—«¿Qué me importa su piedad ni su gloria eterna? ¿Qué me importa la luz, á mí, huésped de las tinieblas? Déjame volver al fondo de los abismos. Tirano del Cielo, no me retengas aquí más.»

—«Los juicios del Eterno te importan más de lo que tú quisieras, audaz Sennacherib. Hé aquí el polvo de Ezequías: el tuyo está perdido entre las ruinas de Nínive. Un día se reanimará tambien ese polvo; pero ¡cuán diferente será tu resurreccion de la que va á realizarse ante tus ojos!»

La rabia y el espanto abaten en fin al orgulloso conquistador, porque el alma de Ezequías se rodea de repente de un cuerpo celestial, y su voz inmortal manda á Sennacherib volver á los Infiernos.

Pero el terror y el odio parecen haber enclavado al monarca asirio en las rocas del sepulcro.

Ezequías vuelve á decir:

—«Huye, huye; pues ya me has visto, y aprendido que hay castigos más terribles que el que te hirió en el templo de Nisroc, donde caiste bajo el puñal de tu propio hijo. Desde lo alto de su trono celestial, la hija de Sion te desprecia, y la noble Jerusalem sacude la cabeza con desden viéndote pasar (1). ¿Reconoces al fin, orgulloso é impío

(1) Imitacion del capitulo XXXVII de *Isaias*.

conquistador, reconoces al Dios de quien osaste blasfemar?»

Dice, y Sennacherib y Nisroc vuelven á los Infiernos.

David ha buscado con solicitud entre las almas de los muertos al más querido de sus amigos, y lo encuentra.

Jonatás lo reconoce tambien, y exclama:

—«¡Oh! sí, es David, mi amado David. El dulce esplendor de los inmortales te rodea: así resplandecen sin duda Henoc y el gran Elías.»

—«El polvo de los muertos se ha animado, y la hora de la resurrección ha sonado para los escogidos de los pasados tiempos. Tú tambien, Jonatás, amigo mio, hermano, tú tambien resucitarás.»

—«¡Yo resucitar! ¡Oh David! ¿Tengo yo la dicha de ser como tú uno de los progenitores del Redentor, ó bien soy grande y santo como Moisés?»

—«Espera, Jonatás, espera: yo he resucitado; y ¿quién fué más pecador que yo?»

—«Pero ¿quién fué tampoco más noble que tú en su arrepentimiento? ¿Qué piedad puede igualarse á la tuya, tan fervorosa y tierna? Y además, el Mesías ¿no viene de tu linaje? Yo estoy ya recompensado por encima de mis merecimientos, pues se me ha permitido descender del Cielo á contemplar los padecimientos y la victoria de Cristo, y ahora tengo la dicha de verte ¡oh amado David! ¡Ah! te lo confieso; tenia necesidad de este consuelo: ¡me parece tan triste este sepulcro!... Aquí yacen los restos de Saul... Perdona este suspiro; Dios me ha hecho heredero de la luz, y mi agradecimiento no tiene límites... A veces, sin embargo, dejo caer una lágrima sobre las cenizas de mi padre... La beatitud de los seres creados no podria ser perfecta como la de los ángeles: nubes pasajeras la velan con frecuencia.»

—«Esa dulce tristeza, amado Jonatás, te era permitida

mientras Jesús padecia: ya ha muerto y vencido, y todos los primeros testigos de su gloria se despiertan á la vida eterna.»

Y calla David.

El ángel custodio de Jonatás alza la voz, y le ordena enjugar su última lágrima.

Jonatás obedece: un dulce sueño se apodera de él; pero casi al mismo tiempo se despierta, y brilla á los ojos de David con el maravilloso esplendor de la resurrección.

Solamente los serafines podrian describir el santo arrobamiento de los dos amigos, cuando se encontraron de nuevo para la eternidad.

Gedeon (1), el salvador de su pueblo, el que rehusó la corona que Judá le ofreció, sale del sepulcro con todo el esplendor de la inmortalidad.

Cuando suene la trompeta del último juicio, no brillarán así los orgullosos conquistadores, que llevaron sobre su cabeza una corona teñida con la sangre de los vencidos; no brillarán así los reyes ambiciosos, que con sangrientas guerras procuraron extender su dominación.

Los pulverizados huesos del profeta, que en otro tiempo despertaron los muertos, se reaniman (2). El profeta se levanta, y se cierne sobre su sepulcro; sepulcro maravilloso, que no tardó en probar que los restos que se le habian confiado no eran los de un mortal ordinario.

(1) Gedeon fué el quinto juez de Israel. En virtud de la expresa orden de un ángel, dejó su condición oscura para encargarse del gobierno. Derrotó á los madianitas, alcanzó muchas otras victorias, y gobernó con tanta prudencia, que el pueblo le ofreció la corona; pero él la rehusó.

(2) Klopstock designa aquí al profeta Eliseo. Espantados por un grupo de soldados, unos hombres que llevaban un muerto lo depositaron en el sepulcro de Eliseo. El cadáver tocó los huesos del profeta, y resucitó al momento.—*Reyes, lib. II, cap. XIII.*

Una jóven, adorada de su esposo, habia sido arrebatada por la muerte al dar á luz un hijo. Su más próximo pariente guiaba el cortejo fúnebre, llevando en los brazos al recién nacido, hermoso como el capullo que promete una flor espléndida. De repente un grito de alegría resuena entre la muchedumbre: cansados los portadores del cadáver habian depositado su carga sobre el sepulcro del profeta; y luego al punto la jóven salió de su féretro, y rápida como el relampago, fué á tomar á su hijo, que puso en brazos de su marido.

Pálido de sorpresa y de felicidad, el jóven esposo se sonríe como á la vista de una celestial aparicion; pero cuando reconoció en fin que su esposa habia vuelto á la vida realmente, las fuerzas le abandonaron, y la compañera de quien para siempre se creia separado, fué la que le sostuvo y guió sus pasos para volver á su cabaña (1).

Las palmeras que sombrean el sepulcro de Débora agitan suavemente sus elevadas copas; la profetisa resucita y se eleva á los aires.

Miriam tambien sale triunfante del polvo; sus ojos buscan con ansiedad al poderoso espíritu que acaba de dotarla de una vida nueva, y su voz le dirige esta plegaria:

«Angel de la resurreccion, ¿dónde estas? Divino segador, ¿qué sombra sagrada oculta tu radiante cabeza? ¿En qué monte resuena el llamamiento de la trompeta que me ha despertado? Tú, que te asombras sin duda de la maravilla

(1) Klopstock falta aqui por la primera vez á la exactitud escrupulosa con que refiere los hechos tomados de las Escrituras. Los poetiza, pero no los desnaturaliza jamás; y si en el milagro que obraron los huesos de Eliséo pone en escena otros personajes, no pudo ser por error, pues su poema mismo prueba que hizo un estudio profundo de los libros santos. Por lo demás, el episodio que inventó no perjudica en nada al poder maravilloso de los huesos del profeta; y luego, es tan bello, que bien puede perdonarse esta licencia poética.

inmensa que el Eterno te ha hecho cumplir, ángel de la resurreccion, ¿en qué lugar reposas? Huesos secos, que en sus éxtasis proféticos vió Ezequiel levantarse en una árida llanura, ¡oh huesos! ¿cuándo resucitareis á la vida eterna?»

Se acerca ese momento supremo. El alma de Ezequiel se cierne severa é imponente sobre las cenizas de los muertos: está profetizando. Un rumor misterioso pasa á través de los aires: el polvo se mueve; los huesos se reforman y se juntan; se cubren de carnes palpitantes, que surcan venas purpúreas; una piel suave se extiende por estos cuerpos nuevos... pero el aliento divino les falta todavia. El alma de Ezequiel profetiza otra vez. Y los cuerpos se animan, respiran, viven. Su pensamiento habia entrevisto la imágen de esta sublime escena á orillas del Kebar (1), y las beatitudes del Cielo no le hicieron olvidar este recuerdo.

En este instante, en que, junto á los restos de su vaso mortal, medita sobre los misterios de la redencion, un rayo de inmortalidad acaba de descubrirle el porvenir y explicarle el pasado, y su ángel custodio le hace oír estas palabras:

«Escucha el dulce rumor que estremece á la naturaleza: es el anuncio de la presencia de Dios. Su aliento vivificador llega de todos los puntos de la creacion. ¡Ah! ¡si pudiera tocar tu polvo!»

Dice. Un aliento embalsamado roza su cabellera de oro; y sus lábios, trémulos de alegría, pronuncian el nombre del profeta; pero ya Ezequiel no le oye; su alma se ha adormecido, sus cenizas se agitan y transforman: luego se despierta. Incapaz de expresar lo que siente, levanta las manos juntas al Cielo, y se echa en brazos del ángel, que,

(1) Rio de la Caldea. A orillas de este rio tuvo Ezequiel la vision de los huesos de que el poeta da aquí una imitacion.

volando con él, lo conduce hácia otros muertos, para los cuales ha sonado también la hora de la resurrección.

El alma de Asenath (1) se cierne sobre su sepulcro como un ligero vapor que argentan los rayos de la Luna, y su voz dulce y tímida expresa así sus confusos pensamientos:

—« ¡Oh ángel de mi guarda! dime: ¿por qué se oscurece mi vista? ¿Por qué bullen al rededor mio las vagas imágenes que me inquietan y encantan al mismo tiempo? Estas mismas sensaciones me impresionaron cuando abandoné la vida humana. Mensajero del Eterno, dí: ¿será menester morir segunda vez? Murmullo de las fuentes del Eden, rumor del cedro celestial, armonías que halagais y meceis tan deliciosamente mi alma, no la adormezcais para siempre. »

Vencida por el sueño, calla; pero casi al mismo tiempo la maravilla de la resurrección queda realizada, y la recién resucitada canta la gloria del Eterno.

En medio de la region en que cada grano de polvo se despierta, un serafin hace resonar la trompeta suprema.

Al llamamiento del metal sonoro, el héroe de Dios, el vencedor de los pueblos de Canaan (2) sacude las sombras de la muerte, á la manera que el relámpago rasga las nubes; como en las radiantes alturas de Othan (3) vió Eliséo el inflamado carro de los ángeles, cuyo esplendor sostenia sus fuerzas.

Semejante á la primera flor que el sol de la Primavera

(1) Asenath, hija de Iutifar, gobernador de On. Faraon la dió por esposa á José, á quien acababa de confiar el gobierno de todo el Egipto.—*Génes. capítulo XXI.*

(2) Josué, célebre caudillo de los ejércitos de Israel. Sucedió á Moisés en el gobierno del pueblo de Dios, 1451 años antes de J.-C.

(3) Montaña de la Palestina, donde Eliséo vió al Profeta Elias subir al Cielo.

hace brotar, la hija de Jephthé (1) se despierta para la vida eterna. Al argentino son de su dulce voz, su ángel custodio une los acordes de su arpa divina, y el canto de la jóven resucitada se eleva al infinito, llevado en alas de las armonías celestiales.

Los siete héroes del pueblo de Dios y su noble madre (2) duermen en una sombría caverna, no lejos de Jerusalem... Allí habian sido depositados por un amigo valeroso, que, después de haber cumplido este piadoso deber, fué á denunciarse á sí mismo ante el feroz tirano, porque queria participar de la gloria de aquellos mártires de la fé de sus padres y de la independencia de su pais, muriendo como ellos á manos de los verdugos del opresor de Israel.

Desde aquella época, los viajeros fatigados reposan en esta caverna; más de una vez los desgraciados y las almas piadosas han venido aquí á ocultar sus lágrimas y exhalar sus suspiros y plegarias, y todos los que pasan cerca de esta bóveda, se sienten penetrados de un santo respeto; porque todos saben cuán venerandos restos en su seno guarda.

(1) Sabido es que Jephthé, noveno juez de Israel, sacrificó á su hija única á consecuencia del voto que habia hecho de ofrecer en holocausto la primera persona que encontrara al volver á su casa, si vencía á los ammonitas.—*Jueces, cap. XI.*

(2) El año 170 antes de Jesu-Cristo, Antíoco Epifanes, rey de Siria, asedió á Jerusalem, donde hubo de cometer grandes crueldades con los israelitas que quisieron permanecer fieles á la ley de Moisés. Los Macabeos, héroes famosos del pueblo de Dios, que combatían á la vez por la religion y por la libertad de su pais, le opusieron una resistencia enérgica, que no hizo sino aumentar su crueldad. El episodio de la matanza de los siete hermanos con su madre, de que se trata en el libro II de los *Macabeos, cap. VII*, basta para dar una idea de ello. Los desgraciados jóvenes hubieron de resistirse á comer carne de puerco, y el Rey los hizo desollar y quemar vivos uno tras otro á vista de su madre, que tuvo la fuerza casi sobrehumana de exhortarlos á soportar con valor tan horroroso suplicio. Ella murió la última sin exhalar una sola queja. De esto se ha hecho mención en el CANTO X.

El alma de Thirza, la madre de los siete mártires, se prosterna en el fondo del sepulcro, y da las gracias al divino Mediador por haberla juzgado digna de morir por él cuando no se mostraba aun á sus escogidos sino á través del misterioso velo de las profecías.

Mientras su fervorosa plegaria sube hácia el Eterno, el jóven Sémida y uno de los pastores de Bethlem que fueron á saludar al Dios niño, cuyo nacimiento celebró un coro de ángeles, atraviesan el arroyo que corre por delante de la caverna.

Rendidos de cansancio y abrumados por el dolor que les causa la muerte de Jesús, vienen á sentarse á la entrada del sepulcro, y dan libre curso á las lágrimas que habian retenido hasta aquí.

El pastor dirige en fin la palabra al huérfano de Naim.

—«Amado Sémida, le dice, no te hablaré ya del profeta divino que en otro tiempo te llamó á la vida, no: no quiero desgarrar tu corazón; pero dime ¿por qué la vista de esta caverna me causa un santo terror? De este modo me estremecí cuando, á través de sus gloriosas nubes, ví á los inmortales que protegían la cuna del niño de Bethlem.»

—«¡Tú me lo preguntas, Jethro! ¿Ignoras quiénes son los muertos que duermen en este sepulcro? Yo tambien me siento poseido de un religioso temor.»

Y dominado por un sentimiento irresistible, avanza bajo la húmeda bóveda, y exclama en alta voz:

—«Nobles víctimas, cuyas cenizas aquí yacen, adorad con nosotros al profeta que acaba de morir: su vida fué divina, su muerte ha sido más divina aun. Su nombre os debe ser conocido, pues los ángeles lo pronunciaron antes de que naciera. El resucitará... ¿Por qué, santos mártires, por qué este lugar en que dormís nos causa un piadoso

espanto? Pues sois, como nosotros, seres creados para la inmortalidad, permitid que os dé el dulce nombre de hermanos. Cuando nos encontremos en una vida mejor, acordaos de que en la Tierra os hemos amado, y que este recuerdo os haga acogernos como á hermanos.»

Dice, y se aleja, siguiéndole el pastor.

La noble madre de los siete mártires ha oído la dulce voz del huérfano de Naim; le sigue con la vista, y con el pensamiento se dirige á sus hijos diciéndoles:

—«¿Por qué se aleja, hijos míos? Yo le amo á él y á su viejo compañero: sus almas están llenas de inocencia y candor, y el espanto que han sentido no puede proceder de nosotros. El Eterno sin duda les ha inspirado ese temor. El Señor los bendiga y guíe por los tortuosos caminos de la Tierra. Cuando se despierten á la vida eterna, nosotros saldremos á recibirlos.»

Thirza cesa de hablar, y las almas de sus hijos se adormecen: su sueño es un santo éxtasis, que les hace brillar con un esplendor sobrenatural. Los dos mayores dejan escapar palabras vagas y dulces como el lejano murmurio de las arpas celestiales: el tercero conserva aun bastante fuerza para expresar lo que siente.

—«Se acerca, dice, el más grande de los días: sus primeros resplandores atraviesan las tinieblas; el trueno brama, el Gólgota tiembla, la cruz se inclina...»

Y obligado en fin á ceder al sueño, reposa sobre sus hermanos.

Jedidoh, el más jóven de los siete mártires, lucha solo aun contra el poder irresistible que turba sus pensamientos.

—«Angeles tutelares, y vosotros, serafines, decid: ¿dónde estoy? ¿Ha vuelto á sentarse el Mesías en el trono

de su Padre? Sus heridas resplandecen... Jerusalem se rodea de una auréola celestial...»

Dice, y se duerme.

Thirza contempla á sus hijos con muda sorpresa, y luego exclama:

—«El sueño sólo pertenece á los habitantes de la Tierra; y sin embargo, mis hijos duermen, duermen las almas de estos mártires, que han conocido ya la eternidad. Por ventura, ¿deben pasar los inmortales en este adormecimiento las santas horas que el Mesias esté en el sepulcro?»

Su vista se cubre, sus pensamientos se turban, y casi al mismo tiempo se despierta con todo el esplendor de una resucitada.

Su ángel custodio se sonríe mirándola como á una hermana querida.

Incapaz ella de expresar la dicha de su transformacion, lanza un grito de alegría y gratitud, y se prosterna cerca de sus hijos, que salen brillantes y bellos del polvo de sus huesos, como la llama se eleva por encima de las negras cenizas de una hoguera.

Thirza los ve levantar sus brazos al Cielo; los oye dar gracias á Dios que los ha creado segunda vez, y comprende en fin todas las delicias que el Cielo puede ofrecer al corazón de una madre.

Un mismo sepulcro recibió en otro tiempo cuatro amigos fieles: sus almas se ciernen ahora sobre el sitio que oculta sus cenizas. Darda (1), el que murió el último, dirige á sus tres compañeros estas dulces palabras:

(1) Darda, Ethan, Heman y Chalkok eran de los levitas que David nombró para cantar la gloria del Eterno en el tabernáculo, donde había depositado el arca santa. La amistad de estos cuatro levitas es una ficción del poeta; porque en los libros santos no se hallan más que sus nombres sin ningún detalle sobre sus vidas.

—«Bendigamos al Eterno, porque nos dió una suerte digna de envidia. Durante nuestra peregrinacion sobre la Tierra anduvimos siempre juntos; el mismo sepulcro nos recibió, y por fin, juntos nos hallamos en la eternidad. Ethan nos dejó primero; los otros tres lo lloramos. Heman no tardó en seguirle; Chalkok y yo nos dijimos entonces: Ha ido á buscar á su hermano; pronto nos llamará. Y cuando él también se durmió en mis brazos, cuando me ví solo en la Tierra, mis ojos bañados de lágrimas se levantaban constantemente al Cielo, buscándoos á vosotros, fieles amigos míos... Yo ví á Salomon descender al real sepulcro en que reposaba David, y vosotros me enviásteis en fin el último sueño... Al despertarme, os volví á encontrar. Los despojos de nuestros vasos mortales esperan ahora el momento de la resurreccion. ¡Cuál no será nuestra felicidad en esta hora sublime! Desearla, esperarla es ya la felicidad.»

Heman añade:

—«Divino Mediador: ¿es demasiado confiar en tu clemencia abrigar la esperanza de resucitar contigo? Tú resucitarás antes que la destruccion haya llegado al cuerpo que tomaste de la Tierra: habitándolo, lo santificaste, y se hizo como tú inmortal. Dígnate oír mi ardiente plegaria: permíteme que comience ya la cosecha de la eternidad; permíteme al humilde germen que duerme en el polvo elevarse en ricas espigas á la sombra de la cruz.»

Chalkok le interrumpe de pronto con voz trémula de sorpresa y felicidad.

—«El polvo de Heman se transforma. Ved ¡oh amigos míos! cómo brilla con esplendor celestial.»

Y vencido él mismo por el sueño de la resurreccion, pierde por un instante el sentimiento de su sér. Al desper-

tarse, ve animarse y trasformarse los huesos de Darda y de Ethan, y los cuatro amigos fieles enlazan sus brazos, confunden sus rayos, unen sus voces, y se lanzan á las nubes cantando la gloria del Salvador.

En los sepulcros de Jerusalem duerme la profetisa Ana (1), que tuvo la dicha de ver al niño de Bethlem, cuando sus padres lo llevaron al templo, donde más tarde su precoz sabiduría hizo adivinar su naturaleza divina.

El niño huyó á Egipto, y Ana descendió al sepulcro, que acaba de dejar animada de una vida nueva. Deteniéndose enfrente del Gólgota, tiende los brazos hácia la cruz en que está aun enclavado el cuerpo del Mesías.

Y exclama:

—«Has muerto ¡oh Jesús! y tú eres quien me ha resucitado. Si, tú eres quien me ha dado, antes del fin de los tiempos, este cuerpo inmortal. Tenido está con tu sangre, con esa sangre divina que ha atravesado la bóveda de los Cielos pidiendo gracia para la especie humana.»

Sumido en profundo dolor, Joel dejó á su padre en el valle de Gethsemani, para ir á llorar sobre el sepulcro de su hermano. Prosternado sobre la piedra que cubre los restos del gracioso niño, exclama con voz embargada por los sollozos:

—«¡Benonil mi amado Benonil por tí vierto estas lágrimas ardientes; pues únicamente los ángeles tienen el derecho de llorar al hombre divino que acaba de expirar en la cruz.»

Y sofocado por los sollozos, deja caer la cabeza sobre la fria piedra del sepulcro.

(1) Cuando nació Jesu-Cristo, esta mujer tenia ochenta y cuatro años, y se hallaba en el templo cuando llevaron al niño Jesús para la circuncision. Al verle, conoció que era el Mesías, y así lo dijo á todos los asistentes.—*Sin Lucas, cap. II.*

Benoni y su ángel custodio están en pié cerca de él; pero el hijo mayor de Samma no puede adivinar la presencia de los inmortales, á la manera que el desgraciado que sufre con resignacion piadosa, no ve la mano de la Providencia, que ya se extiende sobre su cabeza, y la inclina dulcemente hácia el sepulcro, donde le esperan los eternos galardones.

Joel se incorpora, y murmura estas palabras:

—«Me dejaste, mi querido Benoni, bella flor que la tempestad rompió antes de que la abriera el Sol de la mañana.»

Y Benoni contesta con voz que solo pueden oír los inmortales:

—«Vivo, hermano mio, vivo en los Cielos, donde crezco á orillas del rio de la vida.»

El infortunado Joel continúa sus sentidas quejas:

—«Nuestro padre, débil y viejo, no se consolará nunca de tu muerte, mi querido Benoni. Muy pronto irá él tambien á dormir en el sepulcro; y yo, solo y abandonado, no tendré más que morir.»

Benoni se vuelve hácia su ángel custodio, y le dice:

—«Su dolor me desgarrá el alma. ¡Oh! yo te ruego, ángel mio, que enjugues las lágrimas de mi hermano.»

Y el serafin contesta:

—«Nosotros no podemos aliviar los dolores de los mortales, sino cuando Dios nos lo manda.»

—«¡Oh hermano mio! exclama Joel. ¡Que tu sueño sea tranquilo! Lázaro se despertó de ese sueño; pero entonces vivía aun el profeta divino que acaba de morir en la cruz.»

Benoni pregunta al serafin si su hermano está condenado á padecer mucho tiempo sobre la Tierra.

El serafin contesta suspirando, que sólo Dios sabe la hora de su muerte.

Y Joel continúa gimiendo sin ver ni oír á los inmortales, que tan sinceramente toman parte en su dolor.

—«Padre de todo cuanto existe, dice, dame esa alta sabiduría que á través de los áridos desiertos de la vida conduce á la tierra prometida. ¡Soy aun tan joven y débil!... Ya no tengo hermano; muy luego no tendré padre. El porvenir que me espera, me espanta... me parece infinito: ¡ah! dignate abreviarlo... ¡Alma de mi querido Benoni! Si estuvieras aquí cerca de tu sepulcro, si vieras mis lágrimas, rogarias al Eterno que abreviase para mí el término de una existencia, cuya duración me espanta.»

—«¡Ángel mío y suyo! exclama Benoni: ¿no te conmueven nuestros sufrimientos? ¡Ah! fuiste siempre inmortal, y no dejaste en los valles de la muerte un hermano que lllore y gima por tí.»

—«Comprendo tu dolor, caro Benoni. Por ventura, cada vez que dejamos los Cielos para cumplir las órdenes del Altísimo, ¿no nos separamos también de nuestros hermanos?»

Un sentimiento desconocido se apodera repentinamente de Benoni.

—«¡Mi sepulcro se agita! exclama. ¡Mi hermano se levanta sobrecogido de espanto!... ¡Densas nubes me rodean!... ¡Dios de misericordia! no me aniquiles.»

Y su voz se debilita y muere, como el eco de las montañas cuando repite los lejanos cantos.

Pero el soplo divino de la resurrección lo reanima, y Benoni se transforma, y exclama con célica voz:

—«¡No me has aniquilado, Dios omnipotente! ¡Gloria á tí, que me colmas de beneficios! Espera, hermano amado: cuando la descomposición haya reducido tus huesos á cenizas, te despertarás, joven y bello, en mis brazos, para no dormirte jamás.»

Y Joel, que no ha visto de la maravilla que se ha realizado ante sus ojos más que lo que ver puede un mortal, expresa así su sorpresa y terror santo:

—«¿Ha turbado mi razón el dolor, ó estoy condenado á las horribles visiones que fascinaban á mi desgraciado padre, cuando lanzó á su hijo contra esta negra roca? ¿Se habrá alzado, en efecto, la piedra que cubre el sepulcro de mi hermano?... No, no, los rotos huesos de mi Benoni yacen en paz... Pero ¿qué veo?... ¡Mi padre!... ¡Ah! Sin duda viene buscándome.»

Efectivamente, Sammá acaba de entrar en la cueva de los sepulcros. Benoni le ve, y exclama:

—«Cesa de llorar por mí, noble anciano; entro en el número de los bienaventurados: mira vacío mi sepulcro.»

Pero Sammá no le oye, ni ve más que al otro hijo, que es como él todavía un hijo de la Tierra.

—«¡Oh Joel, hijo mío! le dice: por fin te encuentro, después de haberte buscado con tantas angustias. Deja estos tristes lugares, donde perdí á mi Benoni. Único consuelo mío y esperanza mía única, Dios te bendiga y conserve para apoyo de mi triste vejez. Ven, hijo mío, ven.»

Dice, y los dos se alejan de los sepulcros.

—«¡Dios te bendiga, padre infortunado! exclama Benoni, y que pronto te envíe cerca de tu hijo á los valles de paz y de ventura que él habita.»

Dichoso y satisfecho por haber visto nacer y crecer al Hombre-Dios, y por haber adivinado bajo esta forma mortal la luz destinada á alumbrar á todos los pueblos de la Tierra, Simeon no tardó en dormir el sueño del justo. Su cuerpo reposa bajo una bóveda sepulcral, y su alma se cierne por encima de la roca en cuyo seno se abriera, y que en este momento ilumina una luz celestial; porque Simeon

ha sido juzgado digno de ser reanimado antes del día en que han de despertarse los muertos de todos los tiempos.

Elkanan, anciano ciego, guiado por un niño, adelanta lentamente por uno de los tortuosos senderos que rocía el húmedo polvo del torrente Cedron. Ya han dado la vuelta al monte de las Olivas, y se acercan á los sepulcros. El anciano suspira profundamente, y sus ojos, cerrados á la luz tanto tiempo ha, se arrasan de lágrimas. El niño, último vástago de una numerosa familia herida por la muerte sin piedad, procura consolarle con sus dulces caricias.

—«Buen padre, le dice: ¿no he de poder yo aliviar tus pesares? ¡Oh! yo te lo ruego, no llores así.»

—Llorar, contesta el anciano, es la única facultad que resta á mis apagados ojos. Dime, hijo mio, ¿estamos aun lejos del sepulcro de Simeon, mi muy amado hermano?»

—«Unos pasos más, padre mio, y podrás sentarte en la piedra que cubre sus restos.»

Habiendo llegado á esta piedra, el anciano la toca muchas veces, y dice con voz conmovida:

—«Está cubierta de musgo... Así se enlaza la yedra á las ruinas de los palacios. ¿Te asombras, querido Boa? ¡Ay! alegre niño, tú entras apenas en la vida: ¿cómo podrias comprender la piadosa satisfaccion que penetra mi alma cuando me siento cerca de un sepulcro cerrado hace mucho tiempo sobre su victima? Hace ya muchos años que mi Simeon duerme bajo esta piedra sepulcral... El mismo dia hice yo abrir mi sepulcro... Aun está vacío esperando al pobre ciego, que vaga vivo en medio de las tinieblas de la muerte.»

Agoviado por la fatiga y el dolor, calla el anciano, y se apoya en el hombro de Boa.

Después de una breve pausa, añade:

—«Para tus ojos, hijo mio, el Sol no se ha apagado; tú puedes ver, el esplendor de un bello dia, las argentadas claridades de una noche de Estío, y las nubes que anuncian la tempestad. Dime: ¿está el Cielo sereno? Me parece que un soplo embalsamado refresca mis arrugadas mejillas y agita mis blancos cabellos.»

—«El aire es puro y sin nubes, contesta el niño; los zarzales están cubiertos de flores; la Primavera ha vuelto con todos sus tesoros. ¡Oh! cuán bello dia!»

—«El dia que me borre de la Tierra, dice el anciano suspirando, aunque sea nebuloso y sombrío, será para mí el más bello.»

—«¡Ah! exclama el alma de Simeon dirigiéndose á su ángel: mi desgraciado hermano no se siente con fuerzas para seguir á Jesús.»

El serafin contesta:

—«Aun ignora el gran crimen con que Jerusalem acaba de mancharse.»

—«Pluguiera á Dios que no lo supiese nunca, porque el infortunado sucumbiria á su dolor.»

El ángel se sonríe con aire misterioso, y el hálito de la inmortalidad pasa á través de los restos de Simeon. Sus huesos crujen y se mueven, su polvo se transforma y resplandece, y su alma siente que sus pensamientos fluyen sin dolor ni esfuerzos, como llevados en alas de las armonías celestiales. Casi al mismo tiempo se despierta, y Simeon resucita.

Un forastero, venido á Jerusalem para asistir á las fiestas de Pascua, pasa rápidamente por delante de los sepulcros; y el niño Boa, llevado de la curiosidad propia de sus años, le pregunta el motivo que le obliga á apresurar así su paso.

—«No me detengas, contesta el forastero: voy á buscar

á los míos, para referirles las maravillas de la muerte de que acabo de ser testigo.

—«¿De qué muerte?» pregunta ahora el hermano de Simeon.

—«¡Cómo! buen viejo, ¿no sabes que los sacerdotes y ancianos de Israel han crucificado al hombre divino, á Jesús de Nazareth?»

Elkanan lanza un profundo suspiro, y pierde el sentido. El forastero y el niño Boa lo llevan á la otra parte del torrente.

Al volver en sí, Elkanan solicita volver junto al sepulcro de su hermano; pero en vano lo pide, y es conducido á Jerusalem.

—«Sigámosle, dice Simeon á su ángel custodio: tiene necesidad de consuelo... va á morir.»

Y el ángel contesta:

—«Vivirá. El Eterno le reserva una noble recompensa por todo lo que ha sufrido; permitirá que te le aparezcas y le hables de la resurreccion del Salvador.»

El alma de Juan el Precursor se ciñe sobre su sepulcro y dice:

—«Permanece inmóvil y duerme, polvo que fuiste mi vaso mortal: el Cordero sacrificado, que borra los pecados del mundo, quiere que yo esté cerca de ti mientras pesen sobre sus restos sagrados las sombras de la muerte. Él me llamará para asistir á su triunfo, y entonces os dejaré en este sepulcro, huesos secos, que reanimará la trompeta del último día. ¡Vendrá, vendrá ese último día!... ¡vibrará el metal sonoro!... ¡Resurreccion! ¡Cuán inefables serán tus alegrías, cuando al pensar en tí se turba mi inteligencia!... Una esperanza vaga, audaz, sin duda, me hace creer que se acerca para mí el fin del tiempo.»

Un esplendor suave brilla en el fondo de su sepulcro, y llama su atención.

—¿Qué celestial vision es esa? pregunta á su ángel custodio... ¡Ah! es Benoni, el hijo de Samma. Y ¿por qué brilla con esplendor de ángel? Habrá resucitado... Acércate: el ruido de tus alas se asemeja al murmullo de las arpas del Cielo. Dime, ¿eres Benoni, ó algun otro niño muerto hace poco en alguna region lejana? ¿Vienes á anunciarnos algun nuevo milagro?»

Benoni contesta:

—«Sí, bendito desde el nacimiento de los mundos, sí: traigo un mensaje de felicidad. ¡Mira! el polvo de los muertos se anima... ¡Escucha! el soplo de la resurreccion llega á los sepulcros... Para los escogidos del Señor ha sonado la trompeta del último juicio. He visto al padre de los hombres, á Henoc, á Elías y á Abraham brillar como las estrellas del Cielo; he visto á Isaac con un cuerpo formado de nubes purpurinas; he visto á Moisés, á Job, á los siete mártires, y me he abismado en un santo arrobamiento. Ahora te veo á tí, que bautizaste al Salvador de todos nosotros: una nueva vestidura falta á tu alma. ¡Oh precursor bendito! prepárate á todas las delicias de la resurreccion.»

Dice, y las cenizas de Juan se agitan; su cuerpo se transforma, su polvo se purifica, y su alma pierde por un instante el sentimiento de la existencia. Al despertar, se ha realizado su union con la carne divinizada, y el nuevo resucitado canta un himno á la gloria de su Creador.

Yo he oido pronunciar bajo la sombra de las palmeras los nombres de los resucitados que acabo de cantar; otros nombres volaron con el soplo que agitaba el follage... Ven, Musa de Sion, ven á repetírmelos, cuando suene la hora de las inspiraciones misteriosas y santas como tú.

## CANTO XII.

José de Arimathea obtiene de Pilato permiso para dar sepultura á Jesús.—Mientras cumple este piadoso deber, secundado por Nicodemus, un coro de resucitados canta por encima de la cruz.—Los discípulos, parte de los Setenta fieles, María y las santas mujeres se reúnen en casa de Juan.—José de Arimathea y Nicodemus vienen cerca de ellos trayendo la corona de espinas de Jesús.—Muerte de María Magdalena, hermana de Lázaro.—Lázaro, Lebbeo y Nathanael van á recibir su último suspiro.—Lázaro vuelve á casa de Juan y procura reanimar el valor de sus amigos.—Salem, uno de los ángeles custodios de Juan, hace descender sobre él un sueño consolador.

El alma que teme perder su parte de herencia celestial se asombra y estremece hasta en sus más recónditos senos, y sus pensamientos, extraviados en el laberinto de la Providencia, no ven más que el anatema del Sinaí ó los terrores del Gólgota. No descubriendo ya en la eternidad ni la blanca vestidura del vencedor, ni la corona del mártir, el alma se abisma en el polvo y se perdería en la nada, si el aliento protector de los serafines no viniera á reanimar la chispa de su esencia divina, recordándole que no ha sido arrojada á la Tierra, sino para someterse ciegamente á los decretos del Eterno.

Con esta resignacion dolorosa, un corto número de amigos fieles de Jesús permanecen cerca de la cruz.

Unicamente José de Arimathea conserva un resto de valor y de esperanza. Ansioso de reparar la falta que una timidez

imperdonable le hiciera cometer en el sanhedrin, exclama con voz fuerte é inteligible para todos:

«El divino muerto tendrá á lo menos los honores de la sepultura: yo le tributaré estos últimos honores. Hace mucho tiempo que hice abrir mi sepulcro, que es bastante grande para él y para mí. Animo, Nicodemus; trae mirra y aloe, mientras voy á ver al gobernador romano. Aquí nos encontraremos: yo traeré el sudario.»

Dice, y se aleja rápido, como un noble pensamiento que no podrian detener amenazas ni seducciones.

Muy luego llega al Pretorio.

Porcia, pálida y llorosa, está sola con Pilato, que parece inquieto y pensativo.

Sorprendido de la visita de José, cuya actitud y mirada revelan dolor profundo, le pregunta el motivo que le trae.

«Vengo, contesta Arimathea, á reclamar el cuerpo del hombre divino que tú no has sabido conocer, y has entregado al furor de sus enemigos.»

«¡Bah! ¿Qué te importa ese hombre? ¿Por qué quieres darle un testimonio de interés, qué podría llegar á ser peligroso para ti?»

—«Obedezco al soberano Juez, que desde lo alto de los Cielos pesa nuestras acciones y pensamientos.»

—«Los jueces supremos del mundo no se sientan donde los colocan tus ilusiones. En las orillas del Cocito es donde nos esperan, y no se llaman ni Jehová ni Jesús, sino Minos, Radamanto y Sarpedon.»

—«Cuando la urna cineraria haya recibido tus restos, y los míos hayan descendido al sepulcro, entonces veremos ¡oh Pilato! si son tus dioses ó el mío quienes distribuyen las penas y recompensas. Entre tanto, concédeme el favor que de tu bondad solicito: abandona el inanimado cuerpo del

profeta, sacrificado por su pueblo, á los pocos amigos que le han quedado fieles.»

Porcia suplica á su esposo que no deniegue una demanda tan justa, y Pilato cede á los ruegos de su esposa. Pero dominado siempre por el temor de comprometer su autoridad, hace llamar á Eneo, que mandaba la tropa enviada al Gólgota, y le pregunta si está cierto de la muerte de Jesús.

Eneo contesta:

—«Ninguno de nuestros soldados se ha atrevido á romperle los huesos; pero yo mandé traspasarle el costado con una lanza, y ha cesado de vivir.»

Tranquilizado con esta declaracion, autoriza Pilato á José para sepultar á Jesús, y el noble israelita vuelve al Gólgota sin tardanza.

Al ver el sudario que lleva, María se vela el semblante, y solloza con doble angustia.

Juan osa al fin dirigirlé la palabra:

—«Madre de nuestro divino Maestro, le dice, considera que no nos queda más consuelo á los que tanto le hemos amado, que hacer los últimos honores á sus sagrados despojos.»

José y Nicodemus se adelantan hácia la cruz, y solicitan la ayuda de los demás fieles; pero ninguno de ellos deja el lugar en que el dolor parece haberle enclavado.

Los ángeles y los resucitados, invisibles á los ojos de los mortales, se ciernen sobre el monte fúnebre, agitan dulcemente las cuerdas de sus arpas, y sus cantos de duelo se elevan hasta el trono de Jehová.

José y Nicodemus extienden el sudario al pié de la cruz, lo rocian con suaves perfumes, y depositan el cuerpo de Jesús cubriéndolo con aromas preciosos que previenen la descomposicion.

Eva desciende de las nubes, se detiene cerca del divino cadáver, y se inclina sobre él con todo el abandono de la ternura maternal. Los largos rizos de su cabellera de oro tocan suavemente las llagas de Jesús; sus lágrimas caen sobre su helada frente, y su voz, apenas inteligible aun para los ángeles, murmura estas dulces palabras:

—«¡Oh hijo y Salvador mio! ¡cuán hermoso eres! De cada una de tus heridas veo yo brotar raudales de ventura. La palidez de la muerte cubre aun tu bellissimo semblante, pero tu boca cerrada y tus ojos extinguidos anuncian la inmortalidad á todos mis hijos. Hete aquí sin vida, y sin embargo todo es en tí amor y misericordia.»

José y Nicodemus pliegan sobre el Mesías el perfumado sudario, que se tiñe de sangre...

Las lágrimas de los bienaventurados corren en abundancia, y un coro de resucitados canta así el dolor de los Cielos:

—«¿Quién eres tú, que descienes del Gólgota envuelto en un paño de púrpura? ¿Quién eres tú, que dejas el altar con vestiduras teñidas de sangre? ¿Quién eres tú, que dispones de la salvacion eterna?»

Otro coro contesta, y la trompeta del último juicio hace resonar su voz terrible:

—«Yo soy quien enseña la justicia, y quien distribuye las recompensas y los castigos.»

Y el primer coro añade:

—«¿Por qué está teñida tu túnica de rojo como el vestido del vendimiador que acaba de pisar la uva?»

Y la trompeta responde:

—«Me habeis dejado solo en este lugar de iniquidades. En mi cólera he pisado á todos los que se han levantado contra mí: en medio de este trabajo que os ha salvado á todos mi vestidura se ha teñido de sangre. Ha llegado el

dia de la venganza, el día de la redención. Yo he mirado al rededor, y no he encontrado á nadie que me secunde. Dios ha hecho caer sobre mi cabeza sus más crueles terrores, y ningun habitante de la Tierra, ningun habitante del Cielo me ha sostenido. He consumado mi obra con la fuerza de mi cólera y de mi brazo; he aplastado la cabeza de la serpiente que habia mordido mi calcañar, y he dejado embriagados á todos los que se han levantado contra mí: helos tendidos en tierra sin fuerza ni movimiento (1).»

José de Arimathea arranca de la frente de Jesús la corona ensangrentada, y la entrega á Nicodemus, que la contempla con mudo dolor.

María y Juan prorumpen en sollozos.

Las lágrimas de los bienaventurados corren en abundancia, y un coro de resucitados canta el triunfo de los Cielos:

—«Angeles, escuchad el rumor del torrente Cedron, que baña los muros del templo. Mirad: la soberbia está vencida y la serpiente aplastada.»

Y otro coro canta con voz más fuerte:

—«Cuando el torrente Cedron murmuró más dulcemente, cuando las palmeras de Gethsemaní mezclaron el rumor de sus inclinadas copas al soplo de la brisa matutinal, entonces comenzaron para él las angustias de la agonía; entonces oyó los rugidos del abismo y los gritos de ira de los réprobos; entonces tembló el Tabor hasta en sus fundamentos.»

Elohá sale del seno de las nubes, y repite:

—«Entonces comenzaron para él las angustias de la agonía.»

(1) Imitacion del cap. LXIII de Isaías, en el cual describe el profeta los trabajos del Mesias, reducido á libertar él solo su iglesia.

Un coro de ángeles canta el himno de muerte por encima de los inanimados restos del Mesias.

José y Nicodemus levantan el cuerpo de Jesús, lo cargan dulcemente en sus brazos y se lo llevan.

Un resucitado los sigue con la vista, y hace oír esta sentida queja:

—«El más bello de los hombres, el más bello de los ángeles acaba de morir en cruz por todos nosotros. Los esclavos del pecado echaron suertes sobre sus vestiduras, y cuando, devorado por una ardiente sed, pidió de beber, le dieron hiel y vinagre.»

Y el coro de los ángeles añade:

—«¡Ay! ¡ay de tí, Jerusalem! ¡ay de tus degenerados hijos! El Eterno los ha oído pedir la sangre del Redentor, y los ha visto arrojar sobre él, semejantes á los buitres carniceros que caen sobre su presa.»

La trompeta del último juicio continúa haciéndose oír, y callan las arpas de los patriarcas. El mismo Moisés cesa de pulsar las cuerdas de su salterio, se aparta de las legiones de ángeles y resucitados que le rodean, se cierne sobre el Mesias; y canta así:

—«Malditos Caines, que habeis sacrificado al divino Abel; Caines, yo os conozco; sé donde teneis vuestras guaridas. La voz de su sangre ha llegado hasta lo alto de los Cielos, no pidiendo venganza, sino gracia y perdon para vosotros, que habeis rechazado su misericordia. Pero el llamamiento del Gólgota ha penetrado hasta el fondo de los Infernos. Asesinos del Salvador, pues que así lo habeis querido, morid, morid de muerte eterna.»

El metal sonoro deja de resonar, el profeta calla, y todos los inmortales permanecen sumidos en un mudo dolor.

José y Nicodemus llegan al sepulcro abierto en el flanco

de una negra roca, cuya cima sostiene algunos abetos. José busca con la vista el lugar menos sombrío, y secundado por su noble amigo, deposita allí los restos de Jesús.

Abumados de tristeza, los dos vuelven la cabeza, salen del sepulcro y cierran la entrada, haciendo rodar difícilmente una pesada piedra.

Profundas tinieblas reinan en el sepulcro en que yacen los despojos del Mesías; pero á través de estas tinieblas, los inmortales ven brillar los primeros resplandores de la resurrección.

Sí, Salvador divino: apenas se extendieron sobre tus ojos las sombras de la muerte, cuando se agitaba en torno tuyo el soplo de la inmortalidad; y la trompeta terrible que el día de la gran siega llamará al trabajo á todos los segadores, resonaba en los Cielos; y el murmurio de las arpas celestiales, dulce como el primer rayo del alba, anunciaba tu resurrección. Nosotros no te hemos visto dormir en medio de los horrores de la muerte; para nosotros reposas á la sombra de las palmeras. Pero vosotros, sus amados, vosotros que vivíais aun la vida de un día, vosotros habeis llorado, habeis gemido, y después habeis derramado lágrimas de divino júbilo, lágrimas que nosotros no conoceremos jamás, nosotros, que no hemos sufrido ni vuestro santo terror, ni vuestra sombría desesperación.

Todo está silencioso y tranquilo en torno del sepulcro de Cristo. Las arpas de oro no hacen ya oír sus tristes armonías; los ángeles y resucitados han enjugado su llanto y elevado su vuelo.

María y Juan, solos, permanecen aun al pié de la cruz.

El discípulo amado se inclina hácia la santa mujer que le ha confiado su maestro, y le dice con voz entrecortada por los sollozos:

—«Nada podemos hacer ya por él; huyamos de este lúgubre lugar: ven conmigo á mi pobre morada; ven, madre mía: yo soy tu hijo.»

Estas tiernas palabras hacen volver en sí á María, que vertiendo de sus ojos un torrente de lágrimas, exclama del fondo del corazón:

—«¡Tu madre! ¡Y *Él* me ha dado á su discípulo amado! ¡Y *Él* te ha hecho hijo mio!... ¡Hay todo un cielo en este pensamiento!... Pero también, ¡qué cruel tormento, qué amargura hay en la horrible certeza de que no existe ya el amado hijo que lloramos!»

Dice, y se envuelve en su manto, y Juan guía sus pasos vacilantes lejos del Gólgota.

A la sombra del templo y casi bajo los muros de Jerusalem, se eleva un grupo de palmeras, en medio de las cuales se oculta una humilde cabaña: es la morada de Juan, pobre asilo, donde conduce á la afligida María.

Persuadido de que es inútil procurar consolarla, y de que sólo Dios puede sostenerla en su congoja, suplica á todos los fieles que encuentra que vayan á llorar con su madre.

Fluid, versos míos, fluid; celebrad las santas lágrimas y el profundo duelo de los piadosos amigos del Mesías, y sea mi canto ingénuo y verdadero, como la triste dolorosa queja del más desventurado de los padres, cuando le presentaron la ensangrentada túnica del jóven pastor de Sichem (1).

Con los ojos inundados de lágrimas, el pecho oprimido y las rodillas trémulas y flacas, la madre de Jesús, precedida de numerosos fieles, entra en la humilde vivienda, y en el aposento donde su hijo solía reunir á sus discípulos. Al ver

(1) Alude á Jacob, cuando sus hijos le presentaron la túnica ensangrentada de José, diciéndole que este había sido devorado por una fiera.

el sitio desde el cual tantas veces les habia hablado con aquella divina elocuencia que conmovia todos los corazones, el sitio que por respeto á su memoria ninguno de los fieles fué osado á ocupar, María se prosterna, y apoya su frente en el asiento vacío ya para siempre.

Magdalena y la madre de los Zebedeos logran al fin levantarla; pero María se retira á un ángulo oscuro, donde se envuelve en su manto.

Ni una voz osa interrumpir el triste silencio que allí reina.

De repente aparece Simon Pedro, desfigurado por el dolor, y exclama entre sollozos:

—«Jesús está sepultado, y en breve, así lo espero, lo estaremos todos. José abrirá un sepulcro para mí al pié de la roca santa. Quiero que me lo prometa, quiero que me lo jure.»

Dice y calla, pues entra luego Simon el Cananeo, apoyado en el brazo de Mateo. Felipe le sigue de cerca con Santiago-Alpheo. Lebbeo llega solo, se sienta junto á María, y se cubre el rostro con las manos. Santiago el Zebedeo, llamado el hijo del trueno, se presenta el último, y exclama alzando los brazos al Cielo:

—«¡Ha muerto! ¡Ha muerto! Toda grandeza humana, aun la más noble, aun la que huye del esplendor y hace el bien en la oscuridad, no es más que una palabra vana; porque tiranos impíos han sacrificado á Jesús, lo han inmolido á su odio y á su venganza.»

Bartolomé, Pedro, Andrés, el hermano de Simon, Cleofás, Pathanael y el jóven Sémida entran sucesivamente, y van á sentarse sin pronunciar una palabra, sin atreverse á dirigir la vista á sus amigos, cuyo dolor comprenden y sienten.

Una lámpara, que Magdalena acaba de suspender del techo, deja caer sus pálidos resplandores sobre esta lúgubre y silenciosa congregacion. Así caía el crepúsculo de la tarde envolviendo el palpitante cuerpo de Abel: sus labios estaban mudos, pero su sangre clamaba á Dios desde la Tierra.

Los ángeles custodios de los discípulos y de los fieles se deslizan entre ellos, y el mismo Jesús se digna echar una mirada de misericordia sobre sus escogidos.

Reanimada secretamente por su ángel, Magdalena halla en sí fuerzas para expresar el dolor que la atormenta.

—«¡Ay! exclama. ¿Qué somos desde que nos ha abandonado? Madre infortunada, madre, no te dejes vencer por tu dolor. ¿Qué vendríamos á ser, si tú tambien nos abandonarás? ¡Ay! ahora comprendo todo lo que en su profunda tristeza nos dijo sobre Jerusalem, á quien llamó viuda desolada y princesa entregada á los gentiles; ella, que fué en otro tiempo reina de las naciones... Pobres y oscuros éramos, pero nuestra dicha era inmensa, porque nuestro maestro era un hombre divino. Murió ¡ay! murió, y ya nuestra miseria es infinita, y nuestros dias como nuestras noches pasarán en lágrimas y sombras. ¡Que no tarde ya en llegar la noche del sueño eterno!... Nuestros enemigos triunfan y se mofan de nosotros, que, en la sencillez de nuestro corazón, hemos amado tanto al gran profeta... No han temido escarnecerlo con infernales sarcasmos, y para calmar su sed, le han dado hiel y vinagre. ¡Juez supremo! ¡colma para ellos el cáliz de la venganza; haz que lo apuren hasta las heces y que mueran!»

Dicho esto, calla.

La madre de Jesús reúne sus fuerzas, y dice entre sollozos de pena:

—Acuérdate, hija mia, que desde lo alto de la cruz gritó

diciendo al Padre celestial: *Perdónalos, Padre mío, pues no saben lo que hacen.*»

Estas palabras infunden en los corazones una admiración profunda, y un rayo de júbilo divino alivia sus pesares; pero muy luego los domina el dolor de nuevo. Solamente Lebbeo permanece bajo la dulce impresión de las piadosas palabras de María.

—«Sí, dice: que la misericordia del Eterno se extienda á todos sus hijos; pero que no se olvide de llamarnos de este mundo. ¿Qué haríamos en él sin el divino Maestro? ¿No nos dijo muchas veces, que en la casa de su Padre hay apacibles moradas para todos los que le amaran? ¡Oh! permítenos, gran profeta, que durmamos en el umbral de esa casa. No, no intentéis consolarme, amigos míos: pronunciad constantemente á mi oído el nombre de Jesús, nombre que resuena en mi alma como el dulce eco de la flauta pastoril, cuando la suave aura de la tarde nos lo trae á través de un valle cubierto de flores... Hablemos sin cesar del paso de esta vida de miserias á la vida perdurable, y estemos dispuestos á partir á la primera señal, con el báculo en la mano, como el viajero diligente. ¡Ah! ¡que no podamos morir todos ahora mismo!»

—«Muramos, sí, contesta Cleofás: sólo en el sepulcro encontraremos reposo. Cavémonos mutuamente nuestras últimas moradas.»

Tomás Dídimio se presenta á la puerta de la estancia, y se detiene en ella indeciso y tembloroso. La vista de sus amigos, que han abandonado los restos de su divino maestro, y que gimen y lloran en este lúgubre lugar, semejantes á fantasmas errantes al rededor de un sepulcro apenas cerrado, aumenta su desesperación.

—«¡Desgraciados! exclama: ¡Oísteis las aclamaciones con

que Jesús fué acogido á su entrada triunfal en Jerusalem, y no sabeis morir hoy que no existe!... Yo creia hallar entre vosotros algunos amigos bastante valerosos para abrir el cortejo de las víctimas que deben seguir á la muerte al gran profeta, á quien hemos visto andar sobre las ondas del mar; al gran profeta, que delante de nosotros despertó del sueño eterno al piadoso Lázaro y al jóven Sémida, á quien veo llorar en un oscuro rincón de este aposento.»

Dídimo es interrumpido por la llegada de José de Arimathea. Su andar es grave y solemne; la expresion de su mirada anuncia la esperanza é impone respeto: solamente su palabra revela profunda emocion:

—«Salud, hermanos de Cristo, hermanos míos también. Nicodemus espera que le permitáis presentarse ante vosotros. Os trae... ¡Me interrumpís con gritos de dolor! ¡Ah! bien lo veo: no os halláis aun en estado de soportar la vista del sagrado depósito que queria confiaros. Que se aleje Nicodemus; que se lleve la ensangrentada corona.»

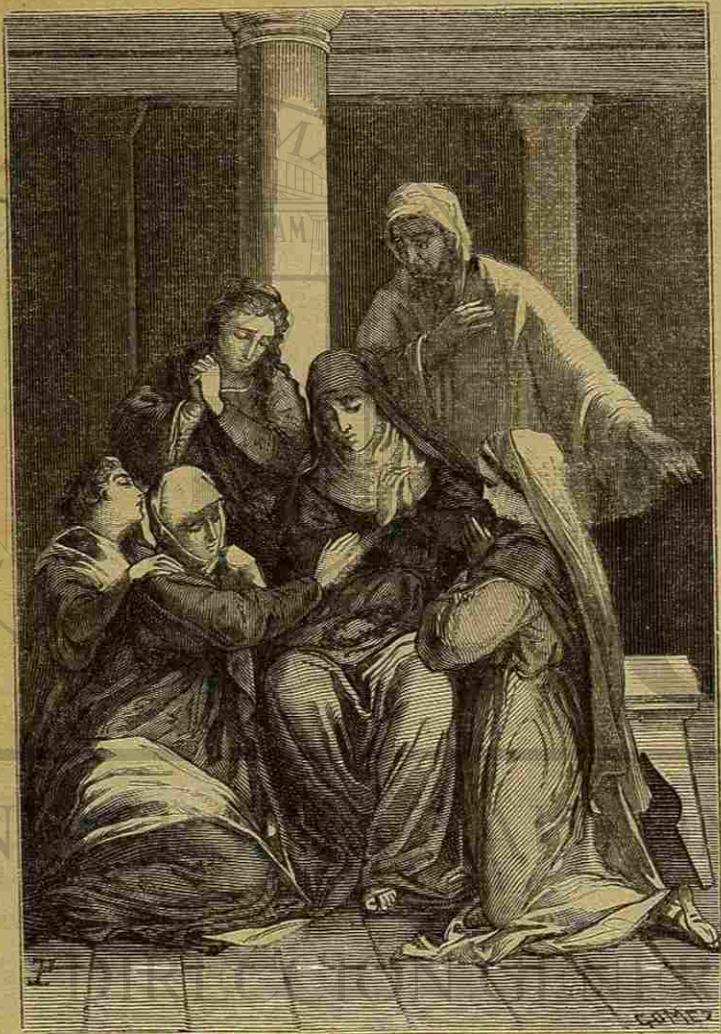
—«¡La ensangrentada corona!» repite la desolada madre: y el acento desgarrador de su voz llena á los fieles de terror y espanto.

Nicodemus aparece en la puerta.

María se arranca el velo en que estaba envuelta, se precipita hácia la corona, y cae, arrastrando en su caída á los amigos que quisieron sostenerla.

Los fieles se prosternan en torno de la madre de Jesús, que sola entre todos conserva fuerzas para expresar las crueles angustias que desgarran su alma.

—«¿Por qué deteneis así las miradas en esta corona de espinas? ¿No la habeis visto ceñir su frente y teñirse con



La corona de espinas. — (CANTO XII).

su sangre? ¡Ah! Para mí ha destinado el Eterno el más cruel de los dardos. ¿No soy la más infortunada de las madres, yo, que di á luz al más grande entre todos los profetas? ¡Ay! ¡ay de mí!»

En tanto que María exhala así su justo y acerbo dolor, otra María, la hermana de Lázaro, lucha lejos de esta piadosa reunion contra las angustias de la muerte. Ese sueño pesado y penoso, que precede al sueño eterno, pesa ya sobre sus cerrados párpados, y un sudor frio cubre sus miembros. De repente alza su atormentada cabeza, y sus extinguidos ojos buscan los de Marta. Satisfecha de encontrar á la cabecera de su lecho á esta fiel hermana, pero afligida de verla sola, gime profundamente, y de sus lábios trémulos sale esta dolorosa queja:

—«Tú estás aquí, hermana mia; pero nuestros amigos, pero Lázaro... Nathanael mismo... Pasé mi vida en medio de ellos, y me dejan morir sola...»

—«No los acuses, contesta Marta: nuestro divino maestro los ha llevado sin duda al desierto, para hacerlos testigos de algun nuevo milagro.»

—«No, no es esa mi intencion, mi querida Marta. ¿Cómo he de acusarlos, amándolos tan tiernamente? Todos los que me habeis amado, perdonadme las faltas que yo misma reconozco y las que pueda ignorar. ¡Qué cruel es para mí este momento! Mi alma se sumerge en una sombría tristeza...»

—«Desecha, hermana mia, esos pensamientos que velan tu vida, en otro tiempo tan risueña y bella.»

—«No olvides, Marta, que, durante mi peregrinacion desde la cuna al sepulcro, he padecido mucho... He conocido tambien alegrías inocentes y puras como las de los ángeles; porque he tenido amigos fieles: he visto á Jesús

sobre la Tierra, y he oído predicar su moral divina... ¡Gracias te sean dadas, ¡oh Dios mio! gracias por los males con que me has afligido y por los consuelos que me has enviado! Ve, hermana mia, ve á preparar el sepulcro que ha de recibirme, y sea el mismo que se abrió para Lázaro. ¡Oh! sí, en él quiero dormir mi último sueño.»

—«Para resucitar como nuestro hermano, cuando te llame el profeta divino.»

—«Bienaventurada Marta: ¡que esa esperanza te sostenga siempre! Parte, pues; ve á ocuparte de mi sepultura, y déjame sola con Dios. Cuando estaba sentada á los piés del divino maestro, le oí decir: «Una sola cosa es necesaria.» Hoy, como entonces, quiero elegir la mejor parte. Estar sola con Dios: he aquí lo que ahora es necesario para mí.»

—«¿Y he de abandonarte en tu última hora? ¡Oh! no, no, hermana mia.»

Vencida por los ruegos de Marta, María le permite permanecer á su lado; y sus lábios, teñidos ya con las violetas de la muerte, murmuran estas piadosas palabras:

—«No cuentes conmigo, Dios de mis padres; si sólo fueras justo, ¿qué peregrino de la Tierra podría soportar tus decretos? Envíe tu misericordia á mi roto corazon un rayo de esperanza... No me rechaces, Señor, tú que escuchaste al infortunado Job, cuando, en medio de su miseria, el temor y la duda le asaltaron de repente, y él no solicitó otra gracia sino que le volvieras la esperanza y la fé.»

Y dirigiéndose á su hermana, le pregunta con inquietud:

—«¿Crees que en este momento Jesús ore por mí? ¡Ah! él lloraba con nosotras, cuando tristes y desoladas seguíamos el cortejo de nuestro hermano... ¡Oh! me atrevo á esperarle: para mí tambien tendrá una mirada de miseri-

cordia. Dime, amada Marta, ¿crees que sea posible hallar gracia sin él delante del Eterno, que en otro tiempo dijo á Moisés: *Maldito el que falte á uno solo de mis mandamientos* (1)?

—«Si Nathanael y Lázaro estuvieran aquí, ellos te contestarian: yo solo puedo decirte que Jesús ora por tí, pobre abandonada.»

—«¡Oh! entonces no estoy abandonada, hermana mía. Si, siento que me envuelve en su proteccion divina el más grande de los profetas.»

Calla en diciendo esto, y cae en un profundo sueño.

Temiendo turbar el reposo de María, Marta retiene sus gemidos; pero sus lágrimas corren en abundancia, mientras sigue con la vista cada uno de los movimientos del rostro de su hermana, en el que se refleja la claridad moribunda de la nocturna lámpara, única compañera de sus vigiliás, que desde hace algun tiempo se prolongan hasta el día.

El piadoso viajero que, lejos de huir de las imágenes de la muerte, las acoge como un dulce consuelo, se cree feliz cuando en medio del desierto que atraviesa descubre una bóveda sepulcral. Entra en ella penetrado de santo respeto, y cuando, al lado del monumento erigido á la memoria de un bienhechor de la humanidad, ve la estatua del amigo que llora su pérdida, su alma noble y piadosa comprende que este último es el más digno de compasion; pero ruega por los dos. Así el ángel de María, en pié junto á su lecho de muerte, comprende y siente el dolor de Marta, que no puede verle ni oírle.

Los órganos de los mortales son demasiado débiles para sostener el esplendor y la magnificencia de los ángeles; y sin

(1) *Deuteron., cap. XXVII.*

embargo, este esplendor, esta magnificencia no son sino pálidas sombras ante tu omnipotencia, divino Salvador de los hombres. Dígnate escuchar mi ruego; haz que los innumerables hijos que has redimido mueran la muerte de los justos.

Cerca de María moribunda, su ángel custodio siente oscurecerse su belleza celestial bajo un sombrío velo de tristeza. Las dulces tintas de su semblante, los esplendentes rayos de sus ojos se amortiguan, y sus alas se abaten sin dar al aire esos suaves perfumes, ese ruido misterioso que anuncian la presencia de un habitante del Cielo, y que los hijos de la Tierra confunden muchas veces con las dulces emanaciones de las flores y el halagüeño soplo de las brisas de la Primavera.

El serafín se descíñe su corona de laurel y siemprevivas, y se aflige tanto más ante el sufrimiento de María, cuanto que no podrá aliviárla sino cuando lleguen á orar y á llorar por ella Lázaro, Nathanael y Lebbeo.

Lázaro, entre tanto, está en la reunion de los fieles, y habla así á la madre de Jesús:

—«La medianoche se acerca, y es preciso que te deje, infortunada María: mi hermana está moribunda, y temo que en mi ausencia se la haya enterado de la calamidad que desde lo alto del Gólgota ha venido á caer sobre Jerusalem. Si ha sobrevivido á esta desgracia, será dulce para ella ver antes de cerrar los ojos á la luz del día un discípulo del amado maestro, que la ha precedido en el sepulcro.»

Lebbeo se levanta al punto y dice:

—«Heme aquí, Lázaro; condúceme cerca de tu hermana.»

Nathanael se echa en brazos del discípulo, y le da gracias con toda la efusion de un corazón agradecido.

Antes de alejarse, Lázaro se dirige otra vez á la triste María diciéndole:

—«Madre de aquel que saludaron los ángeles en su nacimiento, y cuyo nombre no puedes oír sin derramar lágrimas de sangre, piensa que tus tormentos han sido medidos de antemano por el Señor de los Cielos, que condenó á su hijo á morir en la cruz; piensa sobre todo que, antes de morir, dijo: *En tus manos, Padre mio, encomiendo mi espíritu*. Entrégale tu también tu alma; pero vive, y... que el Señor sea contigo.»

Dice; y saliendo de la estancia, se dirige apresuradamente á Bethania (1). Enlazados de las manos, Lebbeo y Nathanael le siguen silenciosos.

Ya en casa de Lázaro, se detienen junto al lecho de la moribunda, que acaba de despertarse del pesado letargo en que habia caído.

Al ver á sus amigos, de quienes se creía abandonada, se incorpora, y exclama con la más viva alegría:

—«Gracias te doy ¡oh Dios mio! Al fin están aquí, y Lebbeo con ellos.»

—«¡Pobre María! dice Lázaro: el Dios que da la vida y la muerte ¿se ha dignado sostenerte en medio de tus angustias?»

—«¡Oh! sí, hermano mio; porque es toda misericordia, aun en los dolores con que nos aflige. ¡Ah! he sufrido cruelmente: ahora puedo morir. No tengo que decirte más que una palabra. ¿Dónde está Jesús? ¿Sabe mis padecimientos? ¿Ha orado por mí?»

Lázaro la mira con tristeza.

—«Dí, María, ¿qué piensas en estos momentos?»

(1) Lázaro y sus hermanas habitaban en Bethania.

—«¿Quieres leer en mi alma? Sábelo, pues, hermano mio: no son las crueles imágenes de la destrucción; no es la idea más cruel aun de dejaros, á vosotros á quienes tanto amo, no; es la duda, la duda es lo que atormenta mi alma... ¿Dónde está mi Dios? ¿Es mi Dios el que yo he adorado hasta aquí, el que enterró á su profeta en las entrañas del Nebo?... Dime, ¿qué sentiste, hermano mio, cuando te dormiste en el seno de la muerte, y oíste la tonante voz de ese Dios que te decía: *Maldito el que falte á uno solo de mis mandamientos* (1)? Pero si Jesús ha intercedido en mi favor, ¡oh! entonces, sostenida por la esperanza, descenderé tranquila al sombrío valle de la noche eterna. Decid: el más justo de los hombres ¿ha orado por mí?»

Todos guardan un profundo silencio.

—«¡Me ha olvidado! exclama la moribunda con desesperación. ¡Dios vengador! heme aquí. Traspase tu espada mi alma, y hágase tu voluntad.»

Lázaro levanta las manos al Cielo, y le dirige esta plegaria:

—«Tú tienes piedad de nosotros, como la mujer la tiene del hijo que llevara en su seno; y cuando la mujer es inexorable, tú á lo menos sólo eres amor y misericordia, porque tú eres el Eterno, y nos has sellado con el sello de tu divina mano.»

María se levanta haciendo un penoso esfuerzo, y pregunta con voz trémula:

(1) Klopstock ha creado esta escena para mostrar la diferencia que existe entre la ley de Moisés, que es toda amenazas y castigos, y la de Cristo, que es toda amor y esperanza. Mientras la hermana de Lázaro permanece judía, las más crueles angustias asedian su agonía; pero apenas su hermano levanta un poco el velo que oculta aun la ley nueva, cuando la moribunda, cristiana ya sin saberlo, solo siente dulces emociones, y su alma emprende el vuelo sin esfuerzo ni dolor.

—«¿Qué he de atribuirme?... ¿el anatema del Sinái ó el amor de una madre? Si es el amor ¡oh! entonces se arrojará mi alma con toda confianza en el seno del Dios, cuya misericordia es mayor que la de una madre. Y ¿quién me dirá que en efecto he hallado gracia delante de él?... ¿Ha suavizado el rigor de mi juez la plegaria del más justo de los hombres?... Gimo y me retuerzo con desesperacion llamando á mi Salvador. ¿Dónde, dónde está?

Incapaz de soportar por más tiempo las angustias de la moribunda, Nathanael exclama:

—«¡Dios de piedad! abre por fin tus oídos á sus desgarradoras quejas, y dignate hacerle adivinar tu presencia.»

Y Lázaro añade:

—«Ten paciencia y valor, hermana mia. ¡Ah! si tú supieras qué sublime ejemplo de valor y paciencia se nos ha dado en este día... Yo he resucitado, y sin embargo, quisiera poder morir contigo. Si la terrible voz de la muerte me llamara, me parecería más dulce que los solemnes cantos del templo.»

María, cuyos ojos se iluminan, mira en torno de sí con una sorpresa llena de encantos.

Al mismo tiempo exclama:

—«¡Qué júbilo, qué terror desconocido siento de repente! Hermano mío, ¿qué me has dicho? Acaba, acaba, quiero saberlo todo.»

Lázaro se vuelve hácia sus amigos y dice:

—«No debemos ocultar nunca los decretos de la Providencia, aun cuando sean terribles. Voy, pues, á revelárselo todo.»

Y dirigiéndose ahora á su hermana, añade:

—«María, el mejor de los hombres, nuestro divino

amigo, Jesús de Nazareth, la esperanza del pecador, ha muerto en una cruz con la resignacion de un ángel.»

La moribunda vuelve á caer en su lecho, y deja escapar estas entrecortadas palabras:

—«¡Muerto! ¡Muerto en la cruz!..... ¡él, nuestro maestro!... Angeles, ¡y le habeis dejado morir!... ¡Oh Dios! pues que tú lo has querido, te doy gracias por mi cruel agonía. Voy á seguirle con júbilo; quiero seguir á tu Hijo amado...»

Y su lengua se hiela, y una palidez mortal tiñe su semblante.

Lázaro pone su trémula mano en la frente de su hermana, y la inicia en la muerte con esta solemne plegaria:

—«Pronto, muy pronto, si, te dormirás en la paz del Señor. Piadosa amiga del divino muerto, vas á nacer á la vida, á la luz eterna. Mi alma está unida á la tuya, y sin embargo la veo con júbilo romper su vaso mortal y partir para la tierra de Canaan... Salvador de Israel, sé su báculo de viaje á través de los desiertos de la muerte; condúcela á las dichosas regiones en que no hay ya lágrimas, ni gemidos, ni gritos de dolor... Sol de la Tierra, extingúete para ella; último sueño, acaríciala dulcemente; lecho del sepulcro, ábrete para abrigar sus inanimados restos; destruccion con frente de bronce y brazos de hierro, recíbela en tu seno devorador. Menester es que la semilla de la eternidad se descomponga, para que granen las ricas espigas que caerán el día de la siega universal; el día en que la trompeta nos llamará á todos; el día en que la Tierra y los mares vuelvan á empezar su trabajo de génesis, más doloroso y más perfecto que el que hizo salir de la nada el Eden; el día en que los Cielos reunidos cantarán la magnificencia de la creacion acabada.»

Calla Lázaro en diciendo esto, y su hermana le mira sonriéndose dulcemente. Su ángel custodio se estremece de felicidad; el ruido de sus alas murmura á través del aire, como el soplo embalsamado de una brisa matutinal, y sus dedos, agitados por una viva emoción, se deslizan ligeramente por las brillantes cuerdas de su arpa.

Sus celestiales acordes hieren los oídos de la moribunda, quien, incorporándose un poco, dirige al Cielo los ojos, y escucha con santo éxtasis.

Nathanael y Lázaro la sostienen; el serafín canta, y el alma de María, que no pertenece ya á la Tierra, goza en fin esa paz beatífica, que no conocerá nunca ninguna criatura humana durante su destierro en este valle de lágrimas, aun cuando haya oído ya, como Lázaro, el himno de muerte en torno de su féretro, y sentido estremecerse el débil abeto bajo los primeros puñados de tierra destinados á ocultarlo para siempre á la vista de los vivientes.

Los acordes del arpa celestial se hacen cada vez más imponentes; y el ángel, sostenido por esa poderosa inspiración ante la cual los montes se derrumban y se abisman los mundos, pronuncia por fin estas palabras:

—«Santo, tres veces santo es aquel que dejó correr su sangre sobre el Gólgota hasta borrar todos los pecados del mundo.»

Demasiado débil para soportar el arrobamiento que le causa la voz del serafín, el alma de María se separa en fin de su vaso de tierra...

Lázaro se prosterna cerca de la muerta, estrecha entre las suyas sus heladas manos, enjuga las lágrimas que á su pesar corren por sus mejillas, y pronuncia con firme voz esta fervorosa plegaria:

—«Gloria, gloria á tí, que la arrojaste á esta vida de

pruebas, y te has dignado en fin llamarla á su patria celestial. Hermana querida, tu alma se ha salvado, y tu cuerpo no perecerá. El último día del tiempo, el primer día de la eterna primavera, se adornará con nueva belleza la flor que la tempestad haya roto..... Llevad este cuerpo, formado de santo polvo, á confundirse con el polvo de la tierra... No, quiero contemplar aun á mi piadosa hermana: el rayo de la muerte ha caído sobre ella; la trompeta del juicio la despertará... Los siglos pasarán sobre los siglos, y madurarán los gérmenes de otros siglos, que pasarán á su vez, antes que se haga oír el metal sonoro... Todo es maravilloso en los juicios del Eterno: cuanto más procura seguirlos mi pensamiento, tanto más se abisma y extravía. Un solo rayo pálido, pero dulce, anuncia que el día sucederá á la noche. Para tí ¡oh María! el alba matutinal brilla ya en todo su esplendor... Si puedes oírme aun, escúchame; porque imploro la misericordia de nuestro divino Maestro, que ha bajado al sepulcro delante de tí; y le suplico que te bendiga como yo te bendigo.»

El Salvador ha oído esta plegaria, y envía su bendición á la hermana de Lázaro. Mientras que su cuerpo se prepara á la inmortalidad bajo la influencia del hálito divino que le llega, su alma dirige con celestial satisfacción la última mirada á sus fríos despojos, porque comprende que ha sido libertada para siempre de los males de la Tierra.

A medida que esta alma tan bella y tan dulce se eleva á su patria celestial, sus sensaciones se depuran, su pensamiento viene á ser un himno de júbilo y gratitud, y dirige á la muerte su primera acción de gracias.

—«¡Oh muerte, tan terrible en la Tierra! ¿qué eres, pues? Un dulce y breve sueño, un paso misterioso á las inefables delicias de los Cielos... ¡Y estas delicias son ya para mí!

¡Primogénitos de la luz, sublimes serafines, ¡oh! decidme que mi arrobamiento no es un sueño engañoso, que es una realidad eterna! Olvido de lo pasado, ven á poner el colmo á mi ventura... Pero ¿qué digo? No, no quiero olvidar nada: comparando con los sufrimientos de la Tierra las beatitudes del Cielo, se aumenta mas su deleite.... Esta fuente de felicidades os falta á vosotros, hijos eternos del Señor de los Cielos: no podeis oponer los goces de los bienaventurados á los tormentos de los pecadores, vosotros que nunca habeis pecado; ni conoceis tampoco las amargas lágrimas que ha derramado sobre la Tierra el Dios de amor y de misericordia... Presentimiento profético, tú me digiste más de una vez, que un día daría yo gracias al Eterno por los males que acumuló sobre mi cabeza. Ya estás cumplido ¡oh presentimiento! Cada uno de mis días me trajo una noche oscura; después vino la más oscura de todas, la noche de la muerte. Pasó, pasó la noche oscurísima, y ha amanecido el día de la vida eterna... Sueño que comenzaste con los primeros lloros del nacimiento y te has desvanecido con el último suspiro de la agonía, ya has terminado, y héme aquí despierta en la vida eterna. Cuando la inmortalidad comience para el polvo, me despertaré segunda vez. Si, todos resucitaremos, como resucitará el Salvador del mundo muerto en la cruz.»

Y brillante como una nube matutinal, ligera como el aire, rápida como el viento, María se eleva cada vez más á lo infinito.

A medida que se acerca al trono del Eterno, oye el rumor de los errantes mundos y las voces de los ángeles que cantan en los Cielos.

Absorto en graves y solemnes pensamientos, Lázaro vuelve á la morada de Juan, donde los amigos de Cristo

lloran y ruegan, prosternados en torno de la corona de espinas, que María ha cubierto con un luctuoso velo.

En el momento de pasar Lázaro el umbral, uno de los Setenta lo coje del brazo, entra con él, y paseando su resplandeciente mirada sobre los circunstantes, exclama con piadosa exaltacion:

—«Sabad, en fin, cuán maravillosas son las miras de la Providencia... Lo que voy á deciros no lo he oido referir, sino que lo he visto por mis propios ojos. El Eterno recompensa ya á su gran profeta. ¿Por qué está la corona de espinas cubierta con un sombrío velo? Descubridla; quiero ver la sangre que tiñe esos abrojos, sangre que debe brillar con un esplendor divino, pues Dios ha hecho por Él más de lo que tú, su madre, hubieras llegado á pedir ó desear. Alza la cabeza, María; sal del abismo en que el dolor te hunde... Escúchame. Cuando Jesús murió, se estremeció la Tierra con pavoroso temblor, y una densa oscuridad desplegó sus negras alas sobre el mundo: tú misma participaste de los terrores que este trastorno de la naturaleza trajo á nuestras almas. Pero mayores maravillas han venido á dar testimonio en favor de tu divino hijo. Bajo el pórtico del templo, la llama del sacrificio se ha encendido por sí misma, y los sacerdotes que, en su espanto, ante la oscuridad que envolvía á Jerusalem, habian buscado un refugio al pié de los altares, vuelven los ojos al santuario, y ven entonces que el velo que cubre el misterio sagrado se rasga de alto á bajo. Sobrecogidos de terror, caen en tierra ocultando el rostro, y huyen después pálidos y desgrenados, como sombras que huyeran de sus sepulcros. Ya lo veis, el Eterno no se ha limitado á conmover las entrañas de los montes, ni á cubrir la Tierra de tinieblas: para santificar la muerte de su escogido, ha descubierto su santuario.»

Los fieles guardan silencio: en el exceso de su dolor, la maravillosa narración que acaban de oír los asombra más que los consuela: así el viajero que se siente poseído de vértigos al bajar la rápida pendiente de un monte, no puede distinguir la belleza y encanto del delicioso valle á que se acerca sin saberlo.

Lázaro ve con dolor la desesperación que aflige aun á sus amigos.

— ¡Ah! exclama: pues que los brillantes testimonios del Eterno en favor del divino muerto no pueden consolaros, acaso halleis algún alivio á vuestros males en la certeza de que una de vuestras amigas ha dejado de padecer... Sí, mi hermana, á quien amábais todos, la jóven que tan ávidamente escuchaba las lecciones del Maestro ha ido á buscarle á la patria celestial. ¡Que la idea de que ya no sufre en este valle de miserias sea para vosotros una fresca sombra contra el calor del día, un punto de apoyo contra el soplo impetuoso de la tempestad! »

Magdalena se levanta presurosa, y fija sus ojos llenos de lágrimas en el pálido semblante de Lázaro.

— «Tus palabras, dice, parecen venir del mundo de los ángeles. Tu hermana, tu piadosa hermana ¿ha ido á reunirse con Jesús? ¿No tienes ya de esas palabras que parecen venir del mundo de los ángeles? Antes de elevarse al Cielo, ¿no ha dicho que muy en breve la seguiremos nosotros? Tú mismo, Lázaro, tú que ya descendiste entre los muertos, ¿no has aprendido en su lúgubre mansión que los amigos de Jesús no sobrevivirían á su maestro?... Di: ¿nos es permitido esperar que nos llame pronto á sí?... ¡No contestas! Madre del Hombre divino, pues que es preciso que le sobrevivamos, roguemos al Eterno que nos haga presenciar los castigos que reserva á los asesinos de su hijo. ¡Que el brazo

de hierro de los terrores infernales los torture á nuestra vista, y que estemos presentes cuando les haga beber hasta las heces el cáliz de la más terrible venganza!»

Mientras los fieles se abandonan así á su dolor, la medianoche despliega sobre la Tierra su vago espanto y sus negras visiones. Antes el Mesías oraba con ellos durante esta hora misteriosa, y les parecía brillante y bella como una mañana de Primavera: ahora la voz de su divino amigo no hiere ya sus oídos; el lugar que ocupaba en medio de ellos está vacío, y un profundo desconsuelo hiela sus corazones.

Los serafines que asisten á esta piadosa reunión no tienen ya necesidad de velarse para hacerse invisibles: el dolor de los fieles los ha afligido tan vivamente, que su esplendor celestial se ha oscurecido.

Selith, el ángel custodio de Maria, se inclina hácia Salem, protector de Juan, y con voz solo inteligible para los inmortales, le dice:

— «Estos piadosos amigos del Mesías marchan hácia un fin sublime; nosotros lo sabemos, y sufrimos sin embargo casi tanto como ellos.»

— «No, hermano mio: nosotros no podríamos sentir lo que ellos sienten; y si, iluminándolos repentinamente con un rayo celestial, pudiéramos descubrirles el porvenir que les aguarda, no verían en él más que una bella ilusión. En el sombrío laberinto por que marchan sin guía ni esperanza, solo el dolor les parece posible y verdadero.»

Y Salem contesta:

— «Me siento sobrecogido de vértigos ante los abismos que rodean su camino.»

— «Y yo, hermano mio, yo hallo una felicidad inefable en sondear esos abismos del pensamiento... La piedad te extravía; sufres en este momento como sufren los mortales, y

como ellos olvidas que la justicia suprema purifica á sus hijos por medio del dolor. Estos no podrian apagar su sed con nosotros en las ondas del rio de la vida eterna el gran dia del juicio universal, sin haber bebido antes en el cáliz amargo de la vida.»

—«Perdona, querido Selith, si las angustias de una madre me han hecho olvidar por un instante mi naturaleza divina: piensa que esta madre es la del Mesías, y que ha visto á su hijo morir en la cruz. Si un sueño benéfico pudiera cerrar sus ojos, yo fortalecería su alma con una vision consoladora; pero ¡ay! el reposo no descenderá sobre ella: es preciso que sufra y vele hasta que la muerte le traiga consuelos celestiales.»

El sueño que huye de la madre de Jesús extiende su diáfano velo sobre los ojos de Juan. Salem le cubre con sus alas, y el corazón del discípulo se abre á las visiones proféticas.

Parécele á Juan que anda, ó más bien que vuela sobre la cima del Líbano. Entre el misterioso murmurio de los cedros, la mañana, la más bella mañana de cuantas hasta ahora ha visto nacer, ostenta sus galas de púrpura con franjas de oro sobre los floridos bosques; y el rumor de los Cielos, semejante al salterio de los profetas, hace vibrar dulcemente el aire impregnado de suavísimos perfumes, y los acordes de un arpa armoniosa acompañan estas palabras, que una voz celestial hace sonar á su oído:

«El divino hijo de la más tierna de las madres enjugará las lágrimas que sus piadosos amigos derraman por él.»

A pesar del encanto que le fascina, el discípulo siente que el dia de los consuelos no ha llegado todavía, y suspira y gime en medio de las dulzuras del sueño que le conduce más y más adelante en el bosque del Líbano.

De repente ve unos hombres de feroz aspecto, que der-

riban el más bello de los cedros. El Líbano se estremece al ruido de su caída; el hacha sacrilega corta el árbol real, que toma la forma de una cruz.

Esta cruz se endereza y esparce al rededor sombras gigantes y terribles; pero casi al mismo tiempo se cubre de floridas palmas.

A su vista, el discípulo se cree transportado desde el bosque del Líbano á los bosques del Eden. Los Cielos se entrebren por encima de su cabeza; los cantos de los coros celestiales llegan hasta él; su corazón late con fuerza, y una felicidad desconocida inunda todo su sér.

## CANTO XIII.

Gabriel reúne á los ángeles y á los resucitados en torno del sepulcro de Cristo para esperar su resurreccion. — Dudas del oficial romano que guarda el sepulcro. — El alma de la hermana de Lazaro viene á confundirse entre los inmortales. — Obaddon hace salir del mar Muerto á Satanás y á Adramelech, y les deja la elección de volver á los Infernos ó ir cerca del sepulcro de Cristo. — El Mesías se despierta del seno de la muerte; los ángeles y los resucitados le saludan con cantos de triunfo, y muchos bienaventurados descienden de las nubes para glorificar al Salvador del mundo. — El alma de un pagano que acaba de morir es conducida ante Cristo, y por él juzgada. — Gabriel manda á Satanás volver á los Infernos. — El oficial y los soldados romanos van á dar cuenta al sanbedrin de lo que ha pasado mientras custodiaban el sepulcro de Jesús. — Suicidio de Filon el fariseo; Obaddon precipita su alma en la Gehenna.

Reunidos todavía en el valle en que se durmieron con el sueño de la muerte, los patriarcas gozan las inefables alegrías de su reciente resurreccion. Los ángeles vuelan al rededor de la Tierra, y bendicen la especie humana, que acaba de reconciliarse con su Creador por la eficacia del gran sacrificio de la redencion. Pero dolorosas emociones se mezclan á sus alegrías, y con frecuencia agitan sus purpúreas alas, oscurecidas por las exhalaciones de la Tierra, como el viajero sacude el polvo que se adhiere á sus piés.

Gabriel está en pié junto al sepulcro de Cristo, y Elohá permanece en igual actitud en uno de los soles que dan vuelta á los Cielos.

De repente Gabriel se lanza al espacio buscando el signo de la resurreccion. Sus ojos se fijan con jubilosa esperanza en el más grande de los Oriones, y el astro brilla con esplendor más vivo, derramando sus rayos torrentes de luz.

El serafin vuelve á bajar á la Tierra, se cierne sobre el valle de Mambré, y con voz terrible como la voz de la tempestad cuando derriba bosques y ciudades, exclama:

—«¡Seguidme todos, seguidme al más santo de los sepulcros!»

Y los ángeles y los patriarcas rodean el sepulcro del Dios muerto por la salvacion de los hijos de Adam.

Gabriel se sienta en este sepulcro. El ángel de la muerte, el mismo que Jehová envió al Mesías, se adelanta temblando, se echa en brazos del serafin, y dice:

—«¡Ay, celestial hermano mio! ¡Para mí solo es siempre de noche; para mí solo esta tierra santificada tiembla y gime todavía! Desde que existen los mundos y sus habitantes, ejecuto con valor y resignacion las órdenes que se digna darme el Eterno; pero la última víctima que me mandó inmolar ha agotado mis fuerzas. Reanimame, divino Salvador, que vas á salir del sepulcro donde te he hecho descender, para ir á sentarte á la diestra de tu Padre.»

Dice, y silencioso y sombrío se apoya en la más negra piedra del sepulcro.

Los ángeles y los patriarcas hablan de la próxima resurreccion del Mesías.

—«¿Se despertará con el Sol? pregunta uno de los patriarcas. ¿Embellecerá las galas primaverales de la Tierra con un reflejo de su magnificencia, ó debe quedar el mundo adormecido mientras el Salvador salga de las sombras

de la muerte? Cuando se eleve por encima de su sepulcro, ¿lo reducirá á imperceptibles átomos que el aire arremoline y disperse? Esa negra roca que se redondea sobre su sepulcro, ¿se elevará á las nubes, cuando el vencedor de la muerte levante la cabeza por encima del polvo que le cubre? ¿Podremos nosotros mirar sin deslumbrarnos el vivo esplendor de su gloria?... ¡Oh! mi débil corazón apenas puede contener las dulces inquietudes, las inefables esperanzas que lo inundan.»

Abraham hace oír á su vez este canto de triunfo y de felicidad:

—«Yo veré al vencedor de la muerte, al Dios que se ha inmolido por salvar al género humano; le veré salir del sepulcro y entrar triunfante en la vida eterna.»

Dice; y la Luna, que se habia velado con espesas nubes, reaparece brillante y pura; pero esas sombrías nubes que flotan en los aires, vuelven muy luego á agruparse en torno de la reina de la noche, interceptando de nuevo sus rayos dulces y benéficos.

En este momento, algunos peregrinos, venidos á Jerusalem con sus mujeres y sus hijos para asistir á las fiestas de Pascua, pasan no lejos del Gólgota; el deseo de hallar pronto sus hogares acelera sus pasos, por lo cual avanzan descuidados y alegres. Al salvar el círculo que los inmortales forman en torno del sepulcro, los sobrecoge un santo terror, y huyen espantados sin saber qué temen ni qué peligro quieren evitar.

En esta fuga súbita, un niño se encuentra abandonado; grita y llama, pero no pueden oírlo ya sus padres. Un ángel le tiende la mano, lo guía cerca de su madre y desaparece en medio de las sombras de la noche.

Cuando este ángel protector vuelve á ocupar su puesto

cerca de David, el piadoso rey le acoge con una sonrisa de gratitud y le dice:

—«Aquel cuya resurrección esperamos hará por todos los pueblos de la Tierra lo que acabas tú de hacer con ese niño... ¡Resurrección! palabra sublime, que jamás comprenderéis vosotros, serafines, espíritus puros, á quienes no puede llegar la destrucción; pero la comprende el Hijo del Eterno, que se condenó á morir como un hijo de la Tierra. Pronto, sí, muy pronto resucitará.»

Dice, y se echa en brazos de Asaph (1), fijando sus brillantes ojos en el sepulcro de Cristo, á la manera que un mortal virtuoso mira fijamente al Cielo, cuando sus piadosas meditaciones le recuerdan los beneficios del Salvador.

El semblante del profeta-rey brilla con esplendor más vivo; sus ojos lanzan fulguraciones divinas, y su voz, sostenida por los acordes de su lira, canta este salmo profético:

«Tú que revelarás al mundo el porvenir que le espera; tú, autor futuro del Apocalipsis: un día en las playas de Pátmos verás en lo alto de los Cielos un cordero cubierto de heridas resplandecientes, y al rededor de este cordero legiones de pecadores redimidos con su sangre, llevando en la frente el nombre del Padre, y teniendo en sus brazos poderosas arpas para sostener los cantos de sus himnos á la gloria del Hijo (2). Así le hemos visto al expirar en la cruz. ¡Ah! ¡Todavía duermes, cuerpo del Increado! Serafines, aun no érais vosotros, cuando su pensamiento, sondeando los abismos del porvenir, derramó sobre la forma primitiva de la creación el reflejo de su sacrificio. Los mortales dormirán el sueño de la muerte, como él mismo lo ha dormido: des-

(1) Cantor de David y gran músico. Asaph fué el primero á quien David confió uno de sus salmos para cantarlo en el tabernáculo.

(2) Imitación del cap. XXII del *Apocalipsis*.

pués todos despertarán. Esta luz celestial fué durante mucho tiempo un crepúsculo dudoso; el día ha llegado al fin. Vosotros todos, testigos de su muerte, referídsela á todos los valles del Cielo, á todas las moradas de la Tierra, á todos los abismos de los Infiernos, á fin de que los Infiernos se estremezcan y se hundan más y más en sus horrorosas profundidades.

«El hombre Dios, continúa diciendo el Real profeta, va á levantarse del polvo del sepulcro, y á mostrarse en toda su magnificencia. Llegad, vosotros que fuisteis sus testigos sobre la Tierra: apresuraos; que ya se abren las mansiones de la paz eterna, y se inclinan, llamándoos, las palmas celestiales. En breve correrá vuestra sangre; en breve estará cumplida vuestra misión gloriosa. Sangre de los mártires, no pidais venganza como en otro tiempo la sangre de Abel; no pidas más que coronas inmortales. Preparadas están estas coronas, y os esperan, á tí, Estéban, y á tí, Santiago. Apenas comienza la aurora de la salvación, y ya triunfais.»

Así canta David.

Pero el exceso de su alegría detiene el vuelo de su santa inspiración, y calla como su arpa divina.

José eleva á su vez la voz, é inclinándose á Benjamín, el más querido de sus hermanos, lo cubre con la palma que tiene en su mano derecha, y dice:

—«Una inefable alegría penetra mi corazón, cuando el pensamiento me recuerda la hora dichosa en que el Eterno me permitió al fin deciros á todos: *¡Yo soy José! ¿Vive mi padre aun? ¿Qué sentiré cuando rasgues el sombrío velo de la muerte, tú, hermano divino de tantos desgraciados redimidos con tu sangre? Muéstrate en todo el esplendor de tu magnificencia. Nosotros no te hemos desconocido en tu*

abatimiento voluntario; pero tú tendrás piedad aun de los que no te llamen porque no te conozcan; tú darás alas al dichoso día que debe revelarte á toda la Tierra. Ve el que ha creado los ojos, oye el que ha creado los oídos: ¿podría no ser todo indulgencia y misericordia el que ha creado el corazón? Él reunirá á todos los pueblos bajo la santa bandera de la redención. Abraham, Isaac, y tú, Jacob: entre esa jubilosa cohorte, buscáis en vano con la vista vuestra futura raza, en otro tiempo la escogida del Señor.... Retened vuestras quejas y gemidos; esperad... la hora en que podreis conducir á todos vuestros hijos á los pies de la víctima del Gólgota, es un misterio hasta para los inmortales; pero vendrá, vendrá esa hora suspirada, y entonces el porvenir de los pueblos se habrá cumplido. El Salvador dirá: «Reconocedme: yo soy Jesús.» Y les ceñirá á todos la blanca vestidura de la inocencia, señalada con la sangre de la redención. Y los mensajeros del Cielo volarán de estrella en estrella para anunciarles el astro esplendoroso que se elevará en fin por encima de los desiertos del Empíreo. Los Cielos se prosternarán ante su Señor, y los cantos de gloria y de gratitud celebrarán la bondad infinita del Salvador.»

Dice; y las arpas y salterios que acompañaban su voz unen sus acordes á los demás cantos.

Pero estas celestiales armonías, ora impetuosas y terribles como los bramidos del mar, ora dulces y halagüeñas como el murmullo de un arroyo, solo son oídas por los inmortales. Los himnos de los Cielos no son como los de la Tierra, fantásticos hijos de una inspiración pasajera, sino hijos inmortales de la animación primitiva y de la intuición divina, que refieren el pensamiento de la criatura al pensamiento de su Creador. Si un simple mortal pudiera oír

semejantes cantos, no sería sino en el momento en que su alma abandona la Tierra para volar á su patria celestial.

El divino muerto duerme todavía, y los ángeles y los resucitados continúan sus cantos, porque su felicidad no ha alcanzado aun ese grado en que no puede ya manifestarse más que por medio de lágrimas y de un mudo éxtasis.

Una brillante nube desciende lentamente hácia el monte de las Olivas, trayendo al profeta Ezequiel, cuya voz severa y poderosa cautiva la atención de los inmortales.

«En otro tiempo ví en torno de mí descarnados huesos, y el Señor me mandó gritarles: ¡Muertos! ¡escuchad la voz del Eterno!—Obedecí al mandato, y un rumor misterioso estremeció la tierra, y los huesos se reunieron, y los vientos soplaron la vida en sus resucitados cuerpos. Terrible y sublime es el recuerdo de aquel momento; pero aun lo es más el de mi reciente resurrección. ¡Gloria á tí, divino Salvador, que me has despertado, aunque tú duermes aun! Tus huesos no se secarán; tu Padre ha querido que mueras, pero no abandonará á su hijo á la destrucción. La mies que se prepara será más grande que aquella de que fui testigo; más grande que la que madura para el día en que suene la trompeta terrible. La mies que se prepara no dará más que una espiga, pero superará en riqueza á las innumerables gabillas de la gran cosecha. Si esta espiga única no llegara á su madurez, el metal sonoro no daría nunca la señal de la recolección universal. ¡Salud y gloria á tí, celestial espiga! los Cielos se abrigarán á tu sombra: sólo la muerte no hallará lugar á tu lado, pues desaparecerá en la nada, y tú restablecerás el imperio de tu Padre, á fin de que Dios sea todo y en todo.»

— Así canta Ezequiel, y los ángeles y los resucitados repiten en coro:

«¡Que Dios sea todo y en todo!»

El hijo de Amós sale del círculo luminoso de los inmortales, desciende al Gólgota, y se detiene al pié de la cruz. Daniel le sigue de cerca, y los dos profetas se miran, se adivinan, agitan las cuerdas de sus salterios, y canta Isaías el primero:

—«Aquí cargó con todos nuestros males, aquí soportó nuestros dolores todos, y los hombres ciegos creían que expiaba sus propias culpas.»

Daniel contesta:

—«¡Por nosotros ha padecido, por nosotros ha muerto! Por darnos la paz y la ventura se ha entregado á la muerte: su divino sacrificio está consumado. Hé ahí cómo nacen los súbditos de su reino, innumerables como las gotas del rocío matutinal. Va á despertarse á la vida nueva, y esta nueva vida será una eternidad bienaventurada. Su sabiduría se derramará por todo el Universo, para iluminar á los hijos de la Tierra, y hacerlos dignos de heredar la magnificencia de su Salvador; porque el Salvador ha borrado los pecados del mundo.»

Isaías añade:

—«Ha guardado silencio mientras sus verdugos lo atormentaban; el Cordero sin mancha ha guardado silencio mientras lo arrastraban al suplicio. Ha muerto con la muerte de los criminales, porque llevaba todos los pecados de la raza de Adam: la más horrible de las agonías ha desgarrado su alma. Pero va á despertar y recoger el premio de su sacrificio. La justicia eterna ha sellado para siempre la ruta de transgresión á la ley divina: el pecado ha sido remitido; la salvación acaba de nacer. ¡Gloria al Hombre-Dios, que ha consumado esta grande obra! Ha sido ungido por su Padre en lo alto del Gólgota: sí, el divino Muerto del Gólgota es el Ungido del Señor.»

Y semejante al murmullo de la brisa celestial cuando pasa por el follaje del árbol de la vida, la voz de los inmortales repite á coro :

«Ha sido ungido por su Padre en lo alto del Gólgota: sí, el divino Muerto del Gólgota es el Ungido del Señor.»

La guardia romana que velaba cerca del sepulcro acaba de ser relevada: la que la reemplaza está mandada por Eneo, oficial que ha visto morir á Jesús y sentido temblar la Tierra bajo sus piés en tan supremo momento.

Los soldados miran con una atencion mezclada de temor la piedra sellada en la roca, donde yace la victima inmóvil en la cruz.

Poseido de una vaga inquietud y de dudas afflictivas, se pasea no lejos de ellos pensativo el oficial romano. La soledad, el silencio, los efectos fantásticos de la Luna, que ya se vela de nubes, ya inunda la comarca con sus misteriosas claridades, todo lo que le rodea parece querer ponerse en armonía con su pensamiento, que un poder irresistible hunde más y más en un laberinto sin salida.

—«¿Era hijo de un Dios? se pregunta. Y ¿de qué Dios?... ¿Del de Israel?..... Este pueblo, cuya conquista nos ha sido tan fácil, ¿merece conocer al verdadero Dios? ¡Cuán pequeño, vil y despreciable es por sí mismo este pueblo de esclavos! pero ¡cuán grande por el Dios á quien llama Jehová! ¿Y quién me responde de que sean verdaderos los milagros atribuidos á ese Jehová? Dudo de ellos; mas entonces ¿por qué no dudar de las maravillosas aventuras de Júpiter?... Sin embargo, si el Nazareno es, en efecto, el hijo del gran Jehová, ¿cómo ha podido morir? Y si solo es un simple mortal, ¿qué Dios le ha dado tanta virtud, tanta fuerza sobrenatural?»

Un esclavo de la casa de Pilato viene á interrumpir estas reflexiones.

—«Valiente Eneo, le dice á media voz: la noble Porcia me envía á preguntarte si todo está tranquilo junto á este sepulcro; si no se acerca nadie al Muerto divino.»

El oficial contesta :

—«Ve á decir á tu ilustre señora, que todo está tranquilo al rededor de este sepulcro, y que nadie se acerca al Muerto divino. Añade, que mi espíritu se halla en una agitacion cruel, porque me pregunto sin cesár si resucitará, ó si duerme para siempre. Vé y tranquiliza á la ilustre Porcia: ella tambien, lo sé, espera con ansiedad el desenlace del misterioso destino del más virtuoso de los hombres.»

El esclavo se aleja, y Eneo se acusa de no haber dado á Jesús el título que su pensamiento le da.

—«No, dice, no es sólo el más virtuoso de los hombres; es más, es el hijo del más grande de los dioses..... ¿Qué he dicho? Reniego de Júpiter, declarándolo inferior á Jehová, á quien no conozco... ¡Oh! sí, le conozco; todo lo que de él se dice es verdad. Si los hijos de Israel, vencidos tantas veces, hubieran adorado á Júpiter, la imagen de este dios y su impotente rayo habrían caído en ruinas, como cayó en otro tiempo la imagen de Dagon (1)... ¿A dónde me lleva el pensamiento? ¿Qué poder irresistible me impele á sacrificar los dioses de mis padres á ese terrible Dios desconocido? ¡Oh Júpiter! si tú eres más que él, aniquilame; yo te lo ruego por las negras ondas del rio cuyo nombre pronuncias para sellar tus juramentos... ¡Tu rayo permanece quieto!..... Jehová, dignate revelarte á un desgraciado, que te busca y llama. ¡Ah! ¡que no haya sido yo testigo de los mi-

(1) Dios de Azot, en el pais de los filisteos. Cuando los filisteos llevaron el arca santa al templo de Dagon, hallaron al dia siguiente el idolo con la cara contra el suelo. Habiéndose repetido el milagro muchas veces, hubieron de devolver el arca al pueblo de Israel.—*Samuel, lib. I, cap. V.*

lagros de Jesús! ¡Que no le haya oído yo, cuando hablaba de los hombres, de Dios y de sí mismo! ¿Iré á preguntar á sus discípulos? Su condicion es oscura, su espíritu sencillo y limitado... y la sencillez no es más digna de fe que esa sabiduría orgullosa que se extravía muchas veces en las sombras de una ciencia engañadora... Jesús ha muerto; yo no podré ya verle ni oírle aquí abajo... lo encontraré en una vida mejor. ¿Hay efectivamente otra vida? ¿Y será mejor para mí?... Pues que él ha padecido tanto, siendo inocente y puro, ¿qué no habrán de padecer los que hayan sido culpables?..... Me pierdo en estos sombríos pensamientos. Cuando él gemía aun en la cruz, hubiera podido preguntarle. Ya está mudo para siempre... Ha prometido á los suyos resucitar; sus mismos enemigos lo creen, puesto que nos hacen guardar su sepulcro. Y si no resucita, ¿quién aclarará mis dudas? ¿quién me enseñará la verdad?... El porvenir no es ya para mí sino una noche sin estrellas. ¡Ah! ¿Por qué las rápidas flechas y las agudas lanzás, que tantas veces he arrostrado en medio de las batallas, me han respetado hasta ahora? ¡Inmortal Bruto! cuando te viste obligado á reconocer que la virtud no encontraba más que odio y persecucion, asiste tu vengadora espada..... Yo he visto inmolar al más virtuoso de los hombres, y permanezco inactivo. No, no es el temor de la muerte lo que me contiene; que la he arrostrado muchas veces marchando á su encuentro bajo las alas amenazadoras de nuestras águilas... Ardo en deseos de vengar á Jesús, y un poder misterioso me impide realizar este deseo. ¿Me ocultará mi vacilacion un nécio amor á la vida? ¡Ah! si fuera así, ¡con qué alegría moriría por tí, noble víctima del Gólgota!»

Así se agita y atormenta Eneo por buscar la Divinidad; pero la busca en vano, porque la dulce estrella que alum-

bra los senderos de la verdadera sabiduría no ha salido aun para él.

Después de haber hecho pasar el alma de la hermana de Lázaro por los sombríos valles que conducen á la vida eterna, su ángel custodio la introduce en la augusta congregacion de los resucitados.

Benoni es el primero que ve á su nueva hermana; y con voz dulce, como un canto de amor que se pierde entre las nubes de la tarde, le dice:

—«¡Infortunada María, tú no le has visto morir! ¡Bienaventurada María, le verás resucitar! Toma este salterio, y canta con nosotros la gloria del Eterno.»

Y la hermana de Lázaro contesta:

—«¿Me es permitido, en efecto, unir mis débiles acentos á los de los inmortales, cuyas frentes augustas veo adornadas de espléndidas coronas?»

—«Sí, María: repite conmigo este himno, que Ezequiel acaba de enseñarme:

«La miés que se prepara será más grande que aquella de que fuí testigo; más grande que la que madura para el dia en que suene la trompeta terrible. La miés que se prepara no ofrecerá más que una espiga; pero superará en riqueza á las innumerables gabillas de la gran cosecha. Si esta espiga única no llegara á su madurez, el metal sonoro no daría nunca la señal de la recoleccion universal. ¡Salud y gloria á tí, celestial espiga! Los Cielos se abrigarán bajo tu sombra: sólo la muerte no hallará lugar á tu lado, desapareciendo en la nada; y tú restablecerás el imperio de tu padre, á fin de que Dios sea todo y en todo.»

Y María contesta con voz trémula de felicidad:

—«¡Ah! ¿Cómo expresar, Benoni, las inefables venturas que arrebatan mi alma? El que da la vida y la muerte ha

derramado sobre mí la copa de su misericordia, y me ha permitido asistir á su resurreccion en medio de vosotros, sus escogidos. Hermanos de Jesús, hermanos amados míos, que me acogéis con amor, decid: ¿quién de nosotros hubiera osado esperar las indecibles alegrías que gozamos? Distribuidor infatigable de los tesoros del Cielo, tú no te limitas á inundarnos de beatitud, sino que la haces eterna. ¡Sí, nuestra felicidad es eterna! Pensamiento embriagador, aun no puedo abrazarte en toda tu extension. Distribuidor infatigable de los tesoros del Cielo, tus hijos se pierden en el esplendor de tu eternidad, y se encorvan bajo el peso de tus beneficios. Pero así lo quisiste desde antes que naciera yo, hija de la Tierra; así lo quisiste desde antes que salieran de la nada los Cielos y los mundos, hijos inmortales de tu pensamiento. Todo lo que existe, por tí se mueve y se eleva de grado en grado. Cada una de las criaturas tiene su escala, que le ayuda á subir, á través de los aeones, de beatitud en beatitud, siempre, siempre más arriba, hasta el pié de tu trono, distribuidor infatigable de los tesoros del Cielo.»

Así canta la hermana de Lázaro, y los inmortales contestan á coro:

—«Padre de los seres, principio de amor, la noche de la nada se tragará los mundos y velará los Cielos antes que se agote el río de tu misericordia. Este río divino nace al pié de tu trono, y es inmenso como lo infinito; sus ondas surcan las regiones de la noche y las del día, braman y se precipitan á través de la creacion, de mundo en mundo, de estrella en estrella, y los Cielos escuchan sus rumores, que repiten los cantos de los bienaventurados; y los habitantes de los mundos escuchan su murmullo, que predice la redencion, y todos van á beber la salud eterna en sus ondas

inagotables. Hombres ya redimidos, hermanos del divino Muerto, apresuraos, venid á apagar vuestra sed en el río de la salvacion. Vuestro paso es vacilante; pero ¿qué importa? Sostenidos estais por un poderoso guia, el más poderoso de todos, aunque su corazon se haya roto, cuando sus lábios pronunciaron esta palabra sublime: *¡Todo está consumado!* Ahora dormita en el sepulcro, semejante al activo operario que, después de un largo día de penoso trabajo, se duerme con el último crepúsculo. Si; el león de Judá se ha dormido á la sombra del cedro. Infierno, si no te hubieras embriagado en el cáliz de las venganzas celestiales, quedarías mudo para no despertar al divino Durmiente. Pero él se despertará, y se levantará bajo la sombra del cedro, y se elevará hasta la diestra de su Padre, y os pisará á su paso, príncipes infernales. Al paso del león vengador, al paso del cordero irritado, los desiertos quedarán más áridos, y los abismos se hundirán más en la noche eterna.»

Así hacen los inmortales presentir á los Infiernos los castigos que les esperan.

Este canto misterioso es para Obbadon una señal que le obliga á abandonar el sepulcro de Jesús.

El Angel exterminador ha vuelto á levantar su lúgubre vuelo: diríjese al mar Muerto, descendiendo á sus desoladas orillas, se envuelve en una nube nocturna, y llama con su voz poderosa á Satanás y á Adramelech.

A estos nombres malditos, se estremecen las negras ondas, se arremolinan y sublevan. Una ola inmensa rueda lentamente hasta la playa erizada de rocas, deja en ella á los dos príncipes de las tinieblas, y retrocede al punto como espantada de lo que deja en tierra.

El Angel exterminador repele la nube en que se había

envuelto, y esta nube se extiende por el mar Muerto, invade lentamente las rocas de la playa, y va á posarse sobre la cima más negra y escarpada.

Satanás reúne sus fuerzas, y con amarga ironía dice al Angel exterminador:

—«Esclavo bienaventurado, pues eres casi tan poderoso como tu Señor: esclavo, ¿qué mensaje me traes?»

Y Obaddon contesta:

—«Acuérdate del *acón* de tu rebeldía. Entonces, la inmensidad de tu crimen te prestaba un poder terrible, aunque efímero; y sin embargo, yo no opuse más que el desprecio á tus impíos sarcasmos. ¿Cómo no despreciarlos ahora que no eres nada?... Escuchad, pues, Adramelech, y tú, Satanás, la orden que os traigo en nombre del Muerto que va á resucitar: Volved á los Infiernos, ó venid al pie del Gólgota. Seguid con la vista la punta de mi espada de fuego, que inclino hácia la Tierra, y tendreis la medida del tiempo durante el cual os será permitido contemplar al Hijo del Eterno: después volveréis á caer en el polvo. Retened vuestros bramidos, réprobos malditos; vuestro Señor no quiere que le adoreis: esta dicha la habeis perdido ya para siempre. Podeis rehusar seguirme; pero entonces, os lo repito, habreis de volver sin más demora á los Infiernos, donde os esperan las burlas de los condenados; pues todos conocen ya vuestra derrota y el triunfo del Mesías.»

Satanás, con los ojos fijos en la terrible espada del Angel exterminador, permanece inmóvil en su sitio.

Adramelech arranca de la costa un fragmento de roca, lo pulveriza contra su frente de bronce, y hiere el suelo con su pié haciéndole estremecerse. Quiere blasfemar contra el Eterno, y se le hiela la lengua.

Obaddon agita su espada de fuego, y exclama con voz tonante:

—«¡Seguidme al punto, ó volved á los Infiernos!»

Los dos príncipes de la tinieblas vacilan.

Abdiel-Abdadona avanza hácia ellos: su mirada tranquila, su continente grave y reposado prueban que no teme el furor de ellos; pero no los provoca ni con el gesto ni con la palabra, pues conoce que él no es su juez.

Acercándose al Angel exterminador, le dice con voz dulce y melancólica:

—«Eres un mensajero de venganza, y sin embargo conoces la piedad: tú escucharás mi ruego. Sí, pues que permites á estos dos réprobos contemplar al Hombre-Dios cuando despierte del sueño de la muerte, ¿por qué me has de negar á mí esa gracia? No temas que ose yo adorarlo; no, mi pensamiento se limitará á reconocer la mano poderosa que me arrojará en el polvo, cuando salga del sepulcro el Salvador del mundo.»

Estas palabras enardecen la rabia de Satanás, que acusa á Abdiel de bajo y cobarde.

Obaddon le impone silencio, y con voz conmovida que revela un resto de amistad y tierna compasión, contesta á su antiguo amigo:

—«No traigo órdenes para tí; todo lo que puedo decirte es que el Gólgota está rodeado de legiones de ángeles y de resucitados... Ya sea que Satanás y Adramelech me sigan, ó ya vuelvan á su tenebroso imperio, la resurrección del Mesías comenzará el castigo de los Infiernos, que osaron pronunciar su sentencia de muerte. Tú no tienes parte en esta malicia, ya lo sé; y sin embargo, te mecerias en una vana ilusión, si esperaras que la vista del triunfo del Mesías te diera, aun momentáneamente, las dulces alegrías del Cielo.»

—«Yo no me atrevo ya á esperar nada, contesta Abbadona: sólo para mantener vivos los remordimientos que me torturan, quiero ver resucitado al que ha borrado los pecados del mundo.»

—«¡Miserable! exclama Adramelech: ¿olvidas que no eres ya esclavo de Jehová, sino mío? Obaddon, yo vuelvo á los Infiernos, y ¡desdichados de aquellos que me acojan con insultantes sarcasmos! Y tú, Abbadona, el más cobarde de los príncipes de las tinieblas, sígueme: voy á atarte con cadenas de diamante á las últimas gradas de mi trono, y mientras mi cabeza madure grandes proyectos, mi pié pisará tu frente hundida en el polvo.»

Abbadona le mira con una tristeza solemne, y dice:

—«Tus amenazas no me espantan. Tiemblo, en verdad, pero no ante tí, sino ante el Dios que va á resucitar.»

Satanás se decide á seguir á Obaddon, y á medida que se aproxima al sepulcro, las cicatrices con que el rayo vengador surcó su frente se hacen más profundas y negras.

Adramelech, que habia quedado inmóvil en su sitio, salta y los alcanza de súbito, porque en el fondo de su corazón infernal ha hallado una blasfemia horrible que quiere arrojar en medio de la santa congregación del Gólgota.

El Ángel de la muerte, que lee en su pensamiento, le dice con voz terrible:

—«¡Aparta de mí tu faz odiosa! ¡huye! Extingase para tí la luz, y un prolongado grito de desesperación te sirva de guía.»

Dice, y la más negra oscuridad ciega los ojos del réprobo. La tempestad brama; todos los terrores del Infierno le acometen á la vez, y aun cree oír al Ángel del último juicio gritarle: ¡Maldito! ¡Maldito!; y cree ver desplomarse

sobre él las montañas y las estrellas, y arrastrarlo en su caída eterna á través de los abiertos abismos del caos.

Entre tanto, por la vía solar de los Cielos, parte del trono de Jehová una nube, y desciende hácia la Tierra. Cuando este terrible mensajero de los decretos del Eterno viene á anunciar al infinito alguna nueva maravilla de la creación, los mundos errantes suspenden sus armoniosos rumores. Todo es silencio en el espacio; porque la *Gloria* celestial se cierne ya sobre el Tabor, y los mundos la han visto pasar; ya ha salido una estrella de su eterno orbe, y se ha aproximado al Sol.

A estos signos proféticos, los resucitados levantan la cabeza, miran á los Cielos, y la nube que lleva el rayo en su seno avanza rápida como el pensamiento. El trueno brama, despertando los ecos de las montañas solares, y resuena á través de los arcos de estrellas aproximándose á la Tierra.

El divino Elohá, semejante á los soles cuando salieron temblando de la mano de su Creador para reinar sobre los mundos, precede al trueno, llega en medio de los ángeles y de los resucitados, y exclama:

—«¡La hora suprema ha sonado! Al primer brillo del alba matutinal, se despertará del sueño de la muerte el Salvador del mundo. Escuchad: ¡esa es la *Gloria* celestial, que á través del infinito desciende al sepulcro del Hombre-Dios!»

Dice, y la nube que partiera del trono de Jehová truena más dulcemente á medida que se acerca á la Tierra; pues esta saltaría en pedazos, si aquella no templara su voz terrible.

El trueno del Eterno calla, la tempestad silba y gime, y bajo su aliento poderoso todos los bosques de la Judea se

inclinan hácia el más santo de los sepulcros. La Tierra se estremece, y el monte Seir (1) y el formidable Hermon (2) tiemblan, y sus verdeantes cimas se doblegan bajo el soplo impetuoso del huracan; las olas del mar se levantan como si quisieran cubrir la cumbre del Carmelo; y el torrente de Arno, y el torrente de Egipto (3), y el Jordan mismo suspenden su rápido curso, y parece que quieran llevar sus espumosas aguas hácia las más altas montañas de la cadena del Libano, que sorprendidas y espantadas extienden sus misteriosos temblores hasta el lejano Aman (4).

Sólo el sepulcro del Mesías permanece inmóvil. Gabriel mira con arrobamiento la roca que cierra su entrada, porque el divino Muerto le había dicho: «Tú serás quien la hará rodar lejos.»

Los resucitados se prosternan con el rostro en tierra ante la divinidad del Redentor, cuya resurreccion les anuncian los estremecimientos de los montes y el rumor de los bosques.

El padre del género humano adora al Hombre-Dios, y su canto es triunfal y solemne como el de los serafines cuando celebran las maravillas de la creacion.

«Tú, que no fuiste jamás creado, tú te resignaste á ser un débil niño sin otro lenguaje que lágrimas y gritos. Ape-

(1) El monte Seir está situado al Sur de la Palestina, y la separa de la Arabia Pétreá.

(2) Esta montaña se eleva al Oriente de la Palestina, y la separa de la Arabia.

(3) La Palestina sólo está regada por torrentes que se agotan en Estio, exceptuando el Jordan. El torrente Arno descende de las alturas de Galilea, y va á perderse en el mar Muerto; el torrente de Egipto ó de Besor nació de la cadena del Libano, y desagua en el Mediterráneo.

(4) Montaña de la Siria, allende la cadena del Libano.

nas llegado á la adolescencia, causaste admiracion con tu alta sabiduría: después viniste á ser un maestro sublime, lleno de amor para con los hombres tus discípulos; un gran pontífice, que entró en el santuario para inmolarsé á sí mismo, y tú te inmolaste en efecto, divino Salvador.

«¡Ah! ¿Cómo glorificar tu amor y tu misericordia? ¿Cómo celebrar todo lo que has hecho, todo lo que harás aun? Ya te anuncia la tempestad viviente, y del seno de esta tempestad saldrá un ruido celestial que llegará á tu cuerpo, y tu cuerpo se levantará del polvo del sepulcro...

«Ved cómo las estrellas se embellecen con el reflejo de esa magnificencia. ¡Que ante él se prosternen todos los séres creados! ¡Que ante él inclinen sus coronas todos los bienaventurados! Viene á libertar á los cautivos, viene á distribuir los dones de su misericordia á los pecadores redimidos.

«Llega, animacion divina; soplo de los Cielos, despierta al divino Muerto, que con sus resplandecientes llagas brille á la diestra de su Padre.

«Y tú, santo Extasis, el más santo de los hijos del Cielo, pon la mano sobre tus labios, y espera en silencio la hora de la resurreccion.

«Y vosotros, sus escogidos, que andais aun en el polvo de la Tierra: amargas lágrimas llenan vuestros ojos, porque habeis conocido al divino Muerto; pero no conoceis ni su gloria ni la que él os destina.

«¡Bendigo los padecimientos y combates que os esperan! ¡Bendigo las victorias que coronarán vuestros santos trabajos! Cuando el tiempo acabe, entrareis en la vida eterna, y os sentareis en los tronos de oro que los Cielos os tienen preparados.»

Así canta Adam.

Eva se aproxima al sepulcro: el hábito de la resurrección ha llegado á su oído, y la madre comun expresa así su alegría y su felicidad:

«¡Corre, corre más, fuente divina! ¡Inunda y levanta pronto la piedra sepulcral! Tú, que ruedas aun en las alas de la noche, llega, fuente divina, inunda y levanta ya la piedra sepulcral. Deja que las gacelas, extraviadas en el desierto y devoradas por la sed, apaguen su sed en tus aguas vivificantes. Fuente que brotas en un mundo mejor, ven á fluir en esta tierra de miseria; que á la sombra de tus orillas recobre su fuerza y valor el fatigado peregrino, y que la voz misteriosa de tus aguas divinas le confie los secretos de la eternidad.

«¡Resurrección! que tu celestial reflejo ilumine de hoy más los ojos del moribundo, á fin de que el temor de la destrucción no quebrante su alma inmortal.

«Hora dichosa que vas á lucir en el mundo, hora de la resurrección de Cristo, tú llevas en tu seno la salvación del género humano.

«¡Oh hijos míos! ¡qué herencia tan rica os llega de los Cielos!

«¡Corre, corre más, fuente divina; inunda y levanta pronto la piedra sepulcral! ¡Que tus argentadas ondas se extiendan por el universo, y vengan á ser el océano del Eterno!»

Dice, y calla.

Gabriel se lanza á las nubes, y sale al encuentro de la *Gloria* de Dios.

Cuando haya dado su última queja la voz lamentosa, que desde la caída del primer hombre grita á los hijos de la Tierra: *¡Maldición! ¡Maldición!*; cuando el último suspiro de un moribundo ó el grito de un recién nacido no se ele-



La resurrección. (Canto XIII.)

ven ya hácia los Cielos á cada gota del rio del tiempo que cae en el mar de esta vida de pruebas; cuando aparezca en el horizonte de la eternidad el primer albor del último dia, los mil y mil muertos del Señor se estremecerán de sorpresa y de júbilo: lágrimas inefables brotarán de sus ojos elevados al Cielo, y sus cantos de triunfo se unirán al llamamiento del metal sonoro.

Así se estremecen los resucitados reunidos al rededor del Gólgota; así lloran y cantan en el momento en que Gabriel rasga las nubes con su vuelo rápido, dejando rastros de luz detrás de sí.

Desde las lejanas márgenes del Eufrates hasta el fondo del santo sepulcro, la tierra se estremece y tiembla. Satanás, que ha seguido á Obaddon para ser testigo de la resurrección de Jesús, cae abatido. Los soldados romanos se precipitan hundiendo la cara en el polvo. A la voz de Gabriel, la piedra que cerraba el sepulcro se agita y rueda lejos, y Jehová, el Dios inmutable, participa del arrobaamiento de sus criaturas.

¡El Mesías resucita!

El eco de una roca solitaria puede repetir el himno de la tarde, que el piadoso pastor envia á los Cielos. ¿Podré yo describir la inefable dicha de los testigos de la resurrección del Mesías?

¡Ah! es inútil que en alas del éxtasis quiera yo elevarme al infinito: la frágil naturaleza humana me retiene en el valle de los sepulcros, y me recuerda que no he sembrado aun para la gran recolección, esa sublime consecuencia de la resurrección de Jesús.

Un profundo silencio reina en torno del sepulcro del Mesías; pero los inmortales brillan como las estrellas de la mañana que salieron primeramente de las manos de

su Creador, y el Mesías cierne su vuelo por encima del sepulcro abierto y vacío. Su cabeza, que durante su suplicio se inclinaba sobre su pecho, está circuida de una auréola celestial. El Mesías resplandece y deslumbra: la nube descendida del trono del Eterno le ha devuelto toda su magnificencia, á Él, cuyo nombre es tres veces santo; á Él, que nació en Bethlem, que padeció en Gethsemani, que murió en la cruz y que el sepulcro nos devuelve. Cielos, prosternaos ante Él; arcángeles, templad las cuerdas de vuestras arpas, y para celebrar su gloria sean vuestros acordes más armoniosos que el día en que saludásteis por primera vez la creación acabada. Mortales, unid vuestra voz á la mía, y prueben vuestros tímidos acentos que el polvo también siente que vive el que ha hecho por nosotros más que por los ángeles, pues se ha hecho nuestro hermano. Un día vendrá en que nos dé fuerza para expresar al pié de su trono la plenitud de nuestro agradecimiento.

Volviendo de su primer éxtasis, los resucitados cantan á coro:

—«¡Ya te has despertado! Tu sueño ha sido corto, y vuelves á ser como eras cuando lanzaste los soles en el espacio, y los mundos obedientes se pusieron á describir sus eternas órbitas. Por tí y contigo acabamos de entrar en el más bello y glorioso de los aeones de la eternidad.»

El coro de los resucitados calla. Los siete mártires unen su voz á la de su noble madre, y cantan así:

«Despiértate ¡oh Tierra! y comprende al fin tu triunfo. El Mesías te ha juzgado digna de recibirle para descansar un instante en tu seno maternal. Ya se ha levantado del polvo; los Cielos se inclinan ante él, y el suelo de la Judea tiembla bajo la huella de sus últimos pasos. Tierra, despiértate y comprende al fin tu triunfo. Tú eres la más jóven

de las hijas de la creación, y sin embargo, los Cielos te llaman la predilecta del Creador. Ya se cuentan muchos de tus hijos entre los escogidos, y estás predestinada á ser la madre de numerosos inmortales, que enviarás al pié del trono del Mesías. Regocijaos, bóvedas sepulcrales, pues en vuestro seno resucitarán los muertos. Y tú, globo terrestre, tú te alzarás sobre las ruinas del último juicio; de tus abiertos abismos saldrán regiones nuevas; el Sol no será ya tu señor ni la Luna tu compañera obligada; la magnificencia de Dios te calentará, y te alumbrará Aquel cuya sangre ha corrido en la cruz.»

Así cantan los piadosos héroes que ya llevan la palma del martirio, mientras que Estéban, el primero que merecerá estas palmas inmortales, ignora aun la gloria que le espera. Este momento está, sin embargo, próximo. Tu carrera, noble Estéban, será penosa, pero breve: muy luego el Cielo se abrirá ante tus ojos moribundos; verás á Jesús á la diestra de su Padre, y la última piedra lanzada por una mano furiosa enviará tu alma cerca de tu divino maestro.

Jedidoth, el más jóven de los siete mártires, Benoni y la hermana de Lázaro se sientan en los bordes de una nube purpurina, enlazan los brazos, y se dejan llevar sobre el sepulcro abierto y vacío. Allí se prosternan, y sus ojos siguen con arrobamiento al Salvador, que se dirige al monte Tabor.

—«Benoni, Jedidoth, exclama María: ¿veis á nuestro divino Señor? El esplendor de su magnificencia nos deslumbraría; pero lo suaviza para nosotros y para todas las tiernas flores de la celestial Saron (1). Acaso se muestre bajo otra forma á los cedros de los Cielos.»

(1) Como se dijo en otro lugar, Klopstock da á las diversas partes del Cielo los nombres de las comarcas, montes, ciudades y ríos más célebres de la Palestina.

El divino Elohá llega cerca de María, se sonríe con satisfacción, y le dice:

—«Tú comprendes la naturaleza del Hijo del Eterno. Él es para cada una de sus criaturas el objeto en que ella ha reunido todas sus afecciones; la criatura no le ve tal como es, sino como tiene necesidad de verle para que su felicidad sea perfecta; porque él es la perfección y la bondad infinitas, el Hijo del Eterno, el Hijo del Increado, increado y eterno como su Padre. Ante este misterio, vuestra intuición se detiene y reconoce los límites que separan á la criatura de su Creador.»

Y María contesta:

—«Divino serafín, aunque esos límites sean mucho más estrechos para mi pensamiento que para el tuyo, yo los bendigo. Para mí es una felicidad muy dulce adorar á la Divinidad que nos colma de sus beneficios sin que podamos comprender su omnipotencia.»

Los resucitados se reúnen sobre el sepulcro en que dormía su Salvador, y se comunican los éxtasis que no es dado adivinar á ningún mortal.

Abraham junta las manos, y envía á los Cielos esta plegaria:

—«Hijo de Jehová, hijo mio también, tú descendiste de tu trono para venir á morir por nosotros: los aeones del pasado no tienen nada semejante que contar á los aeones del porvenir. Ya alcanzas el premio de tu sacrificio, y nos haces testigos de tu gloria, á nosotros, por tí redimidos. Te vemos marchar por la vía solar, y tus rayos nos traen alegrías más dulces que las de los serafines cuando te adoran en tu gloria.»

Adam se prosterna al pié de la cruz; y levantando una mano hácia Jesús, y extendiendo la otra sobre la Tierra, dice:

—«Juro en nombre de nuestro Salvador, que la muerte está vencida: ya no es más que en dulce sueño. El día del juicio universal, despertareis todos vosotros, los que dormís aquí abajo.»

Desde su resurrección, el Mesías avanza por grados hácia su Padre. Los resucitados, el mismo divino Elohá procuran en vano expresar en sus salmos la extensión de las glorias que le esperan: su voz es demasiado débil para celebrar esta fiesta de la Divinidad.

Musa de Sion, enseña á mis trémulos labios á repetir los cantos más tímidos, que del fondo del polvo intentaron celebrar la elevación del Redentor; enseña á mis ojos mortales á adivinar el camino inconmensurable que siguió á través de los Cielos.

En el momento en que Jesús salió del sepulcro, el Ángel de la muerte hirió á un pagano famoso por su alta virtud y justicia. Un querubín recibe su alma, y la conduce ante el Mesías. A vista del Hijo del Eterno, el alma del pagano se vuelve hácia su guía, y le dice:

—«Brillante desconocido, dime quién es ese hombre que va por la vía más espléndida del Empireo. A pesar mio cautiva mis ojos y mi pensamiento. Adóralo conmigo, pues comprendo que es el más grande de los dioses.»

—«Es tu juez,» contesta el Ángel.

—«¿Mi juez?... Tú que me obligas á seguirte por la sola fuerza de tu mirada, acaba de ilustrarme. ¿Es Minos el que veo delante de mí? ¿Hemos pasado los sombríos pórticos que conducen á las entrañas de la Tierra? ¿Extiende á nuestros piés sus negras ondas la Estigia? Y los terribles juramentos de Júpiter ¿revolotean por encima del río infernal?... Espíritu cruel, ¿por qué ese obstinado silencio? ¿Has recibido la orden de precipitarme en los abrasadores torbellinos del Flegeton?

El alma y su guía llegan cerca del Mesías, y el Mesías dice al pagano con una voz en que hay más amor que severidad:

—«¡Júpiter y Minos son ficciones engañosas. Toda la Tierra, engañada y desgraciada, ha levantado su voz suplicante á los Cielos, pidiendo auxilio y merced, y yo he oído esa voz... Ve, sigue á tu guía.»

Así habla el Hijo del Eterno, y con un gesto indica al querubín el lugar que su clemencia concede al alma del pagano. Luego se vuelve á los resucitados, testigos del juicio que acaba de pronunciar, y les dice:

—«Antes de volver cerca de mi Padre, me detendré en el monte Tabor: allí me volvereis á ver.»

Y el Salvador desaparece.

Los resucitados dirigen su vuelo hácia la santa montaña que el Mesías acaba de indicarles.

Satanás, que, en el acto de romper Jesús las cadenas de la muerte, habia caído anonadado en medio de las rocas de los sepulcros, recobra, en fin, el sentimiento de su sér y la conciencia de su derrota.

El ruido de sus miembros rotos, que crujen á los esfuerzos que hace por levantarse, llega al oído de Gabriel; quien reconociendo á Satanás, le dice con voz irritada:

—«¡Miserable! ¡Ann permaneces en la Tierra! Las maravillas que acaban de santificarla, ¿no te han convencido de que tu perpétua lucha contra el Todopoderoso te ha de costar ya siempre nuevos tormentos? ¡Vuelve á los Infiernos! Medita, si á tanto te atreves, una segunda rebelion; pero sabe... No quiero pronunciar el anatema con que te ha herido el vencedor de la muerte: el rayo te lo dirá muy en breve. ¡Huye, te mando!»

Y Satanás huye, dejándose caer luego sobre la más ele-

vada cima del monte Sinaí, desde donde cierne su mirada siniestra sobre la extension del desierto. Los horrores de la condenacion, llevados en alas de la tempestad, le siguen y le alcanzan; y cae desde lo alto de la roca en que se habia sentado, y rodando por entre los negros abismos de la creacion, llega al pórtico infernal.

El peño del anatema que lleva sobre sí le detiene inmóvil, y sólo después de muchas y terribles noches, halla fuerzas para levantarse y entrar en su tenebroso imperio.

Dos veces ya la hora solemne de la medianoche ha pasado sobre la Tierra, dejando tras sí un día nuevo, y el sanhedrin, siempre reunido, espera el instante en que debe desenlazarse el misterioso destino del Muerto, cuyo sepulcro fué sellado con una piedra que guardan bravos soldados romanos.

Este instante se acerca, porque los primeros albores del tercer día comienzan á aparecer.

Los soldados romanos, que, al resucitar Jesús, habian caído en tierra sobrecogidos de vértigos, acaban de recobrar el uso de sus sentidos.

—«¿Qué me ha pasado? pregunta uno de ellos á su compañero: he sentido estremecerse el suelo bajo mis piés, y he caído en el polvo.»

Y el otro contesta:

—«Eso mismo es lo que yo he sentido.»

Un tercer soldado mira en torno de sí con aire de sorpresa, y apoyándose en su inmediato, dice:

—«¿He soñado, ó un poder sobrenatural me ha arrojado sin vida al pié de esta roca?»

—«No es sueño, sino realidad, contesta aquel: el huracan que nos ha derribado ha roto sin duda la piedra que cerraba el sepulcro. Míralo abierto.»

En este momento alza la voz Eneo, y dice:

—«Respondan y nómbrense los que hayan quedado vivos.»

Los soldados todos responden, y precedidos del oficial, entran en la bóveda del sepulcro.

Al verlo vacío, todos ellos se miran en silencio, y un santo terror eriza sus cabellos.

El capitán recobra primero el uso de la palabra.

—«Nuestra misión está terminada aquí, les dice: id, pues, al palacio de Caifás. Si los sacerdotes están todavía reunidos, yo iré á instruirlos del resultado de nuestro servicio.»

Solicito por cumplir la orden de su jefe, uno de los soldados se anticipa á sus compañeros, y llega jadeante al lugar del Consejo.

—«Es en vano, dice, que nos hayais encargado de vigilar el sepulcro del muerto del Gólgota. La tierra se ha estremecido, y la roca que cerraba el sepulcro ha rodado muy lejos: el sepulcro está ahora abierto y vacío.»

Dice, y se aleja precipitadamente.

Los sacerdotes, que por un movimiento espontáneo se han levantado de sus asientos, permanecen mudos é inmóviles, semejantes á bloques de mármol en que el cincel del escultor ha impreso la imagen del terror.

Otros tres soldados llegan á su vez, y exclaman con voz unánime:

—«Tomad vuestras medidas: el suelo se ha estremecido, la tempestad ha bramado, un poder invisible nos ha derribado en tierra á todos. Al volver en nuestro acuerdo, hemos visto el sepulcro abierto y vacío.»

A este nuevo testimonio, los sacerdotes y los ancianos se creen heridos por el rayo vengador. El pavoroso silencio

que reina en el Consejo es interrumpido de pronto por una ruidosa carcajada. Es Filon, que en un acceso de locura quiere rechazar la evidencia con el insulto; pero su loca hilaridad es muy luego reemplazada por un mudo estupor.

Sólo Caifás conserva bastante presencia de ánimo para escuchar con aparente calma á los demás soldados romanos, que vienen sucesivamente á referir el milagro de que han sido testigos.

—«Ya lo veo, dice uno de ellos, á quien ha impresionado la palidez de los sacerdotes: sabéis ya todo lo que ha pasado, y no os resta más medio que dar gracias á los dioses por haberos conservado la vida, á vosotros, sacerdotes sacrilegos, que habeis dado muerte al hijo de Júpiter tonante.»

Caifás finge sonreirse, y dice:

—«Valientes romanos, he dispuesto prepararos un buen fuego en el patio de este palacio; la noche ha sido fría... id, pues, á calentaros.»

Y volviéndose á uno de sus esclavos, le ordena servir á los soldados víveres abundantes y vino generoso, á fin de que reparen sus fuerzas agotadas por tan larga vigilia.

Solo ya con los sacerdotes, no procura ocultar sus temores.

—«Preciso es comprar á toda costa el silencio de los romanos, dice con trémula voz, ó el pueblo nos degollará. Obrad en consecuencia, si temeis á la muerte: por lo que á mí hace, no estimo ya la vida, pues he de dudar de las doctrinas de Sadoc (1).

Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando se presenta Eneo.

(1) Véase la nota del canto IV sobre la doctrina de los saducéos.

Todo el Consejo se levanta ante él.

Él saluda con fría indiferencia, y dice:

—«Sacerdotes y ancianos de Israel, bien me conoceis, y sabéis que mi alma es inaccesible al miedo. Yo ví á Jesús morir en la cruz, y no sé qué secreto presentimiento me decia que inmolábais al hijo de un Dios. ¿Qué debo pensar ahora, cuando sabéis lo que acaba de ocurrir en su sepulcro?»

El Consejo permanece mudo.

Obaddon entra, invisible á ojos mortales; se detiene cerca de Filon, y le dirige la más terrible de sus miradas. El instante de hacerle oír los acentos de su fulgurante voz no ha llegado todavía.

Y se dice así mismo.

—«¡Yo te saludo, hora sangrienta de la muerte! ¡Hora sangrienta y negra, apresura tu lúgubre vuelo! ¡Valle de Benhinon, yo te saludo!»

Así piensa Obaddon, y los más sombríos terrores del Infierno vienen á vagar en torno de la cabeza de Filon.

Este se acerca al oficial romano, le mira con la espantosa sonrisa de la demencia, y le pregunta con sorda y pausada voz:

—«¿Está abierto el sepulcro, y el muerto no está ya en él?»

—«Está abierto el sepulcro, y el muerto no está en él?» contesta Eneo.

—«Incorruptible romano, jura en nombre de Júpiter que dices la verdad.»

—«No, no lo juraré en nombre de Júpiter, sino en el de Jehová, á quien adoro. Por lo demás, para desesperarte, no es menester que mi testimonio se apoye en un juramento.»

El espanto del Infierno hace estremecer la médula de los huesos de Filon.

—«Ya lo habeis oído, exclama fuera de sí: ¡el sepulcro está abierto, y el muerto no está ya en él! ¡Y el incorruptible romano apoya su testimonio en una palabra más sagrada que todos los juramentos de la Tierra!»

Dice, y con un rápido movimiento ase la espada del oficial, la saca de la vaina, la hunde en su pecho, se la arranca con furor, la arroja lejos de sí, cae bañado en su sangre, y para precipitar su muerte, se desgarrá la herida con las crispadas manos. Su sangre brota en abundancia, y parece querer manchar el Cielo.

—«¡El Nazareno!...»

Esta palabra es la última que debía pronunciar sobre la Tierra.

Eneo levanta su ensangrentada espada, la mira con aire sombrío, y dice:

—«¡Te consagro al terror, á la noche eterna, á la desesperación!»

Y arrojando el arma de que acaba de separarse para siempre sobre el cuerpo inanimado de Filon, sale pausadamente del lugar del Consejo.

El alma del fariseo se siente arrastrada por un siniestro guía, que la conduce á través de tenebrosos senderos. Obaddon ha ido á esperarla al valle de Benhinon.

Cuando la ve aparecer, la llama blandiendo su espada de fuego.

No hay palabra humana que pueda dar idea de la espantosa mirada y voz terrible del Angel de la muerte.

—«¡Réprobo! exclama: ¡escúchame! ¿Conoces á Ephod-Obaddon? Es el nombre de los siete ángeles terribles, de los ángeles de la muerte: yo, yo soy el más terrible de esos

àngeles. Yo soy el exterminador, que en otro tiempo hirió de muerte á todos los primogénitos de las márgenes del Nilo... ¡Mira al rededor de tí! ¡reconoce la Gehenna y su horroroso valle de Benhinon! ¡Sigue, sígueme más adelante á las negras entrañas del abismo!...»

Dice, y precipita el alma del fariseo en los profundos Infiernos.



## CANTO XIV.

Jesús se aparece á las santas mujeres y á Simon Pedro, que refieren esta aparición á los demás fieles. — Dudas de Tomás. — Jesús se muestra á Mateo y á Cleofás. — Tomás vuelve á los Sepuleros, y ora: un resucitado, á quien toma por un forastero, habla con él. — Mateo y Cleofás vuelven á la morada de Juan, y refieren lo que han visto á sus amigos reunidos. — Lebeo duda todavía de la resurreccion de su maestro. — Jesús se aparece en fin á la reunion de los fieles.

Todavía están los fieles reunidos en la modesta morada de Juan, y nada hasta ahora ha podido aliviar el dolor que los aflige. Las santas mujeres, que se disponen á llevar aromas al sepulcro de Cristo, mezclan sus lágrimas con las preciosas esencias que preparan con tierna solicitud. Semejantes á las prudentes compañeras de la desposada que alimentaron cuidadosamente sus lámparas, á fin de estar dispuestas á la primera señal de la llegada del esposo, las piadosas amigas del Mediador velan con impaciente y atenta solicitud. La misma impaciencia no les permite esperar los primeros albores del día: es de noche aun, y ya se disponen á partir.

La madre de Jesús, demasiado débil para seguir las, las bendice sollozando.

Gabriel está sentado en la piedra bajo la cual reposaban los restos mortales del Hombre-Dios: el divino Elohá y el noble Abdiel están en pié cerca de él. En medio de la oscu-

ridad que pesa aun sobre el mundo, sus ojos inmortales descubren á las amigas del Mesías, que acaban de llegar al pié del Gólgota, y Gabriel dice á los dos serafines:

—«Veamos nuestro esplendor, revistamos formas humanas, y preparémoslas por grados á las apariciones celestiales.»

Magdalena se aproxima delante de todas al sepulcro que creía encontrar cerrado con una piedra enorme, aunque en su exaltacion esperaba que Dios le daria fuerzas para levantar esta piedra.

Viendo abierto el sepulcro, retrocede huyendo con asombro.

Las otras mujeres continúan sin embargo avanzando, porque acaban de ver un jóven, brillante y bello como un resplandor matutino, y graciosamente envuelto en una vestidura larga y diáfana de una blancura deslumbradora.

El jóven les dirige la palabra, y su voz dulce y sonora acaba de ganar su confianza.

«No temais, les dice. Sé que buscáis á Jesús: no está ya en este lúgubre lugar.... ha resucitado. Recordad que él mismo os lo habia predicho. Acercaos; venid á visitar la bóveda en que ha dormido el sueño de la muerte.»

Así diciendo, las guia á la entrada del sepulcro, y añade con voz solemne:

—«Id ahora y decid á Céphas (1) lo que habeis visto y oído.

Abdiel y el divino Elohá, más resplandecientes que Gabriel, aparecen de pronto, y repiten á las santas mujeres que Jesús ha resucitado, y que va á volver á Galilea, donde

(1) Céphas, palabra hebrea, quiere decir—Piedra.—Véase el *Evangelio segun S. Juan*, cap. I.

les habló tantas veces de su muerte próxima, y de su resurreccion después de tres dias de reposo en el sepulcro.

Llevados de la necesidad de hacer el último homenaje á los restos de su amado maestro, Juan y Simon Pedro han dejado la reunion de los fieles; y á poca distancia del Gólgota, encuentran á Magdalena.

Esta les dice que el sepulcro está abierto, y sigue con ellos el camino del Gólgota, que se divide en dos al pié de una colina.

La vista de los ángeles ha penetrado á las santas mujeres de una alegría celestial, que anhelan comunicar á sus amigas. Para volver á la vivienda de Juan, toman á la izquierda de la colina, mientras Magdalena y los dos discípulos suben por la derecha.

Así los peregrinos de Salem (1), cuyas almas fueron creadas para comunicarse en esta vida, recorren sin verse sus áridos caminos, y no se encuentran reunidos sino en Salem, donde se admiran de no haber podido encontrarse antes.

Juan llega primero al sepulcro. A vista del sudario extendido en tierra, se siente poseido de respeto y de dolor. Con el pecho oprimido y las rodillas trémulas, Pedro le alcanza muy luego bajo la bóveda sepulcral, y contempla el perfumado sudario que envolvía el cuerpo de Jesús. Más allá encuentran el lienzo con que habian envuelto la cabeza del divino Muerto, y que una mano hábil habia plegado con particular cuidado.

(1) Klopstock designa muchas veces á Jerusalem con el nombre de Salem. Bajo este concepto participa de la opinion de los sabios, que pretenden que la ciudad de Salem de que Melchisedech era rey y gran sacerdote en tiempo de Abraham, es la misma que fué conocida más tarde bajo el nombre de Jerusalem, como se ha dicho en una de las notas anteriores.

Los dos discípulos avanzan con paso tímido, y acaban de convencerse de que la relación de Magdalena ha sido fiel. Pero no habiendo leído nunca los profetas, que tantos siglos antes del nacimiento del Mesías habían predicho su resurrección, se alejan tristes y pensativos.

—«¡Ah! exclama Juan, los sacerdotes no lo creían sin duda seguro en este sepulcro sellado, y le han quitado el sudario para contemplar sus llagas, cuya vista halaga sus sanguinarios odios.»

Magdalena queda sola en el sepulcro; una profunda tristeza la consume. De repente cree que una ilusión la engaña; y enjugando sus ojos lacrimosos, pasea la vista en torno de sí. Algunos ángeles aparecen en el fondo del sepulcro; pero ella apenas los ve, pues solo Jesús ocupa su pensamiento; á la manera que la gacela sedienta no ve el dulce brillo de la estrella de la tarde, ni menos siente la embalsamada brisa que reanima la naturaleza, porque no ha encontrado todavía la fuente que únicamente puede extinguir su sed.

Uno de los ángeles se adelanta hacia Magdalena y le dice:

—«Mujer, ¿por qué lloras?»

—«¡Ah! contesta Magdalena: me han arrebatado al que adora mi alma, y no sé dónde, en su odio insaciable, lo han escondido.»

Dice, y se dirige á la salida del sepulcro.

Un desconocido que hay en ella le dirige estas palabras:

—«Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas aquí?»

Pareciéndole aquel hombre un hortelano encargado por los sacerdotes de ocultar el cuerpo de Jesús á los piadosos homenajes de sus fieles amigos, Magdalena quiere suplicarle que le indique el lugar en que ha enterrado aquellos preciosos restos; pero los sollozos ahogan su voz.

De este modo, el justo, en el momento en que el Cielo va á abrirse para él, siente que su alma se aflige bajo el peso de las emociones terrenales. Postrado en su lecho de dolor, implora en vano la misericordia de Cristo; las últimas pruebas de la vida son tan crueles, que el Dios de amor desaparece del pensamiento del moribundo: no ve más que un juez terrible; pero una lágrima más, un suspiro más hacen que las inefables delicias de la victoria sucedan á las angustias de la lucha.

Con una voz más dulce que la de los ángeles cuando cantan la bondad infinita del Cordero inmolido y el triunfo de los Cielos, el desconocido pronuncia el nombre de Magdalena, y Magdalena reconoce, en fin, la voz del Señor.

Sobrecogida de temor y de alegría, prostérnase en tierra la piadosa mujer, alza su frente pálida y fría, abraza los pies del Mesías, suspira, llora y se esfuerza por expresar lo que siente; pero sus labios trémulos no pueden articular más que esta palabra: *¡Rabboni* (1)!

El Salvador deja caer sobre ella una mirada de amor divino, y dice:

—«No me toques. Aun no me he elevado á mi Padre, y permaneceré algún tiempo entre vosotros. Vé á buscar á los fieles, y diles que se acerca la hora de mi gloria; la

(1) En todas las apariciones de Cristo á las santas mujeres, á los discípulos y á los fieles, Klopstock se conforma escrupulosamente con los Evangelios. La palabra *Rabboni*, que, según el *Evangelio de S. Juan*, cap. XX, fué la única que Magdalena pudo pronunciar al reconocer á Jesús, á quien había tomado por un hortelano, quiere decir *maestro*, *señor*. La lengua hebrea tiene tres palabras que expresan el mismo concepto, á saber: *rab*, *rabbi* y *rabboni*. *Rab* era un título de honor entre los doctores de Caldea; *rabbi* se daba especialmente á los doctores israelitas de la Palestina, y *rabboni* no se daba sino á los sábios ó doctores oriundos de la sangre de David. Esta última palabra ha venido á componer la de *rabino*, título que llevan aun los sacerdotes judíos.

hora en que iré á reunirme con mi Padre y el vuestro, mi Dios y vuestro Dios.»

Y desapareciendo á los ojos de Magdalena, va á aparecerse á las santas mujeres que acaban de dejar el Gólgota. El fresco embalsamado del naciente día ha reanimado sus fuerzas; los primeros rayos del Sol, ese brillante testigo de la bondad de Dios, las alumbró, y todas reconocen al vencedor de la muerte, se prosternan ante él y abrazan sus rodillas.

—«No temáis. Id y decid á vuestros hermanos que me habeis visto. Que vayan á Galilea, donde me volvereis á ver.»

Dice, y desaparece:

Simon Pedro ha ido á reunirse con los fieles, cuyo dolor se aumenta con la narracion de su visita al sepulcro.

Muy luego las santas mujeres, con los ojos chispeantes de alegría, llegan corriendo unas detrás de otras.

La madre de los Zebedeos, que las precede, exclama con el acento del júbilo y de la verdad:

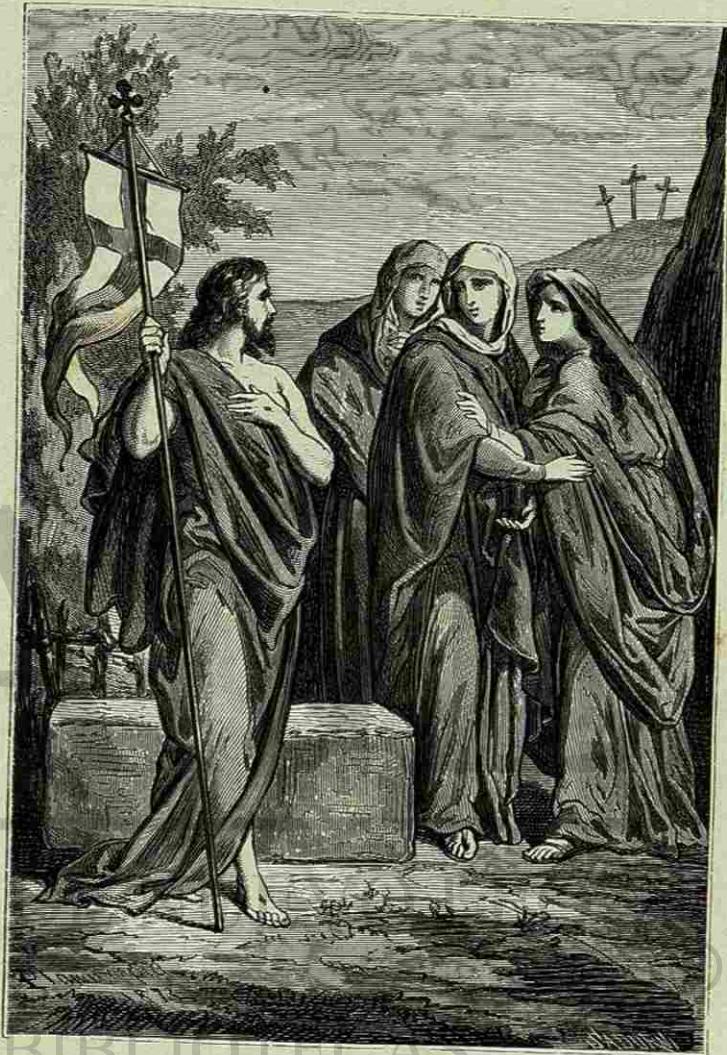
—«Escuchadnos los que llorais, escuchadnos. ¡Vive! Antes de aparecérsenos, nos ha enviado ángeles. Sí, hemos visto un ángel sentado cerca del sepulcro; después entró en él; y con él habia otros dos ángeles... Y nos dijeron... Salomé, ¿te acuerdas tú de sus palabras? Estaba yo muy turbada para poder entenderlos...»

Tomás, que la ha escuchado con una muda sorpresa, la mira con expresion de duda, y dice:

—«¡Estabas muy turbada para poder entenderlos! También lo estarias para verlos bien.»

La madre de los Zebedeos contesta:

—«¡Por qué vienes á afligirnos con tu incredulidad, cuando la alegría turba aun nuestros pensamientos? El



Jesus se aparece á las santas mujeres. (Canto XIV.)

resucitado nos ha dicho: Tranquilizaos; y tú, su discípulo, nos espantas de nuevo.»

—«No es esa mi intencion, piadosas amigas mías. Pero permitidme que procure convencerme interrogándoos sobre lo que habeis visto. ¿Bajo qué forma se os ha aparecido el ángel que estaba sentado á la entrada del sepulcro?»

—«Asemjábase á un bello adolescente; su mirada era resplandeciente como un relámpago, y su vestidura blanca y brillante como la nieve.»

—«¡Era Gabriel!» exclama la madre de Jesús.

Tomás menea la cabeza.

—«Los soldados romanos, dice, guardaban todas las avenidas del Gólgota. Iluminada por los primeros rayos del Sol, la armadura romana parece blanca como la nieve, y vosotras estábais tan turbadas, que esta circunstancia natural ha bastado para haceros creer que veíais ángeles.»

—«Era de noche aun cuando nos acercamos al sepulcro, dice Salomé; y el adolescente que hemos visto no llevaba armadura ninguna, sino que estaba envuelto en espléndidas nubes.»

La madre de Jesús ruega á sus amigas que repitan las palabras que el ángel les habia dirigido.

Y la madre de los Zebedeos dice:

—«No temais, nos ha dicho. Sé que buscáis á Jesús; no está ya en este lúgubre lugar: ha resucitado. Recordad que os lo habia predicho. Acercaos, venid á visitar la bóveda en que ha dormido el sueño de la muerte... Id ahora y decid á Céphas lo que habeis visto y oido.»

—«¿Ha pronunciado mi nombre? exclama Simon Pedro. ¡Un ángel ha pronunciado el nombre de un pecador! ¡Ah! ¡qué consuelo traerian á mi alma esas palabras, si no temiera que hubiéseis sido engañadas por una ilusion! En

efecto, si un habitante del Cielo se os hubiera aparecido, ¿se habría olvidado de hablaros de María, de Juan?...»

Tomás pregunta á las santas mujeres, si el ángel no les ha dirigido más palabras que las que acaban de repetir.

—«Ha añadido, contesta una de ellas, que nuestro divino Maestro iría á Galilea, y que allí le veríamos todos. Llenas de alegría, hemos tomado el camino de Jerusalem, y el mismo Jesús se nos ha aparecido. Nada había cambiado en él; y sin embargo, su expresión era sobrehumana, celestial. Así sin duda hubieron de verle Pedro y Juan en la cumbre del Tabor (1). Nosotras nos posternamos á sus piés, y él nos dijo: No temais. Id y decid á vuestros hermanos que me habeis visto. Que vayan á Galilea, donde me vereis todos.»

La frente de Tomás se frunce; su mirada sombría y escrutadora se fija en el suelo, y su pensamiento se deja arrastrar por el torrente de la duda.

—«No ha llegado aun el momento, les dice, de haceros conocer los motivos que me impiden dar fe á vuestra narración; os los explicaré cuando no esteis ya bajo el influjo de las ilusiones que fascinan vuestro espíritu.»

Los fieles le miran en silencio y con Tierna compasión.

En este momento llega Magdalena, pudiendo apenas sostenerse. Su frente está pálida, su semblante alterado, sus labios trémulos.

—«¡Ha resucitado!» exclama.

Y su vista se vela. Juan la sostiene, porque vacila, y Lebbeo le dice con acento de inquietud:

(1). Poco tiempo antes de su muerte, Jesús condujo á Simon Pedro, á Santiago y á Juan al monte Tabor, donde se les apareció de repente radiante de luz entre Moisés y Elias. — *Evangelio de S. Mateo, cap. XVII.* Esta circunstancia hizo dar al Tabor el nombre de monte de la *Transfiguración*.

—«¡Oh! habla, Magdalena, habla. ¿Tú tambien has visto ángeles?»

Magdalena contesta:

—«¡Yo le he visto á él mismo!»

Los fieles levantan los ojos y las manos al Cielo con piadoso agradecimiento.

Sólo Tomás permanece tranquilo y pensativo.

—«¡Ah! dice al fin: espíritus fascinados hasta el punto de creer en la aparición de los ángeles, pueden muy bien llevar el delirio hasta imaginarse que el mismo Jesús se les ha aparecido.»

—«Querido Didimo, contesta Magdalena: ¿qué te hemos hecho, qué te ha hecho nuestro divino Maestro, para que así dudes de nosotras y aun de él? Mis ojos le han visto, y han derramado á sus piés lágrimas de alegría.»

—«¿Brillaba como los habitantes del Cielo? interrumpe Santiago con viveza. ¿Estaba resplandeciente?»

—«No, hermano mio: su exterior era aun el de un simple mortal; pero la bondad y la misericordia divina animaban su semblante.»

Simon Pedro duda tambien aun, y pregunta tímidamente á Magdalena, si Jesús se ha dignado hablarle.

—«Sí, contesta Magdalena. Con aquella voz dulce y divina que nos penetró de respeto y admiración, cuando desde lo alto de la cruz exclamó: *Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que hacen*; con aquella misma voz de amor y misericordia ha pronunciado mi nombre. Yo me creí transportada al Cielo, y mis trémulos labios sólo pudieron articular la palabra *Rabboni*. Mis brazos enlazaron sus rodillas, y entonces el Señor me dijo: «No me toques. Todavía no me he elevado á mi Padre, y permaneceré algun tiempo entre vosotros. Ve á buscar á los fieles, y diles que se acerca la

hora de mi gloria; la hora en que iré á reunirme con mi Padre y el vuestro, mi Dios y vuestro Dios.»

María se levanta haciendo un penoso esfuerzo. Sostenida por sus amigas, se acerca á Magdalena; fija en ella sus húmedos ojos, le tiende la mano con una expresion indecible de amor y confianza, y le dice:

—«¡Tú has visto y oído al divino resucitado!... ¿Puedo yo llamarle aun hijo mio? Oh sí, añade mirando á los fieles con inquietud y modestia: vuestros ojos me dicen que podré siempre darle este nombre tan caro á mi corazon. Acaba, Magdalena: ¿has visto sus llagas?»

Calla, y sin abandonar la mano de la santa mujer, desvia la cabeza para ocultarle sus lágrimas; pero Magdalena las adivina.

—«Madre bienaventurada, le dice, no llores así: tu hijo ha salido triunfante del sepulcro. Yo no he visto sus llagas, porque en el delirio de mi alegría solo he mirado su rostro más dulce que el alba.»

—«Sí, tú le has visto; sí, tú has hallado gracia delante de él.» dice María.

Dichosa, pero pensativa, vuelve á su sitio.

Tomás pregunta á Magdalena si ha visto tambien ángeles.

—«Sí, pero apenas los he observado. El dolor habia velado mis ojos, y no he reconocido á Jesús, sino cuando él mismo pronunció mi nombre: al principio me pareció un hortelano.»

—«Tus compañeras dicen que llevaba aun su vestidura ordinaria. El hortelano ¿estaba, pues, vestido como Jesús tenia la costumbre de estarlo? ¿Cuántos ángeles has visto?»

—«Dos.»

—«Tus compañeras no vieron al principio más que uno, y después otros dos en el sepulcro.»

Magdalena deja vagar su mirada por la reunion de los fieles, y dice:

—«Madre amada del divino resucitado, y vosotros sus discípulos, cerrad vuestro corazon á la duda cruel que tortura al desgraciado Dídimo..... Más tarde contestaré á tus preguntas, añade volviéndose á Tomás: ahora no quiero que turbes mi felicidad.»

Y asiendo el brazo de María, sale con ella de la estancia.

Muy luego parte tambien Simon Pedro. Presa de la incertidumbre, quiere al principio huir á los desiertos de la Arabia; pero toma el camino de Galilea, donde Jesús ha prometido mostrarse á todos los suyos: después se detiene, y sigue un sendero que le conduce á la falda del Gólgota.

En pié cerca de la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, escucha el dulce murmullo de la Tierra que se despierta, y su oprimido pecho respira agradablemente los suaves perfumes que, durante las primeras horas del dia, exhalan al aire las plantas y las flores. Sus ojos sin embargo permanecen sombríos, hundiendo la mirada en el fondo del sepulcro abierto y vacío.

—«¡Ah! exclama; no es sino una amarga verdad: se ha consumado la más negra venganza que jamás inspiró el Infierno. En vano José de Arimathea imploró la piedad del Pretor: nuestros sacerdotes han privado de sepultura á los restos de Jesús; porque, ¿cómo he de creer que ha resucitado?... Exaltadas por su mismo despecho, nuestras piadosas amigas han creído verle... Si efectivamente le hubieran visto, ¿habrian podido sobrevivir á esta felicidad?... La cruz está aun en pié, dando testimonio de su muerte, y la Tierra y el Cielo han oído este horrible testimonio. Murió;

volveremos á verle al pié del trono del Eterno; pero en la Tierra... ¡jamás! ¿Por qué se estremece mi alma de terror ante el pensamiento consolador de encontrarle más allá del sepulcro? ¡Ay! si el juez supremo se ha dignado dirigirme una mirada de misericordia, si mi arrepentimiento me ha dado el derecho de esperar, no me es permitido esperar con alegría el feliz momento de ir á reunirme con él... La cruz está aun en pié; aun no se han levantado los sepulcros, las rocas, las montañas, que la diestra del Señor derribó cuando el corazón de Jesús cesó de latir... No, no me es permitido entregarme á la alegría.»

Así piensa Simon Pedro, y sus ojos permanecen fijos en el sepulcro de Jesús.

No lejos de allí, Magdalena está de rodillas orando. Apoyada en una de sus manos, levanta al Cielo la frente radiante de felicidad. El discípulo la ve, y le pregunta si cree todavía que Jesús ha resucitado.

Magdalena se levanta y va hácia él.

—«Acabas de verme prosternada en el lugar en que se me ha aparecido, le contesta: mi mano derecha tocaba un espino que rozó su vestidura, y mi mano izquierda se apoyaba en el polvo que sus piés han pisado.»

—«Recobra tu razon, Magdalena amada; mira la cruz donde ha muerto.»

—«¡Ha resucitado!»

—«Dí, yo te lo ruego en nombre de Dios vivo: ¿has visto á Jesús con tus propios ojos, como me estás viendo á mí en este momento?»

—«Te lo juro en nombre de Dios vivo: mis ojos han visto al Salvador, como te ven en este momento; mis oídos han oído su voz, y todas las beatitudes celestiales han inundado mi alma.»

Calla Magdalena, y Pedro tambien guarda silencio; pero muy luego le dirige de nuevo la palabra:

—«Aléjate y déjame gemir solo; pues ninguna aparicion consoladora ha venido á regocijarme á mí... No, no puedo creerte, Magdalena.»

—«Entonces no creas tampoco que le has visto en el Tabor rodeado de un esplendor sobrenatural.»

Dice, y se aleja.

Pedro la sigue con la vista.

—«¡Cuán digna de envidia es su confianza! dice para sí. Ni el sepulcro, ni sus horribles imágenes de destruccion la espantan ya, y se sonríe ante la tempestad que brama en el fondo de los sombríos valles de la muerte..... ¿Qué es, pues, lo que me impulsa á dudar de lo que dice?... ¿Por qué no habría de resucitar quien me hizo andar consigo sobre las olas del mar enfurecido (1)? ¡Oh, divino Maestro mio! tú que me sostuviste cuando la incredulidad me hundía entre las olas, sosténme en este momento en que la desesperacion me abrumba. El huracan que tu voz calmó en otro tiempo (2) era menos terrible que el que agita y turba ni alma. Por

(1) Jesús hizo entrar á sus discipulos en una barquilla, y después fué á un monte á orar. Hácia la medianoche se levantó una tempestad, y de repente vieron los discipulos á Jesús, que se adelantaba hácia ellos marchando sobre las aguas. Creyendo estos que era una fantasma, comenzaron á dar gritos de terror. Pero Jesús les dijo: *Tranquilizaos: soy yo; no temáis.* Pedro le rogó que le permitiera andar con él sobre las olas, y Jesús le mandó salir de la barquilla; pero como el viento era muy fuerte, tuvo miedo y comenzó á hundirse. Entonces clamó diciendo: *¡Sálvame, Señor, que perezo!* Jesús extendió la mano, y lo sostuvo diciendo: *Hombre de poca fé, ¿por qué dudas?* — *Evangelió de S. Matias, cap. XIV.*

(2) Un día se embarcó Jesús con sus discipulos en una navecilla. De repente se levantó una gran tempestad; y teniendo miedo los discipulos, despertaron á Jesús que se había dormido. El Salvador les reprendió por su poca fé, y luego dijo al mar: *¡Cálmate!* y al viento: *¡Cesa!* y todo quedó tranquilo. — *Márco, cap. IV.*

la mirada de misericordia que, desde lo alto de tu cruz, te dignaste dirigir al miserable que te negó cobardemente; por tu inmenso amor, ten compasion de mí. Si es verdad que te has dejado ver de tus piadosas amigas, dignate mostrarte á mí tambien... ¿Qué he pedido?... Un ángel, me han dicho, ha pronunciado mi nombre. ¿No es esta una gracia inapreciable? Y ¿qué he hecho yo para merecerla? Me atrevo á suplicarte, amado Maestro mio, que te dignes mostrarte á mí, cuando Lebbeo, y Santiago, y Juan, el predilecto, y la más desgraciada de las madres desean aun la misma dicha... Verdad es que Magdalena ha pecado tambien, pero entonces no te conocia; y para borrar mi culpa, ¿he amado yo como ella?»

Poseido de estos tristes pensamientos, sube lentamente al Gólgota, llega al pié de la cruz, inclina la frente, y ora.

Al levantar la cabeza, ve á Jesús, que en pié á su lado le tiende la mano.

Lleno de santo terror, Pedro no tiene fuerza bastante para levantarse; pero toma la mano del Salvador, apoya en ella su frente, y la estrecha luego contra su pecho.

La Tierra, los Cielos, todo desaparece á la vista y ante el pensamiento de Pedro, que murmura con voz sofocada:

—«¡Maestro!... ¡Señor mio!... ¡Dios de misericordia y de amor!...

Los dos ángeles custodios del discípulo ciernen su vuelo sobre el Gólgota, y dice Ithuriel á Orion:

—«Este dia, celestial hermano mio, es el más bello de nuestra inmortalidad. Los cánticos de los Cielos nos recordarán muchas veces este dia, en que el Salvador resucitado se muestra al pecador perdonado.»

Y Orion contesta:

—«Lees en mi pensamiento, Ithuriel, y yo adivino el

tuyo; pero nosotros no podemos comprender toda la extension de la felicidad de Simon Pedro. Terrible es haber pecado; pero ¿cuál es el serafin cuya intuicion podria medir la inefable alegría del discípulo, que lee su perdon en la mirada misma del Maestro que acaba de triunfar de la muerte?»

Y los dos inmortales repiten á la vez:

—«Sí, es inconmensurable la beatitud del pecador rescatado por la grande obra de la redencion.»

El Mesías abandona el monte, y desaparece en medio de las sombras que proyectan las rocas de los sepuleros.

Pedro, que le ha seguido con la vista, levanta los brazos al Cielo y exclama:

—«¡Gracias, Hijo de Dios, divino Resucitado, gracias mil te sean dadas! Los consuelos que has derramado en mi alma superan á todo cuanto yo hubiera podido desear. Yo he expiado mi crimen con horrosos tormentos; pero al fin lo cometí, y sin embargo te has dignado aparecerte á mis ojos: sí, mis ojos te han visto vivo y rodeado de una auréola celestial. ¡Fuente de esperanza y de amor, que acabas de brotar en mi alma, no le agotes jamás. Sí, ya me atrevo á esperarlo todo... Hijo del Eterno, acabarás la obra de tu misericordia, haciéndome comprender el misterio de tu muerte. Las legiones de bienaventurados, de querubines y arcángeles, que rodean el trono de Jehová, no recibieron jamás de su Señor tantos beneficios como yo me atrevo á esperar de tí... ¡Ha resucitado el Mesías! ¡Jesús ha resucitado! Hijos de la luz, ¡que vuestros cantos de triunfo lo anuncien á los Cielos reunidos, y lleguen tambien al trono del Eterno!»

Calla, y queda abismado en un santo éxtasis. Mas luego se levanta de pronto, y se dirige apresuradamente á la

vivienda de Juan, donde habian quedado los fieles indecisos entre la duda y la esperanza, y entra en la estancia con las manos juntas y los ojos animados de una piadosa exaltacion.

—«¡Gloria, honor y gratitud al Hijo del Eterno! exclama: su amor divino nos sostendrá en la vida y en la muerte. Ha resucitado; yo tambien le he visto, en pié junto á la cruz: mis ojos mortales han contemplado su divino semblante.»

Mudos de sorpresa, los fieles se arrojan en brazos de este nuevo testigo de la resurreccion. La madre de Jesús ase la mano derecha de Pedro, y se la estrecha en silencio; Magdalena le estrecha la izquierda, y le dice con dulce sonrisa:

—«Ahora comprenderás mi felicidad, puesto que tú tambien le has visto.»

—«¡Tú has visto á mi hijo! añade María: ¡al Hijo del Eterno!»

Lebbeo se acerca lentamente á la madre de Jesús, y le dice con voz trémula:

—«No es ya el dolor, es la alegría lo que me obliga á dudar aun. ¡Ah! *¿?*, cuya sangre he visto yo correr, ¿ha resucitado efectivamente?»

Dice, y se inclina sobre el pecho de Juan.

El discípulo amado le estrecha contra su corazon, y murmura en voz baja:

—«Sí, ha resucitado.»

Luego se desprende de los brazos de Lebbeo, se acerca á María, y le dirige estas solemnes palabras:

—«Noble madre del divino Salvador, abre al fin tu alma á la esperanza. Una espada de siete cortes traspasó esa alma tan bella. ¡Que todas las alegrías celestiales la inunden ahora, porque Jesús ha resucitado!.... ¡Divino Salvador!

¡Oh! si, yo creo en tu resurreccion, y me atrevo á esperar la dicha de verte: la mirada que al expirar en la cruz me dirigiste, asi me lo prometió.»

Bartolomé ase la mano de Simon Pedro, y le pregunta con el acento de la más dulce tristeza:

—«¿No es verdad, hermano mio, que mi cabeza encanecida por los años no reposará en la piedra del sepulcro antes de haber visto á nuestro divino Maestro?»

Y Pedro contesta con la seguridad de una fé inquebrantable:

—«Sí, le verás: el Maestro tendrá piedad de todos nosotros.»

Semejante á una sombría nube que se forma espontáneamente en un cielo sereno, Tomás aparece de repente en medio de los fieles.

—«¡Y tú tambien, Pedro, le dice, tú tambien te imaginas haberle visto!... ¡Ah! si me fuera dado creer un imposible, daria fé á tus palabras.»

—«Desecha tus crueles dudas, hermano mio, y participa de nuestra felicidad, responde Pedro. El Señor ha resucitado; ha despertado del sueño de la muerte; se ha dignado aparecerse á nuestros ojos mortales, y tendrá misericordia de todos nosotros.»

La madre de Jesús se prosterna en medio de la estancia, levanta las manos al Cielo, y ora diciendo:

—«¡Mi alma glorifica al Eterno; mi corazon se regocija en tí, Dios y Salvador mio! Desde lo alto de tu cruz has visto las lágrimas de tu madre, las has contado, y las generaciones futuras celebrarán las beatitudes que has hecho descender sobre mí. Tú eres más fuerte que la muerte; todas tus acciones son grandes y maravillosas; tu nombre es sagrado, tu misericordia infinita, tu brazo omnipotente:

tú derribas á los orgullosos sedientos de sangre, precipitas á los soberbios monarcas de sus tronos, ensalzas á los humildes, y refrigeras á los que tienen sed de salvacion; pero dejas que se sequen los corazones altaneros que creen bastarse á sí mismos. Consuelas á los que te aman, como se lo prometiste á Abraham, y eres fiel al juramento de amor y misericordia. ¡Honor, gloria y gratitud á Jesús resucitado, al Mesías vencedor de la muerte!»

Durante esta fervorosa plegaria, Tomás ha subido á la azotea de la casa, y los fieles le han seguido sucesivamente, á fin de reanimar sus fuerzas respirando el aire fresco de la mañana, y de elevar sus almas contemplando el imponente espectáculo del nacimiento de un nuevo día.

La presencia de estos saca al infortunado Didimo de las sombrías meditaciones que lo absorben; y al hacer un movimiento para alejarse, Pedro se interpone y lo detiene.

—«¡Oh, amado hermano mio! le dice: no huyas de nosotros. Yo tambien he dudado: el Señor tendrá piedad de tí, como la ha tenido de mí; de mí, que lo negué. Mira, añade indicándole con la mano una de las sendas que atraviesan la comarca. ¿Quiénes son aquellos dos hombres que aparecen á lo lejos? Si la vista no me engaña, son Mateo y Cleofás. Amados amigos, ¿por qué no estais ya con nosotros para participar de nuestra dicha. Un desconocido sale de la sombra de un bosquecillo, y se les acerca... les habla... ¡Qué aire tan imponente y noble! ¿Le conoces tú, Didimo?»

—«No; pero nunca he visto tanta majestad, unida á tanta dulzura.»

Y Pedro añade:

—«Regocijaos, amigos míos: los rodeos de la senda que siguen los acercan á nosotros... ¡Ah! muy luego aquel grupo de palmeras los ocultará á nuestra vista... Mirad, mirad

por última vez al noble desconocido... ¡Con qué dulce dignidad escucha á nuestros compañeros, que sin duda le hablan de la muerte del Salvador, cuya resurreccion ignoran todavía. ¿No pudiera ser uno de los ángeles que nuestras piadosas amigas han visto cerca del sepulcro?»

—«¡Cuán pronto te dejas llevar de seductoras ilusiones! exclama Tomás. El aspecto de ese desconocido te agrada y encanta, y ya ves en él algo más que un simple mortal.»

—«Te compadezco, querido Didimo, contesta Pedro; porque yo como tú ignoraba los inefables goces de la esperanza, cuando de repente le vieron mis ojos en pié y vivo junto á su cruz. Te lo repito, el Maestro tendrá misericordia de tí.»

—«Si, dice Tomás suspirando: Dios tendrá piedad de mí; pero Jesús... Jesús ha sufrido lo que sufren todos los profetas, pues ha muerto como ellos.»

En vano se esfuerza Pedro en consolarlo, repitiéndole que el Mesías ha resucitado: el discípulo incrédulo permanece sombrío y pensativo.

Saliendo por las puertas de Salem, Mateo y Cleofás se habian comunicado sus pensamientos. Cleofás dirigió primero la palabra á su amigo:

—«Amado Mateo, le dijo: no nos es dado ya dudar: impelidos por su odio feroz, los sacerdotes han de haber sobornado al capitán romano para que les entregue el cuerpo del Maestro divino. ¡Ah! en este momento, el polvo maldito del Gólgota cubre sin duda sus sagrados restos.»

Y Mateo contesta:

—«Piensa en los ángeles que nuestras amigas han visto cerca del sepulcro. Tú crees que el dolor habia turbado sus ojos; pero el dolor solo engendra visiones tristes y amenazadoras. El dolor hubiera podido hacerles creer en la apa-

ricion de Judas Iscariote, pero no en la de los ángeles consoladores.»

Estas palabras hacen pensar á Cleofás, que después de un breve silencio, pregunta á su amigo por qué no se digna Jesús aparecérselos.

—«Y ¿qué hemos hecho nosotros para merecer esa gracia? responde Mateo. Nosotros lo hemos dejado prender en el valle de Gethsemaní; nosotros nos hemos limitado á gemir en secreto, mientras que jueces indignos de este nombre pronunciaban su sentencia de muerte; nosotros no nos hemos atrevido siquiera á acercarnos á la cruz, en que sus verdugos lo enclavaron... No pongamos, pues, el colmo á nuestras faltas con dudas impías.»

—«Envidio tu felicidad, amado Mateo, si en efecto crees que ha salido triunfante del sepulcro.»

—«Jamás te he ocultado ninguno de mis pensamientos, responde Mateo. Escucha la confesion que te voy á hacer. Cuando medito con calma en esta maravillosa resurreccion, ¡oh! entonces sí creo; pero cuando la esperanza de volver á ver á nuestro divino Maestro, y el temor de que esta esperanza sea una ilusion agitan á la vez mi alma, entonces dudo... Solamente su vista podrá poner término á mis angustias.»

—«Tus deseos se elevan demasiado alto. El consuelo que pides, sólo en la eternidad lo encontraremos: esperar en esta vida de pruebas seria una temeridad.»

Durante esta piadoso coloquio, los dos discípulos llegan á la márgen de un bosque, donde el desconocido los alcanza, preguntándoles adónde dirigen sus pasos, y por qué tienen tan profunda tristeza.

Cleofás contesta al punto, que se dirigen á Emaus (1), y

(1) Suburbio de Jerusalem, de que se habla con frecuencia en los Evangelios.

que deploran la desgracia que acaba de ocurrir en Jerusalem.

Creyendo leer en el semblante del desconocido que ignora esta desgracia, se la refieren minuciosamente, y él los oye en silencio.

—«Ya lo veo, dice Cleofás: tú vienes de alguna comarca lejana, donde no has oido pronunciar el nombre de Jesús de Nazareth, del profeta del Eterno, que se ha anunciado con milagros. Nosotros mirábamos en él al Mesías prometido, al Salvador del pueblo de Israel. Ya es hoy el tercer dia desde que murió en la cruz, y con él nuestras más caras esperanzas.»

Mateo toma la palabra á su vez, y repite al forastero las maravillosas narraciones de las santas mujeres que visitaron primero el sepulcro.

En este momento llegan los tres al grupo de palmeras, que los sustrae á la vista de los fieles reunidos en la azotea de la casa de Juan.

El desconocido se detiene, dirige á sus dos compañeros miradas que imponen respeto y obediencia, y pronuncia estas palabras, semejantes á un eco del Cielo:

—«¿Hasta cuándo se resistirán á creer vuestros corazones endurecidos lo que fué anunciado por los profetas? ¿No está escrito que el Mesías debe consumir su obra con padecimientos crueles, y que no recobrará toda su gloria hasta haber sucumbido á la muerte?»

Y sin fijar su atencion en la sorpresa de los dos discípulos, continúa explicándoles los pasajes de los profetas, que anuncian al género humano un Salvador, cuyo voluntario sacrificio ha de borrar el anatema que pesa sobre él desde la caida del primer hombre.

Quando la tempestad llega, retiene al principio su aliento,

y pasa murmurando á través de los espesos bosques; los valles están silenciosos aun, y las nubes que flotan en el aire pasan por delante del Sol sin detenerse; pero de repente los árboles se agitan y se inclinan bajo el soplo impetuoso que los trabaja; el Cielo se abre, y vomita fuego y torrentes de agua; una voz poderosa despierta los ecos de las montañas; el huracán reina y manda como señor. De este modo, la elocuencia del noble desconocido, grave y tranquila al principio como la verdad, comienza por apoderarse del pensamiento de los dos discípulos; después despliega todo su poderío, y rasga con palabras fulgurantes el velo sublime que cubre el misterio de la redención.

Iluminados, pero casi exánimes, los discípulos suplican al divino orador que se digne considerar sus pocas fuerzas.

—«Cualquiera que seas, dice Mateo, nos penetras de respeto y terror. Acaba de instruirnos, pero concédenos algunos momentos de reposo: nuestro pensamiento no puede seguir el fogoso vuelo del tuyo, y nos faltan las fuerzas para tenernos en pié.»

El desconocido les hace sentarse á orillas de la fuente que brota á la sombra de las palmeras, se coloca en frente de ellos, y les recuerda con dulce sencillez las numerosas pruebas que Jesús les ha dado de su amor sin límites á todo el linaje humano.

Estas conmovedoras palabras producen en los dos fieles el efecto de la brisa embalsamada, cuando pasa por la tierra después de un largo día de Verano.

El desconocido les pregunta si se sienten en efecto penetrados de un amor sincero y profundo hácia su Maestro; y los dos contestan á la vez.

—«Siempre le hemos amado de esa manera; y sin embargo, lo hemos abandonado cuando lo arrastraban al suplicio.»

—«Ahora que sabeis que ha muerto por vosotros, añade el desconocido, ¿podriais, si él lo exigiera, hacerle el sacrificio de vuestra vida?»

—«Así lo creemos, contesta Mateo; pero ¿qué es nuestra voluntad, si su misericordia no nos da fuerzas para cumplirlo?... Perdona si me atrevo á interrogarte; pero no puedo resistir al deseo de dirigirte esta última pregunta: Tú, que sabes todo lo que concierne á nuestro divino Maestro, ¿podrás decirnos si es cierto que ha resucitado, y si se dignará aparecérsenos?»

—«Los hermanos de José hablaron largo tiempo con él sin conocerle; pero la hora de la reconciliación sonó. José no pudo ya contenerse, y rompiendo en sollozos, exclamó: ¡Yo soy!»

Dice, se levanta y se aleja.

No sabiendo qué pensar del desconocido, Cleofás y Mateo le siguen apresuradamente.

—«No es *Él*, se dicen en voz baja: no, es imposible. ¿Pues quién será? Quizá sea un ángel...»

Y acelerando el paso, le alcanzan muy en breve.

—«Tú, á quien no conocemos, dice Cleofás, y á quien veneramos sin embargo con todo el respeto de nuestro corazón, ¿quién eres? ¿Nos sería permitido abrazarte antes de separarnos acaso para siempre?»

El desconocido les abre los brazos.

Los dos discípulos se precipitan en ellos con efusión, y lloran largo tiempo apoyados en su pecho.

Después continúan su camino los tres en silencio.

Al llegar á la entrada de Emaus, el desconocido se detiene.

—«Separémonos, dice: voy á reunirme con los míos.»

Cleofás y Mateo le suplican que no los deje tan pronto.

—«Mira, le dicen: ya el Sol descende hacia las montañas de la Arabia; muy pronto vendrá la noche, y debes de estar fatigado.»

—«Los míos me esperan con impaciencia,» contesta el desconocido.

—«Nosotros te amamos tanto como ellos, replica Mateo; ya los verás. No te expongas á viajar durante las tinieblas. Y además..... ve que tenemos necesidad de oírte hablar de Jesús.»

—«Pues bien, hermanos, no os dejaré todavía.»

Cleofás le da las gracias con una mirada de júbilo, y se adelanta.

Y Mateo dice al desconocido:

—«Mi amigo habita la humilde cabaña que ves en medio de aquellos árboles, y se adelanta á fin de preparar la comida más espléndida que le sea posible ofrecerte. ¡Cuán dulce y tranquila será para nosotros esta noche, después de tantos días tristes y tormentosos! Y á tí te deberemos este consuelo, pues te dignas reposar bajo el humilde techo del pobre. Cuando nuestro divino Maestro vivía aun, era, como tú, el amigo del pobre, y como tú gustaba de detenerse en las cabañas, donde derramaba á manos llenas consuelos y enseñanza. ¡Ah! Las causas de su abatimiento en la Tierra, que tú has procurado hacernos comprender, me parecen más maravillosas que ese mismo abatimiento. Pero así debían realizarse los decretos de la Providencia. ¡Que no pueda yo pasar mi vida contigo! Tú me enseñarías á glorificar dignamente al divino Redentor, muerto por borrar nuestros pecados.»

Arrodillado á la orilla de un arroyo que atraviesa su huerto, Cleofás saca agua en una vasija de barro, y la pone á su lado para lavar las yerbas aromáticas que acaba de

coger. Bajo sus manos trémulas de felicidad, la mayor parte de estas yerbas se convierten en flores, que se le escapan y se balancean muellemente sobre la blanca espuma de la corriente.

Este fenómeno habria llamado su atencion, si en aquel momento no hubiera visto á sus dos huéspedes entrar en el huerto. Al verlos, se levanta vivamente, toma la vasija llena de agua, echa en ella las yerbas aromáticas, y hace entrar al desconocido y á Mateo en su cabaña, donde tenia ya preparada la frugal comida, que queria ofrecerles.

Esta comida se compone de leche, miel, higos, pan blanco y una ánfora de vino.

Siéntanse los tres en esteras extendidas al rededor de la mesa, ocupando el forastero el lugar de preferencia.

Después de un breve silencio, toma este el pan, lo bendice y lo distribuye de un modo solemne, levantando al Cielo los ojos con expresion de gratitud.

Los discípulos permanecen mudos de admiracion y sorpresa, porque así presidia la mesa Jesús.

El desconocido los mira con dulce sonrisa, y pronuncia estas piadosas palabras:

—«Gracias te damos, Padre celestial, por los dones que nos concedes para sostener nuestro mezquino cuerpo mortal. Los humildes frutos de la Tierra son obra tuya, como las innumerables estrellas que brillan en la inmensidad de los Cielos: todo en la creacion atestiguan tu poder y tu bondad infinita.»

Con esta misma oración iniciaba Jesús siempre las comidas que hacia con los suyos.

Al pronunciarla, el desconocido tenia la voz y la expresion del Mesías, y los dos discípulos reconocen en él á su Maestro divino.

Pálidos y mudos de felicidad, se prosternan á sus piés, y lo adoran en silencio.

Jesús continúa su oracion:

«Honor y gloria al Eterno, que creó el Sol para alumbrar los trabajos del dia, y la Luna para encantar el reposo de la noche. Él nos da el pan cotidiano: adoremos y demos gracias á nuestro Padre, que está en los Cielos.»

Dicho esto, mira dulcemente á sus discípulos, los bendice y desaparece.

Cleofás y Mateo se levantan apresuradamente, lo buscan en vano por todas partes, y vuelven á la cabaña llenos de alegría y reconocimiento.

—«¡Le hemos visto! ¡Le volveremos á ver!» exclama Mateo.

Y Cleofás contesta echándose en brazos de su amigo:

—«¡Yo no estoy ya en la Tierra; me creo en el Cielo!»

—«¡Ah! exclama Mateo. ¿Cómo hemos merecido este insigne favor? Antes de darse á conocer, sus palabras han derramado una luz divina en nuestros corazones oscurecidos. No, no tardemos en comunicar nuestra ventura á nuestros amigos.»

Dice, y toma su báculo de viaje: Cleofás sigue su ejemplo, y los dos dirigen sus pasos hácia Jerusalem.

Simon Pedro, entre tanto, departe con Tomás Dídimó, y le suplica que no aflija más á sus amigos con dudas que pudieran quebrantar su fé.

—«¡Quieres obligarme á huir de ellos! contesta Dídimó. Me acusas sin razon de turbar su fé. ¿No es hacerles un buen servicio sacarlos cuanto antes de una seductora ilusion?»

—«Calla, calla, hermano mio; te lo ruego en nombre de Jesús, á quien hemos visto morir, y que vivirá eterna-

mente: no califiques de ilusion la luz celestial que ha descendido á iluminarnos. Hémos aquí reunidos en torno de tí á todos los que podemos dar testimonio de su resurreccion.»

Vivamente afligida por la incredulidad de Tomás, Magdalena levanta al Cielo los brazos, y exclama:

—«¡Vencedor de la muerte! ten piedad de tu discípulo: solo el exceso de su amor á tí le fuerza á dudar de tu poder. No rompas la caña que el viento ha doblegado hasta la tierra; no mandes la tempestad sobre el incendio que va á extinguirse... ¿Crees tú, desgraciado Dídimó, que haya un hombre sobre la Tierra, ni un ángel en los Cielos, que pueda pronunciar mi nombre con el acento que hirió mi oído cuando él me dijo: ¡Magdalena!...»

—«La exaltacion que os embriaga á todos, amigos míos, justifica mis dudas; porque la exaltacion fascina.»

—«Pero ¿quién podría ver los Cielos abiertos y permanecer tranquilo? dice vivamente Pedro. Tú no ves nada de lo que causa nuestra dicha; pero creas fantasmas amenazadoras, y hablas de ellas con más calor que el que nosotros demostramos hablando del divino Resucitado, que en su misericordia se ha revelado á nosotros. Ve á buscar á los Saducéos, y cree con ellos que no hay ángeles, ni Dios, ni resurreccion después de la muerte.»

Tomás se echa sollozando en brazos de Pedro.

—«No me repelas así hermano mio... Yo amaba al divino crucificado tanto como le amábais todos.»

Conmovida por sus lágrimas, Salomé le tiende la mano y le dice:

—«Cálmate, querido Tomás; el que acabas de llamar divino crucificado sanará las heridas de tu corazón, porque su poder es infinito y su bondad no tiene límites.»

Todas las santas mujeres que han visto á Jesús se apre-

suran á decir, que la expresion de su mirada revelaba una misericordia infinita, más divina aun que la que con tantas pruebas mostró durante su vida.

—«Y sin embargo, no se ha aparecido más que á vosotros..... Yo hablo de mí; pero su madre..... pero Juan el predilecto... ¡Ah! si Jesús hubiera resucitado, á su madre y á Juan se habria aparecido antes que á nadie.»

Estas palabras de Tomás infunden una incertidumbre cruel en el corazon de los fieles. Las olas de la duda amenazan sumergirlos; pero las santas mujeres y Simon Pedro repiten lo que han visto y oido; y los fieles, vueltos á la fé, marchan de nuevo sobre la superficie móvil del mar.

El discípulo incrédulo deja á sus amigos, cuyos consuelos le importunan. Después de haber andado errante mucho tiempo, se dirige al monte de las Olivas. Llega al lugar de los sepulcros, y esperando encontrar allí reposo, entra bajo sus sombrías bóvedas; pero la soledad tiene en su mano derecha una copa coronada de dulces pensamientos, y en la izquierda un puñal agudo. Al sabio le ofrece la florida copa; al infortunado, á quien trabajan negros proyectos, el puñal.

A medida que Tomás avanza por la fria y silenciosa mansion de los muertos, la duda pesa más fuertemente sobre él; y su alma se habria perdido en este abismo sin fondo, si no hubiera recordado que Dios contesta siempre al corazon que le invoca confiadamente. Así, pues, su pensamiento le dirige esta plegaria:

«¡Soberano misterioso del universo! A pesar del denso velo que cubre tus decretos ante nuestra débil razon, mi alma afligida te pide socorro y proteccion. Tenebrosos son los caminos que nos has trazado, y el que yo por mí mismo he elegido es el más negro de todos. Señor de todo lo que

es, de todo lo que fué y de todo lo que será, Señor, deja caer sobre este valle de miserias una mirada de misericordia, que ilumine á este gusano perdido en él y rodeado por el hielo de la muerte. Si mis ojos no se levantaran hácia tí, roca inquebrantable que arrostras las tempestades, ya hubiera yo sucumbido bajo los horrores de la duda y las angustias de la desesperacion.

«Tú sabes ¡oh Jehová! cuánto amaba yo al Profeta divino, que descendió entre nosotros como un mensajero de paz y de ventura. Sus viles enemigos triunfan, pues lo han inmolado á sus sanguinarios ódios. ¿Habré de vivir y morir yo sin él?...

«Ante mis ojos se acumulan montañas sobre montañas; á mis piés se hunden abismos bajo abismos, y un vago presentimiento me dice que Jesús será para mí más de lo que nunca fué...

«¿Por qué, pues, atormenta mi alma este presentimiento?... Y ¿qué es mi alma? ¿una sustancia perecedera, ó un aliento inmortal?...

«¡Huid de mí, huid, dudas horribles! Sí, mi alma es inmortal; pero ¿qué es sin *Él*, y qué puede tener de comun con *Él*, mientras esté reducida á arrastrarse por el polvo?...

«¡Ay! Ese Salvador que mi alma espera ver, acaso haya muerto para siempre... ¡Insensato! quiero sondear el abismo de la eternidad, y ni siquiera comprendo los misterios de esta vida de un día.

«Dios del monte Sinaí, Padre del Mesías, ¿qué has hecho de tu hijo?... ¡Tu rayo terrible estaba quieto, y la tempestad dormida, mientras lo arrastraban al suplicio!... Verdad es que la Tierra tembló, y que en su conmocion derribó más de una roca; verdad es que el estruendo de su caída despertó el eco de los Cielos, y llenó de asombro á todos los

testigos del crimen que acababa de manchar el mundo; pero entonces ya estaba muerto el Mesías, y ninguna roca cayó sobre sus verdugos, ni se abrió ningun abismo para tragárselos.

«Dios omnipotente, tú que mandaste al más terrible de tus ángeles herir á todos los primogénitos de Egipto, y pasar, sin entrar, por delante de las casas marcadas con la sangre del cordero; tú que detuviste el curso de los rios y separaste los mares para que pasara tu pueblo; tú que hiciste caer al son de las trompetas de tus guerreros los muros de Jericó; tú que permitiste á Moisés contemplar, sin deslumbrarse, el vívido esplendor de tu magnificencia; tú que estuviste con tu hijo cuando anduvo sobre las irridadas olas, cuando dió vista á los ciegos y resucitó á los muertos; tú que le diste fuerza para sufrir con celestial resignacion la vergüenza, la ignominia, las más horribles torturas y la muerte más cruel; Dios, Juez del Universo, dí, ¿dónde está tu hijo amado? ¿Es por tí, es por él por quien podré yo poner término á mis tormentos?... ¿Qué debo pedir? ¿Qué esperar?... Jesús no existe ya: su cuerpo ha sido arrojado sin duda entre los huesos de los más viles criminales, y tú, su padre, ¡tú permaneces impasible!...

«Me dicen que ha resucitado... Narraciones hechas por mujeres, cuya razon se hallaba turbada por el dolor: hé aquí el único consuelo que me envias. ¿Qué importa para el naufrago el junco roto que se balancea sobre las espumosas olas? ¡Ah! ¿por qué no me he dormido yo para siempre en medio de estos sepulcros? No me resucitaria *Él*, que ha resucitado tantos muertos, ni yo querría volver á una vida en que no lo encontraría.

«Vosotros, los que dormís en este lúgubre lugar, ¿habeis

conocido á Jesús, mi divino Maestro? Y si lo habeis conocido, ¿estais cerca de él ahora?

«Huesos reducidos á polvo: cuando salga del seno del porvenir el más grande, el último dia del tiempo; cuando la voz del Eterno os grite: «¡Levantaos! Otra vez os anima mi aliento;» ¡oh! entonces me despertaré con vosotros, y Jesús tambien sacudirá las cenizas de su destruccion...

«Una larga série de siglos me separa aun acaso de ese momento afortunado; pero la vida es corta: ¿qué importa la duracion del sueño de la muerte?... Si, el vuelo de la vida es rápido; lo sentimos cuando llega á su término... mientras dura, sus alas son de plomo para el desgraciado que sufre. Y ¿quién ha podido nunca sufrir más que yo?... Tú, que has dado á los hombres oidos para oír, ¿oyes la trémula voz de un vivo que desea morir?...

«¡Benditos seais, vosotros todos los que habeis llorado á nuestro divino Maestro, y no lo llorais ya, porque creeis en su resurreccion!... ¡Que no pueda yo participar de vuestro error! ¡Ah! Si yo le viera, no tendria como vosotros fuerzas para vivir, no: el mismo regocijo me mataria; pero no es la alegría, sino el dolor el que ha de matarme á mí. La espada que traspasó el corazon de María, ha traspasado tambien el mio, y no hay bálsamo en la Tierra para tales heridas...

«¡Oh! si Jesús se me apareciera... ¡Insensato deseo! no, no vengas á levantarme, para precipitarme de nuevo en abismos sin fondo...

«Sin embargo, si el Mesías quisiera, podria hacer por sí mismo lo que ha hecho por sus hermanos. Mas ¿para qué habia de quererlo? ¿Por qué habria de haber consentido en morir, si habia de resucitar después de dormir algunos dias en el sepulcro?...

«No, no, si tales hubieran sido su poder y su voluntad, habria descendido triunfante de la cruz... Si viviera, se me habria aparecido á mí; porque nadie, nadie tiene más sed de verle que yo. Y si yo le viera, pondria mis dedos en sus llagas... Pero uno resucitado ¿tiene llagas? Yo abrazaria sus rodillas, y entonces creeria. ¡No creeré nunca, porque está muerto!...

«¡Padre de Cristo, Padre mio! ¡ah! por piedad, no te apartes enteramente del más desgraciado de tus hijos.»

Así ora Tomás.

Rendido por el cansancio y quebrantado por el sufrimiento, lanza un lúgubre gemido, y se apoya en una de las rocas que se desprendieron de la bóveda del sepulcro, en el momento en que se desgarró el velo del santuario y santas tinieblas esparcieron el terror dentro de los muros de Jerusalem.

Una voz lejana viene de repente á unirse á las quejas del discípulo.

Esta voz, que le llega á través del silencio de las tumbas, se aproxima por grados, y muy luego puede Tomás distinguir estas benévolas palabras:

—«Tú que gimes bajo esas sombrías bóvedas, ¿has caido víctima de algun vil asesino? ¿Puedo socorrerte? Dí, ¿dónde estás, para curar tus heridas?»

Tomás guarda silencio, y la voz añade:

—«¿Dónde estás? Yo atravesaba el valle de Gethsemani, cuando tus quejas han llegado á mí, y vengo en tu socorro, si está en el poder humano aliviar tus males.»

—«Los alivias, sí, contesta por fin Didimo, porque me pruebas que aun hay corazones sensibles y buenos. Bendito seas, noble viajero, y continúa tu camino, pues la noche ha llegado ya. Tiernos hijos y una amorosa madre

te esperan sin duda con impaciencia: no retardes su felicidad, pues no puedes hacer nada por mí, siendo mi alma la que padece.»

—«Hermano, dice la voz, que se hace ya oír cerca de Tomás, dame la mano; quiero llorar contigo. Las lágrimas de un amigo compasivo alivian los dolores del alma.»

Y en esto, se siente atraido Tomás á los brazos del desconocido, que lo estrecha contra su pecho.

Más afectado que sorprendido de esta muestra de bondad, le pregunta si pertenece al pueblo de Israel, y si es uno de los peregrinos venidos á Jerusalem para celebrar la fiesta de Pascua.

El desconocido contesta:

—«Soy en efecto hijo de Israel; vengo de un país lejano, y me llamo José. Y tú, hermano, ¿cómo te llamas?»

—«Tomás Didimo.»

—«Pues bien, querido Tomás, sígueme: las imágenes de la muerte que nos rodean aquí aumentan la sombría tristeza de tus pensamientos.»

—«¡Ah! hermano mio, yo amo esas imágenes, amo la muerte y los sepulcros.»

—«Tomás, levanta tu inclinada cabeza, mira al Cielo, y aprende á sufrir. ¿Quién ha hecho el dolor sino *Él, Él*, que nos ha creado para la vida eterna? Los suspiros, las quejas de los mortales se elevan hasta su trono, y se unen á los coros celestiales que celebran su gloria. ¿Puedes suponer que Dios no quiera, que Dios no pueda salvarte? Te lo repito, aprende á sufrir: el dolor viene del Cielo; prostérnate, hermano, ante ese mensajero divino.»

—«Eres un hombre segun mi corazon, querido José. ¡Que el Eterno aparte de tí las angustias que destrozan mi alma: tú como yo sucumbirias á ellas.»

—«Explicáte más claramente; indicame las causas de tu desesperacion.»

—«Sea como lo quieras, José. ¿Has conocido tú á Jesús?... ¡Ah! ¿por dónde comenzar? ¿por dónde concluir? pues, ya lo veo, tú no sabes nada de Él. ¿Desde cuándo estás en la Judea?»

—«Desde muy pocos días há; pero mensajeros de Judea han ido á los valles de la paz eterna, que yo habito; nos hablaron de Jesús, el hijo de Jehová, y hemos descendido á la Tierra para verle morir y resucitar.»

—«¡Para verle resucitar has venido! ¡Oh! ¿quién eres? ¿quién eres, José?»

—«Un forastero, querido Dídimo. Yo tenia un amigo precioso en la tierra de Canaán... Durante mucho tiempo estuve separado de él; pues me habia dejado en el país del Nilo... El Hombre-Dios me lo ha devuelto al fin en el momento de entrar en el santuario, en el momento de rasgarse el velo (1)... Es preciso que me aleje, querido Dídimo; pero volveré á tí.»

—«¡Oh! no me abandones así, querido José, yo te lo ruego. ¡José! ¡Qué nombre tan dulce! ¿Llevan tambien los ángeles ese nombre, que llevaba el predilecto de su padre, el amado del Eterno? Querido José, oiga yo otra vez el sonido de tu voz. ¡No me contestas! ¡Ah! no tienes piedad ni misericordia. No, no eres un ángel: los ángeles no son inexorables... privilegio reservado solo á los hombres...»

(1) José habla aqui de Jacob, su padre, que quedó en la tierra de Canaán hasta el momento en que, habiendo llegado á ser primer ministro de Faraon, llamó á Egipto á toda su familia. Haciendo decir á José que el Mesias le devolvió á su padre cuando se rasgo el velo del templo, alude Klopstock á la resurreccion de los patriarcas, que, segun él, se efectuó en aquel momento, como lo describió en el CANTO XI.

Este desconocido habita los valles de la paz eterna, y mensajeros del reino de Judá fueron á hablarle del Mesias... ¿Quiénes son estos mensajeros? ¿Por quién fueron enviados á él?... Ellos le dijeron que descendiera á la Tierra para ver morir y resucitar á Jesús; á Jesús, que le devolvió su precioso amigo cuando se rasgó el velo del santuario... El velo no se rasgó sino después de su muerte. ¿Continúa, pues, manifestándose con beneficios hasta en su sepulcro?... Pero ¿por qué murió? ¿No nos decia siempre que viviria eternamente?... Cuanto más me afano por penetrar este misterio, más y más me extravió... ¿Estaba yo bien despierto cuando ese José vino á hablarme? Abrumado de fatiga y de dolor, me apoyé sobre esta roca, y el sueño me sorprenderia... Sí, en sueños he visto á ese desconocido. ¡Oh! si hubiera sido un ángel, si hubiera sido siquiera un mortal compasivo, ¿habria desaparecido así?... Ahora comprendo el error de mis amigos: dulce error que los consuela, y del cual no puedo yo participar... Dios me conduce por otro camino: triste y sombrío es, pero ¿qué importa? él me procurará, si no la felicidad, á lo menos el reposo.»

Dicho esto, calla; sale del sepulcro, y siguiendo la direccion que le indica el ruido del torrente Cedrón, entra en el valle de Gethsemani, donde espera hallar una cabaña hospitalaria para pasar el resto de la noche.

Luego que se fué Tomás, los fieles reunidos en la vivienda de Juan se habian apresurado á cerrar la puerta; pues temian que la sangre de Jesús no hubiese aplacado el ódio de los sacerdotes, y que después de haber inmolado al maestro, quisieran sacrificar tambien á sus discípulos y amigos.

Simon Pedro vituperó rudamente este vergonzoso terror:

él á lo menos estaba dispuesto á morir por su divino Maestro; pero los demás fieles, que aun no habian tenido la dicha de verle, hallábanse quebrantados por las dudas de Tomás; y á pesar de Pedro y de las santas mujeres, las puertas fueron cerradas cuidadosamente.

Hacia la media noche, unos golpes violentos, dados en la puerta, retumban en el piadoso asilo. Los fieles tiemblan de espanto, pero muy luego reconocen la voz de Cleofás y de Mateo, y Santiago los introduce sin demora.

Su vista aumenta el terror de la fraternal familia; porque todo en ellos pone de manifiesto la más viva emocion. Creyendo que vienen perseguidos por los enemigos de Jesús, los abruman á preguntas. Pero María y Magdalena, lejos de participar de los temores pusilánimes de sus amigos, se acercan á los dos discípulos, y les dicen con voz firme y segura:

—«No temais: ha resucitado... Simon Pedro le ha visto tambien.»

Y Cleofás contesta con piadosa exaltación:

—«Sí, ha resucitado: nosotros daremos testimonio de ello desde hoy; pues tambien lo hemos visto.»

Pedro y las santas mujeres participan del arrobamiento de Cleofás y de Mateo; pero la tristeza continúa pintada en el rostro de sus hermanos, que no han tenido todavía la dicha de ver al Mesías.

—«¡Ah! exclama Simon Pedro: nuestros amados hermanos comienzan ya á creer nuestras palabras, y á participar de nuestro santo éxtasis; pero Tomás les ha comunicado sus dudas. Imploramos del Señor que tenga piedad de ellos, que la tenga especialmente del infortunado discípulo, cuya incredulidad lo ha arrojado en un laberinto sin salida.»

Juan toma la palabra con tono triste y tranquilo.

—«Dídimo no me ha extraviado á mí; pero ¿por qué he de ocultarlo? Sí, yo estoy afligido; porque nuestro divino Maestro no se ha dignado mostrarse á mí, que tan fervorosamente le amo.»

—«Piensa, contesta Pedro, que aun no se ha aparecido á su madre. Cleofás, y tú, Mateo, ayudadme á consolar á los afligidos amigos de Jesús: referidles dónde y cómo le habeis visto vosotros.»

Y en medio de un profundo silencio, Cleofás se dirige á la congregacion de los fieles, y dice:

—«Tristes y desolados como estais vosotros ahora, atravesábamos la risueña comarca de Emaus, y pedíamos en vano consuelo á aquel alegre paisaje, que variaba sin cesar á nuestra vista sus más encantadores cuadros.

«De repente un viajero extraño se nos acerca: verle y amarle todo fué uno en nosotros. ¿Cómo os describiria yo los sentimientos que nos han inspirado sus palabras? Nos habló del Mesías, desde tanto tiempo hace prometido por los profetas, y nos hizo entrar en las profundidades de los misterios de la redencion... Todo lo que nos dijo está presente en mi memoria, y sin embargo, no puedo repetíroslo. Cada una de sus palabras tenia el poder de la tempestad y el ardor de la llama que alumbra y consume...»

«Conmóvido por nuestros ruegos, consintió en reposar en mi cabaña; yo preparé una frugal comida, y él se sentó á la mesa enfrente de nosotros. Aun le veo distribuir el pan, aun oigo su dulce oracion...»

«Entonces, solo entonces reconocimos á nuestro divino Maestro; y prosternándonos á sus piés, le adoramos en silencio.

«El Salvador nos miró con celestial bondad, y desapare-

ció. Nosotros le buscamos solícitos; pero ¡ay! había desaparecido sin dejar una huella de su paso.

«Apenas volvimos de nuestra sorpresa, nos dirigimos aquí para deciros: ¡Jesús vive! ¡Jesús ha resucitado! Nosotros lo hemos visto.»

A pesar de su extremada sensibilidad, ó más bien, á causa de esta sensibilidad, Lebbeo ha sido más quebrantado que los demás fieles por el ejemplo de Tomás, y la narración que acaba de oír no le inspira más que duda y desconfianza.

—«Creo con vosotros, amigos míos, dice, que habeis encontrado á un sábio, acaso un ángel. Sus palabras os han admirado; porque cualquiera que sea la naturaleza de ese viajero, os ha sido enviado por el Eterno, que quiere hacernos comprender que, si hemos perdido á nuestro amado Maestro, si sus restos mismos nos han sido arrebatados, debemos hallar alivio para nuestro dolor en la certidumbre de que su alma ha encontrado reposo en los valles de la eterna paz. Hé ahí lo que yo puedo creer con vosotros; pero ¿cómo admitir que ese viajero era el mismo Jesús? ¿Hubiérais podido verle sin reconocerlo al instante? Cuando tomó el pan para distribuirlo, habria sin duda en su actitud y expresion alguna semejanza con la noble unción de nuestro divino Maestro, y esta semejanza os hizo creer que el mismo Jesús estaba entre vosotros.»

Dicho esto, calla.

Cleofás le dirige una mirada de tierna compasión; Mateo le tiende la mano con melancólica sonrisa, y dice:

—«Déjame repetirle las palabras que el Salvador nos ha dirigido, cuando, demasiado ciegos aun para reconocerlo, le preguntamos si Jesús vivía, y si debíamos esperar verle. «Los hermanos de José, nos dijo, hablaron largo tiempo con

él sin reconocerlo; pero la hora de la reconciliación sonó, José no pudo ya contenerse, y rompiendo en sollozos, exclamó: ¡Yo soy!»

—«¡Oh divino Maestro mio! exclama Lebbeo. ¿Te contentarás mucho tiempo aun? ¿No te conmovió mi aflicción?»

Y dicho esto, se cubre con las manos el rostro bañado de lágrimas.

Pedro oye sus sollozos, y compadece á su amigo; pero su fe permanece inquebrantable, y con voz firme dice á los fieles reunidos:

—«¿Podeis dudar aun, vosotros que oís los testimonios de la resurrección de Jesús? ¿No es lo mismo que si lo hubiérais visto vosotros mismos? ¡Ah! ¡Que no estuviera ahora aquí Tomás!...»

María levanta las manos juntas al Cielo, y esparce sus miradas alrededor con santa exaltación.

—«Mi hijo vive, dice; lo creo como si lo hubieran visto mis ojos.»

Cuando la muerte acaba de arrebatarnos el objeto de nuestras más caras afecciones, su imagen se nos aparece en nuestros agitados sueños; la alegría nos despierta, y demasiado conmovidos para distinguir la ilusión de la realidad, buscamos aun la imagen querida que se ha desvanecido y que llaman todos nuestros deseos. En esta disposición de espíritu se encuentran los fieles ante los testimonios de la resurrección del Mesías.

Poco á poco los serafines y resucitados que asisten á esta reunión se hacen más numerosos. Simón Pedro siente el primero la influencia de los inmortales; su corazón late más aprisa, y su pensamiento se exalta.

De repente una claridad deslumbradora inunda la estancia, y Jesús aparece en medio de la reunión.

Inmóvil como una roca rodeada de nubes resplandecientes, dice:

—«¡La paz sea con vosotros!»

Los fieles le miran, le escuchan, y sin embargo no saben aun si tienen efectivamente la dicha de verle y oírle. El exceso de su emoción los sumerge en el océano de luz en que nadan los inmortales.

Jesús, que comprende la ansiedad de todos, vuelve á dirigirles la palabra, diciendo:

—«Amados míos, ¿por qué os espanta mi vista? Miradme: yo soy siempre vuestro hermano, y mi cuerpo es de carne y hueso como el vuestro.»

Dice, y todos se le acercan; pero su paso es incierto y tímido, y el extravío de la alegría está pintado en sus rostros.

Solo María nada teme; y prosternándose ante su Hijo, abraza sus rodillas, contempla las llagas de sus piés y manos, levanta los ojos hácia él, y su semblante irradia como el de un ángel.

Jesús se sonríe en la plenitud de su misericordia, y le indica la herida que abre su costado, y de la cual brotó en el momento de la redención agua y sangre, doble fuente de salvación para el linaje humano.

Alentados por la inefable bondad del Salvador, los discípulos se prosternan á sus piés y tienden sus manos hácia él.

Jesús los toca, los estrecha, y una lágrima corre lentamente por sus divinas mejillas.

A vista de esto, un prolongado grito de alegría resuena en la estancia; y luego, plegarias interrumpidas por sollozos...

Juan retiene siempre entre sus manos la diestra de su divino Maestro, le mira, quiere darle gracias y decirle

cuánto le adora, pero sus trémulos lábios no pueden articular sino palabras sin sentido.

—«Te ví al pié de mi cruz, le dice Jesús con expresión divina; cruz que no abandonaste hasta después de mi muerte... ¿Dónde está Lebbeo?»

Lebbeo, que se habia prosternado en tierra para besar la orla de la túnica de su Maestro, quiere tomar la mano que este le tiende; pero le faltan las fuerzas, y deja caer los brazos ya levantados.

Compadecido de su turbación, el Salvador se inclina hácia él, le toma una mano, y se la estrecha con amor.

Lebbeo halla en fin fuerzas para pronunciar estas palabras:

—«¡Gracias, Señor, á tí, que eres todo misericordia!»

Simon el cananéu y Santiago de Alféo se felicitan de la resurrección de su divino Maestro. Los demás discípulos se atreven por fin á expresar su felicidad, y todos entonan con voz cubierta de lágrimas un himno de amor y gratitud.

Simon Pedro, Mateo y Cleofás continúan prosternados ante Jesús, que extiende sus manos por encima de sus cabezas y los bendice. Su semblante no brilla aun con todo el esplendor de su divinidad, y sin embargo deslumbra á los fieles: todos bajan los ojos.

Santiago, hijo de Zebedéo, que se atreve á contemplarlo, le dice con voz respetuosa, pero firme:

—«Hijo del Eterno, dignate escuchar nuestra humilde súplica: no te eleves aun hácia tu Padre.»

Y Jesús contesta:

—«Permaneceré algun tiempo entre vosotros, amados hijos míos.»

A estas palabras no reconoce ya límites la alegría de los discípulos, que se abrazan entre sí exclamando:

—«¿Es en verdad el mismo Jesús el que está entre nosotros? Legiones de ángeles que le rodeais sin duda, aunque no podamos veros, decid: ¿Es *Él*? ¿Estamos en la Tierra, ó en el Cielo? ¿Es posible que esté con vosotros *Él*, á quien hemos visto morir en el Gólgota?»

Jesús se acerca á la mesa, y colocándose en la estera que la rodea, dice:

—«¿Teneis algo que darme de comer?»

Todos corren sin demora á buscar lo mejor que tienen. Pero Juan se anticipa á todos, trayendo un panal de miel y un pez asado, que pone delante de su Maestro: después se aleja respetuosamente.

Jesús lo llama, y le dice con dulce intimidad:

—«No te vayas, amado mio; y vosotros, hijos míos, venid como en otro tiempo á colocaros á mi lado. Acércate, madre mía, y siéntate cerca de tu hijo.»

Los fieles se agrupan al rededor de Cristo; y viéndole comer y beber con ellos como antes, el santo terror que hasta ahora se habia mezclado á su alegría desaparece, y sus corazones se entregan, en fin, á una plena confianza.

Jesús lee en sus pensamientos, y les dirige estas solemnes palabras:

—«No habeis querido creer á los testigos que os han dicho que me habian visto y que yo habia resucitado. ¿Por qué les habeis negado vuestra confianza? Bien sabiais que no habian dejado de merecerla... No lloreis, hijos míos. Ya lo veis, he tenido piedad de vosotros; pero sabed aprovecharos de vuestro propio ejemplo, y que él os enseñe cuán seco y duro es sin mí el corazón del hombre. ¿No os lo

habia dicho y repetido continuamente? Me crucificarán, pero resucitaré al tercer día después de mi muerte. Y antes que yo, ¿no lo habian dicho Moisés y todos los profetas, cuyos libros os he explicado? Más tarde habeis oido á los testigos de mi resurrección, porque á Jerusalem debian dirigir primeramente su voz: después irán á todas las partes del mundo á predicar el perdón de los pecados, el principio de la vida eterna, y la vuelta del linaje humano á su Creador, del que se habian apartado. Estos bienaventurados testigos, hermanos míos, sois vosotros. Sí, á vuestra fé confío la más alta de las misiones, y por medio de vosotros se realizarán las promesas de mi Padre. Cuando yo suba cerca de él, quedareis en Jerusalem hasta que recibais de lo alto la potestad de ir á anunciar por todo el universo, que quien reciba el bautismo y la fé se salvará, y que no hay salvación posible sin la fé. Los milagros nacerán bajo los pasos de los creyentes, que lanzarán á Satanás de los cuerpos de los posesos, hablarán todas las lenguas sin haberlas aprendido, y la serpiente huirá delante de ellos. Beberán sin morir en copas envenenadas, y cuando pongan sus manos sobre las cabezas de los enfermos, les volverán la salud.»

Dice, y se levanta.

Los fieles se apiñan en torno de él para verle más de cerca. El Salvador los mira con dulzura, y añade:

—«Acercaos, amados discípulos.»

Los discípulos obedecen, y los fieles retroceden con respeto: sus bellas almas no conocen la envidia, y se sienten satisfechos del favor especial que el Mesías concede á los escogidos que primero le siguieron en sus caminos sobre la Tierra.

Jesús bendice con el pensamiento á todos los suyos; pero

su mirada reposa con satisfaccion divina sobre sus nobles discípulos: sabe que la sangre de ellos correrá por su causa.

—«¡La paz sea con vosotros!» les dice.

Y no reprimiendo ya la omnipotencia de su amor y misericordia, suspira profundamente, y mientras su aliento divino pasa por las cabezas de sus discípulos, les dirige estas palabras:

—«¡Anímeos desde este momento el Espíritu Santo! Muy luego lo recibireis en toda su plenitud, y entonces los pecados que perdoneis serán perdonados, y los que reten-gais serán retenidos.»

Los discípulos le escuchan con sorpresa y humildad. Les parece que el Salvador va á desaparecer, y sin embargo, no se atreven á suplicarle que no los abandone todavía.

Pensamientos ardientes como la llama de la inspiracion inflaman el alma de Simon Pedro, que arrojándose á los piés de su Maestro, abraza sus rodillas, se las besa, y exclama:

—«No en la Tierra, sino en el Cielo podré darte gracias, Señor, segun la necesidad de mi corazon. ¡Oh Salvador mio! Salvador de todos los pecadores como yo, ¡tú me has perdonado! No importa; permíteme confesar mi crimen á tus piés, y que antes de ir á anunciar en tu nombre el perdon del Cielo, oiga yo de tus divinos lábios mi perdon.»

Dice, y sus ojos buscan con noble confianza los ojos del Salvador, que le contesta con fraternal bondad:

—«He orado por tí, y mi Padre me ha oido. Levántate, Céphas; está perdonada tu culpa.»

El acento con que el divino Redentor pronuncia estas palabras penetra hasta el fondo del alma de los fieles. Estos le oyen aun, pero no le ven ya.

Pedro se levanta, y clama:

—«¡Señor! ¡Señor, te seguiremos á Galilea!»

Entonces Gabriel se aparece, y dice:

—«Deteneos. Volvereis á verle en Jerusalem, y él mismo os dirá cuándo habreis de encontrarle en Galilea.»

El serafin desaparece, y los últimos acentos de su voz mueren con el reflejo de la luz celestial en que su breve aparicion ha inundado á la reunion de los fieles.

## CANTO XV.

Aparecense resucitados á Neftoa, á Dilean, á Tabita, á Cidlia, á Estéban, á Bernabé-José, levita de Chipre, á Porcia y á Beor.—Abraham y Moisés quieren aparecerse á Saul; pero Gabriel se lo prohíbe.—Otros resucitados se aparecen á Samma y á su hijo Joel, á Elkanan, al jóven Boa, y á la madre de Jesús.—Transfiguración de Cidlia y de Sémida.

Santa meditacion sobre la vida eterna, tú que tantas veces has penetrado mi alma con tus piadosas vibraciones y tu dulce melancolia, ven á inspirarme de nuevo; porque cuando pasaron en la Tierra las maravillas que celebran mis cantos, reinaba en ella la vida eterna, y los muertos habian salido de sus sepuleros para iniciar á los primeros cristianos en los misterios de las beatitudes celestiales.

Todavía es débil el rebaño de los fieles; sólo es la sagrada semilla que ha de echar profundas raíces en la Tierra, y de que saldrá el árbol poderoso cuyas ramas, siempre verdes, se elevarán hasta los Cielos. Y bajo este árbol se abrigarán los *ciento cuarenta y cuatro mil* (1) y todas las cohortes

(1) Todo este pasaje es una imitacion del capitulo VII del Apocalipsis. En este capitulo, San Juan habla de los escogidos, á quienes un ángel marcaba en la frente antes de conducirlos ante al Juez supremo. Ciento cuarenta y cuatro mil de estos escogidos fueron marcados con el sello de las doce tribus de Israel: los demás pertenecian á todas las naciones de la Tierra.

tes, innumerables como las arenas del mar; y los *ciento cuarenta y cuatro mil* cantarán el nuevo himno del trono que ellos solos habrán podido aprender, porque ellos serán los primeros redimidos y los primeros imitadores del Cordero sin mancha. Y las cohortes innumerables, compuestas de todas las razas de todas las naciones de la Tierra, recibirán palmas resplandecientes, se reunirán al rededor del trono, y los ángeles las saludarán prosternándose ante ellas; porque serán levantadas al Cielo á través de las grandes calamidades y de los crueles padecimientos, y lavarán sus vestiduras en la sangre del Cordero.

La sagrada semilla de que saldrá el árbol de la salvacion duerme aun bajo la corteza de la antigua ley. El primer llamamiento á la vida eterna le llegará por medio de los resucitados, y los resucitados se aprestan ya á cumplir esta santa y dulce mision. Su padre, el padre de los vivos y de los muertos, los ve avanzar hácia los muros de Salem, y les dice:

«Id, hijos del Cielo, id: la hora de las apariciones ha sonado. Indicad á los futuros cristianos la estrecha senda de la salvacion; llevad á sus almas la santa sed que han de apagar en las fuentes de la vida eterna. El fundador de la alianza de amor y misericordia os ha permitido escoger á vuestros futuros hermanos. Que vuestra eleccion recaiga en corazones vírgenes y sencillos como corazones de niños. Si os engañareis, un murmullo procedente del trono celestial os advertirá de vuestro error. Id, y gozad de la inefable felicidad de dar herederos al reino de la luz.»

El amable niño á quien su padre dió el dulce nombre de la más límpida fuente del monte Efraim, Neftoa, quedó grave y pensativo desde el dia en que Jesús lo bendijo y lo mostró al pueblo, para enseñarle á imitar el candor y sencillez de la infancia.

No pudiendo ya tomar parte en los bulliciosos regocijos de los niños de su edad, ha pedido á la soledad y á la meditacion alegrías puras y tranquilas. Neftoa, sin embargo, cuenta apenas ocho primaveras; pero un aliento divino ha madurado su vida, y la bendicion del Salvador, que reposa siempre sobre él, lo sostiene y guia.

Sus ardientes oraciones han saludado los primeros rayos del dia de la resurreccion: la noche de este gran dia lo encuentra aun prosternado en su estancia solitaria, y su alma envia al Eterno este ingénuo cántico.

« ¡Tú me oyes, Señor! Sí, sí, lo sé; me oyes aunque no me lo digas nunca. Yo vuelvo siempre á tí, y te imploro con confianza, ¡oh Padre de todos los niños de la Tierra y del Cielo! Nosotros nos prosternamos todos ante tu eterno trono; nosotros que vivimos aquí abajo, y que no tenemos más herencia que las lágrimas, te adoramos desde el fondo de nuestro polvo. Los bienaventurados, que han cesado de llorar, te celebran desde lo alto de sus nubes resplandecientes; y los ángeles, ellos que nunca han llorado, te glorifican sentados en los rayos de las estrellas.

« Todos te piden que aumentes su felicidad; pero te lo piden con calma los de arriba, mientras que nosotros, pobres desterrados en el valle de los sepulcros, te suplicamos con ansiedad que nos llesves á la vida eterna.

« El más grande de los profetas me ha bendecido. Esta bendicion ¿es sólo para este mundo? ¿No da más que flores efímeras como las flores de nuestros jardines? No, no: esa bendicion se refiere á la eternidad..... Yo no sé todavía lo que es una bendicion para la vida eterna, y mis ojos son demasiado débiles para distinguir el camino que ha de hacerme seguir el que me ha bendecido. Me acojo á tu clemencia, Dios omnipotente: hágase tu voluntad. Mi alma,

sumergida en las tinieblas de la ignorancia, no sabria comprenderte; mas espera en tí confiadamente.

« ¿Qué es, pues, esta vida? Un soplo rápido y abrasador, que pasa por el boton apenas abierto, y el boton se marchita y se inclina á la tierra siempre dispuesta á cubrirlo.

« Pero ¿por qué esta vaga inquietud, que me impele á querer conocer lo que debo ignorar? Semejante á una tierna planta que crece en un suelo árido, ¿no deberia esperar más bien á que un jardinero inteligente viniera á trasplantarme al fértil suelo de la luz y de la paz?... ¿Qué puedo yo esperar en medio de las sombrías nubes que rodean mi alma? ¿No son innumerables las cosas que yo ignoro?..... Cálmate, corazon demasiado ardiente: esa sed de saber será un dia satisfecha por aquel que te la ha dado...

« Tú, que sólo has dejado á mi infancia la sonrisa melancólica de una vaga esperanza, ¿quieres que vuelva entre mis amigos, que solo me ocupe con ellos en los placeres de nuestra edad, y que jugueteando espere á que la sabiduría de arriba venga á iluminarme? Porque así estaba yo cuando tú me tomaste para bendecirme en presencia del pueblo reunido.»

Así canta el niño Neftoa, y su ángel custodio, en pié cerca de él, escribe su dulce plegaria en las páginas sagradas del libro de la vida.

En tanto que los caracteres de fuego nacen bajo los dedos del inmortal, Benoni, el hijo resucitado de Samma, se acerca y mira, ora al piadoso niño, ora al serafin que le indica con el dedo la página en que acaba de escribir el cántico de Neftoa.

Benoni lee, y domina su admiracion para escuchar al piadoso niño, que sigue orando así:

« Alabado y glorificado seas, tú que me has colmado de

beneficios, tú que me has hecho bendecir por el más grande de los profetas. Tus hijos sobre la Tierra son innumerables; muy pocos, sin embargo, podrán celebrar dignamente tu bondad infinita, la cual se manifiesta en todo cuanto existe. El débil párvulo da testimonio de ella en su primera sonrisa. Séame permitido cantar con tímida voz tus alabanzas; porque — tu profeta lo ha dicho — tú no desdeñas el balbuceo de un niño.»

Benoni quería mostrarse al hermano de su elección bajo la forma de un niño venido á Jerusalem para asistir á la fiesta pascual; pero su emocion le hace olvidar su prudencia, y se le aparece de pronto graciosamente envuelto en una brillante nube.

Neftoa le ve sin estremecerse; porque su alma se ha familiarizado con las visiones celestiales, que desde hace mucho tiempo embellecen sus ensueños. Ensartando á sus dedos los dorados rizos de la cabellera de Benoni, le mira sonriéndose, y le dice con tierno abandono:

—«Sé que el Profeta te ha enviado á mí. ¿De dónde vienes?... Pero qué importa? eres un mensajero de paz y de ventura. Habla, y que el arpa celestial que tienes entre las manos acompañe tu voz. Canta, hijo de la luz, canta la gloria de Dios y las beatitudes de los hijos de la Tierra que se ha dignado llamar á sí. Yo tenia una tierna hermana, inocente y bella como los ángeles, y la ví dormirse sobre un lecho de rosas y bajo el aliento halagüeño del aura matutinal. Mi hermana no se ha despertado más. ¿Vienes tú á traerme un mensaje de su parte? ¿Qué te ha dicho?... Doy gracias al Señor por haber puesto mi muerte tan cerca de mi nacimiento: Neftoa también morirá muy pronto. Es eso lo que ella te ha dicho, ¿no es verdad? ¡Oh! yo te lo ruego, no vuelvas sin mí cerca de mi hermana. ¡No me

contestas, mensajero de Dios! ¿Te han ofendido mis palabras?»

—«Tu ingénuo y santa alegría, querido Neftoa, me ha hecho guardar silencio hasta ahora. Sí, el Señor me envía á tí. Jesús — tú lo ignoras aun — Jesús ha muerto en la cruz; pero ya ha resucitado, y muy pronto volverá á su trono inmortal. Entonces sus amados darán testimonio de su muerte, de su resurreccion y de su vuelta al reino de los Cielos. Escucha á esos primeros escogidos, que te enseñarán todo lo que un mortal puede y debe saber para seguir sus huellas, y un dia te recibirá tu hermana bajo la dulce sombra del árbol de la vida. Adios, querido Neftoa; es preciso que te deje.»

—«¡Aguarda! ¡oh! aguarda, yo te lo ruego; déjame contemplar tu brillante rostro, brillante y dulce como los primeros rayos del Sol.»

Pero Benoni ha desaparecido ya.

Neftoa cree verle todavía, le llama y le tiende los brazos. Convenciéndose en fin de que su celestial amigo se ha ido, alza las manos juntas al Cielo, y se sonríe á través de las piadosas lágrimas que inundan sus mejillas; porque siente que desde ahora no estará ya solo sobre la Tierra.

Sin embargo, Benoni y el ángel custodio permanecen á su lado, aunque invisibles, y no sin santa alegría le oyen dar gracias al Dios de misericordia por haberle enviado un gracioso mensajero, precursor de altas revelaciones.®

Dilean ha conocido y amado á Jesús. Sabedor de su muerte, ha venido á Jerusalem con la esperanza de saber la feliz nueva de su resurreccion; pero las vagas y contradictorias narraciones que han llegado á él, han infundido en su alma la duda y el desaliento.

Después de haber buscado en vano algun alivio á su

dolor en un largo paseo á través de las risueñas campiñas que la Primavera decora con sus frescas galas, la noche lo sorprende cerca del monte de las Olivas. Quiere volver atrás, y se encuentra luego sin saber cómo en los sepulcros.

En medio de esta lúgubre mansion, oye un confuso rumor, en que quiere reconocer el ruido del torrente Cedron y el murmurio de las palmeras del valle de Gethsemaní. Pero casi al mismo tiempo descubre á lo lejos un resplandor vacilante.

Adelántase en esta direccion, y llega á un subterráneo, de donde algunos hombres sacan huesos humanos. Un jefe de familia, venido á la miseria, acaba de vender este sepulcro á un rico, y los restos de los mayores del pobre son arrojados del asilo donde se creía que pudieran yacer en paz.

Dilean toma una de las antorchas que alumbran la operacion, y entra hasta el fondo de la bóveda. Allí se apoya en la roca, y contempla en silencio el siniestro trabajo de aquellos hombres, que, cargados de blanqueados huesos, se alejan con tardo paso, y vuelven con aire indiferente á buscar nuevos despojos humanos.

—«¡Oh! ¡Vosotros, cuyo reposo es de tal manera turbado! dice para sí Dilean: yo envidio vuestra suerte, pues sois dichosos... Tambien yo lo seré, cuando no quede ya de mí más que un puñado de polvo. Yo tenia un amigo fiel; una mujer amada iba á unir su destino con el mio, y los dos me abandonaron... ¡murieron los dos!...

«Jesús, el más grande de los profetas, me enseñó á buscar la felicidad más allá del sepulcro. Los sacerdotes han inmolado á Jesús á sus salvajes ódios. ¿Puedo creer aun que exista una vida futura? ¿Puede preparar Dios á los hombres felicidades eternas, cuando permite que el más virtuoso de todos sea víctima de la perversidad de los malos? ¿No

soy más que un poco de polvo, que el frio viento del sepulcro dispersará para siempre? ¿Duerme Jesús el sueño de la muerte ó ha resucitado?...

«Ninguna voz me contesta á estas terribles preguntas. Quiero dirigirlas ahora á vosotros, que desde tanto tiempo há dormís en el sepulcro. No es al polvo de vuestros huesos á quien pregunto, sino al aliento que os animaba. ¿Qué ha venido á ser ese aliento?... ¿Habita el reino de la luz?... ¿Es feliz y olvida á su infortunado hermano, que, retenido aun en lazos mortales, duda y sufre?...

Los desenterradores han acabado su trabajo, y el sepulcro queda desierto y silencioso.

Solo ya Dilean, se abandona sin reserva á su emocion, y exclama:

«¿Dónde estais, misteriosos habitantes de los cuerpos que vinieron á ser aquí presa de la destruccion?... Los huesos de Eliséo despertaron á un muerto: su alma viviente estaba, pues, cerca de sus restos; porque lo que está muerto no puede dar la vida. Si hay aquí un alma, una sola, que venga y me descubra el porvenir: yo veré sin espanto el alma que evoco. Sí, yo te evoco: en nombre de los últimos dolores que rompieron tu pensamiento; en nombre de las angustias de tu agonía, agonía que te mostraba, ya las delicias del Cielo, ya los horrores de la nada, ¡yo te conjuro, oh alma, que te me aparezcas!»

Thirza, la madre de los siete mártires, se acerca blandamente al desgraciado cuya desesperacion la conmueve é interesa: ella es quien lo ha conducido en medio de los sepulcros. El amigo fiel y la prometida de Dilean velan con ella por su amado, á quien la desesperacion empuja por torcida via.

Espantada de la invocacion que Dilean acaba de hacer en

medio de los sepulcros, la jóven va á aparecérsese; pero Thirza le recuerda que esta mision le pertenece á ella.

Entre tanto Dilean, que no espera ya que las sombras que ha invocado respondan á su llamamiento, añade con voz sofocada:

—«Amado compañero de mi infancia, y tú, ángel custodio mío en forma de mujer, los dos me abandonásteis y me dejásteis solo en medio de las tinieblas de la noche... Pero ¿qué veo? ¡Un sér fantástico se forma, se levanta, se destaca de la oscuridad..., se dirige hácia mí!...»

Y esto diciendo, corre al encuentro de Thirza, que se le aparece en todo el esplendor de su inmortalidad.

Dilean se estremece, se detiene, avanza de nuevo, contempla la vision, y le dice con rápido y agitado acento:

—«¿Podrás tú comprenderme, ó no eres más que uno de esos vapores nocturnos, una de esas fulguraciones efímeras que surcan las tinieblas? ¿Eres solo una creacion fantástica de mi cerebro enfermo?»

Thirza le mira con celestial sonrisa, y el jóven Dilean continúa diciendo:

—«Habla: ¿quién eres?»

La madre de los siete mártires contesta, en fin, con una voz armoniosa, que el eco de las bóvedas sepulcrales repite en trémulas vibraciones:

—«¿Quién soy?... Mas tarde lo sabrás: basta que ahora te aproveches de la enseñanza que te traigo. Empero no creas que vales más que tus hermanos, porque un habitante de los valles de la paz se digne aparecerse ante tí. El ciego de nacimiento á quien Jesús dió clara vista es, como todos, un hijo de Dios; si sus ojos se abrieron á la luz, fué para que un día pueda dar testimonio de la gloria de su Salvador. Tú tambien entrarás en el número de estos tes-

tigos; y para darte fuerzas con que puedas cumplir tu mision, vengo á decirte: ¡Jesús ha resucitado! Pero yo no respondo al llamamiento que tu desesperacion te ha sugerido: Dios suele perdonar la duda, pero no la premia jamás, y nada podria modificar sus inmutables designios. La especie humana entera puede dudar de su vida futura: cuando acabe el tiempo aprenderá que, para ella, la eternidad comienza más allá del sepulcro.»

Dice, y calla. Y la trompeta y voces tonantes resuenan por todas partes.

Dilean no puede ver de dónde parten estos sonidos terribles, que le llenan de espanto. Muy luego sucede á ellos una dulce armonía que transporta su alma á las regiones celestiales, donde oye repetir las últimas palabras que Thirza acaba de dirigirle.

El sepulcro queda otra vez sombrío y silencioso, y Dilean se prosterna y ora:

—«A tí que acabas de aparecérteme, no me atrevo á preguntarte, y me prosterno en el polvo ante Dios que te ha enviado. ¡Vencedor de la muerte! perdóname mis dudas y temores: haz que alcance el noble fin que por tu voluntad acabo de entrever; y cuando suene mi última hora, feliz y tranquilo, me elevaré hácia tí y mis amados.»

Thirza, ya invisible, le hace oír estas consoladoras palabras:

—«Ahora que no te atreves á preguntarme, mereces que yo te conteste. Soy la madre de los siete mártires: tu amigo y tu prometida están aquí conmigo, y volvemos al reino de la luz, donde un día nos encontrarás; pero en la Tierra te aguarda ya una alta felicidad. El Mesías va á ir á Galilea, y allí se mostrará á *quinientos fieles* á la vez: tú serás de este número.»

Dilean no oye nada más; pero le parece que un suspiro de amistad y de amor roza sus mejillas. Abismado en una santa meditacion, sale de los sepulcros, y marcha de frente al Sol, que se eleva en el horizonte. Pero más de una vez se vuelve y contempla la bóveda sepulcral, á donde el Mesias se ha dignado enviarle un celestial consuelo.

Tabita, la más hábil de las bordadoras, está sentada ante un tapiz de Tiro, que enriquece con un cuadro más sombrío que los que ordinariamente nacen bajo los dedos de una mujer (1). Es un sepulcro, el sepulcro de la madre de Benoni, que no ha podido sobrevivir á la deplorable muerte de su amado hijo, lo que la aguja de Tabita borda en el fondo del tapiz.

Llevada de sus ideas melancólicas, ha representado á Raquel arrodillada sobre el fúnebre monumento, y cerca de ella á su hijo Benjamin, que apartando los ojos llenos de lágrimas, le hunde un puñal en el corazón. En el momento en que su vista, turbada por una santa piedad, cree ver este puñal teñirse de sangre, una persona extraña, pálida y temblorosa, entra repentinamente: es Débora. Largos vestidos de luto la envuelven; ha tomado la forma de una mujer jóven y bella, pero su expresion revela el sufrimiento. Tal así las nubes que á veces velan una mañana de Primavera, lejos de debilitar su encanto, le dan un atractivo misterioso, que transporta el alma á las regiones desconocidas de otra vida.

—«Acabo de conducir á la más querida de mis amigas á su última morada, dice la profetisa: las fuerzas me

(1) Tabita, célebre por su piedad y buenas obras, fué una de las primeras cristianas. Cayó enferma y murió; pero San Pedro la resucitó. Este milagro convirtió un gran número de gentiles y judíos á la fe cristiana.—*Hechos de los Apóstoles, cap. IX.*

abandonan; permíteme reposar un momento cerca de ti... ¡Reposar!... ¡Oh! mi amiga ha encontrado por fin el descanso; mas para mí, que tanto la amé, no hay ya en este mundo nada más que lágrimas...»

Así diciendo, se apoya en su arpa, que despide sonidos lastimeros.

Tabita se adelanta hácia la desconocida, que la detiene dulcemente diciendo:

—«Vuelve á tu trabajo: allí tambien sangra una herida, para la cual no hay bálsamo en la Tierra: deja que brote sangre la mia (1).»

Y Tabita vuelve á tomar en silencio la seda y la aguja.

Débora pulsa las cuerdas de su arpa, y las cuerdas dan sonidos semejantes al murmurio de un arroyo que fluye en medio de un espeso bosque, donde reina aun el silencio amenazador que precede y anuncia la tempestad.

Muda de sorpresa, Tabita escucha, y su arrobamiento aumenta, cuando la profetisa, uniendo su voz á los armoniosos acordes de su arpa, canta así:

«¡Dios todopoderoso! solo cerca de tí recibirá el premio de sus virtudes la muerta que he escogido por hermana. ¿Qué son los sufrimientos de esta corta vida, cuando tú les reservas eternas recompensas?... Murió en la flor de su edad; pero ¿qué es el boton de la rosa, que marchita un soplo abrasador, ante el cedro divino que la tempestad ha derribado en la cima del Gólgota? En su terrible caída se han derrumbado los mundos que flotan en el espacio, y estremecido las rocas y los sepulcros de la Tierra.»

Calla, y su arpa no da ya más que sonos moribundos.

(1) Esta amiga de que habla aqui la profetisa, es la misma Tabita. Suponiéndola ya muerta, la llora, y con revelaciones misteriosas la prepara á la suerte que la espera.

De repente las cuerdas vibran de nuevo, y la profetisa continúa su himno:

«Algunos mortales llorosos, y todos los habitantes de los Cielos, invisibles bajo sus largos velos de luto, componian el fúnebre cortejo del que murió en la cruz. La Tierra no oyó su canto de muerte, lúgubre como el último suspiro de los niños inmolados á orillas del rio de los siete brazos; pero vosotras lo oísteis, estrellas resplandecientes; y tú, balanza eterna del Juez supremo, tú lo oíste tambien. Una roca que rodó lentamente cerró la entrada del sepulcro; un ruido sordo resonó bajo la bóveda sepulcral, y este ruido subió hasta el Cielo con el polvo de la Tierra. El Muerto durmió, y vosotras continuasteis vuestra marcha eterna, estrellas resplandecientes...

«Pero el Muerto no durmió mucho tiempo: apenas los Oriones habian dado un paso en sus órbitas inmensas, apenas uno de los platillos de la balanza del Juez supremo se hubo inclinado, cuando ya no dormía el divino Muerto. El Salvador resucitó en toda su gloria, en toda su magnificencia. Celebremos su resurreccion, nosotros á quienes él ha escogido para dar de ello testimonio...

«La mujer prosternada en este sepulcro, que ha creado tu aguja ¡oh Tabita!, y el hijo que clava un puñal en su maternal corazon, están entre los innumerables testigos del Mesías...

«¡Te lleno de asombro, pobre mortal! ¿Crees, pues, que el imperio de la destruccion no tiene límites, y que es eterno el sueño que se duerme en el seno de la Tierra?»

Tabita quiere acercarse á la profetisa, pero un poder sobrenatural la retiene en su sitio.

Y Débora añade:

«Escucha! tú tienes más que nadie necesidad de conocer

los secretos de la resurreccion; tú tienes más que nadie necesidad de consuelos, porque morirás dos veces: tú, á quien amo tan tiernamente, me ves llorar tu primera muerte. Sábelo, en fin, querida Tabita; la voz del Mediador ha despertado á sus escogidos, que dormian en sus sepulcros: un dia los despertará á todos...

«Cuando la Tierra reclame tus restos mortales, duérmete con la dulce confianza de una segunda creacion. La noche de los sepulcros, el sordo ruido de la tierra que rueda sobre un ataud, el silencio de las tumbas abandonadas, las imágenes más horribles de la destruccion no podrian espantar al que sabe que, el dia del juicio universal, Dios le hará vivir la vida de los ángeles.»

Las cuerdas del arpa vibran solas, y hablan un lenguaje celestial; pero muy luego hace oír Débora otra vez su voz profética:

«¿Cómo te explicaré yo lo que sentí cuando una vida nueva me hizo salir de mi sepulcro cubierta de flores; cuando mi vaso de tierra vino á ser inmortal; cuando, llevada en alas de los querubines, descendió sobre mí la transformacion?... Mis ojos buscaban en vano el trono del que me habia creado segunda vez, y cuya presencia me anunciaba un hálito divino.»

El canto de Débora se ha atenuado por grados, y con el canto el esplendor con que ella brillaba. Ya no queda de la radiante vision más que un pálido reflejo, un ligero ruido que huye y desaparece como el último brillo del crepúsculo de la tarde, como el último suspiro de un moribundo.

Tabita tiende los brazos hácia el Cielo y se eleva en santo éxtasis.

El corazon de Gedor era tan accesible á la alegría como á la tristeza; pero su alma piadosa se sometía sin murmu-

rar á la voluntad del Eterno, y recibia con igual gratitud, así los pesares como la felicidad.

Una dulce compañera embellecía su existencia; sólo algunos amigos fieles sabian cuánto se amaban estos felices esposos, y la inefable ventura que este amor casto y puro deramaba en su vida.

Poco cuidadosos de los bienes de este mundo, sus pensamientos se dirigian constantemente hácia la patria celestial, y el momento en que Dios debía llamarlos era muy á menudo el objeto de sus íntimos coloquios. Partir juntos para esas regiones desconocidas era su más ardiente deseo; pero nunca se habian atrevido á esperar este favor, que tan rara vez alcanzan los hijos de la Tierra. A tí fué, infortunado Gedor, á quien el Cielo confió la dolorosa tarea de conducir á tu querida compañera hasta la entrada del sombrío valle que separa el tiempo de la eternidad.

La dulce y jóven compañera de Gedor estaba postrada en el lecho del dolor; él conocia su estado, y sin embargo esperaba todavía, porque sabia que la misericordia divina aguarda á veces para manifestarse á que el peligro sea inminente y que todo auxilio humano llegue á ser imposible.

La muerte, entre tanto, apresuró su rápido vuelo, y se acercó más y más, hasta mostrarse sin velo. La víctima que iba á herir alzó sus húmedos ojos, ora hácia su amigo, ora hácia el Cielo.

Jamás habia visto Gedor semejantes miradas; jamás habia supuesto que los ojos de una simple mortal pudieran reunir tan dulce tristeza, pesares tan tiernos á la sublime calma que da la convicción de una vida inmortal.

—«Voy á morir... voy á dejarte, para pasar á un estado de tranquilidad que no tiene nombre.»

He ahí lo que ella le dijo, y el acento de su voz daba á sus palabras un poder irresistible.

Llegó para Gedor el momento de sucumbir á la flaqueza humana, ó de ser sostenido por el Salvador; y el Salvador lo sostuvo... El débil mortal se sintió arrebatado de la Tierra, y vió abrirse las puertas del Cielo para recibir á su amada Cídlia.

Gedor la miró, y en esta mirada habia algo más que calma; habia felicidad... Después puso su mano sobre la frente de la moribunda, y la bendijo:

—«Pasa de esta mansion de dolores á la vida eterna... Parte en nombre del Señor, que fué el Dios de Abraham; parte en nombre del Redentor divino... ¡Hágase su voluntad! todo en ella es amor y misericordia...»

Y Cídlia contestó con el acento de una confianza ilimitada:

—«Sí, haga de mí lo que sea su voluntad; pues él no quiere sino el bien.»

Gedor le asió una mano, y dijo:

—«Has sufrido con la paciencia de un ángel. Contigo ha estado el Dios de misericordia, y no te abandonará... ¡Glorificado sea el divino Redentor! Él te ha socorrido y te socorrerá todavía... Yo te encomiendo en sus manos... Si yo hubiera sido bastante miserable para no conocerle hasta aquí, hoy á lo menos aprenderia á adorarle... Si Dios te lo permite, Cídlia mia, sé mi ángel tutelar.»

La jóven se sonrió dulcemente y contestó:

—«Tú fuiste el mio en esta tierra.»

Y Gedor repitió:

—«Si Dios te lo permite, Cídlia, ¡oh Cídlia mia! sé mi ángel tutelar.»

Y la amada del peregrino de Canaan, la madre del hijo

querido, cuyo nacimiento le costó la vida, la dulce Raquel, apareció á la cabecera de la moribunda: una alegría solemne unida á una tierna compasion se pintaba en su semblante. Cídlia no advirtió su presencia; pero cuando inclinó la cabeza bajo la espada de la muerte, entonces sí vió á la celestial compañera que habia de conducirla á un mundo mejor, y Cídlia partió con ella...

Las fuerzas me faltan para concluir esta dolorosa narracion. Corred, lágrimas férvidas, cuya fuente no ha podido agotar el tiempo; perdeos en el soplo del aire, como se perdieron todas las que os han precedido...

Pero tú, himno solemne que celebras al Redentor, canto inmortal por su asunto y por su objeto, vuela y pasa triunfante cabe los escollos en que vienen á estrellarse las glorias humanas; transporta á las orillas del rio de la eternidad la corona que humedecen mis lágrimas incesantes, y que he tejido con las ramas del ciprés que da sombra á su sepulcro (1)!

A la sombra de la montaña de Mória se alza orgullosamente un magnífico edificio. Su caída será tanto más terrible el día de la gran reunion de las águilas y los buitres. Estéban es el hijo único del opulento dueño de esta casa. A pesar de su extremada juventud, graves pensamientos lo preocupan sin cesar; pero si su espíritu ha madurado antes de tiempo, su corazon conserva el candor é ingenuidad de la infancia, siendo el orgullo de su familia y la alegría de sus amigos.

(1) Para hacer comprender á nuestros lectores todo lo que hay de patético en este episodio, que ningun aleman puede leer sin derramar lágrimas, debemos recordarles que, bajo los nombres de Gedor y Cídlia, Klopstock habla aquí de sí mismo y de su querida Metta. (Véase la noticia biográfica que encabeza esta traduccion.)

Llevado de su aficion á la soledad, ha subido á la azotea de la casa. La Luna, imponente y tranquila, elevándose sobre Jerusalem, invita á los espíritus meditabundos que no se han abandonado aun á esa muerte de cada día que se llama sueño, á sacar de sus melancólicos rayos dulces y santos pensamientos.

\*Con la cabeza apoyada en una mano, que se pierde entre los rizos de su larga cabellera, Estéban medita en el misterioso destino del profeta que nació en Bethlem; y en tanto que su imaginacion vaga en ese laberinto cuyos rodeos le parecen más oscuros que nunca, un hombre extraño se aparece de repente en la azotea. Es jóven y bello como él, y su rica vestidura exhala los más suaves perfumes de la Arabia.

Detiénese delante de Estéban, y le dice con sonrisa indefinible:

—«No es hospitalidad lo que vengo á pedirte, porque se ha sacado para mí el agua de la fuente más límpida, me han prodigado los más preciosos perfumes, y me han servido los más exquisitos manjares... Permíteme únicamente disfrutar á tu lado el encanto de esta deliciosa noche.»

—«Seas bien venido, amable peregrino, contesta Estéban, y sea contigo la paz que reina en esta morada.»

—«Gracias, hijo único del mejor de los padres y de la más tierna de las madres... ¡Ay! Acabo de recorrer lejanos países, y he visto y sufrido mucho.»

—«Oiría con el mayor interés la narracion de tus infortunios; pero ante todo, noble extranjero, dignate decirme si has oido hablar del gran profeta de Jerusalem.»

—«Sí, he oido hablar del Hombre-Dios, muerto por santificar la ley que vino á darnos, y que acaba de resucitar para sancionar mejor esa misma ley.»

—«Me llenas de sorpresa y admiracion. ¡Cómo! ¿Jesús

habría muerto víctima de una ley más santa que la que nos enseñó Moisés?»

—«Antes de contestarte, permíteme, Estéban, dirigirte á mi vez una pregunta. Si tuvieras la certeza de que Jesús ha sufrido el suplicio de la cruz y ha resucitado por redimir al linaje humano de la muerte eterna, ¿creerías que tu vida, tan risueña y bella, fuera un bien demasiado precioso para sacrificarla en defensa de una ley que asegura la salvacion del mundo? ¿Quieres vivir hasta que la mano de la naturaleza incline dulcemente hácia la tierra tu cabeza blanqueada por la edad, ó te sientes con fuerzas para sacrificar los dichosos días que el porvenir te promete al que murió por tí y por los demás hombres?»

—«Sólo Dios sabe lo que yo haría. Yo no sé más que lo que quisiera poder hacer, que lo que deseo con todo el ardor de un alma apasionada.»

—«Y ¿qué deseas así, noble mancebo?»

—«Yo no soy más que un pecador; pero si el ardiente deseo que inflama mi alma fuera aceptable á los ojos de Dios, todas mis venas se abrirían á la vez, y dejarían correr hasta la última gota de mi sangre para proclamar la gloria y el poder de Jesús.»

—«Escucha, dice el desconocido con entusiasmo: no para excitar tu ardor, sino para recompensarte ¡oh futuro mártir!, voy á referirte la historia de Jedidoth, el más jóven de los siete hermanos muertos por permanecer fieles á la ley del Eterno. En vano le ofreció Antíoco la fortuna y todos los bienes que envidian los mortales; en vano lo sometió á la más peligrosa de las seducciones, encargando á su madre de comprometerlo á renegar de su Dios y de su patria: la noble mujer burló la esperanza del tirano, y habló así á su hijo: «¡Oh hijo mio, el más jóven y el más amado de los

siete héroes, á quien he llevado en mi seno y nutrido con mi leche, ten piedad de mí, y oye mi fervoroso ruego! Alza los ojos al Cielo, fíjalos en la Tierra, y en todas partes verás la obra del Señor, que todo lo creó, todo, hasta al hombre. Ten piedad de mí, y no desestimes mi ardiente súplica: sabe morir como han muerto tus hermanos.» Y Jedidoth llamó á los verdugos, y marchó al suplicio.»

Durante esta narracion, el semblante del desconocido irradia luz divina, y sus ojos fulguran con esplendor sobrehumano.

Estéban tiembla: lágrimas involuntarias caen de sus ojos é inundan sus mejillas.

—«Yo amo tus lágrimas, noble mancebo; las cuento y las bendigo.»

—«¡Lágrimas de un pecador!» exclama Estéban.

—«De un pecador á quien Jesús acaba de redimir, y á quien introducirá en el santuario de los Cielos.»

Jesús contempla á los dos desde lo alto del Tabor: ve al jóven Estéban reflejar los argentados rayos de la Luna; ve al extranjero elevarse en los aires, resplandeciendo con la luz de los inmortales. Estéban sucumbía bajo el peso de su emocion; pero el aparecido lo reanima dirigiéndole esta despedida:

—«¡Yo soy Jedidoth! Tuve piedad de mi madre, y escuché su ardiente ruego... ¡Adios! Nos volveremos á ver en las regiones de la luz, donde los ángeles me han enseñado verdades sublimes. Mi madre lo es también tuya, pues desde este momento tú eres mi hermano. Vuelvo á las regiones en que he aprendido todo lo que Jesús vino á enseñar sobre la Tierra.»

Dice, y desaparece entre las nubes.

Bernabé-José, levita de la isla de Chipre, había venido á

Jerusalem á celebrar la Pascua. Invitado por la dulzura de la tarde á dejar su morada, va á un campo que posee á orillas del Jordan. Sus ojos se fijan con satisfaccion dulce y tranquila en los innumerables gérmenes que el hálito de la Primavera ha hecho salir de la Tierra, y que prometen una abundante cosecha.

Muy luego Ananías y Safira, deseosos de contemplar las riquezas de sus campos, se reúnen con él, y después de una breve marcha, llegan cerca del torrente Cedrón. Antes de atravesarlo, la bella Safira tantea con su blanco báculo la solidez del álveo por cuyo casquijo corre el agua en saltos y giros irregulares. Pero pasa en fin.

Ya está sentada en una piedra á la parte opuesta; Ananías se sienta á su lado, y Bernabé permanece en pie delante de ellos.

Los dos esposos distan mucho de presumir que se hallan cerca de su futuro sepulcro, y que reposan en la misma piedra en que muy luego vendrán á sentarse espantados los jóvenes que depositarán sus cuerpos en este lugar solitario, y se retirarán sin haberse atrevido á bendecirlos para el gran día de la resurreccion universal.

Safira coge una flor, y la ofrece sonriéndose á su esposo, que piensa distraído en las espigas que no ve todavía, calculando de antemano el valor de la cosecha que espera.

Bernabé tambien piensa en la época en que la hoz abate los tesoros de los campos, y su imaginacion le representa las inocentes alegrías de los segadores, cuando, después de un día abrasador de trabajo, la brisa de la tarde viene á reanimar sus fuerzas, y ellos, con la frente coronada de esas flores rojas y azules que se mezclan al oro de las espigas, van á reposar bajo la sombra de los olivos, danzando al son de cantos armoniosos.

Juan el Precursor y el profeta Elías, invisibles á sus ojos, están á poca distancia de los esposos. ¡Ah! si se hubieran dignado advertirles que la tonante voz del apóstol de Cristo aniquila al mortal bastante pervertido para mentir delante de Dios, acaso... Pero el velo que envuelve los misterios de la Providencia es impenetrable, y no caerá sino con el último decreto del último juicio.

Juan el Precursor quiere aparecérselos; pero Elías le advierte que no deben pensar más que en Bernabé, que ve sin envidia mieses abundantes cerca de su campo pedregoso y estéril.

—«¿Qué importa? dice Juan el Precursor. Ananías y Safira son futuros cristianos; y si sus almas son menos puras que la de Bernabé, por eso tienen más necesidad de un guía.»

El profeta Elías contesta:

—«Yo he visto pesarlos en la balanza del Juez supremo, y se hallaron demasiado ligeros. El favor que tú quieres concederles no haria sino aumentar el peso de su crimen.»

—«A lo menos procuremos salvarlos con algun aviso indirecto.»

—«Sea, pues así lo quieres, hermano mio: aparezcámonos á ellos; pero que ignoren que somos los resucitados de Cristo.»

Dice, y los dos se dirigen hácia Jerusalem.

Muy luego los dos esposos y Bernabé vuelven á la ciudad. Al pasar junto al templo, un ciego y un cojo imploran su caridad. El levita deja caer sobre sus rodillas una modesta ofrenda, y su mano izquierda ignora lo que acaba de hacer la derecha.

La dádiva de Ananías es más rica; pero la echa con os-

tentacion y con aire desdeñoso á los piés de los dos pobres.

—«Ya lo ves, dice el ciego al cojo: ese hombre no es digno de ver el rostro de un inmortal.»

Juan el Precursor, que ha tomado la apariencia del cojo, guarda silencio un instante.

—«¿Ananías fué pesado delante de tí, querido Elías?

—«Sí, hermano, y hé aquí lo que ví: Muchos cristianos se habian reunido al rededor de Simon Pedro, y le entregaban el precio de sus heredades, que acababan de vender á beneficio de la santa comunidad: Bernabé y Ananías eran de este número. El primero depositó todo cuanto poseia á los piés del apóstol, y el segundo se reservó una parte, declarando que entregaba la suma entera. Y Pedro le dijo: «¿Por qué, desgraciado Ananías, has cedido á Satanás? Él es quien te ha sugerido la idea de mentir delante de Dios, reteniendo una parte del precio de tu campo. Ese campo era tuyo, y tú eras dueño de conservarlo sin crimen; después de haberlo vendido, era tambien tuya la cantidad de su precio, de la cual podias disponer á tu voluntad. Has fingido ofrecerla íntegra á la comunión de los fieles, y así has querido engañar, no á los hombres, sino á Dios.» Al oír estas palabras, Ananías cayó muerto, y los cristianos nuevos, testigos de este terrible ejemplo, que los llenó de espanto, se llevaron el cuerpo del mentiroso y lo arrojaron en medio de su campo. En seguida se presentó Safira, ignorando lo que acababa de ocurrir á su esposo, y como cometera la misma falta, sufrió tambien el mismo castigo. La naciente comunidad se llenó de asombro; pero esta terrible lección hubo de dar frutos saludables. He ahí lo que el Eterno me ha permitido ver en el porvenir.»

Bernabé se ha separado de los dos esposos, y se dirige á su morada.

Juan el Precursor lo alcanza, y le pregunta sobre el objeto de su excursion.

—«Vengo, contesta el levita, de admirar las ricas mieses que promete la conca del Jordan, donde yo tambien poseo un rincon de tierra pedregosa.»

Y diciendo estas palabras, pasa el umbral de su puerta... Tiernos y graciosos niños le acogen con arrebatos de alegría.

—«Bendícelos, buen peregrino,» dice Bernabé, presentando sus pequeñuelos á Juan el Precursor, que le ha seguido.

El resucitado pone sus manos sobre las inocentes cabezas, y dice con voz conmovida:

—«Vosotros tambien, queridos niños, dareis un dia testimonio del Salvador. En cuanto á tí, Bernabé, tu campo producirá este año menos gavillas y más flacas que nunca.»

—«¡Ah! exclama el levita espantado. ¿Es que el Eterno me ha retirado su bendición, á mí y á estas inocentes criaturas?»

—«No es esa la intencion del que quiere conservar á sus hijos más que la vida de este mundo... Inmensa es la parte de bienes que te destina.»

Dice, y su semblante aparece radiante.

Lleno de sorpresa, el levita le mira en silencio, y el resucitado añade.

—«Tú conoces al profeta, á cuyos piés eligió la mejor parte la hermana de Lázaro; tú conoces al profeta que resucitó á Lázaro, y á la hija de Jairo, y al huérfano de Naim. Pues bien; ese gran profeta ha salido triunfante del sepulcro, y tú serás uno de sus testigos. Yo lo soy desde el dia en que el Espiritu Santo descendió sobre él, estando delante de mí en las aguas del Jordan, y la voz del Padre me reveló la divina mision del Hijo.»

Llevado de su emoción, el Precursor se muestra en todo el esplendor de su inmortalidad; pero temiendo que el levita no pueda soportar el arrobamiento que le causa su vista, se aleja de él, y los rayos que marcan su paso á través de las nubes se debilitan por grados, y desaparecen en medio del crepúsculo de la tarde.

Y los niños dicen:

—«Padre, mira una estrella que se corre..... Pero ¿dónde está el extranjero que vino contigo?»

Por quinta vez apareció el Sol en el horizonte oriental, después de la mañana en que alumbró la resurrección del Salvador, y sus ardientes y puros rayos anuncian un bello día á la Judea.

Fatigada por los sueños que la han agitado durante la noche, Porcia se levanta y va al jardín para respirar las dulces exhalaciones de las flores, cuyos primeros cálices embalsamados se entrecierran á los rayos del Sol.

«Otro nuevo día viene á alumbrar el mundo, dice; pero en mi alma siempre es de noche. Tú que has creado el día y la noche, ¿no te dignarás revelarte á mí? ¿Me dejarás siempre en la incertidumbre acerca del destino del Muerto que ha huido de su sellado sepulcro?... ¿Estaré aun en las tinieblas cuando mi último sol se eleve sobre mi cabeza? Y cuando ese último sol se haya hundido así en el mar de la eternidad, ¿alumbrará, por fin, el día para mí?...

«El pueblo de Israel, que se llama el pueblo de Dios, tiembla ante la vía que conduce á la muerte, y que él llama camino terrible del valle de las tinieblas. El temor y la duda ¿son, pues, la herencia de todos los hijos de la Tierra, ora los ilumine Dios, ora los abandone á sí mismos? ¡Oh! no me abandones á mí, y no temeré ya nada...

«En medio del mar tempestuoso de la duda se eleva

una roca inquebrantable, y esta roca es la resignación á la voluntad del Señor del universo. Más de una vez he encontrado en ella un refugio saludable: ¿por qué en este momento nada puede calmar la agitación de mi alma?

«Suaves perfumes de la Primavera, dulces matices de las flores que ella hace brotar, alegrad mis sentidos. ¿No ostenta la Primavera todas sus galas, aun en torno de la roca en cuyo seno fué depositado el que acaso no duerme ya entre los muertos? ¿Por qué no he de ir yo á visitar ese sepulcro vacío? Tal vez en él encuentre á alguno de sus amigos, que se digne hablarme de él y llorar conmigo.»

Y sin considerar que este paseo matutinal pudiera decir de su decoro, sale de su palacio, ordenando á una de sus esclavas que la acompañe.

Muy luego pasa los muros de la ciudad, y se adelanta hácia el Gólgota.

Raquel y Jenima (1) ciernen su vuelo por encima de la roca sepulcral. Al ver á la noble romana, dice Raquel á su dulce compañera:

—«Héla aquí, he aquí á nuestra futura hermana. A través de los sombríos vapores de la Tierra, sube penosamente hácia el Cielo: guíemosla.»

Y las dos inmortales toman al punto la forma de dos jóvenes peregrinas, venidas de las islas del Archipiélago para celebrar la Pascua en la ciudad santa de Judea. Lazos de púrpura prenden las trenzas de sus cabellos; en las manos llevan ligeros báculos, y su andar es lento y gracioso. Como abismadas en piadosas meditaciones pasan por delante de

(1) Jenima era una de las tres hijas que el Señor dió á Job, á quien dispensó todas sus bendiciones, después de haberle hecho pasar por las más rudas pruebas de la vida. — *Job. cap. XLII.*

Porcia, que admirada de su noble porte, les dirige estas palabras:

—«Permitidme que os haga una pregunta: Ese sepulcro que acabais de visitar sin duda, ¿es acaso el objeto de vuestra melancolía? ¿Conoceis al que ha reposado en él por espacio de tres días?»

—«¿Y qué te importa eso á ti? contesta Raquel: tú no eres hija de Israel, no; tú vienes del Capitolio, tú eres una de las soberanas de la ciudad de las siete colinas. Déjanos, orgullosa romana, y no escarnezcas nuestro dolor.»

—«¡Yo escarnecer vuestro dolor! ¡Caiga la cólera del Cielo sobre todos los que lo intenten! Verdad es que yo soy la mujer del Pretor; pero aprended á conocerme. Ese sepulcro abierto y vacío es sagrado para mí. El profeta que fué sepultado en él se ha despertado del sueño de la muerte, segun dicen. ¿Habeis oído hablar de esa resurreccion?»

Jemina contesta:

—«¡Ya lo veo; tú no eres como las demás mujeres de tu rango y de tu pueblo: adoras aun los ídolos, pero mereces que te hablemos con toda la sencillez de nuestra alma. Sí, sabemos que Jesús ha resucitado, y conocemos á la santa mujer que lo vió primero que todos.»

—«¿Permanece aun esa mujer en esta tierra de sufrimientos, pregunta Porcia con jubilosa sorpresa, ó la ha llamado ya á sí el Eterno?»

—«Magdalena vive aun, contesta Raquel. Triste y desolada recorría el sepulcro á donde habia venido á adorar los frios restos de Jesús... ¿Cómo te pintaría yo su santo éxtasis, cuando el divino Maestro se ofreció á su vista? Abrazó sus rodillas, besó sus piés, y los roció con sus lágrimas. El resucitado le dió órdenes para que las transmitiera á los fieles...»

—«¡Detente! exclama Porcia: detente, divina extranjera,

si no quieres verme sucumbir á la felicidad que tus palabras traen á mi alma.»

—«Sí, considérala, dice la hija Job; considérala, querida Raquel, pues mira cómo tiembla.»

—«¡Raquel! exclama Porcia: ¡tú te llamas Raquel! Este nombre es dulce como tu palabra al describir el éxtasis de Magdalena. ¡Oh! condúceme ante esa mujer, á fin de que yo pueda llorar en su seno. Pero ¿qué digo? ¿qué puede haber de comun entre una romana idólatra y las bienaventuradas hijas de Israel?... ¿Por qué no preparais al vencedor de la muerte una entrada triunfal en vuestra santa ciudad? ¿Por qué no le formais un cortejo, que abririan tan gloriosamente las eslátuas de oro de Abraham, de Daniel, de Job, de Moisés, y la tuya sobre todo, audaz adolescente, que desafiaste al más terrible de los gigantes, tú que libraste á tu pueblo del yugo de un rey furibundo é insensato? ¿Por qué no celebran altamente su gloria los paralíticos que andan, los sordos que oyen, los ciegos que ven, porque él los tocó con su divino aliento? ¿No es más grande él que todos los triunfadores que han trepado á la roca del Capitolio, para ir á depositar sus ensangrentados laureles á los piés de Júpiter Tonante?... Pero ¿á dónde me lleva mi extraviado pensamiento? El reino de Jesús, como me lo han dicho muchas veces, no es de este mundo...»

Dice, y queda abismada en meditacion profunda, porque esa falsa gloria que recompensa á los héroes por la sangre que han derramado no es para ella más que un hórrido fantasma.

Jemina adivina el objeto de las meditaciones de la noble romana, y el placer que le causa la certeza de que muy pronto la ilustre matrona entrará en el número de los escogidos, le hace olvidarse de velar su esplendor; pero luego

al punto vuelve á tomar el modesto exterior de una peregrina. Esta modestia tiene, sin embargo, algo de imponente, de tal modo, que la esposa del Pretor apenas puede dominar su sorpresa y admiracion.

Viéndola así turbada, la hija de Job, que ya la ama como á una hermana, le dirige de nuevo la palabra, diciéndole:

—«Tú misma lo conoces al fin; esta tierra es demasiado mezquina y miserable para celebrar en ella el triunfo del Hijo del Eterno... Tú no eres ya la oveja extraviada á quien hay que hacer saber la resurreccion del Mesias para arrancarla á sus errores, no; tú eres ya una de sus más amadas hijas... Las santas mujeres que han tenido la dicha de verle, te dirán sobre esto más sin duda.»

—«¿A mí?» pregunta Porcia con voz ahogada.

—«No dudes más, contesta Jemina, y sea tu Dios y Salvador el que ha muerto por ti.»

Y poniendo la mano sobre la cabeza de la noble romana, la bendice.

—«Cualquiera que seas, dice Porcia, sé mi guia, y conduceme ante el Dios que llama mi corazon.»

Y Raquel toma la palabra á su vez.

—«¿Sabes, querida Porcia, que Jesús ha resucitado á un gran número de escogidos, muertos hace mucho tiempo, y que estos resucitados se aparecen á los mortales que le aman sinceramente?»

Porcia contesta:

—«Misteriosas peregrinas, dadme siquiera tiempo para reunir mis fuerzas; no me refirais á la vez tantas maravillas. ¡Jesús ha resucitado! ¡Otros muertos se han despertado con él y se aparecen á los débiles mortales!... ¡Oh! Sea para siempre glorificado el dia que alumbra tales portentos!»

—«Antes de abandonarme, dignaos decirme á lo menos

quiénes sois, y de dónde venís. Un secreto presentimiento me dice que no debéis pertenecer á la Tierra. Acabad de disipar las nubes que velan aun el nuevo dia que habeis hecho lucir para mí, y Dios os pagará al céntuplo el bien que me habeis hecho.»

Las dos resucitadas conducen á la noble romana á la entrada de la bóveda sepulcral, se prosternan con ella, y le hacen recitar esta oracion, que el mismo Jesús enseñó á sus escogidos:

«Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos tu reino: hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo. Provee á nuestras necesidades de cada dia, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Guárdanos de toda tentacion, y libranos de mal; porque tuyo es el imperio, como el poder y la gloria.»

A las últimas palabras de esta plegaria, las dos inmortales se envuelven en una luz celestial, se elevan por encima del sepulcro, y se pierden en las nubes; pero en su rápido vuelo se vuelven más de una vez hácia la jóven pagaña, que permanece prosternada en el polvo.

Animada de una vida nueva, levántase luego Porcia, y ligera como la tierna hoja que la brisa embalsamada desprende del arbusto y empuja al desierto, vuelve á Jerusalem repitiendo la oracion que las dos inmortales acaban de enseñarle.

Beor era uno de esos seres desgraciados, á quienes una sensibilidad demasiado viva y una propension funesta á las ideas melancólicas hacen insensibles á los bienes de que gozan, creándose ellos mismos ingeniosamente males imaginarios. Así, pues, Beor ha huido siempre de sus semejantes. La soledad es una necesidad para él; pasa las noches

en prolongado insomnio, y los días en tristes meditaciones.

Alumbrado por el pálido reflejo de una lámpara que arde á la entrada de su cabaña, donde jamás penetra un rayo de sol, el infeliz solitario acaba de tomar un frugal alimento, que no ha interrumpido tampoco el curso de sus lúgubres pensamientos.

«Ve alma desolada, se dice á sí mismo, ve, alma mia, á perderte de nuevo en los abismos cuya profundidad procuras en vano sondear. ¿No es preciso que todo sea así?... Pero ¿por qué?... Yo lo pregunto muchas veces, lo estoy preguntando siempre, sin que nada me responda en el Cielo ni en la Tierra... Sí, ni siquiera me queda el consuelo de creer que, en efecto, todo lo que es debe ser así...

«Y aunque fuese verdadera esta necesidad inflexible, ¿por qué escoge de entre esta especie humana, que flota al azar en las olas del tiempo, algunos individuos aislados para asirlos con su mano de hierro, elevarlos por encima de esas ondas, y arrojarlos rotos y aniquilados en alguna playa erizada de negras rocas?...

«Yo recibí la vida sin recibir la luz; viví mucho tiempo ciego; vino un profeta y abrió mis ojos, derramando en mi alma una claridad deslumbradora... Mis ojos ven siempre el Sol; pero las tinieblas de mi alma han venido á ser más espesas que nunca, porque ha muerto el más grande de los profetas...

«¿Qué necesidad tengo yo de ver, ni qué me importan los rayos que hacen abrirse á las flores que cubren el valle de Saron? ¿Qué me importan el dulce encanto del crepúsculo de la tarde, ni la imponente belleza de un cielo estrellado? ¿Qué me importan todas las maravillas de la creación? Mi corazón está hoy más ciego que mis ojos lo

estaban en otro tiempo; porque, vosotros lo sabeis, ángeles del Altísimo, Jesús no existe ya.»

Así pensaba Beor, cuando un anciano, rendido de cansancio, se presenta ante él y dice:

—«Vengo á pedirte abrigo y un poco de comida. ¡Ah! yo soy más viejo y más desgraciado que tú.»

—«Sí, eres más viejo, pero más desgraciado no puede ser. No importa eso: bebe en mi copa... más fácil me es á mí que á tí ir á llenarla á la fuente. Toma pan: es todo lo que poseo... Si para mí basta, siento no tener otra cosa mejor que ofrecerte.»

—«Veo con placer, dice el anciano, que sólo eres implacable para contigo. Te conozco, Beor, pues he sido testigo de todas tus acciones, de todos los acontecimientos de tu vida.»

—«Entonces debes saber que no está en mí vencer la negra melancolía que me consume. No creas, sin embargo, que es vaga ó inmotivada: infortunios como los míos quebrantarian el corazón mejor templado. Ciego desde mi nacimiento, pasé los mejores años de mi vida sin ver la luz del día: un profeta abrió mis ojos, pero mi espíritu quedó ciego, porque no puede comprender á ese profeta, que obra los más grandes milagros y perece luego víctima de sus infames enemigos. Por lo demás, ¿qué puedo yo esperar aquí en la Tierra? ¿No es el dolor el único soberano del presente y el mensajero único del porvenir? Y el Juez supremo ¿no es más severo para mí que para los demás hijos de la Tierra?... Yo no maldigo el día de mi nacimiento; pero, te lo confieso, querría no ser, querría no haber sido jamás.»

Calla, y el anciano dice:

—«Tú olvidas, Beor, que el momento en que menos lo esperabas, te abrió el átrio de su santuario y te permitió

ver este mundo tan bello, que alumbraba su Sol y fertiliza su bendición. ¿No sentiste entonces un arrobamiento desconocido á los mortales que desde su nacimiento se han acostumbrado á contemplar tantas maravillas? Y ¿no te reveló parte de los secretos de la eternidad, cuando te dijo: Soy el hijo del Omnipotente? Deja, pues, de creerte desgraciado: el Mesías se ha dignado mostrarse á tí, y te ha destinado á dar testimonio de él.»

—«¡Oh! Calla, calla, murmura Beor, y no me arrastres así hácia nuevos precipicios. Aun cuando fueras un ángel, yo te preguntaría: ¿Con qué derecho osas explicar los secretos de la Providencia? Porque ¿qué puede haber más inconcebible para la intuición de las criaturas, mortales ó no, que esa intención que acabas de prestar á Dios, y que le acusa de hacer desgraciados para consolarlos después, y á fin de que alaben su poder y su bondad?... Pero tú no eres más que un hombre semejante á mí: ¿cómo podría yo creerte dotado de una penetración que me parece imposible aun entre los ángeles?»

—«Desgraciado escéptico, si no llegas á dudar hasta de la vida eterna, debes saber que para alcanzarla es preciso subir las gradas que á ella conducen. Si Dios nos envía aflicciones, ¿puede tener otra mira que la de recompensarnos? Y ¿puede recompensar allí donde no hay lucha ni sufrimiento? ¡Pobre átomo de polvo! La misericordia divina te ha arrojado en un mar inmenso, del cual una sola gota te inundará de delicias inefables.»

—«Tus palabras, buen anciano, refrigeran mi alma sedienta. Quiero creer contigo que Dios solo aflige á los que ama; pero ¿con qué derecho podría yo esperar ser uno de esos escogidos que la desgracia debe aquilatar para las glorias celestiales?»

—«Tú eres uno de sus escogidos, y muy pronto dejarás de dudar de ello. Un nuevo día se eleva sobre tu alma: ya veo yo brillar sus primeros resplandores... Oremos juntos, á fin de que te encuentre digno de la felicidad que te prepara.»

Los dos se prosternan, y el venerable anciano pronuncia esta fervorosa plegaria, que Beor repite con voz alterada por la sorpresa y la admiración:

«¡Oh Señor y Dios mío! ¡Gracias te sean dadas por todas las miserias que me has enviado, á fin de que más tarde pueda yo apreciar mejor los efectos de tu misericordia! Alzo mi cabeza al Cielo con gratitud, porque quisiste que mis ojos fueran ciegos, y que el sombrío velo de la tristeza envolviera mi vida. Vino el Salvador y rasgó este velo sombrío, y la esperanza, joven y brillante como todo lo que del Cielo viene, entró en mi alma. ¡Sea glorificado el Dios de misericordia, que tendrá piedad de nosotros cuando suene la hora terrible en que las entrañas de la más tierna de las madres permanecerán mudas ante las angustias del más querido de sus hijos! ¡Sea glorificado el Dios de misericordia que me hizo ciego al arrojarme á la Tierra, que me anegó en lágrimas y puso en mi corazón la tristeza y la duda, á fin de hacernos comprender que nada somos sin su auxilio! ¡Sé glorificado tú también, divino Profeta, última esperanza de Israel!...»

Beor interrumpe bruscamente esta plegaria, diciendo:

—«Olvidas que ha muerto Jesús?»

—«Vive,» contesta el anciano.

Y rodeándose repentinamente de celestiales resplandores, añade con la voz de un inmortal:

—«Sí. ¡Jesús ha resucitado! Yo soy uno de sus testigos; yo soy Job. Ya sabes que he padecido más que tú. ¡Bendigo

mis padecimientos de un día! ¡Oh! ellos me han valido la vida eterna.»

Beor quiere levantar los brazos al Cielo, pero no tiene fuerza para ello, y Job se los sostiene, como en otro tiempo los amigos de Moisés sostuvieron los brazos de este profeta para asegurar la victoria al pueblo de Israel.

El resucitado se eleva por grados sobre la Tierra, y dirige esta despedida al hermano de su elección.

—«En nombre del divino Muerto que vivirá eternamente, yo te lo digo: el ciego de nacimiento no recibió la existencia en castigo de las culpas de su raza, sino para dar testimonio del poder de la bondad de Dios.»

Dice, y desaparece á la vista de Beor, que, temblando de sorpresa y felicidad, permanece inmóvil en su sitio.

Abraham y Moisés se ciernen sobre la multitud que llena el templo, y sus ojos buscan en vano un mortal digno de ser el hermano de su elección.

Un jóven que se apoya en una columna llama en fin su atención. Su actitud es grave y pensativa, y una ferviente piedad brilla en sus ojos. Todos sus pensamientos pertenecen al Dios á quien glorifica en este momento el metal cuyo penetrante son se une, ora al tumulto y á los cantos de victoria, ora á los himnos sagrados que celebran los santos misterios de los altares.

La trompeta calla luego, y los acordes de las arpas acompañan á las voces melodiosas que entonan el siguiente canto:

«¡Monte sagrado! ¡celestial Mória! tú elevas hácia las nubes el pórtico de Sion, más caro al Eterno que las demás moradas de Jacob. En tus manos, ciudad santa, se glorifica el Señor.»

Abraham y Moisés, que leen en el pensamiento de jóven,

se proponen aparecérsele, y lo siguen luego que sale del templo.

Apenas han llegado al pié de la montaña de Mória, cuando Gabriel desciende de las nubes, y dice:

—«No os mostreis á ese hijo de Israel: más tarde le abrirá los ojos el Señor.»

—«Mensajero de Dios, dice Moisés: dínos al menos quién es el dichoso mortal á quien espera semejante suerte.»

Y Gabriel contesta:

—«Volved vuestra vista hácia Damasco. El implacable enemigo de la nueva ley atraviesa sus fértiles llanuras: extraviado por el furor, reúne tropas numerosas, y lleva por todas partes el horror y la muerte... Un rayo celestial hiere su vista... Miradle caer de rostro al suelo. Escuchad; una voz de lo alto le dice: ¡Saulo! ¡Saulo! ¿por qué así me persigues (1)? Y Saulo pregunta: ¿Quién eres tú que me hablas? Y la voz contesta: ¡Yo soy Jesús, el que está sentado á la diestra de Dios Padre! Saulo es conducido por sus compañeros á Damasco; porque ha quedado ciego aquel á quien el Salvador ha iluminado súbitamente con su luz divina, á fin de probarle lo que será menester que sufra para llegar á ser su testigo ante los gentiles... No temais nada por Saulo: el Espíritu Santo descenderá sobre él, y la vista le será devuelta; recibirá el bautismo, y predicará por todas partes la gloria y el poder del Hijo del Eterno.»

Así habla Gabriel.

Abraham junta las manos, y dice:

—«¡Que todas las generaciones, que todos los serafines

(1) *Hechos de los apóstoles, cap. IX.* Todo lo que Klopstock dice aquí de San Pablo, que antes de su conversión á la fé cristiana se llamaba Saulo, es un fiel extracto de los libros santos.

de los Cielos se inclinen ante tí, Creador del infinito! ¡Que todas las bocas canten tus alabanzas, oh Hijo divino, gloria de tu Padre y único heredero de la magnificencia de los Cielos!»

Moisés sigue al futuro Apóstol, y su pensamiento lo consagra así al servicio de Cristo:

—«¡El Señor te dé fuerza para derribar á los poderosos que se levanten contra tí! ¡El Señor te dé la arrebatadora elocuencia de los grandes oradores y la persuasiva dulzura de los ángeles. Pero sobre todo llene tu corazón de ese gran amor que prefiere el conocimiento de Dios á todas las ciencias de la Tierra; que no pide nada para sí ni desea el mal ajeno, porque no en la injusticia, sino en la verdad, busca la felicidad; de ese gran amor que la cólera no altera nunca, que no conoce la envidia, ni el desden, ni el orgullo; de ese amor, en fin, que nace de la fé, que sufre y lo espera todo; que nada podría cansarlo ni menos agotarlo; que abraza todo cuanto hay sobre la Tierra, y se refiere á la vida eterna. Y ese amor, que los siglos futuros llamarán caridad cristiana, sea tu parte de herencia. No olvides nunca que es pura é inmaculada la nueva comunión, esa digna prometida del divino esposo, que la lavó en su sangre, sangre cuya voz es más poderosa que la de la sangre de Abel, y que sin embargo no pide venganza. No, lo que pide es gracia esa voz que estremece al monte Siná.»

Saulo desaparece en las calles de Jerusalem.

Los dos resucitados se dirigen hácia la cima del Tabor, y Gabriel los sigue.

Elkanan y el jóven Boa acaban de entrar en el huerto de Samma. El infortunado padre de Benoni los acoge con benévola dulzura: por consolar al anciano ciego, olvida sus propios pesares.

Sentado á sus piés sobre el florido musgo y á la sombra de los árboles que su padre plantó el día de su nacimiento, Joel escucha con tierno interés sus piadosas quejas sobre la muerte de Jesús, que él también deplora con toda la sinceridad de su alma.

Tres resucitados se envuelven en las nubes que la Luna argenta y la brisa de la tarde impele suavemente hácia Jerusalem.

Benoni, el más jóven de estos viajeros celestiales, dice á la hermana de Lázaro:

—«Voy á mostrarme á mi amado padre y á mi querido hermano. ¿Guardas silencio, Simeon? ¿No han derramado ya bastantes lágrimas? ¿No han apurado hasta las heces el cáliz de la desgracia? ¿No nos es lícito aun poner término á sus sufrimientos?»

Y Simeon contesta:

—«Podemos aparecernos á ellos: María gozará de su arrobamiento sin mostrarse á su vista; pero sobre todo, amado Benoni, no te olvides de velar tu esplendor, demasiado vivo para ojos mortales.»

Dice, y los tres descienden al huerto de Samma.

Elkanan refiere á sus amigos, que acaba de visitar el sepulcro de su hermano.

—«¡Ah! le dice Joel: has ido á llorar sobre la piedra que cubre los restos de Simeon, y yo he llorado bajo las lúgubres bóvedas donde duerme Benoni. ¿Por qué no hemos ido á orar al sepulcro de Jesús, el más santo de los muertos?... Acaso hubiéramos visto... ¡Cielos! exclama interrumpiéndose: ¡qué claridad tan súbita y deslumbradora es esta?»

—«¡Dios de misericordia! ¿nos envías alguno de tus mensajeros?» dice Samma prosternándose.

—«¿Qué ves, querido Samma? le pregunta el ciego: habla, condúceme ante la aparición.»

—«¡Conducirte!... ¡Oh! Apenas tengo fuerzas para sostenerme á mí mismo.»

El anciano llama al jóven Boa; pero este niño, sobrecogido de terror, se oculta detrás de un árbol cuyo tronco abraza, y el ciego suplica otra vez á sus amigos le digan qué es lo que ven.

Joel recobra antes que los otros bastante calma para contestarle:

—«¡Allí, muy cerca de nosotros, dice, sobre el más bello de los árboles que mi padre plantó el día de mi nacimiento, veo un adolescente con sonrisa de ángel. El esplendor con que brilla es dulce como los argentados rayos de la Luna.»

El ciego, que es el único que ha quedado inaccesible al temor, dirige la palabra á este sér sobrenatural, cuya presencia siente, diciéndole:

—«Sér á quien no pueden ver mis ojos ciegos, dime quién eres; te lo imploro.»

—«Un mensajero del Cielo,» contesta Benoni.

Joel reconoce la voz de su hermano, lanza un grito de sorpresa, vacila y cae.

Benoni lo recibe en sus brazos, lo estrecha contra su corazón, y le da así fuerzas para soportar el exceso de su alegría.

Los dos se acercan á su padre, que acaba de caer de rostro al suelo; lo levantan y sientan sobre el musgo.

Tranquilizado por una sonrisa de Benoni, el jóven Boa se acerca al ciego, y lo guía cerca de sus amigos.

—«Ahora, exclama Elkanan con piadosa exaltacion, ahora ya puedo descender al sepulcro. Si mis ojos no han podido ver á un enviado del Cielo, á lo ménos mis oídos podrán oír

su voz. Habla, querido Benoni, yo te escucho... instrúyenos.»

Y Benoni contesta:

—«Otro más digno que yo os dará la enseñanza que pedís. ¡Oh amados amigos míos! serenaos y disponéos á oír nuevas maravillosas.»

En tanto que Benoni habla, Joel coge flores, las lleva á sus lábios y las arroja á los piés de su hermano.

Benoni le mira con tierna sonrisa, y pregunta al ciego si se siente con fuerzas para soportar la presencia de Simeon.

—«¡Que venga! ¡Oh! ¡que venga! exclama Elkanan. Y vosotros, Samma, Joel, y tú, Boa, sed fuertes para que vuestro terror no detenga más á mi amado hermano. ¡Simeon! ¡Simeon! ¡Oh! ¡ven! Mis ojos no te verán aquí abajo; pero cuando á través de los sombríos valles de la muerte entre en las celestiales regiones de la luz, entonces te veré: ¡oh! sí te veré; porque allí no hay ciegos.»

Envuelto en un rayo de luna que atenúa su esplendor, Simeon se aparece de repente, y estas palabras salen de su boca inmortal:

—«Jesús ha resucitado; su omnipotencia ha hecho salir de sus sepulcros á los muertos, los cuales se aparecen á los mortales que les son queridos, y él mismo se mostrará á los fieles llamados á morir por él. Sin embargo, antes que vuelva á su Padre, quinientos fieles lo verán á la vez. ¡Pluguiera á Dios que fuérais del número de estos bienaventurados!... ¡Salvador del Mundo! ¡Dios de misericordia! dignate colmar su felicidad con esta bendicion.»

— ¿Te he oído bien, hermano mio? pregunta el ciego Elkanan. ¡Has resucitado antes del juicio universal! ¡Qué sed de verte tiene mi corazón! Mas ¡ay! el mismo Jesús sería invisible á los ojos del ciego. ¡Jamás me pareció tan dura la

desgracia que pesa sobre mí! Pero ¿qué digo? nó, no tengo derecho á quejarme, cuando estoy oyendo la voz de mi hermano, cuando esta voz me habla de Jesús y de su gloria... Una palabra más, Simeon: ¿Te es permitido hablar de los Cielos y de sus santos misterios?»

—«Nó; ningun mortal debe conocerlos: tal es la voluntad del que da la recompensa por premio de la prueba; del que separó los mundos, y los reúne sin embargo en la celeste armonía de lo infinito, como reúne todas las alegrías de la eternidad en la beatitud de los escogidos. Sí, comparando la creación palpable á los sentidos de los mortales con la felicidad de los espíritus puros, esta creación inmensa no es sino una sombra vana y pasajera. Sabed, sobre todo, que una de las más altas glorias del Redentor está basada en la humildad. Ante este misterio, nuestro pensamiento se detiene y retrocede... Vuestro temor es prudente: no queráis nunca penetrar en lo que escapa hasta á la intuición de los inmortales. Gozad en paz la gracia que gozáis en este momento. Benoni y yo no estamos solos aquí; la bella alma de la hermana de Lázaro está con nosotros y participa de nuestra celestial felicidad.»

—«María ha muerto, exclaman los tres á la vez, y sin embargo María nos ve y nos oye. ¿Sabrá también que su felicidad aumenta la nuestra?»

—«¡Cuán grande es tu bondad, Padre celestial! exclama Joel. ¡Permites á Simeon aparecerse á su hermano, y me envías á mí á mi querido Benoni!»

Y Samma añade con tono solemne:

—«¡Dios del Universo! ¿cómo hubiera yo osado nunca esperar que una luz celestial viniera á alumbrar los últimos instantes de mi vida terrenal, que fué tan triste y sombría? Extraviado al principio por una negra melanco-

lía, yo no veía en mi derredor más que tinieblas, abismos y laberintos, ni el porvenir me prometía más que terrores y sufrimientos. Entonces el espíritu del mal vino á ser dueño absoluto de mi alma, y lancé á mi pobre hijo contra la roca, que se tiñó en su sangre... ¡Ah! no creí haber recobrado el uso de la razón sino para pasar sumido en lágrimas el resto de mi vida; y ahora me envía el Cielo los más dulces consuelos, devolviéndome á mi Benoni... ¡Hijo querido! vas á restituirte al Cielo, pero quedarás presente á mi vista y en mi pensamiento; y cuando nos encontremos más allá del sepulcro, creeré que no hemos estado nunca separados. Ahora, hijo mio, dame tu bendición.»

—«¡Yo bendecirte, padre mio! ¡Yo, tu último hijo!»

—«La muerte te ha hecho el primero: en los Cielos yo soy tu hijo, porque una hora de la vida eterna da más sabiduría y más virtud que siglos enteros pasados en este sueño agitado que termina el sueño del sepulcro.»

Benoni levanta las manos juntas al Cielo, y rodeándose de un esplendor más vivo, pronuncia estas palabras con voz trémula de emoción y amor celestial:

—«¡Que venga pronto á tí ese último sueño, oh padre mio, y que sea y dulce y tranquilo para tí como lo ha sido para Simeon!»

—«Amado Benoni, exclama Joel: yo te pediría tu bendición si no temiera que me deseases una larga vida sobre la Tierra.»

—«¿Temes, pues, una recompensa demasiado grande?» responde Benoni. Cuanto más profundamente arraiga aquí abajo el árbol del bien, tanto más se eleva su cima en los Cielos, donde esparce su sombra bienhechora. ¿Quieres que te bendiga?»

Joel se prosterna, y el joven inmortal pone su radiante mano sobre la abrasada frente de su hermano.

—«Recibe, pues, dice, la bendición del Altísimo y la vida eterna que llamo sobre tí. ¡El Dios que ha despertado á Jesús te conduzca á su lado!»

El niño Boa, que se habia ocultado bajo un paño de las ropas de Elkanan, saca la cabeza, mira en torno suyo, y dice:

—«Las visiones han desaparecido...»

Joel se levanta, y sus ojos se fijan en las nubes.

—«Si estás todavía entre nosotros, alma pura de María, ve á decir á Benoni, ve á decir á Simeon, que han hecho entrar en mi alma todas las beatitudes del Cielo.»

Dice, y se arroja sollozando en los brazos de su padre...

Sentada en la azotea de la casa de Juan, María contempla el imponente espectáculo del Sol poniente. Poco á poco desaparecen todos los fenómenos de la luz reflejada; la estrella de la tarde, grave y silenciosa, se eleva en el horizonte, y sus rayos se reflejan tranquilamente en la superficie del arroyo que atraviesa la comarca.

En medio de este argentado brillo, descubre María una forma de mujer, primero vaga é indecisa, pero que muy luego se destaca bien contorneada de la nube en cuyo seno parecia haber nacido, á la manera que en un alma enérgica nace un noble pensamiento, y se convierte al punto en una gran acción.

Apenas la aparición ha tomado de los dulces rayos de la estrella vespertina un esplendor inofensivo á los ojos mortales, cuando se la ve ya en la azotea.

La madre de Jesús la mira con admiración, pero sin sorpresa.

La inmortal se sonríe con dulce ternura y dice:

—«No intento ocultarte que no pertenezco á la Tierra: toda reserva seria inútil contigo. Muy pronto brillarás sobre

mi al pié del trono del Eterno ¡oh María! la más sublime de las madres... Yo también, María, soy madre.»

—«¿Serías tú la que dió á luz la víctima obediente que su padre iba á inmolar al Eterno? pregunta María. ¿Ó bien te debería la vida Henoc, el que jamás conoció los horrores del sepulcro?»

—«Todos son hijos míos: yo soy la primera mujer, la primera pecadora... Soy Eva.»

—«¡Oh dicha inesperada! ¡Por fin te veo, madre mía, madre común, madre de Abel!»

—«¡Y madre de Cain! añade Eva suspirando profundamente. Escúchame, María; he venido á cantar contigo la gloria del Hijo de Jehová. Toma tu arpa, y une sus melodiosos sonos á los graves acordes de mi salterio.»

—«Y ¿cómo me atrevería yo? Soy sólo una simple mortal. Pero me mandas que cante contigo al Salvador del mundo, y estoy pronta á obedecerte: guíe tu voz la mía.»

Eva se sonríe, y canta así:

—«Dos veces me ha creado, dos veces me ha llamado á la existencia el que tú llevaste en tu seno. ¡Madre bienaventurada, de tí nació tu Creador y el mío, el Creador de los Cielos y de lo infinito!»

Y María contesta:

—«¡Madre del género humano! ¿Oíste tú los santos cánticos que entonaron los ángeles, cuando nació el Mesías en su humilde estable?»

—«Sí, Miriam: oí ese canto de triunfo. Cuando resonó en la cima de la Sion celestial, se estremecieron las más altas ramas del árbol de la vida, y todos los inmortales se prosternaron para adorar al recién nacido.»

—«Y sin embargo, lloró en el pesebre de Bethlem, él cuyo nombre pronunciaron los ángeles. Los cedros y las palme-

ras, las rocas del Tabor y el polvo del Gólgota oyeron el nombre sagrado de mi Hijo inmortal, y todos repetían á la vez: ¡Jesús! ¡Jesús!»

—«Y el trono de que había descendido oyó también ese nombre tres veces santo, y repitió á través de la inmensidad de los Cielos: ¡Jesús! ¡Jesús!»

—«Madre del género humano, tú que sabes su nacimiento, dime: ¿le has visto morir?»

—«He oído los últimos latidos de su corazón.»

—«Madre de Abel, ¿has visto la corona de espinas talar las sienes de mi Hijo?»

—«¡He visto su corona ensangrentada!»

—«¿Oíste la voz moribunda del Redentor, cuando exclamó: *Todo está consumado?* ¿Le oíste cuando dijo: *Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu?*»

—«Los Cielos recogieron esas palabras de la vida eterna, como recogen los salmos del divino arpista y los himnos de los arcángeles, cuando celebran la gloria de Jehová.»

—«Y sin embargo, yo padecía más que padeciste nunca, madre de Abel.»

—«¡Oh! no, Miriam; jamás sufrí yo tanto como tú; y sin embargo, yo ví tendido en tierra, con el rostro pálido y bañado de sangre, á mi hijo Abel, el primero de los muertos, la primera víctima del anatema que yo atraje sobre la especie humana... ¡Oh! entonces yo no veía ya nada sobre la Tierra, nada en los Cielos.»

—«Brazo del omnipotente, tú me sostuviste, cuando, en medio de las tinieblas que rodeaban el altar del sacrificio, mi Hijo exclamó: *¡Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado?*»

—«Madre de Cristo, yo oí esas terribles palabras: después no oí ya nada sobre la Tierra, nada en el Cielo.»

—«¡Salve, bienaventurada madre del género humano! Tú estabas al pié de la cruz cuando se consumó el misterio de la redención.»

—«¡Oh! sí, Miriam, soy muy dichosa. En los bosques embalsamados del Eden, el Creador me formó de una costilla de Adam: en medio de los despojos de Paraiso destruido, el Salvador me creó para la vida eterna. ¡Oh! sí, soy muy dichosa, yo, la madre de los pecadores redimidos, madre tuya también.»

—«También es hijo tuyo el hijo que yo dí á luz en el asilo de la desgracia y la pobreza, puesto que eres mi madre. Yo soy mortal todavía, y todas las beatitudes celestiales me rodean ya. Bendíceme, pues, madre de Abel: la sangre de la redención me ha redimido, y soy ahora una heredera del Cielo.»

—«Yo no puedo bendecirte ¡oh Miriam! porque desde lo alto de la cruz, el fundador de la nueva alianza nombró á su madre reina de los Cielos.»

—«Madre divina de todos los hijos de mi hijo, canta su resurrección; muéstramelo tal como era cuando se hizo oír el trueno que anunció el cumplimiento del más terrible, del más santo de los misterios.»

—«Tu divino hijo ¡oh Miriam! ha resucitado á la vida eterna, como la luz salió de las tinieblas cuando la voz de Jehová dijo: ¡Sea la luz! y la luz fué. Y cuando salió de su sepulcro, las arpas de oro y las palmas celestiales se escaparon de las manos de los inmortales, y un grito de triunfo resonó á través de lo infinito. Únicamente los mártires osaron murmurar piadosos cánticos, y Adam prosternado á los piés de Cristo exclamó: ¡Juro por tí que la muerte no es ya más que un dulce sueño, y cuando suene la última hora del tiempo, tú despertarás á todos mis innumerables hijos, redi-

midos por tu muerte! ¡Quiera Dios, oh Miriam, que te envuelva pronto ese dulce sueño en sus benéficas alas!... Y entonces yo saldré á recibirte en las regiones floridas de la paz eterna.»

—«Y allí cantaremos juntas la gloria de mi hijo, cuando, desde lo alto de su trono, enjague las lágrimas de los cristianos, é imponga silencio á sus temores. Amor es él, que tomó sobre sí los pecados del mundo; amor es él, que llevó el peso del crimen de Adam hasta la cumbre del Gólgota; amor es él, que, abandonado de los hombres, abandonado de los Cielos, se inmoló á sí mismo como víctima expiatoria.»

—«Sí, todo es amor el que se inmoló á sí mismo como víctima expiatoria, cuando guardaban silencio los arcángeles y serafines; cuando la Gehenna elevó su voz acusadora; cuando el más terrible de los jueces dirigió hácia él su paso de hierro.»

Pero ya los dulces acentos de Eva se pierden en el espacio, y María, con los ojos fijos en la larga estela de luz que deja tras sí, la ve desaparecer suavemente en medio de las nubes que envuelven el Tabor.

Satisfechos de la felicidad que acaban de derramar sobre los amigos de su eleccion, y del porvenir que les han preparado en la eternidad, los resucitados se dirigen sucesivamente al sagrado monte de la Transfiguracion. Tal así en el momento en que los suaves resplandores del crepúsculo se retiran ante las sombras de la noche, una estrella, y luego otra y otra luego, salen de las profundidades del infinito, y vienen á prestar al firmamento ese esplendor majestuoso y apacible, que revela un Dios á las inteligencias más limitadas y á los corazones más endurecidos.

Cídlia, la hija de Jairo, ha ido con los primeros albores de la mañana á sentarse bajo la florida enramada que adorna y

sombrea la entrada de su vivienda. Desde el dia en que Sémida salió repentinamente de la estancia dispuesta para la última cena que Jesús hizo en la Tierra, los dos jóvenes resucitados no se han vuelto á ver, y Cídlia expresa así su tierna melancolía:

«Amor inocente y puro, tú que no eres ya para mí sino una fuente de lágrimas amargas, ¿por qué no sales de mi corazón? Esta vida que milagrosamente me ha sido devuelta, pertenece al Eterno toda entera. ¿Qué quieres, pues, amor inocente y puro, tú que no eres ya para mí sino una fuente de lágrimas amargas? ¡Quiere probarme tu poderosa voz que una hija de la Tierra no puede, no debe consagrarse así al amor de Dios exclusivamente!... ¡Ah! ¿Quién me guiará á través del sombrío laberinto de mis dolorosos pensamientos?... Soy resucitada, pero soy mortal aun. Sufro tanto... ¿qué digo? sufro más que las otras jóvenes que aman con amor menos puro. ¡Ah! ¿Por qué no vuelvo al sepulcro del cual no debería haber salido?»

Y como espantada de estas palabras que acaban de escaparse á su dolor, se levanta precipitadamente.

Casi al mismo tiempo, su madre viene cerca de ella, seguida de una extranjera, que le dirige estas palabras:

—«Por fin te encuentro, hija de Jairo, después de tanto buscarte... Sin duda habrás oído hablar de la resurreccion del que te despertó á tí del sueño de la muerte.»

—«Sí, contesta Cídlia, pero no he visto á ninguno de los testigos de su triunfo. La hermana de Lázaro ha bajado al sepulcro. ¿Habrá quizás abandonado también la Tierra la madre del divino resucitado?»

—«No, que vive, y su hijo se le ha aparecido... Al expirar él en la cruz, muchos de sus escogidos salieron de los sepulcros para dar testimonio de su resurreccion. Ahora

buscaban entre los mortales amigos del Salvador dignos de merecer la dicha de ver á los habitantes del Cielo.»

Y la hija de Jairo contesta:

—«Amé sinceramente á Jesús, y le amaré eternamente. Inconcebible extranjera, ¿estás cierta de lo que acabas de decirme?»

—«De tí depende adquirir la prueba de ello. Los resucitados van á reunirse en el monte Tabor: yo tambien voy al sagrado monte: ¿quieres venir conmigo?»

—«Yo soy resucitada, pero soy mortal aun. Los bienaventurados de que tú hablas son espíritus puros sin duda. No importa, te seguiré; guía mis pasos y sosten mis fuerzas, si la vista de los inmortales me anonada.»

Dice, y su madre y la extranjera se dirigen con ella hácia el monte de la Transfiguracion.

Los numerosos testimonios que aseguran la resurreccion de Jesús han aliviado el dolor que su muerte habia causado en el alma del huérfano de Naim, y el amor sin esperanza que lo une á Cídlia ha recobrado todo su imperio sobre él.

«¡Ah! exclama el jóven para sí: ¿quién podrá decirme si me ama la que mi corazon ha elegido por compañera en la eternidad?... Nosotros somos resucitados, pero no somos inmortales: si lo fuéramos, habitaríamos los deliciosos valles de la paz, donde nada separa los corazones virtuosos que se aman como yo ¡oh Cídlia! te amo á tí... como tú acaso me amaras, si supieras todo lo que yo sufro por tí. ¡Qué inconcebible es mi destino!... Yo era jóven, alegre, feliz... me hiere la muerte, y una voz divina me llama de las misteriosas regiones que ya entreveia, y de donde he traído sensaciones vagas, confusas, pero llenas de encantos. Al despertar, me creia un habitante del Cielo. Pero

¡ay! muy pronto he conocido que soy mortal y desgraciado. Yo, tan alegre y confiado antes de mi prematura muerte, sufro ahora crueles remordimientos, porque no puedo hacer que las sábias lecciones del que me ha resucitado sean el único fin de mi vida, el único objeto de mis pensamientos... ¡Oh divino Salvador del mundo! antes de volver al lado de tu Padre, dignate mostrarte á mí, para que yo conozca la *única cosa necesaria* que la hermana de Lázaro supo escoger.»

Un forastero interrumpe el curso de estos tristes pensamientos:

—«Querido Sémida, le dice, vengo á reclamar tu auxilio. Un desgraciado, herido por unos asesinos, está casi exánime al pié del monte Tabor. En el camino que conduce á él, un ciego ha caído exhausto á causa de la sed y del cansancio. No lejos del ciego, un anciano sentado en una piedra pide un caritativo guía para acabar el camino que le queda por andar. Yo no puedo hacer nada por esos infortunados, porque soy pobre y, como ves, mis débiles miembros apenas me sostienen.»

—«Toma, dice Sémida: he aquí pan y vino; repara tus fuerzas: Después ven á buscarme.»

Y dejándolo á este hombre que le sigue de lejos, llega cerca del anciano.

—«Toma, le dice: aquí tienes pan y vino; repara tus fuerzas; después volveré y te conduciré á tu morada.»

Y continuando su camino, se detiene cerca del ciego:

—«Toma pan y vino, le dice: repara tus fuerzas; que luego volveré para conducirte á mi cabaña.»

El Sol, que comienza á levantarse en el horizonte, dora la cúspide del templo de Salem. El forastero se reúne con

el huérfano de Naim, y los dos, ligeros como la brisa matutinal, se adelantan hácia el Tabor.

De repente Sémida ve á la jóven Cídlia, que sostenida por su madre y por su desconocida compañera, sigue un opuesto sendero. Al verla, se estremece de alegría, y su corazón le impulsa á ir hácia su amada; pero reprime al punto este movimiento, y sigue á su guía, que lo conduce cerca del herido.

La sangre corre en abundancia de las grandes heridas de este desgraciado: Sémida le prodiga los más solícitos cuidados, y lo vuelve á la vida. Al levantarlo para ponerlo en el lecho de musgo que el forastero acaba de preparar, ve otra vez á Cídlia á poca distancia de él.

Cídlia se acerca, lo conoce, y se detiene llena de sorpresa y alegría. Sémida corre á su encuentro, y los dos se miran temblando de temor y de felicidad.

La desconocida advierte á la jóven que le queda mucho que andar aun, y que el sol del mediodía no debe encontrarlos en la cima del Tabor.

—«¡Oh Cídlia mia! dice Sémida: ¿hemos de separarnos ya?... Di, ¿es para siempre?...

La hija de Jairo no contesta una palabra, y sigue á su compañera; pero á medida que se aleja, da libre curso á sus lágrimas.

Sémida vuelve cerca del herido, y se dispone á conducirlo á su vivienda; pero en esto se presentan dos desconocidos. Son los hermanos de este infeliz; y dando las gracias á Sémida por los cuidados que le prodigara, desaparecen con él.

El forastero propone al huérfano de Naim conducirlo á la cumbre del Tabor.

—«Te seguiré á donde quieras, contesta Sémida; pero dime, ¿cuál es el país que tú habitas?»

—«Feliz es ese país, querido Sémida, porque nobles amigos me esperan en él.»

—«¡Y te crees pobre! ¡Oh! no, no lo eres, pues que nobles amigos embellecen tu vida. ¿Quieres nombrarlos?»

—«Su número te asombraría.»

—«¡Amigos sinceros y numerosos!... Es, en efecto, una felicidad poco comun. Siento un vivo deseo de saber todo lo que á tí se refiere.

El forastero le mira con expresion indefinible, y dice:

—«Pues bien, hé aquí los nombres de mis amigos: David, Abraham, Noé, Melchisedech, Josué, Job, Raquel, José, Débora...»

Sémida le escucha con estupor, porque á cada nombre, el semblante de Jonatás, que habia tomado la apariencia de un forastero, aparece más radiante. A medida que despliega su esplendor de inmortal, el huérfano de Naim siente debilitarse sus fuerzas; pero su celestial amigo lo sostiene y le ayuda á subir el áspero sendero de la montaña.

En el camino opuesto, la extranjera se detiene repentinamente, y dice á la madre de Cídlia:

—«No puedes seguirnos más lejos: solamente los resucitados del Señor son llamados á reunirse en la cumbre del monte de la Transfiguracion.»

Al hablar así, rayos celestiales la rodean; y á su vista la madre de Cídlia se siente desfallecer; pero la misteriosa desconocida la reanima, y le manda abandonar á su hija.

—«¡Oh Cídlia mia! exclama la desolada madre. ¡Cídlia, que nunca te has separado de mí, no tardes en volver á mis brazos, y Dios te dé las fuerzas necesarias para soportar el esplendor de las apariciones celestiales.»

—«Vuelve á Salem, dice Megiddo (1), que es la que ha elegido por hermana á la hija de Jairo; vuelve á Salem: Cidlia te deja por mucho tiempo.»

—«¡Madre mia! exclama la jóven: ¡el Señor sea contigo! Mensajera del Cielo, no me separes por mucho tiempo de mi madre.»

Megiddo se aleja con Cidlia, y su madre, llena de afliccion, permanece con los ojos fijos en el punto del camino donde su hija acaba de desaparecer á su vista detrás de una nube luminosa.

Al llegar á la cumbre del monte, ve Cidlia bajo la sombra de un cedro al jóven Sémida, cuyos vacilantes pasos guía Jonatás.

Él tambien reconoce á su amada; los dos se adelantan á encontrarse, y algunos resucitados radiantes de luz salen de las nubes y los acogen con una dulce sonrisa. El anciano, el ciego, el herido y sus dos hermanos, se muestran al principio bajo la forma que tomaron; pero muy luego los rodea el esplendor de los inmortales.

¿Qué voz podria describir el arrobamiento de los dos amantes, cuando, asidos de las manos y respirando apenas, contemplan, ya á los celestiales amigos que los rodean, ya la Tierra que abandonan para siempre?

Las preguntas se agolpan en su pensamiento, pero sus labios permanecen mudos; porque la aureola de la inmortalidad brilla ya sobre sus cabezas, y á sus oidos llega ya el dulce murmurio de la bendicion divina. Tiéndense los brazos uno á otro, se enlazan, y el sentimiento los abandona...

(1) Los libros santos no nombran á la hija de Jefté. Filon, llamado el Platon de los judios, habla con frecuencia en sus escritos de esta doncella, á quien llama *Seila*. Klopstock la designa con el nombre de Megiddo, que le parecio sin duda más poético.

Al sueño de un instante sucede el despertar de los ángeles... Los dos ciernen su vuelo en las nubes... sus almas se han confundido para siempre.

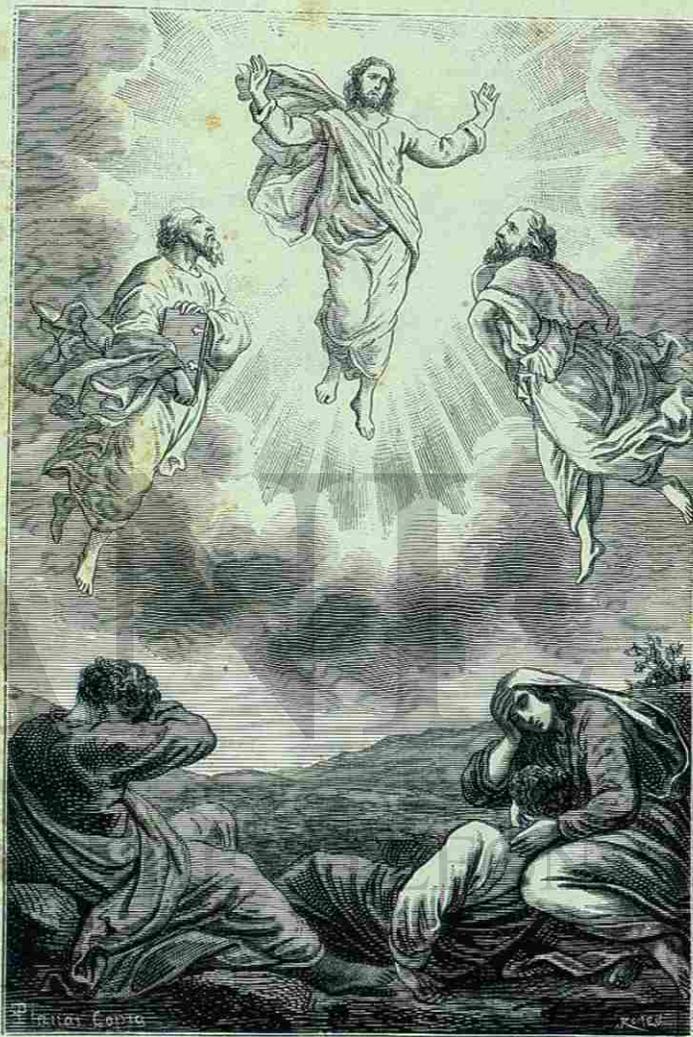
¡Momento feliz, que reunirás á los amantes cuyas cenizas yacen en un mismo sepulcro! pensando en tí, los mortales no podrán ver más que un reflejo de la felicidad de Cidlia y Sémida, cuando abrazados se sintieron arrebatados á las regiones celestiales, donde la muerte no viene nunca á separar los corazones que con un santo amor se unieron sobre la Tierra.

## CANTO XVI.

El Mesías renne á los resucitados en el monte Tabor, y se presenta á ellos como juez y soberano Señor del universo.—Pronuncia las sentencias de los habitantes de la Tierra muertos recientemente.—El ángel custodio de una estrella que debe ser transformada viene á rogarle que apresure este instante.—Un jóven habitante de la estrella de los hombres inmortales, que ha cometido una falta, se halla en el número de los pecadores juzgados por el Mesías.—Desciende Jesús á los Infernos.—Castigo de los ángeles caídos.

No conocéis al Redentor divino vosotros, los que no queréis saber que por él y para él se hizo la creación, y que es y será siempre el supremo Señor de todo cuanto existe, hasta el día en que los senderos que conducen por entre los laberintos de todos los mundos vengán á confundirse en el punto único marcado para el cumplimiento de los decretos del Eterno y para la felicidad de todas sus criaturas. Si desde lo alto de su cruz, la Divinidad expirante no hubiera dicho: *Todo está consumado*, las innumerables legiones de los seres creados no podrían un día repetir á través de los Cielos y en toda la plenitud de la felicidad de los escogidos: ¡*Todo está consumado!*

Al salir de la morada de Juan, donde con su aparición ha consagrado á sus escogidos para la vida eterna, Jesús sube al monte Tabor, trono terrestre donde ha prometido reinar hasta el momento de ir á sentarse á la diestra de su Padre.



La transfiguración. (Canto XIV.)

Presintiendo las escenas que se preparan, el monte sagrado se estremece y brilla con esplendor sobrenatural. Los resucitados se han reunido ya en su verdeante cumbre, y por encima de sus cabezas forman los ángeles un semicírculo, cuyas dos extremidades van á perderse en la inmensidad de los Cielos.

En pié en medio de este doble órden de inmortales, el Mesías se apoya en una roca cubierta de musgo: no es ya Jesús paciente y resignado; es el Hijo del Eterno en todo el esplendor de su magnificencia. A su lado los serafines y el mismo divino Elohá no son sino pálidas sombras; pero cada vez que su mirada se fija en las innumerables legiones celestiales, sienten estas más vivamente las beatitudes que son el patrimonio de los seres colocados por la omnipotencia divina en el último grado de la escala de perfecciones que los acerca al Creador.

Advertido por un signo de Cristo, un querubin va á buscar las almas de los habitantes de la Tierra muertos después de su resurreccion. Frescas están aun las coronas de ciprés con que sus amigos adornaran sus sepulcros; pero este testimonio de un afecto á veces engañoso no las libra de la sentencia de la justicia suprema.

Guiadas por el enviado del Mesías, estas numerosas almas, escapadas apenas de sus vasos mortales, llegan de todas partes á la cima del Tabor, á la manera de una lluvia de tempestad, que, mezclándose con los rayos del Sol, cae aquí en impetuoso torrente y allá en diáfnas gotas.

Al ver al Mesías, los mortales se sienten en presencia del Juez supremo, sin adivinar el porvenir que les prepara. Su voz imponente y grave les pregunta: ¿Quiénes sois? Y todos contestan á la vez hablando enfáticamente de su mérito y de sus virtudes.

Pero una mirada del Mesías les hace comprender que en vano procuran engañarle, y que los conoce él mejor que ellos se conocen á sí mismos.

Los ángeles abren ya el libro de la vida, y vuelven sus hojas, de las cuales muy pocas llevan la impresion de esos caracteres brillantes que marcan las grandes y bellas acciones.

Vuelto á cerrar el libro, los muertos esperan con muda ansiedad.

Las sentencias del Juez supremo son breves y prontas, hiriendo con la rapidez del rayo y dando luz á los ciegos.

Una mirada del Salvador indica á los ángeles las vías por las cuales deben ir las almas juzgadas á sus últimos destinos. Algunas de estas vías conducen á los abismos; otras suben á los Cielos. Pocos instantes bastan para recorrer las primeras; pero los *aeones* pasarán antes de que los pecadores perdonados lleguen al trono del Eterno.

Los habitantes de las regiones elevadas detienen á las almas que pasan por sus dominios para darles instrucciones saludables. Más lejos se ven obligadas á suspender su vuelo, hasta que llegan á explicarse á sí mismas por qué ellas suben así hácia los Cielos, mientras que otras descienden á los abismos. Antes de partir, las almas juzgadas se prosternan en el polvo, y todas exclaman al mismo tiempo:

—«*Brama* (1), *Tien* (2), *Júpiter*, *Krodo* (3), sí, somos culpables; nuestra vida sólo ha sido un encadenamiento de faltas y errores: imploramos tu misericordia.»

El Redentor se vuelve hácia los ángeles, y dice:

(1) O Brahma, Dios creador, la primera persona de la Trinidad india.

(2) Cielo supremo, Dios de los chinos.

(3) Uno de los dioses de los germanos.

—«Conducid á este habitante de las orillas del Eufrates á la estrella más lejana del Libano, hasta el sétimo cedro del bosque sagrado. Mucho ha pecado, pero su alma era ardiente, y las tentaciones fuertes. Cuando se acerque á los suaves rayos de *Philia*, los habitantes de este astro bienaventurado le nombrarán á su Salvador... Este otro, venido de los países del Ganges, amaba el bien, pero débilmente: triste y pensativo ha flotado en la duda y en la incertidumbre: sírvale de reposo el monte Hermon. Cuando acabe el tiempo conocerá á su juez. Nombradle al Redentor luego que descubra la argentada luz de la estrella del Nebo... Y tú que te postras tan humildemente en el polvo, fuiste orgulloso y duro hasta la crueldad... Querubin, que haya pasado el umbral de los Infiernos antes de que yo descienda á la cima del monte de los Olivos.»

El orgulloso se retuerce con desesperacion, y exclama:

—«¡Oh Júpiter! no me aniquiles con el peso de tu cólera.»

Y Jesús responde:

—«Ve, sigue á tu guía, y sábelo bien: si te precipito en el fondo de la Gehenna, es por haber hecho traición á tu mejor amigo. Y tú, añade dirigiéndose á otro muerto; tú fuiste caritativo y bueno, y creías en un padre misericordioso: este padre es más grande y misericordioso de lo que tú podías esperar. Querubin, cuando hayas pasado con él la fuente de Bethlem, dale la palma más bella de Gethsemani.

—Sueños de exterminio ocuparon las noches de este guerrero, y sus días eran consagrados á realizar esos sueños. Que los Infiernos lo reciban, y que sus más negras serpientes se levanten silbando para acoger á este otro, que pasó el tiempo calumniando á sus hermanos.»

Jesús calla: los ángeles ejecutan sus mandatos, y un querubin descendiendo de lo alto de los Cielos, se prosterna y dice:

—«¡Dios mediador! La estrella confiada á mi custodia se estremece ya y se prepara á su transformacion; sus habitantes presienten su vuelo próximo hácia la luz primitiva, y temo que sucumban al vivo deseo de apagar su sed en aquel rio eterno. Dignate apresurar el cumplimiento de una aspiracion que tú les has permitido formar. Permíteme tocar con mis alas las sagradas palmeras del valle de Gethsemaní, y los polos de mi estrella temblarán más fuertemente; las columnas de los abismos se hundirán, y con ellas las costas floridas, los mares y las montañas de este mundo reservado á más bellos destinos.»

Y Jesús responde:

—«Toca con tus alas las palmeras del valle de Gethsemaní.»

Y el ángel alza su vuelo, y va á apresurar la transformacion de la estrella de que es custodio.

Un querubin se vuelve hácia el muerto que ha conducido á esta misteriosa congregacion, y le dice con sonrisa celestial:

—«Enjuga tus lágrimas: tú has sido demasiado bueno, demasiado noble para los hombres entre quienes has vivido; ellos te desconocieron y odiaron, pero al fin se ha secado la fuente de lágrimas que venias derramando en el árido desierto en que hubiste de buscar un refugio huyendo de la ingratitud. Alza la vista á las estrellas: todas las atravesarás antes de llegar al último grado de beatitud reservado á los bienaventurados.»

Un rey indio, medio sumido aun en el sopor de muerte, acaba de despertarse del sueño de la vida terrenal; pero el recuerdo de sus pasadas grandezas lo rodea todavía con sus vanas ilusiones.

—«¿Dónde están, exclama, las almas de los esclavos

inmolados sobre mi sepulcro? Que vengan para anunciar y preceder á su señor.»

Ninguna voz contesta á la suya, y atraviesa solo las sombrías bóvedas que conducen á una vasta comarca. Allí, un inmortal que cierne su vuelo en los aires, le dice:

—«¡Sigueme! Los rayos luminosos que dejo detrás de mí te servirán de guía.»

El alma del Rey se ve obligada á obedecer, y muy luego oye la sentencia del Juez supremo que juzga severamente á los poderosos.

—«Sí, aquí hallaré auxilio y compasion, dice un alma recién libertada de un cuerpo consumido por los padecimientos y la miseria: las brillantes visiones que me rodean son dioses, y los dioses son justos. Los hombres no lo son, pues ódian y menosprecian la inocencia, y aborrecen el honor y la probidad: solamente los dioses son justos.»

Dice, y recibe el premio de su resignacion y de su fé.

Un mal agudo y repentino habia postrado al jóven Gelimar en el lecho del dolor. En vano su amigo procuraba infundir en su alma la esperanza: el jóven, ardiente é impetuoso, se abandonaba á los más sombríos pensamientos.

«Voy á morir, decia, y á separarme de tí para siempre: tal es la inflexible voluntad del destino, igualmente inflexible para la flor caída del árbol en que naciera, para el amigo que has amado tan tiernamente, para tí mismo y para todo lo que existe en el inmenso dominio de la muerte. Sí, ¡la flor que se deshoja y el hombre que muere se pierden en la nada, como si nunca hubieran existido!...

«¿Por qué se fijan con tanto amor en mi semblante pálido y desfigurado tus húmedos ojos?... No tengo necesidad de consuelos, yo que voy á morir... Pero tú... reúne todas tus fuerzas, y no me sigas muy de cerca...

«Puedo confesártelo, en fin: en medio de la indolente alegría de mi edad, me dominaba el presentimiento de la muerte, y entonces me preguntaba: ¿Dónde iré? ¿Qué será de mí?—Y una voz secreta me respondía: Te disolverás en átomos imperceptibles, que el soplo del tiempo dispersará por todo el universo...

«No llores así, hermano mio. ¿Qué te importa lo que vengan á ser mis restos inanimados? porque, á lo menos así lo espero, tú no me harás la injuria de ver en ellos al amigo á quien tanto has amado. Antes respetaba tu sensibilidad; ya no respeto nada, ni aun tus lágrimas. La muerte me ha cogido con su mano de hierro, y mi alma ha venido á ser inflexible como ella.

«Escucha mi último pensamiento: te lo revelo como el guerrero moribundo confía su escudo al más amado de sus hermanos de armas. Voy á aniquilarme, de ello estoy convencido: esta convicción me desespera; mas no acuso á los dioses, no: somos muy poco para aspirar á la inmortalidad. Ve ahora á llenar esta copa á la fuente más abundante y fría; ya apague la sed que me devora, ya apresure mi muerte, esa agua me aliviará...»

Y su amigo fué á llenar la copa.

Gelimar la apuró de un solo trago, y casi al mismo tiempo exhaló su último suspiro.

El alma de Gelimar, sacudida por la violenta y terrible conmoción que sufriera al separarse de su cuerpo, se adormece un instante, y después se eleva en los aires que llena con sus gritos de sorpresa y alegría.

«¡Dioses inmortales! ¡Dioses de los astros y de los mundos! ¿Es posible? ¡existo! ¡Existo, yo que acabo de morir! ¿No es esto el último sueño de la materia que se descompone, la última ilusión de un alma próxima á perderse en

lo infinito?... No, vivo; y esta vida nueva no es una flor que se deshoja y desaparece para siempre.

»¡Dioses poderosos! Vosotros habitais sin duda en medio de esas innumerables estrellas que aparecen cada vez más resplandecientes y hermosas. ¡Dioses clementes! ¿dónde y cómo os encontraré? Dignaos revelaros á mi vista, á fin de que yo me prosterne á vuestros piés, y exclame en la plenitud de mi agradecimiento y alegría: ¡Gracias, gracias, eternos dioses, por quienes yo existo para siempre!

»¿Dónde gime el amigo de mi corazón, á quien dejé en la Tierra con la cruel certidumbre de que la muerte es un sueño sin fin? ¡Ah! ¡Que no hubieras muerto tú conmigo!... ¿Me es permitido descender á la Tierra, donde mi fiel amigo cava mi sepultura? ¿Puedo yo á mi vez presentarle la copa que da la muerte, y volver con él á las regiones de la inmortalidad?»

Al acabar estas palabras, ve Gelimar en la cumbre del Tabor seres semejantes á él, é inmortales en quienes cree reconocer dioses, y se prosterna á sus piés; pero uno de ellos le manda levantarse, y dice:

—«Nosotros no somos sino seres creados.»

—«Y ¿habeis sentido vosotros como yo la helada mano de la muerte? ¿Y como yo habeis sido despertados á una vida nueva?» pregunta Gelimar.

Uno de los serafines contesta:

—«Dios nos creó inmortales... Síguenos. Muy luego te iluminará quien ha hecho las estrellas, los serafines y las almas de los mortales.»

Y sus guías celestiales le hacen subir el sendero luminoso que el Salvador acaba de indicarles.

Los soles nacen, los soles se ponen, y el juicio de Cristo dura siempre. Almas innumerables llegan de todas partes:

unas desaparecen, semejantes á las gotas de lluvia que caen sobre la ardiente arena; otras se deslizan suavemente, como las argentadas ondas de un arroyo que atraviesa una esmal-tada pradera; todas siguen el movimiento de la terrible balanza, que ora desciende á los abismos, ora sube á los Cielos.

Ven, arroyo presuroso, ven á unir tu dulce murmurio á los mugidos del torrente de que yo saco mi solemne himno; ven á refrescar mi alma, demasiado débil para resistir á las beatitudes que la inundan á medida que adelanta en el camino que ha osado emprender.

Cien veces ya la Luna ha presentado todas la fases de su curso periódico, desde que osé cantar las sentencias que pronunció Jesús en la cima del Tabor: entonces esperaba que con el auxilio del Salvador terminaria mi obra; pero de repente nubes sombrías velaron mis ojos, y pensamientos de muerte se apoderaron de mí... He vencido esos vanos terrores, vivo aun, y acabaré la santa tarea que me he impuesto. ¡Gracias te sean dadas, oh mi divino Redentor, que me has dado esta fuerza! Mientras la muerte adelanta á paso lento, la esperanza nos sostiene, y ella es la que nos guía á nuestra patria celestial.

¿Qué sentiré yo, cuando, al llegar en fin más allá del sepulcro, vea aparecer á cada signo del tiempo legiones de almas escapadas de sus vasos mortales? Juntos vendrán los escépticos, los incrédulos y los cristianos; juntos vendrán los amigos que lloran aun á los amigos de su eleccion y la viuda que su esposo espera, y todos los misterios de la Pro-videncia serán revelados; cada átomo de la creacion comprenderá su pasado, conocerá su porvenir; el soplo de la eternidad habrá reanimado para siempre á los muertos y aniquilado las ilusiones.

Vosotros que habeis sufrido las torturas de la sed de saber, debeis comprender cuál será nuestra felicidad, cuando coja-mos en fin todos los hilos misteriosos del laberinto en que tantas veces se extraviara nuestro pensamiento.

Ven, arroyo presuroso, ven á unir tu dulce murmurio á los mugidos del torrente de que yo saco mi himno solemne; ven á refrescar mi alma, demasiado débil para resistir á las beatitudes que la inundan á medida que adelanta en el camino que ha osado emprender.

La capital de un monarca poderoso acaba de destruirse; los muertos sepultados bajo sus ruinas llegan ante el Juez supremo. Sólo el corazon de uno de ellos ha sido humano y justo. La multitud rodea á este noble muerto, lo estrecha, lo oculta; y sin embargo, se halla muy luego solo enfrente de su ángel custodio, que le mira sonriéndose con fraternal bondad: no de otro modo el hombre abatido por la calumnia rehuye justificarse, y espera con paciencia que el sol de la verdad venga á disipar las sombras de la mentira.

Presa de la desesperacion, un jóven desgracido habia diri-gido un puñal contra su corazon. Espantado de su crimen, arrojó lejos de sí el hierro homicida; volvió á tomarlo, y con la mirada siniestra y la risa terrible de la demencia, lo hundió de nuevo en su pecho. Su sangre corria aun, sus ojos no habian dejado de ver, y movimientos convulsivos agitaban todavía sus miembros; pero un último esfuerzo terminó sus sufrimientos y su vida.

Al estrépito de su caída, la tierra se estremeció, y su alma compareció ante el Mesías.

Los astros que alumbran al suicida, y que nubes resplan-decientes velan y descubren alternativamente, no han podido despertarlo del todo; pero á vista de los inmortales sale de su sopor, y todos los terrores lo asedian á la vez.

Los ángeles se estremecen con él, sin que ninguno ose esperar que halle gracia ante el Juez supremo.

El Juez supremo le mira, y una sonrisa templada la severidad de su semblante. ¡Sonrisa inefable de la clemencia divina! por tí pasa el pecador del exceso de la desesperación al colmo de las beatitudes celestiales.

Elisama era un pobre anciano reducido á implorar de la generosidad del rico el sustento necesario para su mísera existencia. La muerte vino en fin á poner término á unos males que tan poco merecía; porque su bondad corría parejas con su mansedumbre y su paciencia. Más valeroso que los héroes que se immortalizan con sangrientas hazañas, soportó sin quejarse todas las miserias de la vida: hizo más, las aceptó con gratitud, porque sabía que así el dolor como la alegría son dones de la bondad divina. Elisama hubiera honrado un trono, él á quien el último del pueblo se creía con derecho á despreciarle.

Sólo un sér sobre la Tierra le había amado: era su perro. El fiel animal unió sus aullidos lastimeros á los últimos quejidos de su moribundo amo, y cuando no le oyó ya quejarse, lamió por última vez sus inmóviles y frías manos, durmiéndose luego sobre estas manos tan queridas para no despertarse jamás.

Elisama está ante el Juez supremo: un ángel le ciñe la corona destinada á la resignación, y un largo murmurio de alegría se eleva de las legiones de los inmortales hasta el santuario de los Cielos.

Zadec tuvo durante su vida la reputación de un hombre justo y virtuoso, porque era uno de los más escrupulosos guardadores de la ley de Moisés. Su corazón, sin pasiones ardientes, sin impetuosos deseos, le hacía fácil la observancia de estos preceptos; y sin embargo, él creía poseer

tesoros para el Cielo, porque no había tenido más sustento que las migajas caídas de la mesa del rico; porque había llenado su copa de madera en el agua estancada de un pantano cenagoso, y recogido difícilmente en su mezquina cabaña algunos óbolos de cobre. ¡Ay del que desprecie á semejante pobre! ¡Ay del pobre semejante, si descuidado se duerme con la orgullosa pretensión de hallar en la eternidad recompensas por acciones que no le han costado ni luchas ni sacrificios!

Extraviado por este funesto orgullo, Zadec espera su sentencia sin temor ni aun inquietud.

El pensamiento del Juez acaba de pronunciar esa sentencia: el querubín lo ha comprendido, y arrastra hácia el abismo al alma del condenado.

Zadec se resiste, y exclama:

«¡Cómo! ¡Vas á conducirme á los Infiernos, á mí, el más escrupuloso observador de la ley de Moisés! Antes bien se me deben recompensas. ¡Fantasma terrible! sin duda te engañas, porque es imposible que hayas recibido el mandato de empujar á Zadec por tan espantoso sendero. ¡Ah! ¡La negra noche te trague, y las llamas del Infierno devoren esos tus rayos que me exterminan.»

Nubes sombrías envuelven el alma del condenado: el esplendor del querubín las disipa.

Zadec siente, en fin, que es irresistible el poder de los inmortales; y sin embargo, lucha aun, consigue escaparse, y se precipita en el fondo de una sima.

Extinguese el último destello de compasión que contenía la cólera del ángel, que llama á Zadec con voz tonante.

Zadec sale de la sima, aulla, rechina los dientes, y vuela con su terrible guía hácia el triste lugar de la condenación eterna.

Hordas innumerables están colocadas en orden de com-

bate; luchan, y en el campo de batalla, sus caudillos, dos conquistadores célebres, caen y mueren: al rededor de ellos reina un triste silencio, y el campo, empapado en sangre, está cubierto de cadáveres.

Semejantes á una tromba de agua que inunda toda una comarca, las almas de los guerreros que han sucumbido en esta lucha homicida descienden al Tabor, donde las espera el Juez supremo.

La balanza terrible se agita y sube, y el rayo vengador cae sobre los dos conquistadores, y su espantoso bramido sigue á los ilustres criminales hasta el fondo de la Gehenna, y del fondo de la Gehenna salen gritos de maldicion y ruido de armas.

Un soldado, que ha salido apenas del sueño de la muerte, agita su espada, tinta aun de sangre, y exclama con esa alegría feroz que la vista de la matanza le habia producido siempre:

—«¿Tambien se combate en los Cielos? ¡Salud á la eternidad, pues que en ella se dan batallas!»

El ruido de los hierros que encadenan á los dos caudillos, y los sarcasmos y burlas de los demonios, contestan á esta insensata exclamacion.

Los ángeles pulsan dulcemente las cuerdas de sus arpas de oro; suaves y patéticas melodías se oyen en los aires, anunciando la llegada de los niños muertos á orillas del Ganges, del Nilo y del Niágara.

Estas almas inocentes y puras descienden al Tabor, y se agrupan en los copas de los cedros, á la manera que los tiernos corderillos pacen en la falda de una colina, que la Primavera ha cubierto de verdura, mientras el resto del rebaño va á buscar las aromáticas yerbas que crecen en las escarpadas cumbres de los montes.

El Salvador mira sonriéndose á estos tiernos niños, y los querubines se elevan al punto con ellos de estrella en estrella.

Durante este largo viaje, los alegres rayos de las veloces horas matutinas los dispondrán por grados para la luz que más tarde los *aeones* celestiales, en su curso grave y solemne, derramarán sobre ellos, á fin de hacerlos dignos de entrar en el santuario de los Cielos.

Una de estas almas inocentes, confiadas á los cuidados del más joven de los querubines, encuentra en las floridas llanuras del Empíreo al único amigo que la desgracia habia dejado al pobre Elisama. El perro fiel se acerca al alegre niño, el cual lo acoge cariñoso; pero muy luego se ve precisado á abandonarlo para seguir á su guia á más elevadas regiones, y el perro queda solo en el atrio de los Cielos. Allí saluda con sus tiernas caricias y ladridos de alegría á todos los niños que pasan, ninguno de los cuales deja de darle una muestra de afecto, cuyo recuerdo le basta para esperar con paciencia el paso de alguna nueva alma.

El alma de Geltor, conducida por su ángel custodio, se eleva alegremente en el espacio, entre el ruidoso vuelo de los cometas de inflamadas crines y de las constelaciones errantes.

Poco á poco, sin embargo, todo viene á quedar en silencio al rededor suyo, porque ha penetrado en el círculo inmenso que precede á la entrada del santuario, en donde flotan soles, cuyo curso independiente no se arregla al de ningun globo terrestre.

En estas altas y sublimes esferas, Geltor ve trazadas sobre las nubes las nobles y bellas acciones de su vida: sus faltas leves le han sido perdonadas por el Juez supremo. Estas no se reproducen ante él; pero los pobres á quienes habia so-

corrido, los huérfanos de que hiciera hombres íntegros y útiles, el pueblo cuyas cadenas rompió combatiendo por su libertad, le rodean y le siguen hasta la entrada del santuario, donde va á recibir el premio de sus virtudes.

Los soles salen, los soles se ponen, y el juicio de Cristo dura siempre. Almas innumerables llegan de todas partes: unas desaparecen, como las gotas de lluvia que caen en la arena ardiente, y otras se deslizan suavemente, como las argentadas ondas de un arroyo que atraviesa una esmaltada pradera: todas siguen el movimiento de la terrible balanza, que ora desciende á los abismos, ora sube á los Cielos.

Hagid y Sirmion, armados de espadas homicidas, se amenazan y se hieren: los dos caen á la vez, y exhalan su último suspiro en un grito de odio y maldicion. Del fondo de la noche eterna, se eleva á ellos un ruido de cadenas horrendo, amenazador, irresistible, porque las dos almas á quienes llama este ruido se ven obligadas á obedecer.

Un espíritu de las tinieblas las coge y las ata mano á mano en una misma roca, cuyo siniestro eco repite á toda la Gehenna sus gritos de rabia y desesperacion.

El jóven Toa, uno de los hijos de la dichosa estrella habitada por una raza de hombres inmortales, habia escuchado ávidamente la narracion que su padre hizo á todos, cuando viendo pasar al Eterno para ir á juzgar al Mesías, deploró el triste destino de sus hermanos mortales, arrojados en el globo terrestre para sufrir en él todos los males de una vida de pruebas (1).

Extraviado por su excesiva sensibilidad, Toa vituperó al principio en el fondo de su corazon al Dios que habia creado séres semejantes á él para someterlos á crueles sufrimientos

(1) Véase el Canto V, pág. 120.

y á tentaciones funestas; y de este secreto vituperio, su espíritu orgulloso pasó luego á la rebelion abierta. Habia osado decir en alta voz, que no estaba en poder de Johová borrar del pensamiento de los habitantes de la Tierra el recuerdo de los horrores del sepulcro, y que con este recuerdo, su felicidad, aun en la misma vida eterna, no podia nunca ser perfecta.

Un querubin fué á ordenar al audaz Toa que le siguiera, y después de haberle guiado mucho tiempo á través de lo infinito, desapareció de repente.

Solo ya Toa, mira en torno de sí con gran sorpresa. La inmensidad del espacio que se despliega á su vista le espanta; los cantos de triunfo de los resucitados, que, con la cabeza cubierta de flores se elevan en alas del Éxtasis y celebran con torrentes de armonía las beatitudes de las almas resignadas y llenas de confianza, le importunan, y se adelanta al azar para buscar un punto donde pueda oír suspiros y ver correr lágrimas.

Muy luego un ángel severo y silencioso se le acerca, y se lo lleva. En su rápido vuelo ve Toa la estrella afortunada, donde todos los suyos gozan una felicidad inalterable: esta estrella resplandece en medio de las miriadas de astros que pueblan los espacios infinitos, y luego desaparece tras uno de los soles que se mueven en las esferas accesibles á las miradas y al pensamiento de los mortales.

Incapaz de dominar por más tiempo las sensaciones que le agitan, Toa dirige en fin la palabra á su guia diciéndole:

—«Ángel del Señor, ¿adónde me llevas?»

El ángel del Señor guarda silencio.

Toa vuelve á decir:

—«Ángel del Señor, comienzo á comprender que debí

haber deplorado la suerte del género humano, y que este no fué creado para sufrir eternamente.»

El ángel sigue callando, y Toa exclama:

—«¡Ángel del Señor, protégeme!»

El ángel contesta en fin:

—«No puedo.»

Y como llevados en alas de la tempestad, los dos continúan su vuelo.

—«¿Quién te ha ordenado llevarme» pregunta el infortunado Toa.

—«El Juez supremo,» contesta el ángel.

En este momento aparece la Tierra á la vista del jóven inmortal; pero no ve en ella más que los sepulcros recientemente abiertos.

—«He aquí, exclama, he aquí los montes fúnebres en que reina la muerte.»

—«He aquí, dice el ángel, he aquí la region en que grana la mies de la eternidad.»

—«Y qué monte es aquel que está coronado con una cruz ensangrentada?»

—«El Gólgota.»

—«Las moradas que lo rodean estan habitadas por mortales; pero ¿dónde está el que les da la vida?»

—«Mira, y lo verás brillar en medio de aquel círculo luminoso: es el Juez del universo.»

—«¿Acaso me conduces ante él?... ¡Oh! ¡Desdichado, desdichado de mí!...»

Y mezclándose con las almas que descienden al Tabor, llega á su cumbre con ellas. Así los frutos maduros antes de tiempo son arrebatados por la tempestad, que dispersa las flores marchitas y los más tiernos capullos.

Sobrecogido de terror, Toa quiere huir; pero un poder

sobrenatural le retiene. El Juez supremo y todos los inmortales guardan silencio, á la manera que callan los Cielos cuando el trueno del Señor se dispone á hablar.

La voz acusadora del ángel que ha servido de guia á Toa resuena á través del infinito: los serafines velan su esplendor, y hasta el divino Elohá templa sus rayos; los resucitados y las almas se estremecen, y la pálida muerte, con espantoso gesto y mirada terrible, se cierne sobre el jóven nacido de una raza que hasta entonces habia tenido que respetar el ángel del exterminio.

El desgraciado lanza el último gemido y muere. Su cuerpo se convierte en polvo, que los vientos dispersan; porque el alma de Toa no debe habitar un cuerpo nuevo y glorificado, sino que está condenada á errar en el vacío; lejos de la estrella en que naciera, lejos de la Tierra, lejos de los Cielos... Nunca verá la faz resplandeciente de un inmortal; nunca oirá el dulce sonido de una voz de ángel; y sin embargo, conservará el sentimiento de su sér y la facultad de moverse; pero siempre sola, siempre en el vacío... La eternidad con sus sublimes revelaciones le está cerrada; no le queda más que el recuerdo del pasado y el aislamiento del presente; y cuando pregunte llena de ansiedad, cuándo se dignará el Juez supremo terminar su suplicio, nadie ni nada le contestará.

Un rey hinchado de orgullo habia desplegado, ya la astucia de la serpiente, ya las garras del leon, para encadenar á su pueblo. Cuando se disipó el vaho de la sangre de los infelices que habian combatido y muerto por su libertad; cuando la tiranía triunfante levantó su cabeza de hidra sobre sus víctimas cargadas de hierros, el déspota hinchado de orgullo los escarneció cruelmente, y llegó á decirles que ellos no eran hombres como él, y que él era su Dios.

Pero el insecto roedor que reina en los sepulcros esperaba ya al rey de la Tierra. Sus restos fueron inhumados con pompa y magnificencia; pero su alma vuela al azar en el espacio, donde la sostiene un adolescente de los Cielos; el cual á fin de darle fuerzas para que le siga, deja escapar de sus ojos una chispa del fuego celestial, semejante á los rayos que Sirio lanza á la Tierra; y sin embargo, el alma del déspota cae siempre.

El serafin la toca con el extremo de sus alas, y al punto vuela como la espuma de la mar arrastrada por el huracan, y cae á los piés del Juez supremo riendo á carcajadas, risa que ella cree insultante y sarcástica, y no es más que un aullo siniestro.

—«¿Quién eres?» pregunta el Redentor.

El Rey se irgue y contesta:

—«Tú, que eres sin duda uno de los dioses del Cielo, debes saber que yo soy uno de los dioses de la Tierra. Las divinidades son iguales entre sí, y no tienen órdenes que darse.»

El Salvador hace seña al niño Samed (1) para que se le acerque, y le dice:

—«Sé tú su juez.»

El semblante de Samed se dilata como una tierna flor bajo el primer rayo del Sol primaveral. Penetrado del inmenso favor que el Mesías le concede, se prosterna y ora. Levántase después, se vuelve hácia el Rey, y le dice:

—«Sé humilde servidor del más vil de tus esclavos. El que se encorbaba al pié de tu trono, y no se alejaba de él sino para ir á poner el polvo de sus sandalias en la frente de

(1) Uno de los niños á quien Jesús bendijo, y de quien se habla en el canto IX.

tus desgraciados súbditos, ese será desde hoy tu amo. Impaciente por hacerte el juguete de sus feroces caprichos, acusa ya tu negligencia: vé, y que su voluntad te dé alas.»

Y el déspota reconoce la voz de su esclavo, que lo llama desde el fondo del abismo, á donde lo precipita sin demora un poder irresistible.

Una estrecha y sincera amistad unia á Zoar y á Seba: una felicidad de que pocos mortales gozan coronó su vida, pues los dos la dejaron al mismo tiempo, heridos á la vez por la espada de la muerte.

Seba se durmió tranquilo: seguro de su mérito, jamás dudó de una recompensa eterna.

Zoar, más humilde, se sintió asediado de amargos temores, que solo pudo templar el arrepentimiento de las leves faltas que habia cometido. La balanza de la justicia suprema rara vez confirma las previsiones humanas.

Los dos amigos, á quienes conduce un serafin ante el Redentor, se felicitan de hallarse reunidos después de la muerte. Su inmortal guia los oye y calla. Al llegar á la cumbre del Tabor, lee en los ojos del Mesías la sentencia de las dos almas confiadas á su custodia, y se aleja al punto con ellas.

Desde el fondo de la nueva esfera que recorren, un ángel de la muerte sale á recibirlos. Su vuelo es grave y silencioso, su mirar sombrío é inexorable. Un espacio mayor que los océanos de la Tierra le separa aún de los dos amigos, y sin embargo, Zoar se siente helado de espanto: esta lúgubre aparición confirma los temores que se apoderaron de él cuando se sintió arrastrado lejos de la reunion de los inmortales, lejos del Salvador, cuya dulce é imponente majestad lo penetró de amor y de respeto.

Más rápido que el pensamiento, el ángel de la muerte

llega cerca de las dos almas, alza su espada de fuego hacia los Cielos, y dice á la una:

—«Tú has hallado gracia.»

Y á la otra:

—«Has sido rechazada.»

El anatema cae sobre Seba, y el lúgubre serafin acaba de pronunciar la sentencia del Juez supremo.

—«¡Separaos!» dice con voz terrible.

—«¡Separarnos!» exclama Seba. En nombre del Cielo y de la Tierra, en nombre de los hombres, de los ángeles y de cuanto hay para ellos de más sagrado, tú que acabas de pronunciar esas tremendas palabras, di, esa sentencia pronunciada en un tribunal que mi razon no podría comprender, ¿es irrevocable, es eterna?»

—«No me lo preguntes, contesta el ángel de la muerte; pregúntalo al serafin que te ha servido de guía, pues viene del trono en que se sienta en este momento el soberano Juez de los Cielos.»

—«Sí, dice Seba: él es el que yo he visto radiante de gloria en medio de los inmortales. Amable querubin, dime, esta sentencia es para toda la eternidad?»

—«Obedece y parte,» exclama el ángel, cuyo esplendor poco antes vivísimo, no es ya más que un dudoso brillo.

—«¡Me ha condenado! murmura Seba ¡condenado sin haberme mirado!»

—«Sus ojos se fijaron un momento en tí, dice Zoar; pero con mirada severa.»

—«¡Y tú también, amigo mío, tú también depones contra mí!»

—«¡Oh! no, querido Seba; pero, bien lo sabes, nunca he podido yo ocultar la verdad... Ven á mis brazos, déjame llorar en tu seno. Te amo... no te acuso.»

Ante estos dos amigos que permanecen estrechamente abrazados, que gimen juntos y vierten lágrimas de sangre, el ángel de la muerte inclina su espada y templea sus amenazadoras llamas.

Pero la hora de la separacion ha llegado, y el lúgubre serafin, obligado á obedecer á un poder superior, repite con su voz tonante:

—«¡Separaos!»

Y los dos amigos, que habian recorrido juntos y con una ternura tan constante los diversos senderos de la vida terrena, avanzan en lo infinito por opuestas vias.

Ávido de ciencia, Cerda habia consagrado su vida al estudio. La muerte vino á herirle en la flor de su edad, y él la acogió con alegría, porque ella debia revelarle en fin los secretos de la eternidad. Su agonía fué un éxtasis dichoso, y durante él, con igual afecto estrechaba las manos de sus amigos que las de sus enemigos.

Su ángel custodio, que lo esperaba más allá del sepulcro, se lanza con él á la inmensidad de los Cielos, que se le ha permitido contemplar aun antes que el Juez supremo le haya hecho conocer el porvenir venturoso que le espera.

En su vuelo rápido y fácil, Cerda ve abrirse ante él esferas siempre nuevas; oye el curso de los planetas que se envían sus rayos mutuamente, y el de los astros y soles que se mueven en regiones más elevadas y solo alumbran los Cielos. Anda, vuela de sorpresa en sorpresa; pero cuando los coros celestiales resuenan en fin á su oído, las fuerzas le abandonan, y cae sobre una nube diáfana que se cierne por encima de una de las cascadas de lo infinito.

Mecido en esta cuna aérea, un dulce sueño lo sorprende, y cree morir segunda vez; pero casi al mismo tiempo se despierta á la vida eterna.

Nuevas legiones de almas aparecen en el Tabor, y exclaman alternativamente:

—«Dios del rayo, tú que desde el fondo de tus sombrías nubes estremeces el Olimpo, acuérdate de que te hemos inmolado toros coronados con las más bellas flores de los valles, y carneros adornados con verdes guirnaldas. No estés irritado contra nosotros, Padre de los Dioses. Y tú, terrible Minos, reten las sentencias que condenan, y no las dejes caer en la urna fatal; oculta esa urna en las entrañas de la Tierra, y que se la trague la nada.»

—«Brama, nosotros hemos seguido tus leyes; y cargados de cadenas, traspasados con clavos, quemados por el Sol, extenuados por el ayuno y la fatiga, comparecemos ante ti: ten piedad de nosotros, Brama.»

—«Dios de los bosques, valiente Woda (1), ¿te habremos ofendido? Por tí, por la libertad de nuestro país, por el honor de nuestras mujeres, ha corrido nuestra sangre en leales combates, y no hemos muerto como mueren los cobardes.»

Y todas estas almas repiten á la vez:

«¡Ten piedad de nosotros, poderoso Júpiter! ¡Sé elemente, gran Brama! No seas inexorable, invencible Woda!»

Y todas estas almas no hablan más que de un padre misericordioso y bueno, que perdona y recompensa.

Los juicios que el Redentor debía dar sobre la Tierra se suspenden.

Jesús se vuelve hacia Elohá, y le dice:

—«Sigueme».

Y el más grande de los serafines obedece en silencio.

La inmensidad de los Cielos se abre ante ellos; graves

(1) Dios escandinavo.

é imponentes sonidos se oyen á través del infinito; las estrellas lucen con esplendor más vivo, y sus argentados rayos abrillantan los mares y las montañas celestes, mientras un dulce estremecimiento agita los polos del universo.

Advertido de los designios del Salvador por esta solemne alegría de la creacion, Abdiel ha vuelto á su puesto á la entrada de los Infiernos. El sombrío pórtico acaba de abrirse con tanta rapidez, que el agudo estridor de sus goznes resuena hasta el fondo de los abismos de la condenacion, semejante al estruendo que hace el carro del trueno cuando recorre el espacio sobre sus mil ruedas de fuego.

A este inusitado estrépito, los príncipes de las tinieblas vuelven los ojos hácia la entrada de su tenebroso imperio, y ven brillar á Abdiel con todo su celestial esplendor.

Al mismo tiempo salva Jesús el umbral de los abismos; el serafín se prosterna ante él, lo adora y lo acompaña con la vista.

Encargado por el Eterno de dar testimonio del castigo de los Infiernos, castigo que él solo podrá repetir á los Cielos, Obaddon, el más terrible de los ángeles de la muerte, que en su vuelo destructor deja flotar ante sí sus siniestros resplandores y su espada de fuego, precede al Mesías; y el Mesías, con paso tranquilo y lento, desciende de abismo en abismo y se acerca al trono de Satanás, que cubre con su sombra el templo de Adramelech.

Una tranquilidad divina y la omnipotencia de la fuerza primordial se revelan en el semblante del vencedor de la muerte: á su paso nacen flores, flores que mueren en cuanto su pié deja de cubrirlas con su huella creadora. Los demonios quieren huir, pero el terror los detiene inmóviles; invocan la muerte, y la muerte implacable rehusa herirlos.

En pié junto al Mesías, el divino Elohá deja vagar su po-

derosa mirada por toda la extension de la maldita Gehenna.

De repente el trono de Satanás se derrumba; de sus ruinas salen densos vapores y llamaradas siniestras, y el templo de la mentira, edificado por Adramelech, desaparece con las rocas que lo sostenian.

Dominado por la admiracion que le causa la omnipotencia del Hijo del Eterno, y por el sentimiento de su propia debilidad ante su Señor, el divino Elohá se prosterna y lo adora.

Los gritos de los condenados despiertan los ecos de los Infiernos, y las negras ondas del océano de la muerte traen á su azotada orilla las blasfemias de los príncipes infernales.

—«¿Qué soy? exclaman unos después de otros. Y tú ¿quién eres ahora?... Yo vivo aun... Todos vosotros vivís. ¿Cómo tarda el rayo vengador? Hierde, rayo vengador, hierde de nuevo, aniquila los Infiernos, y que bajo sus derrumbadas montañas desaparezcamos para siempre de la creacion.»

Y Satanás exclama á su vez:

—«¿Quiénes son los cobardes que así gimen? Yo, vuestro soberano, yo arrostro y reto á...»

Y el nombre de Jehová, que iba á pronunciar, muere en sus lábios.

Adramelech está tendido en el fondo del abismo en que fueron su templo y sus tablas de mentira, y su voz domina los clamores de los condenados, diciendo:

—«Un juicio más terrible que el rayo gravita sobre mí. ¿Qué he venido á ser? Un esqueleto horroroso...»

Elohá comprende el vértigo que posee á los príncipes infernales, y admira estremeciéndose la justicia del Redentor.

Las almas de los réprobos, y con ellas la de Judas Isca-

riote, revolotean sobre el océano de la muerte; y semejantes á una nube sombría, se extienden por toda la maldita Gehenna.

El Juez ha desaparecido: los príncipes de las tinieblas y sus innumerables súbditos no ven ya en torno suyo más que esqueletos ambulantes: sólo Abbadona conserva á sus ojos su forma de ángel caído; pero si el Infierno lo ve aun tal como era antes de la llegada de Cristo, él participa de la fascinacion que extravía á todos los espíritus infernales: los demonios y los condenados no son ya á sus ojos sino un conjunto de osamentas secas y vivientes.

El globo inflamado que sirve de sol en la Gehenna ha llegado á la mitad de su carrera. De repente se detiene, se cubre de grandes tubérculos negros, que se abren luego y vomitan torrentes de fuego. Este vasto incendio arroja en vano su espantable claridad hasta el fondo de los abismos: los demonios y los réprobos no se reconocen ya sino por el sonido de su voz, que, alterada por el terror y la rabia, es más terrible aun que cuando lanzaba la blasfemia á través de las profundidades infernales.

Satanás se levanta primero: él solo está en pié en medio de tantos esqueletos, que aullan y se retuercen sobre la tierra maldita. Con su mano negra y descarnada se golpea el cráneo; sus huesos secos se agitan y chocan; este ruido siniestro le recuerda que él tampoco es más que un esqueleto, y su rabia rompe y estalla irresistible como el torrente que destruye su último dique; terrible como la roca mucho tiempo suspendida sobre el pasajero á quien espartaba, y que se derrumba al fin y rueda al abismo.

En su horrorosa desesperacion, Satanás maldice á los príncipes de las tinieblas.

—«¿Sabeis, dice, sabeis por qué habeis venido á ser

esqueletos horribles, que la destruccion, cansada de roer en vano, abandona con desprecio? Es porque le habeis dado muerte, es porque le habeis asesinado. Ahora comienza vuestro castigo, mónstruos horribles: ¡Que el rayo de Jehová os hiera y pulverice, y os disperse á través de la creacion! ¡Que el soplo de la tempestad y la espuma de las olas del Océano, que en su loca resistencia contra ese soplo divino vienen á quebrarse contra las rocas de la orilla, os recojan y os vuelvan á dispersar...»

Dice, vacila, cae y se inunda de llamas devoradoras; porque, en su ciego furor, olvida que estas llamas que él mismo creó para eternizar el suplicio de sus víctimas, abrasan y no consumen.

Beliel une su voz lamentosa á los alaridos que resuenan en los abismos.

—«¡Ah! exclama, yo he visto nacer á su paso las flores más bellas y suaves del antiguo Eden; y cuando su pié no tocaba ya este suelo maldito, las flores se secaban y desaparecian. Nosotros tambien nos hemos secado; pero ¡ay! no desaparecemos.»

Calla, y su pensamiento pide en vano un sepulcro eterno á las profundidades de la Gehenna.

Adramelech, el más orgulloso y perverso de los príncipes de las tinieblas, se levanta con un penoso esfuerzo; pero sus quebrantados huesos se niegan á sostenerlo. Vuelve á caer, y la Gehenna retiembla al estrépito de su caída: sus carnes secas sobre sus calcinados huesos vuelan en polvo, y forman en torno de él una nube pestilente.

Moloch tambien quiere levantarse, y después de hacer grandes y penosos esfuerzos logra incorporarse, ve á Magog tendido á su lado, y le grita con voz horrisona:

—«Mis huesos tiemblan á merced del aliento de los tor-

bellinos; el huracan ruge sobre mi cabeza seca y vacía. No importa; quiero levantarme: ¡lo quiero!»

Y asiendo á Magog con toda la energía de la demencia, le obliga á levantarse con él.

Ya en pié, andan, corren, se detienen, y Magog dirige en fin á su compañero estas insensatas palabras:

—«Escucha: estas formas horribles que acaba de darnos nuestro Eterno enemigo, no pueden ser imperecederas: destruyámoslas... Deja que yo choque mis huesos con los tuyos, para que este choque nos reduzca á polvo, que será dispersado por la tempestad.»

Dice, y los dos se cogen echando al rededor de sus esqueletos las cadenas huesosas que antes eran membrudos brazos, se derriban, se levantan, se enlazan y golpean de nuevo. Sus cráneos se hienden y se unen al instante; los resortes misteriosos que dan la fuerza y el movimiento á sus miembros sin carnes, sin venas, sin nervios, se rompen y vuelven á tomar al punto su poder mágico. La violencia de los golpes que se dan estremece las regiones infernales; pero sus huesos permanecen siempre inquebrantables, como si hubieran sido tallados de las más duras rocas de Orion.

Fatigados de esta lucha terrible, que les hace sentir mil veces las angustias de la muerte sin procurarles el reposo, se precipitan desde los montes más elevados á los abismos más profundos; pero sus huesos permanecen siempre inquebrantables, como si hubieran sido forjados al fuego de las siete estrellas más ardientes; y los dos príncipes de las tinieblas se sienten vivir aun en el fondo de los abismos, donde esperaban haber hallado la muerte eterna.

Como una poderosa catarata, que, desde lo alto de las montañas en que acaba de desencadenarse el huracan, se precipita al fondo del valle, así desciende el Terror desde lo

alto de los Cielos al suelo de los Infiernos, cubierto de esqueletos ennegrecidos y vivientes, y acumula sus envenenadas olas sobre los ángeles caídos y sobre los habitantes de su tenebroso imperio.

Sólo Gog lucha aun, y su boca vomita blasfemias.

—«¡No, exclama, no hay Dios!»

Y quebrantado por el dolor, se estremece con ese movimiento convulsivo que revela la agonía, y sus agitados dedos se encorvan, se alargan, se encorvan y alargan de nuevo, ansiando coger la destrucción; pero el maldito no halla más que la certeza de una existencia imperecedera.

Así, pues, aprende la Gehenna que vive lleno de gloria y de poder el que ha muerto en la cruz; así el Hijo del Eterno, en la plenitud de su misericordia, advierte á los príncipes de las tinieblas que no continúen acumulando maldades en el platillo de la balanza en que los ha de pesar á todos el día del juicio universal.

## CANTO XVII.

El Mesías se aparece á Tomás.—Juicio de las almas de los pecadores que perecieron en el diluvio.—Se aparecen resucitados á los fieles y á los niños que han ido á visitar el sepulcro de Cristo.—Lázaro reúne en su huerto á los *Setenta* y á algunos peregrinos venidos á Jerusalem á celebrar la Pascua.—Lázaro va al sepulcro de su hermana, y el alma de esta conversa con él.—Los resucitados que habían tomado la apariencia de peregrinos, se muestran á los fieles en todo el esplendor de su inmortalidad.

Llevado de la necesidad de dar libre curso á sus dudas, Tomás Dídimos se alejó de sus amigos. Pero muy luego siente la falta de ellos, y vuelve á la vivienda de Juan.

Ya cerca de la puerta, se detiene, se apoya en una palmera, y oye la voz de los fieles que cantan este himno á la gloria del Salvador.

«¡Jesús ha resucitado! Sus hijos no dormirán tampoco siempre en el seno de la Tierra, donde los hunde la implacable mano de la destrucción.

«La voz que bendice resonará á través del infinito, y el sople del anatema huirá delante de esta voz.

«Cuando los muertos se despierten á la vida eterna; cuando se cierren para siempre los sepulcros, donde se descompone el cuerpo de polvo, entonces se regocijarán los arcángeles, y brillará la creación con nuevo esplendor.

alto de los Cielos al suelo de los Infiernos, cubierto de esqueletos ennegrecidos y vivientes, y acumula sus envenenadas olas sobre los ángeles caídos y sobre los habitantes de su tenebroso imperio.

Sólo Gog lucha aun, y su boca vomita blasfemias.

—«¡No, exclama, no hay Dios!»

Y quebrantado por el dolor, se estremece con ese movimiento convulsivo que revela la agonía, y sus agitados dedos se encorvan, se alargan, se encorvan y alargan de nuevo, ansiando coger la destrucción; pero el maldito no halla más que la certeza de una existencia imperecedera.

Así, pues, aprende la Gehenna que vive lleno de gloria y de poder el que ha muerto en la cruz; así el Hijo del Eterno, en la plenitud de su misericordia, advierte á los príncipes de las tinieblas que no continúen acumulando maldades en el platillo de la balanza en que los ha de pesar á todos el día del juicio universal.

## CANTO XVII.

El Mesías se aparece á Tomás.—Juicio de las almas de los pecadores que perecieron en el diluvio.—Se aparecen resucitados á los fieles y á los niños que han ido á visitar el sepulcro de Cristo.—Lázaro reúne en su huerto á los *Setenta* y á algunos peregrinos venidos á Jerusalem á celebrar la Pascua.—Lázaro va al sepulcro de su hermana, y el alma de esta conversa con él.—Los resucitados que habían tomado la apariencia de peregrinos, se muestran á los fieles en todo el esplendor de su inmortalidad.

Llevado de la necesidad de dar libre curso á sus dudas, Tomás Dídimos se alejó de sus amigos. Pero muy luego siente la falta de ellos, y vuelve á la vivienda de Juan.

Ya cerca de la puerta, se detiene, se apoya en una palmera, y oye la voz de los fieles que cantan este himno á la gloria del Salvador.

«¡Jesús ha resucitado! Sus hijos no dormirán tampoco siempre en el seno de la Tierra, donde los hunde la implacable mano de la destrucción.

«La voz que bendice resonará á través del infinito, y el sople del anatema huirá delante de esta voz.

«Cuando los muertos se despierten á la vida eterna; cuando se cierren para siempre los sepulcros, donde se descompone el cuerpo de polvo, entonces se regocijarán los arcángeles, y brillará la creación con nuevo esplendor.

«Brisa de la mañana, trae el polvo de los muertos; trae el polvo de los muertos, soplo embalsamado de la tarde. Brama, tempestad nocturna; reúne los despojos de todo lo que ha vivido, porque el Mesías Salvador ha resucitado.

«Sus hijos no dormirán tampoco siempre en el seno de la Tierra, donde los hunde la implacable mano de la destrucción.

«¡Pensamiento consolador! Si, un día te realizarás; si, un día nos despertaremos todos para la vida de los ángeles.

«Brisa de la mañana, llévanos á esa vida celestial; soplo abrasador del mediodía, impele á los muertos del Señor á las regiones encantadas del Paraíso hallado.

«La entrada de este nuevo Eden no nos será prohibida por el ángel silencioso de la espada de fuego; porque á la sombra del árbol de la vida hemos celebrado el banquete de la alianza con el Hijo del Eterno; porque ha resucitado el que nos amó hasta el extremo de morir por nosotros en la cruz del Gólgota.»

Tomás se ha prosternado en el umbral de la puerta; oculta su rostro en un paño de su manto, y lágrimas copiosas bañan sus mejillas: tal así corre la sangre del guerrero herido, que se siente morir en medio de los gritos de victoria que lanzan sus compañeros de armas, nobles defensores de la libertad.

Abrumado de dolor, el infortunado Dídimo permanece prosternado y en mortal congoja, hasta que las embalsamadas exhalaciones de la noche reaniman sus abatidas fuerzas: entonces se levanta, y entra sin más demora en la vivienda.

Jubilosos de ver al amigo á quien aman y compadecen

sinceramente, los fieles se apresuran á referirle que el divino Maestro se ha dignado aparecérselos.

Tomás los escucha con arrobamiento; pero cuando acaban de hablar, su pensamiento comienza á comentar la relación, y la duda vuelve á estrecharlo con su brazo de hierro.

—«Para convencerme, dice, de que en efecto Jesús ha salido vivo del sepulcro, no me bastaría verle, sino que sería menester también que mis dedos pudieran palpar sus llagas.»

Los fieles se estremecen; el ruido de las alas de los serafines se mezcla con el murmurio de las palmeras que dan sombra á la cabaña, y lágrimas de alegría brillan en los ojos de los inmortales; porque la misericordia del Redentor va á manifestarse en su poder infinito.

Jesús está en pié en medio de la estancia, visible para todos.

Tomás se arroja á sus piés: parecele que, después de una larga y cruel agonía, flota en las ondas de la luz eterna.

Jesús mira con sonrisa de piedad á la reunión de los fieles, y dice:

—«¡La paz sea con vosotros!»

Dirigiéndose luego á Tomás, añade:

—«Y tú, Dídimo, acércate: mira mis piés y manos; busca los agujeros de los clavos; palpa la herida de mi costado, y no dudes más, porque la salvación está en la fé.

—«¡Señor! ¡Señor! ¡Dios mío!» murmura Tomás.

Y Jesús dice:

—«Tú crees al fin, porque has visto. ¡Bienaventurados los que crean sin haber visto!...»

Jesús desaparece, y Tomás, prosternado todavía, le adora en alta voz.

De pronto se levanta, y suplica á sus amigos que le perdonen su insistente incredulidad.

Este perdon, que anticipadamente se le habia ya concedido, aumenta su piadoso fervor, y todas sus aspiraciones se reducen ya á la gloria del martirio.

El mismo deseo anima á todos los fieles, y en su santa exaltacion entonan este cántico, que dirigen á los futuros cristianos cuyos altos destinos presenten:

«¡Salve, amigos de Cristo, á quienes lleva aun en su seno el porvenir! ¡Benditos seais con todas las bendiciones de su misericordia, vosotros que marchareis por la via de las pruebas sin haber visto á vuestro Salvador, y sin embargo, en él creereis.

«Que vuestra santa comunión, consagrada á la muerte, sirva de modelo á los vivientes, y ningun obstáculo os arredre. Combatid, combatid sin descanso: *Él* os dará las fuerzas necesarias.

«Recordad siempre ¡oh hermanos futuros! que nosotros hemos arrostrado el sarcasmo, el insulto y los suplicios. Vosotros no tendreis que luchar más que contra el sarcasmo, y sin embargo, *Él* abreviará el tiempo de la prueba; *Él* que, desde el principio del mundo, se ha inmolido por nosotros; *Él* que, hasta el fin de los tiempos, estará con todos los que le amen con un amor santo y puro.»

Así cantan los fieles, y sus voces se elevan á los Cielos, armoniosas y graves como los santos cánticos que los mártires entonan al pié del trono del Eterno.

Cuando la prueba universal del agua pasó sobre la Tierra, los espíritus que rehusaron reconocer en ella el juicio de Dios, descendieron á los sombríos abismos en que la voluntad suprema los retuvo cautivos. Pero desde el nacimiento de Cristo, los serafines vinieron á hablarles de un

Salvador que habia de redimir todos los pecados del mundo, y Gabriel les dijo:

«Espíritus de los primeros habitantes de la Tierra, antes de subir á los Cielos, el Hijo del hombre descenderá á vuestra lúgubre mansión. Cuando, á través del velo que os separa del resto de la creacion, veais estremeerse el valle de Gethsemani, cuando veais inclinarse las copas de sus altas palmeras, entonces se os aparecerá el divino Redentor.»

Y estas palabras proféticas, lanzadas á través de las legiones de los espíritus relegados al seno de la Tierra, hicieron nacer visiones de mil facies diversas. A veces el reflejo de un porvenir venturoso los iluminaba con sus dudosos rayos, y entonces, impetuosos deseos los elevaban hácia el Cielo; pero estos vivos arranques eran siempre seguidos de caidas desesperadas.

Con frecuencia renacia pudiente y fuerte la esperanza; pero con ella aumentaba la duda y el desaliento, que les hacian rechazar las predicciones de los ángeles.

Muchas veces tambien el orgullo los extraviaba con sus funestas alucinaciones, y al volver sinceramente al bien, no veian ya más que una debilidad vergonzosa.

A estas diversas sensaciones se unia el pesar de haber perdido para siempre su parte de herencia en la luz, cuyo recuerdo no se borra nunca enteramente del alma de una criatura humana.

Así pasaron estos desgraciados espíritus la larga série de siglos que han corrido desde el diluvio.

Fatigados, en fin, por una incertidumbre demasiado larga, algunos de ellos llegaron á fuerza de investigaciones á las últimas rocas que marcan la entrada de su tenebrosa morada. Un poder irresistible les impidió salvar este límite;

pero volvieron los ojos hácia Gethsemaní, y regresando á donde estaban sus compañeros de cautividad, les dijeron:

—«El valle sagrado se estremece, sus más altas palmeras se inclinan, los muertos exclaman: ¡La hora ha sonado! y el eco de las sinuosidades repite: ¡La hora ha sonado!».

A este anuncio, los espíritus más impacientes llenaron su copa en el río de fuego que atraviesa el abismo, y guiados por la vacilante llama de estas terribles lámparas, buscaron y hallaron la salida de su mansion, precipitándose tras de ellos otros espíritus. De esta manera, agitada por la tempestad, se levanta la mar en montes movedizos, que se chocan, confunden y forman montañas más altas que las rocas.

Después de haber buscado en vano con la vista las predicciones anunciadas por los inmortales, los cautivos volvieron al río de fuego á sacar nuevas llamas que los guiaran cuando se estremeciera el valle de Gethsemaní, cuando se inclinaran sus altas montañas.

Jesús se vuelve hácia Gabriel, y le dice:

—«Ve delante de mí.»

Y Gabriel, envuelto en el más bello de los rayos de la luz primitiva, se cierne en los aires, y se detiene á la entrada de la mansion de los espíritus desterrados; y estos espíritus ven por fin los signos tan ansiosamente esperados.

Llenos de un santo terror, huyen á las tinieblas más profundas del abismo.

El Salvador descende á estas profundidades, y con él la luz de la vida. Las negras rocas y las sinuosidades sin fondo brillan con esplendor sobrenatural; el agua cenagosa de los manantiales hirvientes se vuelve límpida, y refresca los secos lábios de los desgraciados que desde hace tantos siglos están recluidos en este seno tenebroso.

Reanimados por las primeras gotas de una onda pura y

dulce, sacuden con violencia sus cadenas de diamante. El deseo de conocer en fin el destino que les reserva el Juez impenetrable hace á esta reunion de muertos insensible á todo otro sentimiento.

Y esperan en silencio.

Gabriel hace sonar la trompeta terrible bajo estas bóvedas inmensas, y dice:

—«El Redentor os conoce á todos. Al juzgaros, no será deslumbrador y terrible como le veis en este momento, sino como habeis deseado que fuera, cuando invocábais su auxilio.»

Gabriel calla. Y los serafines que habian anunciado un Salvador á los espíritus desterrados, forman en torno de su Señor celestial un círculo luminoso, que abarca toda la extension del abismo y lo inunda de claridad.

Los muertos sienten la proximidad del instante supremo, y el lúgubre silencio que han guardado hasta aquí es interrumpido de repente por gritos lamentosos y sordos gemidos:

El Redentor los oye, y su pensamiento adivina hasta la muda plegaria de los temerosos espíritus que la humildad retiene lejos de él. Y mira á los serafines, y los serafines comprenden esta mirada; confúndense entre los muertos, y con un gesto separan á los escogidos de los que no han hallado gracia.

¡Momento de supremo júbilo y de terror inaudito! ¿dónde está el salterio que podria cantarte? Si un ángel pudiera traerme ese salterio divino; si el ángel pudiera enseñarme á hacerle hablar el lenguaje de los inmortales, ¡oh! entonces intentaria yo pintar las felicidades de las almas redimidas y la desesperacion de los espíritus desheredados del reino de la luz.

La mision de los serafines está terminada, y legiones de

escogidos se elevan al espacio. Angeles ceñidos con gasas resplandecientes y bellas como los rayos del iris, y con un báculo en la mano, los esperan para conducirlos al infinito, hasta el trono del Eterno.

A pesar de las alegrías celestiales que serán la herencia de las almas salvadas, durante este largo viaje los ángeles se verán con frecuencia obligados á levantar al cielo sus báculos de oro, á fin de recordar á los fatigados peregrinos la inefable felicidad que les espera al fin.

La última legion de los espíritus libertados se lanza á los aires, y las tinieblas extienden de nuevo sus sombríos velos sobre el lugar de su destierro.

Tres veces ha girado la Tierra sobre su eje, y los infortunados advertidos por el grito severo de un ángel de que no ha sonado aun para ellos la hora de la salvacion: permanecen inmóviles á orillas del rio de fuego.

Saliendo de repente de esta abrumadora ansiedad, llenan de llamas sus copas y recorren las más sombrías cavernas del abismo, buscando en ellas á sus compañeros; y del fondo de estas cavernas sombrías se elevan los gritos desgarradores del hermano, del amigo, condenados á más larga cautividad, y que llaman en vano al hermano, al amigo, cuyos hierros á roto el Juez misericordioso.

Los herederos del sepulcro sienten á veces aquí abajo santas y dulces emociones, que les hacen presentir las beatitudes de la eternidad; pero al mas ligero soplo de la brisa terrenal se marchitan y deshojan esas flores precoces que en otro tiempo embellecían el árbol de la vida en las encantadoras regiones del Eden.

El jóven Neftoa acaba de ser sorprendido por un dulce sueño en medio de una ferviente plegaria, á la manera que el rocío matutinal descende sobre la esmaltada alfombra

con que cubre valles y prados el aliento de la Primavera. Durante este sueño, una voz misteriosa le dice:

—«Tú duermes, ¿y no has ido aun á decir á los fieles: Uno de los habitantes de los Cielos se me ha aparecido; Jesús me ha enviado uno de sus resucitados? Ese resucitado ha vuelto al sepulcro del Gólgota, para reunirse con los inmortales que desean estar juntos en esa tierra sagrada, donde están siempre seguros de encontrar á algunos de sus amigos.»

El amable niño se despierta, se levanta, y en cuanto el dia amanece, sale por las puertas de Salem, y se dirige hácia el Gólgota. Apenas ha dado algunos pasos por el campo, encuentra á muchos discípulos de Jesús, que vuelven del sepulcro. Acérase á ellos apresuradamente, y les dice:

—«Si habeis dejado fieles en el huerto de la resurreccion, conducidlos todos bajo la sombra de las palmeras: reunid allí innumerables testigos; porque estoy encargado de un celestial mensaje para ellos y para vosotros.»

Y sin esperar contestacion, se dirige hácia un grupo de niños, que alegres y bulliciosos juegan á la entrada del huerto de las Olivas.

Neftoa los contempla largo rato en silencio, y su pensamiento se fija en nueve de ellos. Los cinco primeros habian sido bendecidos con él por Jesús en presencia del pueblo; él mismo elige los cuatro últimos, y la sabiduría divina inspira esta eleccion. De esta manera guía esa sabiduría la voluntad de los ángeles, cuando vienen á la Tierra á visitar á los futuros hermanos de su inmortalidad.

Dóciles á la voz de Neftoa, sus tiernos compañeros le siguen al sepulcro; sus miradas penetran con la audacia de la inocencia hasta el fondo de la sombría bóveda, y despues se fijan en la piedra que cerraba su abertura.

De repente los sobrecoje un santo estremecimiento; la lúgubre sombra de los abetos que enlazan y confunden sus imponentes copas, acaba de espantarlos, y van á buscar, contra los ardores del Sol, un abrigo más conforme con su edad, bajo la alegre verdura de los vergeles que la Primavera acaba de esmaltar con sus olorosas flores.

Allí hay un grupo de fieles sentados sobre el musgo, y muchos de estos piadosos amigos de Jesús reconocen al niño que algun tiempo antes presentara al pueblo su maestro como un ejemplo de candor y humildad, y que los contempla en religioso silencio. Es fácil ver, sin embargo, que están para escaparse de sus lábios palabras de esperanza y de ventura.

Los fieles lo animan con benévola sonrisa, y él refiere en seguida cómo se le ha aparecido Benoni, y todo lo que le ha dicho sobre la resurrección del Salvador.

Esta narración hace descender sobre ellos felicidades más dulces que todas las que hasta aquí habían gozado; su santo arrobamiento se exhala en sonos armoniosos, y cantan á coro:

«Ya no gotea sangre el pié que la aplastada serpiente mordió al expirar.»

Y á medida que corre este torrente de armonía, los piadosos niños forman graciosas rondas, danzando el paso triunfal de la victoria.

Y el coro de los fieles añade:

«La tempestad se ha calmado: un arco de celestes matices se dibuja en las nubes... la alianza es eterna; eterna es la alianza de la resurrección.»

Y á medida que corre este torrente de armonía, los piadosos niños forman graciosas rondas, danzando el paso triunfal de la victoria, y sus madres los coronan con el tierno follaje de los floridos arbustos.

Y el coro de los fieles añade:

«El cordero inmolado acaba de enjugar las lágrimas de todos los pecadores redimidos con su sangre: la muerte no es ya más que un sueño.»

Y á medida que corre este torrente de armonía, las rondas de los piadosos niños se dirigen hácia el Gólgota, y sus madres les presentan tiernos retoños de palmas floridas.

Y el coro de los fieles añade:

«El Resucitado exclamó desde lo alto de su cruz divina: ¡Magdalena! Y Magdalena arróbadla abrazaba sus rodillas, sin poder pronunciar más que esta palabra: ¡Rabboni!

Y á medida que corre este torrente de armonía, los piadosos niños forman graciosas rondas, y danzan el paso triunfal de la victoria.

Y el coro de los fieles añade:

«Tomás exclamó: ¡Señor! Señor! Dios mio! Y sus ojos vieron las llagas del divino Resucitado, y su mano tocó su costado abierto por la lanza deicida.»

Y á medida que corre este torrente de armonía, los piadosos niños forman graciosas rondas, y danzan el paso triunfal de la victoria.

Y el coro de los fieles añade:

«Nosotros también resucitaremos, y resucitarán todos los muertos que duermen en el Señor desde el principio del tiempo hasta su último día.»

Y á medida que corre este torrente de armonía, los piadosos niños forman graciosas rondas al rededor de un sepulcro abierto, y echando en él sus coronas, danzan el paso triunfal de la victoria.

De repente los piadosos niños inclinan sus palmas, y los fieles suspenden sus cantos, porque ven apariciones sobre la roca del Santo sepulcro.

Tres resucitados se muestran y brillan con todo el esplendor de su inmortalidad. Del fondo de las argentadas nubes que se ciernen por encima del Gólgota, Asenath sale suavemente y se rodea de rayos deslumbradores. Desde el seno de esta misma nube, Débora levanta la cabeza y las manos al Cielo; pero muy luego ella también viene á ser un foco de luz deslumbradora. Jedidoth aparece á lo lejos, semejante á una estrella solitaria que brilla en el punto más distante del horizonte, allí donde la bóveda del Cielo parece confundirse con la superficie de la Tierra; pero casi al mismo tiempo se reúne con Débora, y brilla como ella.

Isaac llega rodeado de querubines, á quienes supera en belleza. Raquel sacude los largos rizos de su dorada cabellera, y sale de una blanca nube, sosteniendo en sus brazos á su último hijo, con una solicitud tan tierna, que todas las madres la reconocen.

Josias, Abraham Job, Juan el Precursor, Seth y Abel vienen á reunirse con estos resucitados; Gabriel conduce al primer hombre, y los relámpagos surcan las nubes. Los fieles se prosternan, y les parece que los valles y las montañas tiemblan y vacilan.

Casi al mismo tiempo, Eva se muestra á sus ojos. Envuelta en argentados resplandores, conduce á través del suave azul del Cielo al tierno y gracioso Benoni.

Tranquilizados por la benévola sonrisa de Eva, los fieles alzan de nuevo sus ojos hácia los resucitados; y Neftoa, rápido como el pensamiento, se adelanta hácia Benoni, lo saluda inclinando la palma que lleva en la mano, y dice:

—«Te reconozco, Benoni: tú que te dignaste aparecerte á mis ojos, sé mi protector cerca de los celestiales amigos que irradian al rededor tuyo. Y vosotros, mensajeros del Cielo, que habeis llevado el peso de la vida y salisteis vic-

toriosos de sus rudas pruebas, permitid al niño á quien Jesús bendijo aproximarse á esa roca sagrada, y contemplaros más de cerca.»

Eva se sonríe, y dice al primer hombre:

—«Pronto, muy pronto madurará la muerte ese fruto precoz.»

Guiado por Eva, Neftoa se acerca á Benoni; pero apenas ha rebasado el círculo de los inmortales, cuando un santo terror estremece sus huesos. Débora lo envuelve en una ligera nube, lo estrecha en sus brazos, y le dice en voz baja:

—«Acabas de oír cantar á los fieles: repítenos su himno.»

Y las arpas de los resucitados unen sus acordes melodiosos.

Sostenido por esta armonía vivificadora, canta el niño:

«Un arco de celestes matices se dibuja en las nubes: la alianza es eterna; eterna es la alianza de la resurrección.»

Y á la vez que resuena este canto, que acompañan las arpas vivificadoras, el piadoso niño agita la palma que tiene en la mano, la inclina hácia el sepulcro del Salvador, y añade:

«El cordero inmolado acaba de enjugar las lágrimas de todos los pecadores redimidos con su sangre: la muerte no es ya más que un dulce sueño.»

Asenath templá el esplendor de sus rayos, y dice:

—«¿Por qué tardamos en darle la corona del sepulcro?»

La hermana de Lázaro llega y pone la corona sagrada en la cabeza de Neftoa, y Neftoa canta:

«El Resucitado exclamó con su voz divina: ¡*Magdalena!* Y Magdalena arrobada abrazó sus rodillas, sin poder pronunciar más que esta palabra: ¡*Rabboni!*»

Y á la vez que resuena este canto, que acompañan las

arpas vivificadoras, lágrimas de alegría brotan de los ojos del niño, que canta otra vez diciendo:

«Tomás exclamó: ¡Señor! ¡Dios mio! Y sus ojos vieron las llagas del divino Resucitado, y sus manos palparon su costado abierto por la lanza deicida.»

Y á la vez que resuena este canto, que acompañan las arpas vivificadoras, un santo arrobamiento se apodera de los fieles, que rebasando el círculo de los inmortales, suben á la roca sagrada y cantan á coro:

«Nosotros tambien resucitaremos, y resucitarán todos los muertos que duermen en el Señor desde el principio del tiempo hasta su último dia.»

Y al paso que sus voces se elevan á los Cielos, las arpas vibran con fuerza, y hacen oír aquellos sublimes acordes que, al pié del trono del Eterno, acompañan los cánticos de los arcángeles.

Los resucitados y los cristianos aun sometidos á la muerte no forman ya más que un solo coro; y uniendo sus voces y sus pensamientos, celebran así al Salvador del mundo:

«¡Honor y gloria al leon de Judá y al cordero de Sion!  
¡Honor y gloria á la más rica de las espigas! En el suelo teñido de sangre de la colina del Gólgota, la espiga se encorvó un instante; pero al instante mismo se enderezó: naciones enteras se abrigarán á su sombra, donde encontrarán la dulce frescura de la eternidad. Cuando salió triunfante de su sepulcro el vencedor de la muerte, la trompeta terrible se escapó de la mano del querubin, y todos los que resucitaron con él guardaron un profundo silencio.»

La voz de los resucitados se pierde en los Cielos, su esplendor se debilita, y ellos se alejan, se confunden insensiblemente con las nubes, y desaparecen, en fin, á la vista de los fieles.

La casa de Lázaro se oculta en uno de los más risueños huertos de Betania, por el que pasa un límpido arroyo, que baña el pié del sepulcro de María. Del seno de este mismo sepulcro fué de donde, á la voz de Jesús, se levantó el muerto Lázaro; pero los huesos de su hermana duermen en él un sueño de plomo.

Sus amigos, sin embargo, no la lloran; porque saben que Jesús ha resucitado, y que la piadosa jóven ha ido á reunirse con él.

Marta viene todas las mañanas á arrojar sobre la sepultura de su hermana flores nuevas, que ha cogido ella misma á orillas del arroyo. Fiel á este piadoso deber, todavía está arrodillada en el sepulcro, y todos sus votos llaman al sueño que nos hace insensibles al suave perfume de las flores, al dulce murmullo del arroyo, pero que conduce á las regiones desconocidas que habita el alma de su hermana.

Los rayos del Sol, con su creciente ardor, advierten á Marta que es tiempo de pensar en los trabajos del dia.

Marta se aleja lentamente; su hermano sale á recibirla, y le dice que ha invitado á sus amigos y algunos peregrinos á hacer una modesta comida en su huerto.

Mientras Marta prepara la comida, Lázaro trae del arroyo arena húmeda, la extiende bajo una enramada, cubre de olorosas flores este fresco piso, y enlaza las ramas de los arbustos y de las enredaderas donde quiera que pueda deslizarse un rayo de sol.

Ocupándose así en refrescar y embellecer el lugar en que ha de recibir y obsequiar á sus amigos, Lázaro pasa muchas veces por junto al sepulcro de su hermana, y sus ojos permanecen secos. Su corazón le dice que en breve se reunirá con ella; y así coge sin escrúpulo las flores que

crecen en su sepultura para suspenderlas de la enramada.

Un grupo de resucitados, que traen en sus manos arpas, salterios, flautas, clarines y trompetas, se reúne al rededor de una palmera plantada á orillas del arroyo. Los instrumentos están mudos todavía, pero el pensamiento de los resucitados goza anticipadamente del encanto de los solemnes himnos, que desde el pié de la palmera irán á perderse entre los árboles del festín, cuando venga la estrella de la tarde con la Luna y sus velos argentados.

Los amigos de Lázaro llegan unos después de otros, y se colocan bajo la bella enramada que su solicitud les habia preparado. Piadosas conversaciones y el canto de los pájaros ocultos entre el follage amenizan la comida.

Poco á poco, una santa alegría, dulce como el murmurio de la fuente que brota en medio del desierto, sucede á las violentas emociones que han agitado á los fieles desde la muerte del Mesías. Para estos hijos de la nueva alianza, la vida no es ya más que una tibia tarde de Otoño, y la muerte un sueño breve y ligero: ninguna duda contrista sus almas, cuyos deseos todos se dirigen más allá del sepulcro.

La Luna ha venido á esparcir sus blancos rayos sobre el azul del Cielo; la estrella de la tarde riela á través de este diáfano velo, y los huéspedes de Lázaro se dispersan por todo el ámbito del huerto.

Un peregrino de Samos, que se habia anunciado bajo el nombre de Dimnot, continúa el grave coloquio que habia comenzado con un noble jerosolimitano, y los dos se sienten mutuamente atraídos por esa amistad sincera y pura que sólo pueden conocer las bellas almas.

—«¡Ah! exclama el de Samos; no temas que la muerte nos aniquile. Para que pueda germinar la rica espiga que

ha de ser la alegría del segador, ¿no es preciso que repose en la tierra? Antes de estallar la tempestad que atestigua la gloria del Eterno, ¿no es preciso que se oscurezca la nube? ¿Querrias tú que nuestra alma, tan noble y tan grande, estuviera siempre cautiva en su miserable vaso de polvo?»

Al pronunciar estas palabras, el resucitado deja su apariencia de peregrino, se rodea de fúlgidos rayos, y cura así á su amigo de la penosa duda que le hacia temer que la muerte condujera á la nada.

Otro peregrino del rio de los siete brazos, que se habia anunciado bajo el nombre de Kerdith, continúa el grave coloquio que habia entablado con un noble jerosolimitano: los dos se sienten mutuamente atraídos por esa amistad sincera y pura que sólo pueden conocer las almas bellas.

—«¡Ah! dice el peregrino del rio de los siete brazos á su reciente amigo: hombre afortunado, tú no conoces toda la extension de tu felicidad; todavía crees tú que hay en este mundo mil dolores por cada efimera alegría. Este triste pensamiento pesa sobre tu alma; pero muy pronto se librá de él para siempre. Hombre afortunado, tú no conoces toda la extension de tu felicidad: una voz solemne que ya en esta vida se alza por encima de los sepulcros, te hablará... Amigo, estás próximo á oír el imponente llamamiento de la muerte... Cantos celestiales te mostrarán imágenes de destrucción, y en tu alma se desenvolverá el presentimiento de la resurrección de los huesos convertidos ya en polvo... ¡Resurrección! ¡pensamiento sublime! tú lo comprenderás en toda su extension: para mí ha venido á ser una realidad, gracias á aquel que á todos nos creó.»

Dice, y toda su persona brilla espontáneamente con el esplendor de la luz primitiva.

El fiel siente flaquear sus rodillas, y cae en medio de las

flores que amenizan el musgo. Aquí lo encuentran sus compañeros caído aun y sin movimiento; pero los solícitos cuidados que le prodigan le hacen volver en su acuerdo, y lo ponen en estado de referir la celestial aparición que ha venido á arrojar nueva luz sobre su vida futura.

Sentado en una piedra cubierta de musgo, y con la frente apoyada en la mano, Sébida fija en la tierra sus miradas inquietas y sombrías; pero su pensamiento vaga en las regiones elevadas.

—«¿He renunciado en vano á sondear los secretos del porvenir? dice para sí. ¿Habré de creer que algunos de los peregrinos que acaban de comer con nosotros en la misma mesa eran resucitados, y que se han aparecido á nuestros amigos? Muertos que pretendéis vivir, mostraos á mis ojos, ojos habituados á distinguir las ilusiones de la realidad. ¿No respondeis ¡ah! no respondeis á mi llamamiento?»

Un peregrino de la isla de Tenedos se presenta de repente ante el jóven escéptico, y habla con él acerca de los errores á que se dejan arrastrar los mortales, ora por demasiada credulidad, ora por una excesiva desconfianza ó duda.

—«El sabio, dice el peregrino, no medita sino en las cosas cuya naturaleza y extension le permiten sus facultades comprender y medir. Si alguna vez se ve precisado á examinar cuestiones más profundas, lleva en ello el sincero deseo de ilustrarse, y no se deja desvanecer por ese orgullo funesto, que impele á los hijos de la Tierra á rechazar como imposible todo lo que sus limitados conocimientos y su débil razon no pueden explicar.»

Dice, y desaparece.

Sébida mira á su redor con sorpresa, y exclama:

—«¡Se ha desvanecido!... Era una aparición, una apari-

ción sin esplendor sobrenatural... ¿Quién me la ha enviado? Este habitante del Cielo, ¿ha venido de su propio motivo, y porque sabia que yo necesitaba un rayo de luz celestial para guiarme?... No, era un mensajero de Dios: así lo creo, porque me ha sacado del mar de dudas en que iba á sumergirme. Héme aquí en la orilla escuchando con júbilo el bramido de las olas, porque ya no pueden arrastrarme.»

Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando el peregrino que acaba de separarse de él aparece á lo lejos. Rodeado de un celestial resplandor, se adelanta á paso lento, hace una seña al jóven escéptico para que se acerque, y se detiene bajo la palmera en que los resucitados, invisibles á los ojos mortales, se reúnen, después de su aparición á los fieles.

Sébida obedece sin vacilar, porque ha sacudido para siempre las cadenas de la duda.

Entre tanto el inmortal acaba de iluminarlo, revelándole parte de los secretos de la Providencia, que le hacen adivinar las beatitudes celestiales.

Sébida le escucha con admiracion.

—«¡Tú, dice luego, tú que sales del sepulcro y comprendes la eternidad, ¿quién eres?»

Y el resucitado contesta:

—«Soy José. Tu padre vive todavía; ve á repetirle lo que acabo de enseñarte. Que antes de abandonar la Tierra, el venerable anciano vea correr lágrimas de alegría por tus mejillas y te bendiga...»

En pie sobre el Tabor, el Salvador pesa las acciones de los mortales en su terrible balanza y se sonríe con bondad ante las escenas que se desarrollan á su vista en el huerto de Lázaro.

Rodeado de sus más íntimos amigos, Lázaro habla de las

sublimes lecciones que el Mesías les legara, y que más tarde vendrán á ser para la especie humana una fuente sagrada de que sacará nueva vida.

—«Sí, continúa diciendo: hasta que nos hayamos despertado del sueño del sepulcro, ignoraremos por qué el brillante porvenir que presentimos no se ha realizado antes. Sólo entonces sabremos también por qué nuestro divino Salvador descendió á la humilde condición de un hijo de la Tierra. No nos es dado sondear aquí abajo este misterio de los Cielos: hablemos de él con reserva y con temor; así únicamente pueden hablar de las cosas divinas los simples mortales.

«Cuando un hombre generoso y bueno se ve rechazado, desconocido por sus hermanos, á quien ama él con un amor sincero, ¡oh! entonces sufre y vierte lágrimas ardientes, que nos penetran de una respetuosa piedad. Y sin embargo, ¿quién es? Un mortal algo menos malo que los demás mortales. Pero Jesús, el divino Mediador... No pretendamos sondear el misterio de los Cielos; pero séanos permitido comparar al Hijo del Eterno... No, no; ante este arquetipo celestial, toda otra imagen desaparece...

«Jesús fué rechazado, desconocido por los hombres, á quienes amaba él con amor sincero; padeció y derramó lágrimas ardientes... ¿Qué lágrimas fueron nunca más dignas de una respetuosa piedad? ¿Qué sufrimientos pueden compararse á los suyos? Dotado de toda la plenitud de sentimiento que sólo un Dios puede poseer, ¿qué no debió padecer cuando con sarcasmo infernal se le puso la púrpura de rey y la corona de espinas; cuando se le arrastró al suplicio, confundido con los criminales; cuando, para calmar su sed, se le dió hiel y vinagre; cuando, en fin, sufrió en la cruz la más lenta y terrible de las agonías!»

Abrumado de tristeza, calla Lázaro y se aleja lentamente, yendo á sentarse en el sepulcro de su hermana.

—«Aquí, dice, madura el germen de la resurrección. ¡Pobre hermana mía! en tu hora suprema, no pude yo hablarte más que de Jesús muerto... muerto en la cruz. Ahora tú estás con él; sí, debes de estar con él: mi corazón me lo dice.»

El alma de María Magdalena, que se cierne sobre su sepulcro, gime blandamente, pues no le es permitido mostrarse á su hermano; mas espera que Jesús haga por él lo que acaba de hacer por Cídlia y por Sémida, aquellos dos jóvenes resucitados, que á este título fueron juzgados dignos de elevarse vivos á los Cielos.

Lázaro continúa entregado á sus tiernos pesares, y piensa así:

—«¡Cuál no habría sido tu dicha, oh María, si hubieras estado conmigo este día! ¡Con qué piadosa solicitud habrías procurado descubrir en la expresión de mis huéspedes si pertenecían aun á la Tierra, ó si eran mensajeros del Cielo!»

Y el pensamiento de María contesta al pensamiento de Lázaro:

—«Si yo pudiera aparecerme á tí, ¡oh amado hermano mío! te nombraría á los inmortales que han venido á sentarse á tu mesa. Pero ¡ay! tú no puedes oírme, ni me oyen tampoco mi sepulcro ni el arroyo que lo baña... ¿Qué importa? Quiero olvidar la distancia que nos separa, quiero creer que puedes comprenderme. Escucha: ese hermoso anciano de cabellera blanca como la flor del espino que crece al pié de mi sepulcro, es Husa (1); el joven que sigue lentamente el curso del

(1) Habiendo reunido David á todo Israel para traer el arca de Dios de Kiriath-Jeharim á Jerusalem, se la colocó en un carro nuevo, que fué conducido por Husa. Uno de los bueyes que arrastraban el carro, resbaló: Husa extendió

arroyo, es Jethro, el pastor de Madian (1). Mira á la dulce Megiddo, la tierna hija de Jefté, con qué angélico candor se envuelve en su velo transparente...

Y mientras que los ojos de María se fijan en los resucitados de Cristo, su pensamiento se pierde en un arrobamiento infinito; porque aquí ve á Korah (2), el cual apoya en un olivo su arpa celestial, que Jeditun corona de flores inmortales. Más lejos, Raquel adorna el majestuoso tronco de un olmo con guirnaldas de yedra, que Jemina prolonga á lo infinito. Más lejos todavía, el pastor Zalmona, que expiró de alegría cuando oyó el canto de los ángeles que celebraron el nacimiento del hijo de María, se adelanta al lado de otro pastor de Bethlem, más antiguo y más célebre, al lado del noble hijo de Isai. Los dos se apoyan en ramas de sauce, y ruegan á los resucitados que encuentran, que les hablen del santo júbilo de los fieles á los cuales se han aparecido.

El pensamiento de María se dirige de nuevo á su hermano y le dice:

—«¿Reconoces á Eliphaz (3)? ¿Le ves dirigirse hácia Heman (4)? Con ojos resplandecientes de alegría departen entre sí... Heman viene hácia mi tumba... se sienta á tu

la mano para sostener el arca, y en el acto mismo fué herido de muerte. David sintió mucho esta desgracia, y llamó al campo en que ocurrió *Perets-Husa*. En este mismo campo hicieron construir los reyes de Judá una casa; y uno de ellos, Manasés, fué enterrado allí. — *Paralip.*, lib. I, cap. XIII, y lib. II, cap. XXXIII.

(1) Jethro, suegro de Moisés, era pastor de Madian, comarca limitrofe del desierto que separa el Egipto de la tierra de Canaan.

(2) Korah y su amigo Jeditun eran dos cantores de David.

(3) Eliphaz era uno de los amigos de Job, que durante su ruda prueba iban á disputar con él y á afligirle más con sus reconvenciones. Este amigo halló gracia ante el Eterno, por haber obedecido su mandato, llevando á Job siete toros y otros tantos carneros para ofrecerlos en holocausto. — V. el Libro de Job.

(4) Uno de los cantores de David.

lado... ¡Ah! no es posible que le veas, pues se halla despojado de formas accesibles á las miradas de los mortales;... y ahora va á elevarse á la cima del Tabor... Aguarda, querido Heman, dignate mostrarte á mi hermano, y vea yo las lágrimas de alegría que tu presencia le haga derramar.»

Y Heman contesta:

—«Antes de subir á los Cielos, el Redentor se aparecerá á Lázaro, y Lázaro será transfigurado.»

—«¡Oh felicidad inaudita! ¡mi amado hermano subirá con nosotros al reino de la luz, aumentará el cortejo de los primogénitos de la creación, y unirá su voz á los himnos celestiales!»

Pero en vano se regocija María anticipadamente por la transfiguración de su hermano. Lázaro no puede verla ni oirla. Una gran inquietud le agita sin embargo, y dominado por un sentimiento indefinible, se levanta, se aleja del sitio fúnebre, y va cerca de sus amigos.

Eneo se ha retirado al paraje más solitario del huerto, y con la frente entre las manos, medita en la felicidad de los fieles que acaban de ver resucitados.

«Si, dice interiormente, su felicidad es grande; pero ¿no tengo yo parte en ella, puesto que me han referido todo lo que han visto y oído?... ¿Y qué conducta voy á seguir ahora? ¿He de servir aun á los conquistadores del mundo, y quemar incienso en el altar de Júpiter Tonante? ¿Debo mancharme de nuevo con la sangre de los oprimidos que rehusan someterse al yugo de un vencedor inhumano? ¿Puedo entrar en el cortejo de un triunfador, y participar de los placeres sensuales que Roma prodiga á sus soldados cuando vuelven victoriosos dentro de sus muros? ¿No he aprendido á ver la vida bajo otro aspecto?... Alegrías insensatas, gloria ensangrentada, adios para siempre: me consagro resueltamente

al Dios de amor y de misericordia, á los deberes sagrados que él impone, á las verdades celestiales que á enseñarnos vino. Sé conmigo desde hoy, Dios de amor y de misericordia, y dignate guiar mis pasos.»

Apenas ha enviado al Cielo este último pensamiento, cuando Elihú (1) se le aparece en todo su esplendor divino, y le hace oír palabras de salvacion.

La vision desaparece; pero los ojos del piadoso Eneo permanecen fijos en el sitio en que se ha desvanecido, y su alma oye aun las revelaciones que le hiciera el aparecido.

Bethoron (2) amaba á Jesús; pero no lo bastante para seguirle. Habia rehusado hacerse su discipulo; pero después se arrepintió amargamente. Una profunda tristeza lo abruma, porque no se atreve á esperar que el divino Resucitado, compadecido de sus remordimientos, se digne enviarle algun mensajero. En vano procura Lázaro consolarle; Bethoron huye de la sociedad de sus amigos, y se pasea solo en uno de los más sombríos sitios del huerto.

Elihú se le aproxima bajo la apariencia de peregrino, y le ruega que le refiera los maravillosos hechos de Jesús durante su permanencia en la Tierra.

Bethoron refiere con entusiasmo los milagros de que ha sido testigo, y el resucitado le interrumpe diciendo:

«¡Cuán dichoso eres tú, que has visto por tus ojos, y oído por tus oídos!»

(1) Elihú era el más jóven y el más prudente de los amigos de Job que iban á disputar con él durante su miseria; fué el único que no lo afligió con injurias ni sarcasmos, antes bien lo exhortó á la resignacion y á la esperanza.—Véase el *Libro de Job*, cap. XXXII y siguientes.

(2) Todos los Evangelistas hablan de un adolescente que, prendado de la moral del Mesias, quiso entrar en el número de sus discipulos. Pero cuando el Mesias le dijo que renunciara á sus riquezas para seguirle, no tuvo valor para hacer este sacrificio. Este mancebo á quien Klopstock designa bajo el nombre de Bethoron, no lo tiene en las Escrituras.

Y sin escuchar la voz del jóven, que con afan lo llama, desaparece á su vista.

Convencido de que un mensajero del Cielo acaba de aparecersele, pero que no ha querido iluminarlo, Bethoron se cree más desgraciado que nunca. En vano sigue el camino por donde el peregrino ha desaparecido, pues no ve más que el sepulcro de María, ni oye otra cosa que el murmullo del arroyo que se pierde á través del espeso follage del bosquecillo.

Muy luego otro de los peregrinos, que durante la comida se habia ocupado de él, viene á su encuentro; le dirige la palabra con bondad, y le invita á mirarle en adelante como su mejor amigo.

Bethoron cede á la necesidad de confiar los pesares de su alma á un corazon compasivo, y con voz entrecortada por los sollozos le refiere cómo habia rehusado seguir á Jesús, y los crueles remordimientos con que ha expiado esta falta, cuyo perdon le parece imposible.

Su nuevo amigo le prodiga consuelos que lo llenan de alegría y sorpresa.

«Acaba tu obra, exclama el jóven; no puedo dudar ya que tú eres uno de los mensajeros que el Salvador envia á sus testigos en la Tierra... No desvies de mí tus ojos, llenos de amor y esperanza: acabas de llamarte mi amigo, y á ese título, te suplico que te muestres á mí en tu inmortal esplendor.»

Jedidoth, que él es el que ha venido á consolar al infortunado Bethoron, le tiende los brazos, lo estrecha contra su corazon y lo inunda de luz celestial.

Bethoron pierde el sentimiento de su sér; y al volver en sí, no ve á nadie ya; pero el recuerdo de la aparicion que el Mesias se ha dignado enviarle bastará ya en adelante para hacerle feliz.

Guiados por sus ángeles custodios, Sémida y Cídlia han dejado el Héspero (1). Al llegar junto al sepulcro de María, se detienen un momento, y van á reunirse con los resucitados agrupados á la sombra de la palmera. Uno de los inmortales les ruega que canten el himno con que celebran en los Cielos su ventura y su amor.

Sones más misteriosos que el murmurio del follaje, más halagüeños que el rumor del arroyo, vienen á herir los oídos de Lázaro y de sus huéspedes. En vano intentarían definir estas vagas melodías; las escuchan reteniendo el aliento, y se hacen mutuamente expresivas señas para no turbar este religioso silencio.

Y uniendo su voz á los acordes de las arpas, de los salterios y trompetas de los resucitados, Sémida canta:

«Cumpliéronse al fin aquellos vagos ensueños que, después de nuestra resurrección, formaban nuestra existencia. Bello es, Cídlia mía, el infinito, y lo es más aun cuando lo mide tu pensamiento con el mio.»

Y Cídlia contesta:

«Bella es la estrella de la tarde, Sémida mio; pero lo es más aun cuando tú la admiras conmigo: tu mirada embellece el día que acaba de nacer, y hasta el Sol que recorre los espacios.»

—«Los astros resuenan unísonos: todo en el universo es armonía; la armonía crea todas las beatitudes celestiales, y ha confundido nuestras almas. Si, mi Cídlia: la armonía es el amor, es la felicidad.»

—«Héspero conoció también el entusiasmo del amor; pero no amó jamás como nosotros nos-amamos, no, Sémida mio.»

—«Héspero, tú cuentas una larga serie de días felices;

(1) Héspero, Véspero ó Venus, estrella de la tarde.

pero aun no te has librado de tu forma primitiva: para recibir sus percepciones, tu alma no tiene más que siete sentidos (1), mientras que la nuestra bebe ahora en todas las fuentes de la creación, y se extiende al infinito. ¿Puedes tú, á la misma distancia que nosotros, ver la flor que se abre en el Valle de los Sepuleros? ¿Puedes oír como nosotros el curso del arroyo que humedece la raíz de sus árboles?»

—«Cuando yo no veía aun más que con los ojos mortales, lloraba sobre mí, sobre el arroyo cuyo manantial agota el Estío, sobre la flor que se marchita al Sol;... pero cuando mi Sémida, salvando conmigo los límites del tiempo, me recibió en sus brazos...»

Este canto de armonía y de ventura expira en los labios de Cídlia, porque no lejos de la palmera sagrada vé á su madre abrumada de dolor.

Cídlia se le aparece al punto en todo el esplendor de

(1) Klopstock no habla aquí ya de la estrella, sino de Héspero, hijo de Japet ó Japeto, que se hizo célebre por su piedad y por su apasionado amor á la astronomía. Queriendo observar los astros desde lo alto de una montaña, fué precipitado de ella por el rayo, y no volvió á aparecer. Se le hicieron honores divinos, y se dió su nombre á la más brillante estrella del Cielo. Klopstock supone que Héspero habita esta estrella, pero que no ha llegado aun á la perfección que han alcanzado Sémida y Cídlia; pues solo tiene dos sentidos más que los habitantes de la Tierra. Estos siete sentidos son una alusión á las siete hijas de Héspero, conocidas bajo el nombre de Hespérides. Desde la más remota antigüedad, estas ninfas fueron como soberanas de las maravillosas comarcas que, bajo nombres diversos, como el *jardín de las Hespérides*, las *islas Atlánticas*, las *islas Afortunadas*, etc., fueron situadas en todas las partes del mundo á la entrada del Cielo y en el Cielo mismo. Todos los poetas y filósofos hablan de estas comarcas; Horacio y Platon mismo hacen de ellas descripciones seductoras. Se extrañará hallar en un poema como la *Mesiada* ficciones mitológicas; pero Klopstock no ve en Héspero un hijo de Japet ó Japeto, de quien los griegos y los romanos hacen descender al género humano, sino el hijo de *Japhet*, hijo de Noé, que pobló una parte del Asia y todas las comarcas de las costas del Mediterráneo. Esta opinión concuerda con la de la mayoría de los sabios que se han ocupado del origen de los pueblos, y que no ven sino un mismo personaje en el *Japet* de la Mitología y en el *Japhet* de las Escrituras.

su celestial belleza, y una alegría demasiado fuerte para una simple mortal rompe los lazos que retuvieran á esta infortunada madre á la vida de pesares y de lágrimas. Su alma deja la Tierra, y sostenida por Cídlia y Sémida, se eleva al trono del Eterno.

Un noble peregrino conversa hace tiempo con Semmo acerca de las apariciones que han venido á consolar á los fieles, y Semmo le escucha con el mayor interés.

—«¡Ah! exclama en fin. ¡Cuán feliz sería yo, si un habitante del Cielo se dignara aparecerseme á mí! Mas para creer en la resurreccion de Jesús, no necesito en verdad que ningun mensajero de Dios venga á confirmármela.»

El peregrino se aleja diciendo para sí:

—«No hay para qué aparecerme á él: su fé es inquebrantable, y jamás oscurecerá su espíritu la duda. Mi vista podría envanecerlo, y el instante de felicidad que le procurara podría acaso arrebatárle eternas alegrías.»

En pié en el monte Tabor, el Salvador del mundo pesa las acciones de los mortales en su terrible balanza, y mira con sonrisa de bondad las escenas de ventura que pasan en el huerto de Lázaro.

Berbeson, el único de los diez leprosos sanados por Jesús que volvió á él para expresarle su agradecimiento, se pasea en actitud pensativa á orillas del arroyo. Sones confusos, pero celestiales, hieren sus oídos; acércase á la palmera, y á su sombra descubre á los inmortales, como á través de un velo misterioso. Las vibraciones de sus arpas iban á hacerle sucumbir al exceso de su arrobamiento, cuando uno de los resucitados se adelanta hácia él, lo conduce en medio de la nube que los sustrae á todas las miradas, y le dice que coja palmas.

Berbeson obedece, y presenta á cada uno de los inmorta-

les una rama del árbol sagrado; y el resucitado que lo habia introducido en esta celestial reunion, le hace guardar una de las palmas que ha cogido.

Tranquilizado con este favor inesperado, Berbeson se atreve á interrogar á los mensajeros de Cristo, y ellos le contestan con fraternal bondad, que el divino Redentor les ha hecho salir de sus sepulcros para ser testigos de su resurreccion; que estarán en la Tierra todo el tiempo que el Mesías esté, y que con él volverán á los Cielos.

—«Perdonadme, dice Berbeson, si me atrevo á importunaros con mis preguntas; pero dignaos decirme si yo estoy condenado á vivir mucho tiempo.»

—«Lo ignoramos,» contestan los inmortales.

Y Berbeson añade:

—«Decidme: ¿qué sentisteis cuando os despertásteis del sueño de la muerte?»

Los inmortales contestan:

—«Lo que sintió Adam cuando su Creador lo llamó á la existencia. Para tí tambien sonará la trompeta que llama á la vida eterna.»

Berbeson no ve ni oye ya más.

Las palmas quedan inmóviles, los vientos retienen su aliento, pero todas las alegrías de los Cielos descienden al corazon del mortal que por segunda vez es objeto de la misericordia divina.

De esta manera, los amigos de Lázaro, que se habian reunido para hallar en dulce y apacible comunicacion un pasajero consuelo, sienten descender al fondo de sus almas todas las bendiciones del Cielo; de esta manera, el moribundo, que no cree encontrar en el sepulcro más que un frio reposo, ve brillar luego ante sus ojos la inmensidad de los Cielos y una eternidad de ventura.

## CANTO XVIII.

Adam ruega al Mesías que se digne revelarle algunas de las consecuencias de la Redención.—El Mesías oye su ruego, y le revela en una vision una parte del juicio final.—Adam refiere á los ángeles y á los resucitados esta vision, durante la cual ha visto y oido juzgar á los enemigos de Cristo, á los fundadores del culto de los idolos, á los perseguidores, á los cristianos adoradores de la Virgen y de los santos, á los malos reyes.

Adam se prosterna á los piés de Cristo, y dice:

—«Si he hallado gracia delante de tí oh divino Salvador mio! haz que mi pensamiento pueda abarcar toda la extension del bien que tu sacrificio ha derramado sobre mis innumerables hijos.»

Y Cristo contesta:

—«Las consecuencias de la Redención no se revelarán sino en el último dia del tiempo. Ve á reposar á la sombra de aquel cedro, y haré pasar ante tus ojos una vaga imagen de aquel terrible dia.»

Y Adam obedece.

Apenas ha llegado á la sombra del magestuoso cedro, cuando un profundo y dulce sueño se apodera de él, y una vision sublime anima este sueño.

Al despertar, se apresura á ir cerca de los querubines y

resucitados, que le rodean y le preguntan con expresiva mirada.

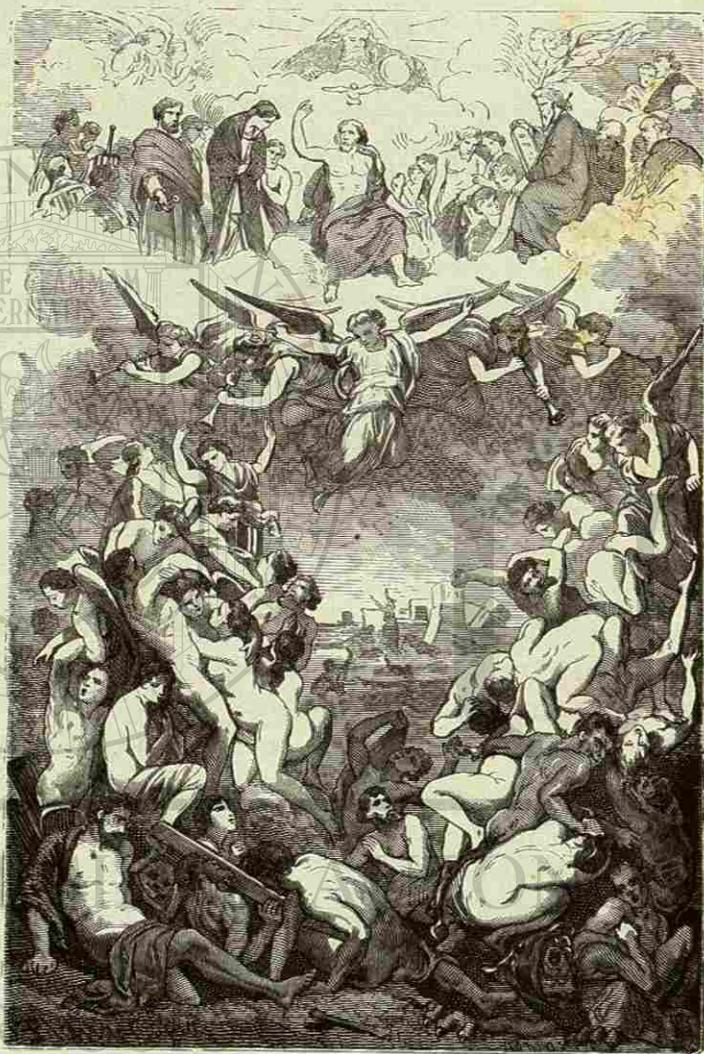
El Padre del género humano se sienta en una verdeante colina, y los inmortales se agrupan al rededor de él guardando un respetuoso silencio, porque va á referirles la vision que el Señor se ha dignado enviarle.

Las santas horas del dia consagrado al Señor se habian deslizado ante mí dulces y solitarias, cuando ví súbitamente á la Musa de Sion que se balanceaba muellemente en alas del crepúsculo. Nunca me pareció tan imponente; nunca habia visto yo la eternidad tan profundamente impresa en su divino semblante. Cantaba la vision de Adam; y la majestad del asunto la habia conmovido tan fuertemente, que se vió más de una vez obligada á interrumpir su canto: ya se encendian sus mejillas, ya se cubrian de una palidez mortal, y sus labios dejaban escapar acentos tonantes, entrecortados por sonidos lamentosos. Sus manos sostenian dificilmente el arpa de oro, y en su cabeza, entre su flotante cabellera, temblaba su corona.

Después quedó tranquila; una sonrisa celestial animó sus facciones, y los hijos divinos de su alma, los piadosos pensamientos desplegaron sus innumerables alas, é impedidos por el soplo de la tempestad subieron al trono del Eterno.

Habitantes de la Tierra, voy á repetiros el santo cántico de la Musa de Sion hasta donde sea posible á un débil mortal. Para cantar los mil y mil pensamientos que ella salmodió delante de mí, sería menester la voz de un ángel; y para adivinar los mil y mil pensamientos más sublimes aun que no me juzgó digno de oír, sería menester la intuicion de un Dios.

El Padre de los hombres está sentado en una colina ver-



Vision del Juicio final. (Canto XVIII.)

deante; los inmortales, agrupados en torno de él, le escuchan con respetuoso silencio, porque les refiere la vision que el Salvador se ha dignado enviarle.

«Un poder, rápido como el pensamiento de un serafin, me habia arrebatado en medio de las regiones sin límites de la resurreccion. Era imponente y terrible el espectáculo del género humano, colocado todo al rededor del trono en que se sentaba el Juez supremo. Entonces fué cuando comprendí la inmortalidad en toda su extension.»

Y dominado por la fuerza de los recuerdos, Adam se prosterna, levanta los ojos hácia el santuario de los Cielos, y exclama:

«Salvador del mundo, te has dignado oír los atrevidos votos de tu primer hijo; mis ojos han entrevisto algunos rayos del más grande de tus dias; mis oidos han oido el estruendo lejano de tu trueno de juez supremo... ¡Gracias, gracias le sean dadas, oh hijo del Eterno!»

Dice, se levanta, y prosigue su misteriosa narracion:

«El juicio universal habia comenzado mucho tiempo hácia, porque la suerte de millares de muertos estaba ya fijada. ¿Quién podria medir la extension de este gran dia?... No era el Sol la luz que lo alumbraba: todos los soles de la creacion estaban apagados; pero el trono del Eterno lanzaba á través del infinito rayos deslumbradores... Veia yo el altar del sacrificio, y al inocente Abel (1) herido por los innumerables golpes que los malos le habian dado. Un querubin de amenazador aspecto dejó caer la terrible trompeta, que acababa de llamar ante el Juez á los cristianos que, en nombre de la ley de amor, habian sacrificado á otros cristianos. Después de haber cernido su vuelo en silencio y

(1) Abel e Isaac fueron siempre mirados por los profetas como victimas inocentes, imágenes de Cristo, cuyo advenimiento y muerte anunciaban.

por un instante por encima de las regiones de la resurreccion, el lúgubre querubin vertió dos vasos que tenia en la mano, y de los cuales uno contenia sangre y otro lágrimas. Volvióse luego hácia el Juez supremo, y dijo:

«Tú has contado todas las gotas de sangre inocente y todas las lágrimas de los oprimidos. Tú, Señor, harás justicia á la inocencia, y darás la paz á la desgracia.»

«Y el Juez supremo fijó en las víctimas inocentes miradas de amor que ninguna lengua podria describir; y los arcángeles, los serafines y los bienaventurados se estremecieron. Pero las víctimas inocentes no elevaron sus voces acusadoras, y sus ojos llenos de misericordia, como en el instante de cerrarse bajo el sombrío velo de la muerte, pidieron gracia para sus verdugos. Entonces uno de los jueces celestiales se levantó, y dijo á los unos:

«Que todas las beatitudes del Cielo sean vuestro galardón y recompensa; porque sin murmurar pusisteis vuestras cabezas sobre el altar del sacrificio.»

«Y dijo á los otros:

«Todos los tormentos del Infierno serán vuestro castigo; porque, en nombre del Dios de amor y de misericordia, habeis desenvainado la espada y encendido las hogueras. Cuando matábais á vuestros hermanos desplegando el estandarte de la cruz, el Eterno habria hecho caer sobre vosotros el más terrible de sus rayos, si su pensamiento inmutable no hubiera convocado á todos sus hijos para este gran dia, en que se revelarán todos los misterios de su providencia. ¿Qué ha sido de los infortunados, cuyos santos cánticos se elevaban al Señor en medio de las llamas de las hogueras? El soplo de la resurreccion ha reunido sus cenizas; su himno de muerte ha venido á ser un canto de triunfo, y su lamentosa voz, que pedia gracia

»para vosotros, es ahora un grito de alegría que celebra la  
»omnipotencia del Salvador.»

«Calló, y volvió á su trono de oro.

«Otro Juez vino á ocupar su puesto; una legion de muer-  
tos fué conducida á su presencia, y él dijo:

«Vosotros consagrasteis vuestra vida á elevaros por encima  
»de los demás hijos de la Tierra. En vano ocultasteis vues-  
»tro orgullo en el fondo de vuestra alma; vuestras acciones  
»y los soberbios mármoles que decoran vuestros sepulcros  
»deponen contra vosotros. Dios lee los pensamientos; pero  
»vosotros no teniais ese poder; y sin embargo, os atrevís-  
»teis á condenar á los hombres, cristianos como vosotros.  
»Olvidasteis que si algunos pecadores osan elevarse con  
»vuelo demasiado atrevido hácia el Hijo del Eterno, y que,  
»repelidos por el esplendor de su magnificencia, no ven ya  
»en él más que la creacion de sus propias locuras, no os  
»pertenece hacerlos defensores de vuestro Dios, ni lan-  
»zar contra vuestros hermanos rayos que no teniais el  
»poder de fulminar. En vez de ocuparos con santa solicitud  
»en vuestra propia salvacion, alzasteis vuestra frente de  
»bronce sobre los débiles gusanillos que se arrastraban por  
»el polvo. Despreciasteis á vuestros hermanos, los escarne-  
»cisteis y perseguisteis, sin respetar siquiera su sangre. Y  
»ahora alza la voz esa sangre derramada por vosotros, y el  
»Juez supremo está sentado en su trono para oirla y para  
»vengarla.»

«Uno de los más altos dignatarios del trono apareció á su  
vez; era Lebbeo: los Cielos lo llamaban Elim, del nombre  
de su ángel custodio, hermano suyo ya por toda la eterni-  
dad. Su mirada triste vagó un instante sobre la inmensa  
legion de los pecadores, y después les dijo con voz melán-  
cólica y solemne:

«No quiero detener por más tiempo la vista en la senda  
»que seguisteis durante vuestra vida de pruebas: esa senda  
»está empapada en sangre, y cubierta de cadáveres. ¡Ah!  
»¡Que no hubiérais sido testigos del anatema que cayó sobre  
»la Tierra, cuando por primera vez bebió la sangre de una  
»víctima sacrificada por una mano fratricida! Predicho y  
»anunciado os fué este terrible dia del último juicio: vos-  
»otros os resististeis á creerlo, y no habeis traído á la eter-  
»nidad más que corazones vanos y secos. No, así no salis-  
»teis de las manos de vuestro Creador; así os habeis hecho  
»vosotros mismos. No os engañeis sobre las lágrimas que no  
»puedo contener: no lloro por vosotros, sino por la dignidad  
»humana que vosotros degradasteis. El átomo que salía del  
»polvo, y la inmensidad de los Cielos que se redondeaban  
»por encima de vuestras cabezas, os revelaban un Dios de  
»misericordia; pero vosotros no levantasteis jamás vuestras  
»miradas al Cielo, ni jamás tuvisteis conmiseracion del que  
»padece. La justicia divina es indulgente; mas para vos-  
»otros ha de ser inexorable.»

«Elim hablaba aun, y ya el Juez supremo habia vuelto  
su ojos hácia el ángel exterminador... ¡Oh, amigos míos!  
¿Cómo podria yo describiros la expresion de esta mirada?  
¿Cómo podria daros una idea exacta del acento de su voz,  
cuando dijo al lúgubre serafin:

«Extiende tus horribles terrores sobre esa legion maldita,  
á fin de que presienta los tormentos que la esperan.»

«Y el ángel de la muerte desplegó sobre la maldita legion  
el sombrío velo de la medianoche, y haciendo ir delante á  
los réprobos, los empujó al abismo, cuyos abiertos senos los  
recibieron para siempre.

«Al enviarme esta vision profética, el Salvador dió á mis  
ojos virtud para ver en el fondo de aquellos abismos. Esta-

ban llenos de huesos amontonados, y el soplo de la tempestad levantaba los esqueletos, cada uno de los cuales se agitaba separadamente, y tomaba una voz; y aquella voz era una maldición que lanzaban á todo recién venido.

«Penetrado de espanto me arrojé á los piés del Salvador, é imploré su misericordia. El Salvador se sonrió, y me mostró en los aires una legion de almas vestidas con la alba túnica de la inocencia y coronadas de siemprevivas.

«Las almas descendieron lentamente hasta el pié del trono, donde depositaron sus coronas, y con dulcísimas voces entonaron este himno:

«¡Gloria á tí, que te sientas sobre ese trono supremo para  
 » juzgar á los hijos de la Tierra, á quienes despertaste del  
 » sueño de la muerte! Nosotros hemos llevado pesadas cade-  
 » nas y sufrido mil torturas; y cuando el Espíritu Santo  
 » descendió sobre nosotros, cuando nos dió fuerzas para  
 » arrostrar el hierro y el fuego, cuando vino la muerte á  
 » traernos sus más bellas coronas, sólo entonces aprendimos  
 » á conocer la vida que acabábamos de dejar. ¿Qué es la  
 » vida? ¡Ay! Un remolino de polvo, que cae con el efímero  
 » soplo que lo ha levantado; un breve coloquio, interrumpido  
 » por la señal de marcha; una rápida mirada á las profun-  
 » didades de la creacion. Y sin embargo, tú ¡le reservas  
 » eternas recompensas. ¡Santa inspiración, despliega tus  
 » alas! ¡Armonía celestial, haz oír tus divinos acordes! ¡Que  
 » todos los coros del trono canten á la vez la gloria, el poder  
 » y la misericordia del Señor de los Cielos; Él, que consuela  
 » á todos los que padecen; Él que, por salvar á la especie  
 » humana, derramó toda su sangre!»

«Los mártires desaparecieron en las nubes, y el ángel de la muerte se presentó de nuevo al pié del trono: el metal vibrante resonó á través de los espacios, é hizo salir á los

impíos del fondo de todas las simas en que habian buscado un refugio.

«Obligados á comparecer ante el Redentor, á quien tantas veces habian ofendido con sarcasmos infernales, la afable y benévola sonrisa que en otro tiempo velara su fria perfidia fué sustituida por horribilísimos visajes; y espantados de su fealdad, los ancianos del trono se hundieron en sus asientos de oro. En medio de esta horrible multitud se ocultaba un jóven, que, sin saberlo, brillaba con la belleza de los ángeles. Estéban le hizo una seña para que se acercara, y le presentó la corona de los mártires.

«Él la recibió con humildad; las arpas de los serafines celebraron su gloria, y del grupo de los impíos salió un lúgubre murmullo. El jóven reconoció la voz de su padre y de sus hermanos, y les dijo:

«Vosotros que gemís confundidos con esas almas réprobas, vosotros á quienes tanto amé en la vida, decidme: ¿qué os hice para excitar vuestros ódios? Yo sólo oponia el silencio y la resignacion á vuestros sacrílegos sarcasmos: ¿por qué, pues, queríais arrebatarme mi última esperanza, la única que no engaña nunca, la esperanza en aquel que murió en la cruz? Por fin ha llegado la hora de despertar del sueño de la muerte, creencia de que os mofábais tanto, y habeis salido de vuestros sepulcros, vosotros que queríais perder mi alma: ved, pues, cómo la he salvado á pesar vuestro. Yo no os conozco ya: mis súplicas, mis lágrimas, mi agonía no hallaron piedad en vosotros. ¡Contemplad ahora mi triunfo!... Pero no, no; que aumentaria vuestra desesperacion: desviad vuestras miradas.»

«Y el jóven mártir fué á ocupar su puesto en medio de los ancianos del trono:

«Y un sabio que habia consagrado su vida á piado-

sas meditaciones, compareció ante el Juez supremo y dijo:

«La vida sólo fué para mí una senda tortuosa y sombría;  
 »pero recorriéndola he buscado sinceramente la verdad.  
 »Dichosos eran los escogidos á quienes guiaba una luz  
 »celestial; porque, mirando al Gólgota, podían decir: Aquí  
 »fué donde corrió la sangre de la Redencion. Á mí nada me  
 »fué revelado. Mis ardientes plegarias procuraron levantar  
 »el velo de los Cielos, y sólo entonces pude entrever en toda  
 »su gloria al Hijo Eterno. Volví atrás, y comencé de nuevo  
 »mis santos estudios, y reconocí en fin en cada sér el  
 »reflejo del arquetipo de la creacion. ¿Es así como buscáis  
 »teís la verdad vosotros, que pretendíais orgullosamente  
 »que esta hija del Cielo era el objeto de vuestro culto? Con-  
 »quistadores soberbios exterminaron generaciones enteras;  
 »sacerdotes cristianos inmolaron cristianos al pié de los alta-  
 »res; pero al fin sólo derramaron sangre: vosotros quisís-  
 »teís matar almas, almas inmortales. En una copa coronada  
 »de flores hubisteis de presentar el veneno de la ironía á  
 »vuestros hermanos; con él embriagásteis á los tiranos, á  
 »fin de que olvidaran que hay más allá del sepulcro un Juez  
 »que castiga y recompensa, un Juez cuyo poder reconoceis  
 »ahora, porque acaba de revelarse á vuestros ojos.»

«Dijo, siguió al ángel que lo condujo á las regiones elevadas, y casi al mismo tiempo, los primeros escogidos y los ancianos del trono se levantaron, y semejantes á la nube majestuosa que lleva el rayo vengador en su inflamado seno, cernieron su vuelo por encima de los impíos.

«Uno de los primeros escogidos tomó la palabra en nombre de todos, y dijo:

«Estais ya en fin ante el Juez supremo, vosotros que  
 »fuisteis nuestros hermanos durante vuestra vida mortal.

»El sol de los Cielos, los mil y mil alegres hijos de la primavera de la Tierra podrian haberos hablado más alto de su creador que nosotros os hablamos del Dios muerto para redimiros borrando vuestras culpas. Vosotros rechazásteis nuestro testimonio confiando en vosotros mismos: ved, pues, ahora, vosotros que fuisteis cristianos, cómo hasta los viles esclavos de los ídolos os desprecian. Vuestra misma conciencia, que arrastrásteis por el polvo, se levanta ahora contra vosotros y os acusa.»

«Por encima de la multitud de los escogidos se levantó luego el más grande de los apóstoles, aquel que persiguió al principio á la comunión naciente, y que muy en breve llegó á ser la más firme columna del santuario. ¿Con qué nombre os le designaré? porque es inexplicable el que los Cielos le han dado. Yo bendije otra vez el polvo de que fué formado cuando le oí pronunciar estas palabras:

«¡Que no pueda yo velar la magnificencia de los Cielos ante los miserables impíos cuyos ojos nada pudo abrir! Sabedlo, pues: desde que mi sangre toda corrió en la gloriosa muerte del martirio, cesé de llorar sobre los enemigos del Salvador, porque vine á ser uno de sus jueces. Ya estais ante mí, desdichados impíos. En vano os envuelve aun con sus sombríos velos vuestra engañosa y falsa ciencia; en vano el soplo pestilente de la soberbia procura aun hinchar vuestras almas rencorosas: os conozco, y todo el género humano aplaudirá vuestra condenacion. ¡Cuántas veces no os invitamos á seguirnos al templo en que nosotros entrábamos!... ¡Bello era este templo! sus fundamentos se apoyaban en la naturaleza, sus columnas se elevaban al infinito, sus bóvedas tocaban al pié del trono celestial, y desde su pináculo, la mirada de los mortales se cernia sobre la eternidad. Los sacrificios que en él se celebraban pedian

»gracia para todos los pecadores, y los himnos que en él se  
 »cantaban llenaban el alma de beatitudes celestiales. He  
 »aquí el culto que vosotros desdeñásteis, que perseguisteis  
 »con vuestros sarcasmos. Id ahora á decir á los Infiernos  
 »cuán engañosas eran las alturas á que os habíais elevado,  
 »y desde donde osábais desafiar al mismo Cielo. ¡Lloren con  
 »vosotros todos los impíos el día funesto que os creó para  
 »una eternidad de sufrimientos y desdichas.»

«El sublime Pablo volvió á su asiento de oro, y el Juez  
 supremo elevó entonces su voz diciendo:

«Ha pasado el día de vida que concedí á la Tierra, y ha  
 »sonado la hora del crepúsculo de la tarde, la hora del jui-  
 »cio universal. De él os reísteis como de una ilusión; pero  
 »llegó por fin. Pasaron todos los que se reían de la virtud  
 »paciente y resignada; pasaron todos los que la persigue-  
 »ron, y todos ellos están faltos en la balanza de la justicia  
 »para la vida de los ángeles. Bórralos, Padre mio, bórralos  
 »del libro de la vida; pues no son ya mis hermanos: escar-  
 »necieron mi sangre, mi agonía, mi resurrección... En  
 »memoria de todo lo que padecí por vosotros, huid de mi  
 »presencia para siempre, y sed lo que habeis querido ser  
 »vosotros mismos.»

«Esta sentencia despertó el remordimiento en el fondo  
 de sus almas, y quisieron pedir gracia; mas el severo sem-  
 blante del Juez supremo les probó que la hora del perdón  
 había pasado.

«Uno de los impíos, sin embargo, osó levantarse del pol-  
 vo; y fijando fiera mirada en el divino Mediador, dijo:

«No, no eres omnipotente, puesto que es limitada tu  
 »misericordia. ¡Tienes sed de venganza! Pues bien; ani-  
 »quíleme tu rayo, si es que tu rayo tiene poder para ani-  
 »quilar un alma inmortal como tú mismo. Que el fuego del

»Cielo me consuma; pero, en su último esfuerzo, mi calci-  
 »nada mano arrojará mis cenizas al pié de tu tronó. Sienta  
 »mi alma caer sus pensamientos en esparcidas ruinas; pero,  
 »antes de perderse en el abismo sin fondo del vacío, aun  
 »tendrá una maldición para ti.»

«Sobrecogidos de horror, tendimos nuestros brazos hácia  
 el Salvador; la trompeta se escapó de las manos del ángel de  
 la muerte; el divino Elohá se cubrió con una oscura nube,  
 y un rayo vengador cayó sobre el impío. Las bóvedas de los  
 Infiernos se estremecieron; los montes que erizaban las  
 regiones de la resurrección se derrumbaron, y de sus  
 humeantes ruinas salió un ruido semejante á los bramidos  
 subterráneos que acompañan á los terremotos y á las erup-  
 ciones volcánicas.

«El impío reapareció vivo por encima de este desastre  
 inmenso: el fuego del Cielo había robustecido sus órganos,  
 dándoles fuerza para sentir más vivamente las torturas del  
 Infierno, que hacen sufrir todos los dolores y angustias de  
 la agonía sin dar jamás la muerte; y su pensamiento había  
 recibido la facultad de medir toda la extensión y todo el  
 horror de su eternidad. Y de en medio de las ruinas en  
 que se retorcia con desesperación, llegó su voz á nosotros,  
 haciéndonos oír estas horribles palabras:

«¡Detente, rayo vengador, detente! Eternamente te sen-  
 »tiré herir mi cabeza; eternamente veré caer sobre mi los  
 »montes inflamados. ¡Maldita para siempre, maldita sea la  
 »voz que osé levantar contra el Juez supremo! ¡Maldita sea  
 »la vida, maldita la muerte, malditos todos los nacidos de  
 »las entrañas de una madre, y malditos, malditos todos los  
 »que se han levantado del polvo del sepulcro!!!»

«En este momento mi visión se hizo vaga y confusa, y no

pude oír ya más que rumores lejanos y sofocados gemidos, cuyo sentido no me fué dado comprender.

«En medio de estas imágenes indecisas y de estos gritos lamentosos, me parecía que el Tiempo, ora huía rápidamente, ora se arrastraba con paso lento y vacilante.

«Una sola escena de este drama misterioso y terrible se dibujó distintamente ante mis asombrados ojos. Ví pasar á Cain, el cual tenía una estatura gigantesca; y otros gigantes, que habían sido adorados sobre la Tierra bajo el título de héroes, lo habían cargado de cadenas, que arrastraba difícilmente sacudiéndolas con rabia.

«Poco á poco el ruido siniestro de estos hierros se perdió en el silencio; la nube que había oscurecido mi vista se disipó, y el inmenso cuadro del juicio final vino á quedar claro para mí.

«El divino Elohá, que acababa de recibir una orden de su Señor, salió de los coros de los inmortales con paso rápido y triunfante: todas las felicidades del Cielo brillaban en su semblante, cuando con un gesto separó de la multitud de los muertos á los escogidos del Señor. Al verlos pasar por delante de mí, me incliné respetuosamente, y sembré de palmas su camino. Los serafines los saludaban con fraternal sonrisa, y sólo ellos ignoraban su mérito.

«Elohá los colocó á la derecha del trono; la trompeta terrible sonó de nuevo á través del infinito, y el ángel de la muerte hizo oír estas palabras:

«¡Compareced, vosotros, los que fuisteis oprobio y vergüenza de la especie humana! Ora habitárais suntuosos palacios, ora humildes cabañas, ¡compareced! Vosotros, los que desconocisteis el mérito modesto, y manchásteis la inocencia y la virtud, ¡compareced!»

«Y una multitud inmensa subió lentamente hácia el

trono: el peso del crimen encorbaba sus cuerpos é inclinaba sus cabezas.

«Heman los pesó con la vista, y pronunció sobre ellos esta irrevocable sentencia:

«El primer pecado había velado la imagen de la Divinidad grabada en el fondo de vuestras almas; pero el Eterno os envió hombres grandes y nobles, que comprendían los altos destinos de la especie humana. Ellos os hablaron del primer día de la creación y de la última hora del tiempo; os hablaron de la dignidad de vuestra alma y de la bondad infinita de Dios, que no encontró al hombre demasiado pequeño para la eternidad. Y os dijeron: Formaos acerca del Señor de todo cuanto existe ideas grandes y nobles como él; adoradlo sin creer nunca que podáis tener algún mérito á sus ojos; sed humanos, y tomad por único móvil de todos vuestros pensamientos el amor de vuestros hermanos. No pidáis jamás otro testigo de vuestras buenas acciones que Dios; no las ostenteis nunca, aun cuando os desconozcan hombres justos y virtuosos. En medio de las dulzuras de la vida, elevad vuestras miradas al Cielo, y aprended á esperar la muerte con alegría... Pero vosotros rechazasteis estas enseñanzas; os hicisteis los enemigos y perseguidores de los sábios que el Cielo os enviara para guiaros, y arrojásteis sobre su vida de ángeles el negro polvo de la calumnia. Tres veces santo es el Juez supremo: su poderosa mirada os condena para siempre, y el abismo, donde reina la muerte eterna, os espera.»

Heman volvió á juntarse con la multitud de los escogidos; la balanza del Juez supremo se agitó, y los réprobos huyeron del lugar de la resurrección. Sus gritos desesperados y sus rechinamientos de dientes se oían aun á lo lejos, cuando ví aparecer á un lúgubre querubín. La tempestad bramaba

bajo sus piés, y él atravesaba rápidamente las sombrías nubes, que huían esparciendo por todas partes el terror y el espanto. Su mano izquierda se elevaba hácia el Cielo, y la sombra que proyectaba esta mano amenazadora se extendía por todos los términos de la resurreccion, y cubría las hordas destinadas al abismo. Su mano derecha sostenía una copa llena de fuego, y el querubin la derramó con terrible gesto, exclamando con voz de trueno:

«¡En nombre de Jehová, en nombre del Dios vengador, en nombre del Dios de amor y de justicia, compareced, soberbios impostores, vosotros que habeis hecho divinidades á vuestra imágen, vosotros que habeis debilitado en los cristianos el amor á su Salvador, haciendo de sus escogidos dioses como él! ¡Compareced!»

«Obligados á obedecer á este llamamiento, se presentaron todos. El fundador de la ley sagrada que sirvió de base á la nueva alianza, el gran profeta que, sobre la Tierra, habia tenido ya la fuerza de contemplar la faz del Eterno, y de oír de cerca la trompeta terrible, habia recibido el mandato de juzgarlos.

«Y el gran profeta se levantó, paseó su severa mirada por la Tierra dormida á sus piés, y dijo:

«¡Cuán horribles y extrañas son las imágenes que cubren el suelo en que hemos vivido!... Y vosotros habeis llamado dioses á esas imágenes. Ni siquiera eran su sombra: vosotros lo sabiais, y permanecisteis en medio de las tinieblas que vosotros mismos habiais creado, á fin de que vuestros hermanos, que se arrastraban en el polvo, no pudieran ver las nubes del Cielo; á fin de que ningun rayo de sol viniera á recordarles la nobleza de su origen. Estábais demasiado llenos de vosotros mismos para prosternaros ante la omnipotencia, y os creiais grandes inventando

«dioses inferiores á vosotros. Todo en la naturaleza os pareció propio para ofrecerlo á la adoracion de los hombres; todo, menos el Creador de esta misma naturaleza. Él oyó los gemidos de los pueblos, cuando el ídolo del bosque ó la estrella del firmamento permanecían sordos á sus insensatos ruegos, cuando los corceles divinizados no sabían pararse á tiempo. Él pesó las miserias de las infortunadas víctimas de vuestros engaños; él vió las torpezas y crímenes que velaban las cortinas de vuestros templos; él oyó los gritos de los niños entregados al brazo incandescente de vuestros dioses de bronce, y el sonido de los tambores que ahogaba los suspiros de las madres, á quienes obligábais á sonreirse ante el sacrificio de sus hijos, asegurándoles que, para aplacar su cólera, Dios os habia pedido su sangre. Hoy os pide cuenta de aquella sangre; os pide cuenta de todas las maldades cometidas en su nombre; os pide cuenta de todas las maldades de vuestros hermanos, que habrían sido virtuosos si no los hubiérais empujado por torcidas sendas.»

«Y á medida que hablaba, su semblante aparecía más y más espléndido, y su frente más y más amenazadora y terrible.

«Hnoch, envuelto en una de las más brillantes nubes que preceden al nacimiento del Sol, vino después de él, y dijo:

«Durante mi peregrinacion sobre la Tierra, me complacía en reposar á la sombra de un cedro solitario: un dulce soplo agitaba su follaje; todo vivía en torno mio, y yo sentía más eficazmente que mi alma era inmortal. En aquellas horas de santo arrobamiento, mis lábios permanecían mudos; el sentimiento de la vida terrestre se anulaba en mí; el tiempo me parecia inmóvil, y del fondo de

»mi corazón se elevaba al Cielo este pensamiento: ¿Quién  
 »eres, Sér de los séres? Dios infinito, tú fuiste el primero;  
 »mas entonces todo era soledad al rededor de tí. ¿Podías  
 »estar solo mucho tiempo, tú, principio del amor?... Y  
 »entonces la emoción me volvía la palabra y las lágrimas, y  
 »exclamaba: ¡Oh Creador mio! tú eres quien me prodiga  
 »estas celestiales alegrías, que me inundan y me hacen  
 »presentir tu omnipotencia. Un día... Pero ¿me bastará la  
 »eternidad para celebrar dignamente este gran día, en que  
 »me hizo entrar en su reino sin hacerme pasar por el som-  
 »brío valle de la muerte? En nombre de este Dios que me  
 »hizo salvar el sepulcro, voy, pues, á juzgaros á vosotros,  
 »presuntos sabios, tan orgullosos de vuestro saber. ¡Que no  
 »hubiérais esperado que el ángel de la muerte hubiese ido  
 »á revelaros los misterios de la eternidad! Entonces sólo  
 »encontraríais aquí un padre indulgente, y las almas que  
 »extraviásteis no os acusarian ahora de su perdición.»

«Calló Henoch, y sus contristados ojos se dirigieron  
 vagamente á los innumerables adoradores de los ídolos,  
 que esperaban en silencio la sentencia de su Juez.

«En medio de ellos habia un grupo de cristianos (1). Una  
 palidez mortal teñía sus frentes; honda tristeza velaba sus  
 semblantes, y sus ojos arrasados de lágrimas estaban fijos en  
 la Madre del Salvador y en los santos y mártires, causantes

(1) Temiendo disminuir el efecto moral que esperaba producir con su poema, el autor creyó que debía suprimir en las primeras ediciones el pasaje siguiente, compuesto en 1753. Posteriormente lo restableció, persuadido de que esta precaución era ya inútil aun para los más celosos lectores católicos. Ha de tenerse además en consideración que, según la más pura doctrina de los primeros Padres de la Iglesia católica, confirmada por el Concilio de Trento, sólo á Dios se debe adoración, y á él solo se dirige el culto ó acatamiento que se tributa á los santos en sus imágenes. Otra cosa sería idolatría, y esto es lo que condena el poeta. — *N. del Colector.*

involuntarios de sus faltas, y que sin embargo se creían responsables de ellas ante el Juez supremo, hácia el cual se adelantaron con paso incierto y tembloroso.

«Envuelta en un blanco manto con manchas de sangre, María iba al frente de ellos con los ojos bajos y la actitud humilde y temerosa.

«Al llegar al pié del trono, se prosternó en silencio, se despojó de su corona de oro, y dirigió la mirada de sus húmedos y suplicantes ojos, ya á su Hijo, ya á los cristianos extraviados que la habían adorado. Ella y sus nobles amigos, prosternados y despojados también de sus coronas, pidieron gracia con el pensamiento para los desgraciados cuyo error habían causado.

Después de un instante de silencio, que pesó penosamente sobre los Cielos reunidos, el Salvador los miró á todos con piadosa ternura, y dijo:

«Levantaos, hijos míos, y amadme como yo os amé cuando derramé mi sangre por vosotros.»

«María, sollozando, tendió los brazos hácia su divino Hijo, y una espléndida nube la llevó á las gradas del trono.

«Segura de haber hallado gracia delante del soberano Juez, expresó el santo arrobamiento que llenaba su alma, y todas las arpas de los Cielos acompañaron este cántico de amor y gratitud, que María dirigió á su Hijo:

«Cesad de correr, amargas lágrimas, que yo vertía aun en el seno del reposo eterno, cuando los cristianos divinizaban á la madre y á los escogidos del Señor. Cesad de correr, amargas lágrimas, porque ya están destruidos los brillantes altares de donde se elevaban hácia nosotros votos insensatos, que nosotros nos esforzábamos en no oír. ¡Honor y gloria á tí solo, Hombre-Dios, vencedor de la muerte, divino Redentor! Aun no habías creado las innu-

»merables legiones de almas; aun no existian los mundos  
 »ni los soles, y ya tu pensamiento habia concebido la obra  
 »de la redencion; y ya tu pensamiento habia redimido á tu  
 »madre, á los santos y á los mártires; y ya les habias per-  
 »donado el incienso que cristianos extraviados habian de  
 »quemar en su honor; ya habias lavado con tu sangre las  
 »manos predestinadas á ofrecernos este impio incienso.  
 »¡Honor y gloria á ti solo, Hombre-Dios, vencedor de la  
 »muerte, divino Redentor; á ti, que te despertaste en un  
 »pesebre á la vida de un dia; á ti, que te dormiste en la  
 »cruz con el sueño de la muerte; á ti, cuyo poder infinito  
 »nada en la Tierra pudo nunca comprender; á ti, cuya  
 »misericordia infinita nada en los Cielos pudo comprender;  
 »á ti, que hallaste el pensamiento de la redencion de la es-  
 »pecie humana en la inmensidad de tu amor; á ti, hijo de  
 »la Tierra, heredero de los Cielos, Hijo del Creador eterno,  
 »eterno y Creador como él!»

«En este punto volvió á ser vaga y confusa mi vision, y sólo sentí murmurios lejanos y sofocados gemidos, cuyo sentido me fué imposible comprender.

«En medio de estas imágenes indecisas y de estos sonidos lamentosos, me parecía que el Tiempo, ora huía rápidamente, ora se arrastraba con paso lento y vacilante. Una sola escena de este drama misterioso y terrible se dibujaba distintamente ante mis asombrados ojos. Vi pasar unos hombres, que, durante su permanencia en la Tierra, habian padecido con valor por glorificar á sus dioses. Los más puros rayos de la luz primitiva coronaban sus cabezas, y los ángeles los introducian en el santuario de los Cielos.

«Poco á poco fueron desapareciendo á mi vista, y el inmenso cuadro del último juicio volvió á aparecérseme claramente.

«La masa informe de la muerte eterna acababa de levantarse en medio de las regiones de la resurreccion, y al rededor de ella, la escoria de la especie humana, los más viles de los seres salidos del polvo y caidos en el pecado, los malos reyes, en fin, venian lentamente á colocarse en apiñados grupos, semejantes á las sombrías nubes que la noche, cuando comienza á desplegar sus largas alas, esparce acá y allá por la azulada bóveda.

«Ni el trueno de los Cielos, ni el aviso del metal sonoro les habian hecho salir de sus sepulcros: comparecian ante el Juez supremo, convocados por las mil y mil voces de las víctimas inmoladas en los campos de batalla, y de los pecadores arrastrados por ellos á las vias de la perdicion.

«Un justo, á quien habian asediado innumerables asechanzas, y que habia sabido triunfar de ellas, salió del grupo y dijo:

«Yo he vivido... Tres hijos han crecido al rededor mio, y ocupábamos en la vida terrestre la posicion más humilde; pero el Cielo á lo menos mostróse siempre apacible para nosotros. Después vino ese rey, enemigo de todo lo noble que latia en el corazon humano; vino con pérfida sonrisa á sentarse en un trono de oro, y muy luego todos sus súbditos se hicieron despreciables y viles como él. Yo preferí la muerte á sus vergonzosos favores. Juez Supremo, arrójalo de tu presencia: para sostenerse en su trono de oro no tuvo reparo en saciarse de sangre inocente. ¡Caiga esa sangre sobre su cabeza!»

«Después de este primer acusador, mil y mil mártires levantaron su voz diciendo:

«Permitísteis á los pájaros de los bosques enviar al Cielo sus himnos, y no nos permitísteis á nosotros llenar con

»nuestros cantos lastimeros las tenebrosas cavernas en que  
 »arrojásteis los restos de nuestros hermanos: los auxiliares  
 »de vuestro furor nos persiguieron por desiertos y abismos,  
 »y nos hirieron con sus hierros homicidas. Espantados, en  
 »fin, del lúgubre silencio que reinaba en torno de ellos, y  
 »de la mirada imponente de la última víctima expirante,  
 »huyeron los verdugos; y el murmullo de los bosques reso-  
 »naba á sus oídos, terrible como el mugido de la tempestad;  
 »y la vacilante sombra de los árboles era á sus ojos un velo  
 »más espantoso que las densas nieblas de la medianoche.  
 »Pero vosotros, que los habíais obligado á cometer tantas  
 »maldades, mientras dormíais muellemente en vuestros  
 »lechos de rosas, donde aduladores viles os embriagaban  
 »con pérfidas lisonjas, vosotros no temíais nada. Levantad  
 »ahora la cabeza; aquí están vuestras víctimas: fijad vues-  
 »tros ojos en el primogénito de entre los muertos:... ¡su  
 »nombre es Jesús! Muchas veces oísteis pronunciar este  
 »nombre sobre la Tierra; pero entonces no resonaba ame-  
 »nazador y terrible, como ahora que los Cielos reunidos lo  
 »repiten á los Infiernos.»

«Así hablaron los testigos cubiertos de gloriosas he-  
ridas.

«Después de ellos, un rey justo levantó la frente son-  
riéndose, y dirigió su mirada hácia las almas virtuosas  
de que en otro tiempo fuera el protector y amigo, di-  
ciendo:

«¡Oh! ¿Quién podría expresar las serenas beatitudes que  
siento en esta hora suprema! ¿Qué hice yo para merecer  
tanta ventura? Sólo conservé los sentimientos humanos  
que Dios grabó en todos los corazones, sin que el esplen-  
dor de mi poder me hiciera olvidar nunca que yo también  
era polvo. Pero de esto era recompensado con las dulces

»emociones que regocijaban mi alma, cuando lograba con-  
 »solar á los desgraciados que sufrían al rededor mio. No es,  
 »¡Oh mi divino Redentor! no es el mérito de tus hijos,  
 »sino la gracia de tu misericordia, la medida de las recom-  
 »pensas que tú les prodigas; porque me abrumas de felici-  
 »dades, y me abres tu eternidad para gozarlas en toda su  
 »plenitud.»

«Uno de los réprobos se levantó súbitamente, y sacu-  
diendo el polvo en que se había retorcido en su desespera-  
cion, tendió su mano derecha hácia el grupo de los reyes,  
y dijo con voz terrible:

«Mi vida fué manchada de oprobio, y sin embargo soy  
menos despreciable, menos vil que vosotros, que hicísteis  
reinar el pecado sobre la Tierra; vosotros, que ahogásteis  
en las almas débiles, pero creadas para la virtud, la voz  
de la conciencia, que este gran día acaba de despertar del  
gran sueño en que la hundieron vuestras seducciones y  
ejemplos funestos.»

«Dijo, y el divino Elohá desplegó el libro de la vida,  
cuyas flameantes páginas invadieron los Cielos. A medida  
que iban pasando estas páginas terribles, resonaban con  
rumor de tempestad; pero Elohá apagó este rumor, diciendo  
con voz poderosa:

«Vosotros, los que manchásteis la imagen de la Divinidad  
impresa en la especie humana, ¡oid! No hay medida  
que pueda contener vuestras miserias, ni hay número  
que pueda expresarlas. ¡Maldita sea la hora en que fuís-  
teis creados! Tuvisteis en la Tierra alta posición, y el  
Eterno tenía fijos sus ojos en el vasto campo que os había  
abierto para hacer el bien. Lejos de esto, encendísteis el  
fuego de la guerra; llevásteis la carnicería y la desolacion  
á comarcas pacíficas; derramásteis en torno vuestro el

»vicio y la corrupcion; permitísteis que infames aduladores  
 »se hicieran tiranos de vuestros pueblos; no recompensá-  
 »teis las buenas acciones, ni enjugásteis las lágrimas de la  
 »inocencia oprimida; y el Infierno os aplaudia con sus más  
 »horribles sarcasmos, ¡mientras el Eterno desviaba sus ojos  
 »de vosotros!... Los sueños de inmortalidad que os mecian  
 »deliciosamente se han realizado ya; sí, sois inmortales,  
 »pero no es así como esperábais serlo. Vuestro nombre  
 »vivirá en los Infiernos; vuestras acciones están grabadas  
 »en las montañas de bronce de los abismos. Allí no hay  
 »templo de la gloria, ni crecen laureles para ceñir vuestras  
 »frentes, ni resuenan jamás los gritos de victoria, cuya  
 »mágia funesta ciega al orgulloso triunfador oscureciéndole  
 »los crímenes con que se ha manchado; allí no oireis más  
 »que gritos de desesperacion, y la voz amenazadora de la  
 »sangre inocente. ¡Bóvedas tenebrosas, haced oír vuestros  
 »bramidos! ¡Nubes nocturnas, velad el trono del Eterno,  
 »y armaos de vuestros más espantosos rayos! ¡Ángel de la  
 »muerte, apresura tu paso de hierro! ¡Legiones de innu-  
 »merables almas que aguardais vuestra sentencia, levantad  
 »los ojos hácia la balanza terrible!... ¡Ya se agitan sus pla-  
 »tillos... se elevan... descienden... vuelven á subir á los  
 »Cielos!...»

«Así habló el más grande de los serafines, y un lúgu-  
 bre silencio reinó en la Tierra y en los espacios. La omni-  
 potencia y la cólera infinitas brillaron en los ojos del  
 Juez supremo. El suelo tembló bajo los piés de los reyes;  
 el huracan descendió del trono, y con las nubes noctur-  
 nas del huracan llegaron á la vez todos los ángeles de la  
 muerte.

«Los reyes huyeron desatentados; pero las abiertas simas  
 rehusaron tragárselos para no sustraerlos á las iras de los

ángeles exterminadores, armados con flamigeras espadas.  
 Instantáneamente quedó luego desierto el lugar del juicio.  
 Pero aun hube de oír abrirse, y cerrarse otra vez, las puer-  
 tas de los Infiernos...

«Los ángeles de la muerte reaparecieron en el horizonte  
 de los Cielos; y extendiendo sus sombrías alas, entonaron  
 un lúgubre canto de triunfo.»

## CANTO XIX.

Abstiénese Adam de referir una de las escenas del juicio final.— Condenacion de los cristianos demasiado envanecidos de su fé.— Es juzgado Abbadona por el Mesias.— Los bienaventurados se elevan al Cielo, precedidos de las almas de los pecadores que perecieron en el diluvio.— Es transformada la Tierra.— Fin de la vision de Adam.— Jesus se aparece á algunos de sus discipulos á orillas del mar de Tiberiades.— Se muestra á quinientos fieles á la vez en el Tabor.— Desciende á un bosque de palmeras, y se aparece á los apóstoles y á los *Setenta*.— Sueño profético de Juan.— Tomás conduce á los discipulos al valle de Gethsemani.— Jesus va con ellos al monte de las Olivas, á donde los ángeles y los resucitados les han precedido.— El Mesias bendice á los apóstoles, y sube al Cielo.— Elohá y Salem aconsejan á los apóstoles que vuelvan á Jerusalem para esperar allí al Espiritu Santo.

En medio de los gritos de angustia de los condenados, Adam habia oido la dulce voz de Eva, que en pié sobre una colina resplandeciente, con los cabellos flotantes, los brazos extendidos y el semblante bañado en lágrimas, pedía gracia para sus infortunados hijos.

La plegaria que brotaba de su corazon maternal se perdió en la vaguedad de lo infinito, y Adam no oía ya más que el murmurio de las arpas celestiales, murmurio que expresaba una tierna compasion primero, y luego una alegría inefable.

Dominado por un sentimiento que no procura definir, no habla á los ángeles y resucitados de esta vision consoladora, cuyo recuerdo le abisma en vaga melancolia.

Después de un largo espacio de silencio, toma otra vez la palabra, y dice:

«Los ángeles desaparecieron del horizonte de los Cielos, y nuevos agentes de la voluntad divina recotrieron en todos sentidos las regiones de la resurreccion. Sus miradas penetraron en los grupos más compactos de los muertos por juzgar, y con voz seca y breve les gritaron:

«¡Seguidnos!»

«Y los muertos los siguieron, sombríos como los pensamientos de destruccion, y silenciosos como los mármoles de sus sepulcros.

Un serafin de semblante severo y andar grave salió al encuentro de ellos, y les dió esta orden del Juez supremo:

«¡Prosternaos, y oid vuestra sentencia!»

«Y se prosternaron, y quedaron inmóviles, como rocas arrojadas á la orilla del mar por una conmocion de la naturaleza.

«El serafin se alejó en silencio.

«El más amable de los discipulos, el que sobre la Tierra habia ya comprendido todo lo que habia de amor en la ley de Cristo (1), se levantó de su asiento de oro, y todos los jueces se inclinaron ante él, cuando pasó para ir á descubrir las acciones de los muertos, que, prosternados aun en tierra, exhalaban profundos gemidos.

«Juan los miró un instante en silencio; después les habló, y su palabra cayó sobre ellos como el rayo de Jehová, que sin herir todos los montes, sin surcar todas las simas, purifica el aire y arroja á lo lejos las infestadas nubes.

«A todos os conozco, les dijo, y no me dirijo sino á los

(1) San Juan Evangelista vivió hasta muy viejo, y no pudiendo ir por sí, se hacía llevar á la iglesia, donde repetía sin cesar estas palabras: *Hijos míos amaos unos á otros*. Habiéndole hecho notar sus discipulos que siempre repetía lo mismo, les contestó: *Es el precepto del Señor; y en observándolo, basta.*

»más culpables de vosotros. Un ídolo os hicisteis de vuestro  
 »propio mérito, y lo alzásteis por encima de la ley eterna,  
 »por encima de vuestra conciencia. Nunca invocásteis para  
 »vosotros la obra de la redención, porque os creíais puros  
 »y sin tacha, y osásteis juzgar á vuestros hermanos, que  
 »marchaban humildemente en la vida de luchas y de prue-  
 »bas. Desconocísteis la virtud silenciosa y modesta, para  
 »prestar homenaje á su engañosa sombra, sentada en el  
 »trono de los reyes ó rodeada de las grandezas humanas.  
 »El nombre de la Providencia estaba siempre en vuestra  
 »boca; pero vuestro corazón sólo tenía fé en vosotros mis-  
 »mos, y sólo deseaba los bienes de la Tierra, uniendo la  
 »dulce voz de la caridad cristiana á las roncadas voces del  
 »odio y de la envidia.

«En apariencia, vuestras acciones eran siempre irrepro-  
 »chables, porque temíais los juicios de los hombres; pero  
 »la paz del justo jamás reinó en vuestra alma, porque ja-  
 »más bendijísteis á vuestros enemigos, jamás disteis gra-  
 »cias al Cielo por los males que os enviaba.

«Ya estais, pues, ante el Juez supremo, que lee en los  
 »corazones, que premia y castiga los pensamientos.....

«Levantáos, y contemplad á los bienaventurados. La hu-  
 »mildad, la dulzura y el amor del prójimo los guiaron  
 »adonde las eternas alegrías compensan los sufrimientos  
 »de un instante. ¿Pasásteis vosotros como ellos las noches  
 »en oración y lágrimas? ¿Conocísteis vosotros como ellos la  
 »dicha inefable de no tener más testigos de una buena ac-  
 »ción que el Juez supremo? No, vosotros no pensásteis nun-  
 »ca en implorar la misericordia del Salvador, porque no  
 »quisísteis comprender que no hay ser creado que ante su  
 »justicia pueda hallarse puro y sin tacha.»

«Y mientras el noble Juan hablaba así, se agitó la ba-

lanza de la justicia suprema. Los muertos se encontraron  
 faltos, y sin embargo no fueron precipitados á las tinieblas  
 eternas: el crepúsculo de la mañana los rodeó, y en las  
 profundidades de la eternidad se formó un sol, que tarde ó  
 temprano se alzaría para ellos.

«Otros muertos, que se habían colocado á la izquierda del  
 Juez supremo, fueron arrastrados por los ángeles de la  
 muerte hácia el abismo de la condenación, y mil y mil  
 sombrías nubes los envolvieron con sus lúgubres tintas.

«En este momento, el triste Abbadona apareció en la  
 punta más elevada de una roca solitaria, donde quedó in-  
 móvil, con los ojos fijos en el fondo de la abierta sima que  
 mugía á sus piés.

«Uno de los ángeles exterminadores se dirigió hácia él.  
 Al ruido de su siniestro vuelo, Abbadona se inclinó para  
 recibir el golpe que debía borrarle de la creación; pero el  
 terrible agente del Eterno no le hirió.

«El Ángel caído levantó la cabeza, y todos los muertos  
 dirigieron la vista á él.

«Abbadona gimió profundamente, se prosternó, y ten-  
 diendo los brazos hácia el Juez supremo, dijo:

«¡Llegó por fin la última hora del tiempo, la hora terri-  
 »ble que será seguida de una noche eterna para mí! Tú,  
 »que tanto has padecido, dirige una mirada de compasión  
 »al fondo del abismo en que gimen las criaturas caídas de-  
 »masiado bajo para que tu misericordia haya podido absol-  
 »verlas... Yo no te pido gracia: el aniquilamiento que me  
 »aguarda es todo lo que me atrevo á esperar; pero dignate  
 »acordarte de que me creaste para la vida eterna... Quede  
 »para siempre desierto el lugar que yo ocupaba en los Cie-  
 »los; bórrense conmigo mi nombre y mis remordimientos;  
 »desaparezca enteramente Abbadona del infinito. ¡Aun está

»inmóvil tu rayo! ¿Estaré condenado á vivir?... ¡Oh! En-  
 »tonces permite á lo menos que permanezca solo en esta  
 »negra roca: mi eternidad de tormentos me parecería me-  
 »nos terrible, si mirando en torno mio, pudiera decirme:  
 »En este sitio se alzaba su trono; aquí adoré mi pensa-  
 »miento las gloriosas llagas que redimieron al género hu-  
 »mano; de allí se elevaron con él los bienaventurados á la  
 »region de las eternas beatitudes, de que mi enorme crí-  
 »men me desterró para siempre.»

«Dijo, y sorprendido por un sueño invencible, cayó al pié  
 de la roca.

«Los ángeles fijaron su mirada inquieta y suplicante en  
 el rostro sereno y grave del Juez supremo; todo el linaje  
 humano guardó profundo silencio; la tempestad retuvo su  
 voz amenazadora, y una penosa ansiedad suspendió el mo-  
 vimiento en el infinito.

«En medio de este estupor universal, se despertó Abba-  
 dona, y á través de los Cielos llegaron á él estas solemnes  
 palabras:

«Conozco á todas mis criaturas: veo al insecto antes de  
 »haberlo hecho nacer de entre el polvo; veo al serafin an-  
 »tes de haberlo lanzado á los espacios; leo en todos los co-  
 »razones; comprendo todos los pensamientos... ¡Abbadona!  
 »tú te apartaste de tu Creador, de tu Padre, y contra tí  
 »deponen las almas que he tenido que rechazar; porque,  
 »arrastradas por tu ejemplo, tambien me abandonaron.»

«El Angel caido se retorció en su desesperacion, & clamó  
 diciendo:

«Pues que te dignas reconocer todavia á la más infeliz de  
 »tus criaturas; pues que tu mirada mide el horror de una  
 »eternidad de remordimientos sin esperanza de perdon,  
 »tendrás piedad de mí y me aniquilarás. Llamándome á la

»existencia, me señalaste lugar entre los más nobles de tus  
 »hijos: yo me hice indigno de tanta ventura, de tanta glo-  
 »ria; pero antes de dejar de ser, quiero saludar todo lo que  
 »ha salido de tu pensamiento, quiero adorar por última vez  
 »este pensamiento... Cuando los Cielos y los mundos, ape-  
 »nas creados, se lanzaron á sus eternas órbitas; cuando los  
 »ángeles se sintieron vivir, y sus innumerables legiones te  
 »rodearon, tú que, después de una eternidad de soledad y  
 »de silencio, acababas de abrir una nueva eternidad al mo-  
 »vimiento y á la vida, tú me creaste entonces. Ignorando  
 »aun que era posible sufrir, me dilataba yo en la felicidad  
 »de amar; y á tí fué, á tí sólo á quien yo preferí á todos los  
 »nobles espíritus de que acababas de poblar el infinito. La  
 »salvacion eterna me cubria con sus benéficas alas, y mis  
 »ojos no veían por todas partes más que beatitud y perfec-  
 »cion. ¡Con qué jubiloso arrobamiento cantaba yo entonces  
 »la dicha de existir, y de hallar en todas partes amor por  
 »amor! Y para medir la duracion de aquella inefable exis-  
 »tencia, la eternidad se abria ante mis ojos; y para contar  
 »mis dias, marcaba las maravillas de tu poder y tu mise-  
 »ricordia. Disuelve ahora este espíritu inmortal, pues se  
 »apartó del fin para que fué creado. Mirame, mirame he-  
 »rido, tú que me colocaste en el punto más tenebroso del  
 »destino. Yo fui un día uno de los testigos de tu amor:  
 »¡redúzcame á polvo ahora tu venganza!»

«Dijo, y se prosternó al pié del trono.

«El silencio reinaba aun en los Cielos, reinaba aun en la  
 Tierra, y yo alcé temblando los ojos hácia las sillas de oro.  
 La palidez y alteracion del semblante de los mártires me  
 probaron que ninguno de ellos sabia cuál seria la suerte del  
 desgraciado Abbadona.

«Los ángeles de la muerte tenían siempre sus sombrías

nubes y sus espadas de fuego suspendidas sobre la cabeza del Angel caído, y sus ojos, fijos en el Mesías, esperaban que con una mirada les hiciera conocer su voluntad suprema.»

Dominado por el exceso de su emoción, calla Adam. Los ángeles y los resucitados lo contemplan con inquietud, pareciéndoles que el sueño que precede á la resurrección pesa otra vez sobre él.

Sobreponiéndose, en fin, al sentimiento que lo abrumaba, el Padre del género humano reanudó la narración de su sueño apocalíptico, diciendo:

«Y entonces oí palabras dulces como los consuelos que una madre dirige á un hijo amado, solemnes como los himnos de los arcángeles. Y estas palabras, que descendían del trono, decían al Angel caído:

«¡ Abdiel-Abbadona, ven ven; tu Salvador te llama!»

Adam se interrumpe de nuevo; pero muy luego, á impulsos del deseo de referir á sus celestiales amigos la felicidad de Abbadona, sale de su abstracción, y continúa diciendo:

«Yo le ví elevarse con vuelo rápido como el pensamiento, poderoso como la tempestad que lleva al Eterno en sus inmensas alas; y á medida que se acercaba al trono, su semblante recobraba su primitiva belleza, y en sus ojos se desarrollaba esa llama ardiente y pura que revela á los hijos de la luz, sea cualquiera la forma que revistan.

«Ya habia abandonado Abdiel los coros de los serafines para lanzarse al encuentro de su hermano; y al estrecharlo contra su corazón, sus mejillas fulguraban, y su corona de oro despedía sonidos armoniosos.

«Abbadona tuvo fuerzas para desasirse de los brazos de su amigo, cuyo fraternal amor acababa de recobrar, para precipitarse á los piés del Salvador.

«Un dulce murmurio llenó lo infinito; lágrimas de alegría corrieron dulcemente de los ojos de los bienaventurados, y las sillás de oro de los ancianos del trono resonaron como las arpas de los ángeles custódios, cuando las hacen vibrar sobre la cuna del hombre virtuoso que acaba de nacer, ó sobre el sepulcro del santo que acaba de morir.

«Después de haber adorado en silencio durante mucho tiempo al Redentor del mundo, Abdiel-Abbadona le dirigió estas palabras:

«¿Qué nombre te daré, á tí que acabas de hacerme conocer la omnipotencia de tu misericordia?... Primogénitos de la creación, y vosotros todos, á quienes el sacrificio de la redención ha hecho herederos de la luz, decid: ¿quién de vosotros me ha llamado? ¿Qué voz ha pronunciado mi nombre? ¡No contestais! ¡Era la tuya, divino Salvador, Cordero inmolado, Juez supremo, fuente inagotable de todas las beatitudes!... La última hora del tiempo no ha debilitado tu fuerza creadora: yo estaba muerto, muerto eternamente, y tú acabas de crearme de nuevo... La eternidad que me devuelves me parece demasiado breve para expresar mi amor y mi agradecimiento. ¡Cielos y Tierra, regocijaos! Jesús acaba de decir al dolor: ¡No existas ya! acaba de decir á las amargas lágrimas del arrepentimiento: ¡Yo os he contado; sed desde ahora signos de las beatitudes celestiales! ¡Gloria y agradecimiento al Juez supremo, al Hijo eterno, al principio de amor y misericordia!»

«En este momento mi visión se hizo vaga y confusa, y sólo oí ya murmurios lejanos y sofocados gemidos, cuyo sentido me fué imposible comprender.

«En medio de estas imágenes indecisas y sonidos lamen-

tosos, me parecía que el Tiempo, ora huía rápidamente, ora se arrastraba con paso lento y vacilante.

«Habían pasado años,—al menos yo así lo creía,— cuando la nube que había oscurecido mi vista se disipó, y el inmenso cuadro del último juicio volvió á aparecer claro ante mis ojos.

«El terrible esplendor del trono no era ya más que una claridad benéfica, que iluminaba suavemente las regiones de la resurrección. Nunca había tenido fuerza mi mirada para abarcar una extensión tan vasta. En una lejanía que asombró mi pensamiento, ví á los innumerables escogidos elevarse hácia el santuario de los Cielos. Delante distinguí á los primeros hijos de la Tierra, que perecieron cuando, en su justa cólera, abrió el Eterno las cataratas del Cielo sobre la cabeza de los herederos del pecado y de la muerte que yo legara á mi raza infortunada.

«¡Con qué júbilo hube yo de contemplar á estas primeras víctimas de mi culpa, que desde hace tantos siglos habían gemido en un destierro tenebroso, y cuyos hierros acababan de romperse para siempre!

«Mientras que mi mirada y mi bendición los seguían de lejos, oí bramar á mis piés la voz amenazadora del trueno; ví á la Tierra dilatarse y disolverse, y las dispersas ruinas de la mansión del anatema y de la muerte transformarse en un nuevo Edén, como las cenizas de mis huesos que habían sido formados con el polvo de la Tierra se transformaron en este cuerpo inmortal que ahora envuelve mi alma.

«El suave rumor de la Tierra resucitada resonaba todavía en mis oídos, y la claridad extraordinaria y benéfica con que brillaban todos los astros del infinito encantaba aun mis ojos; pero mi visión había ya llegado al límite que el Salvador le fijara, y desapareció.

«He venido cerca de vosotros, mis celestiales amigos, para contaros lo que he visto y oído.»

Jesús ha descendido del Tabor, y silencioso y pensativo se detiene á la orilla del mar de Tiberiades (1), visible sólo á los ángeles, que vienen á traerle mensajes de todos los mundos del espacio infinito.

Estos ángeles parten y vuelven hácia él; parten de nuevo, sorprendidos y alegres por los mensajes de que van encargados, y que para nosotros también serán asunto de alegría ó de terror, cuando nuestra alma, desembarazada de sus lazos mortales, pueda en fin comprender los misteriosos secretos de la eternidad.

Un nuevo día acaba de extenderse sobre la Tierra; pero un velo diáfano, tejido con el brillo de los diamantes y la blanca luz de la Luna, modifica el esplendor de sus nacientes rayos. Reina una calma profunda en toda la comarca, que el silencio envuelve y santifica con su aliento misterioso. Del seno de los azulados vapores, que no pueden aun levantarse por encima de la superficie de las aguas en que se han adormecido, se desliza una ligera barca, que llenan nobles y piadosos amigos.

Simon Pedro está en pié, y mira las redes que durante la pasada noche ha tendido en vano en estas aguas, tan abundantes de pesca.

Bartolomé, sentado cerca de él, reclina en sus manos su cabeza blanqueada por los años.

Abismado en pensamientos melancólicos, Lebbéo se apoya en su remo, y una alegría celestial brilla en sus ojos.

(1) En los Evangelios, el lago de Genezareth ó de Galilea es casi siempre designado bajo el nombre de mar de Tiberiades.

Una dulce serenidad respira el semblante de Nathaniel, porque la certeza de la resurrección de Cristo le ha consolado de la muerte de María.

El noble Santiago levanta su pensamiento al Cielo; pero Juan no piensa más que en Jesús, y todas sus afecciones estarán ligadas á la Tierra, mientras su divino Maestro la santifique con su presencia.

La barca se ha acercado á la playa, donde el Mesías se pasea lentamente. Los dichosos pescadores no le reconocen, pero su majestad les impresiona, y se comunican la admiración que les causa.

Jesús alza la voz, y les pregunta si tienen algo que darle de comer.

Los discípulos guardan silencio; pues aunque han pasado en la pesca toda la noche, no han podido pescar nada.

Conociendo el pesar que les causa la necesidad de negarse á su petición, les dice que tiendan las redes á la derecha de la barca.

Los pescadores obedecen, y muy luego se llenan las redes de tal manera, que apenas bastan los esfuerzos reunidos de todos para retirarlas de las aguas.

Sorprendidos de tan copiosa pesca, Tomás y Lebbéo fijan sus ojos en el desconocido con jubilosa ansiedad; pero Juan ha reconocido ya al Salvador, y un grito de alegría y el nombre divino de Jesús se escapan de sus trémulos labios.

A este nombre, Simon Pedro se precipita á la playa, adonde le siguen solicita y prontamente sus compañeros, rodeando todos al Maestro en mudo arrobamiento.

El Mesías designa algunos panes y un brasero dispuesto á asar los peces que Simon Pedro acaba de escoger. Muy luego está preparada la comida; todos se agrupan al rededor del fuego, y por segunda vez, desde la dolorosa noche que

precedió á su muerte, el Mesías bendice el pan y lo ofrece á sus discípulos.

Terminada la comida, se levanta Jesús, significa á Simon Pedro que le siga, y adelantándose con él por la orilla del mar, le pregunta con voz solemne:

—«Cephas, ¿me amas? El amor que me tienes ¿es á toda prueba?»

Y Pedro contesta:

—«Tú lo sabes, Señor, pues penetras hasta el fondo de los corazones.»

—«Entonces, ¿por qué tardas? *Ve á apacentar mis corderos.*»

Después repite dos veces la pregunta que acaba de dirigir al discípulo, el cual contesta con el acento de una profunda tristeza:

—«Tú que sabes todas las cosas, ¿puedes dudar aun de mi amor y de mi adhesión?»

Y Jesús repite:

—«Entonces, ¿por qué tardas? *Ve á apacentar mis ovejas.* Mientras seas joven podrás ceñir tu espada y dirigir tus pasos segun tu voluntad. Cuando los años hayan debilitado tus fuerzas, te ceñirá otro, y te llevará donde tú no quieras ir.

¿Por qué tardas en seguir mis pasos?»

Pedro comprende el sentido de estas palabras; sabe ahora que ha de morir para dar testimonio de la gloria de su Maestro, y una alegría inefable inunda su alma.

El discípulo que, durante la cena de la nueva alianza, se reclinó en el seno de Jesús, le sigue á lo lejos: Pedro le ve, y pregunta al Mesías si Juan también debe morir pronto con la muerte del martirio.

Jesús le contesta:

—«*Y si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa á ti (1)?*»

Los discípulos han dejado ya de verle: así se elevan y desaparecen las olas de la mar bajo la inquieta y ansiosa mirada del navegante.

Después de un breve silencio, exclama Simon Pedro con el acento de la más viva alegría:

—«Sí, pronto moriré yo como él; pero tú, Juan, eres inmortal.»

Y todos los discípulos felicitan al amable Juan por esta singular gracia de que le juzgan digno. Sólo él ha penetrado el verdadero sentido de las palabras de Cristo; pero en vano procura disipar el error de sus hermanos.

Tan gozosos por la inmortalidad de Juan como por el martirio que esperan todos para sí con santa impaciencia, los discípulos vuelven á su barca, y van á distribuir el resto de su pesca á los pescadores desafortunados, que inútilmente han trabajado toda la noche.

Los soles salen, los soles se ponen, y el juicio del Salvador dura todavía. Las órdenes que da á los querubines se suceden con más frecuencia, y los agentes de su voluntad divina abren y cierran alternativamente el libro de la vida, que rara vez despide la dulce claridad con que brillan sus páginas, cuando llevan el nombre de un escogido. Los decretos del Juez supremo hieren como el rayo, y disipan las tinieblas del porvenir, como la luz del Sol desvanece las sombras de la noche.

Fieles á su santa misión, los testigos de Jesús han ido de

(1) Véase el *Evangelio segun San Juan, capít. XXI*. Toda esta escena es una imitación fiel de la aparición de Cristo á sus discípulos, como está descrita en este mismo capítulo.

cabaña en cabaña, y de valle en valle, á decir que el Mesías ha resucitado; que los muertos han salido de sus sepulcros para explicar este misterio de los Cielos; que el mismo Jesús se ha aparecido ya á muchos de sus escogidos, y que en el monte Tabor se aparecería á quinientos fieles á la vez.

Con esto, todos los amigos del Mesías se dirigen solícitos al sagrado monte.

Numerosos grupos de fieles cubren ya las laderas del Tabor, donde quiera que puede abrigoarlos un cedro bajo su sombra protectora.

Lázaro los cuenta con el pensamiento, y dice:

—«Todavía no sois más que doscientos, y el número de los llamados es mayor. Cuando los bienaventurados, á quienes el Redentor quiere iluminar con un reflejo de su divinidad, estén todos reunidos, entonces derramará sobre nosotros la copa de su misericordia. Mientras llega este dichoso instante, cantad, hermanos míos, cantad salmos á la gloria del Salvador.»

María se levanta, y dice:

—«Nuestra madre comun se acercó tal vez demasiado á una simple mortal, cuando se dignó permitirme cantar con ella el cántico de los Cielos; pero puedo sin temor unir mi voz á la de mis amigos, á quienes el divino Resucitado ha dejado sobre la Tierra. Ven, amada Magdalena, ven, y glorifiquemos juntas al Hijo del Eterno.»

Y Magdalena contesta:

—«Te obedezco, bienaventurada Madre, que oiste los cantos de los serafines, cuando celebraron el nacimiento del Niño de Bethlem; que oiste los acordes del arpa de Eva, cuando vino á iniciarte en la gloria inmortal que te aguarda. Canta, y los débiles acentos de Magdalena te seguirán de lejos.»

María agita las cuerdas de su salterio, y su dulce voz canta:

«Los ángeles del Cielo celebraron al niño recién nacido; el niño lloró, y los ángeles glorificaron sus primeras lágrimas.»

Y Magdalena contesta:

«Yo, la mayor de las pecadoras, caí á sus piés, y mi arrepentimiento halló gracia ante aquel, cuyas primeras lágrimas glorificaron los coros celestiales.»

—¡Ah! Magdalena amada, no eran lágrimas, sino sangre lo que inundaba su rostro, cuando padecía por nosotros en el valle de Gethsemani.»

—«¡Ay! amada María, á vista de Jerusalem próxima á perderse, volvió á verter lágrimas, y lloró sobre la ciudad santa, y llamó á sí por última vez á sus hijos ciegos. Pero estos no quisieron ir á abrigarse á la sombra de sus alas, y bajo el pórtico del palacio de Gabatha clamaron diciendo: ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! El Gólgota bebió esta sangre sagrada, y los Infiernos se estremecieron, comprendiendo que la especie humana acababa de ser redimida. Mi pensamiento se eleva con alegría á los Cielos, á donde muy pronto subirá el Salvador en toda su gloria; pero no puedo apartar mis ojos del altar en que su cabeza coronada de espinas se inclinó sobre su seno, del que acababa de huir la vida.»

—«Piensa, Magdalena, que nos prometió aparecer en medio de nosotros. ¡Jesús, á quien esperamos con santo terror, con celestial alegría, ven, ven!»

Y Magdalena añade con voz más fuerte:

—¡Ven, tú que despiertas á los muertos! ¡Tú, que das la vida, ven! Nuestras ávidas miradas te buscan en los valles y en los montes de la Tierra; te buscan en las nubes del

Cielo. Llega, llega: tu naciente comunidad te espera, como la esposa espera á su esposo. Comunidades futuras, cuando hayáis llegado á la vida de pruebas, avanzad sin temor hácia el sepulcro: el Señor de la vida os despertará. Seguid vuestro camino con la corona de ciprés en la mano, y con himnos de victoria en los lábios...»

Y suspendiendo de repente su canto, exclama:

—«¡Mirad, mirad, amigos míos! Todos los senderos del Tabor se cubren de peregrinos. La nube de polvo que levantan sus piés aumenta y se aproxima... ¡Los llamados vienen, vienen á contemplar al Hijo del Eterno, á quien su Padre va á glorificar.»

Y María continúa el salmo que Magdalena interrumpiera en su alegría.

—«Sí, el Eterno ha glorificado á su Hijo, á fin de que su comunidad naciente adquiriera en la contemplación de su espléndido semblante fuerzas para arrostrar la espada de la persecución, suspendida ya sobre sus cabezas.»

Mientras la Madre de Jesús y Magdalena cantaban así, los ángeles y los resucitados, invisibles á los ojos de los mortales, venían á mezclarse con ellos.

Elohá, apoyado en su arpa de oro, ha escuchado en silencio la dulce voz de María, y David, en pié cerca de él, ha suplicado al Salvador que ceda en fin á la divina plegaria de su madre.

El número de los fieles aumenta sin cesar: los enfermos que el Mesías sanara, y los muertos por él resucitados llegan sucesivamente. Beor y Dilean, Joel y Samma, Berbeson, Bethoron y Tabilha, Estéban y José suben lentamente á la cima del Tabor: sus ángeles custodios los siguen, llevando las coronas que la eternidad les prepara.

El niño Neftoa va delante de Porcia, sembrando su cami-

no de verde follaje y de flores entreabiertas: á veces se detiene, la mira, y se sonríe con todo el candor de la inocencia.

Porcia no ha tenido nunca la dicha de ser madre, y le parece que el amable niño que la guía le ha sido enviado por el Cielo para consolarla.

Y le dice:

—«¡Cuán bello es el camino por donde me llevas, y cuánto te amo, adorable niño!»

Y el niño contesta:

—«Yo también te amo, ilustre Porcia; pero cuando los cedros y las palmeras del Cielo nos cubran con su sombra, y la eterna primavera nos envuelva en sus suaves perfumes, entonces te amaré mucho más.»

José de Arimathea y Nicodemus los alcanzan y los saludan con la paz, como su divino Maestro se lo había enseñado, guiándolos luego cerca de las santas mujeres.

Al ver á la noble romana, la Madre del Mesías dirige á su Hijo este canto de gratitud:

«¡Tu misericordia no tiene límites, Salvador del mundo! ¡Innumerable y gloriosa será la comunión de la nueva Jerusalén! Las más altas montañas le servirán de base, y las estrellas del Cielo serán sus antorchas. Vuela, pensamiento mío; sondea las profundidades del porvenir. Una felicidad inefable inunda mi alma, porque veo al débil tallo de la comunión cristiana elevarse como árbol majestuoso, cuyas ramas cubrirán toda la Tierra. ¡Cuán grande es tu misericordia, divino Resucitado.»

Y poseída de un santo éxtasis, calla María, dejando escapar el salterio de sus trémulas manos.

Más de quinientos escogidos, futuros mártires todos, se reúnen por último en el monte Tabor. Lázaro los contem-

pla de nuevo, y les dice con el acento de la inspiración celestial:

«Herederos de la luz, á quienes el divino Mediador ha convocado en el sagrado monte de la transfiguración, yo no participaré de vuestra ventura, pues mi sangre no correrá por él; yo os precederé allá arriba para plantar las palmas con que los ángeles han de tejer vuestras coronas inmortales. ¡Gloria á tí, divino Mediador, que me reservas esta celestial misión! ¡Gloria á tí, Mediador divino, que preparas á los primeros escogidos una vida de sufrimientos y una muerte cruel, á fin de que, fortalecidos por estos sangrientos testimonios, crean en tí tus futuros hijos, sin que nuevos mártires tengan necesidad de atestiguarles tu poder y tu gloria.»

Dice, hace que se reúnan los fieles, y manda á los siete más jóvenes de entre ellos que vayan á buscar pan y vino, á fin de celebrar por última vez con ellos la comida fraternal de la nueva alianza.

Los siete jóvenes depositan el pan y el vino á los pies de Lázaro, el cual levanta al Cielo las manos, y ora en alta voz, diciendo:

«Hijo del Eterno, en el momento de hacerte traición uno de los tuyos, tomaste el pan, lo partiste y ofreciste á tus discípulos, diciéndoles: *Tomad, este es mi cuerpo, que inmolo por vosotros.* Después tomaste el cáliz, y les dijiste: *Esta es mi sangre derramada por vosotros, la sangre de la nueva alianza. Cuantas veces comais de este pan y bebais de este vino, hacedlo en memoria mía.*»

Y los fieles reciben de mano de Lázaro el sagrado símbolo del sacrificio de Cristo; y fortalecidos con este sustento del alma, se animan mutuamente á la perseverancia en el camino santo, pero lleno de espinas, que se abre ante ellos.

Lázaro continúa desarrollando el germen de la exaltación que acaba de arrojar en sus corazones con estas palabras:

«Nuestro divino Maestro y Redentor sufrió más oprobios y afrentas, sufrió más dolores y tormentos que sufrirá jamás ninguno de vosotros. Él consumó su obra, y cuando vuestra alma sedienta esté á punto de secarse bajo las angustias del martirio, el cáliz de la nueva alianza la refrigerará. Salúdame, bienaventurada Madre, como el ángel del Señor te saludó, cuando vino á anunciarte el nacimiento de tu divino Hijo, porque voy á reunirme con él: todos vosotros os reunireis también con él, y con él beberemos en el río de la vida eterna...

«¿Cuándo sonará mi última hora? ¿Cuándo veré entreabiertos los Cielos, y á Jesús sentado á la diestra de su Padre? Ten piedad de nosotros, divino Mediador, tú á quien yo abandonaba, mientras que por mí, por nosotros todos, tu rostro divino se humillaba en el polvo de Getsemaní, cubriéndose de un sudor de sangre.

«Me has condenado á morir dos veces. Venga, venga ese último sueño, al que seguirá de cerca la más bella mañana. ¿Dónde están los ángeles enviados á la Tierra para cantar la gloria del Mesías? Vengan, vengan los ángeles á unir sus voces á la mía.

«Las tinieblas se disipan, la noche huye para mí, y para tí, Elkanan, y para todos los que sufren con paciencia, á fin de dar testimonio de la gloria del Salvador á todos los hijos de la Tierra.»

Y María le interrumpe exclamando:

«Hijo del Eterno, yo te dí á luz, he cantado tu muerte, he cantado tu resurrección sobre la Tierra: cuando te dignes llamarme á tí, entonces ¡oh hijo mio! cantaré tu gloria en los Cielos.»

Jesús los ha oído, y su pensamiento apláude el santo éxtasis que arrebató sus almas.

¡Y se aparece!

Y las realidades del Cielo suceden por fin en los corazones de los fieles á las dichosas y benditas esperanzas de la fé.

Cuando después de una larga marcha por áridas y abrasadoras arenas, encuentra en fin el viajero una fuente fresca y límpida, bebe ansiosamente creyendo no poder apagar nunca su sed. De este modo los ojos de los discípulos y de las santas mujeres, fijos en el semblante del Mesías, no pueden apartarse de esta fuente de beatitudes celestiales.

Después de una solemne pausa de silencio, dice Jesús:

—«¡La paz sea con vosotros, hijos míos! En la casa de mi Padre hay apacibles moradas: voy á hacéros las preparar, porque quiero que, después de vuestra muerte, estéis todos cerca de mí. Si me amáis, guardad mis mandamientos, y yo rogaré á mi Padre por vosotros, á fin de que os envíe el Espíritu de verdad. Ved, pues, cómo yo no os abandono, como la madre al morir abandona á sus desgraciados huérfanos. He vuelto cerca de vosotros; seré vuestro guía hasta que os haya introducido en la vida eterna, á vosotros que me amáis; y todos los que guardan mis mandamientos, me aman, y yo me revelaré á ellos.»

Los ojos de Elkanan acaban de abrirse á la luz; ve al Salvador, se prosterna y lo adora.

Jesús continúa hablando á los suyos, y dice:

—«Yo soy la viña de la vida, vosotros sois las cepas; mi Padre es el viñador, y cortará los troncos que no den ricos frutos. Yo os he escogido entre todos para que deis los mejores frutos de la eternidad... Voy á repetiros el único mandato que os lego: *Amaos unos á otros*, y mi paz será con

vosotros, y mi paz es más preciosa que la de la Tierra: ella os dará fuerzas para soportar el odio y las persecuciones; porque sereis odiados y perseguidos vosotros, como yo mismo lo he sido.

Y pronunciando estas palabras, desaparece.

Al volver de su arrobamiento, ven los fieles en el lugar que ocupaba el Mesías al niño Neftoa, sumido al parecer en un dulce sueño, y pretenden despertarlo para hacerle partícipe de la alegría comun; pero el bienaventurado niño ha dejado de existir.

—«Id, exclama Lázaro; id, hermanos míos, á coger flores, mientras yo cavo su sepultura.»

Ya es bastante profunda la fosa para recibir los restos mortales de Neftoa. Lázaro los deposita en ella amorosamente, y los cubre de flores, las más bellas flores que crecen en la verde cumbre del Tabor.

Después se aleja lentamente.

Los fieles le siguen en silencio, y casi á cada paso se vuelven á mirar la florida sepultura del dichoso niño; pero sus ojos permanecen enjutos: han visto á Jesús, y la muerte no es ya para ellos más que un beneficio, y el sepulcro la puerta misteriosa y celestial que conduce á la vida eterna.

Los *Setenta* abandonan juntos el sagrado monte de la Transfiguración, y juntos llegan á un bosque de palmeras, situado al pié del monte. Allí encuentran á los discípulos que no han estado en el Tabor, y les refieren con palabras de fuego todo lo que acaban de ver.

Exaltado por esta narración, Santiago, hijo de Zebedeo, exclama con entusiasmo:

—«Nosotros también le veremos en toda su gloria: Él vendrá; voy á buscarle.»

En vano se esfuerzan sus amigos en detenerle; Santiago sube al monte con paso presuroso.

Al llegar á una roca que se inclina sobre el valle, se prosterna, alza los brazos al Cielo, y dice con todo el fervor de su alma:

—«¡Divino Salvador! no vuelvas todavía á tu Padre; yo estoy sediento de contemplarte. Si he hallado gracia delante de tí, dignate pasar por la sombra de esta roca: yo me retiraré al fondo de la caverna que el tiempo ha cavado en ella, y mis ojos te seguirán de lejos.»

Dice, y ya Jesús está á su lado; lo bendice, lo levanta, y descendiendo con él al bosque de las palmeras.

Los apóstoles le ven desde lejos, resplandeciente de luz como nunca le habían visto, y quieren precipitarse á su encuentro; pero un ángel les ordena esperar.

Obedecen al ángel permaneciendo allí, y en su arrobamiento se dirigen mutuamente estas preguntas:

—«¿Te acuerdas del día en que, á nuestra vista, hombres sanguinarios cargaron de hierros sacrílegos sus manos?»

—«¿No es esa la túnica blanca con que Herodes lo expuso al escarnio del pueblo?»

—«¿Va á subir ya al Cielo? ¿Ha sonado ya la hora de la separación, la más cruel y terrible de las horas?»

—«A mis ojos los montes y collados saltan de gozo, los bosques se regocijan, el Sol brilla con más esplendor, y el Cielo se tiñe con su azul más bello. Todas las beatitudes de los bienaventurados inundan mi alma. ¡Oh amigos! ¿Por qué, pues, llorais vosotros?»

De repente callan con profundo respeto: el Salvador está en medio de ellos, y les dice:

—«¡La paz sea con vosotros, hijos míos! Pronto me separaré de vosotros, y ya no me vereis más sobre la Tierra; ya

no participaré del panal de miel ni de los otros manjares que me preparábais. Pero en las dichas moradas de la paz eterna encontrareis á vuestro Mesías, y celebrareis con él y con los padres de la nueva alianza solemnidades que no entristecerá ningun pensamiento de separacion.»

Y rodeado de los numerosos testigos de su magnificencia, que se postran de rodillas en el polvo, se prosterna Jesús y ora así:

«Llegó, Padre mío, el instante en que debias mostrar á tu Hijo en toda su gloria. Me has dado todos tus hijos mortales, á fin de que se despertaran á la vida eterna. Yo te he glorificado en la Tierra, y he cumplido tus decretos; tú me darás la corona que me espera á tu diestra, y que me pertenece desde antes que la creacion saliera de nuestro pensamiento. Los hermanos que me diste saben que todo lo que yo les he enseñado procede de tí, y que por tu órden vine á enseñarlos.

«Ahora, Padre mío, te imploro y ruego por ellos, que te pertenecen como á mí, porque la posesion de todo cuanto existe nos es comun. Haz que permanezcan fieles á mi ley, y que sean siempre una sociedad de hermanos. Cuando yo no era más que un hombre como ellos, velé por sus almas, sin haber perdido más que uno de mis escogidos... Necesario era que las profecías se cumplieran.

«No te ruego sólo por mis discípulos, sino tambien por los innumerables hijos que nos dará su santa palabra. Yo los he redimido anticipadamente con mi sangre, y los he amado con el mismo amor: que estén siempre conmigo y en mí, á fin de que participen todos ellos de la gloria de que tú me rodeaste antes de crear los Cielos.

«El mundo no te comprende á tí, el más justo y amado de los padres; pero yo te conozco. Yo he revelado á tus hijos

el misterio de mi mision y de tu divinidad, á fin de que los llene el amor que nos une desde la eternidad, y que sus almas sean enteramente de su Salvador.»

De esta manera ora y suspira Jesús, prosternado bajo los rayos celestiales que emanan de él mismo.

Después se levanta, y desaparece.

Cuando, bajo las sagradas bóvedas de un templo, el hombre piadoso une su pensamiento á los solemnes acordes que celebran la fiesta de la resurreccion de Jesucristo, parecele que su alma, llevada en alas de esta santa armonía, llega á las puertas del Cielo; y sin embargo, no siente sino un débil reflejo del arrobamiento que poseía los corazones de los apóstoles, cuando el Salvador, irradiando todo el esplendor de su gloria, oraba en medio de ellos y por ellos.

Prosternados en el polvo todavia, los fieles siguen con la vista los últimos resplandores que Jesús deja tras sí. Luego se levantan, abandonan las palmeras de Galilea, y siguen su camino hácia Jerusalem.

Los ángeles que los acompañan se han olvidado de velar su esplendor; y sin embargo, los escogidos no los ven: el recuerdo de la gloriosa aparicion del Mesías los absorbe enteramente.

Juan, que se ha separado de sus amigos, sigue un sendero solitario. Su pensamiento sondea con temerosa humildad los abismos del porvenir; pero demasiado débil aun para distinguir las vias que la mano de la Providencia ha trazado, se deja llevar á santas visiones, que le hacen presentir las beatitudes de la eternidad.

A pesar del inefable encanto en que lo elevan sus visiones, siente que el Eterno no se ha dignado aun hacerle subir la primera grada que conduce al Santuario. En pié,

cerca de él, Salem, su ángel custodio, participa de su agitación y la deplora.

El discípulo se adormece: Salem se sonríe y desaparece, pues sabe que su noble amigo está ahora al abrigo de una protección más segura y poderosa que la suya.

Al despertarse, el discípulo predilecto ve á su lado á la Madre del Mesías.

—«El Cielo te envía, exclama: oye, bendita Madre, la narración de un sueño que mi divino Maestro acaba de inspirarme: Estábamos todos reunidos en mi humilde morada, y hablábamos del porvenir con toda la sencillez de nuestros amantes corazones: ninguno de nosotros pretendía imponer sus opiniones ó presentimientos á sus hermanos; pero todos nuestros votos llamaban á la muerte, y sólo pensábamos en nuestra propia salvación sin ocuparnos de la del género humano. Con el báculo de viaje en la mano y los labios secos, teníamos todos prisa por abandonar la Tierra, para ir á saciar nuestra sed cerca de Jesús en el río de la vida eterna.

«De repente un soplo poderoso como el de la tempestad conmovió mi cabaña; pasó por entre nosotros, y nuestras lenguas vinieron á ser como llamas celestiales, que alumbraban, encendían nuestros corazones y agrandaban nuestras almas.

«Nosotros nos sentíamos con fuerzas para esperar la muerte, y para dejar que el tiempo blanqueara nuestras cabezas antes de ceñirlas con la corona del martirio. Y animados por estos sentimientos, nos disponíamos á recorrer toda la Tierra, para predicar la ley de Cristo y aumentar el número de sus escogidos.»

Así habla Juan, y María le escucha poseída de un santo éxtasis.

La lira de Sion, rodeada de sus estrellas más resplandecientes, acaba de volverse hácia el santuario de los Cielos, y los Cielos reconocen el signo que les anuncia la vuelta del Hijo del Eterno.

Los discípulos saben que su divino Maestro los dejará muy pronto, y procuran en vano desterrar la tristeza que esta certidumbre les produce. Lebbeo, sobre todo, exhala su dolor en desgarradoras quejas. La convicción de que Jesús va á volver á la mansión de la felicidad y de la paz eterna, no le consuela, porque nada le indica la hora en que él encontrará á su Maestro divino, á quien ama con todas las fuerzas de su alma.

En su despecho, suplica á los muertos que le digan cuándo llegará la hora más santa, la hora más dulce que todas cuantas ha visto salir hasta entonces de los vagos resplandores de la mañana, que todas las que el crepúsculo de la tarde cubre con su perfumado velo y que embellece la Luna con sus argentados rayos.

Pero los muertos permanecen mudos.

Guiado sin saberlo por Jesús, que dirige sus pensamientos, Tomás conduce á los apóstoles y á los *Setenta* al valle de Gethsemaní. Al pasar junto al sitio en que Jesús, la víspera de su muerte, había padecido tanto, lo ven súbitamente en medio de ellos.

Sin atreverse á dirigirle la palabra, siguen el escarpado sendero que él les hace tomar, y que los conduce al monte de los Olivos.

Más de una vez han vuelto los ojos hácia el Gólgota y hácia el sepulcro abierto: el sepulcro sobre todo les habla un lenguaje consolador, porque Jesús salió de él para volver entre sus fieles amigos.

Los ángeles que sirvieron al Hijo del Eterno durante su

peregrinacion en la Tierra; las almas y los resucitados que rodearon su cruz y cantaron en su sepulcro, se reunen en el monte de los Olivos, porque han sido juzgados dignos de formar el cortejo triunfal que acompañe á Jesús á la diestra de su Padre.

Elohá está en medio de ellos, pero no los seguirá: la voluntad suprema le ha nombrado ángel custodio de esta Tierra, libre ya del anatema que atrajera sobre ella el pecado de Adam. Las felicidades que los *aeones* del porvenir preparan al mundo cuya guarda se le confia, sumergen al más grande de los serafines en dulce meditacion; y su pensamiento sonríe al adolescente del Cielo que, el último dia del tiempo, le presentará la trompeta, cuyo fulgurante sonido despertará á los muertos de todos los siglos.

Jesús y sus discípulos llegan á la cumbre del monte. La ligera brisa del naciente dia refresca las encendidas mejillas de los fieles, próximos á sucumbir bajo el peso de una felicidad superior á la naturaleza humana, y que sólo pueden soportar con la fortaleza que les infunde la presencia de su divino Maestro.

Ordenados en torno de él, le miran y contemplan con muda admiracion.

La Tierra no tiene lenguaje, los mismos Cielos no tienen armonía bastante sublime para expresar la majestad del Salvador en este supremo instante.

Desde las estrellas más lejanas hasta las inflamadas ondas de la vía solar, do quiera, en fin, que los ojos de las criaturas de Dios pueden contemplar los mundos que ruedan en la inmensidad del espacio, los espíritus, revestidos de nubes, de fuego, de vapores diáfanos ó de arcilla, como los cuerpos mortales, fijan sus pensamientos en el Redentor.

Elohá los ve á todos y se sonríe. Después se prosterna

ante el Hijo del Eterno, depositando á sus piés la resplandeciente corona qua ceñía su frente.

Jesús lo bendice con el pensamiento, tiende los brazos á sus discípulos, y les dice :

—«No salgais de Jerusalem; esperad en ella el cumplimiento de la promesa que mi Padre me hizo cuando desperté del sueño del sepulcro. Juan el Precursor dió el bautismo de agua, el Espíritu Santo da el bautismo de fuego, y este mismo Espíritu es el que recibireis vosotros, mis escogidos. Unos pocos dias más, y se cumplirá la promesa del Eterno.»

Uno de los discípulos le pregunta si entonces levantará el reino de Israel.

El Mesías contesta que no pertenece á los mortales conocer los decretos de la Providencia. Después dirige su pensamiento hacia Betania, y luego al punto se transfigura Lázaro. Un ángel lo traslada al monte de las Olivas, porque él tambien seguirá al Mesías en su vuelo á través de los celestes espacios.

Jesús dirige la palabra otra vez á sus escogidos.

—«Sí, les dice, recibireis el Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y os dará fuerzas para ser mis testigos en Jerusalem, en Judá, en Samaria, y en toda la Tierra hasta el fin de los tiempos.»

Y acercándose á los apóstoles, los mira con infinita bondad, eleva por encima de ellos sus divinas manos, y añade:

—«¡Dios os guarde y proteja! ¡Él os ilumine y os tenga en su gracia, os siga con su mirada, y os dé la paz eterna!»

¡Cielos y Tierra! vosotros lo sabeis: después de haber así bendecido á sus discípulos, el Hijo del Eterno habia terminado ya su obra en este mundo.

Una nube desciende de las alturas del infinito; se acerca, llega, envuelve al Mesías, y torna á subir con él.

Los fieles le siguen con la vista...

¿Quién podrá dar idea del sentimiento que inundó entonces sus almas? Pero todos pasaremos por él, cuando la nube que le arrebató de la Tierra le traiga otra vez á ella, el último día del tiempo, para juzgar á los muertos de toda la especie humana.

Los apóstoles han quedado solos en el monte de los Olivos.

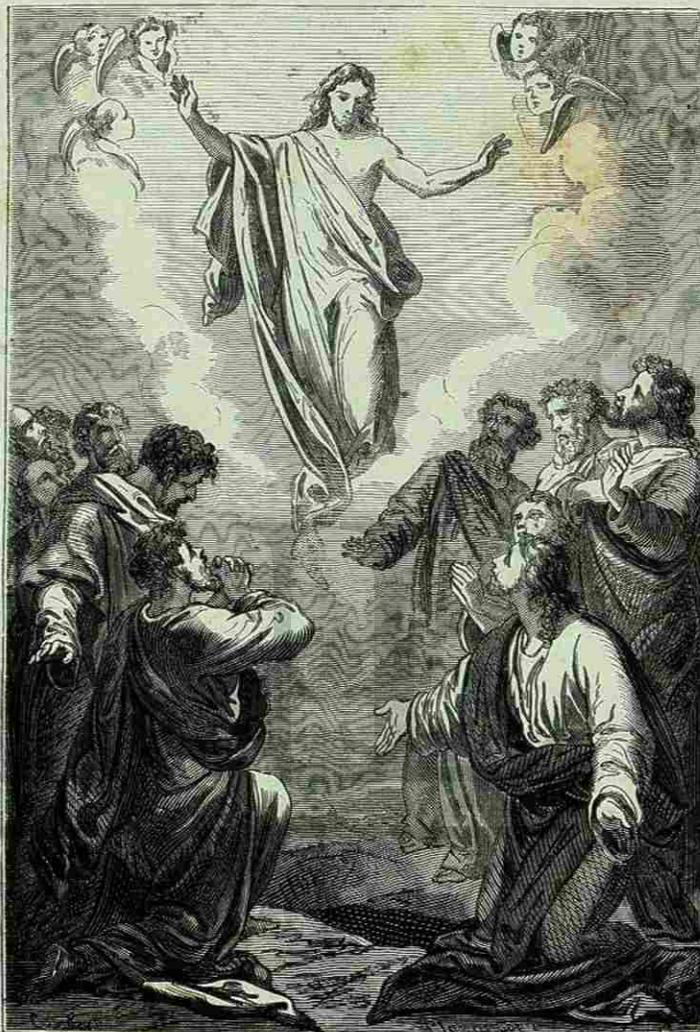
Dos hombres vestidos de albas túnicas se aproximan á ellos: uno es el divino Elohá; otro su amigo, el amable Salem.

La cabellera de Elohá resplandece, y su mano derecha se apoya en un báculo de oro.

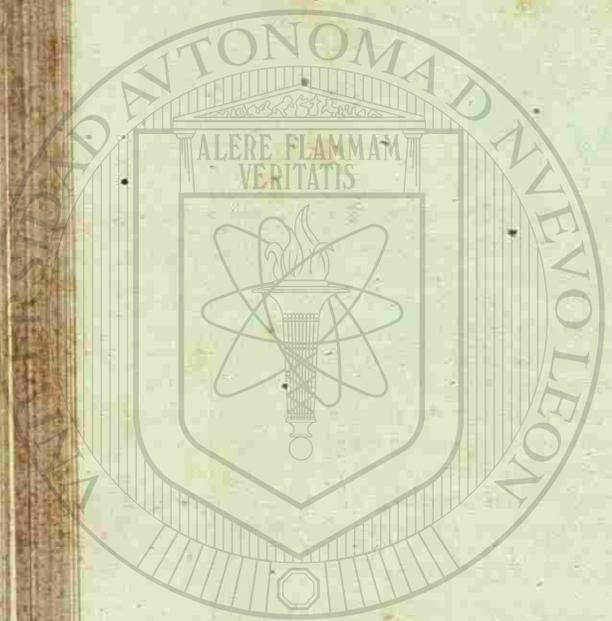
—«¿Qué esperais aquí, amigos míos? les dice. Jesús, á quien habeis visto subir á los Cielos, estará con vosotros desde ahora en todas partes.»

Los dos inmortales desaparecen; y con el corazón lleno de alegría y gratitud inmensa, los apóstoles descienden del monte de los Olivos.

En el templo, en Jerusalem, en las cabañas, en todas partes están juntos los apóstoles de Cristo; y oran, y esperan con fervor el bautismo de fuego del Espíritu Santo, que ha de darles virtud para cumplir su misión sublime, dando por toda la Tierra testimonio del poder y la gloria del Mediador divino.



La ascención. (Canto XIX.)



## CANTO XX.

El Mesias se eleva más y más en el Cielo, y los ángeles y los resucitados entonan cantos de triunfo.— Almas piadosas, que acaban de separarse de sus cuerpos, se unen al divino cortejo.— Los ángeles y los resucitados continúan sus cantos de triunfo.— Es transformada una estrella.— Los ángeles y los resucitados continúan sus cantos de triunfo.— Los habitantes de una estrella se unen al divino cortejo.— Los ángeles y los resucitados continúan sus cantos de triunfo.— El cortejo pasa junto a la estrella que habitan los hombres inmortales.— Himno cantado por dos futuros cristianos.— Los ángeles y los resucitados continúan sus cantos de triunfo.— Vienen almas al cortejo y se detienen en una estrella.— El trono del Eterno se descubre a lo lejos.— Último canto de triunfo de los ángeles y los resucitados.— El Mesias entra en el santuario de los Cielos y se sienta a la diestra de su padre.

Rodeado de sus cohortes celestiales, el divino Redentor sigue en alas de las nubes la resplandeciente vía que conduce al trono del Eterno.

Gabriel precede a este cortejo aéreo: los flotantes rizos de su dorada cabellera hacen un sonoro ruido, y su canto se une a los dulces acordes de su arpa:

«Murmuraad vuestros cantos! ¡Sea tímida y temerosa vuestra voz, pues vais a cantar la gloria de Cristo; gloria superior a todas; gloria que cunde a través de la eternidad; gloria que resuena de aeón en aeón!»

Y un coro de resucitados eleva su voz, trémula de santa

emocion: las arpas celestiales la acompañan con sus melodiosos acordes, y suavizado por la distancia, llega desde el fondo de los Cielos el tonante son de la trompeta terrible. Así se confunden al pié del monte el murmullo del arroyo, el rumor del bosque agitado por la brisa de la tarde, y el ruido del torrente medio seco que se arrastra pesadamente entre las hendeduras de las rocas.

El coro de los resucitados dirige al Mesías este cántico:

«Desde la eternidad; antes de que existieran los mundos; antes de que salieran de la nada los días, las noches, los astros; antes de que brillaran con su esplendor sidéreo los querubines, tú, Hijo de Dios, te habías ya condenado á muerte.

«Cordero inmolado, Salvador de los caídos, víctima del altar del Gólgota, desde la eternidad veías tú correr tu sangre.

«Antes de que existieran los ríos y los mares, los montes y los valles; antes de que Dios hubiera creado el polvo para realzar la gloria del reino de la luz; antes de que el globo terrestre hubiera venido á ser un sepulcro inmenso, tú, Hijo divino, Redentor del mundo, viste correr tu sangre.»

Uno de los ángeles del juicio final deja caer su terrible trompeta; otro coro eleva sordamente su voz, y este sofocado canto rueda á través del infinito:

«Allá estaba sin vida el cordero pascual; pero la mano que lo inmoló no le rompió los huesos (1); y Judá empapó una rama de hisopo en la sangre del cordero, y marcó la entrada de sus viviendas.

«¡Ay de vosotros, aquellos á quienes no proteja la sangre

(1) Cuando, antes de salir de Egipto, Moisés instituyó la Pascua, prohibió romper los huesos del cordero pascual.

del cordero cuando venga la noche, noche terrible, á envolver el mundo en sus santos terrores!

«Y vino la noche, noche terrible, y se acercó el ángel exterminador: en su vuelo grave y silencioso descendió á orillas del río.

«El Egipto entero lanzó un prolongado gemido, gemido de duelo y desesperación; y en todas partes fué herido de muerte el primogénito.

«En las gradas del trono, en la cabaña, en el fondo de las prisiones y hasta á la ubre de la asombrada bestia, fué herido de muerte el primogénito. Sólo en Rhameses (1) resonaban cantos de gloria y corrían lágrimas de agradecimiento, porque habían sido respetadas las viviendas marcadas con la sangre del cordero.»

Y con voz más fuerte, acompañada de arpas menos tímidas y de trompetas menos sordas, un coro de querubines, cuyos rostros fulguraban y cuyos cuerpos flameaban, entona este otro canto:

«Al llamamiento creador del Hijo, el plan de la creación vino á ser materia y forma, y se lanzaron al espacio las innumerables legiones de mundos y habitantes; se lanzaron sorprendidos y gozosos de ser.

«El llamamiento creador del Hijo resonó siempre, imponiendo á los mundos sus movimientos orbitales, y los rayos se cernieron sobre los rayos. Unos brillaban vívidos y rápidos, y otros perezosos y lentos.

«El eterno imperio del Redentor fué; y del fondo del plan de la creación irradiaron la meditación y la magnificencia, y júbilo y felicidad para todos; para todos, aun para los habitantes de la Tierra.

(1) Nombre de la principal ciudad que edificaron los israelitas en la comarca del Egipto donde José estableció á sus hermanos.

«Herederos del sepulcro y de la luz, hermanos de Aquel que murió en la cruz, una senda humedecida de lágrimas conduce desde el fondo de nuestra miseria á las regiones aéreas. Cantad, cantad esa senda de lágrimas, que conduce del sufrimiento al tribunal supremo.

«Las tinieblas de la muerte os ocultan esa senda: semejante á un laberinto sin salida, da vueltas al rededor de una sombría roca. La sangre de la redencion ha corrido, y vosotros os sentais en el tribunal de los Cielos; os sentareis en él vosotros, á quienes esa sangre ha redimido.»

Uno de los hijos de la resurreccion que, siendo aun mortal entre los mortales, fué llamado el *Bástago de Hiddo* (1), se aproxima al Mesias, recorre con sus dedos las cuerdas de su arpa sonora, y canta el dichoso dia en que vió á Zema á lo lejos:

«Josué penetró en el santuario, allí donde la cortina corrida vela el santo misterio, y sin embargo, sus vestiduras no estaban puras. En pié cerca de él, Satanás se lo reprendió en presencia de los ángeles.

«El Señor le dió vestidura blanca y lo libró de su peso, negro pecado; porque un dia debia venir el Escogido del Señor, el Redentor de todo pecado; y una voz misteriosa

(1) Klopstock designa bajo este nombre al profeta Zacarias, que era hijo de Baraquias y nieto de Hiddo. El canto que pone en boca de este profeta es una imitacion de los capitulos III y VI de Zacarias. En el capitulo III, el profeta tiene una vision en que el gran sacerdote Josue se le aparece en pié cerca del altar, y con vestiduras sucias; algunos ángeles lo rodean, y Satanás se hace su acusador: Dios manda que le den vestiduras blancas, y le dice que, «si sigue sus mandamientos, le confiará la jurisdiccion de su casa y le permitirá ver á *Gérmen*, su amado siervo.» En el capitulo VI, Dios dice á Zacarias que un hombre llamado *Oriente ó Gérmen*, nacerá de si mismo; que edificará el templo del Señor, del que será sumo pontífice, y que estando *Gérmen* sentado en su trono, tendrá un consejo de paz con Dios. Bajo la palabra *Gérmen*, Zacarias designa al Mesias. Pero Klopstock, no habiendo hallado la expresion bastante poética, la sustituye con la palabra griega *Zema*, que significa prodigio, signo, estandarte, monumento.

hirió el oido de los ángeles: ¡Zema! ¡Zema! murmuró esta voz.

«¡Oh ventura inefable! Viniste, Mediador, y la cortina no cayó más, y el santo misterio fué descubierto. El Hijo entró por sí mismo en el santuario.

«Pueblos dichosos, convidaos á la sombra de la alegre vid y de la fresca higuera, y el salterio de la alianza animará el festín, y el himno de la alianza se unirá á su salterio y dirá entre la enramada del festín: ¡Zema, has venido! ¡Zema, has muerto! ¡Zema, has resucitado!»

Vibran con fuerza las arpas de oro, y se balancean gallardamente las palmas inmortales, agitadas por los serafines, que vienen á su vez á celebrar la gloria del Salvador:

«Cuando Jesús exclamó: *Todo está consumado*, lloramos á grandes gritos, nosotros que podíamos beber en este torrente de salvacion; y el polvo se glorificó, porque el Eterno lo elevó hasta el reino de los Cielos. Jesús habia hecho descender sobre él, desde lo alto de su cruz, las beatitudes de los escogidos.

«Cuando el Hombre-Dios exclamó: ¡*Sé, Universo!* aparecieron, innumerables como las gotas de rocío que caen del Cielo, los mundos que habia predestinado á una gloria creciente siempre. Jesús hizo descender sobre vosotros ¡oh mundos! la salvacion eterna desde lo alto de su cruz.

«Legiones innumerables de la creacion, dulces bendiciones se han derramado sobre vosotras con el cumplimiento del sacrificio expiatorio; y semejante á los suspiros del éxtasis, el murmurio de las arpas celestiales os ha repetido esas bendiciones y penetrado de una nueva felicidad. ¿Quién podrá contaros, bienaventurados, que habeis doblado ante Él la rodilla?»

Apenas han terminado este salmo los serafines, cuando

un nuevo coro de resucitados agita las palmas del triunfo, y canta la gloria del Hijo del Eterno con una dulce tristeza, fuente divina de nobles inspiraciones.

«¡Adorado sea el Eterno! ¡Adorado sea el Cordero de Dios! Ya ha pasado la cumbre de Sion, se acerca á los Cielos, y el altar del Gólgota está aun teñido con su sangre. ¡Gloria, gloria á tí, Hijo del Señor, inmolado por nosotros!

«¡Gloria á tí, Salvador de los herederos de la muerte! ¡Gloria y agradecimiento á tí, noble Hijo del Eterno! Tú arrancaste á la noche legiones de astros, y de su seno se escapó un torrente de luz, y la rápida luz giró en sus inmensas órbitas.

«¡Admiración y gloria á tí, Hijo del Eterno, Cordero inmolado! ¡Adorado seas, Redentor divino! Tú arrancaste á la noche de la destruccion las víctimas de la muerte. Todas se han elevado sobre los abismos de las tinieblas.»

Y otro coro de resucitados deja caer miradas de tierna piedad sobre la Tierra que gira bajo sus piés. Recuerdan que allí han vivido en miserables albergues; que allí han dormido en helados sepulcros; que allí los ha despertado del sueño eterno la poderosa voz de Cristo; y cantan los beneficios del Redentor del mundo:

«Adoremos al Eterno, adoremos al Hijo que vuelve cerca del Padre. Vosotros, sus amados servidores, ángeles, arrojad en su triunfal camino vuestras coronas y palmas, á fin de que os las devuelva al pié del trono.

«Peregrinos, vosotros que, bajo el peso de vuestras miserias, os arrastrais aun penosamente por los duros senderos de la vida, no lloreis más, peregrinos. Semejantes á los ángeles, vosotros tambien os prosternareis un día al pié del trono.

«Tal es el noble premio que os reserva el Dios muerto por vosotros. Si imitais el ejemplo de paciencia y sumision

que él os dejó; si, como él, llevais sin murmurar vuestro dolor hasta el fin, él os dará participacion en su triunfo.

«Secaos, pues, lágrimas compasivas; enmudeced, dulces consuelos que aliviais los males. No ablandeis los corazones de los escogidos: ellos no tienen necesidad de compasion. ¿No saben que los aguardan cánticos de ventura en los valles de la muerte, y que encontrarán una corona al fin de su peregrinacion?»

Y mientras cantan así, ven, no lejos de la Espiga resplandeciente (1), almas y querubines que conducen estas almas hácia el Redentor. El vuelo de los querubines es rápido y noble como el de la gloria y la felicidad; las almas vuelan detrás con el estremecimiento de una alegría desconocida.

Desde que el Mesías dijo desde la alto de su cruz: *¡Todo está consumado!*, hasta el momento de su triunfo, las alma virtuosas de todos los pueblos de la Tierra que han dejado sus restos mortales en medio de las piras ó en el seno de los sepulcros, se reunen en los campos de la siega celestial. Así lo ha querido el Eterno.

La temblorosa legion se eleva más arriba, y su feliz sorpresa es cada vez más viva. Las almas gimen, lloran, y por la primera vez adoran al verdadero Dios:

Un coro de resucitados acoge á estos nuevos hermanos con este canto solemne:

«¡Llegad! ¡Acercaos! Vuestra peregrinacion por las oscuras sombras de la muerte fué penosa; pero al fin os remontaís por encima de todas las miserias. Vuestros gemidos son suspiros de un éxtasis celestial, y vuestras lágrimas, lágrimas de alegría.

(1) Klopstock habla aquí de la Espiga de la Virgen, estrella de primera magnitud en la constelacion de Virgo.

«¡Celestial éxtasis! ¡Dulces lágrimas! ¡herencia divina que aguarda á los fieles al término en que Dios recompensa! ¿qué lengua podrá expresar vuestras inefables felicidades?

«¿En qué region ha sonado el arpa divina que expresa estas felicidades? Ondas argentadas del río, y tú, palmera que creces á su orilla, y oyes á la Musa de Sion, decid: ¿ha llegado jamás á vosotras el dulce son de esa maravillosa arpa?»

Llevadas del arrobamiento de su nueva vida, estas almas, tan tímidas al principio, se mezclan súbitamente á las brillantes cohortes del Vencedor, y cantan con voz poderosa:

«Elevémonos con los ángeles, esos herederos de la luz; aumentemos el cortejo del Hijo del Eterno, sigámosle á través de los Cielos. Este espléndido triunfo es nuestra herencia. ¡Muerte, tú eres el último vuelo hácia la beatitud! ¡Sepulcro, tú eres la cuna de la salvacion, la puerta del Cielo!

«¡Divino Mediador! La melodía de los himnos celestiales no podría describirte; la intuicion de los inmortales no podría comprenderte tal como eres, Rey del Universo. ¡Cuán lejos, lejos de tí siguen tu marcha los gritos de victoria, los cantos de felicidad!...

«Dígnate dirigirnos una mirada benévola. Nosotros también pertenecemos á los bienaventurados redimidos por tu muerte; nosotros también hemos sido sembrados en los campos á que vienes á segar las mieses maduras por el tiempo.»

Adolescentes del trono, que se desarrollan á la sombra del divino Elohá y del sublime Gabriel, como el florido lirio al pié del cedro, ceden también á la emocion que les causa la fiesta de los Cielos. Su voz es viva y rápida; viva y rápida también la vibracion de las cuerdas de sus arpas.

«¿Cómo repetir el canto íntimo, ruidoso, sagrado, de la alegría, de la ventura, del triunfo? ¿Cómo describir el éxtasis que os espera al pié del trono, vencedores del pecado, vencedores de la noche, vencedores de la muerte?»

No solamente los melodiosos acordes del salterio y la fulgurante llamada de la trompeta acompañan los cantos solemnes de los coros celestiales: cuerdas misteriosas vibran por separado, semejantes al murmurio de la fuente solitaria y de la dulce brisa de la tarde, ó como los suspiros de amor que exhalan los amantes virtuosos. Y sonos poderosos como la tempestad, terribles como el trueno, se unen al ruido de los errantes mundos.

Cristo ha reinado solo sobre la creacion, desde que se reveló á Abraham, hasta el momento en que, bajo la forma de un recién nacido, vino á llorar al establo de Bethlem. Las legiones que le siguen en su marcha triunfal cantan los beneficios que derramó sobre el pueblo á quien hizo el objeto de su misericordia especial, de su justicia inmutable; y llevados en alas del éxtasis, sus salmos se elevan de maravilla en maravilla.

Flotando en ondas de armonía, los coros se encuentran, se superan, se detienen, y se dejan llevar alternativamente á inspiraciones que exhalan en himnos solemnes.

Los ángeles de la muerte elevan sus voces sombrías y graves, y cantan así:

«Tú te detuviste, ¡oh mar! Dios lo quiso. Nubes del día, nubes de la noche, vosotras os arrastrásteis detrás del pueblo de Israel. Sentado sobre la más sombría de estas nubes, el Eterno espantó, el Eterno hirió á Faraon y á sus hombres de á pié y de á caballo.»

Pero la trompeta resonaba siempre, y Miriam la oyó.

Miriam, la hija de Amram, presidió á las danzas de la victoria (1).

Y salmodió así la gloria del Eterno:

«El mar inmenso ¡oh furiosos egipcios! vino á ser nuestro sepulcro. El armado ginete, el corcel, los carros de guerra, Faraon mismo, todos entraron en los verdeantes juncos como masas de plomo se abisman en el légamo. Y desde lo alto de su inflamada nube, Dios hizo descender sobre ellos una mirada de cólera, y el irritado mar se los tragó para siempre.»

Otros ángeles fijan á su pesar el pensamiento en la suerte espantosa de Coré, Dathan y Abiron. Su canto es lento y triste.

«Quejido desgarrador, gritos de desesperacion, terribles fuisteis cuando á través de una nube de polvo, os elevásteis por encima del abierto abismo. Y aun fuisteis más terribles cuando, debilitándoos por grados, anunciásteis la agonía de las víctimas tragadas. Y con el silencio que sucedió á su último suspiro, todos los terrores de la muerte cundieron entre la consternada muchedumbre.»

Los cantores de la gloria del Mesías no dejan caer más que una sola mirada sobre las ruinas de Jericó: una sola vez hacen resonar sus trémulos dedos las cuerdas de sus arpas:

«El piadoso cortejo de los sitiadores pasó y volvió á pasar ante las orgullosas torres de la ciudad de las palmeras (2), y les amenazó con el sonido de sus bélicas trompetas. El día señalado por el Eterno lució al fin: los hijos de Israel

(1) Imitacion del cántico que cantó Miriam, hermana de Moisés, con ocasion de la salida de Egipto. *Exodo*, cap. XLV.

(2) Con este nombre designa Moisés con frecuencia á Jericó, cuyos muros cayeron al son de las trompetas de los israelitas. — *Josué*, cap. VI.

dieron por última vez la vuelta á los muros, y el estruendo de su caída se unió al son de las trompetas triunfantes.»

Arpas melodiosas resuenan dulcemente, y á sus celestiales acordes se mezclan voces de ángeles:

«Tu parte ¡oh Judá! es digna de envidia. El Hijo de Bethlem, el adolescente de morena tez (1) corria por la llanura, gracioso como el ligero cervatillo. Y volteó su honda jugando, y la piedra, lanzada con fuerza, fué á herir la frente del gigante, que se habia burlado de su debilidad (2).

«Tu Dios ¡oh Judá! tu Dios, que rechazó al Benjamita (3) é hizo correr toda su sangre en las montañas de Guilboah (4), protegió á tu hijo, el de la morena tez. El puso en su pecho una voz de oro, y con una corona de oro ciñó su cabeza.

En este momento, David ve al Mesías, y los coros más elevados entonan salmos á la gloria del que creó y rescató al género humano.

Pero muy luego otros salterios acompañan otras voces, y estas voces cantan:

«Y oraba (5). De repente cayó una palabra desde lo alto del trono de fuego. El brasero consumió la víctima; y al rededor del altar, las aguas se elevaron en llamas devoradoras.

»Siete querubines descendieron hácia el profeta, á quien el Eterno acababa de iluminar con los rayos poderosos que hacen leer en el porvenir más remoto.

(1) El rey David.

(2) El filisteo Goliath, natural de la ciudad de Gath, fue muerto de una pedrada por el joven David.

(3) El rey Saul.

(4) En las montañas de Guilboah, Saul, vencido por los filisteos, hubo de suicidarse arrojándose sobre su espada por no caer vivo en manos de sus enemigos. — *Samuel*, lib. I, capit. XXXI.

(5) El profeta Isaías. Todo este pasaje es una imitacion de las visiones de este profeta. — *Isaías*, cap. VI y XXXVII.

Y los siete querubines cantan:

—«Y tú guardaste silencio, tú que nos viste al lado del Eterno, inmóviles, pensativos y sin velos. Sólo nuestras largas alas nos envolvían, y á la voz salmodiante de los custodios del trono, el templo se estremeció.»

Y el profeta contesta:

—«Yo quedé mudo cuando os ví al lado del Eterno, inmóviles, pensativos y sin velos. Sólo vuestras largas alas os envolvían, y á la voz salmodiante de los custodios del trono el templo se estremeció. Y vosotros exclamásteis: ¡Santo es el Señor! ¡el Señor es tres veces Santo! El número de los que lo adoran es infinito. El eco de su glorioso nombre resuena al rededor del trono celestial, y murmura en el polvo.»

Y el profeta calla: solemnes pensamientos lo absorben por completo.

Muy luego hace un signo á las trompetas para que se unan á su voz, y canta estas palabras, que ya había dirigido al soberbio conquistador asirio:

«He aquí, audaz Sennacherib, lo que el Eterno ha pronunciado contra tí: La noble virgen de Sion te ha despreciado; viéndote pasar, la hija de Jerusalem ha movido la cabeza con desden. Rey soberbio, ¿contra quién has levantado la voz de la blasfemia, la mirada del escarnio y del ultraje? ¡Contra el Santo de Israel! A Jehová has desafiado cuando has dicho: He hecho pasar mis innumerables carros por las cumbres de los montes más elevados; he despojado al Libano de su verde manto; el orgulloso abeto y el soberbio cedro han caído bajo mis golpes.»

»En las laderas del Carmelo he levantado mis tiendas; en el fondo de espesos bosques he cavado fuentes cuyas limpiadas aguas he bebido; y bajo la huella de mis pasos he secado todos los lagos de Israel.

»Lo que ahora hago he hecho otras veces: preparo de lejos mis altos hechos y después les digo: ¡Llegad! Y las ciudades de las altas murallas rodeadas de verdes colinas se derrumban, y los brazos de sus defensores caen paralizados por la vergüenza y el espanto.

»A mi vista, los vencidos se secan como la yerba segada en el prado, como la planta que crece en los terrados y se marchita antes de florecer.

»Y el Eterno te contestó: ¡Soberbio! yo te sigo por donde quiera que pasas, y conozco tus guaridas: tus blasfemias han llegado al pié de mi trono. Yo pondré un anillo en tus narices y un freno en tu boca; yo te obligaré á volver atrás.»

El profeta guarda silencio, y los siete ángeles añaden:

«Y amanece el día sonrosado y risueño. La amenazadora profecía resuena aun en la colina de Sion. En el campo asirio todo es silencio y tinieblas: los innumerables guerreros yacen en tierra sin vida, y el Rey huye espantado. La justicia eterna acaba de cumplir su venganza... ¡Huye! ¡huye, Sennacherib! refúgiate en la casa de Nisroc!...»

El más sublime de los inspirados (1), aquel que á orillas del Kebar fué iniciado en la contemplación de la gloria divina, se aparta del celestial cortejo. Doce adolescentes del Cielo, ángeles y almas bienaventuradas se unen al profeta, que se eleva y pára junto al Mesías, á fin de celebrarlo á su vez con un cántico solemne. Majestuoso y bello es su vuelo; más majestuosa y bella es todavía la llama que lanzan sus ojos, mientras corre de sus labios este canto:

»¡Dios terrible! ¡cuántas veces no has vengado á tu pueblo escogido y paciente! ¡Cuántas veces no has aniquilado á los enemigos que pretendían destruirlo! En sangre ahogaste á

(1) El Profeta Ezequiel.

todos los que tenían sed de sangre: jamás escaparon á tu venganza los hombres sanguinarios.

«El mónstruo del Nilo (1) ¿no se asemejaba al asirio (2), que fué soberbio como el cedro del Libano cuando extiende a lo lejos su sombra protectora? Como él era rico en follaje; como él su cabeza era altiva y audaz.

«Las aguas que banaban su pié le hicieron crecer más pronto, y en medio de sus torbellinos se ha elevado más y más; y los torrentes mugían á su alrededor, mientras que los otros árboles del valle no eran regados sino por arroyuelos.

«Y se elevaba siempre más y más por encima de los otros árboles del valle, y sus inmensas ramas cubrían las regiones inmediatas: el árbol rey tenía agua y sávia en abundancia.

«En medio de su follaje, legiones de pájaros construyeron sus nidos, y todo lo que se agitaba en el polvo vino á establecerse cerca de las fuentes que murmuraban corriendo á su pié: las más grandes naciones se abrigaron á su sombra.

«Ninguno de los cedros del Señor le igualaba en belleza ni en elevacion, y á su lado las ramas del abeto parecían cortas, y era mezquino y pobre el follaje del plátano: era el más bello de los árboles del jardín del Eden.

«Dios lo había adornado de un verdor tan bello, de un tronco tan inmenso, de ramas tan grandes, que todos los

(1) En sus profecías compara Ezequiel á Faraón á una ballena tumbada en medio de las aguas. *Ezequiel*, cap. XXIX. Todo este pasaje hace alusiones al capítulo XXXI, en que Ezequiel predice la ruina de Faraón. Este profeta pasó con razón por el más oscuro de todos los escritores sagrados. Temiendo que fuera mal interpretado, los judíos hubieron de prohibir, aun á los levitas, leerlo antes de la edad de treinta años.

(2) Klopstock designa aquí al rey Sennacherib.

árboles del jardín le tenían envidia: su pomposa copa se alzaba siempre más y más á las nubes.»

«Y porque alzaba el Cielo su frente audaz, su corazón se había hinchado de orgullo. Entonces tú, vengador, le hiciste sentir tu poder, y lo entregaste á enemigos poderosos: la ley del Talion vino á pesar sobre él.

«Un poder extraño lo desarraigó, le hizo caer, y lo mutiló, dispersando sus despojos por montes y valles, y por las orillas de los arroyos: por todas partes yacían las rotas ramas del árbol rey.

«Y ya no daba sombra á las naciones, y las naciones fueron más lejos á buscar abrigo, y las bestias feroces vinieron á refugiarse en las ruinas del coloso caído. No le quedó más que las bestias feroces y las aves del aire.

«Su caída espantó á todos los árboles; ninguno se levantará en adelante por encima de las aguas, ni unirá el murmurio de su copa al rumor de los torrentes, ni tendrá ya nunca sombra tan vasta y tan fresca.

«Preciso es que descendan al sepulcro, preciso es que duerman en la tumba todos los que obligaron á la Tierra á inclinarse ante su poder de un día. ¡Cayó, cayó en el abismo el audaz Asirio!

«Y el abismo lo acogió con sordos gemidos, y los torrentes y los torbellinos callaron, y las aguas cesaron de correr, y el Libano se envolvió en un manto de duelo: hasta los árboles del valle se secaron.

«La tempestad lo precipitó en el fondo de los Infiernos con tanto estrépito, que las naciones quedaron sobrecogidas de terror; pero los árboles del valle se reanimaron, y las aguas de las alturas llegaron, por fin, á sus sedientas raíces.

«Con él cayeron los déspotas cuyo completo poder

dependía de la protección del soberbio tirano; desaparecieron las plantas parásitas que crecían á la sombra del árbol gigantesco: la muerte los hirió á ellos y á sus numerosas cohortes.»

El Profeta y sus compañeros callan, pero muy luego comienzan otra vez; á la manera que la Tierra, cuando tiembla y se agita, sólo interrumpe sus sacudimientos para lanzar á los Cielos nuevos remolinos de polvo y humo, nuevos gritos de dolor (1).

«Aun fué más terrible que la de Assur la caída del rey de Egipto. Semejante al dragon marino, hubo de lanzarse al rio; sus piés enturbiaron las aguas, removiendo el limo que dormía en su fangoso lecho; y el limo ensució las azuladas ondas.

»Y cuando exclamó: El rio me pertenece, yo me lo hice; las redes del Señor se extendieron sobre él, y acudieron los pueblos de todos los puntos de la Tierra, y empujaron al monstruo á las redes del Señor.

»Y cuando Dios lo retiró del rio, lo arrojó á la orilla; y todo lo que vuela en los aires, y todo lo que corre ó se arrastra por el polvo vino á comer de su carne. El Eterno se la había dado por pasto.

»Sus miembros palpitantes cubrían los montes y los valles, y su sangre enrojecía las orillas de las aguas, en que antes nadara orgullosamente: su impura sangre corría á borbotones.

»Y tiñó la cima de las montañas y regó los campos y los prados: la tierra saciada rehusaba ya beberla y la hizo correr hácia los arroyos, y los arroyos crecieron con sus espumosas ondas.

(1) El pasaje siguiente es una imitación de las profecías de Ezequiel sobre la ruina de Egipto. Véanse los capítulos XXIX y XXXII.

»Y cuando llegó al fondo de la sima, adonde la cólera divina lo había precipitado, encontró allí á todos los héroes que en otro tiempo habían, como él, inmolido á los pueblos á su feroz ambición: la espada del Señor los había aniquilado en medio de sus víctimas.

»Allí donde duermen todos, yacen también el Asirio y todos sus guerreros: la mano que los había herido abrió su tumba en medio de las rocas sepulcrales, y allí fueron precipitados todos los que habían sido el terror de los pueblos.

»Allí, donde yacen, se extienden las floridas campiñas de Elam (1), tumbas inmensas de tantos y tan valientes guerreros como exterminó la espada vengadora del Dios de las batallas: en ellas fueron precipitados todos los que fueron el terror de los pueblos.

»En esta misma tumba fueron también sepultados Mesec, Thubal (2) y sus cohortes; sus restos sucios y deshonrados no reposan sobre fascas de armas, última gloria del guerrero vencido; sus huesos dispersos blanquean el suelo.

»Orgullosa Faraon, estás aplastada á tu vez bajo los piés de los vencedores, bajo los piés de los poderosos que fueron el terror de los pueblos: la muerte te hirió en medio de todo lo que había muerto al filo de la espada.

»Los soberanos de Edom (3), caudillos de tantos ejércitos victoriosos, yacen en esta misma comarca, en el fondo de los sepulcros, adonde la cólera de Dios les hizo descender: ellos también cayeron bajo la espada que hirió á sus cohortes.

»Y con ellos desaparecieron los pueblos de la rica Sidon (4)

(1) Comarca de Asia que los griegos llamaban *Elymais*. Los pueblos que la habitaban estaban siempre en guerra con el reino de Judá.

(2) Nombres de dos caudillos de los enemigos de Israel.

(3) Comarca del Asia conocida de los griegos con el nombre de Idumea.

(4) La riqueza de esta magnífica Ciudad de Asia es antiquísima. Homero la canta en sus poemas.

y sus príncipes magníficos. Estos héroes murieron con el rubor de la vergüenza en la frente; pues la derrota les fué más cruel que la muerte, y cayeron vencidos en el campo de batalla.

»Estas innumerables víctimas, inmoladas en los combates, acogieron á Faraon en el fondo de los infiernos, y le persiguieron con gritos y maldiciones de desesperación.

»¡Dios destructor! ¡tú castigaste al orgulloso Faraon! ¡Dios del universo! ¡tu justicia le hirió á él y á sus cohortes, esparciendo por el mundo un terror santo!»

Desde lo alto del Empíreo, los ojos de los inmortales buscan en la errante Tierra la region en que se alza Jerusalem, y la contemplan con un gozo mezclado de tristeza. Pero muy luego los ángeles de la muerte desvían sus sombrías miradas, y las fijan en el valle de la Gehenna, La voz lejana de sus trompetas muge sordamente, como las olas del mar que se rompen contra las rocas de la orilla; y con acento lúgubre y lento hacen descender sobre Jerusalem estas sombrías palabras:

«¡Abismate, ciudad de Dios, abismate! ¡Desaparece en medio de los combates, en medio de una nube de humo y de un torrente de llamas, tú que has rechazado el brazo protector del eterno! ¡Ciudad de Dios, no seas ya más que un montón de ruinas!

»Jesús ha pronunciado sobre tí palabras de muerte. Roma las realizará, porque el águila arde en deseos de devorar su presa, y ya el Eterno dirige al guerrero llamado á destruirte: la venganza fulgura en sus fieros ojos.

»La reja del arado traza anchos surcos. El mismo Dios tiene la cuerda que los alinea, y guía la mano que siembra de sal el valle que ha visitado y que consagra al más grande

de los triunfos: gritos de victoria resuenan en los campos que ha medido.

»¡Quiero la sangre del Hijo! Tal fué el anatema que tu propia boca ¡oh Judá! ha hecho descender sobre tí desde lo alto del trono, y tus hechos han gritado más fuerte aun, y el caudillo romano te ha oído. ¡Desaparecerás de la Tierra! ¡serás aniquilada!»

Como el sabio que, en su dulce piedad, olvida la tumba, ó no la recuerda sino para asociar á ella el consolador pensamiento de la resurrección; ó bien como el viajero que, durante una bella mañana de primavera, examina con plácido alborozo la florida comarca que atraviesa, y envía al Creador su fervida plegaria; así los serafines que dirigen el cortejo del Mesías, contemplan su triunfal camino.

Las ondas de luz que lanzan los Cielos más elevados, donde innumerables estrellas describen sus eternas parábolas y se cruzan sin chocarse, inundan este camino aéreo de tan vivo esplendor, que los mismos serafines se sienten poseídos de un santo éxtasis, y su voz, llevada de estrella en estrella, entonan este himno solemne:

«Cantad su gloria, soles y mundos. Y vosotras, estrellas silenciosas, que atravesais la vía resplandeciente que él ha elegido para volver á la diestra de su Padre, repetid los salmos que la naturaleza dirige á su paso al que en su omnipotencia está por encima de todas las alabanzas.

»¡Oh admirable naturaleza! ¡no te canses de celebrar á tu Creador! ¡Inunde tu voz los Cielos para glorificarlo, y un rayo poderoso haga descender tus cánticos de gloria desde lo alto del santuario á las honduras del Cedron y al valle de las palmeras!

»Océanos de la Luna, océanos de la Tierra, haced oír el rumor de vuestras olas; que se eleve y mezcle con la armonía

sidérea, como el soplo que agita á la palmera eleva el dulce murmullo de las arpas á las regiones en que la trompeta terrible acompaña los salmos de los inmortales.

»¡Cuán imponente y majestuosa es vuestra marcha eterna, legiones de astros, cuyo número Dios solamente sabe! ¡Qué deslumbradores son vuestros rayos! Para anunciar al trono la gloria del Salvador, se confunden con las fascas de la luz divina, guardadora terrible del santuario de los Cielos.

»Por tí, Hijo del Eterno, entona el universo himnos de gratitud y admiración: por tí, fuente de todas las beatitudes; por tí, Santo de los santos, pozo inagotable de alegría y felicidad. Tú has enseñado á tus criaturas el camino que conduce á la salvación.

»Tú las guías á través de los senderos del laberinto hasta las inefables delicias de las eternas recompensas. De *aeon* en *aeon* conducirá el Salvador á sus escogidos á través de los sombríos rodeos del laberinto de la vida.»

Los serafines callan; pero el dulce hálito de su voz y el sonido de sus arpas, llevados por el aire herido, vibran aun en el espacio, y lo llenan de un vago murmurio, semejante á la misteriosa armonía de los bosques, cuando, en medio de sus negras rocas, muge á lo lejos el torrente; cuando de un inmenso tallar brota la fuente á borbotones; cuando sus aguas rápidas se deslizan por su lecho de piedras entre matorrales y arbustos; cuando el viento del Oeste agita el follaje del olmo, y balancea el descollado tronco del alamo. Mezcla encantadora de las melodías de la naturaleza, cuando acaricias el oído de una virgen, cree oír el preludio de la danza de sus bodas.

El divino cortejo continúa su majestuosa ascension.

No lejos de su vía, una estrella compañera del Sol acaba

de llegar al punto del infinito, marcado para su transformación.

Un estremecimiento convulsivo la agita y conmueve de polo á polo: el suelo se abre y se desploma; las montañas estallan y vomitan llamas; las aguas se agitan, hierven y se dispersan en ardientes vapores.

Para los mismos ángeles es horrible este desorden, en medio del cual las fuerzas primitivas que parecen extrañarse y perderse, esparcen la semilla de una nueva creación. Y la semilla se hincha y germina al punto, y se forman nuevos mundos.

Llevados sobre uno de los rayos de Sirio, los justos resucitados elevan su dulce voz, y entonan este cántico á la gloria del Señor:

«¡Amor sagrado del Hijo, tú eres la beatitud del Cielo! La razón te debe su antorcha divina, el sentimiento su fuego celestial. Tú eres el sol que se eleva para no descender nunca al Océano, el Sol, el día eterno de los bienaventurados.

»Ángel del trono, á quien el Eterno ha confiado la gran misión de guiar la marcha triunfal de su Hijo, á través de los espacios infinitos, para nosotros también, escogidos de Cristo, has desplegado tus poderosas alas; ante nosotros también agitas las palmas del triunfo.

»Ángel del trono, que te ciernes sobre nuestras cabezas, rodeado de los más brillantes rayos, dínos quién es el que saludan las legiones de los astros, deteniéndose ante él; quién es aquel por quien resuenan todas las armonías de los Cielos, y á quien proclama por su Señor el abismo retrocediendo ante él. Ángel del trono, ¿quién es? Ángel del trono, dínoslo.

»Es la víctima del altar del Gólgota, es el Mesías, que ha

sufrido por vosotros la sed, la vergüenza y todos los tormentos de las más terribles de las muertes; porque en el momento supremo, Dios mismo le abandonó. Angel del trono, tú lo has dicho, sí, es él.

»Torrentes de luz, salid al encuentro de la legion muda y temerosa que se eleva para aumentar nuestro cortejo desde las tenebrosas profundidades de la Tierra. Armonías del Cielo, murmurad más suavemente, preparad á los que suben á la contemplacion del Hijo en su divina gloria.

»¡Angel del trono, tú has proclamado por todo el universo el día del triunfo, el día de la vuelta de Cristo al trono eterno! Vosotros, todos los que gemís aun en los lazos de la vida terrestre, si Dios se digna permitirlo, apresuraos á dejar vuestro vaso de polvo, y venid á contemplar al Hijo de su gloria inmortal.

»El es el Señor y soberano absoluto. Elévense á él todas las plegarias; porque él envía de mundo en mundo al ángel que las escucha: á las regiones más altas, á los abismos más profundos lo envía á llevar las beatitudes celestiales que él solo puede dar.

»¡Oh arrobamiento inefable! Ved cómo resplandece el Hijo divino en medio de los ángeles, en medio de los resucitados á quienes su sangre ha redimido, á quienes su sangre ha despertado, á quienes su sangre ha transfigurado antes del día del juicio universal.

»Tú que fuiste siempre, ¿por qué celestial via has conducido á tu Hijo á través del laberinto de la muerte? La marcha triunfal ha comenzado cerca del sepulcro. El Hijo del Eterno ha salido de las tinieblas que rodeaban su agonía.

»En el Océano de la creacion, donde la ola que se hace montaña va á caer sobre la orilla, allí mora tu pueblo, divino Redentor. Limpio de pecado, no tenia necesidad de

la sangre de la redencion, y sin embargo, esa sangre ha corrido por él: tú lo has santificado con tu bendicion.

»Y nuestro pecado se ha borrado; su voz acusadora quedará muda, y á través del pórtico de la mansion de los ángeles, no buscará ya el oído del Juez supremo para pedirle venganza.

»El acento de esta voz era tonante y terrible, y el oído del Juez era sutil. Pero el Mesías dijo: *Todo está consumado*. Y cantos de victoria se elevaron por encima del altar del sacrificio. El pecado oyó las palabras divinas del Crucificado, y quedó mudo para siempre.

»Cristianos, como vosotros, cantamos la gloria de Cristo al pié del trono. Allí donde extienda para vosotros su sagrada sombra el árbol de la salvacion, nosotros tambien seremos abrigados; allí donde brote para vosotros la fuente de la salvacion, nosotros tambien apagaremos nuestra sed.

»Hijos de los tiempos pasados, vosotros habeis conocido los terrores de los réprobos. Huyendo de Horeb (1), sentisteis correr por vuestras mejillas lágrimas ardientes, lágrimas de sangre, porque la mano del Juez os habia herido.

»Pero nosotros... jamás hemos gemido al borde del precipicio donde yacen la muerte y la condenacion, donde se chocan los platillos de la balanza, donde se desborda el caliz de la cólera divina. Nosotros no hemos sentido jamás las terribles emociones del naufrago, á quien la irritada ola que debia estrellarlo contra las rocas de la playa, deposita en una florida orilla.»

Otros coros entonan nuevos himnos. La tierra no tiene nada de comparable á estos celestiales cantos: son más dul-

(1) *Horeb*, montaña de la Arabia Pétreá. Moisés se estableció en ella con su pueblo, pero una orden de Dios hubo de arrojarlo de allí. *Deuterón, cap. 1.º*

ces que la voz del amor; más solemnes que los suspiros del moribundo; que ya entrevé los cielos que le aguardan; más ardientes que los gritos de alegría del resucitado, cuando se eleva por encima de su sepulcro.

El cortejo aéreo acaba de llegar á la dichosa estrella habitada por la raza de hombres, á quienes no envileció nunca el pecado ni puede tampoco herir la muerte (1).

Al ver aparecer sobre su mundo al Mesías y á los resucitados, estos inmortales se reúnen en apiñados grupos, que muy luego forman una multitud inmensa.

En medio de ellos está el padre comun de todos ellos, y con la cabeza elevada al cielo exclama:

—«¡El Redentor!»

Después se postra de rodillas.

Sus innumerables hijos se prosternan también al rededor suyo, y de bosque en bosque, y de montaña en montaña, repite el eco:

—«¡El Redentor! ¡El Redentor!»

Joa (2) está entre ellos: el Salvador lo ha traído de los valles de la muerte á esta risueña mansion de la vida, donde siente con más placer la dicha de su nueva inmortalidad.

Penetrado de agradecimiento, une su voz á la de los habitantes de esta estrella afortunada, y exclama con ellos:

—«¡El Redentor! ¡El Redentor!»

(1) Klopstock habla aquí de aquella raza de hombres inmortales de que hizo un cuadro encantador en el Canto V.

(2) Este joven inmortal aparece en el Canto XVI entre las almas juzgadas por el Mesías en el monte Tabor. La falta de que se hizo culpable arrastra un severísimo castigo. El poeta supone aquí que ha hallado gracia ante el Redentor, pues nos lo presenta de vuelta á su dichosa estrella en medio de su familia.

Mientras el Hijo del Eterno escucha los salmos de estos escogidos, y los recompensa arrobándolos en dulce éxtasis, la voz de dos mortales se eleva de la mansion de la Tierra. Han visto resucitados, y esta vision los ha iniciado en los secretos de los Cielos.

El Dios reconciliado y el Dios reconciliador se dignan escucharlos.

Arboles majestuosos protegen con su sombra á estos dos cristianos futuros; un aliento embalsamado los halaga suavemente, y el murmullo del arroyo se mezcla á la dulce voz de la esposa, que ama con amor constante á su Dios y al compañero de su vida que le ha dado.

La esposa canta así:

«Elévate, alma mia, creada por el Hijo para llegar á ser heredera de la luz. El te ha remitido. Une tus tímidos acentos á los coros de los resucitados que le siguen á los cielos. Cuando ellos habitaban la Tierra, su voz, como la tuya, era incierta y temblorosa.»

Arboles majestuosos protegen con su sombra á estos dos cristianos futuros; un aliento embalsamado los halaga suavemente, y el murmullo del arroyo se mezcla á la dulce voz del esposo, que ama con amor constante á su Dios y á la compañera de su vida que le ha dado.»

Y canta así:

«¡Oh tú, el más santo de los santos! Tú solo subsistes por tí mismo. Al rededor de tu trono, los astros que hiciste salir de la nada celebran tu gloria, describiendo sus inmensas parábolas. Léjos de ese trono, un débil átomo de la creación se prosterna en el polvo, y procura expresarte su admiración y agradecimiento; porque sabe que tú le oyes, aunque te habla desde el fondo del tenebroso valle de los sepulcros.

»Entre los solemnes salmos de las legiones de estrellas,

mi humilde plegaria llega á tí, fuente de luz y beatitudes celestiales; á tí, que por sombríos laberintos nos conduces hasta el pié del trono en que reinas como soberano.

»Santo de los santos, Dios infinito, este canto de felicidad y arrobamiento que envío hácia tí, penetra la oscuridad que me separa de los Cielos, y se une á los salmos de tu brillante séquito. Tú escuchas los votos que oso dirigirte, y adivinas los que mi pensamiento no puede formular.

»Dios de bondad, no apartes jamás tu protectora mirada del heredero de la muerte; seca la fuente de amargas lágrimas que sin cesar derrama aquí bajo. Si tu inmutable sabiduría quiere que el sufrimiento y la desgracia sean su única herencia, ármalo de santa resignación y guíalo hasta el trono en que la contemplación divina sea su recompensa.»

Y calla abrumado bajo el peso de una emoción desconocida. Pero muy luego su piadoso ardor lo reanima, y canta con voz más fuerte:

«La voz del más humilde de tus hijos pasa desapercibida sobre la Tierra; pero el que escucha los coros celestiales la oye, porque se mezcla á sus melodiosos acentos, semejante á la hoja que se agita y murmura, cuando el eco de las montañas repite el bramido del trueno, cuando el torrente precipita sus espumosas ondas sobre la verde alfombra del valle.

»Arpa consagrada al Señor, despiértate; sigue el vuelo de los cánticos celestiales, y sea tu canto de fiesta un himno á la gloria de Aquel que la armonía de los astros y el santo éxtasis de los arcángeles celebran. Suspirad sus alabanzas, trémulos labios míos. ¿Cuál de tus beneficios será el primero que cante? ¿Cuál terminará mi himno?

»Celebrarte, Salvador del mundo, es gozar anticipada-

mente las alegrías del Cielo. Pero ¡ah! ¿Quién podrá llenar dignamente un deber tan grande y bello?

»El pensamiento se confunde queriendo elevarse hasta la inmensidad de tu gloria; la imagen que había osado formarse de esta gloria se vela de santas tinieblas, y desaparece como las comarcas encantadas que, al salir el Sol, se dibujan en los aires, y se desvanecen cuando el astro ha pasado el horizonte. Las santas tinieblas han velado la imagen que me he atrevido á formarme de tu gloria: te cantaré, sin embargo; escucharé el eco de los coros celestiales, y los repetiré sobre la Tierra con un piadoso estremecimiento.

»¿Quién te se asemeja? ¿quién puede compararse á tí, Dios poderoso? Tú concebiste la existencia antes de dar á sus innumerables criaturas sensaciones, pensamientos, un destino. Tu mano arrojó la semilla de la creación al infinito; ella la separó y cubrió de numerosas capas de *aeones*, á fin de que germinara y madurara esta semilla divina.

»Y cuando hayan pasado los *aeones*, comenzará la cosecha eterna del trono; la creación habrá llegado á su objeto y la alegría y el dolor nos servirán de guía para introducirnos en el reino de la luz.

»Y el que haya llorado, como el que haya reído, reconocerá que todo lo que les parecía noche y misterio los preparaba á la salvación eterna.

»Pero antes que tú llegues, día del desenlace de la creación, el hombre mortal sufrirá en esta tierra, como la flor que se seca en un suelo árido, y sentirá con estremecimiento la llegada de la muerte, la proximidad de la destrucción. Los llantos y gemidos le harán olvidar el fin de su paso por la Tierra, á él, que debería pensar siempre que Dios lo ha predestinado á la felicidad eterna y que su voluntad se cumplirá.

»Soberano del mundo, sí, se cumplirá tu voluntad bienhechora. ¡Ah! ¿Por qué no ha de poder contestar la Tierra á los gritos de alegría de los Cielos sino con suspiros y sollozos? ¿Por qué del valle de los sepulcros se elevan voces tristes y lamentosas á las regiones en que el dulce murmurio de las arpas se une á las voces de los ángeles y á los cantos de gratitud que interrumpen las lágrimas de alegría?»

Querubines y resucitados entonan el cántico de la ruina de Babilonia; y el coro de los resucitados canta así delante del Redentor:

«¡Sombrio es y terrible el día del juicio del Eterno! La muerte apresura su paso de hierro; la tempestad precipita su vuelo destructor; nubes proféticas les preceden, y Dios realiza las profecías de las nubes.

«¡La soberbia Babilonia cae en ruinas; la Tierra y los mares se estremecen al estrépito de su caída; el rayo surca los cielos!... Los designios del Eterno se han cumplido; y la trompeta terrible, que anunciaba el día de la justicia, no resuena ya en la region conmovida.

«¡Se ha derrumbado la soberbia Babilonia! ¿Es este día terrible el último que desenvuelva la cadena de los tiempos? ¡Babilonia no es ya más que un monton de ruinas! ¡Ay, ay de tí, orgullosa ciudad, que descendes á la abrasada sima!»

Querubines y resucitados entonan el cántico de la ruina de Babilonia; y canta así el coro de los querubines:

«¡Se abisma, desaparece la gran Babilonia! Fermenta y hierve el tósigo mortal que ofrecia en su engañosa copa. Para tí, Babilonia, para tí ha llenado hasta los bordes el Renumerador el cáliz del juicio supremo.

»¡Ciudad destruida, durante mucho tiempo se embriagó

el mundo en tu pérvida copa, bebiendo en ella la seducción, el vértigo, la rábía y la muerte!... La hora de la venganza ha sonado; el Eterno ha derramado sobre tí el caliz de su cólera, y tú has caído muerta de embriaguez.»

Los bienaventurados que han cumplido ya el glorioso destino del martirio, celebran así el día de la primera resurrección:

«¡Vosotros á quienes Dios se digna vengar! Vosotros pasáis de los tenebrosos valles de la Tierra al reino de la luz, vestidos con la blanca túnica de la salvacion, y rodeados del esplendor de los astros, vosotros á quienes Dios se digna vengar.

»Vosotros cuya sangre ha corrido con la suya, recibid la recompensa que os destina: el Dios que murió en la cruz os asocia á su gloria y su poder. Sépalo en fin la Tierra, muda de temor y de sorpresa: todos aquellos á quienes ella rechace y aun inmole, porque no quieran quemar el incienso de Dios ante el trono de Satanás, se sentarán al rededor del trono del Eterno, y reinarán con él sobre los mundos.»

Desconocida y solitaria, léjos de las soberbias islas que se proclaman soberanas de los mares, Pátmos se oculta entre las espumosas olas que se amontonan al rededor de ella.

Un día, en estas desiertas playas resonará la trompeta divina al oído del discípulo encargado de anunciar á las edades futuras la más misteriosa revelacion de su divino Maestro. En las umbrías de esta dichosa isla, el Hombre-Dios se dignará mostrarse á su profeta. Se le aparecerá rodeado de siete antorchas, vestido con larga túnica de lino, ceñido con un ángulo de oro y con cabellera blanca como la nieve. Su mirada será una llama, su semblante será un

sol, su pié será de bronce; una cortante espada saldrá de su boca, y tendrá siete estrellas en su mano derecha.

Y lleno de temor ante esta vision, el profeta caerá en el polvo, y el Juez del mundo le hablará. No juzgará aun el universo; pero pronunciará la sentencia de las siete primeras iglesias, y dominará la misericordia en esta sentencia (1).

Desde há mucho tiempo los ángeles y los patriarcas presienten este acto de misericordia, y los cánticos que dirigen al Dios elemento expresan la dulce certidumbre de que hijos innumerables, como las gotas de rocío que destilan las nubes de la mañana, nacerán de estas iglesias para la vida eterna, y de que Jesús velará por ellas con una ternura más inagotable que la de la mejor de las madres para con su amada familia. El corazón de una madre se cierra para hijos demasiado culpables; el amor y la misericordia de Cristo no conocen límites.

Y los ángeles y los patriarcas cantan:

«¡Éfeso (2)! ¡desgraciada Éfeso! vuelve á tu primer fervor: tu caída ha sido profunda; levántate; ó tu antorcha caerá, y se apagará su llama.

»¡Gloria á tí, Mediador divino! Tú tienes eternas recompensas para el pecador que se levanta; tú lo conduces sobre las ruinas del torrente, cuyas transparentes ondas emanan de tu trono y bañan el pié del árbol de la vida. Tú le permites sentarse á su sombra y coger sus sagrados frutos.»

Otro coro, cerniéndose en regiones más elevadas, arranca

(1) Este pasaje es una imitación del capítulo 1.º del Apocalipsis.

(2) Una de las primeras iglesias era la de Éfeso. Todas ellas estaban establecidas en ciudades de Asia, á saber: Éfeso, Smirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicéa.

sonidos poderosos á sus arpas, y canta con toda la exaltación del éxtasis:

«Dignos de tí son, Hijo del Eterno, tus hijos de Smirna; pues arrostran la vergüenza y el cautiverio, y sufren con alegría: fieles te serán hasta la muerte; la corona del martirio les aguarda.»

Y un coro de resucitados canta con voz dulce y compasiva:

«¡Cuán digna de envidia es tu gloria ¡oh Pérgamo! En tu seno caerá bañado en su sangre, muriendo por su Dios, el mártir Antipas. Inmortales, repetid este nombre, repetidlo en alta voz: ¡Antipas! ¡Antipas!»

«Pero hay entre los tuyos ¡oh Pérgamo! quienes, semejantes á Balac (1), te causan gran escándalo. El maná misterioso no alimenta más que á los fieles: para ellos solos darán un día testimonio los Cielos.»

Y un coro de ángeles canta con voz dulce y compasiva:

«Tiatira, tú tienes la fé y el amor; eres animosa, caritativa y paciente; pero permites que una pérfida mujer que se dice profetisa seduzca á los débiles y tienta á los fuertes. No olvides que tu juez penetra hasta el fondo de los corazones.

»Aquel á quien el Salvador halle puro y sin tacha, reinará por él en todas las naciones; en su mano pondrá un cetro de bronce, y adornará su cabeza con una corona de estrellas.»

A los cánticos ruidosos, á las dulces melodías de las arpas, al llamamiento de la trompeta terrible, sucede súbitamente un profundo silencio: sólo algunas voces aisladas se elevan al Mesías implorando su misericordia.

(1) Rey de los Moabitas, que llamó á Balaam para que maldijera á Israel.

«Juez del universo, ten piedad de Sardes. ¡Infortunada Sardes! Ha muerto, y las ilusiones que la han perdido le hacen creer que vive todavía. ¡Divino Mediador, ten piedad de ella!

»Despiértate del sueño de la muerte, desgraciada Sardes. La venganza del Juez truena ya á lo léjos. Su vuelo es rápido; escucha su voz terrible, voz que despierta á los muertos.

»El vencedor recibirá vestiduras blancas; su nombre brillará en el libro que desde el primer día del mundo designa á los escogidos, y el Salvador pronunciará este nombre en presencia del Eterno y de los ángeles.»

Y otro coro, cerniéndose en regiones más elevadas, arranca sonidos poderosos á sus arpas de oro, y canta con toda la exaltación del éxtasis:

«¡Salve, Filadelfia! El Señor te ha dado poca fuerza; y sin embargo, no le desconoces, y estrechas los lazos de la nueva alianza. Los réprobos que Satanás ha seducido se acercan temblando, y caerán delante de tí en el polvo.

»¡Salve, Filadelfia! El Señor te ha dado poca fuerza; y sin embargo, no le desconoces, y estrechas los lazos de la nueva alianza. Cuando peses sobre la Tierra, hora de la desolación y del espanto, pasa ligeramente sobre Filadelfia, la amada del Señor. Rebaño fiel, conserva solícitamente tus sagrados tesoros, á fin de que no te sea arrebatada la corona de la salvación.

»El Vencedor brillará en el templo, donde el Mesías distribuirá sus recompensas, y será su más firme columna, su más poderoso apoyo.»

Una voz agitada por esa dulce tristeza, que entre los mortales se traduce en lágrimas, vibra sola, y canta así:

«Escucha ¡oh Laodicéa! los compasivos acentos que te

llaman, y despierta de tu sueño letárgico. Tus ojos están ciegos, y tu espíritu herido de vértigo. Tú, que fuistes la escogida del Señor, oye la voz que te llama. ¡Despierta, oh Laodicéa!

»Hombre-Dios, divino Redentor, tú te has dignado visitar al pecador arrepentido, y compartirás con él la comida de la tarde. Pero el vencedor que permanezca firme, recibirá una corona inmortal, y tú lo elevarás al trono donde reinas en el seno de la luz (1).»

El triunfal cortejo se eleva más y más en el círculo radiante de los Cielos. Inspíranse las arpas en manos de los profetas, y de sus cuerdas de oro brotan torrentes de armonía, imponentes y graves como el pensamiento que les hace vibrar.

La voz de los ángeles se une á estos acordes celestiales, y canta así la gloria del Mesías:

«Descendió del reino de la luz, donde brillaba en todo su esplendor, y sus legiones hicieron oír el terrible llamamiento del juicio. Y las sombras del sepulcro arrojaron sus víctimas, cuando se hizo oír el terrible llamamiento del juicio, cuando se hundieron las montañas y los mares.

«Las cohortes redimidas con su sangre se despertaron, y rayos de luz celestial irradiaban de sus vestidos; y sus cantos de triunfo, ruidosos como los bramidos de las olas, subieron á los Cielos, cuando se hizo oír el terrible llamamiento del juicio.»

Abrumadas bajo el peso de su emoción, callan los arcángeles. Las melodías de las arpas resuenan aun á través de los espacios; pero muy luego la voz de los arcángeles se hace oír de nuevo:

(1) Este cuadro de las siete iglesias primitivas es una imitación de los capítulos II y III del Apocalipsis.

«¡Semilla divina! Tú dormiste hasta el momento en que Dios te ordenó cubrir estos campos de doradas mieses. ¡Bienaventurados vosotros, los que de polvo en polvo la muerte perezosa encerró en su seno! Vosotros visteis pasar el *aeón* de los mortales.

»Semilla divina, tú brillas ahora en todo el esplendor de tu madurez, y el llamamiento á la siega resuena en los campos del Señor. ¡Bienaventurados vosotros, los que de gloria en gloria ha reunido el Señor! Vosotros entráis triunfantes en los esplendores de los nuevos *aeones*.»

Los más grandes de los ángeles elevan su voz; una celestial sonrisa entreabre sus labios, y los poderosos acordes del salterio acompañan sus cantos de ventura.

«¡Despertaos, muertos! Muertos, despertaos! La llamada del juicio se hace oír, y un grito de alegría anuncia la siega. Por donde quiera que el polvo duerme pacíficamente, oye el polvo este grito y la voz de los ángeles custodios que proclama el día del juicio.

»Apresuraos, elevad vuestras miradas hácia el trono, vosotros á quienes llama Dios con el acento de la clemencia. Despertaos, cerned vuestro vuelo por encima de vuestros sepulcros, vosotros á quienes Jesús se digna absolver sin juicio. Venid á recibir las palmas del triunfo.

»Id á sentaros cerca del Hijo del Eterno, bajo los rayos de oro que protegen vuestros tronos. Elevaos todos, vos otros los que lleváis vestidos blancos y estigmas ensangrentados. Llegad, jueces del universo, venid á recibir la corona del triunfo.

»¡Hélos aquí! Inundados de rayos celestiales, dirigen su vuelo grave y terrible hácia el trono en que se agita la tremenda balanza del Juez supremo. La sangre derramada en el Gólgota resplandece en torno de ellos; sobre sus cabezas brillan las coronas de la victoria.»

Una inmensa cadena de montañas de cristal, atraviesa la estrella de Saroná. Desde el seno de sus montañas, los habitantes de este astro ven los mundos más lejanos, y á través de este prisma les parecen más grandes y bellos. Y cuando los ecos de estas moles transparentes repiten los cantos de fiesta de los Cielos, estos cantos vienen á ser más melodiosos y suaves.

Entonces una multitud innumerable rodea el pié de los montes, se extiende por sus amplias laderas, y trepa á las puntas más altas de sus resplandecientes cumbres. Allí se detiene y escucha silenciosa y pensativa.

De repente una alegría inefable dilata todos los corazones y brilla en todos los ojos: el cortejo triunfal del Mesías pasa por encima de sus montañas transparentes.

Del punto en que la imagen del Hombre-Dios se refleja, brotan rayos vivos y suaves, que velan el esplendor de su magnificencia, y no dejan ver más que su belleza Divina. Allí también el murmurio de los ecos, que repiten los cantos de triunfo, es más armonioso y sonoro.

De en medio del coro de los profetas, Débora y Miriam elevan súbitamente sus dulces voces, y los acordes de las arpas que las acompañan expresan, ya una celestial melancolía, ya un noble entusiasmo.

Cuando la tempestad calla y se enderezan los árboles que ha inclinado, el arbusto se estremece aun bajo el ligero soplo de la brisa. De esta manera, á los himnos de los ángeles suceden los cantos de Miriam y Débora:

«¡Oh muerte! Tú, que en otro tiempo nos causaste tanto horror, no eres ya para nosotras sino una fuente de indecibles felicidades. Jamás conocerá las delicias de la resurrección el que en el fondo de los nocturnos valles no ha dormido en los brazos de la destrucción.»

»Vosotros, que sois inmortales, no habeis descendido al campo de dolor que recorre el peregrino de la Tierra; vosotros no habeis visto nunca abiertos los sepulcros en que yacen los huesos de vuestros hermanos.

»Vosotros no habeis visto la descomposicion que se apodera de todo lo que duerme el sueño de la muerte, devorando hasta los frios restos de los objetos de vuestro cariño. Vosotros no habeis oido jamás el ruido siniestro de la pala que abre el sepulcro, y vuelve á echar la tierra que ha sacado sobre el peregrino que ha desaparecido para siempre del mundo.

»Jamás la voz lúgubre y sorda del ataud que descende á la fosa os ha recordado, que sobre vosotros tambien rodará un día la tierra fria y pesada que cubre los dispersos huesos de vuestros hermanos.»

Y como los torrentes impetuosos que vomitan las nubes, y que en su ruidosa caída labran los flancos de las rocas, los corazones de los profetas lanzan á través de lo infinito este fulgurante salmo:

«Muertos, despertad; la trompeta del juicio ha sonado. ¡Muertos, despertad! El seno de la noche se desgarrá; el abismo de los mares, los fundamentos de la Tierra tiemblan y gimen. Los huesos han oido el llamamiento supremo que los arcángeles hacen en alta voz.

»Los dorados palacios y las rústicas chozas se derrumban. Los muertos que la tierra cubre, que las aguas se han tragado, se levantan, y los vivos mueren y se despiertan.

»La noche reina siempre, el terror llega y ordena la fuga; los campos, los bosques, la cima de los montes desaparecen bajo las irritadas olas. ¡Silencio, arpas de oro! silencio ante los sofocados gritos que los dolores del alumbramiento arrancan al universo.

»Desde lo alto del trono, el trueno zumba; el sonido de la trompeta llama y amenaza; la tempestad vuela, brama, y lleva de polo á polo el terror y el espanto. ¡Silencio, arpas de oro! Silencio ante los sofocados gritos que los dolores del alumbramiento arrancan al universo.»

Dos arcángeles se elevan por encima del cortejo, y el primero de ellos canta:

«Vosotros, á quienes la llamada de la trompeta causa horribles terrores, vosotros tambien resucitareis. ¡Ah! ¡Por qué no os encierra para siempre la noche en los valles de la destruccion; á vosotros, á quienes la sentencia del trono ha arrojado al abismo!»

Dos arcángeles se elevan por encima del cortejo, y el segundo de ellos canta:

«Voz tonante del Juez supremo, tus terribles acentos resuenan demasiado alto por encima de los sepulcros. Tus desgraciados hijos te piden un sueño más largo, un sueño eterno. ¡Vana esperanza! salen de la noche gimiendo y exclaman: ¡Montañas, caed sobre nosotros; cubridnos, montañas!»

El silencio reina otra vez en el cortejo triunfal, y semejantes á las flores primaverales que el soplo de la mañana desprende del árbol y lleva á través de los aires, Benoni y Miriam, la hermana de Lázaro, se elevan por encima de los resucitados.

Benoni está brillante y bello como el primer rayo de un sol de estío; Miriam bellísima y serena como una noche de Primavera argentada por los dulces rayos de la Luna.

Los dos unen sus voces, y las dirigen al abismo donde Satanás está derribado y sin movimiento, á fin de hacerle saber la extension de la felicidad de los bienaventurados muertos en el Señor:

«Truena, canto majestuoso; lleva el espanto al fondo de la noche terrible, donde yace el rebelde de la Gehenna. Vosotros, á quienes él precipitó en la muerte eterna, despertaos y escuchad.

»Vosotros que, bajo el peso de las miserias humanas, gemisteis y padecisteis; vosotros á quienes la muerte hundió en el seno de la tierra; vosotros os despertareis, y sereis admitidos á la contemplación divina.

»¿Lo oyes tú, que te hiciste su asesino? En vano los acusarás cuando acabe el tiempo: ellos serán admitidos á la contemplación divina, y saldrán de sus sepulcros todos los que sufrieron los horrores de la muerte, los horrores de la destrucción.

»Tú pasaste los días, tu pasaste las noches en acusarlos al pié del trono con el sarcasmo del ódio. No solamente hiciste salir del polvo el pecado, sino que denunciaste también las debilidades y los errores, rodeándolos con una nube sombría, antes de depositarlos al pié del trono del Juez supremo.

»¡Pérfido acusador! Jesús te ha precipitado al fondo de los abismos, donde yacen las torturas, los gemidos y la muerte eterna. Para tí no hay resurrección; para tí no hay contemplación divina.»

Uno de los ángeles de la muerte deja caer la tremenda trompeta, y canta así:

«Del fondo del más negro valle de los Infiernos se han levantado voces lamentosas y suspiros sofocados: á estos lúgubres murmurios se han unido los bramidos de la tempestad, y los rumores del torrente, y el estrépito de las rocas que se precipitan, y gritos de rabia y de venganza. Y semejantes á los últimos rayos del día que huyen ante la noche, huimos nosotros tristes y pensativos.»

En los ojos de Gabriel brillan lágrimas, y el ángel las siente correr con felicidad; y con estas lágrimas divinas corren los dulces acentos de su voz profética, que canta los secretos del porvenir:

«Vestida con la blanca túnica de la inocencia, elévase al Cielo la esposa divina, y brilla con todo el esplendor de la redención. Y absorta en las beatitudes de la contemplación, escucha las melodías celestiales, que le llegan con la tonante voz que pronuncia las sentencias de la justicia suprema.»

Exaltado por los cánticos proféticos que revelan los misterios del porvenir, el cortejo se eleva más ligeramente y con más rápido vuelo á las regiones de las celestiales claridades. Ninguna arpa queda, ningún corazón suspende sus fulgurantes salmos, y todos los inmortales cantan á la vez.

Y mientras el triunfal cortejo se eleva con vuelo más rápido de las regiones de la Tierra al trono divino, entra en el reino de la luz Aquel á quien iluminó en la cruz una mirada del Dios de misericordia, y entran en el reino de la luz todos los pecadores rescatados por la sangre de la redención.

Un coro de arcángeles rebasa los demás coros, y envía á los profetas este canto de ventura:

«Vosotros que fuisteis precipitados á los sepulcros de la Tierra ó á los abismos del mar por la sentencia terrible que pronunció el Señor bajo las frescas sombras del Eden, primogénitos del polvo, levantaos en todo el esplendor de vuestra nueva magnificencia; apresurad vuestro vuelo; id á juzgar con el Maestro que ve inclinarse ante sí el brillante santuario de los Cielos y las verdes colinas de la Tierra.

»En otro tiempo, la mano de Dios salió de las tinieblas, y trazó en la pared de la sala del festín la sentencia del rey impío. Jehová te había pesado á tí, que gobernabas el

mundo segun tu capricho, y te halló falto; y para que se sepa en el último juicio cuán falto fué hallado el pecador, una voz descendió del trono y dijo:

«El libro de la vida hará constar un dia maravillas consumadas por el Hijo, cuando vivia la vida del polvo; y él enterrará en silencio y derramando piadosas lágrimas este libro (1), en que el Dios vengador suscribe los actos de los hombres en letras resplandecientes, como el rayo cuando rasga las tinieblas de la noche.

»Los escogidos desplegarán al pié del trono las páginas de este libro, como el Océano desarrolla sus olas en su inmenso lecho, y sus letras resplandecientes esparcirán el terror y el espanto. Primogénitos del polvo, levantaos con todo el esplendor de vuestra nueva magnificencia; apresurad vuestro vuelo, id á juzgar con el Señor, que ve inclinarse ante sí el brillante santuario de los Cielos y las fúnebres colinas de la Tierra.

»Es el más grande de los días el que revela los misterios de Dios, cuya voluntad suprema reina sobre la eternidad. Los Cielos han visto acercarse ese gran dia: regocijaos todos vosotros á quienes el gran dia alumbra y conduce por el laberinto en que hasta aquí habeis andado sin guía.

»Aun dura el dia de los terrores; aun pesa sobre el mundo el dia del juicio; aun se estremecen ante la terrible sentencia del Hijo los que fueron rechazados por esta sentencia. Los reyes desconcertados y trémulos andan aun errantes á través de los desiertos exclamando: ¡Montañas caed sobre nosotros! ¡cubridnos, montañas!

(1) Todo este pasaje es una imitacion del capitulo III de Daniel donde refiere la vision que tuvo de la resurrección general. En esta vision Dios le entrega el libro en que inscribe las buenas y malas acciones de los hombres, y le ordena enterrarlo hasta el tiempo en que los ángeles vengán á abrirlo para juzgar á los muertos.

»Pero las montañas permanecen sordas á vuestros gritos: el dia del juicio pesa aun sobre vosotros; aun gimen los que te escarnecieron, Cordero inmolado. Derrumbaos, montañas estremecidas; cubrid todo lo que existe, porque la omnipotencia está irritada: la víctima que derramó su sangre en la cruz hace descender sentencias de muerte desde lo alto de su trono.

»El dia de la salvacion luce siempre. El Dispensador de la herencia de la luz distribuye siempre á los escogidos su parte; las tenebrosas vias del laberinto de la vida se aclaran más y más siempre; Dios alza siempre más el velo que ocultaba la senda de la Providencia, y su mano liberal distribuye sin cesar á los bienaventurados que permanecieron fieles á su Salvador, palmas, coronas y vestiduras purificadas con la sangre de la redencion.»

Lágrimas celestiales brillan en los ojos de los escogidos, que glorifican al Dispensador de la herencia de la luz; pero en su dulce humildad no se atreven á levantar la vista á él, porque brilla con todo el esplendor de su gloria. Sus arpas no dan más que sonidos débiles y temerosos; pero los rayos que el Salvador hace descender sobre ellos los penetra de una alegría indecible, y les da fuerzas para unir á los salmos de los Cielos este canto de ventura:

«Oriente del Empíreo, Hijo del Señor, luz de la luz, Redentor del mundo, tú que, el dia del juicio, tendrás la balanza en que han de pesarse los pecados de los infelices para quienes corrió en vano la sangre de la redencion;

»Glorificado seas, Hijo del Señor, luz de la luz, Redentor del mundo, tú que, el dia del juicio, tendrás la balanza en que han de pesarse los pecados de los infelices para quienes corrió en vano la sangre de la redencion.

«De tu resplandeciente trono ¡oh causa primitiva! mana impetuosa como el Océano del mundo, la fuente de la salvación. Mirad, arcángeles, ved como se extiende por todas las regiones del universo el Océano de la salvación.

«Vosotros lo veáis ya, cuando las tinieblas de la muerte nos lo ocultaban aun. Cuando, en medio de las sombras del valle de los sepulcros, los míseros átomos de polvo acusaban á su Dios, y Dios en su misericordia los escuchaba en silencio y sin fulminar sus rayos, vosotros veáis ya el inmenso Océano de la redención.»

Sin interrumpir su rápido vuelo hácia el trono de los Cielos, Jesús decide la suerte de las almas que acaban de dejar sus vasos mortales. Las sentencias de su inmutable justicia abrazan todas estas almas á la vez: las unas descienden hácia los abismos de la muerte eterna; las otras se elevan cada vez más, y aumentan el triunfal cortejo, en que se dejan oír voces aisladas.

Estas voces celebran así la llegada de los nuevos hijos de la inmortalidad:

«He aquí que llegan las almas que nos envían todos los países, los pueblos todos de la Tierra.

«Vosotros todos, que habeis dormido en vuestros sepulcros, tomáis en fin vuelo sublime, y venís á ser luz. La antorcha del Redentor os alumbró é inspira, y su magnificencia se despliega ante vosotros.»

Las almas escuchan con arrobamiento, pero ignoran todavía quién es el celestial espíritu conducido á través del infinito por el cortejo triunfal.

Al principio creyeron reconocer en ellos, hombres, hermanos; pero á medida que los contemplan más de cerca, se sienten agitados por un santo estremecimiento, porque las deslumbra su belleza majestuosa y espléndida.

Uno de los resucitados las tranquiliza, dirigiéndoles estas palabras:

«Sí, antes éramos hombres como vosotros, y vivíamos de la misma vida que vosotros acabais de dejar; pero nos ha transfigurado el divino Redentor, á quien veis marchar delante de nosotros sobre las estrellas, y cuyas gloriosas llagas resplandecen con los puros rayos de la luz primitiva. Contempladlo; el momento decisivo ha llegado para vosotros: podeis aceptar ó rehusar su divina intervencion; la muerte ha roto todas vuestras cadenas, pero jamás habeis sido más libres que lo sois en este momento.»

Estas palabras aumentan las dudas é incertidumbres de las almas.

Un ángel, intérprete del pensamiento de Cristo, se dirige á ellas, les hace descender á una estrella, y les ordena esperar allí las enseñanzas que han de hacerlas dignas de entrar en la mansion de los bienaventurados.

Los coros celestiales que abren el cortejo triunfal ven á lo lejos el trono del Eterno rodeado de santas tinieblas.

Sobrecogidos de respeto, los ángeles se velan el semblante con sus largas alas, los bienaventurados se estremecen, y la víctima inmolada en el altar del Gólgota brilla con esplendor más vívido.

Después de un prolongado silencio, un coro de resucitados canta así:

«¡Legiones resplandecientes, seguidle hasta el trono! ¡Arpas celestiales, trompetas terribles, cantos de gloria, celebrad á Jesús, el Hijo de Dios, todo amor y misericordia! El altar que ha teñido con su preciosa sangre lo anuncia al universo.

«Los herederos de la muerte lo glorifican; los serafines y arcángeles lo glorifican, y los justos lo celebran en sus pia-

dosas reuniones. Es agosto, es santo, y en sus manos ha puesto Jehová la justicia suprema.

»Herederos de la redencion, y vosotros todos, coros de inmortales, cantad, cantad al salvador del mundo. Jesús, Hijo del Eterno, tú eres el rey del universo; tú eres el rey de la ciudad de Dios, suspendida en las alturas de lo infinito.

»Padre omnipotente, ¿con qué solemnidad restablecerás en su trono al Hijo que ha padecido todo lo que debía padecer, y consumado todo lo que debía consumir? ¡Rayos del Altísimo! prestad vuestras alas á los cantos de triunfo de los bienaventurados redimidos con la sangre de Cristo.»

Otro coro de resucitados pasa rozando los bordes de un sol, y canta así la gloria del Mesías, que se acerca siempre más á la diestra de su Padre.

«Tú que acabas de consumir el más sublime de los sacrificios, ¿cómo serás acogido por Aquel, que es como tú inmortal? Saldrá de su santuario, y te contemplará, á tí, su Hijo, que fuiste siempre con él y en él.

»Augusta víctima del pecado, ¿qué palabra podrá expresar lo que has hecho por aquel que te negó y se ha levantado en tí? para aquel que despues de haberse dormido en el polvo, se despierta á la vida de los ángeles?

»El Redentor ha pasado por los tenebrosos terrores de la muerte, y Dios lo llama al Santuario. Maestro divino, tú que descendiste á la condicion de un simple mortal, has venido á ser el Oriente del Empireo, y todas las criaturas doblan la rodilla ante tí.

»Y sus gritos de alegría resuenan en el fondo del polvo y en la inmensidad de los Cielos. ¡El Hombre-Dios, el Ungido del Señor es glorificado! ¡Cantad la gloria del Hombre-Dios! ¡Cantad la gloria del Ungido del Señor!»

El coro de los resucitados guarda silencio, y los cantos de los inmortales van siendo cada vez mas raros y temerosos.

Los siete heroicos hermanos, los primeros resucitados entre los mártires, se lanzan por encima del triunfal cortejo y exclaman:

«La medida de las perfecciones se ha derramado sobre nosotros, haciéndonos dignos de asistir á la transfiguracion del Vencedor de la muerte. ¡Oh santo éxtasis de los escogidos!... ¡corra eternamente el torrente de los cantos de ventura!

»Pero ¿qué son las alabanzas de las criaturas ante tí, que permitiéndonos contemplarte, nos elevas al esplendor de tu trono?

»En presencia de tantas magnificencias, nuestro canto de ventura permanecería mudo, si tú no le ordenaras apresurar su vuelo.

»¡Alabemos al Señor, que se ha dignado permitirnos celebrar su triunfo con gritos de alegría, con solemnes himnos!

»Es el Santo de los santos; y, glorificándolo, la voz de los inmortales es el eco del trueno que precede á sus pensamientos y acciones.

»¡Corred, cantos de triunfo: celebrad los pensamientos, celebrad las acciones del Señor!

»Hacia el Eterno te elevas ¡oh Divino Mesías! Tu Padre te llama; desde el más alto de los Cielos te llama á su diestra. ¡Seguidle, cantos de triunfo, seguidle hasta el pié del trono!»

Cien querubines se descubren el semblante, baten sus alas por encima del cortejo, y elevando sus palmas hácia el santuario de los Cielos, cantan:

«¡Legiones resplandecientes, seguidle hasta el trono! ¡Arpas celestiales, trompetas terribles, cantos de gloria,

celebrad á Jesús, el Hijo de Dios, que es todo amor y misericordia!

»El trueno que ruge en el santuario de los cielos lo anuncia al universo.»

Los ángeles custodios del trono han visto brillar el triunfal cortejo de Jesús. Al principio quedaron inmóviles de sorpresa; pero muy luego lanzan á los espacios infinitos sus gritos de alegría y salutación.

Ninguno de ellos sabia la hora ni el dia en que el Hijo del Eterno habia de subir á la diestra de su Padre. La vista del cortejo triunfal les anuncia que este instante es ya llegado; y en la exaltacion de su santo júbilo, vuelan de montaña en montaña, exclamando:

—«¡El Mesías! ¡El Mesías!»

Y repiten de bosque en bosque:

—«¡El Mesías! ¡El Mesías!»

Y la luz dice á la luz:

—«¡El Mesías! ¡El Mesías!»

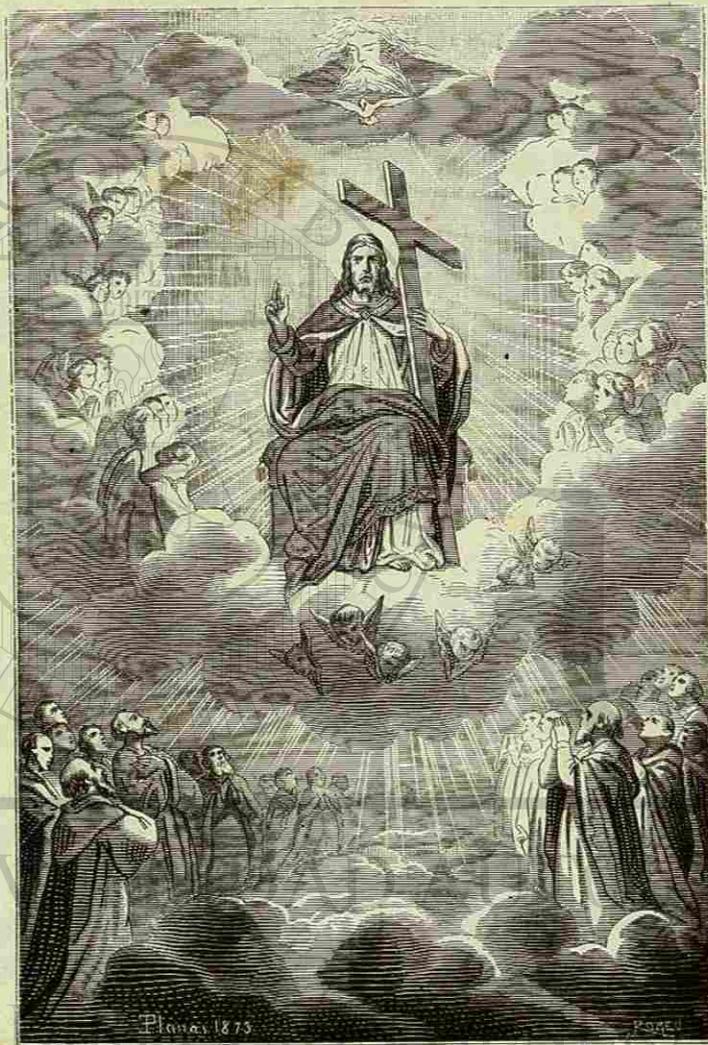
Y esta palabra, llevada de altar en altar, llega hasta la nube que envuelve el Santuario; y ante este grito de alegría, los misteriosos bosques, el rio de ondas de oro y el trueno supremo retienen sus voces.

Precedido de los últimos rayos de un sol poniente, el triunfador de la muerte y del pecado entra en el santuario de los Cielos.

Las coronas vacilan en la frente de los ángeles, y todos los inmortales arrojan sus palmas al paso del Hijo del Eterno.

Abrumados de felicidad y beatitud, los resucitados van á detenerse en un bosque que flanquea la vía solar; pero la trompeta de oro de Gabriel les ordena seguir el Salvador.

Jesús continúa adelantándose hácia el trono, y el silencio



El Mesías triunfante entra en el santuario de los cielos.  
(Canto XX.)

se hace cada vez más profundo: ningún inmortal osa levantar su voz; ningún ángel osa hacer vibrar una cuerda de su arpa.

Los resucitados se detienen; los querubines continúan siguiendo las huellas del Mesías, y de repente se prosternan en muda adoración.

Sólo Gabriel sigue al Salvador hasta las gradas del trono. Allí cae de rodillas, y permanece abismado en la contemplación de la Divinidad.

El Todopoderoso, el Infinito, el Sér increado, á quien todos los seres creados reconocerán un día y adorarán con lágrimas de júbilo; ¡Dios! el Padre del Mediador se glorifica en la plenitud del amor divino.

El fundador de la Nueva Alianza, el que fué inmolado desde el principio del mundo, el que todos los seres creados reconocerán un día con lágrimas de júbilo; la víctima sacrificada para expiar los pecados del mundo, JESUS, el Redentor, el misericordioso, se glorifica en la plenitud del amor divino.

Así los Cielos reunidos ven al Padre; así los Cielos reunidos ven al Hijo; y el Hijo sube las gradas del trono, y se sienta á la diestra de su Padre.

## ODA AL REDENTOR.

En tí puse mi esperanza, Mediador divino, y he cantado el himno de la Nueva Alianza. Héme ya al fin de mi tremenda empresa; y aunque vacilé muchas veces, tú siempre me has perdonado.

Eterna y fervorosa gratitud, despliega tus alas, y haz oír las primeras vibraciones de tu arpa. ¡Comienza! ¡comienza! Mi corazón se dilata, y mis ojos vierten lágrimas de alegría.

No te pido ninguna recompensa: al cantarte, divino Mediador, ¿no se ha despertado en el fondo de mi alma la fuerza primitiva? ¿no he gozado la felicidad de los ángeles?

Emoción poderosa, tú has hecho desaparecer ante mi el Cielo y la Tierra; pero á través de tu vuelo, terrible como el de la tempestad, el soplo de la vida, semejante al murmullo de una mañana de Primavera, llegó hasta mí con las más dulces sensaciones.

No alcanzais á comprender toda la atención de mi gratitud vosotros, los que no sabéis adivinarlos; los que no sentís que para expresar el exceso de su exaltación, el hombre sólo tiene sonidos confusos y palabras extrecortadas.

He sido espléndidamente recompensado: he visto correr lágrimas de cristianos, y he podido elevar mi vista hácia las lágrimas que derramaron los habitantes del Cielo.

He gozado también las alegrías de la Tierra. En vano

intentaría ocultar la ambición que llena mi alma. El corazón del adolescente latía con violencia; ya hombre, aprendí á contener y arreglar sus impetuosos movimientos.

El amor de todas las glorias, de todas las virtudes: tal es la llama que yo escogí por guía. Poderosa y santa, marchó delante de mí, guiando mi ambición por un noble camino.

Esta llama celestial ha impedido que las alegrías de la Tierra me embriagaran con sus peligrosos encantos; ella también me ha conducido muchas veces á gozar la felicidad de los ángeles.

Y para despertar en mi alma el recuerdo de la hora santa de mi iniciación en los misterios de los Cielos, los ángeles hicieron resonar á mi oído el son armonioso de sus arpas y el tonante llamamiento de la formidable trompeta.

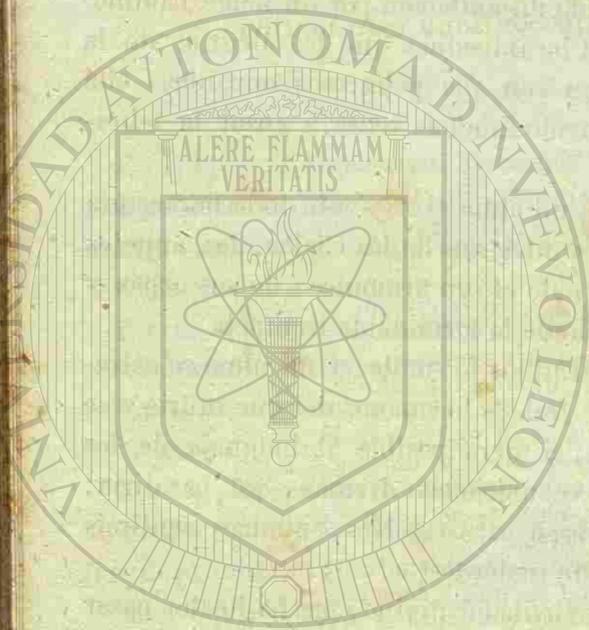
Llegué por fin al término; lo siento, y mi alma se estremece profundamente. Nobles hermanos del que murió y se despertó de la muerte, si fuera posible al lenguaje de los mortales describir las emociones divinas, yo os diría: Cuando los Cielos se abran para vosotros, entonces sentireis lo que yo siento en este instante.

Tu brazo poderoso, Mediador divino, me ha hecho pasar por delante de más de un sepulcro, que ya se abría para mí.

Tú me has retenido en la vida; tú me has dado valor para arrostrar las amenazadoras sombras de la muerte, que vagaban al rededor de mí. Mas apenas entreví á esas terribles desconocidas, cuando al punto desaparecieron, porque tú eras mi escudo.

En tí puse mi esperanza, Mediador divino, y he cantado el himno de la Nueva Alianza. ¡Y he llegado al término de mi tremenda empresa, porque puse en tí mi esperanza, divino Mediador!

FIN.



## ÍNDICE

de los Cantos que contiene este poema.

	PÁGINAS
I.—Biografía de Federico Klopstock. . . . .	1
CANTO I.—El Mesías se aleja del pueblo que lo proclama rey.—Comienzan para él los sufrimientos. . . . .	1
CANTO II.—Las almas de los patriarcas divisan al Mesías y le saludan con cánticos solemnes.—Satanás vuelve á los infiernos, reúne á todos los espíritus de las tinieblas y decreta con ellos la muerte de Jesús. . . . .	22
CANTO III.—El Mesías está aun en el lugar de los sepulcros.—Los padecimientos de la redención aumentan en su alma.—Un serafín del Sol, enviado por los patriarcas, viene á ver á Jesús en el monte de las Olivas. . . . .	50
CANTO IV.—Caifás se despierta.—Impulsado por el recuerdo del sueño que Satanás le ha enviado, convoca el sanhedrín para decidirle á decretar la muerte de Jesús.—Júdas se ofrece á entregar á su Maestro. . . . .	70
CANTO V.—El Eterno descende del monte de las Olivas.—Encuentra las almas de los seis sábios que vinieron de Oriente en otro tiempo para adorar al niño de Bethlem.—El padre de esta afortunada raza habla con sus hijos y dirige un himno al Eterno. . . . .	115
CANTO VI.—Júdas Iscariote, seguido de una turba armada, va á Gethsemani para prender á su Maestro.—Espanto de los soldados al oír la voz de Jesús.—El Mesías se deja prender sin resistencia, vituperando el arrebato de Simon Pedro.—El consejo de los sacerdotes espera á Jesús con la mayor ansiedad. . . . .	136
CANTO VII.—El día señalado para la muerte de Jesús comienza á alumbrar al mundo y Elohá lo sala-	

- da con un himno de duelo.—Filon y Caifás le acusan de blasfemo y de rebelde.—Muerte de Júdas.—Llega María y reconoce á su hijo.—Su amargura y sus lágrimas.—Implora la proteccion de Porcia. . . . . 159
- CANTO VIII.—Los ángeles y las almas de los patriarcas forman un círculo al rededor del Gólgota.—Adam saluda á la Tierra.—Jesús con la cruz áuestas se aproxima al Calvario: al subir el monte tiembla la Tierra.—Adam adora al Salvador del género humano. . . . . 193
- CANTO IX.—Elohá vuelve de los Cielos sin haber podido acercarse al trono del Eterno.—Padecimientos del Mesías en la cruz.—Pesar de Simon Pedro.—Plegaria de los Patriarcas.—Jesús dirige la palabra á su madre y á Juan.—El terremoto es mas violento. . . . . 213
- CANTO X.—Jesús dirige una mirada á Satanás y á Adramelech, que se habian refugiado á la orilla del mar Muerto, y los príncipes de las tinieblas sienten dolores horribles.—Las almas de los Patriarcas y de los Profetas se reunen bajo las palmeras de Gethsemani, donde conversan sobre la pasion del Redentor.—Las almas de Simon y de Juan el Precursor, de Miriam y de Débora expresan su dolor en cantos solemnes. . . . . 237
- CANTO XI.—La gloria del Mesías domina el Gólgota y se dirige hácia el templo.—Gabriel ordena á las almas de los Patriarcas, de los Profetas y de los bienaventurados volver á los sepulcros donde yacen sus restos mortales. . . . . 265
- CANTO XII.—José de Arimathea obtiene de Pilato permiso para dar sepultura á Jesús.—Los discípulos, parte de los setenta fieles, María y las santas mujeres se reunen en casa de Juan.—José de Arimathea y Nicodemus vienen cerca de ellos trayendo la corona de espinas de Jesús. . . . . 324
- CANTO XIII.—Gabriel reune á los ángeles y á los resucitados en torno del sepulcro de Cristo para esperar su resurreccion.—El alma de la hermana de Lázaro viene á confundirse entre los inmortales.—El Mesías se despierta del seno de la muerte. . . . . 352
- CANTO XIV.—Jesús se aparece á las santas mujeres y á Simon Pedro, que refieren esta aparicion á los demás fieles.—Dudas de Tomás.—Jesús se muestra á Mateo y á Cleofás.—Tomás vuelve á los sepulcros, y ora.—Jesús se aparece en fin

- á la reunion de los fieles. . . . . 385
- CANTO XV.—Aparecense resucitados á Nafton, á Dibeán, á Tabita, á Cidlia, á Estéban, á Bernabé José, Levita á Chipre, á Porcia y á Beor.—Abraham y Moisés quieren aparecerse á Saul, pero Gabriel se lo prohíbe.—Transfiguracion de Cidlia y de Sémida. . . . . 430
- CANTO XVI.—El Mesías reune á los resucitados en el monte Tabor y se presenta á ellos como juez y soberano Señor del Universo.—El ángel custodio de una estrella que debe ser transformada viene á rogarle que apresure este instante.—Desciende Jesús á los infiernos.—Castigo de los ángeles caidos. . . . . 484
- CANTO XVII.—El Mesías se aparece á Tomás.—Juicio de las almas de los pecadores que perecieron en el diluvio universal.—Lázaro reune en su huerto á los setenta y á algunos peregrinos venidos á Jerusalem á celebrar la Pascua.—Lázaro va al sepulcro de su hermana, y el alma de esta conversa con él. . . . . 513
- CANTO XVIII.—Adam ruega al Mesías que se digne revelarle algunas de las consecuencias de la Redencion.—Adam refiere á los ángeles y á los resucitados esta vision durante la cual ha visto y oido juzgar á los enemigos de Cristo á los fundadores del culto de los idolos, á los perseguidores, á los cristianos adoradores de la virgen y de los santos á los malos reyes. . . . . 542
- CANTO XIX.—Abstiénesse Adam de referir una de las escenas del Juicio final.—Condenacion de los cristianos demasiado envanecidos de su fé.—Es transformada la Tierra.—Fin de la vision de Adam.—Desciende á un bosque de palmeras, y se aparece á los Apóstoles y á los Setenta.—Jesús va con ellos al monte de las Olivas á donde los ángeles y los resucitados les han precedido. . . . . 566
- CANTO XX.—El Mesías se eleva más y más en el cielo y los ángeles y los resucitados entonan cantos de triunfo.—El trono del Eterno se descubre á lo lejos.—Ultimo canto de triunfo de los ángeles y los resucitados. . . . . 596

## PAUTA

para la colocacion de las láminas.

	<u>PÁGINAS.</u>
Portada.	1
Retrato del autor. . . . .	12
Entrada de Jesús en Jerusalem.—CANTO I. . . . .	26
Jesús expulsado a Satanás que atormenta a Samma.—CANTO II. . . . .	65
El sueño de Judas.—CANTO III. . . . .	105
El cenáculo.—CANTO IV. . . . .	115
La Oración del monte.—CANTO V. . . . .	139
El prendimiento.—CANTO VI. . . . .	190
<i>Ecce-Homo</i> .—CANTO VII. . . . .	201
Camino del Gólgota.—CANTO VIII. . . . .	25
Lágrimas de San Pedro.—CANTO IX. . . . .	262
El ángel exterminador.—CANTO X. . . . .	335
La Corona de espinas.—CANTO XII. . . . .	373
La Resurrección.—CANTO XIII. . . . .	390
Jesús se aparece a las santas mujeres.—CANTO XIV. . . . .	484
La Transfiguración.—CANTO XVI. . . . .	513
Vision del Juicio final.—CANTO XVIII. . . . .	594
La Ascension.—CANTO XIX. . . . .	641
La glorificación del Mesías.—CANTO XX. . . . .	

